

El cementerio de los recuerdos rotos

Silvia Ibañez Cambra



Índice

Dedicatoria

Primera parte
Cementerios

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Segunda parte
Muerte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Tercera parte
Reflejos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Agradecimientos
Biografía
Créditos
Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi gran familia.
En especial, a mis padres, a Sofía,
a Martina y a la pequeña Jazz*

Primera parte
Cementerios

Introducción

La historia que me escogió a mí para ser vivida tal vez no sea la mejor, pero es la mía, y la que me llevó al laberinto al que estaba destinado sin ni siquiera saberlo. Sin ella nunca hubiese sido escritor, sin ella yo no sería quien soy, empezando por algo tan simple como mi nombre y acabando por algo tan complicado como las personas que nos rodean y nos ayudan a crecer y a ser quienes somos; de esta forma, su historia forma parte de la tuya en este mundo, en el que, estoy convencido, nada pasa porque sí. Pero detrás de las historias que encuentran a su dueño, están las historias que vagan sin encontrarlo nunca y que acaban viviendo en la absurda y perpleja mente de un escritor solitario, encontrando un lugar perfecto mientras esperan, revoloteando, a que ese escritor las encuentre y las escriba en un pedazo de papel. Tal vez sean estas las auténticas historias, las que sobreviven siempre y por siempre al paso del tiempo, las que son vividas plenamente no solo por una persona, sino por cientos y, con suerte, por miles. Cada vez que un lector posa sus ojos en ella mientras la lee, la hace suya, y de nuevo es vivida en la mente de alguien. Las historias que encuentran a su dueño, una cara y un cuerpo para ser vividas, se olvidan tarde o temprano, están condenadas a desaparecer con el último aliento de la última persona que te recuerda, pero las que acaban reflejadas en un libro no se olvidan.

En una ocasión, alguien me dijo que los escritores son egoístas. Como tal, quiero que mi historia no se olvide jamás. Por ello, la escribo aquí, en estas páginas. Así que hacer que no se pierda te toca a ti.

Solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto llegamos a vivir de los recuerdos. Tal vez sean ellos los que nos impulsan a seguir adelante. Unos recuerdos que seguramente no son como los recordamos. Seguramente serán apenas un reflejo de lo que en realidad fueron. Estamos condenados a vivir en un cementerio de reflejos. Tal vez sea mejor así. Quizá deba ser así. Quizás un recuerdo certero sea demasiado duro para que el alma lo soporte y, sin darnos cuenta, lo transformamos para que sea más agradable, para que sea como nos

hubiera gustado que fuese. Pero, a veces, tu pasado y tus recuerdos son una daga clavada en tu espalda y, aunque te empeñes en olvidarlos, se convierten en tu maldición. La maldición que te consume las vísceras hasta que ya no queda nada. Entonces alguien te pide que escribas una historia, y aprovechas la ocasión para limpiar tu alma y poder vivir en tu propio cementerio de reflejos. Tu historia. Para evitar vivir de recuerdos falsos existen los libros.

En una ocasión le dije a un editor que cuando escribes debes conseguir que el lector se enamore del personaje principal, que odie a su enemigo de la misma forma que él lo hace y que llore cuando muere quien no lo merece. Lo que olvidé decirle entonces, debido a mi escasa edad e inocencia, fue que el amor es y será siempre el tema por excelencia en una novela, y si lo unes a la venganza, la muerte y el pasado, puedes crear una bomba de relojería a punto de explotar. Esto lo sé ahora. Ahora que ella ya no está conmigo después de tantos años juntos. Me pidió con su último aliento que escribiese nuestra historia y se la mostrase al mundo entero para que sobreviva a nosotros, a las décadas e incluso a toda la eternidad. Cuando acabe de escribir las últimas páginas de esta historia y del misterio que descubrí gracias a ella, ya no tendré nada que hacer en la tierra y esperaré paciente mi hora para marcharme con ella. Este libro no es otra cosa que una historia escrita con egoísmo para que, pasando de lector en lector y de mano en mano, ella y mi propio cementerio de los recuerdos rotos nunca se pierdan.

Qué sería de este mundo sin la imaginación que nos brinda nuestro cerebro. La mente de los escritores está plagada de historias y cuentos que revolotean hasta que adquieren la forma adecuada y son lanzados al mundo. Los escritores vendemos historias, las mismas que hemos robado al tiempo y a sus propios dueños. No somos más que una raza aparte de la especie que llamamos «humanidad». Una raza que pretende escapar del mundo que se presenta ante ellos y modelarlo a su gusto. Con suerte, consiguen que alguien los acompañe: sus lectores, que, en cierto modo, son tan culpables como el escritor de robar la historia que tienen entre sus manos, página tras página. Y llegan incluso a creer que es suya y que siempre lo será por el hecho de guardar el libro en una vieja estantería que va llenándose de polvo con los años. Hasta que cae en otras manos, y la historia robada regresa y es rescatada del polvo y del olvido.

1

Mi padre me levantaba temprano, como yo le insistía, en vez de dejarme dormir, todos los sábados para acompañarle a la tienda que yo llamaba «la tienda mágica», debido a todos los tesoros que, a mis ojos, albergaba. Me despertaba entre susurros que mis oídos no querían oír ni la primera ni la segunda vez. A la tercera, al estar algo más espabilado, aceptaba levantarme con el sueño cubriendo mis párpados legañosos, sabiendo las fantasías que me esperaban nada más entrar en la tienda. Como podía me vestía, normalmente poniéndome del revés alguna prenda que mi padre, sonriente, atinaba a ponerme derecha después del desayuno. Me miraba con la ropa puesta en su lugar y, arrodillado frente a mí, me decía:

—Hoy va a ser un sábado mágico, la tienda nos espera.

Cada vez que escuchaba esas palabras me llenaba de alegría, esperando más ansiosamente la llegada al lugar. Me cogía de la mano y, a veces hablando por el camino y otras en un silencio total, paseábamos por las calles solitarias, cruzándonos de vez en cuando con algún amigo o conocido de mi padre que nos saludaba con la cabeza agachada o alguna sonrisa perdida en las sombras del tiempo. Recuerdo mañanas oscuras al ser tan temprano, sin que el sol apenas se asomara a saludarnos antes de llegar a la tienda, y otras bañadas de agua fría y solemnidad. Nos veía a los dos caminando por la Gran Vía hasta llegar a Fernando el Católico. El establecimiento era de un tamaño mediano, pero, con la fantasía que ocupaba la mente imaginativa de un niño, se me hacía enorme, sin fin. Cada vez que traspasaba las puertas volaba lejos de allí. Me escondía en un rincón y miraba todos los objetos que no podía tocar, pues mi padre me decía que se rompían fácilmente. Eso los hacía más irresistibles todavía. La tienda tenía objetos extraños de todo tipo. La gente los compraba como regalos, pero para mí eran auténticos tesoros. Tesoros de algún barco naufrago que misteriosamente habían ido a parar a la tienda de mi padre.

Recuerdo el enorme llavero que mi padre sacaba de su bolsillo. Encontraba rápidamente la llave más grande de aquel manojito de hierros y la introducía en la cerraja, a la que le hacían falta como dos litros de aceite de engrasar porque cada vez que giraba parecía el chillido de un bebé recién

nacido. Abría la puerta y, en la penumbra grisácea llena de destellos polvorientos, sentía como la tienda me daba la bienvenida. Inhalaba abiertamente, disfrutando el olor a magia de aquel lugar que, aunque por una parte consideraba mío, por otra se me hacía extraño y misterioso, como si ocultara un secreto en algún rincón, aún sin explorar por mi mano, que esperase el momento para contármelo al oído. Los muebles y objetos se dejaban entrever en la penumbra con un halo de misterio acechando en cada esquina, en cada silueta, en cada sombra. Solo por aquella sensación de los primeros segundos al traspasar la puerta, merecía la pena el madrugón. En ese instante, las luces se encendían y dejaban ver cada objeto. Figuras de hadas con sonrisa burlona, duendes con malicia, gnomos, diablos, ángeles, cajitas de música que para mí habían llegado directamente del mismo cielo hasta allí. Relojes de pulsera, de pared, antiguos y modernos, abanicos sombríos para quien quisiera esconder su rostro al mundo tras ellos, y de colores chispeantes para quien sonreía a la vida. Sombreros, abrecartas, sellos, carteras de piel... y un sinfín de objetos más. Pero mi lugar favorito estaba un poco más escondido: la sección de libros. Variados: infantiles y no tan infantiles. Dramas antiguos y romances que con mi corta edad no alcanzaba a comprender, pero que me empeñaba en leer una y otra vez con el fin de entenderlos.

—No te preocupes, hijo, ya los entenderás —decía mi padre al verme con cara triste y pesadez tras pasarme horas leyendo libros que no estaban escritos para un niño.

Yo sonreía pensando que nunca podría entenderlos verdaderamente.

—Toma, este libro era de mis preferidos cuando era niño —dijo tendiéndome uno arrugado en cuya cubierta podía leerse *Peter Pan*—. Mi padre me lo leía cada noche. Este sí lo entenderás y además te gustará mucho. Los otros déjalos para cuando seas mayor.

Cogí el ejemplar con desgana, aunque fingiendo interés, y miré la tapa. Parecía que lo hubieran sumergido en agua con lejía, pues estaba arrugado y descolorido. Ojeé mínimamente los dibujos de su interior, que estaban igual de descoloridos, y me decidí a leer la primera página. Mi padre tenía mucha razón. Ese libro sí estaba hecho para mí. Comencé a leer y, cuando me di cuenta, la voz de mi padre me llamaba para que me pusiera el abrigo: ya era hora de ir a casa a comer. Obedecí y escondí en uno de los bolsillos el cuento que me había llevado a otro mundo durante unas horas de la mañana. Me senté en una silla frente a mi padre y observé cómo ordenaba el mostrador, dejando

cuidadosamente cada cosa en su sitio, casi matemáticamente. Creo que aquella fue la primera vez que adiviné que mi padre no era el mismo en la tienda que en casa. En la tienda, bien estuviera detrás del mostrador o atendiendo a alguien, parecía sentirse a gusto, parecía estar feliz, viviendo en su mundo, regalando fantasías y sueños imposibles plagados de hadas y diablos. Se erguía y, con una sonrisa nada forzada pintada en los labios, que no perdía durante sus horas en la tienda ni por un instante, era diligente en su trabajo y disfrutaba con él. Pero en cuanto salíamos por la puerta, en cuanto las luces se apagaban y la cerraja se quejaba al cierre, se encorvaba y envejecía diez años. Con una boca triste y los ojos sin vida me cogía de la mano y me decía:

—Despídete de la tienda hasta el próximo sábado.

Yo la miraba y tras cinco segundos le decía a mi padre que ya me había despedido y que me había contestado que me esperaría con impaciencia. Me acariciaba el pelo, me cogía de la mano y nos encaminábamos a casa con la cabeza agachada. En el trayecto nos cruzábamos con gente poderosa, como solía decir mi padre, a los que se distinguía fácilmente del resto de los trabajadores como nosotros por las ropas que lucían: trajes de seda, guantes impecables, sombreros y bastones señoriales con el mango de oro. Las señoras distinguidas lucían vestidos que yo no me atrevía casi a mirar por temor a romperlos. Pasábamos frente a una tienda que tenía lo que para mí y para cualquiera eran auténticos manjares que parecían venidos de algún país existente únicamente en los libros de fantasía: pasteles, merengues, conos de chocolate, manzanas asadas, cuencos rebosantes de nata, caramelos y un sinfín de maravillas que te hacían viajar lejos de allí solo con el olor que salía de aquel lugar cada vez que se abría la puerta.

—No te preocupes, Miguel —me decía mi padre—. Algún día entraremos y te compraré lo que te apetezca.

Yo miraba el escaparate estupefacto, sin saber si verdaderamente la tienda estaba ahí o solo me la estaba imaginando.

Llegábamos a casa y mi madre, sin apenas mirarnos, nos decía que la comida estaba preparada. Nos sentábamos juntos, como si fuera un ritual ancestral. Observaba a mi padre. Lo veía mirar a mi madre buscando algo en ella que parecía haber perdido. Ella, con la mirada perdida en el plato aguado de sopa, que sabía más a sal que a cualquier otra cosa, y con algún fideo flotando sin rumbo a la espera de encontrar la cuchara, permanecía inerte, perdida en su cabeza, sin hablar prácticamente nada y sin mirar a nadie, ni a su hijo, que necesitaba el amor de su madre, ni a su marido, que necesitaba el

amor de la mujer con la que se había casado. Yo intuía que no siempre había sido así.

Por lo que había oído en alguna ocasión ya perdida en ecos del pasado, mi abuelo tenía una vaquería en las afueras de la ciudad y mi madre tuvo que trabajar allí desde que tenía memoria. Con las manos agrietadas de ordeñar las vacas, echarles de comer y cepillarlas de mala gana, había transcurrido la infancia de mi madre entre malos olores y ropa sucia. Un día de verano mi abuelo murió por la cornada de una de las vacas, que le atravesó el hígado. Para poder subsistir tuvieron que vender la vaquería, no sin la alegría escondida de mi madre, que entonces era una niña de doce años.

Mi abuela encontró trabajo de sirvienta en una de las casas señoriales de la ciudad, por lo que mi madre y ella se mudaron al ático de la enorme casa. Allí mi madre jugaba con los hijos de los otros criados y trabajaba con ellos también de criada, esquivando las proposiciones indecentes de uno de los hijos del señor de la casa y sus resbaladizas manos, que intentaban, cuando se cruzaba con ella por el pasillo, rozar sus posaderas, con la consiguiente vergüenza de mi madre, que tenía miedo a decirle que parase por las consecuencias que podría acarrear. Cuando la encontraba a solas, ordenando la vajilla de porcelana que la señora les ordenaba limpiar diariamente y dejar dispuesta en los grandes armarios con puertas de cristal (a un centímetro de distancia un cubierto del otro; las copas, a cinco centímetros entre sí), pasaba sus asquerosas manos por sus pechos e intentaba besarla mientras ella apartaba la cara.

Cuando mi madre contaba dieciséis años, una de las hijas de los señores de la casa quiso regalar personalmente a su novio algo especial para el día de su cumpleaños, cosa que no estaban acostumbrados a hacer. Llamaron a mi madre y la hija de la señora y ella se encaminaron a la ciudad en busca de alguna tienda que albergara algo que pudiera sorprender. Mi madre la seguía. Cuando la señorita se paraba a observar algún escaparate, guardaba siempre distancia tras ella. Tras una caminata por lugares que mi madre nunca había pensado tan siquiera en entrar a ojear y que para su señora parecían casi un insulto por la poca originalidad que mostraban, esta se sentó en una de las terrazas de los distinguidos cafés que plagaban las calles en verano. Mientras se tomaba un helado, mi madre la miraba de pie. Al fin se levantó de su asiento y, sin decir nada, caminó veloz hacia una tienda que estaba medio oculta justo enfrente del café. Entró en la tienda, y mi madre tras ella. Un chico joven, de unos dieciocho años, salió de su escondite tras el mostrador y

atendió a la señora con la mayor de las elegancias, mostrándole la variedad de objetos del local. Mientras ella se entretenía mirando, mi madre se había quedado al lado de la puerta observando al tendero. Sus miradas se cruzaron durante un instante. El tendero le sonrió. Mi madre se sonrojó y agachó la cabeza. El tendero dejó a la señora merodear por la tienda y volvió a su lugar tras el mostrador; observó a mi madre de refilón y le vio los carrillos completamente encendidos. Aquel día se conocieron mis padres. Me enteré de que quedaban alguna tarde de domingo, cuando la tienda cerraba y mi madre libraba, bajo la mirada desaprobatoria de mi abuela. Se cogían de la mano, hablaban y paseaban, hasta que un día mi padre le pidió matrimonio y mi madre, cansada de trabajar de criada para otros, aceptó. Me gusta pensar que se casó con mi padre porque le quería, pero cuanto más tiempo pasaba más pensaba que se había casado con él para quitarse al señorito manos largas de encima, dejar de servir en casa ajena y tal vez para llevar la contraria a mi abuela. Cuando esta se enteró de la noticia, le dijo que no se iba a casar con un tendero, que se casaría con alguno de los criados y seguiría trabajando allí. Mi madre, sin hacer el menor caso, se casó con mi padre en una boda con apenas invitados, todos por parte del novio. Mi abuela nunca quiso saber nada más de mi madre, ni siquiera cuando fue a visitarla para decirle que iba a tener un nieto.

Nunca hice amigos en el colegio. Tampoco pasaba ninguna pena, pues me parecía que solo sabían perder el tiempo estudiando lo que para mí no eran sino solemnes tonterías, como quién descubrió América, quiénes fueron los Reyes Católicos o, como mi padre solía decir para hacerme reír, los Reyes Caóticos, aprender el padrenuestro e insensateces por el estilo. A mí lo único que me gustaba del colegio era la hora de la salida para poder ir a la biblioteca a leer o a la tienda de mi padre, a leer también. A eso tenía que añadirle la facilidad de mi organismo para caer enfermo cada dos por tres. Las fiebres altas, sudores y pus que brotaba de mis oídos me mantenían alejado de la escuela durante buenos periodos del año, de ahí que hubiera estado ya dos veces en el mismo curso. Tampoco me importaba, pues solo me gustaba leer y tampoco tenía intención de estudiar absolutamente nada más. Cuando por fin mis padres o mis profesores desistieran de que siguiera yendo al colegio a ocupar una silla y estar pensando en las avutardas, lo que yo quería era ayudar a mi padre en su trabajo de la tienda y encerrarme en la biblioteca a leer los grandes libros de la historia, saltándome los que no me interesaran, por supuesto, ya que el título famoso o un escritor reconocidísimo no tiene por qué gustar a todo el mundo, y menos a mí, que solo sentía interés por alguna temática de lectura en concreto. De momento, los de aventuras estilo *Peter Pan* y *La isla del tesoro* me bastaban. Una vez los hubiera memorizado todos, me dedicaría a escribir mis propios textos y así dejar plasmado en hojas de papel algo que todo el mundo adoraría: mi imaginación y mi propia vida, pues siempre he creído que un libro no es más que la expresión, en letras ordenadas o disparatadas, de la mente del escritor, de la que pueden deducirse sus miedos, sus amores e incluso su pasado y lo que espera del futuro.

Tampoco me preocupé demasiado en mis años de escuela de conocer a nadie ni de unirme a ningún grupo en el patio cuando descansábamos entre las clases. La única vez que lo intenté fue a los ocho años, por orden y mando de mi profesor, que me veía como un espécimen que no encajaba en su perfecta clase de niños bien sentados e interesados en las lecciones, que a mí me

resbalaban por las orejas antes incluso de que me llegasen a entrar en los oídos; mientras, escondía cuentos debajo de los libros de clase y los leía en vez de atender a la lección. Cuando me disponía a salir de clase para sentarme en el patio en mi rincón de siempre a hacer lo que me gustaba, leer, me llamó y me dijo que me acercara a su mesa. Era un hombre tan alto como delgado, que vestía un traje marrón oscuro que le venía como cinco tallas grande, seguramente heredado de su padre, y este de su abuelo. Eso, junto con su silueta escurrida, suscitaba bromas entre los alumnos cuando caminaba a paso ligero por los pasillos y parecía que se iba a romper en pedazos y caer encima de cuantos alumnos hubiera a su alrededor. Tenía fama de enrollarse como las persianas a la mínima oportunidad que tuviera de hablar y andarse por las ramas con quien fuera. Además, circulaba entre los profesores la no bien aceptada sospecha de que le gustaba una de las profesoras de la escuela, en concreto la hija del señor director del centro, una chica de apenas diecinueve años a la que su padre había colado usando sus poderes en el consejo escolar de los colegios de la ciudad, en lugar de elegir a alguno de los otros candidatos, mejor cualificados que ella. Aunque nadie la veía con buenos ojos, nadie decía nada, pues siendo hija del déspota, mejor no decir que arrepentirse de haber dicho, sobre todo por los antecedentes que había sobre el tema, ya que unos tres meses antes la secretaria del director había contado una anécdota a una de las profesoras. Un viernes por la tarde, cuando ya no quedaba nadie en el colegio, aparte de ella y el director, entró en el despacho del amo y señor para entregarle los informes de los alumnos más destacados y se encontró con una escena bastante desagradable. Según dijo, la hija estaba semidesnuda sentada en la mesa de su padre mientras este con una mano le tocaba lo innombrable y con la otra la pinchaba con una aguja de coser en los pezones. Por supuesto, la secretaria salió despavorida, pero cometió el error de contárselo a una de las profesoras con la que tenía relación de amiga, o eso creía ella, lo que no fue una gran decisión, ya que la hija de esta había sido una de las candidatas a ocupar el puesto regalado a la hijísima, así que, sin perder tiempo, corrió al consejo escolar a contar lo sucedido. Lo que ocurrió a continuación era de esperar, conociendo el temperamento del señor director y lo que hacía con su hija. Reunido el consejo escolar para tratar el tema, llamaron al orden a la secretaria y a la profesora y, después de haber sido llamadas «putas embusteras» y salpicadas por la saliva rabiosa del director al gritar, fueron despedidas. Por supuesto, lo sucedido, junto con el nombre completo de ambas y sus direcciones respectivas, se envió a todos los centros

escolares públicos y privados de la ciudad para que no pudieran ejercer sus empleos anteriores de por vida. Después de este incidente, la hijísima, que daba clase a los niños de seis años, empezó a maquillarse como una fulana de esquina y a ponerse ropas propias de un burdel venido a menos, pero, como era la hija del director, nadie decía nada, por lo menos a quien debían dar quejas de aquello, ya que bien se comentaban entre todo el claustro las miradas que padre e hija se lanzaban cuando se cruzaban por el pasillo y las veces que el director era sorprendido viendo a la putilla dar clases a través del cristal de la puerta.

—Miguel, me parece muy bien que leas... cuentos..., aunque sea lo único que lees; por lo menos es algo y, aunque no destaques en otra cosa, sacarás ventaja en eso a todos tus compañeros —comenzó su discurso el profesor—. Cuando yo era pequeño, más pequeño de lo que tú eres ahora, hacía lo mismo. Leía lo que me interesaba, sin importarme nada más. Ni me importaba mi futuro ni lo que sería de mí al día siguiente, pero mi padre, gracias a Dios, supo enderezarme a golpe de regla en las manos y me obligó a sacar buenas notas en el colegio. He intentado muchas veces enderezarte a ti, pero creo que es una batalla perdida desde hace mucho tiempo, seguramente por culpa de tus padres, que no tienen interés en que aprendas. Tal vez ya te hayan buscado algún hueco en alguna fábrica de cemento cargando sacos..., ya que parece ser lo único a lo que aspiras. Pero esto ya te lo he dicho muchas veces, y hoy no te he hecho quedarte aquí para intentar otra vez lo imposible. Lo que me gustaría es que intentases hablar con alguno de tus compañeros. No es normal que un niño de tu edad solo quiera leer, leer y leer, que como ya te he dicho me parece estupendo que leas, pero también tienes que relacionarte. ¿Entiendes lo que quiero decirte, verdad? Espero que sí, porque, bueno, no sé si debería decirte esto, pero una de mis aficiones es coleccionar libros sobre los asesinos más famosos de la historia, de este país y de otros. Y hay una cosa en común en la inmensa mayoría de los casos: eran personajes solitarios de pequeños, ¿sabes? Niños que se sentaban en un rincón en el patio de recreo, como haces tú. Niños que hablaban con las piedras o con pajarillos muertos que se encontraban en el suelo. Primero hablaban con ellos, luego los desplumaban y los abrían para ver lo que tenían dentro; de ahí pasaban a matar gatos a pedradas y destriparlos, y de ahí a la más amarga de las locuras: matar a un semejante. ¿No querrás que eso te pase a ti, hijo mío?

Me quedé callado sin saber qué decir. No sabía si yo iba a convertirme en un asesino por leer en vez de jugar en el patio con los compañeros de clase,

o si mi profesor había tenido algún trauma de pequeño y estaba hablando de sí mismo, de cuando, de pequeño, desplumaba pajarillos muertos.

—No se preocupe, que yo no voy a matar gatos a pedradas para ver lo que tienen dentro, bastante tengo con ver los pollos que la señora Susana destripa en el bar para hacer su caldo, y menos aún voy a matar a nadie.

—No has entendido nada de lo que te he dicho, pequeño. ¡Ay, Dios mío, espero que no sea demasiado tarde para esta criaturita del Señor! —dijo mirando al techo—. Ten, te regalo mi Biblia. Ya que te gusta leer, lee algo que te pueda encarrilar por el buen camino, que creo que tus padres nunca se han molestado en enseñarte. Léela, te irá bien, y hazme un favor: ahora, cuando salgas al recreo, únete a alguno de los chicos que están jugando a la pelota con el balón que el consejo escolar ha regalado al centro y diviértete con ellos.

—Es que no me gusta jugar a la pelota...

—Eso es lo de menos, te digo que juegues al fútbol con ellos, y punto.

—Sí, señor.

Me levanté de la silla con la sensación de que me habían dado una paliza desmesurada. Tardé tiempo en entender el discurso del profesor y en darme cuenta de que el loco era él, y no mi futuro como asesino y destripador de gatos. Bajé las escaleras hasta el patio y contemplé la escena. Había un grupo de chavales jugando en la tierra, otro grupo se deslizaba por el tobogán de pintura azul caída por los años, otros, los mayores, estaban medio escondidos tras un muro mientras ojeaban una revista con una atención de la que los profesores hubieran querido la mitad para sus clases. Y al final del patio estaban los de mi curso jugando a la pelota. Miré el pequeño libro con cubiertas de cuero que me había dado el maestro y abrí la primera página. Tenía una dedicatoria, por la que pude suponer que era un regalo de su madre, con la que seguramente seguía viviendo y a la que había acabado por aborrecer. Me lo metí en el bolsillo interior del abrigo y, disimuladamente, levanté la cabeza para poder comprobar como el profesor me estaba observando atentamente desde la ventana, así que enfilé en dirección al improvisado campo de fútbol. Los observé desde lo que debía de ser la portería durante cosa de treinta segundos y les pregunté si podía jugar con las mismas ganas con las que hubiera gritado «¡Sí, quiero patas de pollo con uñas incluidas para cenar!». Me observaron con el mismo asco con que lo hacía yo. No hicieron falta palabras para que cada mochuelo —como decía la señora Susana— se fuera a su olivo. Dirigí una mirada a la ventana de la clase, alcé los brazos y negué con la cabeza. Encogí los labios y los hombros para indicar

al maestro que había hecho cuanto estaba en mi mano y, sin pararme a ver su reacción, volví a mi lugar de siempre con mis libros de siempre.

Una mañana llegó un gran paquete a la tienda. Mi padre me miró con ojos y sonrisa de confianza, indicándome que me acercara. Abrió el paquete y ante mis ojos apareció un gramófono de color dorado. Un montón de discos cayeron al suelo. Me acerqué rápidamente para cogerlos. En sus fundas de cartón pude ver títulos que era incapaz de leer. Mi padre me dijo que eran cantantes alemanes y franceses. Había algo que sí pude entender: discos que contaban los cuentos, *Cenicienta*, *Blancanieves*, *Rapunzel*... Cuál no fue mi asombro cuando descubrí que uno era *Peter Pan*. Empecé a dar botes por la tienda pidiéndole a mi padre que lo pusiera.

Me pasé toda la tarde entera escuchando los cuentos una y otra vez, a cual más maravilloso. Estaba encandilado con aquel aparato mágico que hablaba sin quejarse tantas veces se lo pidiera, contándome sus historias. El reloj colgado en la pared señaló la una de la tarde, la hora de irnos a casa. Mi padre se aproximó a la puerta y la cerró. Me miró. Me levanté del suelo y seguí sus pasos. Entramos en la trastienda, que quedaba oculta de los clientes por un toldo que debía de ser tan viejo como la misma tienda. Se quedó frente a un armario y me miró de nuevo.

—Sabes que tu madre siempre dice que leer es de necios, que solo sirve para llenar la cabeza de tonterías a los que ya son tontos de por sí, ¿verdad? Te lo ha dicho alguna vez.

—Sí, me lo dice siempre que vuelvo del colegio.

—Bueno, pues no debes hacerle caso. Lo que le pasa a tu madre es que ella nunca pudo ir al colegio y nunca aprendió a leer. Es bueno leer, y me gusta que disfrutes con ello; por eso te voy a enseñar algo que no debes contarle a ella, porque se enfadaría mucho. ¿Lo entiendes?

Asentí con la boca abierta. Empujó el armario y apareció una puerta. Tras ella se me descubrió un mundo todavía más mágico que la misma tienda: una habitación enorme llena de libros polvorientos.

—Cuando compré esta tienda ya estaban aquí. Hay libros de todo tipo, y parece que están ordenados por edades, ¿sabes? La primera estantería está repleta de volúmenes infantiles, como los que a ti te gustan; de hecho, de aquí saqué el de *Peter Pan*. Y la última estantería contiene réplicas de las obras de los grandes escritores de la Antigüedad: Virgilio, Sófocles...

—¿Sofocos? —pregunté.

—Casi, casi —contestó mi padre entre risas—. Cuando vengas conmigo a la tienda, puedes quedarte aquí si quieres. Puedes leer todo lo que te apetezca y más, pero no le digas nada a tu madre; se siente mal por no saber leer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero ¿por qué no aprende a leer?

—No lo sé, Miguel. Yo me ofrecí a enseñarle, pero me dijo que una persona no es más lista por saber leer y que no aprendería nunca, al igual que ni su padre ni su madre aprendieron.

Sin entender muy bien la respuesta de mi madre a mi padre, asentí seguro de mí mismo. Con una sonrisa eché un último vistazo al nuevo secreto de la tienda que me esperaba hasta el sábado siguiente.

Después de comer, mi padre dijo que bajaba a jugar a las cartas con Emilio, dueño del bar del mismo nombre, su amigo y vecino nuestro, al que yo tenía por mi segundo padre. Dejé a mi madre quejándose de todo y blasfemando en la cocina y me dirigí a mi cuarto. Saqué *Peter Pan* de su escondite y me tumbé sobre la cama, dispuesto a pasarme la tarde volando con él por el País de Nunca Jamás.

Me desperté de pronto y sudoroso, como recién salido de una pesadilla que podía recordar. Ya era de noche. Me senté en la cama y me sequé la frente con el jersey que llevaba puesto. Alargué la mano y solo toqué el colchón todavía mojado con mi sudor. No estaba. El cuento de *Peter Pan* había desaparecido. Encendí la luz y miré bajo la cama; allí tampoco estaba. Solo se me ocurría una cosa: mi madre había entrado en mi cuarto cuando estaba dormido y lo vio. Salí al pasillo lentamente. Silencio. Avancé apoyando la mano en la pared, como si esperase que algo me empujara. Llegué al cuarto de estar. Mi madre estaba recostada en el sofá, cubierta por un chal, y dormitaba con la boca a medio abrir. Entonces pude ver un pedazo de papel coloreado medio escondido bajo las patas de la estufa. Corrí hacia él. Era un pedazo roto de la portada de mi libro. Cogí el gancho de la estufa y levanté la tapa. Al fondo se podían ver papeles medio quemados que relataban la historia que tanto me hacía soñar.

—Es lo mejor —oí decir a mi madre a mi espalda.

No pude contestar. Tenía más que claras las palabras en mi mente, pero no pude soltar una sola. Lo único de lo que fui capaz fue de volverme hacia ella, mirarla con rabia, con los puños apretados y sintiendo las lágrimas correr por mi cara hacia mi cuello. Salí corriendo y me encerré en mi cuarto.

3

El día en que cumplí diez años, mi profesor acudió a mi casa para decir a mis padres que de poco me serviría seguir yendo al colegio, que lo mejor para mí era que aprendiese algún oficio y comenzara a trabajar, porque de la escuela poco o nada iba a sacar entre mis pocas ganas de aprender nada y mis faltas por fiebres. Mi madre asintió de buena gana, mientras que mi padre, con la cabeza agachada y una voz de pito, le dio las gracias al profesor por su interés mientras le tendía la mano. Nada más cerrar la puerta, mi madre, con voz de sargento, me llamó al orden. Mi padre, sentado en su butaca, me sonreía. Mi madre, con una expresión que nunca había visto ni volvería a ver, parecía reírse de mí.

—Siéntate —dijo mi madre colocando una silla frente a ellos—. Tu profesor ha dicho que es mejor que no vuelvas al colegio, que lo mejor para un chico sin interés en aprender es que aprenda un oficio.

—Puede ayudarme en la tienda —cortó mi padre.

—Eso no hará que en casa entre más dinero —dijo tajante mi madre.

—No me importa, tiene diez años. No quiero que se convierta en el mulo de carga de nadie. Trabajaré conmigo en la tienda, y punto.

Mi madre salió disparada hacia la cocina, quejándose por lo bajo.

—Vamos, hijo, a partir de hoy vendrás todos los días conmigo a la tienda.

Salimos de casa triunfantes. Durante los primeros días, mi padre me enseñó cómo ordenaba las cosas en la tienda. Resultó que no tenían un orden casual. Me enseñó a realizar pedidos y a convencer a la gente de que la pieza que dudaban comprar era el regalo más indicado para quien lo querían dedicar. Me enseñó a envolverlos y a dar bien el cambio. Cuatro semanas después era todo un experto en el arte de la venta.

Me sentía el niño de diez años recién cumplidos más feliz del universo entero, ya que después de despachar mis tareas en la tienda me sentaba en una silla a leer mientras sonaba el gramófono que llevábamos tiempo sin vender. En ese momento, en aquellos instantes en los que la música llegaba a mis oídos, era como si abandonara mi cuerpo, como si estuviera lejos de aquel lugar, como si estuviera en el paraíso. Había comenzado el tercer capítulo del

La vuelta al mundo en ochenta días cuando entraron en la tienda. Eran Crescencio, un hombre que había sido amigo de mi abuelo, el padre de mi padre, y su nieta, Adelaida, que tenía cuatro años menos que yo, la capacidad de erizarme el vello de los brazos y hacerme rabiar en un tiempo que batía récords. Crescencio nos visitaba en la tienda de vez en cuando. Normalmente, era para pedirle a mi padre que Adelaida se quedase con nosotros unos días. A mí me gustaban sus historias y mi padre disfrutaba de su compañía. Desde el día en que nació, según me contó, había tenido una salud de hierro, pero últimamente tenía problemas y cuando no era el riñón, era la espalda, la rodilla o el soplo que tenía en el corazón. Cuando tenía que ir al hospital durante unos días, nos dejaba a Adelaida en casa. Cada vez que mi padre me anunciaba que se quedaría un tiempo con nosotros, hasta que Crescencio mejorase, no podía evitar poner los ojos en blanco. Una de las veces que se quedó en mi casa le pregunté a mi padre por qué no se quedaba con sus padres, o si daba la casualidad de que todos se ponían enfermos al tiempo. Crescencio había perdido a su mujer en el segundo parto y el recién nacido había muerto horas después, dejando solo a Crescencio y a su hijo de tres años, el futuro padre de Adelaida, que murió junto a su mujer cuando fueron a visitar una vieja casa que querían comprar para vivir allí junto a su hija, al caérseles el tejado podrido encima.

—No sé qué haría si también la perdiera a ella.

Recuerdo esa frase salir de su boca muchas veces cuando visitaba a mi padre. También le recuerdo diciéndose qué sería de su nieta si él se iba pronto, pues no tenía a nadie.

—Hola —me dijo Adelaida sonriente.

—Estoy ocupado —respondí.

—¿Qué lees? —preguntó sentándose a mi lado.

—Nada que a una chica le pueda interesar.

—No seas maleducado, Miguel —sentenció mi padre ante la mirada burlona de Crescencio.

Se dirigieron a la trastienda a disfrutar mutuamente de su compañía, mientras yo tenía que aguantar a Adelaida.

—¿Vamos a jugar a la calle? He encontrado unas piedras con formas de animales al lado del río.

—Hace calor.

—¿Y qué?

—Hombre, que tú quieras empezar a sudar como un cerdo no me extraña, incluso lo pareces, pero eso no quiere decir que yo también.

—Eres un niño malo.

—¿Yo? No digas tonterías.

—Yo no soy mala contigo, solo quería jugar.

—No soy malo, es que no me gusta tener que cargar contigo cada vez que vienes a la tienda, y estoy cansado de tener que cuidar de una niña de seis años más tozuda y más pesada que una mula.

Agachó la cabeza y salió de la tienda. Al fin podía continuar leyendo tranquilamente. Tras dos páginas y mirar repetidamente a la calle por el escaparate, pensó que tal vez no debía haberle dicho aquello. Dejó el libro abierto y salió. La encontró dos bancos más abajo de la tienda, acariciando a una paloma que comía algo en el suelo. Me acerqué lentamente.

—No deberías tocarla.

—Déjame en paz, idiota —dijo sin mirarme.

—¿Sabes que las llaman las ratas aladas? Por las enfermedades que portan.

—Mejor para ti, así, si me muero, no tendrás que aguantarme.

—No quería decir eso, lo siento.

—Pues claro que querías decir eso. Tú, el chico de diez años más aburrido de la calle, que solo sabe leer tonterías, como si un cuento fuese lo mejor del mundo, no quiere tener que jugar con una niña tonta cada vez que su abuelo visita a su padre. Lo he entendido muy bien, no voy a molestarte más.

Miré a mi alrededor, intentando encontrar en las paredes o en el cielo una respuesta para ello, pero no la pude encontrar.

—Entra en la tienda. Si no nos ven allí se preocuparán.

Dejó a la paloma y se encaminó a la tienda con los brazos cruzados. Cogió una pequeña cajita de música bordada de hadas, se sentó en mi sitio y la abrió. Me senté a su lado y así estuvimos sin decir nada hasta que mi padre y Crescencio salieron de la trastienda.

—Adelaida —llamó mi padre—. Tu abuelo va a estar fuera unos días y le he dicho que puedes quedarte con nosotros, así podrás divertirte con Miguel.

—¿Adónde vas, abuelo?

—Tengo unos asuntos pendientes. Me van a llevar muchas horas al día, y no voy a poder cuidar de mi princesita como se merece. Será mejor que te quedes con ellos.

Asintió. Aproveché ese momento para demostrarle de nuevo que me sentía mal por lo que le había dicho. Me acerqué a ella y le cogí la mano. Ella la soltó y se volvió a sentar.

De camino a casa, mi padre le contó una historia de hadas y princesas para entretenerla y así evitar que preguntase por Crescencio. Mientras subíamos por las escaleras para llegar a casa, nos cruzamos en el pasillo a la hija de la vecina. Siempre que podía cogía el vestido de novia de su difunta abuela, a la que de pequeña le había afectado una enfermedad en los huesos y se había quedado con la estatura de una niña de ocho años el resto de su vida, y fingía ser de buena familia. Nos miramos en silencio y me sonrió. Cuando llegamos a casa, mi madre saludó a nuestra invitada y de mala gana puso otro plato en la mesa. Mientras, yo me apresuré a tender un colchón de espuma que guardábamos bajo mi cama, ponerle sábanas limpias y así, una vez más, intentar que se olvidase de lo que le había dicho.

Después de cenar dije a mis padres que me bajaba a jugar a la calle, aunque mis planes no eran precisamente jugar. Me pidieron que me llevase a Adelaida. A pesar de que ella había insistido en que quería dormir, acabó acompañándome, lo que suponía un contratiempo. Se había levantado una brizna de cierzo.

—Oye, ahora no puedes venir conmigo.

—Tampoco quería bajar a jugar contigo; tu padre me ha mandado hacerlo.

Se sentó en el banco frente al portal con los brazos cruzados. La dejé allí y di la vuelta a la calle.

Parecía un fantasma oculto en la penumbra, vestida con un vestido de novia que tendría casi cien años, blanco, como su piel pálida. Me acerqué a ella y nos sentamos.

—¿Quién era esa niña?

—No me digas que es la primera vez que la ves.

Asintió.

—Pues últimamente pasa más tiempo en mi casa que en la suya. Es la nieta de un amigo de mi padre.

—¿La besas a ella también?

—Sabes que eso lo reservo para ti.

Ninguno de los dos sentía afecto hacia el otro, pero era divertido hacerlo. Las noches calurosas de verano nos escondíamos en ese portal y rozábamos nuestros labios sin que nadie lo supiera. Aunque ella siempre presumía de que

todos los chicos querían besarla a ella por su elegancia y saber estar, yo nunca vi a nadie, aparte de mí, intentándolo. Había sido y era la primera chica y la única a la que besaba, más por diversión y entretenimiento que por otra cosa. Oí una risa lejana y ambos levantamos la vista. No vimos nada.

—Se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya a casa —dije.

—Yo me quedo un rato más aquí.

Me levanté y fui a buscar a Adelaida, que no estaba en el banco, sino en la esquina de la calle con una sonrisa en la boca.

—Vamos a casa, es tarde.

—¿Es tu novia?

—No.

—¿Y si no es tu novia por qué la besabas?

—No la besaba.

—Vale —dijo con indiferencia.

—Es verdad —repliqué.

—Vale.

Al menos parecía haberse olvidado de que estaba enfadada conmigo.

—¿Vamos mañana a pescar? —preguntó de golpe.

—¿A pescar? Nunca he ido a pescar.

En ese momento sacó un hilo con un corcho viejo de botella atado en un extremo.

—Con esto pican siempre. A veces voy con mi abuelo.

—¿Que con eso pican? Con eso no pica ni el barbo más tonto del río.

—Pues sí que pican. Di lo que quieras.

Mientras Adelaida dormía a pierna suelta, yo apenas pegué ojo en toda la noche. Después del desayuno a base de leche y pan, anuncié a mi padre que nos íbamos al río a pescar. Al principio no pareció muy convencido, pero al ver la carita de Adelaida aceptó, no sin advertir que tuviésemos cuidado. Durante el camino se dedicó a relatarme las cosas que hacía en la escuela. A ella no le gustaba ninguna de ellas, pero se esforzaba en hacerlo lo mejor posible, aunque solo fuera por darle a su abuelo una alegría de vez en cuando. Adelaida se apresuró entre las piedras y las cañas, a punto de caerse unas cuantas veces, a indicarme el lugar en el que ella y Crescencio pescaban cuando iban allí. Se descalzó, se remangó el vestido, se sentó sobre una piedra y metió los pies en el agua.

—¡Está helada! —anunció impaciente y sonriendo.

La imité y, subiéndome la pernera del pantalón todo lo que me fue posible, metí los pies en el agua.

—Vaya, sí que está fría. Pero fría fría.

Lanzó una risotada al aire; estaba prácticamente eufórica por estar allí.

—Ten cuidado, a ver si se te va a subir una culebrilla pierna arriba.

Pegué un brinco y me puse en pie justo antes de resbalar con la piedra mojada y caerme de cara al agua.

Adelaida no cabía en sí de gozo. Estaba tumbada riéndose a lo grande y, entrecortada, me dijo:

—Esa broma me la gastó mi abuelo y me pasó lo mismo.

—Ja, ja, qué graciosa. Estoy mojado completamente, hasta el pelo —dije todavía en el agua, que apenas cubría.

Nos reímos los dos bien a gusto y luego me senté de nuevo a su lado mientras tiraba su anzuelo al agua. Estuvimos un rato sin hablar, simplemente disfrutando del silencio, al menos yo. A ella parecía no gustarle demasiado. Aproveché ese momento para darle una de las dos manzanas que había llevado. La recibió con una amplia sonrisa, le pegó un gran bocado y, dejando que el jugo le resbalase por la cara, comenzó a hablar de nuevo.

—¿Quieres saber una cosa?

—No —dije.

Se quedó mirándome con una cara que mezclaba la tristeza con el enfado.

—Sí, lo quiero saber —dije.

—Pues ahora no te lo digo.

—Venga, lo decía en broma.

Después de dudar durante unos instantes, me miró y continuó con su charla.

—De mayor voy a unirme al circo.

Me quedé atónito mientras ella me miraba triunfante.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ser la comida de los leones?

—Idiota. Pedazo de idiota.

Los carrillos se le hincharon y parecía a punto de reventar.

—Lo siento, no te quería enfadar. ¿Qué harás en el circo?

—Quiero ser bailarina. De esas que se suben a una barra puesta en alto y saltan sin caerse.

—Pero eso es muy difícil.

—Aprenderé. Y me pintaré la cara con brillantina rosa para estar muy guapa. Y bailaré así.

Se puso en pie y, con los brazos extendidos y el vestido mojado pegado a sus piernas de gorrión, comenzó a saltar de una piedra a otra mientras canturreaba. Se había alejado unos cinco metros cuando, dándome la espalda, se agachó.

—¿Qué haces?

—Aquí hay un montón de caracolas vacías.

Me levanté y me agaché a su lado.

—Tengo una idea.

Le dije que, con cuidado de no cortarse, cogiese las hojas alargadas de las cañas verdes. Yo hice lo mismo por otro lado. Cuando tuvimos un montón lo suficientemente grande, regresamos a la orilla. Sentados, le enseñé cómo hacer una barca con las hojas y lanzarla al agua sin que se hundiera. Cuando tuvimos hechas todas, cogí las caracolas y le dije que pusiera una en cada barca y que las dejara correr en el agua, a la vez que pedía un deseo por cada una. La idea le encantó. Corrió a hacer lo que le dije hasta que no quedó una sola. Se podía ver una hilera de pequeñas barcas de hojas que se alejaban hacia el mar. Cuando apenas se veían ya, Adelaida comenzó a correr tras ellas.

—¡Adiós, barquitas! ¡Traedme mi deseo!

—¿Qué has pedido?

—Que mi abuelo no se muera.

Se volvió hacia mí.

—¿Sabes? Me lo estoy pasando muy bien —dijo regresando al lado de su caña de pescar.

Tras ayudar a mi padre en la tienda, me senté en la silla de siempre con uno de los libros que había leído mil veces mientras Adelaida corría de un lado a otro. Después de una hora escuchando su correteo, sin apenas poder leer nada, le dije a mi padre que me iba a dar un paseo. Salí a la calle y el aire fresco se me incrustó en la cara como un regalo. Crucé las calles deprisa, sin devolver el saludo a los que me saludaban; ni siquiera los miraba a la cara. Sin haberme dado cuenta, había acelerado aún más el paso y prácticamente corría por la calle, que se había convertido en mi particular pista de atletismo, en la que las personas, los perros, los bancos y las papeleras se habían transformado en parte del decorado, obstáculos que había que esquivar. Cuando llegué a la biblioteca tenía sobrealiento y decidí sentarme en los escalones a recobrar una respiración tranquila. Cuando llevaba poco más de cinco minutos esperando, un señor de unos cuarenta años, con cara de pocos amigos, comenzó a subir por las escaleras, aunque por la ropa que llevaba no parecía ser alguien que necesitara ir a la biblioteca para coger un libro en préstamo. Era alto y corpulento, con el pelo negro, unos zapatos negros que parecían recién brillantados, seguramente en la calle Alfonso, un traje claro cubierto por una gran capa de color tostado que le colgaba del cuello y un bastón que debía de ser de ébano con oro labrado. Llevaba un broche enganchado en la capa. En él se distinguían una M y una S entrelazadas, con el fondo negro y las letras en oro. Vio que lo estaba observando y me dirigió una sonrisa cuando pasaba a mi lado que fui incapaz de devolver; todavía no sé si fue por el miedo a alguna represalia de uno de los ricachones de la ciudad o por la vergüenza de que me hubiese pillado haciéndole poco menos que una radiografía. Dejé que pasaran unos minutos, pues no quería encontrarlo de nuevo, y entré. Hacía algunas semanas que no me acercaba a la biblioteca y se me antojó más grande, fría y hechizada que nunca. Me dirigí a la diminuta sala de libros para menores de quince años. Ahí solo estaba la vigilante de la sala, que cada vez que me acercaba por allí me decía que me iba a quedar tonto de tanto leer. Nadie más. Esa era una de las cosas que más me gustaban. La sala entera para mí; era como vivir mi propio cuento, mi fortaleza con su Goliat

vigilante. Era la sala más pequeña de la biblioteca. Me daba la sensación de que era circular. Había algunas sillas y un butacón enorme, que seguramente eran los despojos de la sala principal cuando fue remodelada y ampliada y que habían ido a parar allí de casualidad. Era mi butaca. También había una mesa más o menos grande y dos sillas puestas en comunión una al lado de la otra. Las paredes, cubiertas de madera vieja, que si te apoyabas crujía y la bibliotecaria te miraba fulminantemente, estaban adornadas con cuadros de las bibliotecarias que habían vigilado aquel lugar y que parecía que todavía continuaban allí, y con unos quinqués que sobresalían como si fueran sus manos. Las estanterías estaban ligeramente inclinadas hacia delante. Parecía que en cualquier momento iban a empezar a caer una tras otra. Empecé a ojear las estanterías. Tras un rato observando títulos en los lomos de los libros, seleccioné *Viaje al centro de la Tierra*, que tenía manchas de restos de comida en la cubierta y en las páginas internas, y me senté en el enorme butacón. Lo abrí por la primera página y me lo pegué a la cara, temiendo que las letras se escaparan de las hojas. Llevaba un rato inmerso en la lectura cuando noté que había alguien sentado frente a mí. El volumen me impedía ver quién era. Oí una fuerte respiración. Estaba seguro. El hombre que me había pillado observándole mientras subía por las escaleras estaba sentado frente a mí, esperando que apartase el libro de mi cara para propinarme una de las bofetadas más grandes de mi vida y luego darme una lección de educación: que es de muy mal gusto observar fijamente a otra persona, y más si no la conoces. Noté como se ponía en pie empujando la silla hacia atrás. Apreté el libro con fuerza y cerré los ojos. Noté el sudor en mi frente. Los dedos me dolían de apretar las páginas sucias. Sentí mi corazón en la frente a punto de estallar. Ahí venía, el bofetón cada vez estaba más cerca. Con los ojos cerrados y los dientes apretados, sentí como apoyaba su mano sobre el volumen y yo, quedándome sin fuerzas, le dejaba que lo apartara de mi cara.

—Pero ¿se puede saber qué haces? —la voz fuerte de Adelaida me permitió respirar de nuevo.

Abrí los ojos lentamente.

—Oye, ¿estás bien? —me preguntó.

—Sí —dije mientras despegaba los ojos—, estoy muy bien.

—Pues parece que tengas fiebre. Mi abuelo siempre dice...

—Que estoy bien, ya se me ha pasado —corté bruscamente.

—¡Silencio! —gritó la bibliotecaria.

—Perdone usted —contesté casi sin mirarla.

—¿Qué haces aquí?

—Te he seguido.

—Sí, eso ya lo veo, ¿por qué? Pensaba que estabas lo suficientemente ocupada imitando a los caballos en la tienda.

—¿Qué parte es la que no habéis entendido? ¡He dicho que calléis!

—Que sí, que ya. ¿Sabe? Si mi abuelo estuviera aquí diría que es usted una pesada —dijo Adelaida.

—Se acabó, esto es intolerable. —Se levantó de su asiento—. Aquí lo único que pretende una es hacer su trabajo y le vienen los niños de turno a tocar las narices. Pues ahora os las voy a tocar yo a vosotros: a hablar a la calle los dos. ¡Venga!

—Buenas tardes tenga su santa paciencia, doña Encarnación —sentenció una voz tras la bibliotecaria. Esta se volvió.

—Madre del amor hermoso, señor Sanpedro. Usted por aquí de nuevo. Me alegro enormemente de verlo a usted —le saludó mientras corría a su lado a estrecharle la mano y a ofrecerle una taza de café caliente que iba a buscar justo en ese instante.

El señor Sanpedro aceptó de buena gana.

—Ahora mismito se lo traigo a usted, señor. Siéntese donde guste, que vuelvo en un brinco.

Dicho esto desapareció y se olvidó de nosotros. El señor Sanpedro no me daba tanto miedo ahora como cuando lo había visto en las escaleras, pero eso no me quitaba de la cabeza la idea de que había ido allí para enseñarme buenos modales. Me dedicó una mirada desde donde estaba y luego dirigió la vista a Adelaida, para a continuación sentarse de espaldas a nosotros.

—Vámonos de aquí —me dijo.

—¿Por qué? Coge un libro y ponte a leer, seguro que encuentras alguno que te gusta.

—No necesito ningún libro, quiero irme, ya volveremos otro día —dijo con una mirada que imploraba que nos fuésemos.

—Vale, hala, lo que la señorita mande.

No quería enfadarla otra vez. Bajamos las escaleras y me dijo que la siguiera. Nos escondimos tras unos matorrales.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Shhh, calla. Ya lo verás.

Llevábamos casi una hora cuando se oyó abrirse la gran puerta de la biblioteca. Adelaida me dijo que me asomase tras el arbusto. El señor

Sanpedro se iba.

—¿Qué te pasa? —dije al fin.

—Vamos a seguirlo.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro, ¿no dices que quieres ser escritor? Pues estoy segura de que ese hombre esconde algo y nosotros podemos descubrirlo. Así tú ya puedes escribir un cuento.

—No quiero escribir cuentos, quiero escribir novelas.

—Sí, lo que tú quieras, a mí me da igual.

Caminó silencioso por el paseo María Agustín, atravesó Fernando el Católico y pasó frente a la tienda de mi padre. A unos cincuenta metros del final de la calle se levantaba una siniestra vivienda con jardín amurallado. Abrió la verja y se metió en la casa, que parecía haberlo engullido entre sombras negras. Nos acercamos. En la gran verja había unas enormes M y S, igual que en el broche de su capa. Supuse que la S era de Sanpedro, y seguramente la M era su nombre. Se encendió una luz en el interior de la casa. Tras unos segundos se apagó y una nueva luz apareció en la segunda planta. Una silueta se podía ver en el interior. La luz se apagó. Esperamos un rato. Deshicimos el camino para volver a mi casa.

—¿Por qué lo hemos seguido? Y no me digas que lo has hecho para lograr que yo me haga novelista porque no me lo creo, niña.

—Quería saber dónde vivía.

—¿No lo sabías ya?

—No.

—No te entiendo, ¿para qué querías seguirlo?

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—Mañana te lo enseñaré.

—¿Qué pasa mañana?

—Ya lo verás, no seas plomo.

Cuando llegamos a mi casa en la avenida de Madrid, situada justo encima del restaurante del amigo de mi padre, el señor Emilio, ya eran pasadas las doce. Abrí el portal y subimos las escaleras con pies de plomo. El olor delató que seguramente el perro del vecino del segundo se había vuelto a mear en la escalera. Cuando llegué a la primera planta, Emilio, el dueño del bar, estaba intentando abrir la puerta de su casa.

—Hola, Miguel y compañía. ¿Cómo estáis?

Era un hombre menudo que vestía siempre los mismos pantalones negros y la misma camisa en un principio blanca, ahora con un color y un olor indescritibles. Llevaba unas gafas de culo de vaso completamente redondas, a juego con sus cejas y las arrugas de su cara. Tenía cuarenta y cinco años cumplidos el mes anterior y parecía tener por lo menos setenta, y si a eso le añadías los veinte kilos que le faltaban a su esqueleto, daba una imagen más de cadáver que de persona, aunque más bueno que el mismísimo pan de leche que servía en su bar para desayunar.

—Muy bien, Emilio. ¿Quieres que te ayude a abrir? —ofrecí.

—Pues te agradecería mucho el detalle. Cuando yo gire la llave, tú empujas.

Al tercer intento, la puerta se abrió. Emilio se había casado con una mujer que medía un metro ochenta y pesaba ochenta kilos por lo menos. La pobre mujer sufrió una gripe cuando llevaba un año de casada, de la que tardó un mes en reponerse, y la enfermedad se había llevado gran parte del finísimo oído que poseía.

—¡Ay! Mi señor por fin en casa, y se ha traído al encantador hijo del vecino. Angelito, ¿cómo te encuentras? Hacía mucho que no te veía. ¿Y esta hermosura que te acompaña?

—Pues muy bien, Susana. Y tú, ¿cómo andas? —dije ignorando su última pregunta.

—Si no me gritas más, no te oigo, hijo mío... Anda, venid. Cada día estás más seco. Ya le dije a tu madre que si en algún momento dado le hacía falta un trozo de pollo en la mesa me lo pidiera, pero nunca lo hace. Será por orgullo, pero estás en los huesos, como Emilio, por mucho que le ponga en el plato. Dios le dio pocas ganas de comer al nacer y me las dio a mí, además de las propias. —Nos empujó al interior de la pequeña cocina y nos sentó en la mesa al lado de Emilio—. Tomad, este estofado os va a sentar de rechupete —dijo mientras servía un plato para cada uno.

—Comed, hijos, comed, no os preocupéis. Si queréis más, que no os dé apuro, pedid, ¿eh?

—Muchísimas gracias a los dos, te lo digo de verdad, pero mi madre va a levantar el techo del edificio de un grito cuando llegemos a casa, es muy tarde. —Por supuesto, Susana no se enteró de gran cosa, pero Emilio me ofreció una coartada.

—Mira, cuando llegues a tu casa, les dices a tus padres que habéis llegado a la hora de siempre, pero que había mucha gente en el restaurante, os

he visto y no os he dejado subir a casa hasta ahora, ¿os parece bien?

—A mí, sí. Me salvas la vida, Emilio, pero como le parezca mal a mi madre y la emprenda contigo...

—¡Ah!, de eso no te preocupes. La historia queda zanjada —sentenció mientras me guiñaba un ojo—. Y, a todo esto, nunca te había visto volver tan tarde a casa, ¿dónde te has metido? ¿No estarás en algún lío?

—Oh, no. Qué va —dije mientras hundía la mirada en el plato.

—Ah, ya veo, ya veo. Lo que te pasa es que te has echado novia, ¿eh? —Miró a Adelaida.

—No, qué va..., yo...

Volví a hundir la mirada.

—¿Yo? ¿Con este? ¿Está loco? —dijo Adelaida.

—Vamos, hombre, que no os dé vergüenza, que una buena mujer y un buen hombre es lo mejor que le puede pasar a uno en esta vida. Un poco jóvenes os encuentro, pero bueno, en esta vida hay que correr antes de que la vida corra tras de ti, no sé si me entendéis.

—Sí, te entiendo —mentí. No tenía la menor idea de lo que me decía, pero era mejor que pensase que tenía novia a decirle que había estado siguiendo a alguien.

Cuando entramos en casa, solo encontramos más silencio y oscuridad. Mis padres se habían acostado ya. Dos platos de sopa, o, mejor dicho, de agua con sal, nos esperaban en la mesa de la cocina. Los dejamos donde estaban y cerré mi cuarto. Adelaida se metió en su improvisada cama y yo cogí el cuaderno que tenía sobre la mesa. En las primeras páginas había escrito problemas de matemáticas de mis días de colegio que no quería recordar. En la primera página en blanco que encontré comencé a relatar una historia, en la que aparecía una casa encantada con asombroso parecido a la que habíamos visitado. Por supuesto, con muchas invenciones de por medio, porque un escritor debe inventarse historias, no calcarlas de la vida. ¿Qué clase de escritor es el que no inventa, sino que solo transcribe la vida en un puñado de hojas en blanco? En la quinta página acababa mi relato. Había salido muy corto, pero había escrito todo lo necesario. Leí y releí lo escrito durante casi una hora, pero no podía escribir más. Mis sueños de escritor se estaban esfumando cuando no habían empezado todavía. No sabía escribir. Mirando las páginas, cayeron dos lágrimas al papel.

A mi pesar, desperté tarde. Eran las once de la mañana cuando abrí los ojos. Adelaida ya no estaba en su cama. Salí de mi cuarto y enfilé hacia la cocina. El olor a café inundaba la casa. Mi madre, para no romper la tradición, me dedicó el leve gemido que usaba como saludo matinal cada día.

—Toma, bébete todo el tazón de leche.

—¿Dónde está Adelaida?

—En el bar, con tu padre.

Me quedé ahí sentado como un bobo, mirando la leche, esperando el bofetón de gritos preguntándome por qué había vuelto tan tarde. Para mi sorpresa, no llegó. Seguramente había desistido, o simplemente no le importaba nada sobre mi vida. En ese instante me sentí como si fuera un intruso en aquella cocina. Observé a mi madre de pie, frente a la cocinilla de leña, calentándose las manos. Vi las arrugas en su cara y pensé que eran culpa mía. Tal vez yo nunca debí nacer. Mi padre me había contado muchas veces lo feliz que era mi madre cuando era más joven, y siempre me decía que algún día volvería a serlo, que lo que pasaba era que echaba de menos a su madre. Pero cuanto más tiempo pasaba, más arisca se volvía mi madre, y yo cada vez estaba más convencido de que era únicamente por mi culpa, por haber llegado a este mundo. También sabía que mi padre sí me quería. Me lo demostraba siempre, con cada gesto y con cada beso en la mejilla. Tal vez, si yo no hubiese nacido, mis padres hubieran continuado siendo felices. Bebí el tazón de un trago y le dije que me iba. Salí a la calle. El sol me pegó con fuerza en la cara. Vi a mi padre hablar con Emilio en la barra y a Adelaida escucharles atenta. Cuando abrías el bar, todo el mundo sabía de la entrada de un nuevo visitante por el chirriar de la puerta, acompañado del tintinear de la campana puesta sobre ella. El bar había permanecido exactamente igual desde que yo lo recordaba. Las paredes, de un color que no sabría decir si era rojo aclarado por los años o naranja sucio por el humo de la cocina, estaban adornadas con carteles de toreros y fotos antiguas de la ciudad, además del retrato de don Eduardo Ardit y una cabeza de toro que siempre me había dado miedo. Don Eduardo Ardit era un torero que había muerto hacía tiempo por la cornada que

un toro le propinó en las partes más sensibles del cuerpo humano. Le seccionó una arteria y se desangró en la plaza. Y ese toro que mató a don Eduardo era el que colgaba en la pared.

—Mira quién nos honra. ¿Qué tal, hijo? ¿Has descansado bien? Con la paliza que te pegué ayer te lo mereces —soltó el bueno de Emilio mientras mi padre sonreía.

—No fue nada, no te preocupes, y sí, he dormido bien —dije. Habían entrado clientes al bar. Emilio nos abandonó para atenderlos.

—Un pajarito me ha comentado que tiene usted novia, Miguel —se burló mi padre. Dirigí la mirada a Emilio.

—¿Estás seguro de que ha sido un pajarito y no un avestruz? —respondí ofendido.

—Venga, hombre, no te enfades con Emilio. Me ha hecho un ligero comentario, nada más.

—Pues no es verdad, no tengo novia ni quiero tener nunca.

—Y ni en broma se crea usted que a mí me gustaría ser la novia de su hijo. Yo sí que querré un novio, pero no a él —añadió Adelaida.

—Eso es lo que opinas ahora, pero ya verás como, de aquí a unos años, te escapas de casa a escondidas para besarte en secreto en algún portal perdido con alguna jovencita que te quita el hipo y las ganas de comer. — Adelaida rio.

—Vale, ahora me voy.

—No te enfades, hombre, que es ley de vida.

Salí del bar sin saber si estaba enfadado porque Emilio le dijera a mi padre lo de mi supuesta novia, Adelaida, o porque iba a ser objeto de burla durante una larga temporada. Ella salió tras de mí.

—Espérame.

—Oye, no necesito que mi padre crea que somos amigos, entiendes, y menos novios.

—Eso lo tiene muy claro.

—No quiero ser tu amigo. Me basto yo solo con mis libros.

Llegamos a la verja de la casa a la una de la tarde, por lo que supuse que sus habitantes estarían comiendo. Seguramente algún manjar que yo no podía siquiera imaginar. La noche anterior apenas había podido ver la silueta de la casa, pero ahora, con el sol, me parecía un castillo medieval lleno de gárgolas amenazantes por todas partes. El jardín, que me parecía más grande que la manzana en la que yo vivía, estaba repleto de hojas secas. Grandes árboles se esparcían a su suerte por el terreno, lo que aumentaba el escaparate fantasmal de aquella casa. La verja con la M y la S estaba pintada de negro brillante. Alrededor de la casa había un muro de piedra blanca inmaculada, que tendría unos tres metros de alto. A los lados de la verja y apoyados sobre el muro había dos cuerpos pequeños de demonios que se reían burlescamente de cuantos los miraban. Tenían manchas de pintura roja, por lo que supuse que en sus días de gloria habían sido completamente rojos y, tal vez, con las puntas de los cuernos y del rabo negras. La casa tenía cuatro plantas. Se veían siluetas moviéndose por el interior de la segunda y de la primera. A la izquierda había una gran puerta que seguramente sería la entrada a las cocheras. El tejado era espeluznante, negro, acabado en punta y con tres torres. La fachada entera estaba hecha de piedra gris oscura. Me recordó el castillo en el que Maléfica había hecho dormir cien años a Bella, de cabellos dorados, como decía el cuento.

—Aparta, chaval —amenazó una voz tras de mí.

Un chico de unos veinte años, con el pelo negro, escasa barba mal afeitada, ojos oscuros y malcarado, me empujó. A su lado había aparcada una carretilla con cajas de cartón cerradas; algunas chorreaban sangre. Sacó un manojo de llaves y manipuló la cerradura con una de ellas, que para mi sorpresa giró como la seda. Dio un empujón y abrió la puerta derecha de la verja mientras me radiografiaba. Cogió la carretilla y entró. Di unos pasos tras él como quien no quiere la cosa, pero no sirvió de nada.

—¿Adónde crees que entras, enano de mierda? Mucho cuidadito con intentar jugármela, que bastante me costó que me permitieran tener una copia de la llave para no tener que andar a grito pelado cada vez que les traigo la

mercancía ni hacer la mitad del Camino de Santiago para llegar a la puerta de servicio. Será tacaño el viejo, que ni siquiera ha puesto una campana para poder llamar, aunque al menos da propina, y buena.

Agarrándome del brazo, me zarandé hasta la calle, volvió a la casa y cerró con llave mientras me miraba con una sonrisa que seguramente había aguantado más veces en su carne que las que le había dado tiempo a dedicar a alguien.

—Eso no se hace, mi abuelo dice que está mal entrar en casa de alguien sin llamar primero —dijo Adelaida.

—¿Por qué dices eso? ¿No dijiste que querías enseñarme algo hoy?

—Sí, pero aquí no.

El chico cogió la carretilla y se dirigió a la parte trasera de la casa. Decidí dar una vuelta alrededor del inmueble. La parte delantera del muro estaba impoluta, pero la trasera dejaba mucho que desear. Caracoles y babosas trepaban entre el musgo que había crecido, aunque, teniendo en cuenta la gran acequia que pasaba justo por detrás de la casa, tampoco era de extrañar aquella fauna, ya que por mucho que se limpiara no se podría acabar con ella. Cuando había bordeado casi toda la parte trasera, encontré lo que buscaba: una pequeña verja de metal negro que hacía de puerta, la del servicio. Por supuesto, también estaba cerrada. Regresé a la entrada principal y pude ver como el joven del carretillo se marchaba ya por Fernando el Católico. Miré la casa con desgana.

—Vamos —dijo Adelaida.

—¿Adónde quieres ir ahora?

Comenzó a caminar sin mediar palabra y yo la seguí. El sol picaba en lo alto, y el sudor poco tardó en aparecer. Después de llevar media hora caminando y con la camiseta empapada, me puse frente a ella y la paré.

—O me dices dónde vamos o me doy media vuelta.

—Voy a enseñarte una cosa.

—¿Qué?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No, dímelo o me iré.

—Voy a enseñarte un secreto.

—¿Qué secreto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo vas a enseñarme algo que no sabes qué es?

—Si supiera lo que es no sería un secreto, pedazo de tonto.

Preferí no seguirle el juego. Continuamos caminando hasta llegar a un recinto cerrado con una enorme cruz sobre la verja de entrada.

—¿El cementerio?

—Sí.

—¿Qué misterio puede haber ahí dentro? —pregunté.

—Sígueme.

Comenzamos a caminar entre las lápidas. Resultaba difícil no tropezar. La hierba mal cuidada se había apoderado del último lecho de los habitantes del lugar.

—Lo descubrí una vez que vine con mi abuelo a traer flores. Él se quedó frente a la tumba de mi abuela y le dejé solo para que hablase con ella tranquilamente. Nunca había reparado en esa parte del cementerio.

—¿En qué parte?

—En la de los mausoleos.

Vi lo que me parecieron casas pequeñas construidas en mármol y piedra. Adelaida se acercó a una y empujó la puerta sin éxito.

—Vaya, no había pensado en esto.

—¿En qué?

—En que la puerta estuviera cerrada. Pero es normal. Soy un poco tonta a veces.

—Mira, ya estamos de acuerdo en algo. ¿Qué es normal?

—El único día de la semana que no viene es el domingo; debía de haber pensado que estaría cerrada.

—¿Y si me explicas algo más?

—No has leído lo que pone arriba, ¿verdad? Pues mira que es grande...

Alcé la vista. Sobre la puerta estaba escrita la palabra «Sanpedro» grabada en el mármol. La miré y asintió.

—Aquel día, cuando descubrí esta parte del cementerio, me acerqué a curiosear. Fíjate, este es el único mausoleo que tiene puerta. Cuando vine, vi al señor Sanpedro aquí dentro. Me pareció verlo llorar.

—¿Y qué? No tiene nada de especial. Es normal que la gente llore en un cementerio.

—Lo sé, pero pude ver las fechas que había escritas en la lápida que estaba mirando.

—¿Y vas a decírmelas?

—La tumba era la de alguien de ocho años. No pude ver el nombre. Se volvió y me fui corriendo. Desde ese día, cada vez que vengo al cementerio con mi abuelo me acerco. La mayoría de las veces lo encuentro aquí, a la misma hora, aunque no todas. Lo que sí es seguro es que los domingos es el único día que no viene. Por eso te he traído aquí hoy, para no encontrárnoslo. Pero, claro, la puerta está cerrada. Me gustaría saber quién está ahí enterrado. Por eso ayer, cuando lo vi, quise seguirlo para ver dónde vivía.

—¿Y qué has conseguido con saber dónde vive?

—Pues no lo sé, pero de algo servirá. No me digas que no sientes curiosidad.

Sí, era cierto que un cosquilleo se había apoderado de mi estómago. Aquella tumba infantil, y que su visitante tuviera una de las casas más extrañas de la ciudad, había despertado mi curiosidad. Salimos de allí con la cabeza en paralelo al suelo. Comencé a caminar en dirección a casa. El aire frío se había levantado de pronto. Nubes negras levantaban cortinas de tierra y hojas secas que danzaban como amantes. El viento me empujaba calle abajo como si quisiera llevarme a algún sitio secreto. Con el primer trueno que me despertó de los misterios de la casa y del cementerio apreté el paso todo lo que pude. Mientras corría calle abajo para no bañarme en la calle y pillar otra pulmonía que me hiciera estar en cama un mes, un escalofrío recorrió mi cuerpo. No me detuve, cogí a Adelaida de la mano y corrimos. Sonó un trueno ensordecedor. Llegamos al bar justo a tiempo. Uno de los rayos había alcanzado donde no debía y había conseguido esfumar toda la luz del edificio. La señora Susana y el señor Emilio se habían apresurado a sacar un arsenal de velas medio gastadas y extenderlas por el bar como el manto de una Virgen hasta que se aseguraron de que todos los clientes tuvieran luz de sobra como para ver el periódico del día y la carta. Mi padre estaba sentado en la barra frente a la radio de ultimísima generación que Emilio se había ocupado de comprar tan pronto como salió al mercado hacía cosa de un año, tirando la vieja, que había funcionado perfectamente desde el día que la compraron, para «darle más categoría al local». Lo que no supo cuando la compró es que las cosas de ultimísima generación suelen fallar y que la adquisición, que le había costado lo que ganaba en un mes, se le había estropeado al menos tres veces desde que la compró. Ahora seguramente estaría rezando para sus adentros para que el apagón no la hubiera estropeado otra vez. Por lo que yo puedo recordar, esa maravilla que le daba al bar un toque selecto le había costado al bueno de

Emilio más dolores de estómago que el plato más pesado que su mujer le hubiera obligado a comer durante los veinticinco años que llevaban casados.

—Ya estaba preocupado —dijo mi padre—. Un poco más y hoy no necesitáis baño. Con la salud que Dios te ha dado, hijo, no estamos para bromas. ¿Dónde habéis estado? ¿Haciendo cosas de novios?

—Sí —dije, pues no tenía ganas de empezar a negar de nuevo, dado que era imposible hacerles cambiar de idea.

—Adelaida, tu abuelo ha llamado. Esta noche vendrá a buscarte.

Sin saber por qué, aquella noticia me cayó como un jarro de agua fría. No quería que se fuese tan pronto. Teníamos cosas que descubrir.

—Oye, papá, esa casa, la que está al final de Fernando el Católico...

—¿La que da miedo?

—Supongo, la que tiene una M y una S en la puerta.

—Sí, ¿qué ocurre con ella?

No sabía qué excusa inventarme para que me contara lo mucho o poco que supiera de ella, así que improvisé.

—Verás, estoy escribiendo un libro; bueno, un cuento, de fantasmas...

—¡Vaya! Nos ha salido artista el crío. ¿Quién lo iba a decir? —dijo Emilio, que ya había terminado de esparcir luz de cera por todo el establecimiento.

—No, ni mucho menos; solamente me gustaría escribir algo, y esa casa me gusta para una historia de terror. ¿Podéis contarme algo de ella? Cuándo se construyó, quién es su dueño..., ese tipo de cosas..., y qué significan esas letras, M y S.

—Vaya, pues sí que tienes interés en escribir una obra maestra, ¿eh? Creo que no podías haber escogido mejor lugar para contar una historia de terror —dijo Emilio poniendo cara y tono de misterio.

—¿Por qué? —pregunté sin saber si lo que tenía era curiosidad o miedo.

—Bueno, aquí el entendido en historias de las casas de la ciudad es Emilio, que tiene veinte años más que yo, y eso es lo que me lleva de ventaja. Os dejo solos con vuestros misterios, pero no me asustes mucho a los chicos, que luego...

—Luego nada —corté ofendido.

Mi padre me besó en la frente y salió del bar. Miré a Emilio, que me sonreía como si me fuera a contar la historia mágica mayor de la tierra. El ambiente en el bar, lleno de velas dibujando sombras en la pared, que ahora parecía pintada de sangre, era el ambiente perfecto.

—Mi padre me contaba de niño la historia de esa casa, que en un principio no fue exactamente como se ve ahora. Antes era una casa enorme, sí, pero solo tenía tres plantas y no tenía torres.

Apenas había comenzado su relato cuando mi padre apareció de nuevo en el bar, con la respiración acelerada y sudoroso.

—Hijo.

—¿Qué pasa?

—Vamos a casa, hay una mala noticia.

Miré a Emilio sin saber qué decir.

—Vamos, Miguel, tranquilo, cuando hayáis acabado en tu casa vuelves y te cuento la historia, ¿eh?

Asentí.

Me dejé resbalar por la banqueta y cogí la mano que mi padre me ofrecía mientras miraba a Emilio dándole a entender que luego le contaría lo ocurrido. Adelaida cogió la otra mano de mi padre.

Subimos las ruidosas escaleras agrietadas y ennegrecidas en silencio y penitencia. A cada paso aumentaba el tembleque de mis piernas. La escalera se me antojó tan larga como la de un castillo de mil plantas, y mi destino era la última de todas, la más alta, la más pesada de alcanzar y la más oscura, que guardaba un secreto inconfesable. La puerta del piso estaba entreabierta y en el interior se podía oír la voz dura y fuerte de la señora Susana. Entré tras mi padre y la cerré. Nos dirigimos al cuarto de estar y ahí encontramos a mi madre. Susana la abrazaba. La tormenta seguía fuera, amenazante, retumbando. Por fin mi madre me miró a los ojos, serena, cansada, ajada, como sus manos.

—Ha sido hace un rato.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tu abuela ha muerto. Hace menos de una hora. El chófer de la casa en la que prestaba sus servicios, donde yo misma los presté, ha traído una nota de la señora en la que explica que mi madre ha muerto esta tarde y que el entierro se celebrará al día siguiente en el cementerio de la ciudad, que ellos se hacían cargo de todo por el tiempo de leal servicio prestado con sumisión absoluta y sin haber escuchado nunca la más mínima queja brotar de sus labios o de la expresión de su cara.

Un detalle que mi madre agradeció, ya que no tenía dinero. Aunque llorara por su pérdida, dudo mucho que tuviera muchas ganas de llorar.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, hijo; además, nunca la conociste. El entierro es mañana, a las cuatro de la tarde. Tengo que ir.

Suspiró.

—El chófer todavía se acordaba de mí. Me ha dicho que ha muerto en su cama, agarrada a su mano, mirando el cielo. Estaba asustada. Ha muerto con el primer trueno de la tormenta. Me ha dicho que su alma se ha estremecido con el sonido y se ha ido con él.

Se me cayó el alma a los pies. Entré en mi cuarto y, tumbado sobre la cama boca abajo, me eché a llorar. A llorar de miedo. Pocos minutos después la tormenta dio paso a un caluroso día. Me restregué los ojos y salí a la calle

sin ningún rumbo. Caminé hasta llegar a la plaza del Pilar y me refugié en el interior de la basílica. Había gente sentada en los bancos escuchando el sermón. Esperé a que acabara y, sin saber qué me impulsaba, me arrodillé y recé a la Virgen para que se llevara a mi abuela con ella. Una mano se posó en mi espalda. Adelaida estaba sentada a mi lado. Me miró con cariño. Me incorporé y me senté a su lado. Mientras contemplábamos el altar, cogió mi mano con fuerza.

Mi madre había dicho que iría sola al entierro, a pesar de la insistencia de mi padre en acompañarla. Y aunque nadie pensó en mí, decidí por mi cuenta ir con ella, aunque no se lo dije, pues sabía que recibiría la misma respuesta que mi padre, seguramente a gritos. A las dos y media de la tarde aguardé en la esquina de la calle hasta ver a mi madre salir del portal. La seguí hasta la calle paralela, donde esperó a que el tranvía llegase. Esperé en la cola y subí el último. Temí ser descubierto por mi madre, pero afortunadamente debía de ser uno de los viajes más concurridos del día. Escondido entre la gente, conseguí abrimme hueco hasta el final y me quedé allí de pie, observando a mi madre sentada, vestida de luto y mirando por la ventana. El viaje duró más de media hora. La última parada nos dejaba a escasos metros del cementerio. Mi madre bajó por la puerta delantera y yo por la de atrás. La seguí, escondiéndome donde podía.

La boca de aquella fortaleza enorme engulló a mi madre. La imagen del cementerio me estremeció más que el día anterior. Sus altos muros para evitar vándalos guardaban en sus entrañas a saber cuántas almas en espera del día del juicio final. En lo alto de la entrada recibía a sus visitantes una cruz y un relieve de Jesucristo frente al que santiguarse antes de prepararse a adorar a los que nos observaban desde el cielo o desde el infierno. Al fin entré. Distinguí la figura de mi madre dirigiéndose al fondo del cementerio. Algunos ángeles me miraban desde lo alto. Algunas Vírgenes parecían llorar. Corrí intentando no ver más figuras. Cuando estuve relativamente cerca de mi madre, me escondí tras una escultura extraña. Era una Virgen con lo que me pareció una rata a los pies tallada en piedra negra. Vi a mi madre acercarse a un grupo de gente que rodeaba un montón de tierra húmeda. A su lado, un ataúd. Mi abuela estaba dentro. Se distinguían dos grupos entre los asistentes. A la izquierda, los compañeros de mi abuela, los criados. Y a la derecha los que debían de ser los señores de la casa por las galas que vestían. Cuando vieron llegar a mi madre, los criados le ofrecieron un hueco entre ellos. Entre los otros había una señora mayor sentada en una silla con un bastón en las manos.

A su lado, un hombre que debía de tener diez años más que ella, que supuse era el marido y el patrón de la casa. Y tras ellos, dos caballeros y una señorita igual de bien vestidos, que imaginé serían sus hijos. Tal vez uno de ellos fuera el que manoseaba a mi madre en sus años de servicio. El cura procedió con el sermón, hablando de lo buena mujer que había sido, lo que la iba a echar el mundo de menos y lo bien que la recibiría Dios en su cielo. Cuando hubo acabado, se marchó de allí a toda prisa mientras dejaba que el enterrador hiciera su parte del trabajo. La mujer sentada en la silla dijo algo a los criados y partieron todos rumbo a la salida. Mi madre se acercó a ella y se arrodilló a su lado, le tomó la mano y se la besó mientras ella le acariciaba la cabeza. Unos minutos después, ayudada por todos los presentes, la señora se levantó de la silla y se alejaron de allí. Mi madre había quedado sola frente a la tumba. Me pareció oírla hablar. No creo que hubieran pasado ni cinco minutos cuando uno de los señoritos se acercó a ella y le tomó las manos. Estaba claro que se acordaban de ella en esa casa. Tras unos minutos caminaron juntos hasta la salida. Yo me quedé allí. Me incorporé y me dirigí a la tumba. El enterrador todavía no había acabado. Desde lo alto vi como la tierra cubría el ataúd.

—¿Qué pasa, chaval? ¿Familia tuya?

—Mi abuela.

—Lo siento.

—Gracias —dije mientras observaba palabras en latín grabadas en el mármol.

—Oye, te voy a dar un consejo —ofreció mientras clavaba la pala en la tierra y se apoyaba en ella. Aquel chico tendría apenas diecisiete años—. Trabajo aquí desde que enterraron a mis padres y al anterior enterrador le dio un ataque al corazón mientras los enterraba. He visto a mucha gente pasar por aquí a llorar a los muertos, y poco tiempo después los he enterrado a ellos, así que sal de aquí ahora mismo, vive tu vida como te apetezca, sin pensar en los que ya no están, y regresa a este lugar solo cuando te tengan que enterrar a ti.

Oí sus palabras atento y asentí. Con pies de plomo fui alejándome de la tumba y del enterrador, pensando en sus palabras. Observaba las lápidas que minaban el cementerio e intenté calibrar cuánta gente habría allí enterrada. Miles, seguramente, y cualquier nuevo inquilino era, simplemente, uno más. Repetí para mí las palabras de aquel chico: «Vive tu vida como te apetezca». Pues bien, eso era lo que iba a hacer. Y lo que me apetecía en ese momento era averiguar la verdadera historia con la que me había embaucado Adelaida sin apenas haberme dado cuenta. Decidí hacer una nueva visita al mausoleo de los

Sanpedro. Me acerqué. La puerta estaba cerrada. Oí pasos que se aproximaban. Alcé la vista y pude ver como alguien se acercaba poco a poco hacia el lugar en el que me encontraba. Pensé que tal vez Sanpedro iba a visitar la misteriosa tumba y así yo podría aprovechar y averiguar quién estaba allí enterrado. Vi un hueco entre un mausoleo y otro, un pequeño espacio poblado de hierbas; ahí podría esconderme. Podía esperar hasta que escuchara abrirse la puerta y, como un ladrón, asomar la cabeza. Los pasos pararon. Oí un silbido. Poco después vi acercarse al joven enterrador y pasar de largo. Asomé la cabeza entre las altas hierbas. Vi a un hombre mayor que Sanpedro. Un sombrero cubría su cabeza. Llevaba un traje de color claro. El enterrador estaba frente a él.

—Necesito tus servicios esta noche. Aquí, en el mausoleo.

—Lo siento, señor. El cementerio cierra a las ocho. No son mis normas, son las del Ayuntamiento.

Vi como introducía una mano en su bolsillo y sacaba un fajo de billetes. En ese montón había más dinero del que yo había visto junto en toda mi vida. Se lo tendió.

—A la una. Deja la puerta abierta. Si haces tu trabajo y mantienes la boca cerrada, tendrás otro tanto.

—Sí, señor.

—Recuerda: la puerta abierta. Tú estarás esperándome tras ella. Cuando yo entre, cierra y vienes conmigo. Necesitaré tu ayuda.

—Queda claro.

El enterrador se encaminó hacia el final del cementerio y yo me escondí de nuevo hasta que oí pasos alejándose. Después de una espera más o menos larga, salí de mi escondite y miré a mi alrededor. No había rastro de nadie. Me dirigí adonde había tenido lugar la conversación. Era un gran mausoleo. Me adentré en él. Las paredes estaban repletas de tumbas. Todas tenían en común un apellido: Cristo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Algo me decía que me alejase del lugar.

Llegué a casa con un único pensamiento en la cabeza. ¿Qué iba a pasar aquella noche? Adelaida me había metido de lleno en la historia de los Sanpedro, pero a mí el misterio de los Cristo se me antojaba más interesante. Cuando llegué al rellano, ya estaba decidido y nada podía hacerme cambiar de idea. Esa noche iría a descubrir el misterio. Le pedí a mi padre que me dijese dónde vivían Crescencio y Adelaida, que quería hacerles una visita. Me

apuntó la dirección en un papel y me dijo si quería que me acompañase. Por supuesto, me negué. Me dirigí veloz a la dirección indicada. Crescencio abrió.

—¿Miguel? Vaya sorpresa. Anda, pasa.

La casa era algo más grande que la mía, pero con la mitad de muebles. La cocina, donde encontré a Adelaida, apenas tenía un viejo y roñoso horno de leña y una mesa sin sillas que la acompañasen. En lo que supuse era la sala de estar había un sofá raído y una estufa de leña. No había nada más. Saludé a Adelaida y nos sentamos en el sofá.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó Crescencio.

—A nada en especial, me apetecía veros.

—Siento no poder ofrecerte nada para tomar, Miguel.

—No se preocupe, no he venido para que me den de merendar.

Advertí que, aunque les gustó mi visita, se avergonzaban de que yo fuera espectador de la pobreza en que vivían. ¡Si ni siquiera podían permitirse un invitado! Pasado un rato de conversaciones insulsas y vacías, Crescencio se ofreció a relatarnos una de sus historias, que yo nunca supe si eran ciertas o se las inventaba sobre la marcha. Sin darse cuenta, a mitad de la historia se quedó dormido. Adelaida me hizo un gesto para que no lo despertase y saliera de la habitación. Lo tapó con una manta y bajó la persiana. Nos refugiamos en la cocina, sentados bajo la mesa.

—¿A qué has venido? —preguntó.

—¿No eres tú la chica a la que le encantan los misterios de cementerios? Pues te traigo una historia que no puedes dejar escapar.

Por una vez quería sentir en mi piel que yo era el portador de una historia interesante. Una sonrisa fugaz atravesó su rostro. Le conté lo ocurrido.

—Pero hay un problema —dije.

—¿Cuál?

—No podemos entrar en el cementerio. La puerta se cierra a las ocho, son las nueve, y no podemos colarnos con ellos...

—Idiota, ¿desde cuándo una puerta cerrada es un problema?

La miré sin comprender.

—Es un cementerio. Solamente está vigilado por el enterrador, y estará ocupado esperando a que llegue..., vamos a llamarlo «el cliente». Además, he ido muchas veces de noche al cementerio.

—¿Para qué? —pregunté torciendo la boca.

—No lo sé. Cuando voy con mi abuelo no nos entretenemos mucho. Creo que ninguno de los dos quiere ver al otro triste. Así puedo estar un rato con

mis padres.

—Claro, porque ir en otro momento, de día, cuando Crescencio está en casa durmiendo, no es de tu estilo...

—Eso no tendría gracia. —Tenía una sonrisa estampada en la cara.

—¿Cómo entras?

—Por la parte de atrás. La tapia apenas tiene medio metro de alto. Pasas la pierna y ya estás dentro.

—¿Cómo puede ser?

—¿Qué?

—Que sea tan fácil.

—¿Quién va a ir a un cementerio de noche? ¿Qué se puede robar en un lugar así?

Salí de mi casa cuando mis padres ya estaban dormidos. Había estado media tarde dándole vueltas al asunto que nos traíamos entre manos. A la luz de las tres de la tarde no parecía más que un juego de niños estúpido y sin peligro ninguno, pero ahora, de noche, y en un lugar tan apartado, no me parecía tan buena idea. En realidad, lo único que me interesaba de todo ello era el hecho de contarle algo interesante a Adelaida, y como eso ya estaba hecho, no tenía ninguna gana de ir a nuestro encuentro. Pero estaba seguro de que, si no acudía, ella sí lo haría y podía meterse en un lío, además de que yo quedaría como un cobarde ante una niña. A medida que caminaba por las solitarias calles en mitad de la noche, el eco de mis pasos me hacía pararme cada pocos metros para comprobar que no me seguía nadie. A eso debía sumarle el ruido de las hojas cuando soplabla una brizna de viento o el maullido agudo de un gato, que conseguía ponerme los pelos de punta. Apreté el paso todo lo que me fue posible sin llegar a correr y me pregunté por qué tenía que haberme metido en esto y cómo iba a ser capaz de entrar en el cementerio. Cuando llegué al lugar del encuentro, frente a la casa de Sanpedro, a las once y media, Adelaida estaba sentada apoyada sobre el muro que rodeaba la casa. En cuanto me vio comenzó a hablarme sobre tonterías.

—¿Sabes? Le he dicho a mi abuelo que me gustaría tener un gato.

—Estupendo; cuando no haya nada que echar en la cazuela...

—¡Ah! No, de eso nada.

—¿Cómo que no?

—Los gatos no se comen.

—Eso es lo que tú te crees.

Se quedó mirándome expectante, sin estar segura de lo que decía.

—No pensarás que lo que nos dio de comer la señora Susana el otro día era...

—¡Ah! Qué asco, cállate, eso es mentira.

—¡Qué va a ser mentira! ¿Crees que los corderos y los pollos se crían solos? Cuando no hay, pues no hay, así que hay que comer de lo que hay, y gatos, en los zarzales del Ebro detrás del Pilar, hay a patadas. ¡Anda que no he visto a Emilio y a la señora Susana ir a cogerlos!

Me miró con cara de asco, pero pidiéndome que le contara más.

—Mira, se esconden y, cuando el gato no mira, Emilio se lanza sobre él, y cuando lo tiene bien sujeto, la señora Susana va con un palo y le arrea pero bien. De un golpe los mata, y después, al fuego.

—Mentiroso —dijo sin creérselo.

—Ah, mira, el que avisa...

—El que avisa, ¿qué?

—No es traidor, tonta.

—¿Qué es «traidor»?

—¿Tampoco sabes lo que es eso?

—¡No! Y ahora no lo quiero saber.

No cesó de hablar sobre lo que podía esperarnos allí durante todo el camino y lo único que conseguía con su extraña imaginación de hombres lobo y niños deformes era que a cada momento estuviese a punto de echar a correr para refugiarme de nuevo entre las sábanas de mi cama, donde, estaba seguro, no había monstruos. Llegamos al cementerio y lo bordeamos. Como Adelaida había dicho, la tapia era apenas existente. La saltamos. Adelaida parecía tener demasiada prisa en ver lo que iba a ocurrir en ese lugar. Comenzó a adelantarse y me quedé rezagado. He de admitir que estaba más asustado en ese momento que durante el camino. No entendía como ella, siendo más pequeña que yo, estaba en un cementerio casi a las doce de la noche a sus anchas. Cuando me quedé solo me percaté de la oscuridad que había en el lugar. Apenas había algún farolillo encendido cada varios metros y no entendía por qué, si se suponía que a esas horas el lugar estaba cerrado, y eso mismo le daba un aspecto más siniestro y fantasmagórico. Vi desde lejos como Adelaida se adentraba en el mausoleo y me apresuré. Sacó del bolsillo de su vestido una caja de cerillas y una vela usada.

—Has pensado en todo.

—La primera vez que vine, no me atreví a saltar la tapia. Desde entonces vengo con la vela y las cerillas.

Prendió la mecha de la vela. La paseó por las paredes, leyendo los nombres en voz alta mientras yo me quedaba en la puerta, asegurándome de que nadie se acercara.

—Fíjate —indicó.

Estaba agachada. Había una lápida apoyada en la pared.

Adriana Cristo Montenegro
1912-1930

—Esto no estaba aquí esta tarde.

—Será cosa del enterrador, Miguel. ¡Idiota!

Me asomé de nuevo. Vi una tenue y diminuta luz que se movía en la oscuridad lejana. Me acerqué a Adelaida, soplé la vela y nos escondimos en el mismo lugar en el que me había ocultado aquella misma tarde. Cuando se acercaron lo suficiente, vi que el enterrador, en primer lugar, y otro hombre al que no había visto nunca transportaban un ataúd blanco con asas doradas, mientras que el que había maquinado todo aquello iba tras ellos, vigilando. Un farolillo descansaba sobre el ataúd. Entraron en el mausoleo. Se oyeron ruidos y golpes durante un rato. Adelaida no hacía más que moverse. Quería asomar la cabeza por la entrada y ver qué estaba ocurriendo. La agarré por detrás y le tapé la boca con la mano.

—Ni una sola palabra a nadie.

—Me ha quedado claro esta tarde. No se preocupe.

—Eso espero. Si me entero de que abrís la boca uno de los dos, será el siguiente en descansar en un agujero.

—¿Dónde está lo que me prometió?

Silencio.

—Gracias.

Cuando escuchamos las pisadas salir del mausoleo, nos hundimos todavía más en nuestro escondite. Los oímos alejarse poco a poco. Al cabo de un rato nos atrevimos a salir. Tras asegurarme de que estábamos solos, le dije a Adelaida que podíamos salir. Entramos en el mausoleo y encendimos la vela de nuevo. Había un nicho más ocupado, y la lápida que reposaba en el suelo sellaba la tumba.

—¿Por qué la habrán enterrado así? —preguntó.

—No lo sé. Pero este asunto me está empezando a dar miedo.

—Cuando muere algún ricachón de la ciudad es noticia, y se enteran hasta las palomas. ¿Por qué tanto secreto?

—Adelaida, por favor, vámonos.

La acompañé a su casa.

—Me interesa más esta historia que la del señor Sanpedro —sentenció.

Una náusea había comenzado a trepar desde mi estómago. No deberíamos haber ido.

—Olvídate de esta historia, no es asunto nuestro.

—No quiero olvidarme.

—Pues vas a hacerlo, y yo también.

La dejé en su casa y me fui a la mía con la intención de olvidar todo el asunto y meterme en la cama para dormir durante un par de años seguidos, a ser posible. No ocurrió.

La única imagen que tengo de mi madre feliz es de cuando yo tenía seis años y nos íbamos de boda. No recuerdo quién se casaba, aunque en realidad ni me importó entonces ni me importa ahora. Recuerdo que la ropa que llevamos a la ceremonia era de prestado de la familia de arriba, que tenía debilidad por las aes al principio de los nombres. Amiguísima de mi madre desde que vivía allí con su marido, la señora Aurora era la mujer del señor Antón. Su hijo Agustín, un chico dos años mayor que yo, parecía tener tres menos. A ella la recuerdo como una mujer más alta que mi madre, pero mucho más delgada. Con el pelo negro, salvo por las canas que empezaban a aparecerle por las sienes. A su marido en raras ocasiones lo vi, y, cuando lo hacía, siempre me pareció un hombre enfermo con los años marcados en la cara. Con su hijo nunca llegué a cruzar una sola palabra, pese a los intentos de mi madre y de la señora Aurora de que fuésemos amigos. Ni yo tenía ganas ni él tampoco. Yo tenía de sobra con mis libros, y él con los seriales de radio. En las escasas ocasiones que subí con mi madre a su casa, siempre lo encontrábamos con la oreja pegada a la radio; juraría que durmió con ella más de una vez. Poco después de la boda, Antón y Agustín fueron atropellados por el tranvía del que se acababan de bajar y Aurora murió de pena, o eso me contó mi madre, un mes después, envuelta en su propia porquería, en su cama, rodeada de objetos de su marido y de su hijo, aunque yo oí decir en una ocasión al doctor que si seguía sin comer moriría de inanición. La boda se celebró en Utebo, pues el novio era un enamorado del arte y decía que la torre de allí era la más perfecta que existía en todo Aragón, como mínimo. Mientras mi padre y yo esperábamos a mi madre sentados en el sofá, ella corría arriba y abajo por la casa, asegurándose de que todo estaba en su sitio, como si la boda fuera a celebrarse allí. Aquel viaje a Utebo fue el primero que hice en tren. Las casas se veían diminutas a lo lejos y el campo se extendía hasta donde el Castellar le impedía el paso. Recuerdo a mi madre sonriendo durante todo el día, cogida de la mano de mi padre como si fuesen ellos los que se casaran de nuevo. Me hubiera gustado verla así siempre, y no como la veía ahora. A veces pensaba que era por mi culpa. Tal vez un hijo daba mucho

trabajo. Tal vez yo era un hijo más pesado de lo normal. En alguna ocasión la miraba a escondidas por la ranura de la puerta de la cocina y creía que lloraba. Cuando se lo conté a mi padre me sonrió, como siempre hacía, y me dijo que no me preocupara, que eran cosas normales de los padres, pero no le creí.

—Hijo mío, el tiempo no pasa en balde para nadie, los años pesan mucho en la espalda, en el alma, y en el corazón es donde más. Cuando me casé con tu madre le ofrecí muchas cosas que no le he podido dar. Cada vez se vende menos en la tienda, nada es lo que era. Pero no debes preocuparte de eso, son cosas de los mayores.

A medida que pasaban los años y las arrugas pasaban factura a la piel de mi madre, más triste la veía. Llegué a pensar que el amor que alguna vez sintió por mi padre y por mí se había esfumado como la llama de una vela puesta al cierzo. No había cariño en sus palabras. Cuando la acompañaba a comprar, ya no me cogía de la mano; cuando se me caía algo de las manos, me daba un bofetón. Ya no existían los besos de buenas noches por su parte. No sabía a quién encomendarme para darle las gracias por tener a mi padre: aunque los años hicieran más duros sus rasgos y apenas hablase ya con la extraña que tenía por mujer y yo por madre, siempre me trataba igual de bien. Nunca me gritaba y nunca me pegaba, aunque para eso ya estaba mi madre. Siempre que podía me daba algo de propina para que me comprase alguna cosa que me gustara, pero yo había preferido ir ahorrando para comprarle un objeto que sabía de sobra que siempre le había gustado. Era un juego de dos pipas de fumar. Una tenía forma de medio diablo y la otra de medio ángel, una pintada de rojo y la otra de blanco. Por separado parecían estar inacabadas, pero tenían un sistema para que encajaran y se convertían en una sola. La media boca del diablo se unía a la media boca del ángel y se podía fumar perfectamente, al menos eso dijo el estanquero cuando en una ocasión entramos a preguntar. Alegando la originalidad del invento, que hacía recordar la lucha del bien y del mal, y la artesanía sueca de la que presumía, hizo que tuviera un precio más alto de lo que mi padre podía pagar por un capricho que únicamente iba a observar, ya que nunca había fumado. Tenía una colección de pipas ordenadas por tamaños en una estantería. Las limpiaba cada domingo por la tarde con un cuidado que en una fábrica de porcelana china hubieran querido tener. Cada vez apreciaba más estar con él en la tienda. En las ocasiones en que Vicente, el dueño del café de al lado, cerraba temprano y pasaba a contar los cotilleos que vivía a diario acompañado de una cafetera

italiana, dos tazas vacías y un enorme tazón de leche con cacao para mí, me sentía el ser más feliz de la tierra, aunque solo fuera una hora de vez en cuando. Vicente había sido amigo de mi padre desde que iban juntos al colegio. Habían vivido las mismas aventuras y en más de una ocasión habían besado a la misma chica sin siquiera saberlo hasta días más tarde. A veces recordaban esas historias y rompían a reír hasta que la bombilla que colgaba desnuda del techo se tambaleaba.

El día en que cumplí los once años, mi padre me despertó, regalo en mano incluido. Había comprado un cuaderno antiguo con las páginas de blanco marfil cosidas con hilo fino amarillento y tapas de cuero que tenía un palmo de alto y algo menos de ancho.

—Para que escribas tu mejor historia.

Hacía días que no veía a Adelaida. Cuando pasaba por su casa siempre me decía que su abuelo no se encontraba bien y que debía quedarse con él a cuidarlo. Siempre me despachaba diciéndome que fuera al bar de Emilio, me enterase de la historia de los Sanpedro y se la contara, pero yo había decidido esperar a estar con ella para que Emilio nos la contara a ambos. Había desistido de ir a su casa para tener que irme pocos minutos después, y oír la tos carrasposa de Crescencio desde su habitación me daba miedo. No quería pensar en la posibilidad de que muriese. La echaba de menos. Tumbado en la cama, pasando las páginas en blanco, aquel cuaderno parecía contarme su historia, una triste historia en la que había pasado de mano en mano esperando que alguien le escupiera un relato que nunca llegaba. Hasta que fue a parar a las mías. Aunque había perdido el interés por escribir antes incluso de apenas haberlo intentado, aquel regalo había encendido la chispa que me hacía falta para descubrir el misterio de la casa del señor MS. Sin Adelaida no parecía interesante, y menos aún para dejarlo plasmado en aquellas páginas deseantes de una historia con algún toque personal, claro. No quería escribir la biografía de una familia.

Llevaba varios días sentándome cada anochecer en el parque, lápiz en mano, con el cuaderno abierto. Miraba pasar a la gente que no se daba cuenta de mi existencia. Había comenzado, al menos diez veces, una historia que quería escribir sin que me gustase ninguna de las versiones. La única que tenía algo de sentido era la que comenzaba con un gato gris ceniza con ojos amarillos que espiaba a los vecinos de un edificio que había sufrido un incendio tiempo atrás. Uno de los inquilinos, que estaba confinado en una silla de ruedas, había perecido entre las llamas con su gato gris en las rodillas. Fruto de la casualidad, una familia se había mudado al piso del fallecido

atraídos por su bajo precio, debido a que todos los anteriores inquilinos, tras el incendio, habían salido despavoridos a los pocos días de haber llegado diciendo que, de pronto, olía a quemado y que un misterioso gato humeante y chamuscado, con ojos amarillos, se les había aparecido en el pasillo de la casa, y se oía un extraño chirrido cada pocos segundos hasta que tras el gato se veía reflejada en la pared la sombra de alguien sentado en una silla de ruedas. Casualmente, los nuevos vecinos tenían una hija con un enorme parecido a Adelaida, que era la única de la familia capaz de ver al felino. Ahí me había quedado con la historia, que me parecía interesante pero muy alejada del relato original que llevaba intención de escribir, por lo que la había desechado. Mirando el papel en blanco sin saber qué escribir, dos sombras se pararon ante mí. Adelaida y Crescencio paseaban de la mano.

—Pero si es Miguel. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Crescencio. ¿Y usted?

—No me puedo quejar.

Adelaida se apresuró a sentarse a mi lado y ojear el cuaderno.

—¿Dónde está tu padre? Tengo que hablar con él.

—En el bar de debajo de casa.

—Voy a verle. ¿Os apetece venir?

—No —dijimos a la vez.

Nos quedamos en silencio viéndolo alejarse.

—No está bien. Cree que no me entero, pero sé que no está bien.

—No digas tonterías, yo lo veo igual que siempre —dije intentando borrar la preocupación de su rostro.

—¿Has averiguado algo de Sanpedro?

—No. Sin ti no tiene gracia —se me escapó.

—Gracias, supongo. ¿Y sobre Adriana Cristo Montenegro? ¿Te has dado cuenta de que tiene nombre de cabaretera?

—No. Ya te dije que el asunto me ponía los pelos de punta, que era muy extraño.

—Pues yo sí tengo algo interesante sobre ella.

La miré arqueando las cejas. Sacó un papel arrugado del bolsillo. Me lo tendió.

—¿Qué es? —pregunté sin mirarlo.

—Una carta.

La miré pidiéndole una explicación que me sacara de dudas.

—En otra de las visitas al cementerio —comenzó.

—Tú y los cementerios. No se te ocurre otro lugar donde pasar el rato, ¿verdad?

—¿Por qué te dan tanto miedo?

—No me da miedo, me da grima.

—¿Qué es «grima»?

—Repelús.

—Hummm... ya veo. El aspirante a escritor está mejorando las palabras que usa. Bueno, como te decía, hace unos días fui con mi abuelo al cementerio a poner flores. Y me acerqué a los mausoleos. Vi que alguien entraba en el de los Cristo. Me acerqué. Vi a una mujer vestida de negro. Dijo algo.

Silencio.

—¿Qué? —pregunté.

—«Me ha dicho que te la haga llegar». Eso fue lo que dijo. Vi como dejaba algo en el nicho vacío que había sobre la tumba de Adriana. Cuando se fue entré y lo cogí. Es una carta. Esta.

—No deberías haberlo hecho.

—Pues ve y devuélvela.

—Yo no la he cogido.

—Pues yo no voy a devolverla. Además, ahora te la he dado, eres el dueño.

—Yo no soy el dueño de esta carta. Es ella.

—No me digas que no la quieres leer.

—No —mentí.

—Embustero.

—De eso nada.

—Pues ya sabes el lugar donde la tienes que dejar. Cambiando de tema, ¿cómo van tus cuentos?

—Mal, no se me ocurre nada.

Me arrancó el libro de las manos y empezó a leer. Cuando acabó, empezó a darme ideas para un nuevo relato que resultó no estar nada mal. Un rato después nos encaminamos a mi casa. Nos cruzamos con un grupo de señoritas bien parecidas y con unos vestidos que debían de costar más que lo que en mi casa se gastaba en comida en un mes. Reían alegres y se escondían tras sus abanicos. Adelaida las observó mientras se alejaban, ajenas a su mirada.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría tener un vestido así. Como el de una princesa. Y tener el pelo tan largo y dorado como el de Rapunzel. Me acuerdo muchas veces de

cuando me leíste ese cuento.

—¡Bah!, ¿para qué quieres un vestido así? Con lo que te gusta el barro y andar con la cara sucia no te iba a durar ni un día limpio.

—De eso nada, si tuviera un vestido así lo cuidaría como a mi abuelo.

—¡Acabáramos!

—¿Qué acaba ahora, si se puede saber, don Sabelotodo?

—No he dicho que acabe nada.

—Claro que lo has dicho.

—No he dicho eso, es solo una expresión —dije poniéndome nervioso; nunca entendía nada.

—Pues vaya «presión», que no dice lo que quiere decir.

—Oye, eres como una mosca algunas veces, ¿sabes? No dejas de darles vueltas a las cosas.

—Yo no le doy la vuelta a nada, eres tú el que dice cosas raras y usa presiones raras.

—«Expresiones» —corregí.

—Claro, claro, lo que tú digas.

Durante el resto del trayecto hasta el bar de Emilio danzó como si verdaderamente llevase uno de esos vestidos de encaje y bailara al mundo. A saber lo que se estaría imaginando.

Aquella misma noche, intentando olvidar la carta que llevaba en el bolsillo, sabiendo que no me pertenecía, que no debía leerla, la dediqué a escribir la historia. Me convencí a mí mismo de que, aunque ella me hubiera dado alguna idea, el resultado final del libro sería mío. La historia trataba de dos hermanos, una niña, Svetlana, y un niño, Pavel, como dos gotas de agua, nacidos en Rusia al inicio de 1900, abandonados por su madre en el orfanato de un helado pueblo al norte de la capital, tan frío que ni siquiera en agosto se derretía el hielo de la fuente. El director del orfanato era un negrero al que apodaban el Ogro. Daba una comida al día a los pequeños, y luego los obligaba a coser los ropajes de la lujosa tienda que tenía en la capital, que vendía a precio de oro alegando que el costurero que los tejía había trabajado para el mismísimo zar. La mercancía elaborada por las diminutas y doloridas manos una vez a la semana estaba destinada a su tienda. Raro era el mes en que alguno de los habitantes del orfanato no moría de frío o hambre. Cuando los gemelos contaban seis años, la pequeña Svetlana cayó enferma. Tosía sangre y no se podía poner en pie. Aquel día el Ogro apareció más tenebroso

que nunca, más exaltado que un oso hambriento y más cargado de telas que nunca.

—¡Inútiles bastardos andrajosos! Acabo de recibir el mayor encargo de mi vida, y más vale que esté a tiempo, si no os cortaré el cuello uno por uno.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien faltaba de su puesto de esclavo: Svetlana. Levantando en el aire a los niños y niñas, les preguntaba quién faltaba y dónde se encontraba, y al no obtener respuesta los dejaba caer al suelo de golpe. Hasta que el más pequeño de todos habló. Se dirigió hacia la parte trasera del taller y allí encontró a la pequeña temblando de frío con los pies descalzos y completamente rojos. La levantó y la zarandeó en el aire cual muñeca de trapo. Apenas podía respirar. Al ver aquello, Pavel cogió una de las tijeras del taller y se la clavó en la pierna. Svetlana cayó al suelo. Pavel corrió junto a ella y la tapó. Aquel diablo gritaba mientras ataba una sucia sábana a su pierna sangrante. Se levantó como pudo, lleno de ira, y con la tijera manchada de sangre en la mano avanzó hacia ellos. Los dos hermanos se abrazaron viendo llegar la muerte. Un alarido inundó el lugar. El Ogro cayó al suelo ante ellos. Otra tijera le había atravesado la espalda. Un ejército de niños avanzaba lentamente hacia él. Otra tijera se le había clavado en un muslo. Empezó a arrastrarse por el suelo mientras los pequeños le seguían dando patadas y le escupían. Llegó al cuarto donde hacía las cuentas, pero no pudo cerrar la puerta. Ya medio desangrado y sin apenas fuerzas, los niños lo auparon y lo sentaron en su silla. Él los miraba con miedo. Alcanzaron una cuerda y lo ataron. Rociaron todo con gasolina y le prendieron fuego, dejando que se consumiera en el interior del infierno que él mismo había creado.

10

La historia llegaba hasta este punto cuando se la di a leer a mi padre al día siguiente. Dijo que era la historia más triste y más bella que había leído nunca. Y me predijo un gran futuro como novelista. Adelaida me había dicho que podíamos vernos en siete días, en el mismo lugar, y que quería ver la historia que le había prometido que iba a escribir.

Mi madre entró en mi habitación sin yo darme cuenta.

—Esto estaba en el bolsillo de tu pantalón. Casi lo lavo.

Dejó la carta sobre la mesa. Me había olvidado de ella. Me quedé observándola un rato y al final me decidí a leerla. Estaba dentro de un sobre sin anotación alguna. El sobre estaba roto; supuse que sería culpa de Adelaida. Saqué la carta.

Adriana:

He comenzado a escribir esta carta muchas veces y ni siquiera ahora estoy seguro de estar escribiendo lo que quiero decirte.

Estoy todo el día rodeado de oscuridad y frío, y por mucho que pregunte por ti, nadie me responde. Nadie me dice nada. ¿Qué pasó aquel día? ¿Qué te hicieron? Necesito saberlo. Nadie me da respuestas. ¿Dónde estás? ¿Dónde te han llevado? Por favor, respóndeme.

SS

Una náusea golpeó mi garganta. Metí la carta en el cajón de la mesa y deseé que la próxima vez que lo abriera hubiese desaparecido.

Cuando ya había ocupado casi cien páginas de mi libro, decidí que aquel día iba a descansar. Cuando llegué al parque, Adelaida me estaba esperando.

—¿Dónde está el libro?

—Hoy no quiero escribir nada, tengo ganas de descansar. Llevo una semana entera sin parar, escribiendo la historia, y, aunque me gusta cómo marcha, no creo que nadie la quiera publicar. No creo que valga tanto la pena.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado ahora?

—Supongo que el del realismo: nadie va a querer publicar un libro de un niño de once años.

—¿Y por qué no habrían de hacerlo? Si es bueno, es bueno.

—Además, no tiene nada que ver con la historia que quería escribir en un principio.

—Eso es un error de principiante, ¿sabes? Tú no eliges la historia que quieres contar, es la historia que quiere ser contada la que elige a su escritor. Eso dice mi abuelo.

—¿Siempre tienes respuesta para todo?

—Sí, y cuando tengas veinte años, si sigues escribiendo y te ganas la vida así, verás que es verdad.

Nos quedamos en silencio un largo rato, durante el cual pude sentir que Adelaida me miraba de vez en cuando y estaba a punto de hablar en varias ocasiones, sin llegar a hacerlo. Al final se decidió.

—¿Leíste la carta?

—No, la he tirado. Y déjame en paz, no quiero saber nada más de esa tumba ni nada que tenga relación con ella.

Sin darnos cuenta, había oscurecido por completo.

—Ayer volví a ver a Sanpedro —dijo—. ¿Por qué no vamos mañana a preguntarle a Emilio sobre la historia?

—No tengo ganas, Adelaida. Cuando acabe esta historia no escribiré más.

—Por favor. No hace falta que escribas sobre ello.

—No lo sé.

—Por favor.

—Además, seguramente no podrás venir, tendrás que cuidar de tu abuelo. No era mi intención herirla, pero había nacido con esa habilidad.

Los días fríos de invierno llegaron sin previo aviso un mediodía de noviembre. Habíamos pasado en un minuto de estar en la calle con un ligero jersey a sacar todas las ropas de abrigo para enfundarnos en ellas. La temperatura bajó más de diez grados de golpe. Desde la ventana de mi habitación pude ver como un cielo claro se había transformado en una negrura impenetrable de nubes oscuras y rápidas que bañaron el cielo en apenas diez minutos. Poco después, las enormes y pesadas gotas de agua comenzaron a golpear los cristales con fuerza. Me gustaba ver la lluvia. Coloqué la silla frente a la ventana, cogí la manta del armario, me tapé con ella y contemplé la luz eléctrica que bailaba en el cielo junto con las nubes. Si estás atento, puedes ver como el cielo te devuelve la mirada. Los mendigos corrían a refugiarse en los portales. Me pregunté qué sería de Adelaida, dónde estaría en ese instante. Tal vez estuviese contemplando el cielo, y nuestro rostro se viera reflejado en la misma lágrima escurridiza que huía de él para unirse a la tierra. La luz se apagó y me quedé a oscuras. Me gustaba aquello. Fue en ese momento cuando descubrí que me sentía más cómodo rodeado de oscuridad que de la gente. La oscuridad puede ocultar cosas misteriosas, te puede susurrar secretos al oído, sus historias, las historias de la gente que se refugió en ella, y se puede convertir en tu confidente, y, cuando quieras, tú también puedes ocultarte tras ella o con ella y contarle los miedos y anhelos que nunca le contarías a nadie. La gente, al contrario que la oscuridad, miente, tima y se aprovecha de la torpeza, de la debilidad, del dinero o de cualquier cosa del otro que pueda servirle. La gente puede ser muy peligrosa.

No sabía nada de las deudas que mi padre tenía con el banco hasta una mañana en que los relojes en venta de la tienda señalaron las once y la campanilla que pendía del techo frente a la puerta chocó con esta anunciándonos una visita. No supimos que no eran clientes hasta que se presentaron como dos empleados del Banco Zaragozano, con sede en la calle del Coso. Ambos aparentaban alrededor de los cuarenta años. El primero de los caballeros que habían entrado era el más alto y delgado. Llevaba un bigote que me hacía recordar la época de D'Artagnan y una cartera negra en la mano.

Tenía más aire de ser un don nadie que de cualquier otra cosa, y, de no ser por el traje que se había enfundado, nadie lo habría tomado por banquero. El segundo ejemplar que entró en la tienda era un ser cuando menos curioso, pero en el sentido de que todavía no había entrado por la puerta y ya se había apresurado a hacer una fotografía de todo lo contenido en la tienda para guardarla en su cerebro, aunque a mí me dio la impresión de que su cabeza no podía albergar más allá de libros de cocina, porque debía de alcanzar los cien kilos sin medir un metro setenta. Con trajes idénticos de color sepia y corbata apretada al cuello, parecía que el último en entrar en la tienda tenía un globo rojo en lugar de cabeza y un cuello inexistente. De su mano colgaba una cartera color marrón oscuro que aparentaba tener más edad que él mismo. Mi padre se adelantó y se dispuso a atenderlos con la misma sonrisa con la que atendía a los clientes, pero se le adelantaron en el saludo y en el resto de la conversación.

—Buenos días, señor Campos. Somos el señor Bastilla y el señor Calvo. —Señaló a su compañero—. Somos dos empleados del Banco Zaragozano, del que usted lleva haciendo uso desde su existencia y beneficiándose de las ventajas que le propone nuestra entidad... —al escuchar el último comentario, mi padre alzó las cejas—, lo que en más de una ocasión ha conllevado pérdidas importantes de dinero, como usted sabe.

—¿Desde cuándo un banco pierde dinero con sus clientes? —preguntó mi padre.

—Señor Campos —recitó Bastilla tomando un aire de indiferencia—, le agradecería enormemente que no vuelva a dudar de mi palabra y que me deje terminar de hablar para así poder exponerle el motivo de mi visita.

Mi padre asintió con desgana y les pidió que le siguieran a la trastienda, donde podrían sentarse y tomar un café mientras conversaban. Bastilla y Calvo le siguieron sin dejarle terminar de hablar. Parecía que esperaban la invitación. Me miró con aire de despreocupación y me dijo que me encargase de la gente que entrara en la tienda. Durante los dos primeros minutos únicamente se oyó el tintineo de las tazas de café, las cucharillas y los resoplidos, que supuse eran de Calvo. Me senté tras el mostrador y agucé el oído cuanto me fue posible.

—Señor Campos —comenzó Bastilla—, el Banco Zaragozano le brindó, tiempo atrás, la oportunidad de abrir una cuenta con nosotros.

—Años atrás —continuó Calvo—, esta tienda daba dinero.

—Y ahora ya no —añadió Bastilla—. Desde hace varios meses tiene la cuenta casi a cero y apenas ingresa dinero en ella, y cuando lo hace, lo saca dos o tres días después.

—Y un banco, como comprenderá, necesita clientes solventes —apuntó Calvo.

—Exacto. Y mucho me temo que, cada mes que pasa, usted ingresa menos y menos dinero en la cuenta, y mucho nos tememos que pronto dejará de hacerlo.

—Señores, la tienda ya no es lo que era, pero eso no quiere decir que yo deje de ingresar dinero en su banco o que les vaya a suponer alguna pérdida —intervino mi padre.

—Le seré franco, señor Campos: o las ventas aumentan (usted verá como se las apaña para hacerlo) o el banco anulará su cuenta, pues no podemos llegar al extremo de que quede a cero.

—O peor, que usted le deba dinero al banco y haya que embargarle —se apresuró Calvo.

—Y que le quede claro que esto es bondad pura y dura de mi persona y de la de mi compañero, pues cualquier otro empleado que hubieran enviado le habría traído una serie de papeles que no le hubiera quedado más remedio que firmar, y así se hubiera cancelado directamente la cuenta.

Oí un sonido que imaginé era un asentimiento de Calvo a la vez que bebía café.

—Un café excelente —apuntó Bastilla.

—Cortesía del bar de al lado —señaló mi padre.

—Un café —rugió Calvo.

—Ahora mismo —ofreció mi padre desganado.

—No, señor Campos, no. No me refiero a eso. ¿Por qué no abre usted un café? Eso sí que da dinero.

Oí a mi padre reír y una silla moverse.

—Señores, tengan buenos días.

Segundos después oí otras dos sillas moverse y salir a los tres de la trastienda. Mi padre los acompañó a la puerta y la cerró tras ellos. Se volvió y me miró.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No te preocupes, hijo, son cosas que alguna vez le pasan a todo el mundo.

Pasaban las diez de la noche cuando llegamos a casa. Cenamos en silencio con el único sonido del tintineo de las cucharas. Cuando hube acabado, dejé a mi madre en la cocina y a mi padre sentado en su butaca leyendo un periódico atrasado y me encerré en mi cuarto. No tardaría más de un minuto en empezar a oírse un intercambio de gritos.

—Buscaré trabajo mañana mismo.

—No quiero que trabajes, no pasa nada, no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¿Y qué tiene que pasar para que te tomes el problema en serio? ¿Tienen que aparecer en casa, entrar y comenzar a llevarse los pocos muebles que tenemos? ¿Es eso lo que ha de ocurrir para que empieces a pensar que tenemos problemas?

—No quiero que te preocupes, no es para tanto. Encontraré la forma de salir adelante, ya sabes que la tienda siempre ha ido igual: en unas épocas se saca dinero y en otras hay que tirar con lo que se ha sacado.

—Nunca había funcionado tan mal, nunca habías recibido una visita de los empleados del banco, amenazas incluidas.

—No te preocupes, encontraré la forma de aumentar las ventas como sea; traeré más productos, traeré artículos exóticos; a la gente le encantan.

—Sí, y ¿con qué piensas pagarlos?

No oí responder a mi padre. Lo único que se oía era un silencio sepulcral. Mi madre tenía razón. Estaba decidido. A la mañana siguiente iría a buscar trabajo yo mismo. No conocía otro oficio que el que había aprendido en la tienda, pero algo encontraría. De pronto sentí que un aire caliente y pegajoso se había colado en mi habitación. La ropa se me había pegado al cuerpo. Me dirigí al cuarto de baño y me mojé la cara y el cuello. En el pasillo podía verse una luz de vela parpadear desde el cuarto de estar y se oía la leve voz de la radio. Me metí en mi habitación y la cerré. Abrí la ventana de par en par. Me asomé al balcón y vi una luna sudorosa de sangre en lo alto del cielo que parecía guiñarme un ojo y desearme suerte. Algo insólito pasó en ese instante. Una nube negra como el ébano y veloz cual locomotora surcó los cielos de Zaragoza bajo miradas expectantes intrigadas o acongojadas. Un manto de murciélagos se alzó sobre los tejados. Batían sus alas con furia y chillaban. Parecían huir de algo. Los niños chillaban. Las madres los llamaban, y los padres corrían tras ellos para llevarlos al interior de los portales. Cientos de perros comenzaron a ladrar a la vez al cielo. Cerré la ventana de mi cuarto y observé. Mis padres entraron en mi habitación; mi madre me cubrió con su cuerpo y mi padre bajó la persiana. Poco a poco los

chillidos cesaron y los perros callaron. Bajamos a la calle. Todo el mundo estaba allí. Emilio y Susana se acercaron a nosotros. La calle estaba cubierta de excrementos y de algún murciélago muerto. Los niños corrían a cogerlos. Se oyó un estruendo que parecía venir del cielo y comenzó a llover con fuerza. El agua caía caliente. Mi padre me cogió de la mano y me arrastró dentro del bloque de pisos, pero yo hubiese preferido quedarme allí, bajo el agua cálida. Todos estábamos empapados cuando entramos en casa. Me cambié la ropa y me metí en la cama sin entender lo que había ocurrido. Tal vez fuera un presagio. Había sido extraña la estampida de murciélagos, y todavía más la lluvia caliente. Alguna vez mi madre me contó que los murciélagos son criaturas peligrosas y que ver a uno solo de esos animales era sinónimo de años de mala suerte. Esperaba que se equivocara.

Me desperté en la penumbra de mi cuarto, mareado, con náuseas en el estómago. Todo me daba vueltas. El techo giraba sobre mí y las paredes parecían resbalar. Estaba tumbado en mi cama con la cabeza vendada. Mi padre estaba a mi lado sentado en la silla.

—Hijo, ¿cómo te encuentras? —Me ayudó a incorporarme.

Tardé en hacerlo más tiempo del que pensé. Varias punzadas inundaban mi cráneo, y la habitación giraba cada vez más rápido.

—Será mejor que te tumbes otra vez. Estarás mejor. Valentina —llamó mi padre suavemente—, trae algo de agua, está despierto.

Mi madre apareció en la habitación, se sentó a mi lado y me levantó ligeramente la cabeza para ayudarme a beber. Me metió dos pastillas en la boca y me dio más agua. Volví a quedarme dormido. Tengo recuerdos cubiertos por una niebla, sin que me dejen ver nada con claridad. Recuerdo ver oscuridad, rajada de vez en cuando por una tenue luz, y sentir unas manos sujetándome la cabeza. Recuerdo el calor que tenía, las sábanas húmedas y unos ojos amarillos observándome, encendiéndose y apagándose a su antojo. Y a Adelaida. Recuerdo la imagen de Adelaida con cara asustada, que me miraba desde el borde de la cama y me acariciaba la frente vendada.

—No te preocupes, te pondrás bien —me susurraba al oído.

Al quinto día me desperté. No me dolía la cabeza. La habitación giratoria en la que había pasado los días ya no se movía. Me incorporé y salí al pasillo. Mi madre estaba en la cocina. Me miró y sonrió.

—¿Te encuentras ya bien?

—Sí, ¿qué ha pasado?

—¿Recuerdas los murciélagos? Uno te mordió, tienes la marca en el tobillo. A la mañana siguiente no te despertabas. Tu padre fue a buscar al médico. Por suerte, no era rabia. Una infección, nada más.

Asentí mientras me sentaba a la mesa.

—Creo que el médico no daba ni medio real por ti.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté.

—En la tienda.

—Voy a verlo.

—Espera, espera, no tengas tanta prisa, ¿eh?

Se puso seria.

—¿Qué pasa?

—La tienda, Miguel. Es la tienda. Está destrozada. Alguien entró y la destrozó.

—¿Qué? —pregunté incrédulo.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Su voz sonaba débil y decepcionada.

Me bebí el vaso de leche, me vestí y salí a la calle en contra de la voluntad de mi madre. Cuando entré en la tienda, mi padre estaba limpiando los estantes de polvo. La mayoría de los objetos estaban rotos, y los que no se podían romper al caer al suelo, estaban igualmente destrozados. Los libros estaban desgarrados y esparcidos por el terrazo. Por suerte, el gramófono seguía intacto.

—Hijo —llamó mi padre cuando me vio entrar—, ¿estás bien?

—Sí, no me pasa nada.

—Tu madre no ha debido dejarte salir de casa, no tienes buen aspecto.

—No te preocupes, papá, saldremos de esta —dije sin creérmelo. Me senté a su lado e ignoré su comentario.

—Eso espero, hijo, eso espero.

Se le hundió la voz y se tapó la cara para que no lo viera llorar. Lo abracé y así permanecimos durante unos minutos. Le dije que tenía que hacer algo y salí de la tienda. Descendí por la Gran Vía y atravesé la calle Alfonso. Llegué hasta la plaza del Pilar y entré en el Ayuntamiento.

—¿Adónde vas? —preguntó un diminuto guardia de seguridad.

—A buscar empleo.

Resopló.

—Pasa por la segunda ventanilla, ahí te dirán lo que has de hacer.

Ofrecí mi sonrisa de niño bueno y me adentré en la gran sala que se abría ante mis ojos. Enormes lámparas colgaban del techo. Cuadros con caras serias, que intuí que eran las de alcaldes de Zaragoza, me vigilaban desde las paredes. La sala estaba repleta de ventanillas y me dirigí a la que creí la segunda. Una señora de unos cincuenta y cinco años, con los labios mal pintados y ojos de pito, me miró de arriba abajo con cara de repugnancia.

—¿Qué quieres?

—Trabajo.

—¿Y qué clase de trabajo le apetece al señorito?

—El que sea.

Me miró con una expresión que ni la mejor descripción literaria del mundo hubiera podido plasmar. Introdujo una hoja en la máquina de escribir y comenzó a preguntarme cosas, aunque la mayoría no sabía para qué eran necesarias. Sacó la hoja del tambor y me la tendió.

—Con esta hoja dirígete a la puerta del fondo, la que tiene una chapa dorada.

Asentí. La ventanilla se cerró. Cuando llegué leí la chapa:

Juan José Jiménez

Llamé, temeroso de lo que podía encontrarme.

—Adelante —invitó una voz serena y afable.

Giré el pomo y empujé la puerta con toda la suavidad que pude. Entré y cerré. Un hombre bien parecido, con el pelo cubierto de brillantina gelatinosa, puesta en tal cantidad en su pelo negro que parecía tenerlo azul oscuro, estaba escribiendo algo con una estilográfica de oro. Sin alzar la vista me ofreció asiento. La habitación estaba bañada del sol que se colaba por los ventanales. Podía verse un jardín tras ellas. La silla en la que coloqué mis posaderas estaba tapizada de terciopelo verde oscuro y tallada en madera negra. Sobre el escritorio se amontonaban un sinfín de torres de papel que parecían ir a perder el equilibrio de un momento a otro. Un portarretratos miraba en dirección a aquel hombre fino y bigotudo metido en un traje que iba a juego con su cara.

—Un segundo, ahora acabo y le atiendo.

—No hay prisa.

Después de una media hora y haber imaginado alguna historia de fantasmas relacionada con aquella habitación, el hombre carraspeó, ordenó los papeles y los echó a un lado. Depositó la pluma en un estuche dentro del cajón de la mesa, cerró este con llave y me sonrió.

—Dígame, ¿en qué puedo servirle?

Nunca me habían tratado de usted.

—Verá, mi padre tiene una tienda que no va nada bien —apoyó la cabeza en sus manos y asintió—, mi madre no trabaja...

—Entiendo —dijo apoyándose ligeramente en el respaldo del asiento.

—Verá... —dije dudando—. Me gustaría trabajar, por eso he venido aquí.

Me observó durante unos segundos de los pies a la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Once años, ¿eh? Buena edad para estar en la escuela. Era donde yo estaba a tu edad.

—Pues verás, yo no he tenido esa suerte; es más, no la he querido tener. Lo que quiero es ayudar a mis padres con sus deudas.

Comenzó a reírse. Yo lo miré con indiferencia. Apretó un botón sobre el escritorio.

—No hace falta que llame a nadie, sé dónde está la salida —dije con un tono en desacuerdo con lo que sentía en mi estómago mientras me levantaba.

—No he dicho que te levantes. Vamos, siéntate y cálmate. No soy ningún ogro, no he llamado a nadie para que te eche a patadas a la calle como suelo hacer con el noventa y cinco por ciento de los vagos y charlatanes que vienen a pedir socorro al Ayuntamiento.

Incrédulo y dudoso, volví a sentarme. Nos miramos en silencio. La puerta se abrió.

—¿Ha llamado usted? —preguntó una voz femenina desde el umbral.

—Sí. Traígame un café cortado sin azúcar, y, para el aspirante a trabajador del Ayuntamiento al servicio de Zaragoza, traiga un tazón de leche con cacao y galletas con pasas.

—Discúlpeme, pero ¿de dónde voy a sacar cacao?

—¿Y a mí qué más me da de dónde lo saque? Vaya a comprarlo si hace falta. Vamos.

—Sí, señor —dijo con voz rota y asustada.

—¿No te interesará un puesto de ayudante, verdad? —murmuró mientras se pasaba las manos por el rostro.

—Tampoco es que sea mi intención quitarle el puesto a nadie.

Río.

—Tranquilo, por muy inepta que sea, tú no podrías hacer las subfunciones que le tengo encomendadas —dijo relamiéndose los labios—. Bueno, a lo que vamos. ¿En qué quieres trabajar?

—No lo sé exactamente.

—¿No lo sabes? ¿Cómo vas a ir a ningún sitio a buscar un trabajo si no sabes de qué?

—Bueno, pues quiero un trabajo que dé dinero.

Se rio de nuevo.

—¿Sabes, pequeño? Eres lo más gracioso que me he cruzado desde hace tiempo. Tal vez de bufón tendrías futuro.

—Pues si da dinero estoy dispuesto.

—No, tranquilo, el puesto de bufón ya está cubierto, aunque es un bufón sin gracia alguna. Ponte en pie, déjame verte.

Obedecí.

—Hombre, no eres muy alto ni pareces fuerte.

—En la tienda de mi padre cargo las cajas cuando nos llegan.

—Bueno —cortó—, hay muchas calles y edificios históricos que necesitan reparación. El trabajo es duro, pero nunca viene mal un peón más en el montón. Sudarás y te cansarás. Y seguramente acabarás partiéndote algún hueso cuando intentes demostrar al encargado de obra tu fuerza cargando un saco que pese diez kilos más que tú...

—No me importa, necesito dinero.

—Ah, dinero, dinero, ¡todos necesitamos dinero!

Me mordí la lengua para no contestarle.

—Entonces, ¿cuento contigo?

—Sí, señor —respondí mientras le saludaba como si fuese mi general.

Volvió a reírse.

—No hace falta que me saludes así, hijo... Por cierto, ¿cómo te llamas?
No me lo has dicho.

—Miguel. Me llamo Miguel.

—¿Existe por casualidad un apellido tras ese nombre? Porque tengo como a veinte Migueles en nómina.

—Miguel Campos.

—Muy bien, Miguel Campos, bienvenido a los servicios temporales de acicalamiento de la ciudad despellejada. Nos esperan varios meses por delante de trabajo.

Apareció la ayudante con el pedido: café, cacao y galletas.

—Muy bien, déjelo aquí —ordenó señalando el espacio libre del escritorio frente a él y observándole los senos sin disimulo alguno mientras lo hacía.

—Bien, empleado Campos, tómate esto, te sentará bien —dijo arrastrando ante mí el cacao y las galletas—. Yo tengo que salir a ocuparme de un asunto con mi ayudante —dijo guiñándome el ojo—. Cuando acabes, vete a casa. Mañana a las seis de la mañana tienes que estar en la calle del Coso, a la altura de la plaza España. Ahí pregunta por Manuel, el encargado. Se ocupará

de meterte en un grupo y os dará las instrucciones de lo que hacer y dónde. ¿Tienes alguna duda?

—Sí. ¿Dónde tengo que ir a cobrar?

—No dejas escapar una, ¿eh, granujilla? Ven cada viernes aquí, y te daré tu parte.

—Muchas gracias, señorita.

—No sé si eres tú el confundido o yo. Entre general y juez, ¿de qué tengo más aspecto?

—No quería ofenderle...

—No me ofendes, llámame simplemente señor Jiménez.

Me dejó solo en aquel lugar y engullí la comida. Tan pronto la acabé salí de allí más contento que unas pascuas. Regresé a mi casa con una sonrisa pincelada en la cara. Mientras subía las escaleras, Susana me abordó impidiéndome el paso. Con su cuerpo serrano en medio del pasillo me tomó del brazo y me introdujo en su casa como si hubiese atrapado a un pollo con el que iba a cocer un caldo.

—Hijo mío —dijo a voz en grito—, yo no sé qué tonterías tiene tu madre en la cabeza. Le dije que si alguna vez necesitaba un buen cocido para llenaros la tripa me lo pidiese sin reparos, que para eso mi hermana tiene unos corrales y tierras a las afueras y comida nos sobra, pero, con lo orgullosa que es, aún falta una vez para la primera, y así os tiene a todos, sobre todo a ti. ¿Es que no se da cuenta de que tiene un hijo que está creciendo y se va a quedar menguado por su maldito orgullo? En fin, está claro que donde no hay mata no hay patata que salga, y ella parece estar plantada en cemento fresco, y de ahí, ¿qué va a salir? Bueno, no voy a contarte a ti también la historia que le cuento a ella, que me canso de repetir lo mismo. Toma, y ten cuidado no se te caiga el caldo por encima, que quema. Está recién hecho. Y si te pregunta que de dónde lo has sacado, te inventas algo, ¿está claro, hijo mío?

—Sí, Susana.

—Anda, pues; anda, hijo, no te retrases más, a ver si se va a enfadar con un angelito como tú tu señora madre. Sube, pero con cuidado, no se te caiga, que lo he hecho con todo mi cariño.

—Eso no te lo discuto ni en un millón de años, Susana.

Me dio un beso en la mejilla y sentí como me observaba ascender las escaleras con una sonrisa en la boca. El olor que me venía de aquella bandeja cubierta por un paño era tan bueno que a cualquier beato le parecería pecado.

Llamé con el pie. Abrió mi madre. Cuando me vio con la bandeja en la mano me preguntó qué era y de dónde había salido.

—El Ayuntamiento.

—El Ayuntamiento, ¿qué?

—Los estaban regalando en la plaza y habían sacado a la Virgen del Pilar a la plaza también, y un cura estaba bendiciendo las bandejas. Ha sido un concejal del Ayuntamiento, que me ha debido de ver cara de hambre y me la ha dado. En realidad, yo ni me había acercado al lugar, pero me ha visto de lejos y ha venido corriendo. —Me miró extrañada—. Puedes ir a verlo. ¿Quieres que vaya a por otra bandeja?

—No, no hace falta. ¿Le habrás dado las gracias, por lo menos?

—Como un bendito. Casi hasta me echo a llorar, pero del olor que sale de ahí, que en la vida había olido nada así de bien, porque el hombre que me la ha dado daba más miedo que un ogro.

Me encerré en mi cuarto y comencé a reír. La señora Susana era una bendita y, si mi madre no quería, yo iba a aceptar de muy buena gana todos los platos que me ofreciera, y así la ayudaba a hacer dieta, la que llevaba empezando cada mañana y acabando cada mediodía desde que la conocía. Decidí que era mejor no contar a mis padres los planes que tenía. Simplemente me despertaría temprano y no pasaría por la tienda. Si mi padre me preguntaba algo, ya me inventaría alguna excusa.

Cuando mis padres se echaron a dormir, cogí el reloj de cuerda del cuarto de estar y lo metí en mi cuarto con la aguja del despertador señalando las cinco. Con los nervios tardé bastante en dormirme.

No es oro todo lo que reluce. Llegué al lugar indicado media hora antes de la cuenta. El resto del equipo llegó media hora más tarde de las seis. Pregunté por Manuel. Cuando lo encontré y le conté por qué estaba allí, empezó a reírse, y todos los demás lo imitaron como un coro de monos. Manuel era un hombre verdaderamente corpulento, mal afeitado, con cuatro pelos en la cabeza y grasiento.

—Pero tú, que no levantas ni dos palmos del suelo, ¿cómo pretendes trabajar en esto?

—El señor Jiménez me manda, ya se lo he dicho.

—Bah, estaría ocupado mirándole el escote a ese bombón que tiene por ayudante y sería incapaz de ver a quién tenía delante verdaderamente. Anda, vete a tu casa y sigue durmiendo, que tienes que crecer.

—¡No voy a irme a ningún sitio! ¡Estoy cansado de que todo el mundo se piense que soy un inútil y que no puedo hacer nada! ¡Me han prometido este empleo y no me voy a ir a ninguna parte; haré lo que me mandéis y no me quejaré de nada!

Para entonces ya había empezado a llorar de rabia.

—Bueno, genio ya veo que tienes. No llores, anda. Yo tengo un hijo algo mayor que tú y me gustaría que tuviese la mitad de voluntad que pareces tener. Algo te encargaremos. Pégate a mí y ya veremos.

Me sequé las lágrimas y obedecí. Durante la primera hora, Manuel se limitó a dar instrucciones a sus hombres e ignorarme. Al rato pareció acordarse de mí.

—Ya sé cuál va a ser tu función —dijo tocándome la punta de la nariz con su dedo índice—. Vas a ser nuestro chico de los recados.

Me quedé callado.

—¿Te parece bien?

—A mí, sí, pero no sé si al señor...

—Bah, tú olvídate de ese papanatas pesetero de habas y hazme caso a mí. Ese maranguán con aires de nuevo rico no sabría distinguir un bofetón de un mordisco de cocodrilo en la entrepierna. Es más, cada vez estoy más

convencido de que no distinguiría un pastel hecho con azúcar a uno hecho con sal, especialmente si fuera cortesía de la señora de nuestro señor alcalde, y se relamería los morros de gusto ante ella, como si fuera un gato; idolatraría la dulzura del pastel hecho por las manos de esa santa. No te preocupes por ese señor, un don nadie hasta en su casa, que aquí lo tenemos todos más que calado. Toma, con esta libreta pregúntale a cada uno de los mozos qué quiere desayunar, te acercas al bar Pormayor, lo pides y, con este dinero, lo pagas. ¿Qué te parece tu nuevo trabajo?

Me encogí de hombros y corrí a ver lo que querían comer. El menú no varió demasiado entre ellos, pero lo que triunfaba eran los bocadillos de longaniza con rodajas de tomate fresco. Cuando llevaba medio camino hacia el bar, me di cuenta de que no me había apuntado lo que Manuel quería comer, así que volví corriendo. Manuel me vio desde lejos y me esperó de pie, riéndose.

—Lo siento, señor...

—No me llames «señor», que tampoco soy tan viejo. Para mí apúntate un bocadillo de morcilla y un botellín de cerveza de trigo.

—¿Hay bocadillos de morcilla? —pregunté extrañado.

—Muchacho, no sabes lo que te pierdes con los bocadillos de morcilla.

—Supongo.

Salí al galope y compré el pedido. Era el bar más sucio y más rápido en el que había estado en mi vida. Aunque, a decir verdad, solo había estado en dos, el de Emilio, con una comida deliciosa y un tiempo de preparación normal, y el bar de al lado de la tienda de mi padre, de cuyo nombre siempre fui incapaz de acordarme, ya que me imponía más la señora vestida de cabaretera, que enseñaba sus muslos y el escote, dibujada en el cristal del escaparate. Tenía un café delicioso, según mi padre, hecho en cafetera italiana; nada de artilugios mecánicos para gastar más luz de la necesaria y, por lo tanto, lento. Repartí los bocadillos entre todos los mozos y se sentaron a la sombra del teatro Principal. Las palomas acudieron al vuelo a comerse los restos de migas que cayeron a la quebrada acera. Manuel me llamó.

—Muy bien, Miguel, has hecho una gran labor, has llenado con diligencia el estómago de todos estos grandes trabajadores y el mío. Ten, este real te lo doy de mi bolsillo, y espero que vuelvas mañana. Si lo haces bien, te daré un real de propina día sí, día no, y con ese dinero haz lo que quieras, aunque te sugiero que te compres algo de comer, que engorde, que te hace falta. Ya le

diré a Jiménez que trabajas cuatro o cinco horas al día como el primero de mis hombres y que obedeces órdenes cual perrito faldero de una reina.

—No sé si eso está bien.

—No te preocupes de lo que está bien o mal. Este perro mundo no es lugar fácil, y menos para los que van haciendo cosas buenas. Si en esta vida no se es perro, la vida se porta como un perro hambriento y sarnoso contigo. Ya lo irás aprendiendo.

—Muchas gracias, señor Manuel.

—Y dale, que no me llames «señor».

—Discúlpeme..., quiero decir discúlpame, Manuel.

—Así me gusta. Mañana aquí, a las seis en punto.

—¿Ya? —pregunté.

—¿Ya qué?

—¿Ya me mandas a casa? ¿Esto es lo que voy a hacer cada día?

—Sí, ¿te parece mal?

—No, pero he llegado a las seis, he estado una hora detrás de usted sin hacer nada, luego he estado media hora tomando nota, he tardado en llegar al bar quince minutos, he esperado otros quince a que me sirvieran todo, y otros veinticinco entre la vuelta y el reparto de comida. Eso hacen dos horas y diez minutos de trabajo y si a eso le quito la primera hora que he estado sin hacer nada...

—Vaya, nos ha venido a servir bocadillos el hada del tiempo y los minutos, por lo visto. Hijo mío, seguramente este sea el mejor trabajo que vayas a tener en tu vida, no te me quejes y vuelve mañana. De la hora que estás aquí sin hacer nada, no te preocupes, que para que ese charlatán vago y aspirante a burgués se quede en su bolsillo una hora de trabajo de no hacer nada, mejor te lo quedas tú, que a juzgar por tu aspecto creo que pasas más hambre que el perro de un gitano, y que conste que mi mujer, y por lo tanto mi hijo también, aunque sea a medias, son gitanos y no lo digo por ofender.

Asentí mirando el real y me fui. Sentí la mirada sonriente de Manuel a mi espalda. Mi jornada había acabado a las ocho y diez minutos de la mañana. Con los dos reales que iba a ganarme de lunes a viernes, cortesía o tal vez pena del señor Manuel, y lo que me pagara el señor Jiménez podría ayudar a mi padre. Después de mi primer día de trabajo de comodín me dirigí a la tienda de mi padre, que abría a las nueve. Llegué justo cuando estaba abriendo la puerta.

—Hola, Miguel, pasa. ¿De dónde vienes?

—Del parque —improvisé.

—¿Y qué hacías en el parque a estas horas? No estabas en casa cuando he ido a despertarte.

—Pensar en mi libro. No sé cómo enfocarlo ahora; me va a quedar más un relato corto que una novela.

—Bueno, no conozco a ningún novelista de once años. Estoy seguro de que si no cesas, si sigues leyendo los grandes títulos de los grandes autores, me refiero a los grandes de verdad, no los que están firmados por un personaje famoso, que esos, normalmente, poco es lo que valen, aunque los intelectuales de turno digan que son maravillosos, y sigues usando la imaginación que has tenido la suerte de poseer, escribirás grandes novelas. Estoy seguro.

—Gracias por los ánimos, pero cuanto más tiempo pasa, menos creo en mí mismo.

—Créeme cuando te digo que ese es el principio para ser un buen escritor. Si pensaras que eres capaz de escribir mejor que nadie, no llegarías a nada, pero si crees que no estás preparado y que a nadie le va a interesar lo que salga de tu cabeza, te seguirás esforzando más y más y al final conseguirás lo que quieres.

—Tal vez tengas razón.

—A ver cuándo me dejas leer algo más de lo que has escrito.

—En cuanto lo acabe te lo enseñaré. Pero igual te duermes.

—Pues si me duermo, me lanzas un jarro de agua fría encima, ya verás lo rápido que me despejo.

La tienda estaba en penumbra. Mi padre encendió la luz. Las estanterías vacías daban la sensación de que estábamos en un lugar que hacía tiempo había sido abandonado. Poca cosa quedaba en pie: algún reloj bien clavado en la pared, algún objeto con la suerte de estar situado en medio de los mostradores y altillos y el gran gramófono que, sin saber cómo, había quedado intacto. El polvo flotaba en el ambiente, mostrándose al trasluz de la ventana que mi padre había levantado, y se incrustaba en la garganta.

—Este maldito polvo... No hay forma de que se largue de una puñetera vez. Llevo días con la puerta abierta y limpiando las estanterías, pero no quiere irse.

—¿Por qué no vas al bar de al lado a por un café mientras yo ventilo y lo dejo todo como los chorros del oro?

Asintió a regañadientes y se marchó, aunque no estuvo fuera ni media hora. Camino de vuelta a casa, me cogió de la mano y se encogió de hombros.

—No es para tanto. Saldremos adelante. Muchas veces hemos estado días sin vender nada de nada en la tienda y siempre nos hemos recuperado.

—Yo no me preocupo, estoy seguro de lo que me dices.

Sin darse cuenta, mi padre chocó con una figura negra que venía de frente. El golpe le costó una caída al suelo, un tobillo morado y una muñeca dolorida.

—Lo siento muchísimo, señor, estaba despistado; discúlpeme, por favor —dijo desde el suelo.

—No se preocupe usted de nada, ha salido peor parado que yo. Además, yo iba prácticamente corriendo. Discúlpeme usted a mí.

Corrí a ayudar a mi padre a levantarse mientras ese hombre, al que ni siquiera había mirado, ya le había tendido la mano y le ayudaba a incorporarse.

—Muchas gracias.

—No me las dé, no las merecen. Que pasen buena noche los dos.

—Usted también, caballero.

Entre tanto saludo y disculpa, yo había corrido a asegurarme de que mi padre no se había roto ningún hueso, por lo que apenas presté atención al otro hombre hasta el último segundo, que me bastó para comprender que era ni más ni menos que el misterioso señor Sanpedro. Lo vi alejarse, zarandeando un bastón que seguramente no necesitaba. Sujeté a mi padre del brazo. Cojeando, llegamos a casa unos diez minutos más tarde de lo normal. Saqué la llave del bolsillo de mi padre y la introduje en la cerradura. Mi madre salió de la cocina con una sonrisa pintada en la cara que asustaba más que cualquier otra cosa. Se le borró de golpe.

—No te preocupes, mujer, que no es nada. He tropezado.

—Pues vaya pierna llevas. Ven, siéntate en la cocina, mejor dicho, sentaos los dos. Tengo noticias.

Obedecemos como corderitos.

—Somos todo oídos —rio mi padre.

—Tengo trabajo.

Mi padre agachó la cabeza.

—Te dije que no lo hicieras, que saldríamos adelante.

—Lo sé, pero es un buen trabajo, y el sueldo no está nada mal.

—¿De qué vas a trabajar?

—De criada en...

—No.

—Sí —cortó mi madre—. Trabajaré de criada en la misma casa en la que trabajamos mi madre y yo hace años. He ido esta mañana, les he explicado la situación y me han dicho que necesitaban una sustituta con las mismas habilidades que mi madre, que en paz descansa. Han entrevistado a decenas de candidatas y ninguna era igual de buena sirvienta que ella. Eso, además de que yo lo aprendí todo de mi madre y que ya estuve trabajando allí, aunque fue hace tiempo..., les ha parecido estupendo. Empiezo mañana.

Mi padre, con el orgullo herido por no haber podido mantener la promesa que le hizo a mi madre años atrás, asintió con una sonrisa más que forzada. Entonces recordé que uno de los ricachones se había acercado a mi madre en el cementerio. Tal vez para ofrecerle ya entonces sustituir a su madre.

A la mañana siguiente, cuaderno en mano, llegué antes de tiempo a mi puesto de trabajo. Fumando cigarrillos y con el pelo revuelto iban apareciendo lentamente los jornaleros a esperar las instrucciones de Manuel. Tras un rato de escupitajos lanzados a la acera y orines en las esquinas, apareció Manuel con mala cara y dio las órdenes que se esperaban. Él se dirigió a la calle Juan Porcell y yo le seguí sin que advirtiera mi presencia. Dejó descansar el pico y la pala que cargaba al hombro y se volvió.

—No te había visto —advirtió.

—Me suele pasar.

—Anda, ve a la plaza y trae la carretilla con el saco de cemento, arena y el cubo de agua.

Salí corriendo, cogí la carretilla, que pesaba como un demonio, y la empujé como pude hasta la calle. Me encontré a Manuel sentado, apoyado en la pared mugrienta. Creí ver una lágrima en su rostro. Sacó del bolsillo del uniforme de trabajo una petaca, dio un trago y volvió a guardarla. Dejé la carretilla y me senté a su lado. Le costaba respirar.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—No me llames de usted, me hace sentir viejo.

—Perdona.

Las palabras me quemaban en la garganta.

—¿Qué te ocurre?

Sonrió sin ganas.

—Cosas de la vida, hijo mío. Cosas de la vida —dijo mientras se le quebraba la voz y las lágrimas inundaban sus ojos.

—Vamos —dije mientras me levantaba y le asía del brazo— al bar. Un café te sentará bien.

—No, no importa, ¿ves? —mostró una sonrisa forzada—, ya se me ha pasado, ha sido una tontería.

—Oye, una cosa es que tenga once años y otra que sea tonto. Nos vamos al bar y te tomas un café, te sentará bien.

Tiré de su brazo y emprendió la marcha conmigo marcando el paso. Nos dirigimos al bar del final de la calle. Era un lugar a media luz con pequeñas lamparillas en las mesas. Las paredes estaban repletas de relojes, algunos parados a las doce en punto y otros en marcha, que señalaban la hora de algún lugar del mundo. El único que marcaba la hora correcta era el que estaba situado en medio de la pared, tras la barra. El camarero que secaba una taza, cigarro en boca, lo custodiaba. Nos miró de reojo cuando entramos. Senté a Manuel en una silla y me dirigí a la barra.

—Un café con leche, por favor.

—Me parece que sois dos los clientes —gruñó apoyando sus manos en la barra.

—Pues un café con leche y una ración de tortilla.

Le ofrecí mi mejor sonrisa de niño bueno y se metió en la cocina. Tras diez minutos apareció de nuevo con el pedido. Lo cogí y volví a la mesa. Manuel me sonrió.

—Vaya, muchas gracias.

—No me las des, lo vas a tener que pagar. Descuéntamelo de la propina. Rio.

—Camarero, póngale un vaso de leche al chico.

El poderío que vi en él el día anterior se había desvanecido. Se había convertido en poco menos que una sombra. El camarero trajo el vaso de leche y lo puso con un golpe suave sobre la mesa. Manuel jugaba con la tortilla pinchándola con el tenedor, sin llegar a probar bocado. Hundió la mirada hueca que le poseía en el café.

—¿Qué te ocurre? —pregunté tímidamente.

Levantó unos segundos la vista y me miró, dudando de si contármelo o no. Volvió a hundir la mirada en la taza. Alargó el brazo hasta el vaso de leche y me lo acercó.

—Bébetela.

—Si me cuentas qué es lo que te pasa. Pareces otro.

—Las cosas han cambiado.

—De un día para otro no puede cambiar algo tanto —dije inocente.

—Ya lo creo que puede. Lo vivirás en tus propias carnes, Miguel, ya lo verás. Ayer, a las siete de la tarde... —Las manos le temblaron. Se tapó la cara para ocultar las lágrimas—. Ayer a las siete —continuó intentando mantener la calma—, mi mujer me dijo que me abandonaba y que se llevaba a mi hijo —explicó con un hilo de voz—. Los he perdido, a los dos.

Su cara estaba surcada de lágrimas.

—¿Eso es lo que ha pasado? —pregunté con sorpresa.

—¿Te parece poco?

—No —dudé—, pero con la cara que tienes pensaba que se había muerto alguien.

—No creas que hay tanta diferencia.

—¡No! ¡Qué va!

—Oye, que parece que te lo tomas como si fuese un chiste.

—Hombre, eso tampoco, pero de pensar que alguien se había muerto... a esto, hay diferencia, hay.

—Supongo —dijo pensativo.

—Lo siento.

—No somos nadie, Miguel, no somos nada. No somos más que seres estúpidos que pasean por el mundo sin rumbo ni dirección alguna, aunque pensemos lo contrario. Somos el circo de pulgas con el que Dios se divierte. Se podría decir que es una desgracia nacer.

—No digas eso. ¿Por qué no vas a casa? Estarás mejor.

—No, en casa estoy solo, y todo me recuerda a ellos.

Nos quedamos callados. Después de que me tomara el resto del vaso y de que Manuel no catara su desayuno, salimos del bar.

Tomé nota de la degustación de aquella mañana e hice lo mismo que el día anterior. No quería dejar solo a Manuel, aunque me dijo que no me preocupara.

Me fui con pesar en el alma en dirección a la tienda de mi padre. Cuando llegué, estaba hablando por teléfono con alguien. El gramófono sonaba en el centro. Colgó.

—¿Qué tal en el parque? ¿Has escrito algo nuevo?

—Poco le falta ya. ¿Con quién hablabas?

—Ah, con nadie importante.

Observamos la tienda.

—Escucha, hijo, ¿por qué no te vas a casa a seguir con tu libro? Aquí no hay nada que hacer.

—Como quieras.

Cuando llegué vi a Adelaida en el bar de Emilio. Estaba hablando con él. Me senté en la barra, a su lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Mi abuelo me ha dejado en tu casa, esta noche la paso aquí.

—Hacia días que no te veía, Miguel —dijo Emilio.

—Lo sé, estoy algo ocupado. Muy sabroso el guiso que me dio Susana el otro día.

—Me alegro de que te gustara. La verdad es que pensé que un minuto después tu madre saldría de casa guiso en mano a devolvérselo como una exhalación.

—Se extrañó, pero cuando le dije que lo daba el Ayuntamiento en la plaza y me ofrecí para ir en busca de otro se calló.

—¿De veras que creyó esa historia?

—Por lo menos eso parecía.

—¡Granujilla estás hecho, saltamontes!

—Oye, ¿recuerdas que un día comenzaste a contarnos una historia sobre la casa que hay al final?...

—Sí —cortó a Adelaida—, y ahora creo que es un momento perfecto para continuarla. Cuando yo era niño también sentí fascinación por esa casa cuando la vi.

Nos sentamos en una de las mesas con un porrón de vino tinto que parecía sangre y comenzó el relato.

—Mi padre me contó la historia que la gente iba transmitiendo de boca en boca por toda la ciudad.

»Años atrás, una madre y su niño de apenas ocho años agarrado de su mano corrían por la estación de trenes de Moscú, huyendo de miradas ajenas. Se refugiaron en uno de los vagones de carbón previstos para el largo viaje. No tenían dinero para comida, mucho menos para billetes, y tampoco visado. La madre del pequeño, que contaba con veintipocos años, había nacido con una afección en los pulmones que cada vez iba a peor por falta de tratamiento médico. No podía respirar con normalidad y en los últimos meses se ahogaba con prácticamente cualquier olor que llegase a su nariz. El viaje que emprendieron ocultos en el vagón del carbón no fue precisamente buena idea, aunque tampoco tenían otra opción. El polvo negro que se desprendía de las bolas acabó por cegarle las vías respiratorias. Cuando llegaron a la estación de París tras un viaje demasiado largo, esperaron a que se quedase desierto el

lugar. Cuando se dejó de oír el eco de los pasos y las voces de la gente, cambiaron al tren que les llevaría a Barcelona, donde iban a emprender una nueva y, eso esperaban, mejor vida. Una vez escondidos de nuevo en el vagón del carbón, la madre apenas podía tenerse en pie. El pequeño se sentó a su lado y se abrazó a su débil y frío cuerpo.

»—Cuando llegues a Barcelona, baja del tren y busca un orfanato, al menos ahí te cuidarán.

»—¿Por qué dice usted eso, madre?

»—No me queda mucho tiempo...

»—¡No! Usted estará siempre conmigo, y yo con usted.

»La madre sonrió con la cara cubierta de polvo negro.

»—Pequeño, mi cuerpo no podrá superar este viaje. Pero al menos puedo estar segura de que tu futuro será mejor aquí que en nuestra fría Rusia. Hazme caso. En el orfanato te darán una educación que yo nunca tuve ni te hubiera podido dar allí. Aprende, estudia como el primero y llegarás lejos. Tendrás un trabajo y tu propia casa, ya no tendrás que pedir limosna ni dormir en una fría acera. Aprende bien el idioma. Y ten mucho cuidado.

»—Lo haré, madre, no se preocupe, pero con usted a mi lado.

»—Siempre estaré a tu lado, Alekséi. Aunque no me veas, estaré contigo cada día, y cada noche sentirás mi beso de buenas noches.

»Apenas podía hablar. Un sonido silbante salía de su garganta acompañado de tos y sangre. Se abrazaron en silencio. El pequeño Alekséi fue abatido por el cansancio. Las lágrimas marcaban dos líneas limpias en su cara manchada. Se durmió abrazando a su madre. Se despertó rodando por un fuerte frenazo del tren. Su cuerpo quedó cubierto por el carbón. Tuvo que excavar para salir a la superficie de la montaña de piedras negras. Llamó a su madre mientras removía los montones de carbón a su alrededor, hasta que perdió la voz y los dedos le sangraron. Se acurrucó en un rincón, encogió sus rodillas y las abrazó, escondiendo la cabeza entre ellas. Un rato después el tren dio una sacudida como muestra de que proseguía su camino. Bolas de carbón golpearon contra su cuerpo y su cabeza. Él, ajeno, lloraba. Cuando se decidió a levantar la cabeza, vio lo que parecía la mano de su madre enterrada. Se arrastró por el vagón hasta llegar a su lado y tiró del brazo. El carbón había teñido de negro la blanca y pálida piel de su madre. Tenía los ojos cerrados, y alrededor de la nariz y de la boca vio lo que parecía sangre seca. La apoyó contra la pared, se sentó sobre ella y le cantó la misma canción que su madre le susurraba al oído para tranquilizarlo. El tren paró en varias ocasiones, pero

Alekséi no se inmutó. Seguía sentado sobre el cuerpo de su madre, inerte, rígido y frío. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando el tren paró y alguien en el andén gritó:

»—¡Pasajeros, última parada! ¡Zaragoza! ¡Por favor, bajen todos del tren!

»El pequeño, que no entendía el castellano, no sabía dónde se encontraba ni lo que habían gritado. Se asomó por una de las grietas de la madera y vio como todo el mundo bajaba del tren y se vaciaba la estación. Tras esperar un rato le dio un beso a su madre en la mejilla, le quitó la cadena que llevaba colgada con una fotografía de ella y se la echó al bolsillo. Trepó sobre la montaña de carbón, se sentó en el borde de la pared de madera y miró el suelo. Brincó y cayó de cara, apoyándose sobre las manos. Rodó unos metros. Se incorporó y comprobó que llevaba el colgante de su madre. Se acercó al vagón y se despidió de ella apoyando su pequeña mano sobre su tumba de madera y carbón. Miró al exterior y pudo ver que estaba anocheciendo. Se encaminó a la salida, escondiéndose tras los muros. Cuando le quedaban apenas unos metros para encontrarse en la calle, escuchó que alguien gritaba a su espalda. Se volvió y vio que corría hacia él uno de los guardas. Se lanzó a correr hacia la salida y bajó las escaleras como si fuese un gato huyendo de un perro rabioso. Corrió por las calles hasta que, con el corazón en la boca y la respiración entrecortada y asfixiante, se metió en un callejón sin salida. Cubos de basura custodiados por gatos le sirvieron para esconderse. Solo, asustado, hambriento, cansado y sucio llegó el pequeño Alekséi a Zaragoza sin saber en qué ciudad se encontraba y convencido de que las ratas encontrarían en él un bocado irresistible. Se quedó allí, oculto, entre excrementos de gatos, esperando la muerte para regresar al regazo de su madre. Una muerte que nunca llegó. La vida quería disfrutar de él a su pesar. Su madre había sido una mujer enferma durante su corta existencia, pero él había heredado una salud de acero.

»El sol cedió paso a una luna amarillenta y enfermiza. Los gatos luchaban por unas raspas más que relamidas. Escuchó los pasos de alguien acercándose al lugar. Se asomó entre los roñosos cubos. Alguien iba a tirar más basura. El hombre comenzó a gritar y a mover los cubos para espantar a los felinos, que salieron a toda prisa de allí. Volcó el cubo en la oscuridad. Un montón de botes de cristal le cayeron encima, cortándole la cara y las manos, con las que se cubría el cuello y la cabeza. El hombre se alejó silbando.

»Cuando quedó en la penumbra y la ciudad parecía callada, Alekséi abandonó el callejón. Un sinfín de casas y bloques de viviendas, en las que no

había reparado mientras huía, se mostraron ante él. No había nadie en las ventanas. Con la cara chorreante de sangre se acercó a una de las casas y llamó. Una señora anciana, con el pelo recogido en un moño blanco, abrió y lo miró con asco. Alekséi, mientras alargaba la mano, dijo algo a la anciana que ella no pudo entender. Le pedía pan.

»—¡Lárgate de aquí, engendro! —dijo la anciana santiguándose y cerrando la puerta.

»Hizo lo mismo en las tres casas contiguas, y en todas ellas recibió como respuesta un portazo en las narices. Sacando fuerzas de donde no tenía, comenzó a caminar por la ciudad sin rumbo alguno. Llegó a una fuente. Allí se lavó la cara y las manos. Las heridas ya no sangraban. Comenzó a caminar de nuevo durante horas. Con los pies entumecidos y las piernas temblorosas, se sentó en una acera. Hasta que amaneció. Cuando despertó vio una gran basílica ante él. Caminó hacia ella y entró. Se arrodilló frente al altar y rezó a la Virgen para que le ayudase a volver con su madre. Cuando un cura lo vio lo cogió de la mano. Alekséi sonrió pensando que la Virgen le había escuchado. Con talante serio, el cura lo llevó hasta la salida y cerró la puerta, dejándolo en la calle. Se sentó en las escaleras y extendió la mano para pedir limosna.

»Comiendo los restos de casas de comidas y restaurantes para gente bien situada, pasó varias semanas durmiendo en la calle, viviendo de las escasas limosnas de quienes lo miraban con pena y no con asco y sin hablar con nadie, con la única compañía de los gatos y las ratas. Una noche calurosa le impidió conciliar el sueño, al estar acostumbrado al fresco verano de su país. Se dirigió a la fuente que usaba cada día para asearse ligeramente y se mojó la cara y el cuello. Se sentó en un banco carcomido por los excrementos de las palomas, esperando una brisa que no llegaba. Mirando hacia arriba, solo se veían las ramas de los árboles que parecían guarecerle. Escuchó un murmullo en la lejanía y pareció entender algo. Giró la cabeza, pero no vio a nadie. Unos segundos más tarde, el murmullo se acercaba y se distinguían las siluetas de dos personas. Hablaban en ruso. Eran un hombre y una mujer de unos treinta años. Pasaron frente a él y le sonrieron. Cuando se encontraban a unos treinta metros de él comenzó a seguirlos. Hablaban de una gran fiesta que pronto tendría lugar. De pronto dejaron de caminar y se volvieron. Habían escuchado sus pasos. Se quedaron en medio de la calle observándose. El hombre le lanzaba una mirada dura e impenetrable; la mujer, con una mirada dulce y apacible, parecía esbozar un amago de sonrisa. Continuaron la marcha, y Alekséi los siguió de nuevo. A los pocos metros se detuvieron de nuevo. El

hombre se dirigió velozmente hacia él, lo cogió del brazo y habló en un idioma extraño, del que no había aprendido nada desde que llegó a la ciudad. Lo empujó hacia atrás y le gritó. La mujer los observaba. En ese momento, Alekséi habló en su idioma natal y el hombre paró.

»—Pan —dijo.

»El hombre lo escuchó.

»—Tengo hambre, quiero pan.

»Le temblaron las piernas y cayó al suelo, desvanecido por el hambre. Tuvo tiempo de oír unos pasos acercarse rápidamente.

»Ruido a su alrededor. Sintió que estaba tumbado sobre algo blando y suave. No sentía la mugre comiéndose su carne, se sentía limpio y descansado. Temeroso de despertar del sueño, abrió los ojos. Vio un techo de madera sobre él, y sintió el olor de la comida y de las sábanas limpias. Giró la cabeza muy lentamente hacia la izquierda. Pudo ver un pequeño cuarto rectangular. Las paredes y el suelo de madera. Enfrente de él quedaba un hogar de leña, donde la mujer que había visto en la calle cocinaba algo. A la derecha había una mesa con dos sillas, y a la izquierda un pequeño sofá carcomido sobre el que reposaba el hombre con un periódico en la mano. Le estaba observando.

»—¿Ves como no está muerto? —dijo a la mujer.

»Ella se volvió rápidamente y se acercó al pequeño. Lo ayudó a levantarse y lo sentó en la cama. Fue cuando Alekséi se dio cuenta de que estaba desnudo y se tapó con la sábana.

»—¿Y mi ropa?

»—Se está secando, no te preocupes —le dijo suavemente—. Me llamo Polina, y él se llama Vadim.

»Vadim dejó el periódico sobre el sofá y se dirigió al armario situado al lado de la cama, que Alekséi no había llegado a ver. Sacó una camisa que debía de ser suya y se la tendió.

»—Aquí no puedes quedarte. Cuando comas algo te irás.

»Dicho esto, salió de la habitación.

»—No te preocupes por nada.

»Polina lo ayudó a sentarse en la mesa y le puso un gran plato de comida que Alekséi comió sin necesidad de cubiertos, manchándose toda la cara de aceite. Polina lo observaba.

»—¿Cómo te llamas?

»—Alekséi.

»—¿Cuántos años tienes?

»—Ocho —dijo engullendo.

»—¿Dónde están tus padres?

»—A mi padre no lo conocí nunca, y mi madre está muerta.

»Dejó de comer durante un instante y la miró.

»—Le recé a la Virgen para que me llevase con ella, pero no me hizo caso.

»Continuó comiendo.

»—Eso es porque no es hora de que te marches con ella; ya habrá tiempo para eso.

»Un silencio abordó la habitación unos minutos. Polina aprovechó para servirle otro plato.

»—No tienes lugar al que ir, ¿verdad?

»El pequeño negó y hundió la cabeza en el plato para rebañarlo a golpe de lengüetazo.

»—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

»Alekséi la miró dudando.

»—¿Dónde estoy? —preguntó.

»—¿No sabes dónde estás?

»—Mi madre dijo que íbamos a Barcelona, a buscar trabajo y huir del frío.

»—Estás en Zaragoza. Te confundiste de parada unos cuantos kilómetros. ¿Tienes familia en Barcelona? ¿Alguien te espera allí?

»—No.

»—Dime, ¿qué sabes hacer?

»Miró a la pared intentando encontrar una respuesta oculta en ella.

»—Pedir limosna. Es lo que hacía con mi madre en Moscú y lo que hago aquí. Y la verdad, no se me da muy bien.

»Polina se levantó y tomó el plato de Alekséi para fregarlo. El niño se asomó a la ventana y pudo observar el jardín trasero de una casa de tres plantas. Estaba en el último piso.

»—¿Sabes limpiar? —preguntó Polina desde el fregadero.

»—Puedo aprender.

»—Te enseñaré a limpiar, y a coser. Y a cocinar también.

»—Sé cocinar. Ayudaba a mi abuela muchas veces en la casa en la que servía, hasta que murió.

»—Mira, algo que sabes hacer. Pero cocineros no es lo que necesita esta casa precisamente. Ya hay un ejército. Pero no creo que a la señora le importe

tener un criado más. Hablaré con ella más tarde. Tengo que irme a empezar con mis tareas, está amaneciendo. Quédate aquí y procura no hacer ruido. Será mejor que nadie te vea, de momento.

»Se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y le acarició el pelo. Por un instante, Alekséi sintió el aliento de su madre y, cuando Polina desapareció tras la puerta, comenzó a llorar y ahogó las lágrimas contra las sábanas.

»Se despertó cuando oyó la voz de Polina. Le despertó. Le dijo que había hablado con la señora y que al escuchar su historia había roto a llorar. Le había dicho que si hacía bien su trabajo de sirviente podría quedarse con ellos, que tenía una semana de tiempo para demostrar sus habilidades. Si lo hacía bien, se quedaría y no le faltaría de comer; si lo hacía mal, llamarían al orfanato y lo mandarían allí. Cenaron bajo la mirada de Vadim. Él no lo quería allí. Seguramente les traería problemas. Por lo que a él respectaba, no era más que otro niño huérfano sin ningún sitio adonde ir, igual que él mismo cuando era niño.

»Polina lo levantó temprano a la mañana siguiente, lo vistió y le dijo que le había explicado a la señora que no hablaba castellano, pero que, si lo aceptaba, ella misma le enseñaría el idioma. Descendieron las escaleras. El piso de abajo no tenía nada que ver con la habitación en la que había pasado el día anterior: suelos enmoquetados, enormes cuadros colgando de las paredes, lámparas enormes que pendían del techo, ventanales con las cortinas descorridas que dejaban entrar el sol, iluminando un pasillo lleno de jarrones altos con flores. Acompañó al pequeño, vestido con ropas limpias, a la gran sala donde la señora esperaba ya despierta antes del alba con impaciencia de conocer al pequeño huérfano y muerto de hambre. La habitación en la que les esperaba estaba enmoquetada. Una chimenea blanca y apagada les dio la bienvenida. Butacones y sofás de terciopelo cubrían el suelo de la estancia. Los ventanales estaban cubiertos de cortinas aterciopeladas. Una gran mesa negra hacía juego con las sillas. Un enorme piano de cola blanco reinaba en medio de la sala. Alekséi vio en ella a una mujer de treinta años carcomida por dentro. Todas las personas adineradas con las que había tratado en su fría Rusia le habían escupido a la cara o quitado de en medio con una patada en el estómago.

»—Así que tú eres el pequeño Alekséi. Pobrecito, fijate, estás en los huesos, ni siquiera alcanzo a entender cómo te sostienes en pie.

»—Señora, recuerde que no habla castellano —dijo suavemente Polina.

»—Oh, sí, cierto. Discúlpame, pequeño.

»—Si le parece bien, hoy puede quedarse conmigo. Yo le enseñaré lo que hago a diario y cómo se limpia la plata; le enseñaré a barrer, el horario de abrir y cerrar las ventanas para ventilar...

»—Me parece muy bien. Que aprenda de ti. Y ya veremos cómo lo va haciendo.

»Alekséi observaba atentamente cada gesto de Polina. La imitaba en todo su trabajo con una habilidad que muchos criados que llevaban en la casa años hubieran querido poseer. Polina le mostró las habitaciones principales y le explicó a qué hora debían abrirse y cerrarse las ventanas, que un día sí y otro no debía reponer los jarrones con flores frescas del jardín. Le enseñó a limpiar a diario la plata reluciente tras las vitrinas de cristal. Él lo hacía con una delicadeza extrema. Barría y fregaba los suelos como una criada más. Había aprendido a la primera todo lo que Polina le enseñó. Y una semana después le anunciaron que podía quedarse en la casa, siempre y cuando siguiera haciendo su trabajo de la misma forma minuciosa. Alekséi había comenzado a tomar clases de castellano de la mano de Polina, y lo aprendía con gran facilidad y soltura. Cuando llevaba allí dos semanas, ya era capaz de mantener ligeras conversaciones con acento ruso.

»Agosto era el mes en el que los dueños acostumbraban a dar una gran fiesta para todos sus amigos y socios. Cada fiesta debía ser más refinada y rica que la anterior. La señora caminaba velozmente de un lado a otro para organizar el evento que tendría lugar el viernes de esa semana. Había que limpiar la casa de arriba abajo, cambiar las cortinas y las sábanas de las habitaciones de invitados. Había que dejar las moquetas relucientes y sacar brillo a los jarrones que custodiaban los pasillos, limpiar la plata más que nunca y dejar el gran salón de fiestas como la habitación de un rey. Aquella estancia estaba todo el año a oscuras y cerrada a cal y canto. La humedad había penetrado en ella durante el invierno y no había desaparecido todavía. Alekséi se ofreció a la señora para dejarla reluciente y espectacular para el gran día, pero para ello debía dedicar las jornadas que faltaban para el evento exclusivamente a ello. Ella aceptó complaciente, diciéndole que no metiera la pata.

»Durante aquella semana el pequeño niño de ocho años hizo el trabajo de veinte criados durante el mismo periodo de tiempo. Abrió las ventanas y dejó entrar el calor del sol, quitó las sábanas de los muebles y los sofás, barrió el suelo de madera y lo fregó con amoníaco y lejía. Limpió los cristales de las ventanas, aunque no estaban sucios. Había cogido una escalera, descolgado

cuidadosamente cada uno de los cuadros y limpiado suavemente los marcos con agua y amoníaco. Había subido en la escalera hasta la lámpara de velas y había limpiado una por una cada lámina de cristal de la cera escurrida y el polvo. Limpió también uno por uno los quinqués de gas de la pared. Limpió las mesas y colocó decenas de candelabros sobre ellas. Las adornó con jarrones bajos vacíos, que llenaría de flores frescas el mismo día de la fiesta.

»El jueves al mediodía había acabado. Cuando el señor y la señora vieron el trabajo quedaron maravillados. Al día siguiente, Alekséi se levantó al alba y cogió cientos de flores frescas, con gotas de rocío sobre los pétalos. Todo estaba listo para cuando vinieran los invitados. Un cóctel de bienvenida les esperaba en el jardín. La señora de la casa había dispuesto una sorpresa que se mostraría cuando todos los invitados estuvieran presentes. Los amigos y socios llegaban en enormes carruajes tirados por grandes caballos de cuello erguido. Los camareros contratados para la ocasión los esperaban con bandejas en la mano y las ofrecían a su paso. Cuando todos hubieron llegado, la señora les pidió que guardasen silencio. Dos criados salieron portando una cofre de mimbre. Lo dejaron en el suelo y esperaron una señal para abrirlo. Cientos de mariposas con hermosas alas alzaron el vuelo, abandonando su tumba en vida. Alekséi quiso volar con ellas. Los espectadores exclamaron un «¡oh!» a coro y aplaudieron a continuación mientras comentaban la originalidad del espectáculo y alababan el buen gusto de la señora. Pasaron al salón de fiestas, donde una orquesta de violines, flautas, piano y otros instrumentos los recibían con una canción alegre. Pero algo fallaba. Todos los invitados comenzaron a bailar en la parte de la sala reservada a ello. La señora y el señor se miraron y se dijeron algo al oído. El señor se quedó en la sala, le dijo a una criada que diese aviso en la cocina de que no faltara alcohol y se dirigió a uno de sus socios. El pequeño Alekséi había salido de allí siguiendo a la señora. Se había dirigido a las cocinas, donde una de las cocineras le dijo que había habido un problema: solo había llegado la mitad del pedido para preparar la cena. Llevaban horas esperando. La señora se sentó en una silla, abatida, sin saber qué hacer. No había cena que ofrecer. Alekséi se adentró en la cocina. Cajas de cebollas, patatas, pan rallado, huevos y más ingredientes vestían el suelo.

»—Quería dar el mismo banquete que dio la reina madre en el cumpleaños de su hijo mayor —dijo a una de las cocineras, que le estaba preparando alguna bebida para calmar los nervios.

»—Puedo ayudarla —dijo Alekséi—. La comida rusa es buena al paladar, muy buena. Puedo preparar un banquete para más de doscientas personas con lo que hay aquí. Puede decirles que es la comida que toma el zar cada día. ¿Quién sabe? Seguramente haya comido alguna vez el plato que se puede hacer con estos alimentos.

»La señora sonrió aliviada.

»—¿Lo estás diciendo en serio?

»—Claro que sí, señora, yo no miento nunca. Dejé el salón de fiestas tal como le dije, ¿no es cierto?

»—Sí, completamente —dijo acariciándole la mejilla—. Hazlo. A partir de ahora estáis todas al mando de Alekséi.

»—Pero, señora, si es un niño —aventuró una de las cocineras.

»—No me importa. Él os dirá cómo hacer esta cena. Y espero que le obedezcáis como si fuera yo.

»Poco a poco todo el personal asintió, aunque lleno de dudas.

»—¿Cuánto tiempo tardarás?

»—Me temo que demasiado.

»—Puedo entretenerlos con bebida.

»—Acabarán borrachos y no probarán bocado para cuando esté la cena.

Lea.

»—Disculpa, no te entiendo.

»—Lea algo. Cuando se cansen de bailar, léales un libro, una historia interesante, coja un ejemplar de la biblioteca y léalo. Les gustará.

»—¿Estás seguro?

»—Totalmente. Escoja un buen libro. No la dejarán cerrarlo hasta que acabe la historia, y la cena estará lista.

»Asintió y se marchó de la cocina. Alekséi dividió el batallón que tenía a su disposición en grupos, les dio instrucciones y obedecieron. Se pelaron montones de kilos de patatas y cebollas. Los fogones ardían al máximo. Las especias brincaban de sopera en sopera. El aceite se freía en las sartenes. El calor se apoderó de la cocina mientras trabajaban contra reloj. Una hora y media más tarde había una comida compuesta de un único plato, pero rebosante, y de un postre realizado a base de leche, huevo, galletas y canela con azúcar. Para la lectura habían llevado a los invitados a la sala de la biblioteca, dejando libre el salón. Llenaron los platos con la comida y las copas con vino. Se acomodaron pegados a la pared. Alekséi fue a avisar a la señora.

»Abrió lentamente la puerta de la biblioteca. Ninguno de los ocupantes se percató de ello. Estaban sentados sobre alfombras persas, escuchando atentamente la historia que fluía de los labios de la señora. Cuando acabó el párrafo, alzó la vista y vio la cara de los invitados. Estaban intrigados con la historia. Vio a Alekséi oculto tras la puerta. Él asintió y desapareció. Volvió al salón junto con el resto de los criados y se colocó entre Polina y Vadim. Vadim, a su pesar, le había cogido cariño. Un cuarto de hora después comenzaron a oírse voces avanzar por el pasillo. Abrieron la puerta y se sentaron a la mesa comentando la historia que acababan de escuchar e ignorando a los sirvientes, atentos a cada copa caída y a cada tenedor resbaladizo. Degustaron la comida y el postre. Algunos incluso repitieron, alegando que era un bocado divino. Cuando los invitados se marcharon, los criados se dispusieron a limpiarlo todo. La señora apareció con una sonrisa estampada en la cara y dijo a Alekséi que a la mañana siguiente, a las nueve en punto, se dirigiera al salón central de la casa, que su señor quería hablar con él.

—Vaya, puedo intuir que les estás contando alguna interesante historia. El porrón ya está vacío —dijo mi padre a mi espalda.

—Y tan interesante —respondí—: podría escribir cien historias diferentes basándome en lo que me está contando.

—Aún no he terminado —protestó Emilio.

—Tendrás que seguir en otro momento, es hora de comer. Vamos a casa.

Emilio se dirigió al mostrador y nos despidió con la mano y una ceja levantada. Subimos las escaleras en silencio. La mesa estaba dispuesta cuando entramos en casa. Mi madre nos recibió con cara alegre, cosa algo extraña en ella. Nos sentamos a la mesa. Mi madre lanzaba a mi padre miradas de reojo. Mi padre tenía la cabeza metida en el plato. Luego de un largo silencio, mi madre suspiró y al fin se dirigió a mi padre.

—¿No vas a preguntarme por el trabajo?

Mi padre dejó el tenedor y se limpió con la servilleta.

—Perdóname. ¿Qué tal el trabajo?

—Pues muy bien, la verdad. Estoy animada. La mayoría de los criados son los mismos que había cuando trabajé allí. Algunos han muerto y otros los sustituyen, pero la mayoría se acordaban de mí como yo de ellos. Ha sido bonito. Si te digo la verdad, me alegro de haber vuelto allí. Quién lo iba a

decir, después de tanto tiempo y de haber salido de esa casa queriendo alejarme precisamente.

Mi padre sonrió y se dispuso a comer de nuevo.

—Me han pedido que trabaje más horas porque lo hago bien.

—¿Más?

—Sí, más, ¿tanto te sorprendes de que tu mujer sirva para algo que dé dinero?

—No he dicho eso en ningún momento. No hace falta que trabajes más. No somos unos miserables.

—¿Eso crees? La ropa que lleva tu hijo es un regalo de... ¿cómo era la palabra?, ah, sí, de caridad. Aunque esa palabra no tenga lugar dentro de tu cabeza, existe, y se tendría que decir que prácticamente vivimos de ella.

—¿Por qué no haces el favor de no sacar las cosas de quicio?

Terminé mi plato y los dejé discutiendo en la cocina. Adelaida me siguió hasta mi cuarto. Preparé su cama y nos tumbamos dispuestos a dormir. No sabía realmente si a mi padre le molestaba que mi madre trabajara o que lo hiciese para la casa de la que salió huyendo para irse con él en busca de algo mejor. O tal vez se sentía culpable por no haberle dado lo que le prometió. Y tampoco sabía si mi madre trabajaba por necesidad o por tocarle las narices a mi padre. Aunque, desde luego, las cosas no iban bien. Prefería no decir nada de mi trabajo en casa, porque mi padre pondría el grito en el cielo y empezaría a decirme que me dedicara a escribir relatos y trabajar en la tienda cuando hiciera falta. No quería que se enfadase conmigo y, teniendo en cuenta la suerte de horario laboral, que me venía como anillo al dedo, tampoco tenía que engañarle mucho. Seguramente mi madre abriría los ojos de par en par y comenzaría a dedicarme besos que estaba seguro no sentía, y les costaría otra de sus discusiones. Mi padre nunca se preocupó demasiado por el dinero. Decía que bastaba con tener lo justo para poder vivir y tener un poco guardado por si alguna vez había que llamar a un médico. Era feliz en su tienda, con sus amuletos y con los libros. Mi madre nunca había sido rica y, por lo tanto, tenía la misma idea que mi padre, o que yo, de lo que eso significaba, pero sí había vivido con gente adinerada, trabajando para ellos, y conocía muy bien el lujo que se podía conseguir con dinero. Tal vez eso fuera lo peor de todo: ver las sillas tapizadas, las paredes enteladas, los suelos relucientes, la cubertería de plata, hermosas flores frescas cada mañana y baños de agua caliente con espuma que olía a rosas. Trabajando para otros, limpiando los cubiertos que ella no usaría nunca, limpiando suelos que ella no podía pisar a menos que se

lo ordenasen, encargando rosas para verlas pasar sin poder tocar una sola. Joyas, cuadros, esculturas, fiestas..., todo ello de valor incalculable. Por eso había salido corriendo años atrás, para no tener que dejar reluciente algo que ella no iba a usar ni poseía. No necesitaba esos lujos, pero tampoco quería limpiarlos para otros. Por aquel motivo mi padre le prometió que nunca más trabajaría para otros. Y su promesa tan solo había durado unos años.

Al fin llegó el viernes, día de cobro. Manuel me dijo que si quería podía esperar e ir con él y el resto de los mozos cuando acabaran su jornada, así que me fui a la tienda y a la una y media de la tarde me encaminé hacia la plaza España, el punto de reunión. A las dos en punto Manuel tocó un silbato que llevaba escondido en el bolsillo y todos acudieron a dejar sus herramientas tras una valla que habían dispuesto en un estrecho solar.

—¡Arreando! —ordenó Manuel.

Una procesión de hombres sudados y mugrientos, fumando cigarrillos y hablando entre ellos, inició el rumbo hacia el Ayuntamiento. Cuando pasamos frente al Pilar, alguno se santiguó. Yo me había colocado al lado de Manuel, que iba en último lugar. De pronto dejé de escuchar sus pasos a mi lado y me detuve. Estaba mirando a alguien a lo lejos, que levantó la mano y le saludó. Manuel imitó su gesto y un segundo después aquel sujeto agachó la cabeza y continuó su camino. Manuel me miró.

—Es mi hijo. No lo había visto desde...

Se le rompió la voz. Le cogí la mano temblorosa y me miró sin saber muy bien con qué expresión debía hacerlo.

—No te preocupes, si te saluda, es porque te echa de menos y te quiere.

Sonrió. Llegamos al Ayuntamiento y nos dirigimos al despacho del señor Jiménez. Los mozos acomodaron sus posaderas en una hilera de sillas. Manuel se quedó de pie y yo hice lo mismo.

—¿Por qué no entra el benjamín primero? —dijo uno de los mozos.

—Vamos, hijo, pasa tú —ofreció Manuel.

—¿Y no sería mejor que entrarais vosotros antes? —pregunté.

—¿Te da miedo?

—No —respondí mirando al suelo.

—Vamos, que entro yo contigo. A ver si el señoritingo se queda de tu sueldo más de lo que le corresponde.

Manuel llamó a la puerta. Tras unos minutos se abrió y la secretaria que había visto días atrás salió y nos la dejó abierta. Los mozos se miraron y lanzaron una carcajada al aire. Entramos y cerramos.

—¡Vaya! Si es el querubín convertido en obrero acompañado de mi querido Manuel.

—No te confundas, yo no soy el querido de nadie, y menos tuyo.

—No me refería a eso precisamente —dijo con una sonrisa—, pero si te molesta, me callaré.

—Eso, a callarse y a pagar, que es lo que toca hoy.

—Por favor, sentaos.

Obedecemos.

—Bien, Manuel —dijo mientras sacaba un libro de un cajón—, ¿cuántas horas ha hecho y qué ha hecho el pichón?

—El pichón no sé. Miguel Campos, aquí presente, ha trabajado seis horas al día como el primero. Ya me gustaría a mí que todos los principiantes que me envías tuvieran la mitad de ganas que él, y aquí donde lo ves, fuerte como un mulo.

Me dio dos fuertes palmadas en la espalda.

—¿Me estás tomando el pelo? Este crío no puede levantar más de diez kilos de peso.

—Levantar, no levanta mucho, pero con la carretilla es un as.

—Sí, hay que ser al menos ingeniero para saber usar una carretilla.

—¿Estás dudando de mi palabra?

—No, de tu palabra no dudo, de lo que dudo es de él —dijo señalándome.

—Eso no tiene sentido, si te fías de mi palabra no puedes dudar del chico.

—Supongo —dijo tocándose el bigote y observándose.

—Además, señalar no es que sea de muy buena educación —apuntó Manuel.

Jiménez le lanzó una mirada que hablaba por sí misma.

—Está bien, ¿qué honorarios crees que se merece el... muchachote?

—Miguel —dije.

Ambos me observaron. Manuel con cara alegre, Jiménez con indiferencia.

—Bien, Miguel —dijo observándose y seguidamente dirigiendo los ojos a Manuel—. ¿Cuánto crees que se merece el señorito Miguel?

—Tampoco soy señorito —añadí cruzando los brazos.

—Creo que se merece unas tres perras —cortó Manuel.

—¿Tres perras semanales?

—Sí, es buen trabajador.

Jiménez se tomó su tiempo de reflexión.

—Está bien —dijo finalmente sacando dinero de una bolsa—. Toma, tu paga. Espero que la aproveches bien y no la gastes en alcohol o mujeres.

—Tengo once años —dijo indignado.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Te acuerdas de cuando teníamos esa edad, Manuel? —dijo riendo.

—Por supuesto que me acuerdo, ¡quién pudiera volver a esos años!

Después de que pagara a Manuel salimos de allí y nos dirigimos a un bar que, según me explicó Manuel, llevaba más de cien años abierto, lugar al que acudían todos una vez habían cobrado para empezar ya la fiesta hasta el lunes siguiente.

—¿Así que conoces a Jiménez? —pregunté todavía incrédulo.

—Ya lo creo, somos lo que se llama «hermanos de teta». Mi madre era de carnes grandes, y la suya parecía un palo de escoba. Cuando estaban juntas era como si solo estuviera la mía. Nos criamos juntos. Pero escogimos caminos distintos. Yo no quise estudiar, y él..., no sé lo que haría él, porque listo para estudiar nunca fue, pero pesetero, como nadie.

Poco a poco todos llegaron al bar, y entre los brindis con jarras de cerveza, bocadillos y cigarros mi ropa adquirió un olor indescriptible. Entre mil y una conversaciones que se perdieron las dos horas siguientes, la historia que más éxito tuvo fue la de Pascual, un mozo de veinticinco años que describió con pelos y señales el modo en que se había beneficiado a su novia, una chica de Navarra que venía a verle semana sí, semana no. Con la mirada expectante y la boca babeante escucharon su relato con admiración, preguntándose si lo que contaba sería cierto o se inventaría la mitad sobre la marcha.

Cuando llegué a la tienda me encontré a mi padre conversando animadamente con Adelaida. Ella se alegró al verme y corrió a mi lado, dejando a mi padre sentado en la silla.

—Id a casa, Miguel, a jugar o a lo que sea que hagáis los niños ahora. Aquí no hay mucho que hacer.

—¡Sí, vamos! —exclamó Adelaida.

Por supuesto, lo que Adelaida llevaba en mente era bien distinto a meternos en casa a jugar a nada.

Fuimos al bar. Susana nos dijo que Emilio se había quedado en casa, que estaba resfriado y le temblaba el cuerpo entero. Nos pidió que fuésemos a hacerle compañía. Me tendió la llave y subimos.

—¿Susana? —preguntó Emilio.

—Miguel y Adelaida.

—Vaya, entrad, vamos.

Se encontraba en el cuarto de estar, frente a un fuego demasiado pesado para los últimos días del invierno, tapado con una manta. Un cacharro con agua se calentaba sobre la estufa.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Bien, mejor que esta mañana.

—¿Necesitas algo?

—Compañía, y acaba de llegar. Sentaos en el sofá, estaréis cómodos.

Tosió.

—¿Qué es de tu vida? ¿Aún quieres ser escritor?

—En eso estoy. Ahora tengo un libro a medias.

—¿Sobre qué trata?

—Sobre una niña y una casa misteriosa.

Adelaida me miró.

—Ah, una casa misteriosa. ¿Tan misteriosa como la casa por la que me preguntasteis?

—Sí, la historia ocurre en esa casa.

—Y queréis que termine de contar la historia, supongo.

—Supones bien.

—Acomodaos. Es muy interesante.

»El asustado Alekséi se personó en el lugar indicado a las ocho y media en punto. Esperó de pie. A las nueve aparecieron el señor y la señora de la casa. Se sentaron y lo observaron. Finalmente, el señor habló.

»—Acércate.

»Alekséi obedeció.

»—Así que tú eres el culpable de la cena de ayer.

»—Lo siento, señor.

»—No, no te disculpes, no te estoy acusando. Si no fuera por ti hubiera sido un auténtico desastre. Te estoy muy agradecido, muchacho.

»—No tiene que agradecerme nada, señor, estoy a su servicio para lo que necesite.

»—Vaya, la primera vez que no escucho quejas de un criado. ¿Cómo te llamas?

»—Alekséi.

»—¿Tienes apellido?

»—Supongo.

»—¿Supones? ¿Es que lo desconoces?

»—Sí, señor, lo siento.

»—No lo sientas.

»El hecho de que el pequeño no conociese su apellido hizo vibrar el corazón del señor, que le pidió que le contara su historia. Cuando Alekséi la concluyó comenzó a llorar, diciendo que era la historia más triste que había escuchado nunca. Alekséi le dijo que no se preocupara, que él había tenido la suerte de acabar en su casa, que lo normal hubiera sido que hubiera muerto y lo hubieran encontrado podrido y medio devorado por las ratas en alguna esquina.

»Desde ese mismo día, Alekséi estudió con el hijo de la pareja. Era un chico un año mayor que él. Se llamaba Antonio, en honor a su padre. Por lo que pudo observar, deseaba destacar en alguna de las artes, sin conseguir éxito con ninguna. Su padre le había conseguido los mejores profesores de pintura, música y escultura. No pudieron ayudarle en nada porque simplemente no tenía talento. Tampoco era un chico agraciado y no se le daba bien el aprendizaje con los tutores privados. Era lo contrario a Alekséi, que se convirtió en el compañero de estudios de Antonio Sanpedro. Lo acompañaba a las lecciones de música. Antonio tocaba el piano o, mejor dicho, lo aporreaba con sus dedos. Alekséi tocaba el violín con una habilidad perfecta. Mientras Antonio garabateaba en los atriles, Alekséi plasmaba las caras de Antonio Sanpedro hijo, de Antonio Sanpedro padre, y de su mujer, Victoria Sotomayor. Mostró gran habilidad también en el estudio de lenguas extranjeras y de las ciencias matemáticas, compaginándolo con su trabajo. El bobalicón Antonio no sentía gran aprecio hacia Alekséi, simplemente lo ignoraba. Para él no se trataba más que de otro compañero de juego más. Al menos, al principio. Cuando Antonio hijo cumplió quince años, su padre irrumpió en plena clase de piano y le anunció que iba a llevarle a visitar la empresa que había construido con la sangre de sus manos. Antonio se encogió de hombros y se levantó. Se subieron en el coche de caballos. Alekséi miró como se alejaban. Horas más tarde, regresaron. Antonio hijo llevaba en la mano un bollo que se veía humear desde lejos. Antonio padre llevaba la decepción marcada en la cara. Durante los siguientes tres meses, Alekséi estudió solo, mientras Antonio padre intentaba inculcar en la absurda cabeza de su hijo las artes de la dirección de su fábrica, llegando a casa cada día con la mirada más hundida que el día anterior. Alekséi era un chico callado, no le gustaba hablar cuando no tenía nada que

decir, y rara vez tenía algo que comentarle a alguien. Normalmente, las escasas palabras que salían de su boca las dirigía a su madre por la noche, en su cama, a la medalla que cogió el día de su muerte, tiempo atrás, y que siempre llevaba colgada al cuello, bajo la camisa. Cuando Alekséi cumplió los quince años, el profesor comunicó a Antonio padre que era un alumno excelente y que era perfectamente capaz de estudiar ingeniería, matemáticas o cualquier otra ciencia en la universidad, si continuaba estudiando.

»Una mañana, en clase de pintura, Antonio padre abrió las puertas y ventanas de par en par. Alekséi dejó el pincel y miró al señor.

»—Puedes seguir pintando.

»Asintió y continuó. El dibujo mostraba la cara de una mujer de veinte años, de tez pálida y enfermiza y portadora de una belleza por la que muchas mujeres hubieran vendido su alma al diablo. Cuando le preguntó quién era ella, le respondió que su madre.

»—Alekséi, ven aquí.

»Dejó de nuevo el pincel y se acercó al señor, que se había sentado en un sofá que seguramente costaba más que lo que él ganaría en toda su vida de criado.

»—Me ha dicho el tutor que se te dan bien los números.

»—Supongo que si lo ha dicho será cierto.

»—Quiero que vengas conmigo.

»Llegaron a las afueras de la ciudad y se detuvieron ante una gran fábrica.

»—Esta fábrica es lo que nos sustenta, Alekséi —dijo el señor mientras paseaban por su interior—. Siempre he querido que mi hijo se hiciese cargo de ella cuando yo fuese mayor, pero me temo que el Señor, que tantas riquezas nos ha dado, lo hizo a cambio de la inteligencia de mi Antonio. Parece que cada año su cerebro se llena de bollos y más bollos en lugar de números o leyes. Llevo meses trayéndole aquí, enseñándole el funcionamiento de las máquinas, intentando que aprenda a comprar las materias primas para la fábrica y que aprenda a vender sus productos. Es incapaz de hacerlo. Una tarde lo dejé aquí solo y lo que consiguió fue paralizar la máquina que estaba tejiendo las telas de un pedido que debía salir aquella misma noche. Es un inútil. —Alekséi escuchaba la historia mientras sus ojos se posaban sobre las inmensas e intrigantes máquinas—. No tengo otro hijo que mi Antonio, y yo ya voy para viejo. Mi cuerpo y mi mente ya no son los que han sido, y pronto

necesitaré un bastón para poder caminar. Necesito encontrar a alguien que sepa manejar la fábrica con la misma mano que la mía.

»Silencio.

»—He hablado con tu profesor. Le he comentado si tal vez serías un candidato al puesto de heredero de la fábrica. Y su respuesta no mostraba duda alguna. Por eso te he traído aquí. Sé que es egoísta, que he pensado en ti solo cuando Antonio me ha demostrado su incapacidad, pero debes entender que él es mi hijo.

»—Le entiendo perfectamente, no tiene que darme tantas explicaciones. La fábrica es suya, y es usted quien debe elegir a su nuevo dueño.

»—Me alegro de que me entiendas, Alekséi. Yo también comencé como criado y, sin saber cómo, levanté esta fábrica, poco a poco, a base de largos años y de mi esfuerzo, y no quiero que todo se arruine por el idiota de mi hijo. Debería haber tenido más mano dura con él. —De nuevo, silencio—. ¿Qué me dices? ¿Te gusta la idea de venir aquí conmigo una temporada, a ver qué tal se te da el tema?

»Las semanas pasaron. Alekséi demostró gran habilidad, como era de esperar, en la dirección de la fábrica. Cuando cumplió diecisiete años y la fábrica pasó completamente a sus manos, celebraron una fiesta en su honor. Alekséi recibía felicitaciones de gente que no había visto en su vida mientras disfrutaba del champán que habían traído de Francia para la ocasión. Antonio hijo, que había sentido por primera vez en su vida la daga de la envidia clavada en su espalda, quiso robar el protagonismo a su compañero de estudios en su noche y anunció que acababa de pedir la mano a una belleza de su misma edad que estaba a su lado. Nadie sabía que se conocían desde hacía tiempo. La joven pertenecía a la familia más rica de la ciudad, aunque nadie supiera con exactitud a qué se dedicaba su padre. Los progenitores de ambos se dirigieron a otra habitación y al rato aparecieron con una sonrisa estampada en la cara. Para entonces, Antonio hijo se había retirado a su dormitorio a dormir el alcohol de sus venas. Alekséi se había acercado a su futura mujer, hechizado por el parecido que guardaba con su madre. Habían salido a conversar a la enorme terraza. Ella le desveló que no quería a Antonio, que se casaba con él para poder huir de las palizas de su padre, que años atrás había acabado con la vida de su madre.

»Antonio y Sofía se casaron en el Pilar una mañana de junio. Regresaron de su luna de miel un mes después. Antonio padre les había regalado una casa en la otra punta de la ciudad y se instalaron en ella. El mismo día de su

regreso, cuando su marido estaba dormido, Sofía subió a su caballo y llegó a la fábrica, donde se había citado con Alekséi el mismo día de su boda. Llegó envuelta en sedas y sudorosa. Él la esperaba en el cuarto de cuentas con las ventanas abiertas. Se miraron y, sin mediar palabra, se desnudaron. El cielo los observaba.

»Tras varias semanas de encuentros a medianoche, Sofía anunció a Antonio que estaba embarazada, sabiendo que el hijo no era suyo.

»Dio a luz a gemelos, un niño y una niña que llevarían el apellido Sanpedro. Su supuesto tío pasaba horas con ellos. Antonio apenas los veía unos minutos al día, pues tenía suficiente con beber coñac en compañía de los hermanos de su mujer. Antonio padre había comenzado a considerar a Alekséi como su propio hijo y a despreciar a Antonio, que se había convertido en un borracho y un vago que no pensaba en otra cosa que en las apuestas y en las mujeres de alterne. Su carácter había cambiado. A los oídos de su padre habían llegado rumores de que pegaba a su mujer, pero no los creía, o no los quería creer. Así que, depositando sus esperanzas una vez más en Alekséi, dejó caer sobre él el rumor, sabiendo que no hacía falta pedirle que lo comprobara. Alekséi salió cual exhalación y fue a casa de Antonio. Sofía abrió la puerta y le dijo que él no estaba en casa. Le preguntó si le pegaba. Ella se deshizo en lágrimas.

»—¿Por qué no me lo has dicho?

»—No es para tanto.

»—Lo mataré.

»—Por eso no te lo he dicho, no quiero que lo mates.

»—¿Te está pegando y quieres que siga vivo?

»—No es para tanto.

»—Sí que lo es, no le voy a permitir que te vuelva a tocar.

»—Hace días que no pasa nada. Por favor, vete —pidió asustada.

»Se oyó abrirse la puerta.

»—Escóndete.

»Alekséi se quedó oculto en la oscuridad del pasillo, viendo como Antonio se acercaba a Sofía jadeante y borracho.

»—Te acompañaré a la cama, será mejor que descanses.

»—Cállate.

»—Te sentará bien dormir.

»—No me digas lo que me sienta bien.

»La cogió del pelo.

»—¿Entiendes, puta?

»—Sí —dijo ella con voz temblorosa.

»La derribó al suelo y le propinó una patada en el abdomen que le arrancó un grito desde lo más hondo del alma. Alekséi salió de las sombras y se lanzó sobre él. Cogió el atizador y se lo clavó en la nuca. Cayó desplomado. La sangre salpicó la cara de Sofía, que lloraba en el suelo. La puerta de la entrada se abrió, y Alekséi se apresuró a coger de nuevo el atizador. Cuando vio que era Antonio padre, lo dejó caer. Se acercó al cadáver de su hijo. Le escupió encima.

»—No era digno de ser un Sanpedro, pero tú, Alekséi, sí que lo eres. Desde hoy serás Alekséi Sanpedro.

»Alekséi le dijo que él se encargaría de hacer desaparecer el cuerpo. Antonio acompañó a Sofía al baño. Cuando bajaron, el cuerpo ya no estaba en el suelo ni había restos de sangre. El nuevo Sanpedro se había sentado en el sofá.

»—La caldera está encendida —anunció.

»Ambos asintieron.

»Desde el día siguiente, el rumor de que Antonio Sanpedro hijo había muerto ahogado en el Ebro tras caer borracho se extendió como la pólvora. Todos compadecían a la joven viuda y a sus dos retoños, que ahora tenían como padre a su tío. Antonio padre nunca se enteró de que los hijos de Sofía no eran del muerto. Ni él, ni nadie.

—¿Ya está? —preguntó Adelaida.

—¿Te parece poco?

—No, pero no me ha descubierto nada de lo que quería saber.

—¿Y qué querías saber?

—¿Quién vive ahora en la casa?

—Supongo que algún nieto de Alekséi Sanpedro.

—¿Y aquello que nos contaste sobre que al principio la casa tenía tres plantas y no cuatro?

—Sí. Antes tenía tres plantas. Un día vi que habían iniciado una obra en la casa. Pensé que era para arreglar el tejado, pero lo quitaron, levantaron otra planta y así se quedó.

—¿Para qué otra planta?

—No lo sé.

—¿Y la fábrica?

—La fábrica sigue donde estaba, y funcionando desde el primer día en que se levantó. Siguen siendo muy ricos.

Salimos de casa de Emilio. Adelaida llevaba la palabra «decepción» escrita en la mirada.

—¿Qué querías descubrir? —pregunté.

—No lo sé. Algo más interesante.

—¿No te parece interesante la historia?

—Supongo. Pero yo quiero saber quién es el enterrado en esa tumba.

Un lunes por la mañana me desperté de golpe. Sentí un sudor frío en la espalda y me incorporé. Me vestí y me dirigí a la cocina a desayunar algo. Nada más salir de mi cuarto sentí algo extraño. Algo distinto había en casa. Mi madre canturreaba en la cocina. Estaba feliz. Me acerqué lentamente, sintiéndome un intruso que estaba a punto de perturbar su mundo.

—Buenos días, hijo, espero que hayas dormido bien.

—Sí —respondí sin saber lo que me había dicho.

—Vamos, siéntate, hoy he bajado a la panadería y he comprado galletas de mantequilla recién horneadas; todavía están calientes.

Obedecí como una máquina fabricada para asumir órdenes. Me puso un tazón de leche tibia endulzada con miel y se apresuró a poner sobre la mesa un plato rebosante de galletas que olían a lo que debían de oler los ángeles cada mañana cuando se despertaban en el cielo. Salió de la cocina canturreando. Yo me quedé observando las galletas como un bobo sin saber qué pensar. Me comí la mitad del plato, apuré el tazón en dos tragos y me disponía a recoger la mesa cuando ella se adelantó y me dijo que no me preocupara, que fuera a hacer mis cosas en la tienda o que fuera adonde quisiera, que ese día era especial. Para mi sorpresa, acabó dándome un beso en la mejilla. Me entraron ganas de llorar.

Salí de casa más asustado que otra cosa. Llegué a la tienda, donde encontré a mi padre subido en una silla, quitándoles el polvo a las figurillas de hadas.

—Hola, hijo.

—Hola —dije mientras me sentaba a su izquierda y buscaba las palabras exactas—. Oye, ¿no has notado algo extraño hoy en casa? —pregunté.

—Sí, ya lo creo, tu madre me ha despertado con un beso y sonriéndome, cosa que hacía tiempo... No sé qué le pasa, es como si hubiera vuelto a sus años mozos, como cuando salíamos juntos.

—Ya.

—Es bueno, Miguel, es algo bueno. Me alegro por ella. No sé qué es lo que le ha podido pasar, pero espero que siga así mucho tiempo; la echaba de

menos.

—Sí, y yo también.

Pasamos el resto de la mañana haciendo limpieza en la tienda. Mi padre atendió con la misma diligencia de siempre a los pocos clientes que entraron. Se sentía tan contento por mi madre que decidió colgar un cartel avisando de que aquella tarde la tienda permanecería cerrada por motivos familiares. La iba a llevar al cine. Me insistió para que fuera con ellos, pero yo preferí dejarlos solos y, de paso, acudir como un ladrón a espiar la casa ajena.

Eran las tres de la tarde cuando llegué a la verja de la casa. Unas inmensas M y S, que parecían haber crecido, guardaban la propiedad. Todo lo demás también parecía haber crecido, incluido el inmenso jardín, plagado de sauces llorones de al menos cien años de antigüedad por su tamaño. Algo que no había visto en mi primera visita llamó mi atención. Había una fuente apagada a la izquierda, que estaba coronada por una sirena que escupía agua de su boca cuando se ponía en marcha, y abandonadas a su suerte en diferentes lugares del jardín se veían tres estatuas. Una mujer, una niña y un perro. Me miraban desde lo alto de sus pedestales. Después de permanecer un rato observando la casa y sintiéndome igual que la primera vez que la visité junto a Adelaida, sin saber cómo podía entrar, me senté frente a la verja y apoyé la cabeza entre los barrotes mirando el suelo. No advertí su presencia hasta que sentí un aliento en la frente y vi unas gotas pesadas, pegajosas y blanquinosas caer al suelo. Sin saber cómo, dos perros aparecieron ante mí. Pegué un brinco, me elevé del suelo unos centímetros y caí de nuevo de culo, apoyándome con las manos arañadas por el roce contra el suelo áspero. Los dos perros me miraban con la cabeza casi pegada al suelo. Su pelaje era espeso, de color pardo; sus patas, largas y fuertes; los ojos, pequeños, amarillos y bordeados por una línea negra que los hacía más salvajes y profundos. Su hocico era afilado, largo, peligroso. Sus orejas, triangulares y altas, como las de un gato. No eran perros, eran lobos. Siempre los había imaginado tal como los veía frente a mí, pero me miraban casi de modo amable, no había lucha en ellos. No me enseñaban sus dientes amenazantes, no parecían verme como un intruso que asalta la paz de una casa, se diría que sentían curiosidad por mí. Sin moverme de donde me encontraba, crucé las piernas y les devolví la mirada. Uno de ellos metió su pata por la verja y arañó el suelo. Parecían decirme que me acercara. Yo, inmóvil, oí un silbido lejano tras el que los animales salieron disparados hacia la casa. Me puse en pie y me escondí tras el muro, asomando la cabeza intermitentemente. Pude ver

al señor Sanpedro colocarles correas alrededor del cuello y encaminarse a la verja de salida. Estaba desmejorado. Seguía siendo un hombre alto y fuerte, pero parecía haber menguado de su tamaño original. Con una gruesa capa negra abrochada al cuello y un sombrero de copa a juego con la capa, abrió la verja y salió a la calle. Por suerte se dirigió en dirección contraria a donde yo me había escondido. Esperé que se alejara unos treinta metros y le seguí. Avanzamos lentamente por la calle, cruzándonos de vez en cuando con alguna persona que saludaba amablemente al señor Sanpedro. A mí me miraban con repulsión. Se levantó un viento frío y húmedo. Miré al cielo: se había cubierto de nubes que habían tapado el sol. El señor Sanpedro se sumergió en el primer bar que encontró. Yo esperé a unos metros.

La lluvia calaba mis huesos cuando se decidió a salir del bar con un paraguas prestado por el dueño del café. Continuó su camino sin advertir que sus lobos sabían que les estaba siguiendo y que su mirada se cruzaba con la mía cada pocos minutos. Parecían contentos de que los siguiera. La caminata duró dos lentas horas. Descubrí que nos dirigíamos al cementerio en el que habían enterrado a mi abuela. Atravesamos la entrada y me recibieron las mismas lápidas y figuras que la primera vez que pisé suelo santo. La hierba estaba más alta y cubría las lápidas que salían de la tierra. Las estatuas miraban al cielo con aire melancólico y triste, mientras que las paredes de lápidas parecían estar intactas, a pesar del paso del tiempo. Vi como Sanpedro soltaba la correa de los lobos, que se adentraron en el bosque de los muertos con paso rápido, dejando a su dueño atrás. Llegamos a una zona del cementerio que no recordaba haber visto. Lo que me parecieron pequeñas casas, que no eran otra cosa que los mausoleos de las generaciones de familias adineradas de la ciudad, se disponían como una ciudad en el cementerio. Las entradas a los mausoleos estaban perfectamente limpias y cuidadas, con inscripciones en latín por debajo de las cuales te veías obligado a pasar para acceder al interior. Los lobos aguardaban lastimeros a los pies del más espectacular de todos. Una gran puerta de un material que relucía como oro labrado con ángeles y querubines estaba custodiada por una inscripción en lo alto que mostraba el apellido de la saga familiar. El señor Sanpedro sacó una llave del bolsillo y la abrió. Para mi sorpresa, no emitió quejido alguno. Los lobos se apresuraron a entrar y él los siguió. La puerta había quedado entreabierta. Mis piernas querían caminar hasta allí, pero mi cabeza se negaba a dejarlas moverse. Unos minutos después, como si fuese una marioneta movida por una fuerza extraña, llegué hasta el mausoleo de los Sanpedro y

asomé tímidamente la cabeza. Él se había acomodado en el centro de la sala, donde había un banco de mármol. Los lobos se habían colocado, como si se tratase de un ritual, a cada lado del banco. Había lápidas en las paredes con nombres escritos acompañados del apellido Sanpedro. En ese instante se levantó de su asiento y se dirigió al frente. Había una lápida que no vi al quedar tapada por su cabeza. Era pequeña, blanca, reluciente, con un ángel grabado a cada lado y unas letras en relieve dorado.

Margarita Sanpedro
1917-1925

Era la tumba de una niña. En cuestión de un segundo se me pasaron mil ideas diferentes por la cabeza. Margarita Sanpedro, *MS*. Sentí algo removerse dentro de mi estómago. Quería contarle a Adelaida lo que había visto. Lancé un leve quejido al aire al haberme olvidado de dónde me encontraba.

—¡Eh! ¡Lárgate de aquí!

Sanpedro me había descubierto por mi torpeza. Comencé a correr hacia la salida. Oí su voz en tono amable, a lo lejos, diciéndome que esperase. Me había reconocido. Oí un silbido y pude sentir a los lobos corriendo tras de mí y a punto de alcanzarme. Me adelantaron y frené en seco. Uno de ellos se puso en pie, apoyándose en mis hombros, y yo cerré los ojos esperando su mandíbula sobre mi cuello. Oí un silbido a mi espalda. Las garras del lobo dejaron de presionar mis hombros. Me volví lentamente. Sanpedro me estaba observando con una expresión que no pude saber qué quería decir.

—Oye, lo siento, no debí gritarte, pensaba que serías algún ladronzuelo.

—No creo que se pueda robar nada en un cementerio —dije sacando las palabras de mi estómago en lugar de la garganta.

—La paz, créeme. ¿Qué haces aquí?

Fui incapaz de responder. Lo vi observándome como se mira a un perro que acaba de ser apaleado, con ternura.

—Anda, vamos a mi casa. Estás empapado y no tienes aspecto de tener una salud fuerte. Te invito a merendar.

Se me había abierto la oportunidad que Adelaida hubiese matado por tener, sin apenas haberme dado cuenta, pero ahora no sabía cómo proceder. Caminamos en silencio hasta llegar a la mansión. Me cedió el paso. Al entrar, una mujer con la piel arrugada y oscurecida, unos veinte kilos de más y ojos de un azul chillón cubiertos por unas gafas, apareció ante nosotros.

—Señor Sanpedro: le agradecería que me informase cuando se vaya a saltar el café de las cinco, pues poco a poco se hace poso y el café ya no se puede tomar de ninguna manera, con ese sabor a alquitrán que se le queda.

—La he buscado antes de irme, pero no la he encontrado.

—Tal vez si hubiera bajado a la cocina me hubiese encontrado.

—He bajado, se lo aseguro, Claudia.

—No me tome el pelo. He estado en la cocina todo el santo día.

—No volverá a ocurrir, se lo prometo.

—A ver si es verdad.

—¿Puede traer algo de ropa seca para el invitado y algo caliente para tomar los dos?

—Ahora mismo, señor.

Claudia se alejó con el abrigo del señor Sanpedro al brazo, hablando sola. Sanpedro sonreía.

—Muy buena mujer —me dijo—. Es la cocinera. Prepara unos guisos para relamer el plato, pero cuando me encuentra haciéndolo, me lo quita de las manos y de la lengua y me sirve otro cucharón aunque no tenga hambre. Es un cielo. Si no fuera por su compañía, no sé qué sería de mí. Ve a esa habitación, enseguida estoy contigo.

Sanpedro subió por unas escaleras enmoquetadas que quedaban a mano izquierda. Me dirigí a la habitación señalada. Los lobos se me adelantaron como si fuesen los anfitriones. La chimenea estaba encendida y unos butacones esperaban a ser usados. Había torres de periódicos apilados sobre la mesa. Todos ordenados pulcramente, excepto uno. Estaba abierto por una página y fuera de las torres. Lo tomé y leí el titular. Nada interesante. Iba a dejarlo cuando advertí un pequeño texto al final de la página. La palabra «Cristo» hacía de título.

La joven Adriana Cristo Montenegro fue asaltada en su propia casa hace dos noches. La policía identificó a un ladrón que merodeaba la zona con las manos ensangrentadas y que portaba en uno de los bolsillos una pareja de pendientes que el padre de la joven identificó como propiedad de su hija.

Ángel Tomás.

Ahí estaba el misterio que tanto intrigaba a Adelaida. Ya estaba descubierto.

Una serie de cuadros que parecían fotografías me miraban desde la pared. Mujeres, hombres, niños y niñas. Me acerqué y los miré.

—Son los cuadros que pintó mi abuelo Alekséi. Era de origen ruso. El cuadro del centro es su madre. Y esos dos niños de allí son sus dos hijos, es decir, mi tía y mi padre, cuando eran niños. Y ese de ahí es mi padre de adulto. No está tan bien pintado como los otros. Mi abuelo era ya un anciano tembloroso cuando lo pintó.

—¿Y usted cómo se llama?

—Bruno. Como mi padre.

Vi que había otros dos cuadros al fondo de la habitación. Una mujer y una niña. Bruno Sanpedro vio que los miraba.

—Mi mujer y mi hija.

Me acerqué al cuadro.

—Sandra, mi esposa, y mi hija, Margarita. Primero murió mi niña, y dos días después mi esposa.

La voz se le rompió. Lo cogí de la mano y lo acerqué al fuego. Claudia abrió la puerta, bandeja en mano. Me tendió lo que parecía un pijama.

—Vamos, señorito, no se crea que es usted al primero que veo desnudo. Quítese la ropa y la pondré a secarse frente al fuego.

Obedecí, me enfundé el pijama, que estaba seguro había pertenecido a Alekséi, y desapareció.

—Señor Sanpedro, ¿qué les pasó?

Me miró en silencio.

—Supongo que Dios las quería para él. O al menos eso dice Claudia. Yo creo que la madre naturaleza no es sabia, sino cruel. Te quita lo que más quieres cuando más te hace falta. Pero no quiero aburrirte con mis historias. ¿Qué hacía un chico de tu edad en un cementerio?

—Fui a ver a mi abuela —improvisé.

—De una visita al cementerio no se puede sacar nada bueno, solo se abren heridas.

Pensé que sería útil guardar esas palabras para Adelaida.

Nos quedamos en silencio durante un largo rato hasta que Bruno Sanpedro me tendió un vaso con caldo. No me atrevía a preguntarle nada. Temía que se rompiese en mil pedazos por mi culpa.

Salí hacia mi casa a las nueve de la noche. Bruno no me había contestado. No me había atrevido a preguntarle cómo murieron, pero acepté su invitación de volver cuando no tuviese nada que hacer. Seguramente acabaría descubriendo algo más.

Aquella misma noche continué con mi historia. Tenía ciertas similitudes con la vivida en la casa de los Sanpedro, pero era lo suficientemente distinta como para no pensar que se trataba de la misma.

Decidí hacer una rápida visita a Adelaida y Crescencio al día siguiente. Hacía tiempo que no los visitaba, ni ellos a nosotros, aunque en el fondo eso era bueno: quería decir que Crescencio no había caído enfermo de nuevo. Me desperté temprano, tomé un desayuno rápido y salí a coger el tranvía. Me dejé en la plaza España, y tomé rumbo a la calle Virgen. Llamé al portal y esperé. Volví a llamar. Me senté a esperar en el escalón.

Dos horas más tarde conté el dinero que llevaba en el bolsillo y me dirigí a una cafetería frente al portal. Pedí un café con leche con más azúcar de lo normal y me senté en la mesa que quedaba al lado del escaparate a esperar que regresaran a casa. Tomé un trago de café, que sabía a rayos, y lo dejé para degustación de las moscas, que campaban a sus anchas en el local. Una hora y media más tarde los vi aparecer caminando lentamente hacia el portal. Crescencio se apoyaba en su nieta. Ella alzaba su brazo sujetándolo por la cintura.

—Buenos días.

—¡Pero si es Miguel! ¿Cómo te encuentras, caballero?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Voy tirando, son los achaques de la edad. No es nada de lo que preocuparse.

—Déjeme ayudarlo.

Relevé a Adelaida de su puesto de bastón y ella procedió a abrir la puerta. Vivían en el segundo piso, por lo que nos costó unos veinte minutos llegar hasta la puerta de su casa.

—Estas rodillas se han vuelto unas perezosas. Voy a tener que cambiarlas por otras más jóvenes —dijo Crescencio guiñándome un ojo mientras se dejaba caer en el sofá.

Me senté a su lado.

—Adelaida, hija, trae algo de agua para los dos.

—No se preocupe, no quiero agua, acabo de tomarme un café ahí enfrente.

—Vaya, enhorabuena. Hace cinco años que lo abrieron. Fue entonces cuando lo visité por primera y última vez. Había cucarachas anidando en las sillas, y polillas por todas partes; si te despistabas, podías salir de allí desnudo.

No pude evitar reírme. Adelaida trajo un vaso de agua para Crescencio. Lo apuró y nos dijo que se retiraba a dormir un rato. Nos quedamos sentados en el sofá hasta que oímos cerrarse la puerta de su habitación.

—¿A qué has venido? —preguntó curiosa.

—¿No puedo haber venido porque me apeteciese?

—Supongo —dijo encogiendo sus diminutos hombros y dejándose resbalar por el sofá.

—Tengo noticias —anuncié.

—¿Ves como no era porque sí?

—He estado en casa del señor Sanpedro. —Sus ojos se abrieron como platos—. Sí. Ayer lo seguí hasta el cementerio. En la tumba está enterrada su hija, Margarita Sanpedro. No pude averiguar de qué murió, pero ya me enteraré. Me ha dicho que puedo ir cuando quiera a visitarle.

—¿Cómo es su casa?

—Grande. No sé. Igual que todas las casas de los ricos, supongo.

—Yo no sé cómo es la casa de un rico.

—Pues con habitaciones enormes y cuadros colgando de la pared.

—¿Podré ir contigo?

—Ni hablar. La invitación es para mí. A lo mejor si voy contigo ni me deja entrar.

—Tonterías, estará encantado. ¿Por qué crees que te llevó a su casa?

Arqué las cejas.

—Echa de menos a su hija, y quiere convertirte en ella. Bueno, en su hijo.

—Estás loca.

—Piénsalo. ¿Por qué iba a llevarte a su casa si no? ¿Ve a un chico espiándole en el cementerio y se lo lleva a casa?

La verdad es que tenía bastante más sentido su pensamiento que el mío.

—Me da igual, no puedes venir. Cuando me entere de lo que le pasó a su hija ya te lo diré.

—Me tratas como a una niña.

—Eres una niña.

—Y tú también, pero como no lo ves, vas por ahí haciéndote el hombre y el interesante con tus libros y tus historias. Solo tienes cuatro años más que yo.

—Tengo noticias sobre Adriana —dije con la intención de cambiar de tema—. En casa de Sanpedro vi un periódico que estaba abierto por una página. Había una noticia medio escondida al final. Decían que había sido asesinada por un ladrón.

—Eso ya lo sé, leo el periódico a mi abuelo todos los días. Esa historia no es cierta.

—A ver, ¿qué se te ha ocurrido ahora?

—Lo que ya te dije. En esta ciudad los ricos son noticia día sí, día no. Si no es por una boda, por una fiesta de cumpleaños, por algún incidente extraño, y, sobre todo, cuando uno de ellos muere. Asesinan a un miembro de la familia más rica de la ciudad y ¿solo sale ese recorte en el periódico? Ni una escuela. Y lo del cementerio. Eso sí fue raro. Un entierro a la una de la mañana, a espaldas de todo el mundo. Me da que es un asunto muy negro, pero negro carbón.

—No puede ser mentira lo que dice el periódico —añadí.

—Piensa lo que quieras.

Salí de allí intentando convencerme de que lo que había leído en el periódico era cierto, hasta que acabé creyéndomelo e ignorando las palabras de Adelaida.

No había nadie en casa cuando llegué. Me dirigí a mi cuarto y saqué la caja de metal con las monedas que había guardado durante meses, o tal vez fueran años. Sumé todo lo que tenía, junto con mi paga de aquella semana. Salí y emprendí la marcha hacia el estanco. El escaparate no había cambiado en absoluto desde que mi padre y yo nos asomamos por última vez. Ahí seguían las dos partes de la pipa que al unir las se hacían una. Entré en la tienda. El dueño discutía con un cliente por el precio del tabaco y le dijo que si no le parecía bien se fuese a otra tienda, a ver cuánto le cobraban allí. El cliente dejó dos billetes sobre el mostrador y se escondió en el bolsillo un gran paquete de tabaco de liar. Salió refunfuñando y me pisó el pie derecho, sin hacer el menor amago de disculpa.

—Lo siento mucho, señorito —dijo el tendero. Salió de detrás del mostrador, pañuelo en mano, y se agachó a limpiarme el zapato.

—No hace falta, ni siquiera está sucio. Además, usted no tiene la culpa.

—Le pido mil perdones por esto. Bien, ¿en qué podría ayudarle? —
Regresó tras el mostrador.

—Quisiera saber el precio de la pipa del escaparate, la de los diablos.

—Ah, tiene usted muy buen gusto, es una pieza extraordinaria. De origen sueco. La familia las fabrica desde hace mucho tiempo. Son artesanos de primera clase. Pero creo que tengo algo más apropiado para usted.

Comenzó a poner sobre el mostrador un montón de pipas pintadas con colores chillones, adornadas con pájaros, perros y otros animales. Después se

decidió por mostrarme unas que se asemejaban a pistolas, y luego otras para mujeres, adornadas con rosas.

—Le agradezco mucho su amabilidad, pero estoy interesado en adquirir la pieza que ya le he dicho.

Me miró decepcionado, descorrió la cortina y asomó la cabeza al escaparate. Extrajo las dos partes de la pipa con delicado mimo, las llevó al mostrador y las acomodó sobre una pequeña almohada de terciopelo rojo. A continuación me informó del mecanismo del que estaba dotada aquella maravilla para su enganche y desenganche y lo cómodo que resultaba limpiarla. Me mostró que la boquilla era intercambiable y que tenía cinco diferentes para elegir.

—¿Y cuánto cuesta?

—Bueno, me permito informarle de nuevo de que la madera es de excelente calidad, así como el engranaje que une ambas piezas.

—Sí, eso me lo ha dejado muy claro, y no dudo en absoluto de que se trate de una pieza extraordinaria, pero necesito saber el precio, porque tampoco es que yo sea el dueño del Banco Zaragozano —dejé caer.

—Eso no se lo voy a poner en duda —añadió con una sonrisa y mirándome de arriba abajo.

—¿Me va a decir cuánto cuesta esta joya o me voy a ir de aquí sin saberlo?

Salí de la tienda mirando al suelo y sintiendo los ojos del estanquero en mi espalda. Imaginaba que sería una pieza cara, pero no tanto. Tenía la mitad de lo que costaba. Removí las monedas en el bolsillo de mi chaqueta. Los chasquidos parecían restregarme que no era suficiente. Me sentí chasqueado.

Llegué a la tienda de mi padre y entré. Estaba sentado en la trastienda con el dueño del café de al lado, Vicente. Me senté con ellos y me serví una taza de café negro. La música brotaba del gramófono.

—¿No es tu hijo muy jovencito para el café?

—Estoy cansado de que todo el mundo me diga cosas así.

—Y yo estoy cansado de que me cedan el asiento en el tranvía. ¿Qué le vamos a hacer? Cambiando de tema, me ha dicho tu padre que vas para escritor.

Me quedé callado.

—Vamos, no te avergüences, hijo —me animó mi padre.

—No es vergüenza, lo que pasa es que estoy convencido de que es una estupidez.

—¿Qué?

—El libro, y yo. Todo es una estupidez; debería buscarme un trabajo y olvidarme de esas tonterías.

—Tontería es lo que acabas de decir tú. Muchos escritores de éxito tuvieron que publicar ellos mismos su primer libro. Y ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunté sin ganas.

—Que luego las editoriales se los rifaban, a ver quién le ofrecía más para publicar un nuevo título. La mayoría de los editores solo publican algo en función del nombre de quien lo firma, sin fijarse si es bueno o no.

—¿Sí? Nómbrame a alguien —pedí, ignorando su comentario.

Puso cara de duda. Parecía buscar en su memoria con cara arrugada.

—Pues ahora mismo no me acuerdo de ninguno, pero cuando me venga a la memoria se lo haré saber a tu santo padre para que te lo diga a ti.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—Nada.

—Tengo una idea, ¿por qué no me traes lo que has escrito hasta ahora y le echo un vistazo?

—¿Para qué? ¿Se quiere reír de mí?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Ya le he dicho que no es bueno.

—Dudo mucho que tú mismo puedas juzgar lo que escribes sin pensar que podría ser mejor, de ahí que creas que es malo.

—Es que es una porquería. Además, ni siquiera estoy seguro de que la idea sea mía —dije recordando a Adelaida.

—¿Alguien te está ayudando?

—No. Pero... no sé explicarlo.

—¿Por qué no vas a casa y traes lo que has escrito? Puedo echarle un vistazo. Yo antes escribía, pero no novelas, escribía poesía. Nunca conseguí acabar el libro.

—Prefiero que no lo lea. Además, mi padre también me lo ha pedido y le he dicho que no. No creo que esté bien negárselo a mi padre y dejarle a usted.

—A mí no me importa, hijo. En ocasiones es más fácil dejar a alguien poco conocido que juzgue algo, en este caso tu libro —dijo mi padre.

—No sé, no me convence.

Una sensación que me pareció orgullo por el interés que mostraba por leer mi historia me invadió las venas y pronto envenenó mi corazón. Tal vez no

fuera tan estúpido lo que estaba escribiendo. Quién sabe, tal vez mereciera la pena ser leído. Los dos se miraban de refilón, con indiferencia, y a continuación me miraban a mí para dedicarme una especie de sonrisa.

—Está bien, iré a buscarlo.

—¡Eureka! —exclamó Vicente.

—Pero sin tonterías, ¿eh? Si no le gusta, me lo devuelve en cuanto lo haya decidido, como si es en la primera página. Y sin risas ni burlas. Si no le gusta, no le gusta y punto.

—A sus órdenes, mi coronel —sentenció.

Cuando llegué a casa ya estaba mi madre. Un olor a comida viajaba desde la cocina hasta la entrada. Pasé por delante de la puerta y la miré durante un segundo, en el que la saludé levantando la cabeza. Mi madre me miró como si viese a un ratón escapando.

—Solo he venido a buscar una cosa —dije mientras iba a mi habitación.

Sin esperar respuesta alguna, o, en todo caso, un bufido, entré en mi cuarto, dejé el dinero en su sitio y cogí el libro del cajón. Con él bajo el brazo salí a la calle y volví a la tienda.

—¡Menudo libro! —dijo.

Me senté y tomé otro trago de café. Estaba nervioso. Las manos me sudaban. Ojeó la primera página. Después pasó un puñado y continuó leyendo párrafos sueltos. Me observó con mirada de confidente y dirigió la mirada de nuevo al libro. Mi padre seguía sus ojos. Al fin lo cerró.

—Estaré más tranquilo en casa leyéndolo. Voy al bar a decirle a mi hermano que lo dejo al mando.

Se levantó.

—No tarde en devolvérmelo, tengo que continuar con la historia.

—No tengas tanta prisa, Miguel. Un libro, uno bueno, necesita tiempo, mimo, paciencia y, sobre todo, cariño. Debes aprender a amar la escritura y tomarte tu tiempo, o, mejor dicho, debes tomarte el tiempo que te pida para ser escrito, no tengas prisa. Tiempo es lo único que nos pide un libro, y nos puede traer grandes satisfacciones.

Dicho esto desapareció de la tienda. Nos quedamos mi padre y yo escuchando la música que flotaba en el aire.

Cuando llegamos a casa, mi madre había puesto la mesa y nos esperaba sentada escuchando la radio. Tras un «buenas noches» de cortesía, nos sentamos a la mesa. Mi madre procedió a repartir la comida en los platos.

Pedazos de un pollo humeante que olía a miel se esparcieron por los tres platos.

—Me lo ha dado el señor. Le he dado las gracias de parte de todos.

—No necesitamos la caridad de nadie —dijo mi padre ofendido.

—Sí que la necesitamos. Y no quiero hablar más del tema. Hazte a la idea: trabajo. Y si nos dan algo de comida de vez en cuando, mejor. Lo hacen con todos los criados.

Mi padre apenas probó el plato, pero yo lo engullí hasta el punto de que me pareció tragarme un hueso y notar como descendía hasta el estómago.

Me tumbé en la cama pensando si en ese instante Vicente estaría leyendo mi novela. Si le gustaría, si lo habría dejado por imposible o si se había quedado dormido sobre él y lo estaría babeando. Me acordé en ese momento de las pipas de mi padre y del dinero. Ahora mi madre trabajaba, y pronto traería dinero a casa. Las cosas nos irían mejor. No sabía qué hacer con el dinero que tenía ahorrado. No sabía si dárselo a mi padre o seguir ahorrando para comprarle aquella pipa que tanto le gustaba. De momento debía ahorrar todo lo que ganara para poder comprarla. Tal vez pudiéramos vivir de lo que mi madre ganara y yo pudiera seguir ahorrando hasta tener lo suficiente. Después le daría lo ganado a mi padre y le descubriría lo de mi trabajo.

No tardé en regresar a casa de Bruno Sanpedro. La calidez de una casa templada, sin humedades y con ventanas y puertas que encajaban en sus marcos e impedían que el aire se filtrase era mejor de lo que me había imaginado. Bruno me recibió con los brazos abiertos, y Claudia también. Nos acomodamos en el salón. Yo ocupé el sillón que más me gustaba. Claudia nos trajo una merienda de lo más variada y nos acompañó.

—¿Ya tienes novia, Miguel? —inquirió Bruno.

—Hala, cómo no, otro con la misma historia.

Ambos se rieron.

—¿Te lo preguntan mucho?

—No es que lo pregunten, es que lo afirman. Tengo una amiga. Es más pequeña que yo, y mi padre se cree que somos novios, pero yo no quiero novias. ¿Para qué? ¿Para tener que invitarlas a merendar? No, no me apetece.

Se oyeron pasos aproximarse por el pasillo. Alguien llamó. Bruno dijo que pasara. Su rostro me resultaba conocido. Pelo negro y sin peinar, mirada agachada y ojos oscuros. Lo había visto en algún lugar. Estaba seguro.

—¿Ya has acabado en el jardín? —preguntó Bruno.

El hombre asintió.

—Bien, pues como no hay nada más que hacer por hoy, márchate a casa si quieres.

Asintió de nuevo y desapareció.

—Pobre hombre —dijo Bruno—. Es mudo, tuvo una pelea hace tiempo. Alguien le cortó la garganta y desde entonces no puede decir ni palabra.

Pude ver a través de la ventana como recogía las herramientas en el cobertizo. Y vi algo dentro del mismo. Un farolillo. Creo que fue eso lo que me hizo darme cuenta de quién era ese hombre.

—Miguel, estás completamente blanco. ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada Claudia.

Me sentía como si acabase de ver a un fantasma. Ese hombre era la tercera persona que vi en el cementerio la noche que enterraron a Adriana Cristo. Trabajaba en casa de Sanpedro. Un escalofrío me recorrió de arriba

abajo. ¿Qué tenía que ver Bruno con el entierro de esa chica? Sintiéndome como si estuviera en la cueva del lobo, les dije que no me encontraba muy bien, que prefería marcharme a casa.

Con la misma amabilidad que ambos desprendían siempre, me acompañaron hasta la puerta. Ni siquiera me despedí. Una vez que estuve fuera de la casa, solo pensé en correr.

Seguramente me estaba precipitando con todo aquello. Tal vez Bruno no tuviera nada que ver con el entierro y tenía sus manos limpias, pero me daba miedo, demasiado miedo estar en su casa. Pero si había algo que descubrir de Bruno en relación con la muerte de Adriana, lo iba a descubrir.

Después de cenar me metí en la cama y esperé a que mis padres se quedasen dormidos. Tras un tiempo prudencial, salí de la cama, me calcé y bajé a la calle. Llegué a la verja de la casa. Ahora se me planteaba otro problema: cómo entrar en la casa con la verja cerrada. A Adelaida nunca le ocurrían estas cosas; ella siempre estaba preparada y, por eso mismo, intenté pensar en cómo procedería ella en esa situación. Miré a mi alrededor y lo único que vi que podía servirme era una hilera de grandes árboles. Quizá trepando por ellos pudiera alcanzar el muro. Escogí para aquella hazaña el árbol que más ramas tenía. Agarrándome como pude y convirtiéndome prácticamente en un acróbata, alcancé el muro. Me senté sobre él. Ahora me tocaba saltar, pero la altura me intimidaba. Desde allí parecía más alto. Cerré los ojos y me dejé caer. Mis tobillos temblaron y temí haberme roto algo, pero pude ponerme en pie sin problemas. Atravesé el jardín a oscuras. No se veía luz alguna en la casa. Llegué al cobertizo de las herramientas y abrí la puerta. Comencé a rebuscar entre todas las herramientas. No veía más que armas con las que podían haber acabado con Adriana Cristo. Las examiné intentando encontrar sangre en alguna de ellas, pero no hallé nada. Cogí el farolillo que colgaba de la pared y lo encendí. Lo acerqué a cada rincón que encontré. No había nada allí. Oí pasos fuera. Apagué el farolillo y me quedé quieto, aunque seguramente quien estuviera fuera había acudido al ver la luz. Estúpido de mí. Había dejado la puerta abierta. Ví una silueta. Definitivamente, como detective no tenía ningún futuro.

—¿Quién está ahí?

Era Bruno.

Repitió la pregunta y me puse en pie. Estaba temblando. Me acerqué a él lentamente. No sabía lo que podía pasarme, pero no tenía otra salida.

—¿Miguel? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Señor Sanpedro, creo que su hombre mudo es un asesino —solté.

—¿Perdón?

—Lo vi hace un tiempo, en el cementerio, con otros dos tipos. Estaba enterrando a una chica, Adriana Cristo Montenegro. Creo que él puede haber sido uno de los que la mataron.

—Será mejor que entres en casa, te lo explicaré.

Me puso la mano en el hombro y entramos. Con una expresión más seria que de costumbre, me dijo que me sentase y que lo escuchase atentamente.

—Hijo mío, mi jardinero no es un asesino. Nada más lejos. Yo mismo le pedí que fuese al cementerio aquella noche. Un amigo mío, Enrique Cristo, vino a mi casa asustado. Alguien había matado a su hija. El hijo de los Sandoval, Samuel. Cuando me lo dijo, no podía creerlo. Samuel era uno de los pocos amigos que mi niña había tenido durante su corta existencia. Era un buen chico, amable, educado y, sobre todo, quería a Margarita. No me lo explicaba, pero la Guardia Civil, según me contó Cristo, lo había encontrado en su casa, con ella muerta entre sus brazos. No sé qué se le pudo pasar por la cabeza para matarla. Pero ya ha pagado por ello. Cristo vino a mí a pedirme ayuda. No quería que la gente se enterase de lo que había ocurrido, y no quería que el entierro de su hija se convirtiese en un circo. Tuvo suerte con los periódicos. Publicaron una noticia escasa, justo lo que Cristo necesitaba. No tengas miedo, Miguel. Solo le hice un favor a un amigo. Y Sandoval ya está pagando por lo que hizo.

—Siento haber entrado en su casa de esta forma.

—No te preocupes.

Insistió en que me quedase allí a pasar la noche, pero me negué. Adelaida había acertado de nuevo. La noticia que se publicó no era cierta. Llegué a mi casa, recuperé la carta que había rescatado del cementerio y la leí. Estaba firmada por SS, Samuel Sandoval. No me cuadraba aquello. ¿La persona que la había matado le escribía cartas? Debía contárselo a ella, a ver qué pensaba.

Tras acabar mi trabajo, me dirigí como alma que lleva el diablo a casa de Adelaida y le conté lo sucedido. Antes de dejarme explicar lo que pensaba, se me adelantó y cayó en la misma idea que yo tenía.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—No lo sé.

—Ya lo tengo, podemos ir a casa de los Cristo.

—¿Estás loca? —grité—. Eso ya es pasarse. Y tampoco sabemos dónde viven.

—Pues yo pienso ir.

Se puso en pie. La cogí por los brazos y la aprisioné contra la pared.

—Si haces algo, si preguntas a alguien, o si me entero de que sigues con toda esta historia en la cabeza, le contaré a tu abuelo todo, y no creo que le guste enterarse de esto, ¿verdad?

—Me haces daño.

—¿Has entendido?

Los ojos le brillaban de lágrimas. Asintió.

—Sí, lo he entendido.

La solté. Tenía miedo en su mirada. Me fui de allí sin saber por qué me había comportado así.

Al día siguiente salí de casa antes de que mi padre se levantase y llegué a la tienda temprano. Cogí los libros de cuentas que guardaba bajo llave tras el mostrador y comencé a comprobar los cálculos para darme cuenta de que en la tienda se perdía dinero. No había nada que comprar en ella, y mi padre debía dinero a los almacenes de los que sacaba los artículos. Cuando vi a mi padre entrar, cerré el libro y lo dejé en su sitio.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó.

—No podía dormir.

Asintió y se metió en la trastienda. Lo observé desde la entrada. Se dejó caer en una silla y pasó sus manos por la cabeza y la nuca hasta dejar los codos reposar sobre la mesa. Su cara quedó escondida tras sus manos. Apoyé la mano sobre su hombro y me senté a su lado.

—Yo no veo que sea tan malo —dije.

—¿Qué?

—Que trabaje.

Sonrió dudoso.

—No lo entiendes, hijo. No he podido darle lo que le dije.

—Nadie puede dar lo que dice.

Se oyó la campana de la tienda y unos pasos acelerados dirigirse a la trastienda. Se descorrió la cortina y apareció Vicente con los ojos abiertos de par en par y el libro bajo el brazo.

—¿Qué pasa luego? —me preguntó.

—No lo sé, no lo he pensado.

—Pues venga, toma, no quiero que te levantes de esa maldita silla hasta que lo acabes. ¿Me oyes? Quiero esta historia acabada para mañana a estas horas.

—¿Pero no decías ayer que no se le puede meter prisa a un libro?

—Sí, lo dije, pero quiero saber lo que pasa, y está casi acabado. Como pase frente al escaparate y te vea en el mostrador, entraré y te daré un bofetón con el permiso de tu padre para que vuelvas a tu sitio.

—¿De verdad le gusta?

—La verdad es que no está mal; tampoco es nada del otro mundo, no te confundas, es solo que no me gusta dejar un libro a medias. Hala, ahí te quedas, mañana me pasaré a por el resto.

Desapareció del mismo modo que había aparecido. Vi a mi padre sonreírme desde la silla.

—Le ha gustado, y mucho. Creo que ni se ha dado cuenta de que yo estaba aquí.

—Ha dicho que no le gusta dejar un libro a medias, por eso tiene tanta prisa.

—Lo conozco desde hace tiempo. Le he prestado libros para que los leyese cuando no tuviera a nadie en el bar. Muchos me los ha devuelto dos horas después diciéndome que eran una bazofia que no se comerían ni las moscas, y otros me los ha devuelto en un día o dos, diciéndome que eran una obra de arte, y cuando lo hacía, aparecía en la tienda tal como lo ha hecho ahora mismo. Acaba la historia tranquilamente, tienes todo el día y toda la noche para hacerlo.

Leí la última página escrita y retomé el relato que llevaba días abandonado. Poco a poco las palabras comenzaron a surgir de mis dedos para quedarse plasmadas en el papel. Por cortesía de mi único lector, comí un gran bocadillo de longaniza frita, acompañado de un vaso de vino tinto, sentado frente a la mesa. Mi padre volvió a asomar la cabeza cuando se marchaba a casa, advirtiéndome de que era de noche y que si acababa muy tarde me quedase a dormir en la tienda. Asentí sin prestar atención y continué escribiendo. A medianoche la luz se apagó. Fui a la caja y comprobé que todo seguía en orden. La compañía eléctrica había cortado la corriente. Cogí una vela que había bajo el mostrador, la encendí y continué escribiendo. Escribí la última palabra cuando el reloj de la pared señalaba las cuatro y mi estómago rugía. Cerré la novela, apagué la vela y me tendí en el sofá, tapándome con una manta.

Me desperté cuando el reloj señalaba las doce en punto. La vela ya no estaba sobre la mesa, y el libro tampoco. Salí a la tienda.

—Buenos días —dijo mi padre sonriente.

—Buenos días.

—¿Cómo es el sofá para dormir?

—No está mal. ¿Y la novela?

—En manos de tu admirador. Estaba en la puerta del bar esperando que llegase. Me ha preguntado por ti y le he dado el libro. ¿Está acabado?

—Sí.

—Bueno, pues ya veremos qué le parece el final. Vete a casa, anda, que tienes una cara que ni que te hubiesen dado la paliza de tu vida.

—Estoy bien. ¿Por qué estás en la tienda? Es domingo.

Se encogió de hombros.

—Me apetecía venir.

Bajé por la calle y dejé atrás la tienda, conocedor de que mi padre prefería estar allí que sufrir la soledad en casa sabiendo que mi madre estaba limpiando en casa ajena. Había acabado mi primera novela y me sentía satisfecho del trabajo. Escribir un libro podía ser complicado, pero la satisfacción de tenerlo acabado con tu nombre escrito tras la última frase merecía la pena.

Era domingo. Decidí que ese día me lo tomaría para mí exclusivamente. Ni para el libro, ni para otro nuevo, ni para escuchar la historia de Emilio, ni para nadie. Solo para mí, y lo que quería hacer en ese momento era ir a la biblioteca a leer alguna novedad de un autor puesto por los suelos en el periódico, ya que normalmente eran los que más me gustaban. Pero había decidido cambiar de sección. No quería leer más libros infantiles. Estaba decidido a dedicarme a la escritura, a ser escritor. Pero para ello seguramente me faltaba mucho, y qué mejor modo de empezar a educarme que leyendo novelas para adultos.

Llegué con tal sonrisa de bobalicón que no había descripción posible alguna para ella, como tampoco creía que una cámara fotográfica pudiera plasmarla. Entré y eché un vistazo a la puerta que llevaba a la sección de libros infantiles. Giré la cabeza en dirección opuesta y caminé hacia la sala más grande del edificio. Nunca había entrado allí. Una estancia rectangular de techos altos y con vigas de madera se abrió ante mí, mostrándome en su interior decenas de estanterías casi tan altas como el techo. Había una hilera de mesas con sillas dispuestas en la parte izquierda de la sala, frente a una gran tirada de ventanales. Sentí la mirada de la bibliotecaria observarme desde su mostrador. Me adentré en uno de los pasillos y paseé el dedo índice con los ojos cerrados por los lomos de los libros, haciendo eses, subiendo y

bajando por la estantería. Tras unos segundos dejé caer el dedo en un tomo y abrí los ojos. El título estaba en un idioma que no entendía. Leí el título del que le precedía: *El maleficio de la mariposa*. Un texto teatral que deseché al instante.

—Es un buen libro —dijo una voz suave a mi espalda.

Pegué un brinco.

—No te asustes.

La bibliotecaria estaba tras de mí.

—No me asusto.

Se aproximó a mí y tomó el volumen. Miró la portada y me lo tendió.

—Hazme caso. Es un buen libro. Te gustará.

—Muchas gracias, pero no me gusta el teatro.

—Una cosa es ver el teatro y otra leerlo.

—No quiero leer teatro. Prefiero novelas.

—¿Por qué no te lo lees? Es corto, no te costará mucho rato. Además, he visto cómo lo has encontrado. ¿No crees que es una señal?

—No.

—Está bien, veo que eres como todos.

—¿Como quién?

—Como todos los que vienen aquí con intención de leer algo interesante y desechan un título por la portada. En fin. ¡Qué se le va a hacer!

—No lo he desechado, es que no quiero leer teatro —dije mientras se alejaba.

—Habla en voz baja. No estás solo en la biblioteca.

Miré el libro en la estantería. Me acerqué y lo cogí. Puede que tuviera razón. Y si no me gustaba, podía dejarlo. Me deslicé por las estanterías y me acerqué a la última mesa. No había nadie en la biblioteca aparte de mí y de ella. Me senté y lo abrí.

Dos horas después lo cerré sin darme cuenta de que había pasado el tiempo. Vi los árboles agitarse tras la ventana y me di cuenta de que no podía quitarme de la cabeza aquel maravilloso relato.

—Veo que al final te has decidido —dijo la bibliotecaria, sentándose a mi lado triunfante.

—Sí, bueno, no ha estado mal.

—Pero si he visto como se te caía una lágrima hace un rato.

—De eso nada.

—No te preocupes, a mí también me pasó.

—Pues a mí no me ha pasado, por mucho que se empeñe en decir que sí.

—¿Te importaría bajar la voz?

—¿Por qué? Si no hay nadie.

—No digas eso, los vas a ofender.

—¿A quiénes? ¿A los fantasmas del más allá?

—No. A los libros.

—¿Perdón?

—Que los libros sean silenciosos no quiere decir que no puedan oírte.

—Perdóneme, pero no la entiendo.

—No es a mí a la que debes entender, sino a ellos.

—A los libros.

—Exacto.

—Ya.

—Ya, ya, ya..., lo que te digo es cierto. Los libros te escuchan y, al igual que una biblioteca, necesitan silencio para ellos y para quien los lee. La mayoría contienen historias, ya sean ciertas o ficticias, están llenos de dramas, muerte, luchas, traiciones, venganzas y amores. De amores felices que necesitan silencio para disfrutarlo y de desamores que necesitan el silencio para olvidar.

—Vale, hablaré en voz baja, no sea que los libros se ofendan. Dígame una cosa, cuando te lees dos, uno te gusta y el otro no, ¿pelean entre ellos para vengarse?

—Supongo que eres muy joven para entender lo que intento explicarte. Aunque sí deben de gustarte, para venir aquí en domingo. La mayoría de la gente va de paseo, a tomar algo, o se queda en casa escuchando la radio. De todos los años que llevo aquí trabajando, creo que eres la segunda persona que veo aquí un día de fiesta.

—Sí, es una suerte que esté abierto hoy, es el único día que tengo libre.

—¿Sí? ¿Qué es lo que te mantiene tan ocupado?

—Mi trabajo, bueno, mis dos trabajos, en realidad. Las primeras horas del día trabajo de algo parecido a camarero, y luego en la tienda de mi padre. Además, ayer acabé mi primer libro. Pero me ha salido infantil.

—Normal —cortó—. Eres un niño.

—Pues por eso quiero dejar de leer cuentos, como hacía hasta ahora, y leer novelas. Por eso no quiero leer teatro.

—Amigo, una obra de teatro bien escrita puede tener tanta magia como una novela. Y si quieres leer grandes novelas para llenar tu mente, pídemme

ayuda. Ya sabes dónde estoy.

Se levantó y se dirigió a su mesa. Me pareció más joven que cuando la había visto a mi llegada; parecía tener unos treinta años.

—¿Cómo te llamas? —grité.

Se volvió hacia mí.

—Que no grites —dijo en un susurro.

Miré a las estanterías.

—Lo siento —les dije.

Sonrió.

—Empiezas a entender. Me llamo Ana.

—Yo, Miguel.

—Bienvenido a la biblioteca, Miguel.

Pasé la tarde soleada recorriendo las estanterías, intentando encontrar el segundo título que me pudiera servir de aprendizaje. Al final tuve que sucumbir a la ayuda de Ana. Se subió a una escalera y llegó hasta el último estante. Un manto de polvo me cayó encima y me enrojeció los ojos. Al levantar la vista de nuevo, me llamó la atención la falda que llevaba. Negra, y justo por encima de la línea de la rodilla, dejando entrever sus muslos. Agaché la cabeza sin saber muy bien por qué lo hacía para ver más.

—Si lo que quieres es literatura picante, el experto es mi compañero. La semana que viene estará por la tarde.

Me sonrojé y encogí la cabeza. Ana descendió lentamente.

—Creo que estos libros te servirán. Son dos de los que más me gustan personalmente. No son conocidos, como casi todo lo bueno.

Me tendió dos tomos que parecían pesar otras tantas toneladas cada uno. No sabía dónde esconderme y tartamudeé.

—¿Es demasiado para empezar?

—No, ¡qué va! —dije tranquilo.

—Es literatura para adultos. No te será muy fácil de leer y te llevará tiempo, pero si los sabes apreciar serás capaz de crear algo bueno.

—Para eso voy a leérmelos.

Me miró de refilón mientras caminábamos por el pasillo en dirección al mostrador. No podía dejar de mirar sus pantorrillas.

—No deberías leer un libro de la forma en que vas a hacerlo.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

—Mal. Un texto debe leerse para el placer, para sumergirte en una historia que le dio el autor al mundo para que otros la disfruten. No para lo

que tú los quieres.

—Me gusta leer, desde siempre, y como me gusta leer, quiero escribir mis propios libros, y para eso necesito aprender cómo se escribe, cómo se narra y cómo se vive un libro.

Se puso tras el mostrador. Le tendí el carné y apuntó los títulos de los tomos y la fecha en la que los debía entregar.

—Si cuando vengas a devolverlos no los ha pedido nadie, puedes llevártelos otra vez.

—Gracias.

Volví a sentarme y abrí el primero de los volúmenes.

Después de cerrarme el libro en las narices y decirme que me había llamado por mi nombre tres veces y que no me había enterado, salí de la biblioteca ya de noche. Con los libros escondidos bajo el abrigo y temiendo que no pasaran desapercibidos a los ojos de mi madre, llegué a casa y crucé el pasillo hasta mi cuarto corriendo. Los lancé bajo la cama y me encerré en el baño antes de que mi madre me viese cruzar desde mi cuarto.

—¿Estás bien? —preguntó llamando a la puerta.

—Sí, necesitaba ir al baño urgentemente.

—Te esperamos en la cocina.

—Sí.

Esperé cosa de un minuto, tiré de la cadena y fui a la cocina. Me preguntaron si me encontraba bien. Cenamos en compañía de la radio. Me tiré en la cama sin otra cosa en mi mente que la falda de Ana. Mi padre abrió la puerta lentamente.

—Pensaba que a lo mejor estabas dormido.

—No, pasa.

Encogí las piernas y se sentó a mi lado.

—Ya se ha leído el libro.

Silencio.

—¿Y?

—Dice que le gusta más que muchas cosas que ha leído, que hay que pulirte un poco con buena literatura, que tienes que adoptar la forma narrativa de las grandes obras y en unos años podrás dedicarte a la escritura. Me ha dicho que te diga textualmente que «puedes ser uno de los más grandes escritores de este país con la literatura adecuada y la suficiente paciencia». Me ha pedido que mañana vayas al bar con una hoja y una pluma y que te hará una lista de los libros que tienes que leer.

—¿Así que le gusta mi relato?

—Sí, y se ha ofrecido a ayudarte en este arte.

—De acuerdo. Mañana iré antes de acudir a la tienda. ¿Dónde está el libro?

—En la tienda. Déjalo allí, he empezado a leerlo. Y si te digo lo que pienso verdaderamente, es que no necesitas pulirte, lo que necesitas es vivir y creer para escribir novelas.

Me dio un beso y se fue.

Tras mi trabajo de camarero a domicilio en medio de la calle, saludé a mi padre sin entrar en la tienda y me dirigí al bar.

—Hombre, por fin su majestad se digna a entrar en este, digamos, poco refinado lugar.

Miré el reloj.

—Pero si son las diez.

—Sí, porque pasarte a una hora más temprana para poder hablar contigo tranquilamente y darte una referencia de los libros era mucha molestia para su excelencia, ¿no? Ahora el bar está lleno de gente y no puedo atenderte tal como me gustaría, y no quiero que sea culpa mía que fracasases en las artes de la escritura.

—Mejor me voy. —Me di media vuelta.

Oí su risa pegajosa y áspera.

—Espera, hombre, espera, que es broma, que le digo a mi hermano que salga de la cocina y que atienda él la barra.

Levantó la barra y me cedió el paso. Nos acomodamos en dos butacas medio despellejadas.

—A ver, la hoja y la pluma que le dije a tu padre que trajeras.

Saqué ambas cosas del bolsillo y las puse sobre la mesa. Las tomó y le observé calibrar algo.

—Oh, sí, este, por supuesto.

Acerqué la cabeza para leer lo que escribía, pero apartó el folio.

—Cada cosa a su tiempo, te lo dije anteayer.

—Sí, y luego vino a decirme que acabara la historia en unas horas. ¿Cómo debo entender eso?

—No haberme hecho caso.

—Pero si casi me amenazó.

—¡Shhh!, que me desconcentras. Anda, dile a mi hermano que nos prepare una cafetera de ese café nuevo que nos han traído de no sé dónde.

Obedecí y regresé con dos tazas de café en la mano. Hice un segundo viaje con la cafetera, con la que me estaba abrasando la mano, y una jarra con

leche.

—Con dos cucharadas de azúcar, si a su excelencia no le importa —dijo sin levantar la cabeza.

Ignorando el piropo, preparé su café y el mío. Tras casi una hora de miradas al techo, ojos guiñados, carraspeos, crujir de dedos, suspiros y asentimientos repentinos seguidos de una misteriosa escritura en el papel, dejó la pluma, cogió el café, se lo tomó de un trago y me miró.

—Tienes trabajo por delante, Miguel.

—Me imagino; con lo que ha tardado en confeccionar la lista de títulos...

—No me gusta ese tono.

—Ni a mí los misterios. ¿Me deja ver el folio?

—¿Cómo que no te gustan los misterios? Si no te gustan no puedes ser escritor.

—Me gustan los misterios en un libro, o inventármelos, pero no vivirlos.

—No sabes lo que dices.

—Claro que sí —protesté.

—La vida entera es un misterio. ¿No te has dado cuenta todavía? Nunca sabremos si mañana estaremos vivos, si tendremos hijos o acabaremos mendigando en las calles. Piénsalo, te darás cuenta de que tu propia vida es un misterio, y un misterio de los grandes, de los que importan, de los que dan miedo y crean expectativas.

No pude evitar acordarme de Adelaida.

—Pensaré en ello, pero déjeme el folio; quiero ir a la biblioteca a por ellos.

—De acuerdo, pero haz una cosa, a ver si eres capaz de mantener el misterio.

—A ver, ¿qué se le ha ocurrido ahora?

—Debes aprender a crear misterio, debes aprender a plasmar el misterio en los libros, entre otras cosas, claro. Pero el misterio es esencial; si no, un texto no tiene sentido alguno. Te reto a que dobles este folio y no lo abras hasta que llegues a la biblioteca.

—Eso no es un reto ni un misterio, es esperar, sin más.

—¿Y qué crees que es el misterio? Es, simplemente, esperar a que algo se nos descubra. Esta es mi primera lección para ti, pequeño aprendiz.

Salí del bar con el folio doblado metido en el bolsillo del abrigo. Ya había aprendido lo que era el misterio con Adelaida y con la casa del señor

Sanpedro. Cuando llegué a la altura de la tienda, entré con el corazón a cien y abrí la hoja.

—Vaya, sí que te ha dado una gran lista —dijo mi padre.

—¿Lo de «gran» es porque es interminable o porque los libros son buenos?

—Las dos cosas, creo yo.

Leí títulos que no había visto nunca, de autores desconocidos. Mi padre me dijo que me podía ir a la biblioteca, que no había nada que hacer en la tienda. Él se iba a ocupar de llamar a los proveedores para encontrar una solución alternativa a las piezas rotas, que eran la mayoría.

Ana estaba colocando unos volúmenes en su sitio cuando me vio llegar.

—Vaya, el aspirante a escritor. ¿No estabas tan ocupado?

—Sí, pero mi padre me ha dado permiso para que haga lo que quiera, en su tienda no hay mucho que hacer.

—Vaya, lo siento.

—No importa. Un amigo suyo me ha dado una lista de libros que me ha dicho que me irán bien.

Se la tendí. Leyó la lista por encima, asintiendo, hasta que llegó a un título que le hizo poner una mirada indescriptible.

—Pero ¿cómo se ha atrevido? ¡Será burro barato!

—¿Por qué?

—Pero ¿cómo se le ocurre ponerte el *Quijote*? ¿Está loco?

—¿Por qué?

—Porque yo tuve que leérmelo en la escuela y casi me quedo en el intento. El resto está bien, pero ese, por favor, ni el papel en el que está impreso vale.

—¿Y podría darme alguno?

—Ayer te llevaste dos, que es el número máximo que se puede sacar de golpe; además, no puedes leértelos todos a la vez. Cuando acabes los de ayer, vuelve y te los daré.

Salí de allí con las manos vacías. Fui a mi casa y cogí el volumen que había empezado el día anterior. Llegué a la tienda y me senté a leer. Tras un rato, mi padre apareció con cara de derrota. Acto seguido sonó la campana de la puerta. Los pasos delataron a Vicente.

—¿Qué tal en la biblioteca?

—Bien.

—Has empezado ya con uno, creo ver.

—Ves mal; este lo cogí ayer, junto a otro que me ofreció la bibliotecaria. Levantó el libro y leyó el título.

—Bueno, medianamente aceptable —sentenció.

Aproveché ese momento para tocarle las narices como había hecho antes conmigo.

—Le he enseñado la lista para que me diera los libros.

—¿Y te los ha dado?

—No, ya tenía dos cogidos, que es el máximo. Ha dicho que cómo has sido capaz de apuntar el *Quijote* en la lista, que es una bazofia.

Con los ojos en blanco y una expresión entre desprecio e incomprensión, me preguntó que cómo podía trabajar en una biblioteca una mujer que era capaz de criticar un libro como ese. Se empeñó en que quería ir allí para enseñarle lo que es buena literatura y decirle que «mujer tenía que ser». Mi padre saltó de su asiento y le dijo que si volvía a hablar de esa manera no le volvería a dejar entrar en la tienda.

—Bueno, ya me iré calmando, pero es que es imperdonable criticar la obra maestra de Cervantes y de este país entero. Me siento como si me hubiera escupido en la cara.

—Que a ti te guste ese texto no quiere decir que deba gustarle a todo el mundo —cortó mi padre.

—Solo a los necios no les gustaría ese libro.

—Pues yo me he leído las tres primeras páginas en la biblioteca y creo que he entrado en trance. He comenzado a ver duendes bajo las mesas —mentí.

—¡Esto es increíble! Nunca serás un gran escritor si no eres capaz de apreciar la gran obra. ¿Me oyes?

Me mordí la lengua para no reírme. Me lo estaba pasando en grande. Me caía medianamente bien, pero en ocasiones le gustaba mostrar un aire de superioridad que me ponía los pelos de punta, así que el hecho de que una bibliotecaria le contradijese, y encima siendo mujer, ya que para él las mujeres no debían salir de la cocina, motivo por el cual a sus cincuenta años seguía soltero, me producía un agradable cosquilleo en el estómago.

—Sí, te oigo, otra cosa es que te escuche. Si no me gusta, no me gusta.

—Este país no va a llegar a ninguna parte con la pandilla de cafres sueltos que hay por ahí, y espero que no te ofenda el comentario, joven Miguel.

—No, si no me ofende, y menos viniendo de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Respóndeme ahora mismo.

—Misterios de la vida, amigo, aprende a vivir con ellos; cada cosa a su tiempo, ya te diré de aquí a unos años lo que te he querido decir hoy.

Salió de la tienda hablando por lo bajo y pegando un portazo.

Mi padre, que había disfrutado más que yo mismo de la conversación, me miró con los ojos acuosos y rompió a carcajadas los siguientes diez minutos.

El trabajo, la tienda y las lecturas ocupaban todo mi tiempo. Pasaron unos meses hasta que conseguí casi todo el dinero que hacía falta para poder comprar la doble pipa que mi padre no se cansaba de mirar en el escaparate. Los señores de mi madre eran generosos con ella, le pagaban bien y le permitían llevarse comida todos los días a casa. A pesar del orgullo de mi padre, que yo en ocasiones no alcanzaba a entender, habíamos comenzado a vivir mejor. Había comprado más material para la tienda y lo había subido de precio. Parecía que las cosas empezaban a mejorar. La tienda vendía ligeramente y las deudas empezaban a pagarse.

Entré en el estanco con mi mejor ropa, peinado y con sonrisa de inocente.

—¿En qué puedo ayudarle?

No me reconoció.

—¿Sería tan amable de mostrarme la pipa doble que expone en su escaparate?

—Por supuesto.

Se apresuró y la sacó. La tendió en la misma almohada que meses atrás y me ofreció las mismas explicaciones.

—¿Cuánto pide por ella? —pregunté, conociendo la respuesta.

—Cinco pesetas.

Asentí.

—Le ofrezco dos.

—¿Está loco, señorito? —dijo sin perder la compostura.

—Sé que es una pieza única, pero no creo que valga lo que pide.

—Perdóneme la pregunta, pero ¿qué sabrá usted del valor de un objeto?

—Lo suficiente como para saber que pide demasiado. Mi familia tiene una tienda de objetos extraños y también importados del extranjero, de muy buena calidad también, y no pide sumas tan exageradas.

—Tal vez su familia pide poco por sus piezas.

—Le ofrezco dos pesetas y medio real.

—Cuatro.

—Tres. No voy a pagarle más.

Me miró detenidamente y me preguntó si era para regalo. Asentí y dejé el dinero sobre el mostrador.

Entré en la tienda. Mi padre estaba atendiendo a un cliente. Me senté frente a la mesa en la trastienda y puse el paquete sobre ella. Abrí uno de los libros de la lista y continué leyéndolo. Al rato la campana de la puerta sonó y mi padre entró.

—¿Qué tal, hijo?

—Bien, curtiéndome.

Bajé la mirada y observé a mi padre curiosear el paquete.

—¿Qué te has comprado?

—«Me», no «te».

—¿Qué?

—Ábrelo.

Me miró con sorpresa y asentí. Me sentía feliz.

Deshizo el lazo de cuerda fina, quitó el papel y abrió la caja de madera. Se quedó mudo, con la boca abierta. Me miró y le sonreí.

—Feliz cumpleaños, papá.

Le entregué lo poco que me había sobrado y me preguntó que de dónde había sacado el dinero. Me inventé que había hecho copias de la historia que había escrito y que cada domingo había ido al mercadillo y había conseguido vender unas cuantas. No sé si se lo creyó.

Poco a poco mi padre se fue acostumbrando al trabajo de mi madre y, sin saber cómo ocurrió, habían empezado a dar paseos por Zaragoza. Mi padre parecía haber rejuvenecido diez años, pero mi madre seguía igual. Mi padre me decía que era porque se cansaba en el trabajo, pero, a pesar de los paseos que daban juntos, en casa seguía habiendo el mismo silencio de siempre a la hora de cenar, aunque también parecían haber acabado las discusiones que acompañaban al plato de comida día sí, día no.

Con la ausencia de mi madre, había comenzado a pasar todo el tiempo que podía en la biblioteca con Ana. Cuando no tenía que trabajar, la acompañaba a comprar e incluso en alguna ocasión me invitó a su casa, situada en la calle San Miguel. Un piso algo viejo, pero muy completo por dentro. Preparaba café y hablábamos, generalmente de libros. En una ocasión le pregunté si no estaba casada.

—Estoy casada con los libros —respondió.

El admirador número uno del *Quijote* había pasado en innumerables ocasiones por la tienda, diciéndome que cuando volviera a la biblioteca le avisara, que quería tener una suave conversación con la bibliotecaria que me malaconsejaba, según él, sobre los títulos que debía leer. Nunca le avisé, pero un día que me vio salir de la tienda con un libro recién acabado de leer, me pidió que le esperase. No tenía ganas de que un pesado empezara a decirle a Ana lo que tenía que leer, pero también sabía que Ana no se dejaría avasallar por nadie.

—Es ella —señalé.

Ana estaba sentada tras el mostrador, catalogando una nueva remesa de libros extranjeros, y no nos vio llegar.

—Muy bien.

Poniendo su espalda recta y con los ojos mirando al cielo más que en línea recta, se dirigió hacia el mostrador y carraspeó. Ana levantó la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle?

Pude ver como la expresión de su cara cambiaba.

—¿Es usted la dama que malinforma a mi pupilo en las artes de la lectura? —preguntó señalándome.

Ana me miró y me encogí de hombros. Me ofreció una sonrisa de confianza y se puso en pie.

—Está usted equivocado. El que le malinforma es usted.

Tras unas largas palabras que no pude llegar a escuchar, vi como tomaba la mano de Ana y la besaba. Se despidió de ella con una reverencia y vino en mi busca.

—Y el talante destructor con el que habías venido, ¿dónde lo has dejado? —pregunté.

—¡Qué maravilla de mujer! ¡Sí, señor! —dijo mirándola de reojo.

—No me digas que te has enamorado.

—No, no. De eso nada, una cosa es ver unas piernas y una cara de ángel y otra enamorarse de alguien.

Desde aquel día no dejó de ir a la biblioteca con flores, pasteles suculentos, termos de café traído de países con nombres impronunciables y diversos detalles que Ana se ocupó de esquivar con habilidad y desplantes pasmosos. Cuando venía a la tienda a contarnos sus penas e infinitos intentos de conseguir una tarde de la vida de Ana, mi padre le animaba diciéndole que el mundo está lleno de oportunidades y que lo siguiera intentando. Cuando se

marchaba del bar, mi padre me confesaba que se lo tenía merecido. Poco a poco dejó de insistir.

El mismo día que Jiménez fue destituido de su cargo, su sustituto me dijo que ya no necesitaban mis servicios. Me despedí de todos, especialmente de Manuel, que me tenía como su hijo adoptivo, y no regresé.

Había pasado tres días metido en la cama, con fiebre, al cuidado de mi padre, que cerraba antes de lo habitual la tienda y la abría más tarde, y con la ayuda de Susana, que hacía al menos cinco viajes cuando mi padre no podía atenderme y mi madre trabajaba. Gracias a sus cuidados, el miércoles me sentí resurgir de mis cenizas y de los extraños sueños que tuve durante aquellos tres días. Me levanté de la cama como una rosa y me vestí. Le dije a Susana que me encontraba bien, pero no me soltó hasta que me enfundó el abrigo viejo de Emilio sobre el que ya llevaba puesto. Cuando llegué a la tienda, mi padre hablaba con alguien muy bien vestido e impregnado de perfume, con el pelo perfectamente peinado y engominado hacia atrás y con acento francés. Lo despidió y le abrió la puerta para que saliera. Me miró con una sonrisa que ya había empezado a echar en falta en su cara y que regresó justo a tiempo de que desapareciera para siempre.

—¿Qué buena noticia guardas? —pregunté.

—¿Ya te encuentras bien?

—Sí, de maravilla, habrá sido el caldo de Susana y la botella de jerez que echaba para darle sabor: eso acaba con cualquier virus o parásito.

—El gramófono —cortó—. Lo acabo de apalabrar. Mañana vendrán a por él y nos lo pagarán. Debe de ser una pieza de coleccionista. Ha mostrado un interés increíble desde que ha entrado por la puerta. Me ha preguntado por su procedencia y le he entregado los papeles que venían con él en alemán. Me ha pedido una lupa y se ha sentado en la mesa durante casi dos horas para leerlo. Al fin se ha levantado y me ha ofrecido una cantidad de dinero unas doscientas veces superior a la que yo pagué por él hace tiempo.

Me alegré por la venta, pero al tiempo entristecí. Estaba acostumbrado a oír su música fluir cuando entraba en la tienda. Hacía compañía. Mi padre se apresuró a recuperar la caja en la que había llegado a la tienda una mágica mañana perdida en el tiempo. Le limpió el polvo y le sacó brillo. Lo empaquetó con sumo cuidado. Lo vi sumergirse en un mar de oscuridad y quedó sellado en el interior de la caja. Lo guardó en la trastienda.

El resto del día lo reservé para hacer una visita a Ana. Llegué a su casa y me abrió tan alegre como siempre. Nos sentamos a la mesa y tomamos el café más negro que he visto en mi vida. Pocas palabras cruzamos aquella tarde soleada y fría. Me preguntó por mi futuro como escritor y le comenté la nueva historia que tenía entre manos. Al rato me fui. La vi saludándome desde la ventana. La sentía mi madre.

A las nueve en punto de la mañana, mi padre y yo estábamos en la tienda esperando al cliente de oro. Bien peinados y bien vestidos. Cada vez que la campanilla sonaba, mi padre daba un brinco. Al fin, a las doce y media, alguien que se identificó con desgana como el chófer del comprador le entregó a mi padre un sobre con el dinero prometido y se llevó el gramófono.

—Toma esto —dijo entregándome dos billetes—. Ve a la floristería de la calle Ricla, compra un ramo de rosas blancas y rojas, y luego ve a la pastelería, esa que siempre te quedas embelesado mirándola, y compra la tarta que más te guste. Hoy es un día especial, y lo celebraremos los tres juntos. Ya verás qué sorpresa se lleva tu madre. Yo voy a ingresar el resto en el banco.

Asentí y salí corriendo. Tardé un par de minutos en llegar a la floristería. Con el ramo en las manos llegué a la pastelería y cogí la tarta de nata y merengue más grande de toda la tienda. Atravesé las calles que me separaban de casa como un rayo y subí las escaleras, quemándolas a mi paso. Abrí la puerta. No recordaba haber dejado la persiana de la cocina bajada. Dejé ambas cosas sobre la mesa y levanté la persiana para dejar pasar la luz. Cogí una jarra que mi madre rara vez usaba y la llené de agua, metí las rosas y dejé la tarta donde estaba. Me disponía a salir cuando oí una voz a mi espalda. Me volví lentamente y avancé. Todo me temblaba. Me detuve en medio del pasillo y vi una silueta surgir de las sombras.

—¿No deberías estar en la tienda ayudando a tu padre?

—Mamá —dije aliviado—. Pensaba que había un ladrón en casa. ¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar trabajando?

—Sí, debería. Creo que se me ha pegado la fiebre que has tenido estos días. Me he mareado y me han enviado a casa para que descanse.

—¿Necesitas alguna cosa?

—No, solo necesito descansar un rato, no es nada.

—¿Con quién hablabas?

—No hablaba, estaba rezando.

—¿Seguro que no necesitas nada? Le puedo pedir a Susana su caldo, lo cura todo.

—No necesito la ayuda de Susana, hijo. ¿Podrías bajar la persiana de la cocina? Me duele la cabeza y estoy mejor a oscuras.

—Claro.

Obedecí y salí de casa con la esperanza de que su fiebre la mantuviera alejada de la cocina. Preferí no decirle a mi padre que mi madre se encontraba mal y la habían enviado a casa. Cuando llegamos a casa para comer, mi padre se sorprendió de encontrarla allí. Le explicó lo ocurrido y que ya se encontraba mejor.

—Me encantan las rosas, son preciosas. Gracias.

—Hoy es un día especial, Valentina. He hecho una buena venta. Miguel, trae el pastel. Hoy comeremos pastel.

Tardé semanas en leer casi todos los libros de la lista, excluyendo los que dijo Ana. Había comenzado a escribir una nueva historia sobre una niña y una casa misteriosa. Hacía semanas enteras que no sabía nada de Adelaida. En realidad, me daba demasiada vergüenza ir a su casa.

Cuanto más tiempo trabajaba mi madre, más contenta parecía estar. Las cosas en mi casa marchaban bien, y mis padres estaban felices. Yo disfrutaba viéndolos. Mi madre se había vuelto cariñosa de la noche a la mañana y venía a darme los besos de buenas noches cada día, junto a mi padre.

Me gustaba pasar el tiempo con Bruno Sanpedro y me había acostumbrado rápidamente a las comodidades que su casa ofrecía. Con el correr de las semanas me di cuenta de que me trataba como si fuese su hijo. Le pedía a Claudia que me preparase el baño, que me hiciese la comida que yo prefiriese, y a menudo me regalaba libros de la biblioteca que a mí me daba vergüenza aceptar.

Recuerdo el día en que una gran tormenta inundó Zaragoza y las alcantarillas no daban abasto. Los relámpagos se dejaban ver en el cielo mientras lo partían en un puzle imposible de encajar. Nos quedamos sentados frente al fuego. Bruno tardó poco en dormirse. Claudia, que, como Bruno dijo, pude comprobar que era un cielo, se quedó sentada en un butacón con una copa de coñac y un libro de cocina abierto por las últimas páginas, roncando levemente y cabeceando. Lo poco que había averiguado desde mi primera visita a la casa eran datos que no me solucionaban nada. Sabía que Claudia y el resto de los sirvientes que no tenían casa propia dormían en la última planta. Yo mismo había ayudado a Claudia en una ocasión a cambiar su cama por la última novedad del mercado, cortesía de Bruno. También me enteré de que Claudia había sufrido durante años los malos tratos de su marido y que al final lo abandonó y se fue a vivir a la casa en la que servía. Una sola vez apareció borracho en la puerta de Sanpedro, exigiéndole que sacase a la guarra que tenía por mujer y se la devolviese, a lo que Bruno respondió con una patada en el estómago, al mismo tiempo que sus lobos enseñaban los dientes y le rugían. Bruno lo amenazó con que la próxima vez que apareciese por allí le lanzaría a los lobos y diría que era un ladrón.

La primera planta estaba ocupada por el salón principal y la biblioteca, una enorme sala que me tenía hechizado y donde pasaba largas horas con Bruno. En la segunda estaban los dormitorios, el salón de fiestas que hacía

tiempo no se usaba y dos baños majestuosamente decorados. De la tercera planta nada sabía. En una ocasión que pregunté por ella, Bruno me pidió que me olvidase de esa planta, lo que avivó más aún mis ganas de verla.

Aproveché la situación, aunque temiendo que Bruno me encontrase en la tercera planta y perdiera su confianza. Me llamé egoísta a mí mismo en silencio. Me levanté sin hacer ruido y subí las escaleras, bajo la mirada atenta de las viejas fotografías y los cuadros que acompañaban a la escalera en las largas horas de los días. Llegué a la tercera planta, que estaba oculta en las sombras de la oscuridad. A medida que me adentraba sentía un aire frío que no se percibía en ninguna de las habitaciones de la casa. Me arrastré lentamente, apoyándome en la pared, hasta que llegué a un pomo. Lo giré, esperando que la puerta estuviese cerrada. Más oscuridad salió tras la puerta. Arrastré la mano por la pared, buscando el interruptor. La luz parpadeó y finalmente se iluminó la habitación, que debía de ocupar al menos media planta. Una cama de niña con dosel incluido estaba pegada a la pared. Alfombras con dibujos de duendes y hadas, flores y mariposas se extendían por el suelo. Un armario hacía juego con la cama. Cuadros de ángeles plagaban las paredes. Me aproximé a la cama y me senté sobre ella. Todo estaba perfectamente limpio. En la mesilla de noche había cuentos infantiles. Una gran mariposa extendía sus alas coloreadas en el techo. La puerta se abrió. Sentí una punzada en el pecho al haber profanado lo único que Bruno no me había permitido ver.

—No es buena idea que esté aquí, señorito.

Era Claudia.

—Lo siento. Sé que no debía —dije abatido—. Sé que no tengo derecho a saber la historia, pero aprecio a Bruno, me gusta estar con él. Y, aunque no sea asunto mío, me gustaría saber la historia sobre su mujer y su hija.

—No va a desistir hasta enterarse, ¿cierto?

—Cierto —dije pensando que me jugaba el destierro de aquella casa.

—Será mejor que vayamos al dormitorio. Pero debe prometerme que no le dirá nada a Bruno. Su corazón está lo suficientemente dolido para el resto de su vida.

Trepamos hasta la última planta y nos deslizamos por el pasillo hasta la cuarta puerta. La única luz que llegaba al pasillo procedía de las ranuras de las puertas del resto de los sirvientes. No eran salas grandes, pero estaban bien acomodadas. Puso agua a calentar y nos sentamos alrededor de la mesa. Cuando la tetera silbó, Claudia puso una rodaja de limón en las tazas y vertió el agua humeante, que empañó sus gafas. Se sentó y me miró.

—Ni una sola palabra —repitió.

—Se lo prometo.

—Y que quede claro que se lo cuento porque no me cae usted mal del todo y porque su compañía anima más de lo que se puede imaginar a Bruno. Lleva mucho tiempo solo, y no le hace bien. Por eso mismo, si conoce la historia, podrá comprender mejor lo que siente y entenderá el bien que le hace con sus visitas. Además, le tiene como si fuera su hijo.

—Me queda claro. Yo también aprecio mucho al señor.

—Su matrimonio no iba bien —comenzó—. Aunque eso nunca es novedad en una pareja de casados. Siempre surgen disputas, primero cada varios meses y luego cada pocas semanas. Supongo que es ley de vida. Aunque si yo me hubiese mantenido pura, como decía mi madre, otro gallo me cantara. No te dejes manosear, me decía, luego no querrán nada de ti y te dejarán rota y usada como un trapo viejo.

Preferí no añadir ningún comentario. Estaba recibiendo una información que poco me interesaba y que prefería no haber oído.

—Como te decía, las discusiones iban cada vez a más y cada vez eran más frecuentes. Querían hijos, pero la esposa de Bruno no conseguía quedar encinta. Cuanto más tiempo pasaba, más segura estaba de que ese era el verdadero problema. Pero si el Altísimo no quería darles un hijo, tal vez fuera por algo. Fueron a visitar a los mejores médicos e incluso pagaron sumas exageradas para traer del extranjero a los mejores ginecólogos. Tras que varios profesionales diferentes repitieran las mismas pruebas, siempre llegaban a la misma conclusión. Una enfermedad en la sangre de la señora, que se transmitía únicamente de madre a hija, dejando a los hombres limpios de enfermedad, hacía que su cuerpo fuera muy débil para poder llevar en las entrañas un bebé durante casi un año.

»Pero los caminos del Señor, o tal vez del demonio, tal y como acabó todo, son extraños y misteriosos, tan misteriosos que la mayoría de las veces no puedes saber cuál de los dos es el que está actuando. Desde niña, según me contó ella misma, caía enferma con facilidad, seguramente por la dolencia en su sangre, que no le descubrieron hasta mucho tiempo después, y se sentía culpable por ello. Tal vez si lo hubieran descubierto cuando era niña, ahora podría darle a su marido descendencia. Tenía miedo de que Bruno la abandonase por una mujer fértil con salud de roca capaz de darle todos los hijos que quisiera y cayó en una enfermedad que prácticamente la consumió. Físicamente no le ocurría nada, pero estaba abatida, no se levantaba de la

cama y solo lloraba. Me ocupaba de prepararle platos apetitosos por encargo de Bruno, baños calientes de espuma con jabones que se traían de lugares que yo ni siquiera sabía señalar en un mapa. A pesar de los pensamientos de la señora, Bruno la quería.

»Como suele ocurrir, cuando toda esperanza estaba perdida, la señora quedó embarazada, pero prefirió mantenerlo oculto, pensando que abortaría a los pocos días por culpa de su maldita sangre. Los meses pasaban y su barriga se hinchaba cada vez más. La alegría llegó a esta casa el 25 de julio, una mañana en la que las margaritas silvestres habían acabado con todas las semillas y los brotes que se habían plantado en el jardín. Había nacido una niña diminuta, débil y tranquila. Ambos padres recibieron a Margarita en un mundo de algodones y una casa confortable, llena de regalos y mimos. Lo que ni Bruno ni su mujer querían pensar se hizo realidad: su hija había heredado la misma enfermedad que su madre, pero en el grado más extremo. La señora sanó y se deshizo en mimos y ternura con su pequeña. Cuando descubrieron que su niña estaba enferma, se decidieron a darle cuanto quería. A la pequeña le encantaban los cuentos de castillos.

»La remodelación de la tercera planta tardó en acabarse tres meses. Un ejército de carpinteros, arquitectos y demás trabajadores de la madera crearon un mundo para Margarita, e incluso construyeron torres como las de los castillos. La tercera planta era el castillo de Margarita: todas las habitaciones para ella y nadie más. Allí tenía su habitación, su propio baño adornado con sirenas y su enorme cuarto de juegos, que recibía los más extravagantes y nuevos inventos para su entretenimiento. Levantaron una cuarta planta para las habitaciones de los sirvientes.

»No tardó en caer enferma de nuevo. Los médicos que la visitaban apenas se atrevían a aventurar el tiempo de vida que le quedaba. Recibía la enseñanza de los mejores profesores de la ciudad y todos los mimos que se le pueden consentir a una niña. Margarita nunca supo que no viviría mucho tiempo. El único amigo que tuvo durante su vida era el hijo de un amigo del señor Sanpedro, Samuel. Muy buen niño. Ya lo creo. Margarita se ponía muy contenta cuando estaba con él. Pero finalmente enfermó y no volvió a salir de su habitación. Murió dos semanas después. Su madre no pudo soportar la pérdida y murió dos días más tarde.

»Pasaron los años. Bruno se sumergió en sí mismo. No quería ver a nadie. Tan solo a mí me permitía acercarme. Con el tiempo dejamos de ser una sirvienta y un amo para convertirnos en amigos. Ahora que usted ha entrado en

su vida parece más feliz. Por ello le pido que nos visite de vez en cuando, a él le hace mucho bien verle en la casa.

Nos quedamos en silencio, viendo el humo ascender de las tazas intactas.

Desde aquel día le tomé un cariño todavía más especial a Bruno Sanpedro y dejé a un lado la historia que estaba escribiendo, lo que ni mi padre, ni su amigo ni Ana aceptaron. Cuando el trabajo en la tienda me lo permitía, repartía las horas entre Ana y Bruno. Padre ya tenía uno, pero madre, tal como la definición de la misma palabra la describe, no era otra sino Ana. Mi madre llevaba ya tiempo deshaciéndose en besos conmigo, pero no me sabían a nada. Los besos y dulces palabras, después de años de malas caras, reproches y ninguneos hacia mi persona, habían sido una lección demasiado dura de aprender como para olvidarla de la noche a la mañana: había aprendido a no querer a mi madre.

El 13 de diciembre de 1932, mi padre me mandó a casa a la hora en que se cerraba la tienda y me dijo que se quedaba hasta tarde para poner al día los libros de cuentas. Era tarde para ir a la biblioteca, así que me decidí a bajar la calle e ir a visitar a Bruno. Parecía que esperaba mi llegada. Claudia nos preparó una cena digna de reyes, y a continuación nos dispusimos a jugar al ajedrez. Resultaba fácil ganar a Bruno; era bastante torpe en ese juego.

—No te creas que me ganas porque seas mejor jugador que yo, es que me parece un juego estúpido y no quiero perder el tiempo en aprender bien sus reglas.

—Sí, claro.

La conversación era siempre la misma y comenzábamos a reírnos.

—Miguel, he encontrado algo que me gustaría enseñarte.

Nos dirigimos a la sala contigua, donde aguardaban un aparato cinematográfico y varias bobinas con películas.

—Son caseras.

Las películas mostraban la casa en la que nos encontrábamos y siempre tenían por protagonista a Margarita: cenas en familia, fiestas de cumpleaños... En una de las películas aparecía Margarita cogida de la mano de su madre y de un joven.

—¿Quién es él?

—Samuel. Pobrecillo. Qué le pasaría por la cabeza para hacer lo que hizo.

Caminaban por el largo pasillo y se dirigieron hasta el gran ventanal que mostraba el jardín delantero. Margarita estaba pálida. Se la veía respirar con

dificultad mientras su madre y el único amigo que tuvo la ayudaban a asomarse por la ventana. La película acababa con Margarita tropezando y cayendo al suelo. Bruno arrancó la bobina, la lanzó al fuego y vio como las llamas la consumían.

—No recordaba esta película.

Salí de la casa con mal sabor de boca y el estómago encogido a una cuarta parte de su tamaño normal. A mi lado pasaron tres guardias civiles corriendo. Había caído una noche fría como nunca había vivido. Me apreté el abrigo al cuerpo y caminé lentamente. A medida que avanzaba, el eco de las voces se hacía más fuerte. Primero, un murmullo lejano, y luego, voces profundas. Pensé que tal vez mi padre continuaría en la tienda y decidí quedarme con él a hacerle compañía y ayudarle con las cuentas. Distinguí una marabunta de gente apretada en la acera, a lo lejos, y otros tantos asomados a los balcones con batas o mantas sobre los hombros. Distinguí la silueta del admirador número uno del *Quijote* hablando frenéticamente con alguien. Pude ver que se trataba de una persona con uniforme verde y tricornio. Se me heló la sangre y dejé de respirar durante unos segundos. La gente y los guardias civiles estaban frente a la tienda de mi padre. Con las piernas convertidas en un flan corrí como pude apoyándome en la pared. Vicente oyó mis pasos y me detuvo a unos metros de la tienda.

—Hijo.

—¿Qué pasa? —pregunté intentando liberarme de sus brazos.

No obtuve respuesta.

—¿Dónde está mi padre? ¡Suéltame!

Peleé con él inútilmente. Se había arrodillado y me sujetaba en un abrazo que lo decía todo. Yo intentaba liberarme. Uno de los guardias se acercó.

—¿El dueño de la tienda era tu padre, chaval?

—¡Es mi padre! —grité con la cara empapada en lágrimas—. ¡No era, «es» mi padre! —rabié.

—Hijo mío —dijo Vicente—, alguien ha entrado en la tienda. Dicen que un ladrón.

Le di una patada en la entrepierna y me liberé de él.

Me colé entre la gente y entré en la tienda. Mi padre estaba tendido en el suelo. Un médico lo atendía. Jadeaba. Me lancé a su lado. Vi dos agujeros en su cuerpo, uno en el abdomen y otro al lado del corazón. La sangre brotaba de su boca.

—Vete de aquí —consiguió articular.

—No te dejaré aquí, papá. ¿Por qué no lo lleváis al hospital? —grité al médico.

Se limitó a agachar la cabeza y a negar lentamente mientras sostenía la mano de mi padre.

—Ve con tu madre. Cuídala. Te necesita.

—Yo te necesito a ti, papá. Vas a ponerte bien, te voy a llevar al hospital y te pondrás bien. Se pondrá bien, ¿verdad? —pregunté al médico con la cara deshecha en lágrimas.

Una fuerte embestida apresó el cuerpo de mi padre, que yacía sin fuerzas. La sangre salió despedida de su boca. Me dedicó una última sonrisa y me gimió que no me preocupara por él, que había vivido bien, que cuidara de mi madre. Su cuerpo dejó de temblar y la sangre de brotar.

—¡Papá! —llamé gritando—. ¡Padre, no me dejes! ¡No puedes! ¡Padre! ¡Quédate conmigo!

Golpeé su pecho para que su corazón volviese a latir. La sangre brotaba de los agujeros a cada golpe. El médico levantó la cabeza y miró tras de mí.

—Sáquelo de aquí.

Sentí los brazos fuertes de Vicente apresarme de nuevo. Me cogió de los hombros y me levantó como si fuera un muñeco de trapo.

—Ya ha pasado, Miguel. Ya ha pasado todo, ya no sufre.

—¡No! —grité sin saber por qué mientras salía de la tienda la gente se arremolinaba frente al escaparate.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, cerdos fisgones! ¡Fuera! —Los empujaba para alejarlos.

Rápidamente desaparecieron. Nunca había sentido el corazón latir a tal velocidad ni el dolor de cabeza que los gritos rabiosos me habían provocado. Las lágrimas caían de mis ojos sin cesar, escurriendo la sangre de mi padre que me había salpicado a la cara. No podía ni quería pararlas.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Vicente cogiéndome por los hombros.

—¡El ladrón, el asesino! ¿Dónde está?

Un guardia civil se apresuró al oír mi pregunta.

—Estamos interrogando a todo el mundo. Pero hay que esperar a que llegue el inspector del cuerpo criminal.

—¡No! ¡Se escapará si esperamos!

—Ya se ha escapado.

—¡No! —dije cayendo al suelo de rodillas.

—Hay dos testigos, lo encontraremos, pero esto no es asunto de la Guardia Civil, nosotros no podemos hacer más, ni siquiera deberíamos estar interrogando.

El pulso se me aceleró todavía más. Me puse en pie y comencé a mirar en todas direcciones, intentando encontrar algo que sabía no estaba allí.

—¡Asesino! —grité bajo la mirada de balcones convertidos en púlpitos de primera fila. ¡Asesino! ¡Asesino!

Vicente me sujetaba por los brazos y me dejó gritar hasta que me quedé sin voz y la falta de aliento me llevó a un desmayo.

Cuando recobré el conocimiento estaba en un lugar que no conocía. Me incorporé. Una fuerte punzada me atravesaba el cráneo. La habitación estaba completamente oscura. Me apoyé en la cama para intentar encontrar la pared. Sin apartar mis manos de ella, llegué hasta un interruptor. Una gran lámpara se iluminó en el centro de la habitación. Dejé ver la cama de la que acababa de salir. Una cama para dos personas con una cómoda a sus pies. Abrí la puerta. Un estrecho pasillo despejado. Había luz al final, tras una puerta. Llegué hasta ella y la abrí. Vicente estaba sentado frente al fuego.

—Miguel, ¿ya estás despierto?

No contesté.

—Ven, siéntate frente al fuego.

Obedecí.

—¿Tienes hambre?

Negué.

—Voy a buscarte un trozo de pan con mantequilla. Te sentará bien.

—¿Dónde está? —pregunté sin dejar de mirar el fuego.

—No debes preocuparte por eso ahora, Miguel.

—¿Dónde está mi padre?

—En la morgue del hospital.

Salí de su casa antes de que regresara con el pan. Dejé que mis pies, o tal vez mi corazón, decidiesen la ruta por mí. La expresión de su cara al verme no necesitaba explicación alguna.

—¿Qué te ocurre? Pasa, vamos —dijo Ana.

Me llevó a la sala de estar. Me puso sobre sus rodillas, la abracé y comencé a llorar de rabia.

Eran las diez de la noche cuando al fin me decidí a regresar a casa. Si lo que necesitaba en ese instante era soledad, fue lo único que no encontré. Susana, Emilio, Vicente, Crescencio, Adelaida y más gente que no conocía

estaban rodeando a mi madre. También pude reconocer a la mujer que había estado sentada en una silla en el entierro de mi abuela. Me quedé observándolos, sin encontrar la fuerza que me hacía falta para gritar que se marchasen. Los dejé ahí y fui a mi cuarto. Cerré de un portazo y me tendí sobre la cama. No encontré más lágrimas. Oí la puerta abrirse y una pequeña línea de luz asomarse al interior.

—Fuera —ordené.

—¿Miguel? —llamó Adelaida con voz hundida.

No hicieron falta más palabras. Cerró tras de sí y se sentó a mi lado, abrazándome. Y yo, como un muñeco de trapo, dejé que me abrazara en silencio. En ese momento pensé que era la única persona en el mundo que podía comprenderme.

Cuando me desperté estaba solo en la habitación. Salí y me reuní con mi madre en el cuarto de estar. Estaba cubierta con una manta y miraba a través de la ventana las gotas de agua y el cielo gris.

—Ven aquí.

Me senté a su lado y hubo un largo rato de silencio.

—Lo han cogido. Al que lo hizo. Alguien lo identificó. Está en la cárcel.

Apoyé la cabeza sobre su hombro.

—No te preocupes, hijo. Seguiremos adelante.

Lo enterraron al día siguiente. Adelaida no se separó de mi lado. Esbocé una sonrisa y pensé que había visitado más veces el cementerio en el último año que lo que una persona normal lo hace durante toda su vida.

Empecé a refugiarme en la tienda durante varias horas al día. A veces fingía hablar con mi padre y le prometía que mataría a quien había acabado con él. Cogí la cajita de música con la que Adelaida solía jugar. Abrí la tapa y dejé que la música me envolviese. Cuando acabó de sonar, y el hada vestida de bailarina de girar sobre ella misma, moví la caja para darle cuerda. Vi una ranura en la esquina. Pasé los dedos sobre ella y una lámina de madera calló a mis pies. Algo brillaba en su interior. Metí los dedos en el pasado de la antigua dueña de esa caja y saqué un colgante. Era de plata: un hada con las alas desplegadas y las rodillas ligeramente encogidas, a punto de alzar el vuelo. Un vuelo que la llevaría lejos, donde pudiera comenzar una nueva vida, lejos de todo. Un vuelo que nunca llegaba.

Como solía decir Vicente, las malas noticias nunca vienen solas, y menos cuando hay dinero por medio. Apenas llevaba mi padre cinco días bajo tierra comenzaron a llover cartas y visitas del banco. Mi padre no había terminado de pagar los objetos que se vendían en la tienda y, como estaba cerrada, ya no se iban a vender. Yo quería ocuparme de hacerlo, pero ni el banco ni mi madre lo consintieron. Una semana después, un representante del Banco Zaragozano se dejó caer por mi casa con un centenar de papeles que, resumiendo, nos decían que la tienda pasaba a ser propiedad del banco y que les entregásemos las llaves. El trabajo de mi madre apenas nos permitía comer y pagar las facturas. Así que, cuando me anunció que en dos días nos mudábamos a la casa donde trabajaba, en la que, además de mantener su sueldo, tendríamos alojamiento y comida, no me extrañó. También me dijo que yo tendría que trabajar allí. De todos modos, era lo mejor. Hice una breve visita a Adelaida para comunicarle la noticia. Vi a Crescencio más anciano y débil que nunca. Tosía sin fuerzas. Me deseó buena suerte y me despedí de él. No sabía si seguiría vivo cuando regresara a visitarles. Adelaida bajó conmigo hasta la calle.

—No te preocupes, seguiré viniendo por aquí.

—Eso espero.

Tenía la mirada de una persona de cincuenta años con una dura vida a la espalda.

—Tengo miedo —dijo.

—¿Por qué? —pregunté sabiendo la respuesta.

—No le queda mucho. A mi abuelo. Sabes lo que me espera cuando él se vaya, ¿verdad?

Negué lentamente.

—Un internado del Gobierno. No quiero ir, no hablan bien de esos lugares.

—La gente dice muchas cosas —quise tranquilizarla.

—No quiero irme de aquí nunca.

—Y yo no quiero dejar mi casa. ¿Sabes? Alguien me dijo que somos el circo de pulgas de Dios. Tenía razón.

Apenas llevaba mi padre un mes enterrado cuando tuvimos que despedirnos de nuestra casa y de los recuerdos. El chófer había venido a buscarnos. Cargó las dos maletas y nos fuimos sin más. Para mí había sido demasiado fácil. Emilio y Susana estaban en la calle cuando el coche arrancó. Los saludé desde la ventanilla mientras esbozaban una sonrisa que no quería salir a la superficie y me correspondían con otro saludo.

Cuando llegamos a la casa, todos sus habitantes habían salido a recibirnos: la señora y el señor de la casa, el único hijo que les quedaba soltero, que según me había dicho mi madre pasaba más tiempo en casa de sus padres que en la suya, y los criados. Mi madre me dijo que me acercara a los señores y les diera las gracias.

Tras los saludos de cortesía, la gente se esparció como una nube cuando sopla el cierzo. El chófer dejó las maletas en el suelo. Entramos en la casa cargados con ellas. La señora, Úrsula, de una edad capaz de desafiar al mismo tiempo, nos condujo personalmente hasta nuestra nueva casa.

—Le agradecemos que sea usted misma la que nos instale —dijo mi madre.

—Lo hago como agradecimiento por los servicios prestados por tu madre. Era una joya.

—Gracias.

Subimos los pesados escalones hasta el tercer piso.

—Aquí es donde vivió tu madre, aunque seguramente lo recordarás.

—Sí, señora.

—Cuando deshagáis las maletas puedes empezar tu trabajo, Valentina. Tu hijo puede comenzar mañana. Supongo que tanto cambio será duro para él.

—Sí, señora. Gracias de nuevo.

—Haré que alguno de los criados traiga otra cama para tu hijo.

Nos dejó solos. La «casa» se componía de dos habitaciones. La principal, compuesta por un comedor y la cocina, y otra habitación donde se encontraba el baño y una cama grande. Mi habitación sería el comedor. Mi madre se apresuró a guardar la ropa en el armario y me dijo que debía ponerse a trabajar. Me advirtió que no rompiese nada y que no saliera de la habitación hasta que ella regresara. Cuando me quedé solo fui a ver la habitación de mi madre y me quedé mirando la cama. Seguramente mi abuela había muerto allí. Me senté en el sofá. Me sentí más solo que nunca. Sentí como una mano

invisible presionaba y encogía mi pecho, que toda mi vida se hundía en una oscuridad profunda y sin posibilidad de salida.

Cuando mi madre regresó, el sol ya se había escapado del mundo. Me informó de las tareas que yo debía realizar. Los primeros días, otro de los criados, un chico de catorce años, me enseñaría mis faenas. Libraría un día a la semana, el que la señora Úrsula dispusiera. Mi madre, a modo quizá de disculpa, me dijo que ese día podía hacer lo que quisiera.

Al día siguiente, Raúl me enseñó todo lo que debía aprender en no menos de un mes. Era desagradable, pero tenía unos brazos que te hacían morderte la lengua para no ofenderle y ganarte un guantazo. Mi jornada comprendía doce horas diarias, en las que debía limpiar bañeras con amoníaco, fregar los suelos al menos dos veces al día para que los pasos no les hicieran perder su brillo, cambiar las sábanas de ciertas habitaciones cada día, limpiar las chimeneas de hollín, y, cuando estuviese sin hacer nada, cosa que raras veces ocurría, debía bajar a la cocina y echar una mano en lo que se me pidiese. Cinco días después tenía las manos comidas por el amoníaco y la lejía, las uñas quebradas, las rodillas casi en carne viva y las ganas de vivir desaparecidas, pero llegó el sexto día y Úrsula me dijo que podía descansar. Por la mañana me quedé en la cama hasta tarde. Comí y salí sin rumbo marcado, pero mis pies parecían saber muy bien adonde ir.

Hacía días que no visitaba a Bruno Sanpedro. Claudia me abrió.

—¡Señorito! Estábamos preocupados por usted, hace mucho tiempo que no nos visita.

—Lo sé.

Fue lo único que pude decir.

—Ya sabes dónde encontrar al señor, ahora te llevaré algo de comer.

Abrí sin guardar cuidado.

—¡Miguel! Pasa.

—Buenas tardes, Bruno.

Se puso en pie y me abrazó.

—Pero bueno, ¿dónde te has metido tantos días? Vamos, siéntate.

—He estado ocupado.

—Ah, escribiendo alguno de tus libros, ¿eh?

Me di cuenta de que desde que mi padre había muerto no había vuelto a pensar en los libros.

—En realidad, no.

—¿Qué te ocurre, Miguel? No tienes buen aspecto.

—La última noche que estuve aquí mataron a mi padre de dos tiros en la tienda, un ladrón que ya está en la cárcel. La tienda tenía deudas, y el sueldo de mi madre no podía pagarlas, así que el banco se la quedó. Tuvimos que mudarnos a la casa donde mi madre sirve: no hay que pagar facturas, y tenemos la comida que necesitamos. Yo también trabajo allí; hoy es mi día libre.

Se oyó un llanto. Era Claudia, que se había quedado al lado de la puerta con una bandeja en la mano. Bruno agachó la cabeza.

—Lo siento mucho, hijo —se apresuró a decir.

—Señorito, lo siento en el alma. Qué historia tan triste —dijo Claudia secándose los ojos con un pañuelo.

—No pasa nada.

—¿Dónde vivís? —preguntó Sanpedro.

—En la casa de los Montoya.

—Humm...

—¿Los conoce usted?

—Sí, cómo no conocerlos. Son los dueños de media ciudad. Les gusta invitar a todos los empresarios de la ciudad y a sus colaboradores a sus fiestas.

—¿A usted también, Bruno?

—Sí, cuando no vas se lo toman como una ofensa.

—Coma, señorito, coma, que está cada vez más flaco.

—Gracias, Claudia. A los dos.

Tras la comida me despedí de ellos y me encaminé a la tienda de mi padre. Se veía a obreros trabajar en su interior. Pensé en ir a visitar a Adelaida, pero no tenía fuerzas.

Los días de trabajo pasaban sin apenas darme cuenta; incluso me había acostumbrado al dolor ácido en mis manos. El día que tenía libre lo dedicaba a escribir historias sin sentido alguno. Todos los relatos eran iguales: un demonio viajaba por la ciudad matando inocentes.

Lo único bueno que saqué de aquella casa fue una niña de cuatro años que me recordaba a Adelaida cuando la conocí. Se llamaba Daniela Espinosa y había nacido en esa casa. Su padre había muerto antes de que ella naciera. Su madre trabajaba allí desde hacía tiempo. Les decía a los otros criados que yo era un mago que había venido para contarle cuentos desde un lugar lejano. Venía cada noche tras la escasa cena que su madre le daba, se sentaba conmigo

en el sofá y mirábamos el jardín oscuro mientras le contaba un cuento y se quedaba dormida. La cogía en brazos y la llevaba a su cama.

Sin saber cómo, había conseguido crearme un pequeño ejército de enemigos. Los hijos de los criados que trabajaban allí, como yo, habían decidido que no les caía bien, que era extraño. Tal vez porque era el único que sabía leer. Las horas libres del día las gastaban ingeniando estúpidos e impertinentes planes contra mi persona. Se metían en los dormitorios a mi cargo y revolvían las sábanas. Metían ratones en la casa y decían que era porque yo no me había preocupado de ir a la ferretería a comprar veneno. Encendían velas y las dejaban sobre los armarios para que la cera caliente se derramase, cambiaban el abono de las plantas por piedras pequeñas y me echaban la culpa a mí... Mi madre debía aguantar las represalias de la señora y luego me daba un bofetón, diciéndome que acabaríamos bajo un puente. De nada servía decirle que yo no tenía la culpa. No entendía por qué no nos echaban a la calle.

Apenas pasaba tiempo con mi madre. Tampoco iba a visitar a ninguno de mis antiguos conocidos. Pedí a mi madre ir al cementerio a visitar la tumba de mi padre, pero se negó. Me dijo que no volvería a un cementerio hasta que la enterrasen a ella.

Tuvieron que pasar ocho meses de mi nueva vida en esa casa hasta que el hijo soltero de la señora Úrsula se atreviese a dirigirle la palabra a mi madre y dejara de mirarle el trasero y las piernas a la mínima ocasión. No llegué a preguntarle si era el mismo del que salió huyendo años atrás. Uno de los días que tuvo libre me dijo que se iba a pasar la tarde al centro de la ciudad, que Hugo Montoya la había invitado en varias ocasiones a tomar un café o un bocado en uno de los cafés a los que a ella nunca la habían dejado entrar, que le había dicho en varias ocasiones que una mujer tan bella como ella no debería llevar los harapos de una criada cualquiera ni el peso de un marido muerto en la espalda. Así que cogió el único vestido bueno que tenía, que, a pesar de ser el mejor, nunca podría parecerse a ninguno de los que la señora Úrsula llevaba, y se dispuso a salir.

—¿Te has olvidado de él, mamá?

Tropezó contra la silla.

—Nunca podré olvidarme de tu padre. Además, esto no significa nada. Solo quiere invitarme a un café porque le doy pena.

—¿Y yo no le doy pena? ¿Podría invitarme a mí también? —dije sin saber por qué.

—Me voy, Miguel, no le hago daño a nadie. ¿Tanto es pedir que te alegres por mí?

Agaché la cabeza; tenía razón.

—Lo siento, mamá. No quería decirte esto. Creo que aún sigo pensando que papá entrará por la puerta y nos llevará a casa de nuevo.

Se sentó frente a mí y puso su mano sobre mis rodillas.

—Te quiero, hijo. Yo también lo echo de menos, y también lo sigo queriendo.

Su mirada se hundió en el suelo. Me dio un beso y se marchó.

Me asomé a la ventana y los vi alejarse hasta donde les esperaba el coche. Él le había tendido su mano, pero ella rehusó tomarla. Alguien llamó a mi puerta. Ignoré la primera llamada y me quedé frente a la ventana hasta que desaparecieron. Llamaron de nuevo. Abrí la puerta, y Daniela la empujó.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Aburrida.

—Ya no me acuerdo de la última vez que estuve aburrido.

—Pues yo me aburro siempre que no estoy contigo. Mi madre nunca me cuenta los cuentos que tú me cuentas.

—Será porque me los invento sobre la marcha.

—Mentiroso.

—Es cierto. Cuando te los empiezo a contar, ni siquiera yo sé cómo van a acabar.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues son todos iguales. El bueno le gana al malo.

—Eres una niña muy lista.

Sonrió levemente.

—¿Qué te pasa? Ven, siéntate a la mesa, seguro que tienes hambre.

Se sentó en la que sabía era mi silla y dejó sus piernas balancearse. Le tendí un vaso de leche. Lo apartó de ella y sacó de su bolsillo un cigarro medio aplastado y una caja de cerillas. Sin dejar de mirarme lo encendió. Se lo quité de la boca.

—Es de mi madre.

—No deberías habérselo quitado.

—No se va a enterar.

—Me da igual, no está bien.

Me quedé mirándolo y al final me lo llevé a la boca. No me gustaba el sabor, pero tendría las manos y, tal vez, la mente ocupada. Una arcada subió de mi estómago. Daniela me dijo que estaba blanco, que fumar no me sentaba bien.

—¿Sabes? Esta mañana había una cría de gorrión muerta en el jardín. Lo he enterrado. Pobrecito. Me ha recordado a cuando se murió el bebé de la Lourdes. Era tan pequeñito. Parecía de juguete. Mi madre dice que su madre lo dejó que se muriera.

—¿Lourdes? ¿La que va siempre detrás de la señora?

—Sí, esa, la Señorona, así la llama mi madre, pero me ha dicho que no se lo diga a nadie, que si la Señorona se entera la echarán y tendremos que pedir en las puertas del Pilar.

—No se lo voy a decir a nadie. No te preocupes.

—Menos mal que se me ha escapado estando contigo y no se lo vas a decir a nadie... Porque como se entere alguien que lo he dicho... Bueno, pues al gorrioncillo le he hecho una cruz con dos ramitas pequeñas y le he puesto un caracol encima.

—¿Para qué?

—No lo sé, por poner, por si se despierta, que vea que hay un caracol vivo cerca de él y que no está muerto.

—Has hecho bien —dije.

—No lo sé, a lo mejor si se despierta se asusta.

—No importa, sea lo que sea, has hecho muy bien.

—¿Sí? ¡Qué bien! Me alegro por el gorrion. Pobrecita su madre.

—Pues sí, pobrecilla.

Nos quedamos callados durante un rato.

—¿Me cuentas algo?

—¿Sobre qué? ¿Sobre las habitaciones que he limpiado hoy?

—No, un cuento.

—¿No dices que mis historias son aburridas?

—Son mejor que nada.

—¡Vaya público!

—No es eso.

—¿Entonces?

No sabía por qué me molestaba tanto que una niña de cuatro años criticase mis historias.

—Me gustaría escribir mis propios cuentos —confesó.

—Pues hazlo. Seguro que son mejores que los míos; total, son todos iguales.

Agachó la cabeza.

—A ver, ¿qué te pasa ahora?

—No sé leer.

Me recordó a mi madre. Se me quedó mirando desafiante, pidiéndome que no me burlase de ella.

—Si quieres, puedo enseñarte.

—¿Eres profesor?

—De acuerdo, no te enseñaré.

—Yo no he dicho eso.

—¿Y qué has dicho, entonces?

Había ganado la batalla.

—Está bien. Te permitiré que me enseñes a leer.

Esa frase de niña creída e impertinente me hizo recordar a la vecina con la que me besaba a espaldas del mundo en las sombras de un portal, de la que ya no recordaba su nombre. No me enfadé con ella. Seguramente lo único que le quedaba era un mínimo de orgullo que quizás nunca había tenido realmente.

—¿Y cuándo quiere la señora que empiece con las lecciones?

—Ahora.

—Ahora no tengo ganas de hacer nada, solo de descansar.

Nos quedamos en silencio. La silla crujía con el vaivén de sus piernas. Me estaba poniendo histérico.

—Está bien, coge un papel del cajón, pero tienes prohibido hacer ruido.

—Lo que su señoría el profesor diga.

—No soy señoría.

—¿No se les dice eso a los profesores?

—No, creo que eso se les dice a los alcaldes o algo así.

—Ah.

Media hora más tarde había aprendido la a, la e y la i. Dos horas más tarde había aprendido las minúsculas de la a a la f y todas las vocales. Se enfadó conmigo cuando le enseñé a leer algunas palabras enteras con aquellas letras. *Fea, baba, ácida...*

Me había olvidado por completo de Hugo Montoya y de mi madre cuando esta entró. Estaba sonriendo, y parecía no darse cuenta de ello.

—Buenas noches, señora Valentina —saludó Daniela.

—¿Qué tal habéis pasado la tarde?

—Miguel me ha estado enseñando a leer. Así podré escribir cuentos de hadas y princesas y diablos, y duendes y enanos y osos, y perros y gatos y...

—Ya, pequeña, te he entendido. Leer, ¡qué tontería! Deberías estar ayudando a tu madre en vez de dejar que mi hijo te llene la cabeza con letras inútiles que no te servirán nunca.

—Vamos, Daniela. Te llevo a casa.

Cogió los papeles que había usado y se los llevó con ella. Se cogió de mi mano.

—Adiós, señora Valentina.

Salimos al pasillo. La única luz que había era una bombilla descubierta que colgaba del techo.

—No debes hacer caso de lo que te ha dicho.

—¿No?

—No. Te enseñaré a leer bien. Así tal vez un día puedas dejar todo esto.

No sabía si hablaba por ella o por mí. Tiró de mi brazo y me dio un beso demasiado cerca de los labios. Entró en su piso y me dijo que mañana por la noche, si no estaba muy cansado, vendría a mi casa para que le siguiese enseñando.

Cuando llegué a mi piso, mi madre ya se había quitado el vestido.

—¿A qué huele aquí? —preguntó.

—Yo no huelo nada.

No me había acordado de abrir la ventana para dejar que el olor del cigarrillo se fuese.

El invierno frío y sacudido por el fuerte viento dio paso a una primavera demasiado calurosa en la que ni siquiera las flores podían luchar contra el calor agobiante y pegajoso. Hubo que esperar a que entrara el verano para ver las primeras lluvias y tormentas, que acometieron con fuerza durante semanas enteras. Daniela era una buena alumna que se esforzaba en aprender. Los cigarrillos de su madre se habían transformado en nuestro trueque privado. Ella me los daba y yo le enseñaba, aunque le hubiera enseñado igualmente sin cigarrillos. En un solo mes había comenzado a leer a una velocidad de vértigo, y cuando ya no necesitaba mi ayuda para hacerlo, le enseñé los números, a sumar y restar, la tabla de multiplicar y dividir. Pensé en que nunca me había gustado la escuela y que ella la hubiese aprovechado mucho mejor que yo. Con la propina que me daba mi madre me compraba algún corte de helado de vez en cuando. El resto lo ahorré para comprarle una muñeca de trapo y cartón a Daniela. Ella nunca había tenido juguetes. No encontré palabras para describir su rostro cuando la vio. Parecía tener un tesoro entre las manos. Me abrazó más fuerte que nunca, diciendo que ojalá fuera su hermano mayor. Los enemigos que me había ganado sin ningún esfuerzo acabaron cansándose y me dejaron en paz al ver que no nos echaban. Mi madre seguía trabajando en la casa, al igual que yo, pero su día libre lo dedicaba a Hugo, que se empeñaba en invitarla a comer o cenar. Hugo no me invitó a ir con ellos en ninguna ocasión, pero no se olvidaba de mí. Sabía mi afición a la escritura y me compraba continuamente papel y estilográficas, que me daba miedo usar por temor a romperlas. Una mañana se presentó en nuestro piso con una máquina de escribir en las manos y me dijo que era para mí. Ambos se lo agradecemos, pero cuando salió del piso, mi madre se volvió hacia mí y observó la máquina con desprecio.

—No tenías suficiente con escribir en el papel. Sabes que no me gusta, Miguel.

—Ve acostumbándote, mamá. A mi padre le gustaba que escribiese, y no le hago daño a nadie.

Llevaba demasiado tiempo permitiéndome escribir. Aquellas palabras no me extrañaron. Y también sabía que me dejaría usar la máquina para que, aunque solo fuera por ello, Hugo pudiera comprobar que agradecía su regalo haciendo uso de ella. Por una vez gané yo.

Un día Hugo cogió su vestido y lo lanzó a las llamas. Una hora después le había traído tres vestidos cuyo precio se me escapaba del pensamiento. Dejaba ramos de rosas blancas sobre su cama y nos compraba pasteles.

—Come, Miguel, come, que si te ven por ahí, se van a pensar que os matamos de hambre —solía decirme Hugo.

Le regalaba perfumes y alguna joya que mi madre se ponía cada vez que salía con él a tomar algo. Había tirado el viejo sofá y las camas y nos había regalado otros nuevos. Se deshacía en buenas palabras con mi madre, que aceptaba tímidamente, y a mí me regalaba juguetes de madera.

Mi madre se había transformado en una especie de fantasma para mí. La veía durante el desayuno de diez minutos y durante la cena de veinte. Luego nos íbamos a la cama y al día siguiente se repetía lo mismo. Ella intentaba entablar conversaciones conmigo que yo no tenía la más mínima gana de seguir. Me contó que había hecho amistad con una de las criadas. Compartían sus tareas y pasaba más horas con ella que conmigo. En los meses que llevábamos en esa casa, mi madre había empezado a tratarme como un hijo, pero para mí era demasiado tarde. Había tardado trece años, desde que vine al mundo, en tratarme como me hubiese gustado que lo hiciera, y una sospecha dentro de mí me decía que simplemente lo hacía para que olvidase algo más rápidamente la ausencia de mi padre, mientras ella intentaba llenar el vacío que él había dejado. Pero era imposible. Durante años, mientras mi padre me animaba a escribir y leer, tuvimos que guardar el secreto. Mientras mi padre me besaba cada noche, ella daba un portazo. Cuando había intentado contarle cómo me iba en la escuela, me dedicaba un gruñido que tal vez ni siquiera fuese para mí. Cuando se sentaba a coser y yo comenzaba a contarle cualquier cosa, me decía que la dejase tranquila. Ahora me dedicaba a escribir el día que tenía libre, aunque estuviese delante de ella, y no me decía nada.

Lo que yo nunca le dije era que esa amiga suya era el periódico local del tercer piso de la casa y les contaba a todas lo que ella le confiaba. De esto me enteré porque la madre de Daniela no se quedaba al margen de las noticias, y era ella quien luego me lo contaba todo. Así fue como me enteré de que se dejaba manosear por Hugo. Daniela había oído a su madre hablar con Gabriela, la amiga de mi madre, sobre que mi madre y Hugo, en más de una

ocasión, se habían escondido en el dormitorio del señor y habían salido horas después, y que ella había descuidado todas sus tareas por él. También comentaban que Hugo siempre había tenido debilidad por las mujeres vestidas de doncella con faldas fáciles de levantar, por las mujeres que no eran de su clase. No era la primera vez que salía a cenar con alguna de las criadas, pero cuando la noticia llegaba a oídos de Úrsula, acababan despedidas, sin posibilidad alguna de permitirles una disculpa seria para ser readmitidas. Sin embargo, parecía que su hijo no mostraba ningún interés por las mujeres de su nivel, aunque las tenía a docenas, según decían. Su madre había dedicado años de su amor y su paciencia a buscarle una mujer lo suficientemente buena para él, pero Hugo siempre decía que ninguna de ellas sabía agradecer las bondades y buenos modales que les mostraba, que estaban demasiado acostumbradas a ellos y que se creían que eran los hombres los que debían estar a sus pies. Esto no ocurría con las criadas. Siempre rodeadas de trabajo y sin estar acostumbradas a ningún tipo de lujo o delicadeza, cuando Hugo las cortejaba sabían agradecerse como se merecía. Ahora Hugo tenía cuarenta y dos años y seguía soltero, para dolor de cabeza de su madre. Así que cuando se enteró de la noticia de que andaba por la casa con Valentina, hizo oídos sordos y dejó que jugara con ella, pues eso era lo que habían sido todas, al fin y al cabo. Lo que ella no sabía es que él también se había cansado de jugar con los traseros ajenos y se había encaprichado verdaderamente de mi madre. El tiempo pasaba y los rumores no dejaban de crecer y repetirse.

—Mi madre me ha dicho que hoy el señorito don Hugo le ha regalado a tu madre unos pendientes que brillaban como diamantes —decía Daniela.

—No digas tonterías y concéntrate en la multiplicación, la has hecho mal.

Aquella situación era agobiante. Mi madre no lo sabía, y seguramente tampoco se hubiese preocupado, pero yo me había convertido en el centro de burla del resto de los sirvientes.

—¿Cuánto le paga a tu madre por sus servicios? —decía uno.

—Si no es muy cara, que se pase luego por mi cama —añadía otro.

—¡Esa! ¡Pero qué va a ser cara esa, si se los echa gratis!

—¿Por qué no nos aclaras una cosa? ¿Tu padre tenía cornamenta?

—Sí, del tamaño de un alce —contestó otro.

Un estruendo de risas estalló haciendo temblar la bombilla que se balanceaba en el techo. Solía ignorar sus comentarios, pero aquel no lo podía dejar pasar. Me levanté y me dirigí hacia ellos sin dejar que la expresión de mi cara delatase lo que iba a ocurrir. Me abalancé sobre el que llevaba la voz

cantante y le propiné un puñetazo con el que conseguí partirle la nariz. Sin dejarle reaccionar, le di una patada en el estómago y otro puñetazo en la boca. Comenzó a sangrar, pero yo no podía parar. Los otros chicos se habían ido, pero no tardaron en aparecer acompañados de sus padres. Me apartaron de él. Su padre me dio un puñetazo en medio de la cara, que hizo que me sangrara la nariz y me amorató el ojo. A su hijo se lo llevaron escaleras abajo y a mí me dejaron en el pasillo. Me apoyé contra la pared, me senté en el suelo y comencé a llorar. Daniela había despertado de su siesta con los gritos y me miraba desde el umbral.

—Vete —le dije.

Ignorando mis palabras, se acercó a mí, me examinó y me dijo que no creía que la nariz estuviese rota. Tomó mi mano, pero la aparté.

—Si no me dejas que te ayude, vas a morirte aquí como un cerdo, desangrado. ¿Quieres que hagan morcillas contigo? Y no tengo ganas de que tu fantasma venga a hacerme visitas.

Me tendió la mano de nuevo y la acepté. Me llevó a su piso y cerró con llave. Me sentó en un taburete en el centro del baño y corrió a coger alcohol y algodón.

—Te va a escocer.

—No importa.

Dejé que me curase en silencio, sintiendo el escozor del alcohol y la suave presión del algodón.

—Abre la boca.

—¿Para qué?

—Ábrela.

Obedecí.

—No tienes ningún diente roto.

—Ya lo sabía.

—La nariz tampoco está rota.

—¿Estás segura?

—Sí. Si la tuvieras rota no hubieras podido dejarme que la tocara. Ya estás listo.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Mi madre, la he visto curando a los hijos de los criados alguna vez. A lo mejor podría ser médico.

—Gracias.

Nos sentamos a cenar en silencio. A mi madre le habían contado que su hijo había pateado a Raúl porque le había salido de las narices. Pero las acusaciones no llegaron a los oídos de Úrsula. La relación entre mi madre y Hugo, sin saberlo, nos había protegido, pues si la versión que le dieron a mi madre hubiera llegado a sus oídos, Hugo seguramente se habría encargado de que los mandasen a la calle sin molestarse en saber si era cierta. Las miradas escurridizas que mi madre me lanzaba aumentaban la rabia que llevaba dentro. Dejó el tenedor bruscamente sobre la mesa y me ordenó que la mirase.

—¿Por qué lo has hecho?

Continué comiendo, intentando ignorarla.

—Podrían echarnos a la calle.

—Sabes que eso no es cierto.

Levanté la vista. Sin darme cuenta, había comenzado a presionar los cubiertos con el puño.

—¿Por qué lo has hecho? —repitió.

—No vas a molestarte en preguntarme qué ha pasado, ¿verdad?

—Me han informado muy bien.

—¿Y qué te han dicho sobre mi cara?

—¡Lo hizo para defenderse!

—Fue su padre quien me pegó.

Suspiró y se puso en pie.

—¿No puedes dejar de mentir? Te pasas todo el día inventándote historias y las escribes sobre el papel, y ni siquiera así tienes suficiente.

—¿Eso es lo que crees?

—Todos los libros son mentira, invenciones de mentes enfermas. Nadie que esté en plenas facultades cambiaría una vida normal para quedarse encerrado en un cuarto e inventar.

—Tal vez esas invenciones me alejen de aquí, tal vez esos mundos que imagino y sobre los que escribo son el único respiro que me queda solo para mí.

—Estás loco. No debí dejarte escribir. Nunca.

—¿Quieres saber lo que ha pasado? ¿Quieres escuchar mi versión? Esos gilipollas te han llamado «puta». Saben lo que pasa con Hugo, y yo también. Todos, absolutamente todos lo saben.

—No es ningún secreto que vaya con él a tomar algo en mi tarde libre —dijo mientras se acercaba a la ventana dándome la espalda—. ¿Por qué habrían de llamarme «puta»? Te lo estás inventando todo, ¡maldito!

—No, por supuesto que no es ningún secreto, y las noches que pasas con él en su dormitorio tampoco. Ni las joyas que te regala.

—¿De dónde has sacado esas historias?

—Es la prensa rosa diaria de la tercera planta de la mansión. ¿De verdad vas a decirme que no lo sabías, madre, que no sabías que todo el mundo te llama «puta»? Hoy me han preguntado cuánto cobras por el servicio, madre, porque, si no eres demasiado cara, tal vez te contraten.

—Eso es mentira —susurró.

—Sabes que no, madre. ¿Dos años es lo que has tardado en olvidar a mi padre?

—No lo he olvidado.

—Por supuesto que no. Buenas noches, madre.

Apagué la luz y me tumbé en la cama. Minutos después sentí como se sentaba a mi lado y me acariciaba el pelo. Oí su suave y lenta respiración en la penumbra.

—Nunca podré olvidar a tu padre, cariño. Pero hacía mucho tiempo que no me sentía bien conmigo misma, y él consigue que me olvide de todo ello. Consigue que no me sienta miserable, otra viuda más en el mundo, otra vulgar sirvienta más. Hugo es bueno conmigo, y también lo es contigo. Lo sabes.

—Supongo.

—Hasta te ha regalado una máquina de escribir, y cara. Te quiere.

—Dudo que su afecto llegue a tanto.

—Me lo ha dicho él mismo. ¿Por qué si no iba a regalarte todas esas cosas? Te siente su hijo.

Reí.

—No me digas. Y a ti te considera su mujer, ¿no?

Al oír mis propias palabras en voz alta, el corazón me dio un vuelco. Me volví e intenté distinguir su cara en la negrura.

—Me lo ha pedido esta tarde.

Sentí el impulso de escupirle en la cara.

Segunda parte
Muerte

1

Desde el día siguiente a la noticia, Úrsula nos instaló en las habitaciones que hasta ese día estábamos limpiando. Yo mismo había cambiado las sábanas de mi nueva cama el día anterior. Mi madre dormiría en la habitación de Hugo. A pesar de la sorpresa que se llevó la señora Úrsula, a las ocho en punto de la mañana llamó a nuestra puerta. Le dio dos besos a mi madre y encargó que una de las sirvientas preparase un baño para mí y otro para ella. Antes de pasar a formar parte de su familia, debíamos ser despojados de nuestra vida anterior. Eso se tradujo en que nuestras ropas y zapatos sirvieron para alimentar el fuego. Llamaron al peluquero de la señora y al costurero de confianza de la familia.

—Este pelo es indomable —dijo el peluquero.

—Corta todo lo que sea necesario —ordenó Úrsula.

Después de tomarme medidas y dejarme un peinado ridículo, desaparecieron. La señora Úrsula me trajo ropa que guardaba como recuerdo de cuando Hugo había sido niño hasta que me trajeran la mía. Cuando dije que iba a ver a Daniela, no me dejó.

—Un señorito jamás en la vida debe ser amigo de una criada. Jamás —me advirtió la señora Úrsula.

—¿Y Hugo?

Me dio una bofetada y me dijo que no volviera a comparar una cosa con otra, que Daniela era una niña andrajosa y huérfana de padre, con un futuro tan negro como el carbón si su madre no la enseñaba a limpiar y servir bien. No pude evitar responder.

—Pues mi madre es viuda, así que no alce usted mucho la voz porque será motivo de risa.

Me dio otra bofetada, que ya esperaba recibir, y me marché. Hugo se rio de la noticia, pero mi madre me exigió que pidiera perdón a Úrsula. No sé por qué lo hice.

De la noche a la mañana habíamos pasado de ser unos sirvientes más a ser servidos. Me quedé a solas en mi nuevo dormitorio, viendo llegar mi nueva vida con resignación. Me asomé a la ventana y vi a los jardineros

arreglándolo todo para el gran día. Me senté frente al escritorio, con la máquina de escribir mirándome. Llevaba tanto tiempo, tantas horas al día limpiando, que ahora no sabía qué hacer. Me tumbé en la cama enorme, blanda, cálida. Miré al techo. Nunca me había fijado en los ángeles dibujados allí. Decidí salir a dar un paseo para explorar la casa sin ojos de criado, intentando no fijarme en cómo debían estar colocados los paños de media sobre las mesitas y los muebles. Me encontré a Úrsula dando órdenes en una habitación que no se había usado en todo el tiempo que llevaba allí. Era la habitación en la que se celebraría el banquete. Había gente corriendo por todas partes. La señora chocó contra la mesa en el centro de la sala y tiró un jarrón al suelo. Me apresuré a recogerlo y me dio un manotazo.

—Ese ya no es tu trabajo.

—Discúlpeme.

Me observó detenidamente.

—Creo que tengo mucho más trabajo que hacer contigo que con la organización de la boda. Sígueme.

Salió al pasillo. Su vestido se arrastró por la alfombra del corredor. Bajamos a la primera planta y entramos en la sala de estar más pequeña de la casa, que, a pesar de ello, era más grande que el que había sido mi piso hasta ese día. Nos sentamos en los sillones y comenzó su discurso.

—Lo primero que debes saber es que el señorito no recoge lo que se cae al suelo o se rompe. Llama a un sirviente y será él quien lo recoja. Debes sentarte erguido y nunca dejarte caer sobre la silla o el sofá. Debes llamar a los criados alzando la mano suavemente y levantando el índice y el dedo medio. No debes permitir que cuando se dirijan a ti te miren directamente a la cara. No olvides que tú eres su sustento. Cuando estés en la mesa, no debes coger la copa de agua o de vino con todo el puño, debes hacerlo con el pulgar y el índice. Los cubiertos se usan desde el extremo hasta el plato y no al revés. Los cubiertos nunca deben tocar el pan. La mantequilla se extiende de dentro afuera, no metas la pata en eso...

Veinte minutos después me descubrí a mí mismo asintiendo con la cabeza cada pocos segundos, muy lejos de allí y de sus explicaciones. Pensé en lo que estaría haciendo en ese instante si mi padre no estuviese muerto. Seguramente estaríamos en la tienda, tal vez compartiendo una cafetera italiana con Vicente y discutiendo sobre los progresos de mi futuro literario. Me sorprendí sonriendo, recordando las tardes con Adelaida y su absurda obsesión por visitar el cementerio de noche, la historia que Emilio nos contó sobre los

Sanpedro, los guisos que la señora Susana nos hacía, las tardes y las mañanas con mi padre... Una lágrima había empezado a caerme del ojo sin darme cuenta, al tiempo que sonreía. La primera noción que tuve de que no estaba en la tienda fue cuando la señora Úrsula sacó su pañuelo del bolsillo para secarme la gota y sentí sus fríos dedos abriéndome el ojo y preguntándome si me había resfriado.

—Creo que por hoy está bien la lección. Vete a tu dormitorio, y procura no meter la pata con tus modales.

—¿Dónde está mi madre?

—Está con tu padre, eligiendo las invitaciones. Será mejor que no los molestes.

—No es mi padre —dije desafiante.

—Como si lo fuese. Falta un mes para la boda, y entonces sí será tu padre.

—Mi padre está muerto, pero eso no hace que deje de serlo.

—Tu padre es quien yo te diga; en este caso, Hugo. Y será más fácil para todos, y sobre todo para ti, cuanto antes te acostumbres a ese hecho. Vete a tu habitación.

Me puse en pie y me paré en la puerta.

—Puede decir lo que quiera, pero sé muy bien quién es mi padre, y Hugo no lo será nunca.

Apenas llevaba unas horas en mi nueva condición y ya estaba hartito. No podía tocar nada, no podía hablar con nadie y ni siquiera podía decir en voz alta quién era mi padre. Subí las escaleras, llamé a Daniela, la cogí de la mano y me la llevé a mi dormitorio.

—¡Vaya cuadra te has echado! —dijo tumbándose en la cama de golpe.

—Sí, ya ves...

—¿No te gusta?

—No sabría explicarte bien cuál es mi situación ahora mismo, Daniela.

—Si no te gusta, yo te la cambio.

Nos miramos y nos reímos.

—Explícame tu situación como si fuera un cuento. Seguro que así sí que puedes.

Calibré durante unos segundos.

—En el cuento de mi vida, habría una bruja. Vamos a llamarla Úrsula. — Me mostró una sonrisa burlona—. Y un ogro. Llamémoslo Hugo.

—Hugo no es un ogro contigo.

—Es un cuento.

—Vale, sigue.

—El ogro se encapricha de una...

—¿Ninfa? Mi madre dice que las ninfas son como las hadas, pero más guapas y con más poderes, que vivieron hace mucho tiempo.

—No, de una bruja disfrazada de hada.

—No me gusta este cuento, no lo entiendo.

—Te dije que era difícil de explicar.

—¿No te gusta esto, verdad?

—No, Daniela. Nada de esto debería estar pasando. Yo tendría que estar en la tienda, con mi padre. Escribiendo alguna historia, y no aquí, vestido de arlequín.

—No vas vestido de arlequín, tonto. Vas de señorito.

—Pues eso, de payaso. Este mundo no está hecho para mí, y para mi madre tampoco. Aunque ella crea que sí.

Se levantó y se acercó a mí, puso su mano sobre mi hombro y me miró con la expresión que me dedicaba cada vez que quería decirme algo importante.

—Miguel, no te preocupes por nada, yo seguiré siendo amiga tuya. Además, aún no sé dividir con decimales.

Sonreí mirándola, y me llamé egoísta por dentro. Yo tenía lo que todo el mundo deseaba, lo que Adelaida hubiese deseado para ella, con un armario lleno de vestidos.

Si ese mes había sido agitado, el día de la boda se había transformado en un terremoto humano. Todo el mundo corría escaleras arriba y abajo para que todo fuese perfecto. Habían comprado farolillos y los habían esparcido por todo el jardín para cuando el sol desapareciese. Mi madre se había encerrado en su habitación con un ejército de sirvientas, habían llamado al peluquero, al costurero, por si salía algo mal a última hora, y a una mujer que parecía haber salido de un cabaré y que, según me dijeron, iba a dejar a mi madre tan hermosa como una rosa recién cortada. Daniela había salido a buscarme. Úrsula, de una bofetada, la había mandado a su habitación.

—Señorito, te he dicho muchas veces que no debes hacer amistad con los criados.

—Ella no es criada.

—Cuando cumpla los seis años lo será. No vuelvas a hablar con ella, te lo prohíbo.

A la boda celebrada en el Pilar solo asistieron los novios y la familia del novio. La cena estaba ordenada para las nueve. A las ocho debían empezar a llegar los invitados. Después de ver un montón de caras que no conocía, ver aparecer a Bruno acompañado de Claudia me pareció un espejismo. Yo estaba dando vueltas por la sala de la cena cuando los vi aparecer.

—¡Señorito! —gritó Claudia—. Pero, fíjese, está hecho un pincel.

—Buenas noches a los dos —dije algo avergonzado por mi aspecto.

—Hola, Miguel. Te sienta bien el traje.

—No se ría de mí, Bruno.

—No lo hago.

—¿Les acompaño a la mesa para que se sienten?

—Sí, por favor.

—¿No es tu uniforme un poco exagerado para camarero? —aventuró Claudia.

Entonces caí en la cuenta de que ellos no conocían el nombre de mi madre y, por lo tanto, al leer la invitación, no sabían quién era realmente la novia.

—No soy camarero, es mi madre la que se casa con Montoya.

Ambos se miraron perplejos.

—Es la primera noticia que tengo —dijo Bruno.

—Al final lo ha conseguido —añadió Claudia.

—¿Qué ha conseguido?

—Hugo siempre decía que no se casaría con ninguna de las señoritas que su madre le presentara.

—Ah, eso sí.

—Y tú, ¿cómo llevas la historia de que tu madre vuelva a casarse?

Me encogí de hombros.

—Al principio no lo entendí. Pero supongo que es normal. Mi padre lleva más de dos años muerto.

—No se preocupe usted, señorito, que es lo más normal del mundo. Cuando una mujer viuda joven y guapa, normalmente vuelve a casarse.

—Muy cierto —añadió Bruno.

—¿Cómo saben que mi madre es guapa si no la han visto?

—Conociendo los gustos de Montoya, seguro que lo es.

Los recién casados aparecieron por la puerta y todos aplaudieron. Se dirigieron a su mesa, y el resto hicimos lo mismo. A mí me habían acomodado al lado de los hijos de los invitados. Ellos ya se conocían.

—¿Tú eres el hijo de la novia, verdad? —me preguntó uno de los chicos, que me sacaba una cabeza.

—Sí.

—Dicen que tu madre es viuda.

—Es cierto.

—¿No tienes más hermanos? —preguntó la más pequeña.

—No.

—¿Cuánto lleva muerto tu padre? ¿De verdad eras pobre? Me han dicho que tu madre y tú pedíais limosna antes de venir a vivir a esta casa como criados. ¿Es cierto? Mi padre dice que un rico no debería casarse con un pobre, que ensucia la sangre.

Úrsula me había enseñado buenos modales para estar a su altura, pero resultó que mi padre me había proporcionado más educación que la que entre todos ellos hubiesen podido reunir.

—En realidad, mi padre no está muerto, solo que mi madre no podía casarse si ya lo estaba, por eso se inventó la historia de su muerte. Lo único que mi madre quiere de Hugo es su dinero y, cuando lo tenga, nos marcharemos con mi padre. Es un jeque árabe que nada en petróleo y dinero. Ahora mismo está negociando en la India para adquirir las escrituras del Taj Mahal.

No me preguntaron nada más durante toda la cena. Después de los postres sirvieron licores para los adultos y sidra asturiana para los niños. Bruno Sanpedro apenas había gastado conversación durante la cena con nadie que no fuese Claudia, que se había apoderado de una botella de champán y, a excepción de una copa para Bruno, se la había bebido ella sola. Vi como uno de los invitados se acercaba a él y le estrechaba la mano. Lo había visto alguna vez, estaba seguro de que le había servido en alguna ocasión en la que había sido invitado a cenar.

El baile había comenzado hacía más de una hora y yo seguía sentado en mi sitio. Me divirtió ver a Claudia y Bruno bailando juntos. Tras haber construido cinco castillos diferentes con los terrones de azúcar y haber agrupado todas las migas de pan, Hugo se acercó y se sentó a mi lado.

—Hijo mío, ya somos oficialmente familia. Bienvenido a la estirpe de los Montoya.

—Gracias —dije sin ganas.

Encendió un puro y me lo tendió.

—Para que celebres tu nueva vida. Ahora nada será como antes, hijo. Ahora, cuando necesites algo, simplemente pídelo.

—Gracias —repetí.

—Ya sabes que tu madre y yo nos vamos de luna de miel mañana por la mañana. Mientras estemos fuera, vivirás aquí, y a nuestro regreso nos mudaremos a mi casa.

—¿Dónde está?

—Cerca de la plaza de los Sitios. Te gustará, ya verás. Hay un montón de habitaciones donde poder jugar al escondite.

—¿Yo solo?

—Te buscaremos un compañero de juegos, eso no es problema. Ahora nada supondrá un problema. Disfruta del puro, he de atender a los invitados.

¿Compañero de juegos? De qué narices estaba hablando. Metí el puro en la copa de agua, cogí un ramo de rosas rojas y salí de allí. Subí las escaleras y llegué al tercer piso. Como me esperaba, Daniela estaba sola en su piso. Le tendí el ramo y me dio un beso. Nos sentamos en el sofá y comenzó a leerme un cuento.

—¿Sabes? Antes he visto el fantasma de una niña en la verja del jardín.

—¿Un fantasma en la verja? Aquí hay fantasmas a montones, están con los novios, abajo.

—Sí. Normalmente son mendigos que se acercan al ver la fiesta —dijo ignorando mi comentario—, a ver si alguien les da algo. Pero nunca había visto a una niña fantasma.

Se puso en pie y se asomó por la ventana.

—¿Ves?, ahí está.

Me acerqué y observé a lo lejos durante unos segundos. Era Adelaida. Cogí a Daniela de la mano y corrimos escaleras abajo. Atravesamos el jardín y llegamos a la verja. Solo entonces, con Adelaida frente a mí, me di cuenta de que aquella persona que me había resultado familiar no era otro que Enrique Cristo.

—Tengo miedo, me quiero ir —dijo Daniela tirando de mi mano hacia atrás.

—No es un fantasma, es una amiga.

—Ah.

—¿De qué vas vestido? —preguntó Adelaida.

—De rico. Ahora es rico —respondió Daniela.

—¿Es cierto?

—No le hagas caso.

—Es verdad —afirmó Daniela con talante serio y seguro.

Adelaida me miró y arrugó las cejas.

—No te preocupes, no he aprendido a morder —dije.

—Humm...

—¡Miguel! Ya había perdido la esperanza de verte. Hemos llamado, pero no nos han dejado entrar —dijo Emilio.

—¿Emilio? ¡Emilio! ¿Qué hacéis aquí?

—Por lo visto ahora es rico —dijo Adelaida.

—Imagino; la boda se anunció en los periódicos. Nombraron a tu madre. Pero supongo que decidieron ahorrarse hablar de su condición de doncella y viuda en el reportaje de la boda.

—¿Y tú no lo sabías, Adelaida? Siempre le estás leyendo los periódicos a tu abuelo —dije triunfante.

—Mi abuelo murió hace un año. Tal vez si no estuvieses muy ocupado haciendo cosas de niño rico hubieses venido a visitarnos y lo sabrías.

—Hace un año lo único que hacía era limpiar esta casa. La boda se planeó hace un mes, para mi sorpresa.

—Vamos, chicos, dejad de discutir, no hemos venido aquí para eso. ¿Recuerdas? —cortó Emilio.

—Sí, claro.

—Vamos, Miguel —dijo Emilio cogiéndome del brazo.

—Siento lo de Crescencio.

—No importa, hace mucho tiempo.

Adelaida había estado conmigo en la muerte de mi padre, y yo ni siquiera sabía de la de su abuelo. Me vendaron los ojos y me llevaron de las manos.

—¿Dónde vives ahora? ¿Con Emilio?

—Estoy viviendo en un colegio. El Gobierno se hace cargo de mí.

—¿En un colegio de monjas?

—No. En uno con profesores. No son malos. Cuando ha venido Emilio a buscarme no han puesto pegatas.

—Es que saben reconocer la clase y las buenas formas donde las hay —dijo Emilio.

—Por cierto, ¿adónde vamos?

—Ya lo verás —dijeron Adelaida y Emilio al tiempo.

—¿Daniela? —pregunté sin saber si estaba allí.

—Aquí —dijo cogida de la mano de Adelaida.

—No te preocupes, ella también viene —añadió Emilio.

Caminamos durante menos tiempo del que me pareció. Cuando destaparon mis ojos, me encontraba en el bar de Emilio. Nunca me había alegrado tanto de ver la cabeza de toro colgando de la pared del bar. Había regresado a mi vida anterior, me sentía resucitar. La señora Susana había dispuesto una mesa para los presentes. Se apresuró a poner un plato para Daniela y nos sentamos alrededor de la mesa.

—Felicidades, Miguel.

Ellos sí se habían acordado de que era mi cumpleaños. El mismo día de la boda de mi madre.

—No todos los días se cumplen los catorce. Esto es de parte de todos.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —preguntó Daniela.

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No lo sé. Creo que quería que fuese mi madre la que se acordara, y no lo ha hecho.

—No te preocupes, Miguel —quiso tranquilizarle Emilio—. Se ha casado hoy, debe de estar muy emocionada con todo.

—Supongo.

—Toma —dijo Daniela dándome una piedra opaca verde oscuro.

—¿Qué es esto?

—Mi regalo. ¿A que es bonita? La encontré en el jardín.

—Me encanta.

Entre risas e historias de fantasmas que me inventé para mi público privado, el mejor público, pasamos la noche comiendo la tarta de chocolate y nata que Susana nos había hecho. Daniela se quedó dormida sobre la mesa, sujetando un trozo de tarta en la mano y con la cara llena de chocolate. Susana la despertó a las cuatro de la mañana y le limpió la cara mientras cabeceaba. Emilio la cogió en brazos y salimos a la calle. Llegamos al colegio de Adelaida poco después. Era un edificio antiguo con una verja que lo protegía. Las ventanas grandes y anchas no dejaban ver nada de su interior.

—Voy a sentarme en el banco mientras os despedís —dijo Emilio.

—Ha estado bien el cumpleaños —dijo Adelaida.

La vi más triste que nunca.

—Te echo de menos.

—Lo dudo.

—No digas eso.

—Si me echaras de menos, si nos echaras de menos, hubieras venido a vernos. Aunque ahora dudo mucho que tengas tiempo para hacerlo. Estarás muy ocupado dejando que te tomen medidas y probándote ropa.

—No es eso, es que no he podido venir.

—Por cierto, mi abuelo me dijo que me despidiera de su parte cuando te viese.

—Siento no haber estado contigo entonces.

—No, Miguel, no. Te has vuelto como ellos, no entiendes ni sientes nada. Abrió y comenzó a caminar hacia el interior del patio.

—Adelaida —llamé.

—¿Qué?

—Gracias por la sorpresa.

—No ha sido idea mía.

Vi como se alejaba y desaparecía.

Caminamos conversando. Daniela se agarraba a Emilio mientras dormía. Llegamos a la verja de la casa y nos quedamos unos segundos mirándola. Los grillos cantaban en el jardín, y las estrellas parecían brillar más que nunca. Se veía la silueta de los sirvientes limpiando los restos de la ceremonia.

—Hace un mes yo hubiera estado haciendo ese mismo trabajo.

—El destino te ha dado una oportunidad, Miguel.

—No necesitaba ninguna oportunidad, necesitaba a mi padre.

Me cedió a Daniela.

—No me dejan entrar. Tendrás que llevarla tú hasta la cama.

—Os echo de menos, Emilio.

—Y nosotros a ti, Miguel —dijo mientras me pasaba la mano por el pelo.

Miré de nuevo hacia la casa mientras Daniela empezaba a pesarme.

—No debería ser así.

—Nada es como debería ser. Ve acostumbrándote. Es ley de vida, como la muerte.

Me despedí de él y entré en la casa. Tumbé a Daniela sobre mi cama y me tendí a su lado. Poco a poco, mis ojos se cerraron.

Los gritos de Úrsula nos despertaron.

—¡Esto es inconcebible! ¡Fuera de esta habitación, víbora!

Daniela pegó un salto de la cama y esquivando la mano abierta de Úrsula salió corriendo por el pasillo. Oí sus pasos subir velozmente las escaleras.

—¿Dónde estuviste anoche, Miguel?

—En casa.

Verdaderamente, había estado en casa.

—¡No se te ocurra mentirme! ¡Tu madre estuvo una hora buscándote por todas partes!

—Estuve en el jardín, contando estrellas.

Su mano me golpeó con fuerza. Tras cinco bofetadas y mi misma versión de la historia, desapareció. Apenas la vi mientras mi madre y Hugo estuvieron fuera, pero cada vez que pretendía salir de la casa aparecía y me decía que si me atrevía a salir no volvería a entrar. Úrsula se había ocupado de que Daniela comenzase a trabajar en la casa y así evitar que pasase el tiempo conmigo. Pero yo le escribía historias con la máquina y se las colaba bajo la puerta cuando todos dormían. También había comenzado a escribir mi propia historia. Hablaba de mi padre y de mí. En raras ocasiones aparecía mi madre en el relato. Para mi sorpresa, los años de vida que había plasmado hasta el momento ocupaban doscientas páginas. Tal vez no fuese mucho, pero a mí me parecía revivir mi vida cada vez que las leía.

El mismo día que los recién casados regresaron del viaje de novios, Úrsula me montó en el coche y dio orden a su chófer de que me llevase a mi nueva casa. Cuando llegué, ambos me abrazaron y me llevaron a mi dormitorio. Estaba lleno de regalos que habían traído del viaje. No quería ninguno. Salí de mi cuarto en busca de mi madre. Llamé a la puerta de su dormitorio y nadie contestó. Recorrí la segunda planta buscándola y descubriendo las habitaciones. Era increíble el parecido que tenía esa casa con la de Úrsula. Bajé a la primera planta y vi a Hugo sentado en el sofá, pipa en mano, leyendo el *Heraldo*.

—Miguel, ¿qué tal? ¿Te gusta tu nueva casa?

—Sí, está bien.

—¿Y tus regalos? ¿Te gustan?

—Mucho, quería darte las gracias.

—De nada, no tienes que dármelas, recuerda que ahora soy tu padre.

Sentí una arcada subir desde el estómago al escuchar aquello.

—¿Dónde está mi madre?

—Aurora ha ido a tomar café con mi madre.

—No, digo mi madre.

—Sí, sí, tu madre, ¿no te lo ha dicho? No me gustaba su nombre, no le pegaba para llevar el apellido Montoya. Decidí que sería mejor Aurora Montoya que Valentina Montoya.

—Será porque mi madre no se llama Montoya, sino Álvarez.

—Desde que se casó conmigo se llama Aurora Montoya. Como tú, Miguel Montoya.

—No, Hugo, me llamo Miguel Campos, y siempre será así —dije sereno.

Me sonrió y dejó el periódico sobre la mesita.

—Ven, siéntate a mi lado.

Obedecí a regañadientes. Me observó detenidamente y bajé la vista hasta el suelo. No lo vi venir. Cerró su mano sobre mi nuca y sentí su aliento pestilente de humo sobre mi nariz.

—Escúchame bien, niño, solo te lo diré una vez más. Tu madre ahora se llama Aurora Montoya, tú te llamas Miguel Montoya, y ambos me pertenecéis. Sin mí no sois nada. Así que me obedecerás en todo lo que te diga. Asumirás mis palabras como si fueran del mismo Dios. Si te digo lámeme los zapatos, lamerás mis zapatos. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dije como pude.

—Os lo he dado todo a ti y a tu madre, y así seguirá siendo si me demostráis el respeto que me merezco. Os he permitido entrar a formar parte de los Montoya, una de las familias más poderosas de la ciudad. Os sacamos de la miseria en la que vivíais en vuestro piso, os dimos alojamiento, comida y trabajo. Si no fuera por la buena voluntad de mi madre, estaríais comiendo con las ratas. No se te ocurra llevarme la contraria o lo pagarás caro, te lo garantizo. ¿Has escuchado?

—Sí, señor.

—A partir de ahora me llamarás «padre». Vamos, quiero escucharlo.

Sus garras cada vez apretaban más. El dolor agudo llegaba hasta el final de mi espalda y se extendía hasta los codos.

—¡Dilo, vamos!

—Sí, padre.

Escupí esas palabras desde lo más hondo de mi odio y repugnancia. Me dejó caer al suelo de golpe.

—Si haces lo que yo te diga, todo irá a la perfección. Y creo que no hace falta explicarte qué pasara si te niegas a hacerlo.

Asentí con la cabeza.

—Tu madre me dijo que eres un negado para el estudio. Pues bien, dejarás de serlo. A partir de la semana que viene tendrás tutores que te enseñarán geografía, historia y todas esas cosas que se deben aprender. Como comprenderás, no puedo tener un hijo que sea medio analfabeto. Ahora, márchate. Ah, y, por supuesto, francés. Mi dinero sale de allí, y lo aprenderás a la perfección para cuando vayamos de vacaciones.

Me pregunté si estaría informado de que mi madre no sabía leer.

—Y una cosa más. Cuando no estés estudiando, procura no dejarte ver mucho por la casa. Estoy casado con tu madre, no contigo. No quiero verte corriendo por la casa. Apáñatelas como sea, pero procura que no te vea mucho.

Cuando me fui de allí todavía sentía sus uñas atravesando mi piel. Me refugié en el baño. Me limpié las heridas del cuello y comencé a llorar. Seguramente a mi madre la tenía tan engañada como a mí. Seguramente le había dado aquel discurso el día en que se marcharon de viaje. «Ahora me pertenecéis.» Era cierto. Le pertenecíamos.

Me convertí en una especie de fantasma en aquella casa. Aparte de las lecciones y las horas de estudio, solo estaba allí para comer, cenar y dormir. Las horas que tenía libres las pasaba en la biblioteca, en casa de Ana, con Emilio o con Bruno. Había ido en varias ocasiones a ver a Adelaida, pero no me lo permitieron. Pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, leyendo libros que ya había leído. La tienda de mi padre se había convertido en una sucursal del Banco Zaragozano. No pude evitar reírme cuando lo vi. Solía quedarme frente al escaparate, escondido entre los árboles. En una ocasión Vicente me reconoció y me hizo señas para que me acercase.

—Pues sí que has cambiado, ¡vaya traje que me llevas!

—Preferiría no hablar del tema.

—Está bien. ¿Por qué no vamos a la cocina y me cuentas qué es de tu vida?

—No hay mucho que contar.

Nos sentamos frente a la mesa, café y cigarrillo en mano.

—¿Sigues escribiendo?

—Sí. Sobre mi padre, sobre la tienda. Se podría decir que he escrito mi autobiografía.

—¿Y cómo te va a ti? ¿Cómo es vivir en una casa tan grande y llena de criados?

—¿Ya te has enterado?

—Bueno, Adelaida viene a visitarme de vez en cuando. Cuando la dejan salir.

—No sabía que la conocieses.

—Su abuelo venía al bar de vez en cuando. Es una niña muy lista.

—Sí que lo es.

—Y te echa de menos.

Esboqué una sonrisa sin apartar los ojos de la taza.

—Lo dudo. Está enfadada conmigo. Por no haberme enterado de la muerte de su abuelo.

—No podías saberlo. Además, no creo que esté enfadada contigo.

—¿Y ella? ¿Cómo está? He intentado ir a verla, pero no me han dejado entrar.

—Está bien. En el colegio le enseñan a coser, y todas esas cosas que se les enseñan a las mujeres. Pero creo que está demasiado triste, demasiado para una niña de su edad. Se podría decir que ella está como tú, pero peor. Ella perdió a su abuelo y tú a tu padre. Tú tienes a tu madre y ahora tienes un padre. Ella solo tiene el colegio, y cuando acabe el último curso, a saber qué vida le espera. Tú tienes un futuro seguro, aunque solo sea por tu apellido.

—No vuelvas a repetirme eso, Vicente. Mi madre nunca ha ejercido de madre y nunca la he echado de menos, y mi padre está enterrado. Hugo es lo contrario a un padre.

—Acabarás acostumbrándote a tu nueva vida. Y te acabarás olvidando de todos nosotros.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—Es lo mejor para ti, Miguel, aunque ahora no te des cuenta.

Me levanté y me fui a toda prisa. Me habían dolido sus palabras, pero lo que más me dolía era que yo mismo había pensado, sin querer y de pasada, lo mismo en alguna ocasión. Me daba miedo que así fuese.

Salí del bar con un enorme peso sobre los hombros. Llegué a casa de los Montoya cuando apenas quedaba luz en el cielo. Ni mi madre ni Hugo se

dieron cuenta de mi presencia hasta la hora de cenar. Me encerré en mi cuarto y, sin saber por qué, comencé a llorar. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que me quedé dormido. Lo que sí recuerdo son los gritos de Hugo. Recuerdo el sudor resbalando por su frente, sus ojos rojos y su aliento a alcohol. Todavía no estaba despierto del todo cuando su mano chocó contra mi cara y me derribó al suelo. La alfombra sabía a polvo. Toda la habitación estaba en penumbra, apenas algo de luz entraba desde del pasillo. Las hojas de mi historia y la de mi padre habían volado por la habitación y aterrizaban en el suelo y la cama.

—Recógelas —ordenó.

Me incorporé mientras un dolor me atravesaba la mandíbula. Recogí las páginas.

—Dámelas.

Obedeciendo sus palabras, se las tendí y me resigné. Leyó un párrafo, o eso pareció, y rio para sí mismo.

—Padre, padre, padre... ¿Y tú pretendes ser escritor? Qué absurdo. Lo único que sabes escribir es sobre tu padre. ¿De verdad crees que vas a llegar a algún lugar con esto?

Mientras hablaba, se tambaleaba compulsivamente. Tuvo que agarrarse a la cama para no caer contra el suelo.

—Toma —dijo tendiéndome las páginas—. Mételas en la chimenea.

Una nube oscura atravesó mi pensamiento. No podía hacerlo. Me quedé en pie, quieto, sin poder reaccionar mientras mis piernas empezaban a temblar. Se acercó a mí, me arrancó de las manos las palabras escritas con sangre, las lanzó a la chimenea, encendió una cerilla y les prendió fuego. Me dejó solo en la habitación iluminada por las llamas de mi historia. Una vez más, veía mi vida desaparecer. Me quedé sentado frente al fuego, viendo las llamas consumirme.

Los meses pasaban lenta y amargamente entre lecciones de francés, un idioma extraño, y geografía. Qué horror. En escasas ocasiones salía a pasear por Zaragoza. Las visitas que más disfrutaba eran las que hacía a Emilio y a Susana. Evitaban hablar de mi padre o de mi nueva vida. Simplemente me sentía a gusto con ellos. Únicamente en su compañía conseguía sentirme seguro, como si el tiempo nunca hubiese pasado. No solíamos hablar de cosas importantes, simplemente se trataba de pasar las horas lo más alejado de la realidad posible. En varias ocasiones, Emilio se ofreció a acompañarme al cementerio a visitar a mi padre. Yo siempre me negaba. No quería ir a verlo

bajo tierra. Le preguntaba a menudo por Adelaida. Él iba a visitarla de vez en cuando. Según me dijo, siempre preguntaba por mí.

Había comenzado a reescribir la historia de mi padre a mano. Desde el día que Hugo encontró mi libro, me prohibió volver a usar la máquina, pero nunca la quitó del lugar que ocupaba en mi dormitorio. Seguramente para que yo la viese cada día sabiendo que no podría usarla más. Había comenzado mis clases en la lección en que las había dejado. Además, Hugo me obligó a tomar clases de piano, violín y pintura. Al principio odiaba las tres. Al cabo de un mes, solo la pintura. Había descubierto un mundo de música, la música que durante tanto tiempo había escuchado fluir del gramófono en la tienda. El piano se me daba bien, pero el violín era perfecto para mí. Cerraba los ojos y me dejaba guiar sin hacer caso de las partituras, consiguiendo acabar con la paciencia de mi profesor, un octogenario con un oído finísimo que era capaz de descubrir el más mínimo fallo. Al final me acostumbré a él y a su compañía. En los estudios llevaba un ritmo demasiado acelerado. Según Hugo, debía recuperar de un plumazo todos los años que llevaba de retraso y, desde luego, estaba decidido a conseguirlo. Cada semana ordenaba al profesor examinarme de todas las lecciones dadas durante la misma e informarle de mis progresos. Creo que acabé por darle pena, y él mismo, esquivando las exigencias de Hugo, se saltaba lecciones enteras y le decía al tirano que mis progresos eran excelentes. Lo que sí resultó dárseme bien, además de la música, fue el francés.

Mi madre venía cada noche a mi dormitorio. Se sentaba a mi lado y me preguntaba cómo me había ido la jornada. Siempre le respondía que bien. Me daba un beso y ya creía cumplida su misión de madre hasta la noche siguiente. Si hubiera podido elegir, hubiese preferido que se ahorrara ese momento. Ahora siempre estaba envuelta en vestidos elegantes y joyas que nunca iban a ir ni con ella ni con su estilo. Cada mañana, el peluquero de Úrsula iba a peinarla con moños y recogidos extraños y colocaba perlas en su pelo. Había cambiado de actitud y, seguramente, no se había dado cuenta. Había empezado a adoptar las costumbres de Úrsula, con quien pasaba largas horas. Lo que más me molestaba de todo aquello era la forma que había adquirido, con velocidad pasmosa, de despreciar a los sirvientes. Quizás lo hiciera para dejar todavía más atrás su pasado, un pasado del que ella nunca podría despedirse y yo me negaba a hacerlo.

3

El 20 de julio de 1936 cogimos el tren que nos llevaría a París. Huíamos de la guerra inminente que se anunciaba en todos los periódicos. Los Montoya subimos al tren, en primera clase, a las doce en punto de la mañana, dejando a todos los sirvientes abandonados. No pude despedirme de nadie. En unas pequeñas bolsas de viaje metimos algo de ropa y partimos. Llegamos a la estación de Francia, en Barcelona, y allí cambiamos de tren, también en primera clase. Llegaríamos a París y viviríamos en la mansión que poseían allí, que también era el lugar donde tenían su mayor fábrica, por lo que la economía de los Montoya no sufriría variación alguna a causa de la guerra. Durante el viaje vi los lugares que tantas veces había leído descritos en los libros de la biblioteca. Bosques sin fin y lagos de aguas cristalinas. El traqueteo del tren me sumió en una especie de letargo que no llegó a dejarme dormido. Me acomodé en el mullido asiento y dejé que mi imaginación hiciese el resto, con mi padre a mi lado. Había resultado que estudiar francés me iba a ser útil, aunque mi francés fuera algo más que básico y me faltase bastante para hablarlo ciertamente bien.

Llegamos a París. Ante mí se abrió una ciudad mágica, llena de gente por todas partes. No había silencio en ningún lugar. Todavía no había conseguido adaptarme a ser un Montoya, lo que ya daba por imposible, y ahora debía acostumbrarme a vivir como Montoya en París. Esa fría sensación fue la primera que recorrió mi cuerpo. Lo que no sabía entonces era que acabaría enamorándome de ella de la misma forma en que te enamoras de una mujer con la que quieres compartir el resto de tu vida, y que se convertiría en mi refugio y, en el futuro, en el escenario de mis libros y en mi escondite.

Si nuestra casa en Zaragoza era enorme, la de París era prácticamente indescriptible. Solo el jardín me pareció más grande que la casa entera de mi antigua ciudad. Tenía cuatro plantas y desde fuera se podían intuir habitaciones de techos altos. Según contó Hugo, la casa estaba cuidada durante todo el año por un pequeño grupo de sirvientes. Se encargaban de mantenerla cálida durante todo el invierno, de cuidar el jardín y de encender las luces media hora por la mañana y media hora por la tarde, para evitar fallos en el sistema

eléctrico cuando ellos decidieran pasar allí una temporada. Ese reducido grupo de criados se incrementó en la siguiente semana hasta el cuádruple. Llegué a perderme en la casa en dos ocasiones por culpa de su extraña arquitectura: había corredores y escaleras por todas partes. Estaba visitando cada una de las habitaciones para comprobar que todas eran más lujosas y escandalosas que la anterior. Mi habitación estaba situada en la tercera planta, justo en la otra punta del dormitorio de Hugo y mi madre. Mi habitación de Zaragoza hubiera cabido sin problemas dentro de la nueva. Mi cama tenía dosel y sábanas de seda. Los armarios estaban tallados con lo que me parecieron racimos de uva. Un enorme espejo colgaba de la pared. Había un gran escritorio con una silla tapizada, y las ventanas daban a la parte izquierda del jardín delantero. Hugo se encargó de comunicarnos a la llegada que volveríamos a España tan pronto acabase la guerra.

Úrsula, dejando a su marido a un lado como era costumbre, se encargó de preparar una fiesta para celebrar nuestra llegada a París invitando a todos los socios residentes en Francia del negocio familiar. El mayor problema que hubo en aquella fiesta fue que mi madre no hablaba francés. A partir del día siguiente, fue instruida para aprender el idioma, y yo para perfeccionarlo. Cuando llegó el inicio del nuevo curso, Hugo decidió que yo aprendería mejor en el colegio y me envió a uno de los mejores y más selectos de París, según dijo. Su intención era meterme interno, pero mi madre se negó. Todavía no sé como logró evitarlo. El primer mes del curso apenas hablé con nadie. En el descanso entre las clases solía refugiarme en la biblioteca del colegio y leía libros en francés, para los que necesitaba tener un diccionario bilingüe a mano. No tardé en comprobar que la fauna del lugar era siempre la misma. Había dos chicos que se sentaban cada uno en una punta de la misma mesa, un grupo de chicos situados al final de la biblioteca y yo. El grupo muchas veces levantaba la voz sin darse cuenta y los otros tres lectores que habitábamos la sala nos mirábamos sin entender por qué hablaban en ese tono allí. Una mañana estaba especialmente irritado. Sus alardeos sobre las conquistas nocturnas de la noche del sábado me molestaron más que de costumbre; así que cerré el libro de golpe y caminé con paso firme hacia ellos.

—Disculpad —comencé—. No sé si os habréis dado cuenta, pero estáis en una biblioteca, hay que guardar silencio en un lugar con ese nombre. Así que os agradecería enormemente que os fueseis a hablar de cosas que no le importan a nadie a un lugar en el que no molestéis.

Les sonreí y regresé a mi sitio. Reí para mí mismo, pensando que era la frase más correcta que había dicho desde mi llegada. Abrí el libro de nuevo. Las voces se habían silenciado, pero ahora sentía que me estaban observando. Ladeé el libro ligeramente y pude comprobar que estaba en lo cierto. Me miraban y comentaban algo entre ellos. Se levantaron y se acercaron a mí, sentándose a mi alrededor. Uno de ellos cogió mi libro y lo cerró. Nos observamos durante unos segundos antes de que hablara.

—Tú eres Montoya, ¿verdad?

—Por obligación —respondí.

—No entiendo esa respuesta.

—No soy hijo de Montoya. Mi padre se llamaba Germán Campos.

—¿Llamaba? Eso es pasado. ¿Muerto?

—Sí.

—Lo siento.

—¿Os importaría dejarme leer tranquilo? Gracias.

Abrí el libro y me lo pegué a la cara.

—Me llamo Philippe.

—Me da igual.

—Y estos tres son Léon, Noël y Sébastien.

—Muy bien, enhorabuena a todos por esos estupendos nombres. ¿Me dejáis tranquilo?

—¿No vas a decirnos cómo te llamas?

—Miguel, me llamo Miguel. ¿Alguna cosa más en que pueda ayudar a los señores?

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Philippe sin perder su talante.

Dejé el libro y me paré a pensar por un segundo. Tenía razón, no habían sido desagradables conmigo, aparte de sus molestas voces en la biblioteca, y yo estaba a la defensiva.

—Lo siento.

—No importa. Habéis venido por la guerra, ¿no?

—Sí.

—Supongo que será mucho cambio para ti.

—Supones bien.

En ese instante sonó el timbre en señal de que continuaban las clases. Todos nos pusimos de pie.

—Nos vemos aquí mañana —dijo Philippe estrechándome la mano.

Asentí. Dejé que se alejasen por el pasillo y me dirigí a mi siguiente clase. Como había empezado a ser costumbre, tras asistir a las clases me encerraba en mi habitación y me dedicaba a leer. Así mantenía mi mente ocupada.

Hacía seis meses que nos habíamos marchado a París, pero las noticias de la guerra no cesaban. Tenía miedo por todos los que había dejado atrás. Escribí una carta a cada uno de mis amigos interesándome por la situación. La carta que más me estaba costando redactar era la que iba dirigida a Adelaida. La había comenzado cien veces y arrugado otras tantas. Sin siquiera haberme dado cuenta, se había convertido en la persona a la que más echaba de menos, a pesar de que llevaba mucho tiempo sin verla y de que sabía de ella únicamente lo que Emilio me contaba. Todas las cartas que le escribía estaban vacías de sentimiento. Al final opté por comenzar a relatar los recuerdos que tenía a su lado: cuando se quedaba a pasar unos días en mi casa, el misterio de la casa de los Sanpedro, que fue lo que nos había unido, el misterio de Adriana Cristo Montenegro, que no había llegado a resolver, y la fiesta de cumpleaños sorpresa que me habían regalado. Mientras desparramaba tinta sobre el folio y releía la carta, me di cuenta de que tal vez la quería y ni siquiera me había dado cuenta hasta ese instante. No me atrevía a enviar esa carta. La saqué en la biblioteca del colegio y me dispuse a leerla de nuevo. Philippe se sentó a mi lado y la oculté, aunque no le había pasado desapercibida.

—¿Qué escondes ahí?

—Es personal.

Sentí como me observaba durante unos segundos.

—¿Es para alguien que te espera en Zaragoza?

Reí para mí mismo.

—No creo que me esté esperando.

—Déjame verla. Vamos.

Dudé un minuto, luego se la tendí. La leyó pausadamente, saboreando cada una de las palabras. Cuando acabó me miró esbozando una sonrisa y comenzó a leerla de nuevo. Al fin me la tendió y adoptó el talante que usaba siempre que se disponía a dar su opinión sobre un asunto.

—¿Es tu novia?

—No. Es una amiga.

—Esa carta no es para una amiga, sino para una amante.

—Tampoco es mi amante.

—¿La echas de menos?

—Mucho.

—Envíale la carta esta misma tarde, y dile que la quieres.

—No la quiero —dije mientras me quedaba sin voz.

—¿Estás seguro?

—Completamente, es solo una amiga, y al principio ni siquiera eso, era una carga, una niña con un abuelo enfermo de la que tenía que hacerme cargo cada vez que se quedaba en mi casa.

—Ya veo. Es por ella por la que pareces un alma en pena, por Adelaida.

—No parezco un alma en pena, y menos por ella —dije molesto.

—Está bien, entonces tal vez te apetezca venir conmigo y con Sébastien esta noche.

—¿Adónde?

—Ya lo verás, amigo. A las once en la entrada del colegio. Creo que te gustará.

La noche estaba fría y húmeda. La luna lucía como nunca lo había hecho en lo alto del cielo, a punto de ser cubierta por una nube. A las once en punto, el coche de Philippe apareció frente a mí. Abrió la puerta trasera y me senté al lado de Sébastien.

—¿Has estado alguna vez con una mujer, Miguel? —preguntó Sébastien.

La pregunta me cogió de improviso. La expresión de mi cara fue suficiente respuesta. Ambos intercambiaron una mirada de complicidad.

—No te preocupes, hoy va a ser tu gran noche —dijo Philippe.

Después de media hora subidos en el coche, hablando de temas que poco tenían que ver con algo que yo conociese, Philippe anunció que habíamos llegado. Bajamos del coche y Philippe dio órdenes a su chófer de que regresase a casa. Nos encontrábamos en una calle estrecha y apenas iluminada. No parecía lugar para tres señoritos acomodados.

—A esta calle se la conoce como la calle del Pecado, por todos los placeres y deseos que se ven concedidos aquí —explicó Sébastien—. Miguel Campos, bienvenido al Edén.

Abrió una puerta. Philippe pasó delante de mí y yo le seguí. Lo primero que pude ver fueron unas escaleras de madera iluminadas por quinqués de aceite que pendían de las paredes y un enorme cuadro, a modo de bienvenida, en que se mostraba a una musa semidesnuda, cubierta apenas por unas gasas. A medida que subías las escaleras, el bullicio de la gente refugiada en aquel

lugar se hacía más fuerte. Llegamos a un rellano. Philippe procedió a llamar a una puerta cerrada y esta se abrió.

—Pero si es mi querido Philippe, hacía días que no pasabas a saludarme —dijo una mujer de unos veinte años.

—He estado ocupado, Agathe. —Besó su mano—. Hoy he venido para darle a conocer el mundo de las camas a un amigo venido desde España.

—Pues no has podido escoger mejor lugar. Adelante.

Sébastien me empujó y cerró tras él. Era un lugar con luz tenue. Hombres de traje descansaban en sillas acolchadas mientras unas mujeres les susurraban palabras al oído y los acariciaban, apretando sus pechos desnudos contra ellos. La escena se repetía mesa tras mesa. Al fondo había otra puerta que daba paso a más escaleras.

—Sube, te están esperando en la segunda puerta —invitó Philippe—. Nosotros te esperamos aquí. No tengas prisa.

Subí las escaleras lentamente y con el miedo cubriendo mis pasos. Ante mí apareció un largo corredor que me recordó a los que poblaban mi casa. Me planté ante la segunda puerta, carraspeé y me aseguré de que mis ropas estuviesen bien colocadas. Había una placa que estaba medio oculta en la oscuridad:

Sylvette

Llamé y pude oír una leve voz al otro lado.

—Adelante.

Cerré tras de mí. Nada tenía que ver esta planta con la primera que acababa de ver. Una débil luz blanca, procedente de dos lámparas de aceite, dejaba entrever una habitación entre sombras con las paredes enteladas con dibujos de rosas rojas y negras. Una enorme lámpara pendía del techo sin dar luz alguna. Tras las cortinas corridas podían adivinarse dos grandes ventanales. Una chimenea ardía débil a los pies de la cama; frente a ella, una enorme alfombra de piel de oso. Había un sofá de dos plazas y, en el centro de la habitación, una cama enorme, donde me esperaba. Vestía una lencería blanca que nunca hubiese llegado a imaginar, mientras sus piernas quedaban descubiertas. Se levantó de la cama y se acercó lentamente a mí contoneándose, mostrándose.

—Me han dicho que eres nuevo en esto.

Asentí con la cabeza mientras la observaba fijamente. Su parecido con Adelaida era asombroso. Ella parecía tener diez años más, pero sus rasgos eran prácticamente idénticos. No pude evitar preguntarle su nombre.

—Sylvette —dijo mientras deslizaba su dedo desde mi ombligo hasta la garganta—. Pero si no te gusta, puedo llamarme como tú quieras.

—Tu nombre está bien —balbuceé.

Me sonrió y me di cuenta de que había comenzado a sudar. Me tomó la mano y me dirigió a la cama. Me sentó sobre ella y se puso frente a mí, dejando su ombligo a la altura de mi nariz. Me acarició el pelo dulcemente. El corazón me iba a estallar. Las llamas de la chimenea dibujaban su contorno en una danza. Paseé las yemas de mis dedos sobre su estómago y dejé que lentamente fueran subiendo hasta alcanzar sus pechos mientras ella echaba la cabeza hacia atrás. Seguí subiendo y alcancé su garganta, su barbilla y su boca. Cogió mi mano y la lamió desde la muñeca hasta los dedos. Me inclinó sobre la cama y me tumbé. Se sentó sobre mí. Desabrochó los botones de mi camisa y la dejó caer al suelo. Yo me dejaba llevar pensando que era Adelaida y que nunca me había alejado de ella. Cuando terminó de desnudarme, con la única compañía del sonido de la leña consumiéndose, cogió mis manos y las llevó a su cuerpo susurrándome que la desnudara. Torpemente lo conseguí con su ayuda. Después me ordenó que estuviese quieto, que ahora le tocaba a ella. Sentía su aliento en el cuello y su cuerpo sobre el mío.

No recuerdo cuánto tiempo me quedé dormido abrazado a ella, acariciando su pelo y sintiendo el cuerpo de Sylvette bajo el mío. Me despertó Sébastien. Todavía estaba desnudo. Ella ya no estaba. No tenía muy claro si lo había soñado o había ocurrido realmente. Se sentó en el sofá y dirigió su mirada al fuego mientras recogía mis ropas.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—Eso espero. Sylvette nos ha despertado a muchos en las artes de la cama. Y todos hemos quedado contentos con su servicio. Tiene algo especial.

—No lo dudo.

—Vamos. Philippe nos espera abajo.

Cuando salimos al pasillo no pude evitar echar un vistazo al fondo, buscando su rostro. Philippe se había acomodado en una mesa. Una de las mujeres le hacía compañía, sirviendo en pequeñas copas un licor de color magenta. Nos sentamos alrededor de la mesa y nos tomamos las copas de un

trago. La garganta me ardía. Dirigí la mirada a todos los rincones del lugar intentando encontrarla.

—¿La estás buscando? —preguntó Philippe—. Sí, no sé qué tiene esa mujer que todos acabamos con la misma sensación cuando nos ponemos en sus manos. Es como si solo existiese ella sobre la tierra.

Una hora después, Philippe se había bebido la botella y había empezado a decir tonterías. Lo sacamos de allí tirando de él. Decía que no quería irse, que ese era su local preferido dentro de su calle preferida de todo París. Nos echó a un lado y comenzó a cantar mirando hacia las ventanas y extendiendo los brazos. Posó su mirada en un cartel y lo leyó con voz un poco alta. Nos acercamos. Había una mujer atractiva con ojos oscuros y mirada profunda dibujada en el cartel. Con una mano sujetaba una bola de cristal, la otra estaba situada sobre ella. En el interior de la bola se podía leer una frase.

La bruja de París te descubrirá cuanto necesites saber.

—Fijaos. Vamos a entrar, tal vez nos diga la fecha en la que vamos a morir. Siempre lo he querido saber —dijo Philippe.

—No digas tonterías —respondí.

Se quedó mirándome, buscando las palabras apropiadas en su mente descentrada.

—¿Por qué no le preguntas dónde está ahora esa novia tuya de Zaragoza? ¿O cuándo acabará la guerra?

Sin que ninguno de los dos pudiéramos responderle, llamó a la puerta. Apenas esperó tres segundos y volvió a llamar. La puerta cedió lentamente, acompañada de un quejido. Una luz parpadeante ondeaba en el interior. Una muchacha que no llegaría a los quince años abrió, ataviada con un traje de puntilla negro adornado con perlas negras. El pelo suelto y ligeramente ondulado le caía sobre los hombros. Nos miró uno a uno.

—¿Qué queréis?

—¿Tú qué crees que queremos, gitana? Que nos desveles los misterios que nos aguardan en la vida —gritó Philippe. Se apoyaba en la puerta para no caer al charco de barro.

Ella nos miró levantando la barbilla.

—¿Traéis dinero?

—Por supuesto —respondió Philippe extendiendo su mano.

—Pasad.

Con mi amigo a la cabeza nos introdujimos en el lugar. Había una pequeña habitación con una bola de cristal en el centro y unas cartas extendidas sobre la mesa. Nos guio por un oscuro pasillo y llegamos a una habitación algo más grande. Las paredes estaban pintadas de negro con puntos blancos simulando el universo. En el centro había una mesa con seis sillas. En una de ellas estaba sentada una mujer de grandes proporciones barajando un juego de cartas sobre un mantel azul oscuro con una luna llena dibujada en el centro. Llevaba el pelo recogido en un moño grasiento. Nos observó lentamente y finalmente nos ordenó que nos sentásemos sin dar descanso al juego de cartas. Sentí como algo peludo rozaba mis tobillos y pegué un brinco. Un gato gris ceniza con ojos amarillos me miraba desde el suelo, alzando una de sus patas. Parecía llamarme.

—Siéntate —ordenó la mujer con voz áspera.

Obedecí. No me quitaba los ojos de encima.

—Oiga, hemos venido aquí a que nos hable de nuestro futuro, como dice el cartel, y si no me da lo que he venido a buscar, me largaré sin pagarle ni un franco —anunció Philippe.

—Me temo que no has leído bien el cartel. Te descubriré lo que necesites saber, no tu futuro.

—¿Está loca? Lo único que necesito saber son cosas de mi futuro.

—¿Y qué es lo que quieres saber del futuro?

—Pues no estaría de más saber cuándo voy a morir, así aprovecharé mi vida como me dé la gana.

El gato seguía observándome desde el suelo.

—Melania, puedes retirarte.

No sabía que la joven seguía allí. La bruja de París había conseguido ponerme nervioso. No dejaba de mirarme fugazmente.

—Mírame a los ojos —dijo a Philippe.

Debió de pasar alrededor de un minuto sin que ninguno de los presentes nos atreviésemos casi ni a respirar. Finalmente, la bruja apartó su mirada.

—Morirás a los veintinueve años por una enfermedad del hígado.

—Lo de la enfermedad hepática también puedo predecirlo yo —añadió Sébastien.

La bruja no se inmutó. Parecía que a Philippe se le había pasado la borrachera de pronto.

—Esto es una tontería, vámonos. No debimos entrar.

Se puso en pie y le imitamos. Salimos de la habitación. El pasillo hasta la puerta de salida parecía más largo. La joven gitana se puso en medio.

—No habéis pagado.

Philippe buscó dinero en su bolsillo y lo lanzó al suelo. Continuamos hacia la salida. Lo último que oí fue a la bruja llamando a Melania.

Nos encaminamos en silencio por la oscuridad de la ciudad dormida. Las calles estaban completamente desiertas. Ninguno dijo palabra durante el recorrido. Cuando dejé a mis dos amigos en sus casas, me dirigí hacia la mía. Se había levantado un fuerte y frío viento. Apreté el abrigo contra mi cuerpo y aceleré el paso. Creí oír pasos a mi espalda. Paré y me volví. Vi una sombra a lo lejos que caminaba en mi misma dirección. Aceleré el paso todavía más. Estaba a pocos metros de mi casa. Escuchaba el eco de los pasos lejos de mí. Había comenzado a llover levemente y los charcos habían comenzado a formarse en las aceras. Para cuando llegué a casa llovía fuertemente y estaba empapado. Fue entonces cuando sentí su mano apoyarse en mi espalda. Me volví de golpe y eché la sombra a un lado, tirándola al suelo. Melania cayó en el centro de un charco. Se había cubierto con una capa negra.

—Lo siento —me disculpé.

—Sí, claro.

La ayudé a ponerse de pie y traté inútilmente de quitar algo de agua de su capa. Me tendió una nota doblada.

—Es de ella. Me ha dicho que te la diera.

Se alejó sin darme tiempo a que pudiese ofrecerle un fuego para secarse. Entré en casa y fui directamente a mi dormitorio. Dejé la nota sobre el escritorio, al lado de la carta que todavía no había enviado a Adelaida. Me desnudé, cubrí mi cuerpo con una manta, encendí el fuego y me quedé frente a él. La lluvia se había transformado en una tormenta que resonaba con fuerza en la oscuridad de la noche. Los relámpagos hacían un puzle del cielo. Cuando mis manos dejaron de temblar de frío y mi cuerpo recobró el calor, tomé la carta de Adelaida y la leí una vez más para mí. Philippe tenía razón. Solo faltaba un «te quiero» al final que no me atrevía a escribir. Es curioso como puedes mostrar tus sentimientos al mundo entero en un libro y no puedes decírselos a la persona que los provoca. Dejé la carta sobre el escritorio y tomé la nota mojada, escurriendo el papel.

01:00

La próxima luna nueva.

En el local.
No debes decírselo a nadie

Parecía más un jeroglífico que una nota. La bruja me citaba el siguiente día de luna nueva, a la una de la mañana, en el lugar que habíamos abandonado hacía apenas una hora, al que no pensaba regresar jamás.

El lunes siguiente, Léon y Noël no dudaron en preguntarme, en el instante en que aparecí por la puerta de la biblioteca, sobre mi gran noche. Después de no contestar a la mayoría de las preguntas, fueron ellos los que se encargaron de relatarme su noche con la joven. Parecían haberse aprendido su cuerpo de memoria y haber repetido la experiencia en varias ocasiones. Yo no dejaba de ver en ella a Adelaida. Cuando acabaron las clases, salí con dirección a Correos. Cuando le dije al cartero la dirección de la carta, me advirtió que la mayoría les eran devueltas y que mucha gente se pasaba por allí para asegurarse de que no habían recibido contestación alguna a su nombre.

—Los tiempos de guerra son malos para todo y para todos, y, por supuesto, el correo no iba a ser menos —sentenció.

Le di las gracias y me marché. Cuando salí a la calle, el sol había empezado a ocultarse lentamente tras los grandes edificios y los majestuosos árboles que adornaban las anchas calles. Se respiraba una paz profunda en el ambiente. Me molestaba. Me sentía culpable de estar a salvo de una guerra a la que Adelaida y todos mis conocidos parecían estar condenados sin posibilidad de escape. Comencé a caminar sin rumbo alguno durante horas. Quería que Adelaida me respondiese a la carta. Quería tener noticias de ella y saber que estaba bien, que todos estaban a salvo. Sabía que lo más seguro era no obtener respuesta, pero, como se suele decir, se vive de la esperanza. Ese pensamiento me recordó lo que Vicente me dijo una vez sobre la vida: sin misterio no hay vida. Y por lo que a mí respectaba, la esperanza era el mayor misterio de todos. Nunca sabes si los deseos que se albergan detrás de la esperanza se harán realidad.

Sentado en un banco, pasaron las horas sin darme cuenta. No recuerdo el momento en que alcé la vista al cielo y vi que la luna había comenzado a menguar. Cuando agaché la cabeza de nuevo, un niño se me acercaba lentamente con la cara sucia. Se detuvo a unos dos metros y me miró con decisión, sin apartar la mirada. Finalmente, tendió su mano hacia mí y me pidió pan. No pude evitar recordar la historia que Emilio nos había relatado a Adelaida y a mí sobre Alekséi. Saqué lo que llevaba en el bolsillo y conté las

monedas. Comportándome como un egoísta, le di la mitad y el resto lo guardé. El chico corrió y desapareció. Me levanté del banco y me dirigí a la calle del Pecado. Llamé. Una anciana abrió y me cedió el paso. Llegué hasta el fondo y subí las escaleras. Llamé a la puerta de Sylvette y me abrió. Volver a contemplarla me relajó.

—Vaya. Sí que has regresado pronto.

—Te pareces mucho a una amiga mía —dije sin saber muy bien por qué. Me miró sonriente y se acercó lentamente a mí.

—¿Y quieres que yo sea por una noche esa amiga tuya?

Por un segundo quise salir corriendo de allí, pero se me adelantó antes de que pudiese tener la idea clara en mi cabeza y me llevó hasta la cama con la misma suavidad de la última vez. Cerré los ojos y pensé en Adelaida.

Cuando salí de allí, me dije que no regresaría nunca más.

Los días pasaban implacables y la luna dejó de verse bañando las calles desde el cielo. Había pensado no asistir a la cita, pero la curiosidad podía conmigo. Nunca había creído en las cosas relacionadas con la magia o las brujas, pero mi madre sí lo hacía. Supongo que al final me decidí al recordar aquella anécdota de mi madre, o, tal vez, únicamente me refugiaba en ella, usándola como excusa para ir al lugar. Cuando me adentré en el callejón, no pude evitar dirigir la mirada a la puerta del burdel y a la ventana del dormitorio de Sylvette. Giré la cabeza y leí de nuevo el cartel que anunciaba a la bruja de París. Me puse frente a la puerta ajada de madera y me dispuse a llamar. No hizo falta: se abrió antes de que apoyase el puño. El gato de ojos amarillos apareció en el umbral. Maulló y se encaminó al interior. Cerré tras de mí y lo seguí lentamente. Los ojos del gato brillaban en la oscuridad como dos diminutas canicas. Me dirigí a la otra puerta, donde me encontré con la bruja, que fumaba una pipa. Un centenar de velas rojas y negras estaban esparcidas por la habitación.

—Siéntate.

Obedecí. Me miró fijamente. El gato dio un brinco y se colocó en el centro de la mesa. La bruja se levantó y se dirigió a un armario pintado de negro, que no recordaba de mi anterior visita. Mientras ella buscaba algo en el interior y el gato me miraba, sentí el impulso de salir corriendo.

—Si te marchas ahora, volverás más adelante y tal vez ya no pueda hacer nada por ti.

La voz áspera y grave salió de su garganta leyéndome el pensamiento. Cerró el armario y volvió a su asiento frente a mí. El gato había comenzado a

ronronear. La bruja barajaba un extraño juego de cartas. Por lo que me pareció ver, eran negras por ambos lados. De nuevo parecía leer mis pensamientos.

—No son las cartas que uso para entretener a la gente. Estas son las buenas. Las que desvelan lo que nos hace falta saber para caminar por la vida. Aunque en ocasiones es mejor no saberlo antes de tiempo. Creo que esta noche habrá cosas que, aunque las vea, no deberé decírtelas.

Barajaba las cartas sin cesar, como si se tratase de un abanico. Sin saber muy bien qué iba a sacar de mi pregunta, me animé a hacérsela.

—¿Por qué me mandó llamar para que viniese hoy aquí?

—Porque tú eres uno de los pocos que verdaderamente necesitan mi ayuda. No eres como tus amigos, cuya única cavilación se centra en el local de al lado. Tú, sin embargo, llevas tal pesar en el alma que si recorrieras un cementerio ahora mismo, hasta los que se supone que están descansando en paz durante toda la eternidad se revolverían en sus tumbas. Este oficio es uno de los pocos a los que los gitanos podemos dedicarnos. Viene mucha clase de gente aquí, mujeres y hombres que quieren conseguir un amor que no les corresponde, antiguos ricachones arruinados que quieren volver a tener lo que ya no les pertenece, y, muchas veces, gente como tus amigos que solo buscan pasar un rato haciendo algo, digamos, diferente. Pero en ocasiones viene gente, como ya te he dicho, que necesita saber algo, sin saber qué es. El gato también lo sintió.

—Yo nunca he creído en estas cosas —dije sin saber por qué.

—Y si no crees en esto, ¿por qué has venido?

No pude responder. Soltó el juego de cartas y las extendió sobre la mesa, bajo la mirada atenta del felino.

—Escoge una. Tómate tu tiempo, sobre todo.

Miré las cartas. Todas me parecían iguales. Alargué la mano. La bruja me dio un manotazo.

—Si no lo piensas bien, escogerás la carta equivocada. Míralas atentamente, hasta que una te llame.

Suspiré. En ese instante, más que nunca, quería irme de allí. Miré las cartas una por una, intentando ver algo que me dijese que esa era la carta correcta. Después de tres vueltas completas a las cartas extendidas me sentía rendido. Me eché hacia atrás en la silla y entonces observé que una de las cartas tenía una finísima línea, como la que se queda al pasar el filo de una tijera por encima de una superficie sin llegar a cortar. Alargué la mano y la cogí. La giré y, efectivamente, la otra cara también estaba negra. La bruja

extendió la mano y se la entregué. La miró durante un segundo y la acercó al gato. La olfateó y a continuación la lamó tres veces. El gato saltó de la mesa. La mujer puso la carta en su lugar y vació la ceniza de la pipa sobre ella. La sacudió y la miró largamente. Su respiración se aceleró y comenzó a hablar con una voz ronca.

—La guerra acabará en el 39, y regresarás a tu casa un año después. Una nueva vida te espera allí. Nuevos secretos y nuevos misterios. Algunos serán revelaciones, y otros te devolverán a tu pasado más doloroso. Unos te darán paz y otros te llenarán de rabia. Recuperarás parte de tu vida, mientras te alejarás de otra parte de ella. Te esperan años duros y, tras ellos, años de paz. Veo a una niña, quizás una amiga tuya. Por esa persona lucharás y vivirás. Y también veo a un ser extraño, de mirada profunda, que oculta algo tras su alma y su nombre. Se convertirá en parte de tu vida.

Respiró profundamente y se calmó su voz.

—Espero haberte servido de ayuda.

—¿Qué ha querido decir con eso de que me devolverán al pasado más doloroso?

—Exactamente lo que estás pensando.

—Quiero saberlo. ¿Usted puede decírmelo?

—No, cada cosa a su tiempo. Hay partes del futuro que se pueden desvelar, pero otras, como descubrirte ahora el nombre de quien mató a tu padre, sería demasiado peligroso para tu propia vida. Lo descubrirás. Alguien se encargará de decírtelo. Pero ahora no es el momento.

Nos quedamos en silencio durante un rato. No sabía si era verdaderamente una adivina o si yo estaba loco por creerla. Me puse en pie y le ofrecí las monedas que llevaba en el bolsillo.

—Solo cobro a quien se lo merece.

Asentí con la cabeza hundida y me dirigí a la salida.

—No tan rápido. Necesitarás esto.

Me tendió el gato.

—¿Qué?

—Lo necesitarás. Además, creo que él se ha encaprichado de ti.

—¿Para qué necesito yo un gato?

—¿Quieres encontrarla, no? ¿Quieres volver a ver a Adelaida? Él te ayudará a hacerlo cuando estés de vuelta en Zaragoza. A su manera, claro. —Leyó mi pregunta en la expresión de mi rostro—. Ahora son tiempos difíciles para ella, pero luego lo serán más y necesitará tu ayuda. No te preocupes,

volverás a verla. Ahora márchate y no le comentes a nadie tu visita a este lugar.

Cuando salí a la calle y el viento frío y húmedo chocó contra mi cara, me sentí renacer, a pesar de que el temblor de mis piernas no había desaparecido. No sabía si creer nada de lo que había dicho. Mientras caminaba por las calles, con el gato ronroneante entre mis brazos y con la compañía del eco de mis pasos, intenté convencerme de que era cierto, aunque solo fuese por la esperanza de volver a ver a Adelaida.

Al entrar en mi dormitorio, el gato pegó un brinco desde mis brazos para acurrucarse frente al fuego. Bajé a las cocinas y rebusqué entre las soperas alguna que tuviese un tamaño apropiado. Di con una cacerola sin mango al fondo de un armario. Supuse que llevaría años sin usarse: encontré una araña muerta y disecada dentro. La lavé, puse leche en su interior y la subí a mi dormitorio. Había pensado en calentarla un poco en la chimenea, pero el felino no me dio tiempo. Tan pronto olió la leche, se lanzó a dejar limpio su nuevo e improvisado comedero. Me senté en la cama y miré su forma de relamerse los bigotes cuando acabó. A continuación se estiró y se sentó a mi lado en la cama. Nunca había tenido mascota. La sensación de tener que cuidar del animal no me disgustaba. Sin darme cuenta había empezado a buscarle un nombre. Tras pensar en típicos y estúpidos nombres como Peludo o Ceniciento, el gato, que parecía estar entendiéndome, bajó de la cama y caminó hacia el fondo de la habitación, donde no llegaba la luz del fuego. Vi como su silueta desaparecía en la oscuridad. Entonces lo vi claro.

—Astaroth—lo llamé.

Como si me hubiese entendido, salió de la oscuridad y se acercó de nuevo al fuego para acurrucarse frente a él. Fui al armario y busqué. Encontré una manta que hacía juego con el pelaje del animal, tanto en color como en tacto, la puse al lado de la chimenea y lo coloqué encima. Olfateó levemente y, dando dos vueltas sobre sí mismo, se tumbó y cerró los ojos.

Cuando mi madre le preguntaba a Hugo sobre mi futuro, él le respondía que no debía preocuparse por nada, que la guerra en España pronto acabaría, que cuando regresásemos me enseñaría todo lo que necesitaba saber de la fábrica y que, si lo hacía bien, pondría una parte a mi nombre para que encarrilase mi vida independiente. Yo solo pensaba en escribir. Entonces, más que nunca. Pero los meses pasaban y la guerra no llegaba a su fin.

Pasaba las horas con Philippe y Sébastien. En alguna ocasión les dejé leer alguno de los capítulos del libro en el que me había embarcado. Mientras Philippe me decía que era un negado, Sébastien insistía para que no desistiese. Cuando estaba en casa, Astaroth no se alejaba de mí. Cuando me sentaba a escribir, se ponía al lado del montón de folios; cuando salía al pasillo, él iba detrás. Nunca me dijeron nada por haber aparecido un día en casa con un gato. Úrsula nunca lo miró con buenos ojos y creo que Astaroth a ella tampoco.

El señor Montoya pasaba su tiempo encerrado en su estudio, estudiando la Biblia, según nos decía. No recuerdo haber mantenido con él ninguna conversación de más de una sílaba. El único recorrido que hacía por la casa era de la cocina a su estudio y de su estudio al dormitorio. Hacía tiempo que no dormía junto a su mujer, y meses que no compartía comida o cena con ninguno de los miembros de la casa. En ocasiones nos pasábamos días enteros sin verlo. Una mañana, Astaroth estaba arañando la puerta de mi dormitorio. Me levanté y, al abrir, salió corriendo. Lo seguí. Se paró frente al estudio de Montoya y comenzó a dar vueltas y brincar mirándome. Llamé y no obtuve respuesta. Giré el pomo lentamente e introduje la cabeza. Montoya se había ahorcado con su cinturón y colgaba de la lámpara que pendía del techo. Nadie se sorprendió de lo ocurrido o, tal vez, a nadie le importó. Lo enterraron al día siguiente.

Un año y medio después de haber enviado las cartas a España, y cuando ni recordaba haberlo hecho, mi madre me dijo que tenía una carta con remitente de Zaragoza. La abrí cuando se fue.

Querido Miguel:

Todo el mundo creía que la guerra duraría poco tiempo y nadie acertó. Cada día que pasa, Zaragoza se parece más al infierno. Todos los que han podido se han marchado. Pero ni Susana ni yo podemos hacerlo. Los muertos se acumulan en las calles y aceras. Se escuchan disparos a cualquier hora del día. Ni siquiera en la madrugada duermen las armas de unos y otros. Me llegó tu carta tres meses después de que la escribieras, según la fecha que pusiste en ella, y yo te estoy respondiendo al día siguiente. No sé si te llegará, lo que sí sé es que, en caso de hacerlo, tardará mucho tiempo. Supongo que escribirías también a Adelaida una carta como la que me enviaste a mí. No creo que pueda responderte. Hace ya muchos meses que fui a buscarla al colegio para que viniese a nuestra casa, y en el lugar solo encontré a una profesora. Me dijo que habían tenido que llamar a todas las internas una noche y les dijeron que corrieran tan rápido y tanto como pudieran, que iban a entrar en el colegio y matarían a cuantos se encontraran en él. La profesora lo hizo y por ello salvó su vida. El resto de los docentes se habían quedado en el colegio. Cuando regresó tres días más tarde, los encontró a todos muertos frente a una pared, y la sangre pintaba el suelo. Cuando salí de allí, oí un disparo a mi espalda. No regresé a ver lo sucedido.

Zaragoza no tiene nada que ver con la ciudad que era cuando te marchaste, Miguel. No creo que merezca la pena que regreses aquí. Y dudo mucho que si volviesses encontraras, ni muerto ni vivo, a ninguno de tus conocidos y amigos.

Emilio

Deseé no haber recibido nunca esa carta. Cuando terminé de leerla estaba temblando. Todas mis esperanzas de regresar a mi vida anterior se esfumaron en una miserable página. Ni siquiera podía estar seguro de que Emilio siguiese vivo. La leí tantas veces que al final era incapaz de encontrarles sentido a las palabras en ella escritas. La lancé a las llamas.

Desde el día siguiente, me dediqué a comprar todos los periódicos en los que se hablase de la guerra, intentando encontrar algo en ellos. Algo que nunca encontré. Había quemado la carta de Emilio, pero no podía liberarme de ella ni podía quitarme del pensamiento a Adelaida: dónde estaría en ese instante, si estaba viva... La idea de que estuviese muerta me revolvía el estómago y me producía náuseas. Parecía que Astaroth leía mi mente. Se sentaba en mis rodillas y apoyaba sus patas sobre mi pecho. Parecía querer recordarme las palabras de la bruja. Había pensado en volver allí y pedirle que me contase lo que pudiera de Adelaida, pero después de calibrar la idea unos segundos me llamaba estúpido a mí mismo. Estúpido por haberme creído sus palabras aquella noche, y estúpido por pensar en volver. Apenas tenía relación con Philippe y Sébastien. Me había encerrado en mi cabeza. No quería saber nada del mundo. Lo único que me interesaba saber no podía saberlo.

Había acabado el libro que le dejé leer a Sébastien y había comenzado otro. Ese sería para Adelaida, y nadie más que ella lo leería. No era un libro en sí. Me había dedicado a escribir una especie de diario de mis sentimientos hacia ella y hacia todo. Cada noche escribía un poco más. Descubrí que cuanto más escribía sobre mis pensamientos y sobre mi deseo de encontrarla de nuevo, más la echaba de menos. Me sentía culpable por cómo la había tratado en muchas ocasiones, despreciándola, odiándola y deseando que me dejase en paz. Sin darme cuenta, ahora era yo el que me odiaba a mí mismo por haber pensado y sentido todo aquello. Me sentía culpable por no haber aprovechado el tiempo que estuve con ella y que tal vez nunca volvería a tener.

Pasados tres meses más, no había recibido respuesta de ninguna otra carta. Ni siquiera de la que envié a Bruno.

Hacía tiempo que había pensado en hacerlo, pero no había llegado a decidirme del todo. Salí de casa sin estar seguro de lo que iba a hacer. No sabía por donde empezar. Así que me dirigí a la librería más cercana, abrí los libros por la segunda página y anoté la dirección de las editoriales de París que encontré. El problema era que únicamente tenía una copia del libro que quería que leyesen. Me dirigí a la editorial que había anotado en primer lugar. Era un enorme edificio situado al norte de París. Cuando le dije al portero adónde me dirigía, me dedicó una leve sonrisa, para a continuación decir para sí mismo «Otro más». Me indicó el piso y subí las escaleras. De la cuarta planta para arriba, todo el edificio pertenecía a la editorial. Un hombre con un carrito lleno de papeles me indicó que entrase y esperase. Me senté en una de las sillas situadas frente a la mesa de la secretaria y esperé. La sala estaba presidida por un enorme cuadro, que quedaba justo detrás de la cabeza de la secretaria. Supuse que era el fundador de la editorial. Al cabo de un rato, la misma secretaria me ofreció un café, que rechacé. Una hora después, el mismo hombre que me había abierto se dirigió a la secretaria y le dijo que los manuscritos descartados ya habían sido mordidos por el fuego. Me incorporé y me puse tras él.

—Disculpe.

—¿Sí?

Era un hombre de mi misma estatura, pero con veinte años más. Con la cara pulcramente afeitada, bien peinado y con gran parecido al hombre del cuadro.

—Antes me ha abierto usted.

—¿Yo?

- Sí —dije encogiendo los hombros.
—Es cierto —apuntó la secretaria.
—Gracias —dije.
—Disculpe mi escasa memoria. ¿En qué puedo servirle?
—Verá, me gustaría dejarle un libro para que lo leyese...
—Ya, ya veo, sígame.

Me condujo hasta su despacho. Allí había otro cuadro más pequeño que daba la bienvenida a todo el que entrase, puesto a un lado de la pared, y otro, de mayor tamaño, de la persona que me estaba atendiendo. El suelo estaba cubierto por una moqueta rojo oscuro. Había una estantería que ocupaba la pared de la derecha repleta de libros y lo que supuse que había sido algún premio recibido por la editorial. Me sentía como cuando tiempo atrás había ido al Ayuntamiento de Zaragoza a buscar empleo.

—Soy Panisse, Tristan Panisse. La editorial, como habrá comprobado, lleva mi apellido.

—Miguel Campos. Encantado.

—Bien. Supongo que sabrá que hay una enorme competencia en el tema de los escritores. Hay cientos, por no decir miles, que desean ver sus obras publicadas, la mayoría de ellas mediocres y sin sentido alguno. El resultado de obras tan sumamente nefastas es por culpa del propio egoísmo del autor, que deja de escribir para sí mismo y se decide a escribir algo comercial que cree que le puede gustar a todo el mundo. Se olvidan de que los libros son parte de la vida de un escritor, por no decir su vida entera plasmada en un puñado de páginas. ¿Qué opina usted de lo que le acabo de decir?

—No sé si este libro será comercial o no, pero no lo he escrito así.

—¿Cómo lo ha escrito? ¿Cómo cree que debe ser para que sea bueno?

Calibré mis palabras unos segundos y respiré hondo.

—Cuando escribes un libro —comencé—, abres un mundo a los ojos de cientos de lectores anónimos que desean escapar de la realidad tanto como tú. El autor crea ese mundo, su mundo, y lo muestra al resto para que puedan huir de la realidad en él. Ya sean mundos fantásticos o la misma ciudad que se habita, a través de los ojos de un libro se abren cientos de puertas a lugares diferentes, lugares en los que no habías estado nunca, lugares que solo son capaces de ver o imaginar los escritores para permitirle saborear a la gente su mundo durante las horas de lectura, para que olviden su propio mundo y su propia vida. Debes conseguir que los lectores se enamoren de alguno de los personajes como si fuese real. Debes hacer que odien al que le causa

problemas. Debes convertirte en su amigo, en su confidente, guardarle los secretos que te confiesa a lo largo de la lectura. Debes sentir lo mismo que los personajes sienten, debes tener miedo cuando sienten miedo, debes sentir pasión cuando ellos la sienten, debes llorar cuando muere quien no se lo merece y, sobre todo, debes encontrar la paz cuando acabas de leerlo, cuando terminas de entender por completo la historia que te confían sus personajes, que se han transformado, sin darte cuenta, en tus amigos. Unos amigos y una historia a los que podrás volver siempre que vuelvas a abrir el libro por la primera página y vuelvas a compartir con ellos unas horas de tu vida y ellos te permitan ver de nuevo la suya.

Después del discurso, que me sorprendió a mí mismo al verlo tan claro, nos quedamos callados durante unos segundos. Panisse parecía pensativo. Yo, que cada vez estaba más nervioso, intenté entretenerme observando de nuevo la habitación e intentando leer las inscripciones de los trofeos que había sobre las estanterías. Miré de nuevo el cuadro. Parecía una mala réplica del original.

—Ese era mi padre. Murió hace diez años de un infarto mientras leía por enésima vez un libro de un autor alemán. Según él, era un genio, pero sus libros eran un fracaso de ventas.

—Lo siento.

—No, no lo sienta. Mi padre era un egoísta de cuidado y solo pensaba en sí mismo y en lo que a él le gustaba o le interesaba. La editorial estuvo a punto de cerrar muchas veces, hasta que el del cielo o el del infierno lo reclamaron y me pusieron a mí al mando.

—Interesante historia.

—En realidad, no. Lo que me acaba de contar me suena más a poesía que a narrativa, pero me ha gustado. Creo que ha comprendido usted el arte de escribir. Lo que no quiere decir que sirva para ello. Supongo que ha traído algún manuscrito.

—Sí.

Lo saqué de la cartera y se lo entregué.

—Bien, si me deja su dirección, de aquí a un mes le enviaré una carta, bien para decirle que estamos interesados en su publicación, bien para decirle que dispone de una semana para pasar a recogerlo.

—Preferiría venir en persona.

—Como quiera. Venga dentro de treinta días; ya le diré entonces.

Me estrechó la mano y me pidió que me fuese. La secretaria me sonrió desde su lugar de trabajo y le correspondí.

—¿Es usted primerizo? En la escritura, me refiero.

—Sí, así es. Aunque me gustaría poder decir que vivo de ello.

—Ya, como a todos —dijo sonriente—. No se ve a mucha gente de su edad enfrascados en el trabajo de la literatura.

—Digamos que es mi afición, pero en unos años me gustaría que dejara de serlo.

—Tiene usted suerte. Tristan siempre ha querido ser escritor, pero su padre, que en paz descansa, solía decirle que no tenía la más mínima idea sobre qué o cómo escribir. Pobrecillo, lo tenía por un inútil. Y eso mismo es lo que hace que a mucha gente le publique sus libros, aunque no tengan gran valor y no se gane mucho con ellos.

Le di las gracias sin saber si era un cumplido o un insulto.

Cuando salí a la calle había comenzado a llover. Llevaba más de dos años viviendo en París y todavía no me había acostumbrado al clima.

Treinta días pueden hacerse interminables cuando esperas recibir buenas noticias. Mataba el tiempo escribiendo el libro para Adelaida e intentaba ignorar los pensamientos que inundaban mi mente, estuviese despierto o dormido, que me decían que no volvería a verla y no podría pedirle perdón por el modo en que me había comportado con ella durante tanto tiempo. Escribía durante todo el día, lo que me provocaba un sueño pesado del que me solía levantar sudoroso y más cansado, tres o cuatro horas después, en la madrugada, y continuaba escribiendo hasta quedar dormido al alba otras dos o tres horas.

Gastaba la mayor parte del dinero que mi madre me daba en folios y cigarrillos, y el resto lo entregaba en una excelente cafetería panadería que había en una calle a un par de manzanas. La encontré de casualidad una mañana en que, para no variar, la lluvia me sorprendió de golpe. Las puertas eran de cristal. Una gran barra de metal dorado iba de arriba abajo haciendo de tirador. Era un lugar muy luminoso. Las mesas redondas estaban colocadas en fila. Se extendían desde la pared blanca hasta la barra y el mostrador de las deliciosas pastas y tartas. Iba allí cuando me despertaba, normalmente con Astaroth siguiendo mis pasos, al que acabaron por permitir entrar en el establecimiento y servirle un plato con leche recién ordeñada que se ocupaba de saborear lenta y agradecidamente. El lugar era propiedad de un amable matrimonio que, según decían, tenían por hija a la niña más hermosa de todo París. Algún día que me había levantado más tarde de lo normal y a las doce de la mañana la cafetería estaba vacía, el panadero se sentaba a mi lado y me

hacía compañía, lamentándose de la guerra que estaba asolando España y deseando que acabase lo antes posible. Dicho esto, comenzaba a hablarme de su hija.

—¡Ay! Esta hija mía, mi Céline. Tiene más o menos su edad, señorito. Es muy lista, saca muy buenas notas en la escuela y sabe coser. Además, es hermosísima.

—Teniendo en cuenta la belleza de su señora esposa, no se me ocurriría ponerlo en duda.

—Ah, es usted muy observador. La verdad es que mi Céline tiene varios pretendientes, pero es muy tímida y no se acerca a ninguno, y cuando se le acercan sale corriendo. Eso es lo que ella me dice siempre.

—Tal vez sea más lista todavía de lo que se piensa usted y vea las intenciones de los hombres de mi edad y de la suya a la legua.

—¡Bah! No diga tonterías. Si se cree que mi hija es una santa, se equivoca. Y si se cree que me engaña, va buena. Lo que pasa es que ahora llaman «prostituta» a una mujer a la mínima ocasión; por eso se lo callan, pero tienen los mismos apetitos que nosotros los hombres, solo que en ellas está mal visto. Ya ve que tontería más grande, si la carne es carne, tenga pechos o no.

—Ya veo por dónde va.

—Mi hija es la más hermosa de todo París, estoy seguro. Lo que me gustaría, si a usted no le molesta, es que algún día se la lleve a pasear o a ver un teatro. Que no se piense que se tiene que esconder. Quiero que se sienta bien dando un paseo con un chico joven y guapo como usted. Le aseguro que agradecerá su compañía, Campos.

—No creo que su hija necesite salir conmigo a pasear. Usted mismo ha dicho que no cree que sea santa, ni mucho menos.

—Ya, ya. Pero me cae usted bien. Por eso le pido el favor. Se pasa todo el día metida en casa, leyendo, cuando no está ayudando a su madre en el horno.

Viendo que mis posibilidades de poder escabullirme del favor que me pedía cada vez eran más escasas, acepté. Me dio dos palmadas en la espalda y lo organizó todo sin dejarme mediar palabra. Nos encontraríamos en la cafetería, al día siguiente, a las cinco de la tarde, para ir al teatro que se representaba a las seis. Me dio dinero para las entradas y para tomar un helado o lo que nos apeteciese a la salida.

A la hora indicada me dirigí a la cafetería. Vi a la panadera sentada en una silla con la que pensé sería Céline a su lado. Se había puesto un vestido blanco de gasa y un sombrero que le cubría media cara. Respiré profundamente y atravesé el umbral que me separaba de mi cita obligada. Cuando me vio entrar la señora, se levantó rápidamente y dejó a su hija sola. Miré a su padre, que desde detrás de la barra me sonrió y asintió con la cabeza señalando a Céline, que había agachado la suya todavía más.

—Hola, soy Miguel —dije extendiendo mi mano.

—Me llamo Céline, encantada de conocerlo.

Verdaderamente era una chica muy hermosa. Tenía los ojos de un azul profundo y un pelo rubio y completamente liso. Se puso en pie y nos marchamos de allí. Intenté conversar con ella durante el trayecto hasta el parque, pero solo conseguí monologar. Nos sentamos en un banco del parque. Poco a poco, las palomas y las ardillas comenzaron a rodearnos.

—Su padre me dijo que le gusta el teatro; podemos ir a verlo. Creo que hay una representación a las seis sobre una monja que abandona su convento para...

—No quiero ir al teatro.

—De acuerdo. Como quiera. ¿Y un helado? Su padre me dijo que le gustan.

Me miró levemente con media sonrisa picarona en los labios.

—Mi padre cree muchas cosas de mí.

Me tomé esa frase como un educado «Cállate de una vez». Me recosté en el banco y estiré las piernas. Se quitó el sombrero y lo dejó a un lado. Miró a ambos lados para luego remangarse el vestido. De su media sacó una petaca. La abrió, bebió un largo trago y me la tendió.

—No, gracias.

—¿Qué pasa? ¿Va a decirme que es abstemio?

—No.

Volvió a ofrecerme la petaca y, tras dudar un segundo, volví a negar.

—Pues más para mí.

—Sí que tiene engañado a su pobre padre.

—A mi padre, que le den.

No pude evitar mirarla con expresión de no entender nada, esperando que se explicase mejor, pero giró la cabeza hacia otro lado. Yo la imité. No era mi problema. Vi que un muchacho joven se nos acercaba. Sin darme cuenta,

Céline había saltado del banco y se dirigió hacia él. Lo besó sin el menor reparo y luego me miró.

—Ya le diré a mi padre que me lo he pasado bien con usted, pero que no quiero volver a verlo, que no es de mi estilo.

Sin saber qué responder y sin dejarme intentarlo se marcharon.

Regresé a mi casa, llené el plato de la comida de Astaroth y me puse a escribir.

Al día siguiente, nada más entrar en la cafetería y sentir el olor del pan recién horneado por todo el establecimiento, el señor Albert me dirigió una mirada desde detrás de la barra y encogió los hombros. Me acerqué a él con cara de desilusión.

—¡Qué le vamos a hacer! Ayer, cuando volvió a casa, me dijo que se lo había pasado muy bien con usted, pero que no es de su estilo. Yo no sé lo que busca esta niña en un hombre, si usted es perfecto.

—Le agradezco el halago. ¿Podría ponerme un cortado?

Cuando se cumplieron treinta días de mi visita a la editorial, me puse mi mejor traje. Encerré a Astaroth en mi dormitorio para evitar que me siguiese hasta allí. Llegué a las cinco en punto a la editorial. Esperé una media hora con los ojos del difunto mirándome y, finalmente, la secretaria me indicó que podía pasar al despacho. Las manos me sudaban y apenas pude hacer girar el pomo de la puerta.

—Vaya, puntual como un maldito reloj. No esperaba verle a usted hoy por aquí.

—Bueno, hoy hace un mes que le dejé mi ejemplar.

—Sí, ya, ya. Normalmente nadie viene cuando dice que va a venir. Me gusta eso de usted.

—Gracias.

Abrió el cajón que quedaba a la altura de su estómago y sacó mi manuscrito. En la primera página podía verse la base de una taza de café pintada sobre las líneas.

—Lo siento por la mancha.

—Ya, bueno, volveré a escribirla.

—Me gusta su caligrafía, sí, señor, como antiguamente, haciendo un arte de cada letra.

Se echó hacia atrás en su silla y comenzó a leer una página al azar. Y la siguiente, y la siguiente. Estuvo más de media hora leyendo.

—¿Ha tenido tiempo suficiente como para leérselo?

—Oh, sí, ya lo creo. Me lo leí en tres días. Y luego volví a hacerlo. Me encanta su historia. Y su narración. Si por mí fuera, ahora mismo le daría un premio.

—Por mí no se corte.

Rio más fuerte de lo que el chiste se merecía.

—Creo que tiene usted un talento extraordinario. Sí. Ya lo creo. Si mi padre viviese todavía...

—Me pregunto si tal vez todo esto quiere decir que quizá esté interesado en el libro... —dejé caer.

—Sí. Estoy muy interesado, como dice. Creo que es uno de los mejores libros que han llegado a la editorial en muchos meses.

Sin darme cuenta, había dibujado en mi cara una sonrisa de idiota que no merecía ni una sola palabra. Deseé que mi padre estuviese conmigo en ese instante. Pero mi gloria acabó antes de comenzar.

—Lamentablemente —continuó—, no está únicamente en mi mano la publicación de su manuscrito. Créame que lo he intentado, pero esa pandilla de buitres y alacranes que tengo por editores dejan mucho que desear. No los echo a la calle por respeto a mi padre, que me pidió que todo siguiese en la editorial tal como él lo había dejado.

—Pero es usted el director. ¿Su palabra no cuenta? ¿No puede publicar un libro aunque solo lo aprecie usted?

—Me temo que no es tan sencillo. Para que un libro se publique debe ser aceptado por el ochenta por ciento de los editores de la casa. Y creo que solo yo deseo hacerlo. Si pudiera, lo haría de buena gana, pero en las librerías piden la firma de todos los socios de la editorial para confirmar que estuvieron de acuerdo en la publicación. No serviría de nada que se lo publicase. No lo aceptarían en las librerías ni regalado. Lo siento mucho. He hecho todo lo que ha estado en mi mano.

Se puso en pie y me tendió el manuscrito y la mano. Acepté ambas cosas y me dispuse a salir.

—No se rinda, amigo. Cuando escriba algo más, tráigalo.

Asentí y salí. En ese instante me crucé con la secretaria, a la que no había visto al entrar. Llevaba una cafetera en la mano y me ofreció muy amablemente tomarme un café con ella. Cogí la cafetera, la bebí de un trago, le di las gracias y salí de allí dejándola con la boca abierta y los ojos desorbitados. Regresé a casa y pude comprobar que la mayoría de las páginas estaban sucias de manchas de café. Tenía que reescribir de nuevo la historia si quería llevarla a otra editorial. Astaroth pegó un salto y se acomodó en mi regazo. Le acaricié el lomo y comencé a escribir.

Estuve más de veinte días encerrado en mi dormitorio con la única compañía de mi gato, cigarrillos y el café que puntualmente me subía una joven cocinera tres veces al día. Cuando terminé de reescribirlo, sentía que la literatura era el trabajo más pesado y poco agradecido del mundo entero. Ningún lector es realmente consciente del trabajo que supone esculpir página a página, párrafo a párrafo y palabra por palabra un texto. Dejas tus sentimientos, y seguramente el propio corazón, en él, para que alguien lo

deseche sin darle una mísera oportunidad. El día que había elegido para llevarlo a la siguiente editorial, que muy posiblemente me rechazaría, no me encontraba en las mejores condiciones. Mientras bajaba por las escaleras para darme un festín que creía más que merecido durante el desayuno, me mareé y llegué a la primera planta rodando. Para cuando llegué abajo estaba tan mareado que había perdido la consciencia. Cuando me desperté estaba tendido en la cama y era atendido por una de las criadas.

—Ya vuelve en sí —oí.

Me molestaba la luz que entraba por las ventanas. Apenas podía abrir los ojos. Me sentía cansado y con ganas de vomitar.

—No se preocupe, señorito, el médico está aquí y va a examinarlo.

Asentí como pude. Como si se tratase de un fantasma, vi el espectro borroso de una persona de unos sesenta años, con el pelo y la barba completamente blancos, abalanzarse sobre mí y abrirme los ojos con los dedos. Sentí como sus manos tocaban mi frente, mi garganta, las axilas, como palpaba mi estómago y todo el tipo de cosas que suele hacer un médico, careciendo de explicación lógica aparente alguna. Cuando me preguntó por mi dieta de los últimos días, la criada se adelantó a contestar.

—Lleva casi un mes a base de café cargado, negro, como el señorito lo pide; yo misma se lo subo.

Me avergoncé al darme cuenta de que no sabía que ella era la que me subía el café y la comida todos los días.

—¿Café? Algo más habrá tenido que comer. Con café únicamente no hubiera llegado a vivir ni tres días.

—Sí, algo más ha comido, pero poco. Pan con miel, alguna galleta y poco más. Un día le subí un huevo pasado por agua y cuando regresé a por la bandeja no lo había tocado.

—¿Durante cuánto tiempo ha dicho?

—Un mes, más o menos.

—¡Dios! Con la de hambre que hay en el mundo...

—Eso mismo digo yo.

—¿Cuánto tiempo lleva sin salir de casa?

—¿Es usted adivino, doctor? ¿Cómo puede saber que no ha salido de casa? —preguntó expectante la criada.

—Por favor, no hay más que verlo. Está pálido como un muerto. Y créame que veo muchos a diario.

—No se lo pondría nunca en duda.

—Creo que lo que necesita es un baño de agua caliente, sol, aire fresco y carne. No se puede vivir solo de pan y café, y, por favor, no beba tanto café, que si le hiciera un análisis ahora mismo, la sangre iba a salirle negra en vez de roja.

La criada rio la gracia del médico, pero este la ignoró. Se despidió repitiendo sus consejos sobre el baño, el sol, el aire y la carne, y me quedé a solas con ella.

—Bueno, señorito, mientras le preparo el baño y un buen filete, quédese aquí tranquilamente.

—Espera —dije cogiéndola del brazo—. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Sí, tú.

—Amance, Amance Grangé, para servirlo en lo que necesite.

—Encantado de conocerte, Amance, me gusta tu nombre.

—Igualmente, señorito Montoya.

—No soy Montoya, soy Campos, Miguel Campos. Pero mejor no les digas a Hugo y a Aurora que te lo he dicho, ¿eh?

—Pues claro que no. No soy una cotorra.

Despareció y me quedé descansando en la habitación. No me había dado cuenta de que Astaroth estaba a mi lado. Poco rato después, Amance apareció sin llamar y entró, bandeja en mano, con algo cuyo olor llegó rápidamente a mi nariz. Reviví tan solo con olerlo. Me ayudó a sentarme en la cama y me colocó la bandeja sobre las piernas.

—No se le ocurra dejarse nada, ya ha oído al médico.

Miré el plato humeante de estofado con patatas. Realmente lo necesitaba. Amance abrió la botella de vino tinto y me llenó la copa hasta el borde.

—El médico no me ha recetado vino.

—Bah, tampoco hay que hacerle mucho caso. Usted bébaselo y verá lo bien que se siente de aquí a un ratito.

Me porté como un bendito en compañía de Amance. No dejé nada en el plato y me bebí dos vasos de vino porque me insistió. Para cuando acabé la degustación parecía que mi cerebro comenzaba a funcionar y que los miembros de mi cuerpo lo obedecían. Con la ayuda de Amance llegué hasta el baño. Le dije que prefería desnudarme en la intimidad, pero no salió de allí hasta que me convenció para que, una vez dentro de la bañera rebosante de espuma, la llamase para que entrara. No se fiaba de que me desmayase estando dentro del agua y me ahogase. Cuando entró de nuevo, apenas tres minutos

después, me dijo que se me notaba mucho mejor color de piel y aspecto. Sin saber cómo, empezó a hablarme de su vida, de su madre y de cómo había acabado sirviendo en la casa de los Montoya. No pudo evitar la pregunta sobre mi apellido Campos. Así que, sin fuerzas para inventarme nada, decidí contarle la historia de lo sucedido. Cuando acabé estaba llorando a lágrima viva mientras se secaba los ojos con una toalla.

—Señorito, es la historia más triste que he escuchado nunca, y yo que pensaba que era desgraciada. ¡Madre mía! Si alguien matase a mi padre y luego mi madre se casase de nuevo..., no sé lo que haría.

—Tragar y aguantar, Amance. ¿Qué vas a hacer? Cuando regresemos a España, buscaré trabajo por mi cuenta y una pensión. Viviré yo solo. No quiero pertenecer a la estirpe de los Montoya, no es mi familia.

—Pero está su madre.

—Sí, ya lo sé, pero ella se ha transformado en una Montoya y yo no quiero hacerlo. Nunca seré un Montoya. Soy Miguel Campos. No quiero aprender a manejar su negocio ni que ponga parte de su empresa a mi nombre. No lo quiero.

—Es usted un egoísta —cortó, dejando de llorar— y ni siquiera se da cuenta. Mucha gente se cambiaría por usted. Mucha gente se queda sin padre y acaba durmiendo en la calle como las ratas, y usted es incapaz de apreciarlo.

Me quedé observándola en silencio. Tenía razón, excepto en una cosa: jamás en la vida sería un Montoya, y si tenía que vivir en una pensión miserable y medio muerto de hambre, así sería, aunque no era de extrañar que nadie compartiera esa idea.

—Lo siento, no debería haberme metido en eso.

—No te preocupes, Amance, no pasa nada, es tu opinión.

—Va a despedirme, ¿verdad? —dijo mirando al suelo—. Nunca aprenderé a estar callada.

Sonreí tranquilizadamente.

—No, Amance, a ti nunca podría despedirte.

Sonrió reconfortada y me dijo que ya me veía bien como para dejarme solo. Salió del baño y me quedé sumergido en la relajante agua caliente con olor a alguna fruta exótica.

El cielo estaba nublado cuando salí de casa en dirección a la editorial. Quedaba lejos, pero pensé que el paseo me sentaría bien y me despejaría la cabeza. Pasé por el parque que semanas antes había visitado junto a Céline. No pude evitar mirar el banco en el que nos habíamos sentado. Se había

levantado un viento fuerte y frío, y nubes negras amenazaban a lo lejos con una feroz tormenta. Aceleré el paso todo lo que pude y llegué a la editorial Matissé cuando caían las primeras gotas. El mostrador del portero estaba sin su guardián. Un libro abierto y boca abajo reposaba sobre la mesa, al lado de dos destornilladores y una vela apagada. Subí las escaleras de madera, recién abrillantadas y algo resbaladizas. Esperé a recobrar un aliento sereno y llamé. Unos segundos después oí pasos en el interior. Una mujer con el pelo castaño recogido en un moño y unos zapatos de tacón que desafiaban la gravedad me abrió la puerta y me pidió que la acompañase. Se sentó tras su mostrador y comenzó a preguntarme mi nombre, apellidos y demás datos mientras rellenaba un folio. Finalmente, me dijo que no había puestos vacantes en la editorial y que me llamarían cuando necesitaran a alguien.

—No he venido aquí a buscar un empleo.

Cosa que no era del todo cierta.

—¿No? ¿Y a qué ha venido entonces?

—Soy escritor. He venido a...

—¿Ha publicado ya algún libro?

—No, eso es lo que...

—Entonces, no es usted escritor, sino un aspirante.

—Llámele como guste. He venido para hablar con alguno de los editores que trabajen aquí para ofrecerles mi libro.

Me miró con indiferencia y puso los ojos en blanco.

—Espere un momento.

—Sí, señora.

Me senté en una de las incomodísimas sillas y esperé. Desapareció por el pasillo y regresó minutos después acompañada de un hombre de unos cuarenta y cinco años.

—Es él.

—Muy bien, gracias.

La secretaria se sentó en su silla y se tapó la cara con un ejemplar de *Los miserables*.

—Buenos días —dijo el hombre tendiéndome la mano—. Soy Damien Silavé, el editor jefe.

—Nada que ver con el nombre de la editorial —apunté.

—Muy observador, señor...

—Miguel Campos.

—Señor Campos. Mi socio y yo compramos la editorial hace tiempo. Acompañeme.

Me condujo a su despacho. Tras el enorme ventanal situado a la izquierda de su silla podía verse la tormenta descargar sobre todo París. Majestuosa.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

—Deborah me ha comentado que quiere usted ser escritor.

—Por eso he venido aquí.

—¿Tiene algo escrito?

—Sí, claro. Me gustaría que lo leyese, si es que está interesado.

Le tendí los folios. Miró la primera página y leyó el título en voz alta.

—*Tormenta*.

—Sí. Es un tributo que le hago al clima de París, nada que ver con el de Zaragoza.

Me miró durante un largo espacio de tiempo con la duda escrita en su mirada. Apartó el folio con el título escrito y comenzó a leer la primera página.

Una oscura noche acechaba en las esquinas de la ciudad, mientras las primeras gotas de la tormenta que se acercaba lenta pero inevitablemente caían sobre el asfalto abrasado por el calor. Se oyeron los pasos secos y firmes de una mujer vestida de negro, cuya sombra se mezclaba con la de la tormenta, acompañada de un felino negro, a juego con el alma de la mujer.

Dejó caer el papel sobre la mesa y me miró.

—¿No le gusta?

—No se puede decir eso con un solo párrafo leído.

Se levantó y se dirigió a la estantería tras su mesa. Cogió un tomo encuadernado con tapas duras y negras, lo miró y me lo cedió. Lo tomé entre mis manos y lo examiné. En la tapa pude leer el título y el nombre del autor.

La tormenta

por Tristan Panisse

Lo abrí y comencé a leer.

Una oscura noche acechaba en las esquinas de la ciudad...

Observé a Silavé sin saber qué creer.

—¿De verdad creías que podías venir aquí y que no me daría cuenta?

—No puede ser —dije.

—Por supuesto que no puede ser. Más vale que te largues de aquí ahora mismo o llamaré a la policía para que te detengan por intento de plagio.

—¡El libro es mío! Lo llevé a la editorial hace dos meses y me dijo que no podía publicarlo porque no todos estaban de acuerdo en ello.

Sin haberme dado cuenta, me había levantado del asiento y lo amenazaba con el dedo. Él permanecía imperturbable. Bajé la mano.

—Es cierto. El libro es mío.

—¿Registró este manuscrito como suyo?

—No.

—Entonces es de Tristan. Ya se me hacía a mí extraño que este inútil de la literatura pudiese haber escrito algo así.

—Entonces cree que es mío, ¿verdad?

—Digamos que tenía mis dudas de que fuese de Panisse. Pero nunca pensé que pudiera llegar a caer tan bajo como para robar un libro. Cuando su padre vivía y dirigía la editorial, traía a esta sus textos. Los he leído todos y no tenían nada que ver con este. Pero nunca hubiese imaginado...

—Sí, ya, pero lo ha hecho. ¿Qué puedo hacer yo ahora?

—Ahora, nada. No puede demostrar que la novela es suya. Y está siendo un éxito de ventas. Sería un escándalo que apareciese usted diciendo que es el verdadero autor. Panisse es un hombre poderoso y nadie dudará de su palabra. Lo siento, amigo, la próxima vez que escriba algo regístrelo como propio antes de llevarlo a ningún sitio.

Salí de allí con el alma herida y lleno de rabia. No podía creerme lo que estaba ocurriendo. Dejé que la lluvia empapara mi cuerpo. Caminé durante un rato, entré en un bar y pedí una botella de *whisky*. La pagué y salí en dirección al parque. Me senté en uno de los bancos y comencé a beber a morro mientras la tormenta caía sobre mí. En menos de una hora había acabado con la botella y había comenzado a reírme de mí mismo al tiempo que lloraba. Con mis venas llenas de alcohol y de rabia, me puse en marcha.

Abandoné el parque y me dirigí calle abajo, bajo la mirada de las ventanas y los pájaros refugiados entre las ramas de los árboles. Llegué a la editorial Panisse empapado y chorreando, ignorando los gritos y advertencias del portero, que me siguió escaleras arriba hasta la cuarta planta. Llamé a la puerta. Apenas la habían abierto, la empujé, tirando al suelo a la secretaria.

Me encaminé al despacho del editor. Abrí la puerta de par en par. Tristan estaba acomodado en su silla con una botella de champán abierta y dos copas sobre la mesa. Un hombre de la misma edad que él lo acompañaba.

—Vaya, mi amigo Miguel.

—Váyase a la mierda —grité. Di la vuelta a la mesa y empecé a darle puñetazos. El portero y su acompañante se lanzaron a por mí, en vano. La rabia que llevaba dentro me daba más fuerza que la que hubiera podido imaginar. Vi dos dientes volar y caer, la nariz y la boca le sangraban, y en pocos segundos parecía un trapo tendido en el suelo. Poco a poco, me desahugué y me calmé.

—Llamaré a la policía —gritó la secretaria.

—No, no la llames. Miguel ya se iba, ¿no es cierto? —dijo Panisse mirándome desde el suelo.

Mis puños seguían tan apretados que me clavaba las uñas. Le escupí y me marché de allí.

Cuando llegué a casa, pasaba de la medianoche y continuaba lloviendo. Después de haber vaciado las bodegas de la mitad de los bares de París, no sentía ni el agua, ni el frío ni mi cuerpo, y tampoco me importaba. Abrí mi dormitorio en la penumbra y vi como Astaroth corría hacia mí. Me quité la ropa mojada y la eché a un lado. Abrí la cama y me metí dentro, deseando no despertar jamás. Poco a poco comencé a tiritar y a sentir mi cuerpo bajo la piel. Al rato había entrado en calor. Un ligero mareo acabó por dormirme.

A la mañana siguiente, el sol se alzaba en el cielo libre de nubes. Me sentía mareado y mi frente quemaba. Me incorporé lentamente. Una repetida náusea me acompañó hasta el baño, justo a tiempo de levantar la taza y proyectar lo que quedaba dentro de mi estómago. Me metí en la bañera y dejé que el agua fría apagase la fiebre. Cientos de escalofríos recorrían mi espalda. Salí de la bañera y me sequé. Cubierto por la toalla, fui al dormitorio. Cogí lo primero que encontré en el armario y me dispuse a salir a la calle, pero la mano de Amance me detuvo.

—¿Adónde se cree que va? Tiene que comer.

—Cuando regrese iré a la cocina.

—Ya, y yo soy Mata Hari. A la cocina.

Sin soltarme el brazo, tiró de mí y me sentó al lado del fuego.

—Tiene peor aspecto que ayer —apreció.

Preferí no responder. Ante mí plantó un enorme plato de garbanzos, justo lo que necesitaba para volver a vomitar. Se sentó enfrente.

—Hasta que no se lo coma, no se mueve de ahí.

—Podrías haberme puesto la sopera directamente, así hubieras evitado manchar el plato.

—No proteste y cómaselo.

Tomé la cuchara. Una hora más tarde, mi estómago estaba lleno y mis piernas recobraban la fuerza. Para mi sorpresa, la comida había asentado mi estómago.

—¿Puedo irme ya?

—Usted verá. No creo que esté en condiciones de ir a ningún lado.

Salí de la cocina sin responderle y me dirigí a la mejor librería de la ciudad. En primera línea de escaparate se veían una docena de ejemplares de mi novela. Uno de ellos estaba abierto por la página central. Fui a otra librería y encontré lo mismo. Tras recorrer una docena de ellas, entré en una y me dirigí a la estantería donde estaba expuesto. Cogí uno y lo abrí. Cada palabra era como un cuchillo.

—Es una revelación —dijo el dependiente a mi lado.

—Lo sé.

—¿Lo ha leído?

—No exactamente.

—No debería perderselo. Al parecer, la editorial ya tiene ofertas de editoriales extranjeras para su traducción y difusión internacional.

No pude evitar reírme.

—¿Se lo lleva entonces?

—Sí, póngalo para regalo.

Con el libro bajo el brazo me dirigí a la cafetería panadería, que llevaba días sin visitar. Me recibieron con la misma amabilidad de siempre y me invitaron al café que pedí. Me escondí en la mesa más alejada en busca de intimidad y comencé a leer, intentando ver algo en ese libro diferente a lo que yo había escrito. Cuando llegué a la mitad del mismo, me leí el último capítulo para comprobar que no se había molestado en cambiar ni una sola palabra. Entonces comprendí que las manchas de café sobre las páginas eran parte de su plan. Mientras yo estaba reescribiendo todo el texto por su culpa, sin darme tiempo a llevarlo a otra editorial, él lo editaría como propio.

Me informé de dónde se encontraba el registro intelectual para mi siguiente libro, que no llegué a escribir en Francia.

6

El 1 de abril de 1939 los periódicos de media Europa anunciaban el fin de la guerra en España. Hugo nos anunció que el 1 de mayo regresaríamos a casa. A mi madre le parecía algo precipitado y prefería esperar un tiempo a que las cosas se hubieran calmado del todo en España. Creo que esa fue una de las pocas ocasiones en las que Hugo escuchó a mi madre. Tal como dijo la bruja, un año después regresamos.

Me despedí de las amistades que había hecho en París durante aquellos cuatro años. Sébastien me pidió que le escribiese desde Zaragoza.

El 1 de mayo tomábamos el tren en dirección a Barcelona. Y allí tomamos otro que nos llevó hasta Zaragoza. Cuando llegamos a la ciudad, era completamente diferente de como la recordaba. En el mismo instante en que abrieron las puertas del tren, vino corriendo a mi garganta un olor nauseabundo a carne quemada, sangre y pólvora. La poca gente que había en las calles recogía los cadáveres y los subía a furgones. Una paloma picoteaba un cadáver, y los gatos olisqueaban y lamían la sangre. Una madre y un niño pequeño estaban recorriendo los cuerpos, registrando los bolsillos vacíos, ya robados. La Guardia Civil vigilaba las calles y paraba a la gente. Ví que vaciaban la cesta de una mujer y como las manzanas rodaban por el suelo. A mi lado apareció un niño que tiraba de mi chaqueta mientras alargaba su mano hacia mí. Hugo lo apartó bruscamente, tirándolo al suelo, por lo que se levantó y echó a correr. Miré hacia otro lado. Salía humo de un bloque de casas; la gente se apresuraba a sacar lo que podía. Una mujer sostenía junto a su rostro la mano muerta del que habría sido su marido. Un guardia civil se le acercó. Ella le gritó algo y le escupió en la cara. Seguidamente, el guardia rio, sacó un pañuelo impoluto del bolsillo, se limpió y a continuación le pegó un tiro en la cabeza. ¿Dónde demonios me encontraba? El cielo se veía oscurecido por el humo que salía desde varios puntos de la ciudad. Carros sin ruedas, abandonados en los caminos de tierra, servían de criaderos para las ratas. En otra dirección, frente a una pila de cadáveres, un cura los rociaba con agua bendita y recitaba algo en latín. A su orden, dos hombres prendían fuego a los cuerpos. A lo lejos oí las campanadas de una iglesia. Los pájaros alzaron el

vuelo. Llegamos a casa, me encerré en mi dormitorio, lleno de polvo y tierra tras tantos años de abandono, y me tumbé en la cama. Se levantó una cortina de polvo. No había nadie en la casa, ni uno solo de los sirvientes que dejamos atrás cuando nos marchamos.

Al día siguiente, Úrsula se encargó de publicar en el periódico un anuncio solicitando sirvientes. Una semana más tarde, la fila de aspirantes a los puestos que se ofertaban llegaba desde el salón comedor hasta el recibidor. Al final del día, los puestos ya estaban cubiertos y los nuevos sirvientes instalados en sus habitaciones del tercer piso. Apenas me había atrevido a salir de mi dormitorio desde que llegamos. Me daba miedo esta nueva ciudad, y las caras de fantasmas en vida que tenían los sirvientes no ayudaban mucho.

Salí de casa con la esperanza de encontrar a algún conocido un mes después de llegar. El olor ácido a muerte regresó a mi garganta. La gente caminaba con la cabeza agachada y cruzando al otro lado de la calle cuando venían guardias civiles por su lado. Les tenían pavor.

Había pensado en ir, en primer lugar, a ver a Emilio y Susana. Pero la casa de Bruno quedaba más cerca de la mía. Cuando llegué a la verja, vi dos ventanas rotas y cubiertas por maderas. Había luz en el interior de la casa, en la planta principal. La verja estaba abierta y entré. Llamé. No obtuve respuesta. Giré el pomo y cedió lentamente. La casa estaba sumergida en la oscuridad por culpa de las cortinas que cubrían las ventanas. Me dirigí a la sala en la que había creído ver las luces desde la calle. La puerta estaba entreabierta. Pude ver una silueta frente a la chimenea apagada, leyendo el periódico, tal como había visto tantas veces al llegar allí. Abrí de golpe. No se inmutó.

—Bruno —dije.

La silueta se volvió lentamente. Parecía tener cien años más que la última vez que lo vi.

—¡Dios mío!, si es Miguel Campos en persona. Ven aquí, acércate.

Rescaté una sonrisa desde el fondo de mi alma, sin estar seguro de poder encontrarla para mostrársela a Bruno. Me arrodillé frente a él. Me tocó como si dudase de que realmente estuviese frente a él.

—¡Madre mía! —exclamó una voz familiar desde la puerta—. Señorito, cómo ha crecido.

—Hola, Claudia. Me alegro de veros. Ni siquiera estaba seguro de encontraros aquí.

—Claudia, ¿por qué no preparas algo para merendar? —pidió Bruno.

—Ahora mismo lo traigo.

Desapareció y nos quedamos a solas.

—Has estado en Francia, ¿verdad? Todos nos enteramos de la rápida forma en que los Montoya huyeron de la guerra.

—Sí, hemos vivido allí. ¿Y usted?

—Los otros sirvientes huyeron. Le di dinero a Claudia para que se fuese con ellos, pero me dijo que no me abandonaría nunca.

—¿No se marchó de aquí?

—No. Mi sitio está aquí, en esta casa, cerca de mi mujer y mi pequeña. Pasé mucho miedo, es cierto. Se escuchaban las bombas y los disparos a todas horas. Pasamos días enteros refugiados bajo la casa, ocultos en una trampilla que hay en las cocinas. Hubo gente que entró en la casa, escuchábamos sus pasos por todos los pisos. Se llevaron muchas cosas. La fábrica está destrozada. Ahora me queda la casa, Claudia, y el dinero que tenía guardado para vivir.

Claudia llegó con una bandeja con pastas y café recién hecho.

—Bueno, no quiero aburrirte con esas historias. La guerra ha acabado y tenemos que estar contentos de estar vivos. Vamos a merendar.

Tomé un café y una pasta. No quería despreciar la invitación, pero tampoco quería abusar.

Salí de la casa prometiéndoles que los visitaría tan a menudo como me fuese posible. Bajé por Fernando el Católico y pasé frente a la vieja tienda de mi padre. La sucursal del banco seguía allí. Recorrí las calles de la vieja ciudad, que me parecía un fantasma, una sombra de lo que algún día había sido y tal vez nunca consiguiera volver a ser. Pasé cerca de la biblioteca, pero no entré. Cuando llegué a la avenida de Madrid, reconocí el viejo edificio en el que había vivido: estaba más ajado que nunca. Lo que antes habían sido balcones ahora eran hierros retorcidos suspendidos en el vacío. La fachada del bar de Emilio estaba oscurecida, pero se veía luz en su interior. Tiré de la puerta y entré. Todos los ocupantes se quedaron observándome para, segundos después, continuar con lo que estaban haciendo. Vi a un Emilio envejecido tras la barra, sumergido en sus pensamientos, con la vista fija en algún punto, mientras secaba un vaso. Me senté en un taburete de la barra.

—Emilio —llamé.

Alzó la vista y se acercó.

—¿Qué puedo servirle?

—Emilio —repetí—. Soy Miguel. El hijo de Germán.

Sus ojos se abrieron de par en par. El vaso se le cayó de las manos.

—¡Susana! ¡Es Miguel! ¡Está aquí!

Se apresuró a levantar la portezuela de la barra para dejarme entrar y pasar a la cocina. La señora Susana se había asomado y me recibió con una sonrisa melancólica y desencajada. Preferí pensar que era por la sorpresa.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y estuvimos hablando sobre mí y mi vida en París, seguramente para evitar que les preguntase por lo inevitable.

—¿Sabéis algo de Adelaida?

Se miraron entre ellos.

—Por favor, necesito saber algo de ella.

Agacharon la mirada.

—¿Está muerta? —pregunté temiendo lo peor.

Emilio negó lentamente con la cabeza.

—Susana, ¿te importaría ir a ver si ha venido algún cliente?

Nos quedamos a solas.

—Ahora no queda nada tal como lo conocías, Miguel. No deberías haber vuelto nunca.

—¿Dónde está? ¿Está bien? ¿Necesita algo?

—Está casada.

Tardé varios minutos en asimilar la noticia.

—¿Casada? ¡Tiene diecisiete años!

—Lleva cosa de un año casada. Lo hizo nada más acabar la guerra. Llevaba mucho tiempo sin noticias tuyas. Cuando entró y nos dio la noticia, yo tampoco podía creerlo.

—¿Con quién se ha casado? ¿Dónde vive?

—Se ha casado con el hijo de un coronel, Miguel. Él tiene treinta y cuatro años y su padre quería casarlo lo antes posible, quiere nietos. Eso fue cuanto me contó. Se la veía feliz, Miguel. Está enamorada de él.

—¿Dónde está? —pregunté con los puños apretados inconscientemente.

—No creo que sea buena idea que lo sepas.

—Quiero saberlo, necesito saberlo. Quiero verla. Tengo que pedirle perdón.

—¿Para qué? ¿Qué vas a conseguir con eso, aparte de hacerte daño a ti mismo?

—¿Por qué se ha casado?

—Ya te lo he dicho, los tiempos han cambiado. Nada es como era antes. Ahora hay que pelear con el vecino para sobrevivir, hay que pelear por un trozo de pan.

—Por favor, Emilio, dímelo.

—Lo siento, hijo. Lo siento.

Asentí y me despedí.

—Miguel, vuelve pronto a visitarnos.

—Lo haré. No te preocupes, Emilio.

Susana me despidió con tristeza y lágrimas.

Salí a la calle y miré a mi alrededor. Todo era diferente en Zaragoza. Había regresado para decirle a Adelaida que sentía haberme portado con ella de la forma en que lo hice, y que la quería. Y ahora era más tarde que nunca. Se había casado. Tal vez por eso no había contestado a mi carta. Quizá quería olvidarse de mí y de todo su pasado.

De regreso a casa, decidí pasar por el bar de Vicente. La fachada estaba recién pintada, y el cartel de aquella mujer exuberante ya no adornaba el escaparate. Me asomé por el cristal y vi que se había transformado en un restaurante para gente elegante. No vi ni a Vicente ni a su hermano tras el mostrador. Entré. Nadie advirtió mi presencia. Me dirigí a la barra. Un hombre trajeado se me acercó y me miró con indiferencia.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Quisiera saber dónde puedo encontrar al antiguo dueño del bar.

—Espera un segundo.

Asentí. Se dirigió a la cocina y poco después salió el que supuse, por la edad y el parecido, que sería su padre.

—¿Quién eres?

—Un amigo de Vicente, el antiguo dueño; me gustaría poder encontrarlo.

—Si quieres encontrarlo, vete al cementerio. Ahora este bar es mío, y punto. ¿Entiendes?

—Sí.

—Lárgate de aquí y no regreses, o llamaré a la Guardia Civil para que se encargue de que desaparezcas.

Asentí y me marché. Las nubes habían cubierto débilmente el fuerte sol. Unas gotas de lluvia comenzaban a caer sin fuerza. Me sentí más solo que nunca. Una mano invisible presionaba mi pecho. El hecho de imaginarme a Adelaida casada con alguien que le doblaba la edad mientras se dejaba manosear para darle nietos a un coronel me producía náuseas. Reservé la

visita a Ana para otro día. No creía que pudiera hacer frente en un mismo día a más noticias nefastas. Puse rumbo al cementerio. Volví a pasar cerca de la casa de Bruno y le lancé una mirada sin fuerzas. La tapia del cementerio tenía restos de lo que me pareció sangre. La cruz ya no estaba allí. Entré en el lugar y pude reconocer a la persona que había enterrado a mi abuela y a mi padre sentada en su refugio, escuchando la radio. El cementerio parecía vacío y más descuidado que nunca. Caminé entre las altas hierbas que plagaban el suelo hasta llegar a la tumba de mi padre. Una fila de hormigas rodeaba la lápida. Me puse frente a él y comencé a hablarle.

—Hola, padre. Acabo de regresar de París y nada es como lo recordaba. Supongo que Vicente estará enterrado en alguna parte del cementerio. He visto a Emilio y Susana. Parece que están bien.

Respiré hondo para ahogar las lágrimas.

—Emilio me ha dicho que Adelaida está casada. Llevo años esperando regresar para poder decirle que la quiero, y ahora está casada. Soy un estúpido.

Hice una pausa y miré a mi alrededor. Seguía estando completamente solo. Vi el mausoleo de los Sanpedro desde lejos y pensé en ir a visitarlo cuando acabase.

—He seguido escribiendo. He escrito una novela con nuestra historia, padre. La leo siempre que puedo, y así recuerdo nuestros años juntos y parece que no te has ido. Escribí otro libro y lo llevé a una editorial en Francia. El editor me tendió una estúpida trampa manchando las hojas y aprovechó el momento para editar mi novela firmada con su nombre. Por supuesto, yo no había registrado la obra. Lo siento, padre, tú nunca hubieses dejado que lo hiciese de ese modo. Creo que me faltaron muchas cosas que aprender de ti. Te echo de menos. Más de lo que te puedas imaginar. Hasta pronto.

Toqué con las yemas de los dedos su nombre grabado en la piedra y me dirigí al mausoleo de los Sanpedro. La puerta estaba abierta de par en par y tenía la bisagra superior arrancada. Desde el umbral de la puerta vi la lápida de Margarita Sanpedro. Pensé que, si ella no estuviese allí, Bruno tal vez nunca me habría recibido como lo había hecho. Miré a mi izquierda y observé el apellido «Cristo» labrado en la piedra blanca. Me reí al recordar el día en que Adelaida y yo nos escondimos para espiar un entierro clandestino. Entré en el lugar. Allí estaba la tumba imperturbable de Adriana Cristo Montenegro. El nombre que había hechizado aquella noche a Adelaida, que se negó a creer que su historia fuese tan simple como la que se narró brevemente en el recorte

del periódico. Había más nichos ocupados. Cuatro, concretamente. Enrique Cristo, el patriarca del clan, muerto a los cincuenta y cinco años y enterrado en el 38. Verónica Montenegro, la esposa, fallecida en la misma fecha y bastantes años más joven que él. Y, finalmente, Eva y Selene Cristo Montenegro, muertas también en el 38, las hermanas de Adriana. Toda la familia estaba enterrada. Algo en mi estómago me hizo pensar que no era casualidad que toda la familia estuviese muerta por una serie de desdichas y mala suerte. Quizás Adelaida tuvo razón tiempo atrás, cuando no le hice el menor caso, y había una trama en la familia más que sospechosa y la primera víctima había sido Adriana. Un escalofrío recorrió mi espalda. Sentí unas pisadas suaves tras de mí. Me volví lentamente sin saber a quién podría encontrarme. Frente a mí vi a una mujer vestida de negro con los años, y seguramente la guerra, marcados en su rostro: la mujer que Adelaida me había descrito tiempo atrás, la que dejaba las cartas para Adriana.

—¿Quién eres? —preguntó amenazante.

—Nadie —respondí—, ya me voy.

—¿Quién eres? ¿Quién te envía?

—Nadie, señora, disculpe por haberme metido aquí, sé que no tengo derecho.

Río amargamente.

—Te envía Ángel Tomás, ¿verdad?

—No, ni siquiera sé de quién está hablando.

—Si vuelve a meter las narices, yo misma lo mataré. Ahora, largo de aquí, cerdo.

Salí sin despedirme. Preferí hacerle caso y alejarme del asunto una vez más.

Atravesé el cementerio de nuevo y pude ver que el enterrador seguía en la misma posición que cuando había entrado. Las débiles gotas de agua no dejaban de caer y habían conseguido mojar mi ropa, que empezaba a pegarse al cuerpo sudoroso por el calor que había en el ambiente húmedo. Cuando llegué al jardín de mi casa, se escuchaban los gritos de mi madre desde el interior. Apreté el paso y abrí la puerta principal de golpe. Hugo descendía por las escaleras con una maleta y un saco de ropa mientras mi madre le gritaba.

—¡No, Hugo, por favor, esto no! ¡Esto no puedo consentirlo!

—¡Aparta! ¡Es mi casa y se hará lo que yo ordene! Parece que has olvidado que empezaste a trabajar para mí como sirvienta y, créeme, que si

para que no olvides el respeto que me merezco he de recordártelo en tus carnes, no dudaré en hacerlo.

Mi madre tardó un par de segundos en salir de nuevo tras él y asirle el brazo. Acabó tirada en las escaleras por un empujón.

—¡Por favor, no lo hagas, es mi hijo!

Las palabras tardaron en llegar a mis oídos. Había pensado que Hugo se marchaba y mi madre no quería, pero tras oír sus palabras me reí de mi inocencia. Hugo pasó frente a mí, llegó a la puerta que había dejado abierta y lanzó la maleta y el saco al jardín. Luego me cogió del brazo y me sacó de la casa.

—He metido tus cosas ahí. Nunca serás un Montoya. ¡Márchate de esta casa y no regreses jamás!

—¡No! ¡Es mi hijo! ¡No lo hagas, por favor, haré lo que quieras! —gritó mi madre agarrada a la barandilla de las escaleras. Parecía tener un tobillo torcido. Me miraba con la cara surcada de lágrimas amargas.

—¡Fuera! —se relamió Hugo sus labios con talante altivo y sonriente, triunfante mientras mi madre sollozaba.

Salí de la casa y cerré la puerta. Mi madre gritaba algo a Hugo, pero él la ignoró. Recogí la maleta y el saco y, sin mirar atrás, emprendí mi camino por la vida. Tras atravesar seis manzanas, me senté en un banco a pensar qué debía hacer. Las nubes se habían espesado y ahora llovía con más fuerza. Tomé de nuevo mis pertenencias y me encaminé a casa de Bruno.

Claudia abrió, me ordenó que entrase a hacer compañía a Bruno y me dijo que me traería ropa seca. Dejé la maleta y el saco en la entrada principal y entré al salón. Bruno estaba agachado, encendiendo un fuego que no hacía falta, cuando oyó la puerta.

—Vaya, Miguel, no esperaba que regresases tan pronto. Pasa.

Prendió una cerilla y la lanzó al papel y las cañas. Se incorporó y se sentó en su butaca.

—Estás empapado.

—Claudia ha ido a por ropa seca para ponerle remedio.

—Bien.

Nos quedamos en silencio observando el fuego. Bruno se había portado demasiado bien conmigo siempre que lo había necesitado, y ahora me sentía como si fuese a abusar de su generosidad.

—Necesito un favor, Bruno.

—Soy todo oídos. Cuéntame qué necesitas.

—Hugo Montoya me ha echado de casa. Necesito dormir en algún sitio hasta que encuentre trabajo y pueda pagar una pensión con el sueldo.

—¿Y te gustaría quedarte aquí? Espero que sí, porque tengo un montón de dormitorios vacíos esperando a que alguien duerma en ellos.

Sonreí.

—Bienvenido a casa, Miguel.

—Por un tiempo —apunté.

Una mancha oscura había aparecido de pronto en la ventana y con sus patas golpeaba el cristal.

—¿Qué diantre es eso?

—Es mi gato. Me había olvidado de él —dije incorporándome de golpe y yendo a la ventana.

—Vamos, abre la ventana, a los gatos no les gusta el agua.

—¿No le importa?

—En absoluto, lo que no sé es qué opinarán mis lobos. Ya se acostumbrarán unos a otros.

Cogí a Astaroth y lo puse frente al fuego. Claudia llegó con ropa seca. Bruno le indicó que acomodase mi dormitorio, a lo que me negué rotundamente, diciendo que lo haría yo mismo.

—Dime, Miguel, ¿a qué piensas dedicarte?

—No lo sé. Buscaré trabajo. De lo que me ofrezcan.

—¿Y tu afición a la escritura?

—Sigue ahí.

—¿Has escrito algo nuevo?

Asentí y fui en busca de la maleta. La abrí y le tendí el libro de Tristan Panisse. Me miró con expresión de no entender y le relaté lo sucedido.

—A eso se le llama «putada», de las gordas.

—Lo sé.

—¿Tienes algo más?

—Escribí una historia personal. La de mi padre y la mía. No tengo nada más, por el momento. Y creo que será así hasta dentro de mucho tiempo. No creo que con un trabajo se tenga tiempo para dedicarse a la escritura.

—No te preocupes por el trabajo. Hay quien me debe favores. Tal vez sea el momento de pedirle ayuda a alguien.

—¿A qué se refiere?

—¿Tienes ahí la historia de tu padre?

—Sí.

—Déjamela, veré lo que puedo hacer.

—¿Sobre qué?

—Tengo un amigo que vive en Francia. Yo le ayudé a escapar de la guerra. Vive a pocos kilómetros de la capital. Creo que no tendrá problemas en conseguir que publiquen este título.

—¿En París? ¿No puede ser aquí?

—Es mejor que se publique en otro país, hazme caso. Las cosas no están para tirar cohetes en España. Tendrá más salida allí.

—Si es que alguien quiere publicarlo.

—No te preocupes por eso. Considérate publicado. Yo me encargaré de abrir una cuenta bancaria a tu nombre.

—No veo el modo de agradecerle todo lo que hace por mí, Bruno.

—Hazlo cuando tu libro esté publicado. Invítame a una cena.

—Trato hecho.

—Mañana iré a la oficina de Correos y lo enviaré con urgencia. Creo que te encuentras cansado, Miguel. Seguramente te apetecerá retirarte.

—La verdad es que sí.

—Bien, escoge el dormitorio que más te guste.

Subí las escaleras con Astaroth a mis pies. Me dirigí a la habitación más alejada y me encerré. Descorrí las cortinas y extendí el contenido de la maleta y el saco sobre la cama. Hugo no se había olvidado de meter mi máquina de escribir, la misma que él me regaló. Ordené las cosas sobre una mesa que había en el centro de la habitación y metí la ropa en el armario. Me tumbé en la cama. Astaroth lo hizo sobre mi estómago. Rápidamente, me quedé dormido.

Los maullidos de Astaroth me despertaron a la una de la tarde. Había dormido más de doce horas. Oí voces desde el pasillo y seguí su rastro, que me condujo hasta la cocina. Claudia y Bruno conversaban mientras comían.

—Vamos, pasa, te pondré un plato —invitó Claudia.

—Muchas gracias —acepté mientras me sentaba al lado de un Bruno sonriente.

—Ya he mandado tu libro, junto con una carta explicando la situación. No creo que tarde en responder. Mientras tanto, me gustaría que comenzases a escribir otra historia del mismo tipo de la novela publicada.

—¿La que me robaron?

—Sí. Es fantástica. Ayer no pude dormirme hasta que la acabé. Incluso he conseguido que Claudia le dé una oportunidad, y eso que no es muy dada a la

lectura.

—Bruno, agradezco mucho el esfuerzo y la amabilidad, pero antes de empezar otra novela me gustaría saber que es posible que se publique alguna con mi nombre.

—Yo te aseguro que tu novela puede darse por publicada.

Tres semanas después, llegó a casa de Bruno una carta a su nombre y otra al mío.

Estimado escritor:

He leído su novela, y tengo a bien decirle que, cuando esta carta llegue a sus manos, el libro estará comercializándose en Francia y que me encargaré personalmente de enviarle un ejemplar. No pude dejar de leer la historia hasta que llegué a la última página. Espero que esté trabajando ya en su próxima novela y que me la envíe cuando la tenga acabada. Debo decirle que no hay prisa, puede tomarse el tiempo que necesite. También me complace informarle de que semanalmente me encargaré personalmente de que sea ingresado en su cuenta el dinero que le corresponde por la venta de su novela. El resto de la información que necesite saber se la haré llegar, o bien a usted, o bien a mi amigo Bruno.

Atentamente,
Arthur Kleim

—Enhorabuena, Miguel, eres escritor.

—¿Su amigo es editor? —pregunté.

—No, pero tiene contactos, sabía que podríamos contar con él. —No podía creerlo. Una sensación cálida y tranquila se instaló en mi estómago—. He de ir al banco a hacer una comprobación. Regresaré más tarde.

Subí las escaleras y entré en el dormitorio sonriendo como un bobo. Me planté ante la máquina de escribir, puse un folio en el tambor y comencé a escribir. Cuando agoté los folios que había colocado sobre la mesa, abrí el cajón y saqué otro puñado. Fue entonces cuando lo vi. Me había olvidado de él, pero ahí estaba, esperando a que lo acabase. Era el libro que había comenzado a escribir para Adelaida. Lo saqué y leí la primera página. La sensación de felicidad que se había acomodado en mi estómago desapareció en un instante al recordarla. Había pasado días pendiente de la posible publicación de mi novela y me había olvidado de ella por completo. Leí la última página y comprobé que poco me faltaba para acabarla. Tomé una estilográfica y continué con su historia. Aunque estuviese casada, se la haría llegar. Emilio sabía dónde vivía y acabaría por decírmelo. O eso quise creer.

Bruno regresó a casa cuando estaba escribiendo el último párrafo para Adelaida. Mi Adelaida. El simple hecho de recordar su nombre me hería por dentro.

Bruno me llamó desde el pie de la escalera y salí a su encuentro. Me dijo que Arthur ya había realizado un ingreso en mi cuenta bancaria por una buena cantidad de dinero y que en su carta le había dicho que las expectativas de venta iban sobre ruedas.

—Le debo una cena, Bruno. Bueno, en realidad, mucho más. Avise a Claudia, esta noche salimos a cenar. Usted elige.

Pedí a Bruno la dirección del banco en el que se hallaba registrada mi cuenta y maldije la ironía con la que tanto se divierte el destino. Era la sucursal situada en la antigua tienda de mi padre. Salí de casa en dirección al banco. Cuando llegué tuve que esperar unos minutos para conseguir entrar. Vi el fantasma de mi padre tumbado en el suelo, desangrándose, y la muchedumbre llegando de todas partes para enterarse de qué había pasado. Sentí un mareo y me apoyé en la pared. Un segundo después entré. Nada quedaba de lo que había sido la tienda. Las paredes habían sido alicatadas y el techo levantado. La pared que separaba la trastienda había sido sustituida por una mampara de cristal y se podía ver al director mantener una conversación con alguien. Los empleados estaban sentados en sus mesas, contando dinero o rellenando papeles. En vista de que todas las mesas estaban vacías y ninguno hacía ademán de atenderme, me senté ante una de ellas y di los buenos días. El hombre siguió contando el dinero hasta llegar al último billete, lo introdujo en un cajón y me sonrió por detrás de sus gafas.

—¿En qué puedo ayudarle?

Le tendí la cartilla que Bruno me había dado aquella misma mañana y le dije que necesitaba sacar algo de dinero. Me preguntó para qué lo quería y le contesté que estaba buscando un piso para alquilar. Él mismo me dijo que su cuñada era la dueña de un edificio recién restaurado situado en la calle Almagro, a la altura del número tres. Me informó de que los pisos no eran lujosos, pero que tampoco tenían goteras ni ratas por los rincones. Los alquilaba por meses o por años.

—¿A qué se dedica usted?

—Escribo.

—¿Es periodista?

—No, soy novelista, oficialmente, y este ha sido mi primer sueldo.

—Vaya, enhorabuena. Conozco a mucha gente que pretende ganarse la vida escribiendo, pero no hay forma de que lo consigan. Hablando de la escritura, mi cuñada, que es un encanto de mujer, por cierto, tiene sin alquilar el piso en la planta más alta del edificio. Yo mismo estuve a punto de alquilarlo, pero era muy grande para alguien soltero, está unido al ático por una escalera. Es un piso de dos plantas, en realidad. Creo que un escritor necesita tener su propio espacio exclusivamente para la escritura, y me da en la punta de la nariz que ese ático podría ser un perfecto estudio para usted.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunté.

Sin darme cuenta, me encontré caminando en dirección a la calle Almagro. Vi el edificio y verdaderamente estaba recién restaurado. Entré y me dirigí a la puerta que el banquero me había indicado. Llamé con los nudillos. La madera estaba fría. Oí una tos en el interior y unos pasos acompañados seguramente de un bastón. Una mujer anciana, con el pelo recogido en un moño gris, ojos de color azul claro, prácticamente transparentes, con una estatura que llegaría al metro y medio escasamente, debido a la curvatura de su espalda, y cubierta por un chal de lana azul grisáceo, tal vez blanco sucio, me abrió la puerta y me miró lentamente de arriba abajo.

—Buenos días, señora...

—Querrá decir tardes —cortó.

—Buenas tardes, señora, me envía Felipe, el banquero.

—¿Y bien?

—¿Bien qué? —pregunté.

—¿A qué demonios te envía ese aquí? Lleva años sin dirigirme la palabra y ahora vienes tú diciéndome que te manda él. ¿Qué quiere? ¿Chuparme la sangre directamente de las venas?

—Estoy interesado en arrendar un piso. El último, el que tiene ático.

—Humm..., bueno, ese es otro cantar. ¿Tienes dinero?

—Claro.

—A ver.

Me quedé mirándola sin comprender.

—He dicho que me enseñes el dinero. Si no lo veo antes, no te enseñó el piso, no estoy para andar subiendo y bajando las escaleras para nada.

Saqué parte del dinero del bolsillo y se lo mostré.

—Bien, vamos arriba. Espera aquí mientras voy por la llave. Cerró la puerta en mis narices. La oí caminar en el interior de la casa. El edificio también tenía buen aspecto por dentro, y no parecía un lugar húmedo. Sentí

unas uñas que se clavaban a la altura del medio gemelo. Mi gato estaba estirándose sobre mi pierna.

—¿Qué haces tú aquí?

Se sentó a mi lado y se relamió el bigote. En el momento que oyó la puerta abrirse, se lanzó escaleras arriba. La anciana salió, asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada, y me ordenó que la siguiese.

—Este edificio es muy antiguo, pero tiene los cimientos firmes y acaba de ser restaurado. Me ha costado un riñón, pero lo compenso con la subida de los alquileres. Créame cuando le digo que todos los pisos son acogedores.

Se paró un instante en la escalera y me dirigió la mirada.

—Por supuesto, no espere encontrar lámparas de oro, pero están muy arreglados por dentro y no les falta de nada. Incluso he instalado un termo de esos de agua caliente en el piso que quiere habitar usted. Tiene un horno de leña y una estufa con la que conseguiré calentar toda la casa en invierno. También tiene bañera.

—¿Y la parte de arriba, la del ático?

—Es muy luminosa. No es muy grande, pero tiene mucha luz. El sistema eléctrico también ha sido renovado y funciona a la perfección. Ya hemos llegado.

Continuaban unas escaleras hacia lo que parecía una quinta planta.

—No te preocupes por eso. No dan al ático, sino a la terraza, la zona común donde se tiende la ropa.

Introdujo la llave en la puerta y se abrió. Oí un maullido desde las escaleras de la terraza y vi el reflejo de los ojos de Astaroth en la oscuridad. Le hice un gesto para que esperase ahí. La anciana giró el interruptor de la luz. Las bombillas relampaguearon unos instantes y finalmente se encendieron.

—Es por el tiempo que han estado apagadas. No te preocupes, la próxima vez se encenderán a la primera. Esta es la sala principal.

La sala principal estaba amueblada con un sofá rojo de tres plazas, una mesita baja frente a él, una estantería con algún libro sobre ella, una estufa colocada en una esquina y una lámpara de pie situada junto al sofá. Todo era de madera. Me guió hasta la cocina. Un horno de leña, una mesa de madera oscura con dos sillas y una estantería la poblaban. Me llevó hasta el baño, que era la habitación más grande de toda la casa. La bañera era enorme. Soñé con el momento de sumergirme en ella. El dormitorio se componía de una cama de matrimonio con una mesilla en uno de los lados y una pequeña lámpara en

forma de ninfa sobre ella, una cómoda a los pies de la cama y un armario al lado de la ventana.

—Si quieres ver la parte de arriba, tendrás que subir tú solo.

La dejé descansando en el sofá y ascendí por las escaleras. La luz de los ventanales inundaba toda la sala. Era un cuarto pequeño. Tenía un perchero medio oculto en un rincón y el techo de vigas de madera. Había un escritorio frente a los ventanales y lo que me parecieron planos de arquitecto, arrugados y polvorientos, sobre la mesa. Una cajonera alta estaba apoyada en la pared del fondo. Uno de los ventanales podía abrirse para salir a la terraza, que me pareció perfecta.

—¿Te has muerto ya? Ese cuarto es muy pequeño para tardar tanto en verlo.

Su voz me sacó de mi ensoñación y bajé las escaleras.

—¿Cuándo puedo entrar a vivir?

—En cuanto me pagues.

Bajamos hasta su casa y le firmé un papel en el que me comprometía a arrendarle el piso por un año, renovable cuantos quisiera. Le pagué y me entregó la llave.

—Mañana mandaré a Catalina a que limpie el piso.

—No hace falta.

—Vive en el segundo, en la puerta de la derecha. Trabaja limpiando casas, no lo hace mal y le harás un favor, todos tenemos que comer. Tiene quince años y se ha ido de casa de su padre.

—Está bien, mándela —cedí.

Con las llaves de mi primera vivienda en el bolsillo, me dirigí a casa de Bruno dispuesto a invitarles a él y a Claudia a una cena que se merecían.

Los conduje a uno de los restaurantes situados en el paseo de la Independencia. Al ver llegar a Bruno, los camareros y el *mâitre* se pusieron a nuestros pies y nos acomodaron en una de las mejores mesas del local. Cenamos el menú más caro de la carta por mi insistencia, y tras la cena pedí que trajesen tres habanos.

—¿Vas a marcharte ya, verdad? —preguntó Bruno.

—Lo de quedarme en su casa era solo temporal, y ya le he causado muchas molestias.

—Eso no se te ocurra volver a decirlo.

—Si no fuera por usted, estaría pidiendo limosna en la puerta del Pilar.

—Tonterías, eres un chico listo, te las habrías apañado perfectamente.

—Sí, soy tan listo que le pongo en bandeja a un escritor frustrado el libro de su vida.

—Ese es el aprendizaje de la vida. Tú sigue escribiendo, que Kleim se encargará de todo. ¿Dónde vas a vivir?

—En la calle Almagro. En el número tres, planta cuarta, la puerta de la izquierda. Espero que vengan a visitarme.

—Lo haremos, siempre y cuando tú no te olvides de visitarnos a nosotros.

Compartimos los tres una sonrisa de confianza justo antes de que Adelaida se levantara de una mesa con la ayuda de su marido y se marchara del local.

—Miguel, ¿te encuentras bien? —preguntó Bruno.

—Ahora vuelvo.

Me dirigí hacia la salida, tropezando con un camarero que afortunadamente solo llevaba una botella de agua. Cuando salí a la calle, su rastro se había perdido entre la gente. Alcé la cabeza intentando encontrarla, pero fue imposible.

—Miguel —llamó Bruno a mi espalda—. ¿Por qué no nos vamos ya?

—Sí, claro.

Los acompañé hasta su casa, recogí mis cosas y les prometí nuevamente que los visitaría a menudo. Mientras regresaba solitario a mi nueva casa, la imagen de Adelaida saliendo del restaurante me ahogaba. Tenía que verla y hablar con ella por encima de todo.

A la mañana siguiente me despertaron ruidos en la sala principal. Me enrosqué la sábana a la cintura y abrí la puerta.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Tápese, tápese ahora mismo!

Regresé asustado al interior y me vestí.

—¿Así mejor? —pregunté.

—Así es como debe ser. —Se secó las manos en el delantal—. Soy Catalina, me envía la Antonia.

—Lo sé.

—Esto tardará en quedar habitable unos tres días, y después puedo pasarme un par de días a la semana. Si le parece bien.

—Me parece bien.

—¡Estupendo!

—Pero procura no hacer ruido, ¿eh? Me gusta dormir hasta tarde.

Me miró de refilón mientras seguía con su trabajo.

—¿Qué pasa? —pregunté con el ceño fruncido.

—Mi madre me decía que los hombres que se levantan tarde son unos chandros.

—Bueno, pues te gustará saber que soy escritor y que me gusta comenzar a escribir al anochecer y hasta que el cuerpo aguante, por lo que duermo hasta tarde.

—Ah.

Lo primero que hice después de tomarme el desayuno que Catalina me había preparado fue poner rumbo al restaurante de Emilio. Para mi suerte, no lo encontré allí, no era él con quien quería hablar. Susana estaba tras la barra sirviendo un café cuando me vio asomado en el cristal y me hizo una señal para que entrase.

—Me alegro de verte, Miguel.

—Yo también, Susana, pero esta visita no es de cortesía.

Entramos en la cocina.

—¿De qué se trata?

—De Adelaida. Emilio no quiso decirme dónde vive ahora.

—Claro, para qué va a decírtelo, está casada y tiene a su marido.

—Susana, necesito saberlo. Llevo años esperando para pedirle perdón.

—Adelaida está casada...

—Ya lo sé.

—No me has dejado terminar. Está casada, pero no lo quiere, estoy convencida; no tendría el alma en los pies si lo quisiera de verdad.

—Emilio me dijo justo lo contrario.

—Claro, para protegerte. Su marido es un hombre poderoso y no va a dejar que te acerques a su esposa. Y si te digo dónde vive, lo harás.

—Solo quiero decirle que he vuelto y pedirle perdón por cómo la traté.

—No creo que necesite que le pidas perdón. Siempre que venía aquí, nos preguntaba por ti, por si teníamos noticias tuyas. Creo que te echaba de menos.

—Dime dónde vive, por favor —rogué cogiendo sus manos.

Suspiró y desvió la mirada al suelo.

—No hacía falta más que veros de niños para saber que ibais a acabar así. No podíais estar el uno sin el otro. Mírame y prométeme que solo la visitarás para decirle lo que me has dicho que vas a decirle. Para decirle que estás bien.

—Te lo prometo —mentí.

—Y ten una excusa preparada por si está su marido.

—Te lo prometo igualmente.

—En el paseo Ruiseñores. En el número catorce. La segunda planta es entera de su marido, según me dijo.

—Gracias, Susana, gracias.

Le di un beso y salí de allí.

Me dirigí a casa. Nada más entrar percibí un olor a lejía. Me asecé y me cambié de ropa. Metí el libro que había escrito para ella en la cartera de piel y salí a la calle. Pasé por una bombonería recién abierta. Compré una caja de bombones y continué mi camino. Eran las diez y media de la mañana cuando llegué al portal. Miré las ventanas del segundo piso. Llamé, y el portero me abrió preguntándome amablemente a qué piso me dirigía.

—Al segundo.

—El señor Uribe no se encuentra en su residencia en estos momentos.

—¿Sabe cuándo regresará?

—No suelo preguntarle a quien me paga ese tipo de cosas.

—Entiendo.

Me encaminé a las escaleras, pero su mano me detuvo.

—Como le he dicho, el señor no se encuentra en casa en estos momentos.

—¿Y su señora esposa? ¿Está ella en el domicilio?

—No sé si debo decírselo.

Aquel portero tan eficiente me estaba poniendo nervioso. Lo único que se me ocurrió fue ser más rápido que él subiendo escaleras. Cuando llegué a la segunda planta llamé a la puerta rezando para que hubiese tropezado en un escalón. Una vez más, el Altísimo no me hizo el menor caso.

—¡Haga el favor de salir de aquí o me verá obligado a llamar a la Guardia Civil!

—Llame a quien quiera y déjeme en paz.

En ese instante una doncella abrió la puerta.

—¿Está Adelaida en casa?

—Querrá decir la señora de Uribe.

—Gracias por corregirme, no sé dónde he dejado mi educación esta mañana.

—¿Quién es usted?

La empujé a un lado y me colé en la casa. Empecé a llamarla a voz en grito mientras el portero y la doncella me seguían. Abrí una doble puerta acristalada que encontré a mi paso por un pasillo lleno de jarrones altos y cuadros. Estaba de pie, como si se estuviese dirigiendo a la puerta al escuchar

los gritos. Llevaba puesto un vestido de seda blanco adornado con una cinta azul cielo en los hombros. El cabello suelto, por debajo de los hombros y negro, contrastaba con su piel pálida. Nos quedamos mirándonos en silencio. Ambos con la boca a medio abrir. Mis piernas y mis manos temblaban. La caja con los bombones se cayó al suelo, seguida de mi cartera con su libro dentro. Fue ella la que dio el primer paso hacia mí.

—Lo siento muchísimo, señora, he hecho cuanto he podido para evitar que entrara.

—No te preocupes, Alfredo, es familia.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, María. No te preocupes. Podéis marcharos.

—Si necesita algo, avise a María, y que me pegue un grito por las escaleras. Estaré aquí antes de lo que canta un gallo.

—Gracias, no creo que haga falta.

Cerraron la puerta y nos quedamos a solas. Me sonrió.

—Miguel —dijo mientras se me acercaba.

—Sí.

Puso sus manos sobre mi rostro y cerré los ojos. Su pulso temblaba. Tomé una de sus manos y la besé. Se apartó.

—Por favor, siéntate.

Recogí la cartera y la caja de bombones. Me senté en el sillón que quedaba frente a ella. Después de unas miradas esquivas me decidí a hablar.

—Así que te has casado.

Agachó la mirada y sonrió amargamente.

—¿No se te ocurre nada mejor que contarme después de todos estos años?

—Te escribí una carta. La envié a tu colegio. No sé si la recibirías.

—Nunca he recibido ninguna carta de nadie. Además, el colegio fue destrozado poco después de que te marches.

—¿Dónde has vivido?

—Durante un tiempo me refugié en el mismo colegio, pero no era buen sitio. Así que me encerré en el cementerio.

—Tú y tus cementerios. ¿Por qué no te quedaste con Emilio y Susana?

—Apenas tenían comida para ellos. No quería ser una carga. Además, en un cementerio no iba a entrar nadie a matar a nadie. Nadie hace una guerra en un cementerio. Aunque sí fusilaban a la gente en la tapia. Todavía hay restos de sangre. Escuchaba los disparos desde los mausoleos. Era horrible. Los

muros temblaban. Parecía que iban a caérseme encima; tal vez hubiese sido lo mejor.

—Sigo sin entenderlo.

—Tú nunca entiendes nada que no quieras entender.

—¿Por qué te has casado?

—Le quiero —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Mentira.

Adoptó una mirada y un tono de voz irónicos.

—¿Qué tal Francia y el apellido Montoya? No has pasado hambre, ¿verdad?

—No soy un Montoya, nunca lo he sido.

Escuchamos voces en el pasillo. La puerta se abrió de golpe.

—Cariño, este es mi primo —improvisó Adelaida, incorporándose antes de dejar hablar a su marido.

Llevaba un bigote finamente perfilado y un traje que olía a nuevo. Me miró de reojo.

—No sabía que tuvieses un primo.

—Ni yo que continuase vivo —apuntó ella.

Por esa escueta conversación pude deducir que Adelaida no había contado más que mentiras a su marido.

—Encantado...

—David.

—David, ¿te quedas a comer? Yo soy Diego Uribe. Supongo que habrás oído hablar de mi padre, el coronel...

—No puede, ya se lo he ofrecido —se adelantó Adelaida cortante.

—Pues es una lástima —dijo Uribe.

—Te acompañaré a la puerta —se apresuró a decir Adelaida.

Llegamos al rellano hablando tonterías sin sentido.

—No vuelvas aquí —dijo.

—Entonces ven tú a verme.

—No puedo.

—Calle Almagro, número tres, cuarta planta.

—No iré.

—He dejado los bombones en la mesa, y la novela que escribí para ti.

—¿Qué dices?

—Soy escritor.

—Vaya, parece que a algunos se les cumplen cada uno de sus deseos.

—Ese libro es tuyo, Adelaida, nunca lo habría escrito si no te hubiera conocido.

—Ahórrate los halagos.

—¿Vendrás a verme?

—No vuelvas aquí.

Cerró la puerta. Oí sus pasos alejarse en el interior.

En el tiempo que llevaba viviendo en España de nuevo, no me había acostumbrado todavía al hedor que salía de las casas y de los bloques abandonados. Los cadáveres de familias enteras se descomponían en el interior de sus propias casas mientras el tiempo pasaba implacable. Haciendo caso omiso del dolor, se erigía la nueva España de guardias civiles y toques de queda bajo pena de prisión y palizas. Los mendigos inundaban las calles. De vez en cuando se podían ver en las sombras de la silenciosa noche a un par de personas que intentaban huir a pie del lugar que les había visto nacer. Ni tan siquiera el agua de la lluvia se atrevía a borrar del todo los restos de sangre que dibujaban líneas y gotas sobre calles y fachadas, al tiempo que las ratas hacían su propio ejército devorando cadáveres de personas y animales. Ya no escapaban cuando oían los pasos de la poca gente que caminaba por la calle.

Recuerdo una de las noches en las que me quedé a escribir hasta el amanecer. Llegó un vehículo y abrió sus puertas. Me asomé a la ventana en la penumbra y vi como dos guardias aporreaban la puerta del edificio de enfrente. Se encendieron las luces en su interior. Dos personas se asomaron a la ventana. Un hombre abrió la puerta y gritó «Viva la República». Le pegaron un fuerte golpe con la culata del arma en la frente y comenzó a manar sangre negra. Lo arrastraron por el suelo y lo subieron al furgón. Una de las mujeres había bajado y se aferraba a su mano. El otro guardia sacó la porra y empezó a atizarle con fuerza. Cuando se cansaron, la dejaron allí tirada y se marcharon. La que parecía la hija, con ayuda de un vecino, entraron a la mujer en la casa y apagaron las luces.

Ya no quedaba nada de las calles arboladas y con jardincillos de flores. Ahora solo quedaba la tierra removida y eternamente húmeda. Apenas quedaban pajarillos que animaran la mañana. La gran fuente que había en medio de Vía Hispanidad ya no estaba allí. En su lugar, había un pozo del que no se veía el fondo. La gente no se atrevía a acercarse al río. Tenían miedo. Decían que los fantasmas de los asesinados en nombre de la República y lanzados al río regresaban por la noche en busca de venganza y se quedaban a

las puertas del Pilar para intentar quemarlo. En un par de ocasiones que pasé por allí, vi muertos flotando en las aguas.

Cómo echaba de menos Francia. Cómo deseaba estar allí. Emilio tenía razón en su carta.

Subí las escaleras hasta la cuarta planta del edificio. Saqué la llave del bolsillo y al introducirla en la cerradura oí la puerta del vecino que se abría a mi lado. Un olor a cerrado salió desde el piso hasta el pasillo inundándolo todo. La silueta de un hombre barbudo y arrugado se asomó desde la puerta.

—¿Tú eres Miguel Campos?

—Sí —respondí.

—Alguien ha venido a entregarte un paquete; no había nadie en tu casa y me lo ha endiñado a mí.

—Lo siento.

—No lo sientas y ven a recoger este mamotreto que me ha metido en casa.

Dejé la puerta entreabierta y desapareció en la oscuridad de su casa. Cuando la abrí del todo, el anciano se apresuró a dejar entrar la luz y abrió la ventana. Entré y me señaló un bulto que había en el centro de la habitación.

—Es eso de ahí. Vamos, llévatelo.

—Gracias por haberlo recogido.

Me agaché y lo cogí. Pesaba como un demonio. Creí que no llegaría entero a mi piso. Cuando me incorporé, mi espalda y mis rodillas se quejaron. Los escasos metros que me separaban de la salida de aquel piso me parecieron un camino sin fin. Cuando por fin llegué al umbral, lo dejé caer al suelo con la mayor delicadeza que me fue posible. Me disponía a empujarlo hasta mi casa cuando su voz sonó nuevamente.

—Esa joven, Catalina...

—¿Sí?

—¿Trabaja para usted, verdad?

—Sí. Un par de días a la semana.

—¿Cómo está?

—Bien, supongo. ¿Se refiere a cómo trabaja? Si está interesado...

—No, quería saber cómo estaba. Es mi hija —confesó.

—Ah, no sabía.

—Ya, supongo que no le habrá dicho que su padre, con el que no se habla desde hace tiempo, es su vecino.

Intenté adoptar un tono de indiferencia.

—¿Y para qué habría de decírmelo?

—Oiga, ¿podría hacerme a mí un favor? ¿Podría preguntarle cómo está y todo ese tipo de cosas?

—Supongo... Otra cosa es que ella quiera contármelo.

—Se lo contará, le encanta hablar.

—Eso sí lo he notado.

—Le ayudaré a empujar el paquete —dijo poniéndose a mi lado.

—¿Quién ha traído esto? —pregunté.

—Un chico joven, más joven que usted, diría yo, y mucho más fuerte.

—Eso no lo dudo; lo que no sé es cómo ha podido subir esto por las escaleras.

—Créame, era como un mulo.

Después de dejar el enorme paquete en el cuarto de estar y de que Astaroth me recibiese, me dirigí a la cocina y me tomé dos vasos de agua de un trago. Regresé y deshice el nudo del cordón que rodeaba el embalaje. Rompí los cartones. Ante mí apareció una caja que me resultaba extrañamente familiar. Tenía la llave puesta en la cerradura. La hice girar y la tapa superior crujió. La levanté lentamente. De nuevo el destino se divertía conmigo. No podía estar allí. Me retiré de golpe hacia atrás sin quitarle los ojos de encima. No, no podía ser. Algo presionaba mi corazón y mi mente. Creí que me estaba volviendo loco. Abrí el armario de la cocina, saqué una botella de vino y me serví un trago. Me senté en la silla, con la botella en una mano y el vaso en la otra. Acabé la botella de tinto mirando el gramófono de la tienda de mi padre desde la oscuridad. Cuando acabé la botella, decidí que lo mejor para mi mente en ese momento era desaparecer de allí y dejar que la oscuridad de la noche me envolviese. Llegué a la calle a tropezones. Puse rumbo en dirección al paseo María Agustín, a la búsqueda de la noche o de algún bar. No tardé en encontrar lo segundo. Como pude, le pedí al camarero una copa de coñac mientras me sujetaba en la barra. Me la sirvió, le pagué y me la tomé de un trago. A pesar de la botella de vino y el coñac, el gramófono seguía estando en el centro de mis pensamientos. Pedí la botella entera de licor y cogí el vaso. Me senté en una mesa y comencé a devorarla. Con la vista borrosa y la mente mareada vi una silueta de mujer acercarse a mí. Cogió el vaso de mi mano y se lo bebió. Después de unos minutos sin mediar palabra, sus ojos se convirtieron en los de Adelaida y, poco a poco, gracias al alcohol, ella entera me pareció Adelaida. Le ofrecí ver mi casa, y lo que obtuve por respuesta fue un tirón en el brazo arrastrándome a la calle. No recuerdo cómo encontré la

calle y cómo pude subir las escaleras. Entramos en el piso. Antes de darme tiempo a cerrar la puerta, ya había comenzado a quitarme la ropa. Fui arrastrándola hasta el dormitorio mientras la acariciaba entre sus muslos lentamente y le quitaba el vestido, enredando su pelo entre mis dedos. Caímos en la cama y perdí el conocimiento. Tuve un sueño extraño aquella noche. Vi a Adelaida entrando en el cementerio, volviendo la vista atrás para asegurarse de que yo la seguía. De todas las tumbas asomaban los pies calzados o desnudos de sus propietarios, que emergían de la tierra. La seguí por todo el cementerio hasta llegar a la tumba de mi padre. Era la única de la que no asomaban los pies. Adelaida me sonrió, me tendió una pala y me dijo que cavase. Obedecí sin más. Cuando la pala tocó algo duro, arañé con las uñas y saqué una caja. La abrí y el gramófono comenzó a sonar. Dirigí una mirada a Adelaida, que lanzó una risa al aire y comenzó a correr de nuevo. Salí del agujero y vi su silueta perderse entre los mausoleos. Corrí tras ella. Entré al mausoleo de los Cristo. Ella estaba arrodillada frente a la tumba de Adriana y rezaba. Se volvió lentamente.

—¿Por qué no quisiste descubrirme su historia?

Comencé a sentir unos agudos pinchazos taladrándome el cráneo antes de estar completamente despierto. La persiana estaba levantada hasta la mitad, y el sol se había transformado en un cuchillo para mis ojos. Me incorporé en la cama lentamente. Sentí el crujir de todos mis huesos bajo la piel. Oí ruidos sobre el techo y me di cuenta de que Catalina había llegado. Me vestí lentamente y abrí la puerta del dormitorio. Subí las escaleras hasta el estudio y la encontré limpiando los cristales.

—No hace falta que limpies eso también —dijo desde el último escalón.

—Eso dice usted. ¿No necesita luz para escribir?

—Lo que me iría ahora mismo como agua de mayo es un café cargadito.

—Ahora mismo.

—Haz para los dos.

—Yo no tomo café, ensucia el estómago —dijo mientras bajaba.

—Y mantiene la mente despierta.

—Para eso solo hace falta dormir y no emborracharse. Y cuando piense en emborracharse —dijo desde la cocina—, podría meter la botella vacía en la basura y no dejarla tirada por el suelo.

Me acerqué al escritorio y comprobé que las páginas de mi nuevo libro estaban en su sitio. Astaroth pegó un brinco y se acomodó sobre la silla. Le di

los buenos días acariciándole el lomo. Catalina me anunció que el café ya estaba listo.

—Si quiere, le frío unos huevos —ofreció mientras me sentaba.

El pensamiento del olor a huevos fritos me revolvió el estómago.

—No, gracias.

Tomé el vaso y bebí. Catalina no dejaba de mirarme.

—¿Por qué no te hablas con tu padre?

—¿Quién le ha dicho eso? —dijo enfadada.

—El mismo.

—Y luego dice que hablo mucho.

Se dejó caer en la silla.

—¿Por qué te fuiste de casa?

—Porque es un déspota. Siempre a sus órdenes. Prefiero limpiar y vivir yo sola antes que con él.

—No creo que fuera tan malo contigo.

—Usted qué sabrá.

—Si tan malo hubiese sido, no vivirías en el mismo edificio.

—La casera me hizo buen precio.

—Ya.

—Ya nada; usted a lo suyo y yo a lo mío.

Salió de la cocina para regresar un minuto después. Se apoyó en el umbral de la puerta.

—¿Por qué no me lleva al circo?

La pregunta me dejó muerto.

—¿Perdón?

—Me gusta el circo, pero no me gusta ir sola.

—Búscate otro acompañante.

—Quiero que me acompañe usted.

—¿Por qué yo?

—Me gusta usted, no piense mal.

—No pienso mal. Prefiero no pensar; además, tengo que trabajar.

—¿Y no puede perder un par de horas conmigo?

—No.

—Yo pensaba que los escritores eran más abiertos y educados.

—Pues te equivocas de lleno. Los escritores somos una raza aparte dentro de la especie humana. Solitarios, amargos y cansados de todo en esta vida. Con mil rarezas que no podría entender nadie que no fuese escritor. Y sin

estas condiciones no se escribirían buenos libros. Y yo lo que estoy pensando es que voy a decirle a tu padre que te acompañe.

—No hace falta, no iré al circo.

Salió y continuó con su trabajo. Cuando terminó me anunció que la casa estaba impecable y que a partir de la semana siguiente pasaría un par de días a limpiar. Me quedé solo y me acerqué al gramófono. Intenté buscar alguna carta en su interior o algo que me indicase su procedencia. Nada.

Hacía varios días que no visitaba a Bruno, así que decidí ir a verlo. Compré una caja de bombones y se la llevé. Estuvimos hablando de la marcha de mi trabajo y me comentó que había recibido otra carta de Arthur Kleim en la que le decía que mi libro estaba muy demandado y que editarían otra tirada. También me dijo que la cuenta de mi banco aumentaba cada semana más. Cuando me marché de allí, Bruno insistió en acompañarme hasta la puerta. Me dio la sensación de que quería decirme algo, pero que finalmente no lo creyó oportuno. Me dirigí a la biblioteca con la esperanza de encontrar a Ana allí. Nadie la conocía. Fui entonces a la que había sido su casa. El casero me dijo que la señora Ana Santos se había mudado a la casa de su esposo. Decidí pasarme por el paseo Ruiseñores. Cuando vi a lo lejos las ventanas de la segunda planta pude distinguir siluetas en su interior.

Llegué a casa y subí al estudio a aporrear la máquina de escribir y centrarme en la historia que estaba escribiendo, en un lugar muy lejos de allí, lejos de mi casa, de mi padre, de Adelaida y de todos los recuerdos que me hacían daño. Estuve escribiendo desde las doce de la mañana hasta las diez de la noche sin descanso. Me toqué la frente y sentí que me ardía. Decidí que un baño de agua fría me sentaría bien. Me quité la ropa y me puse una bata vieja que Catalina me había traído. Llené la bañera y dejé que el agua fría despejase mi mente.

Con la cabeza lejos de conseguir el punto de ebullición, la idea de marcharme a París comenzaba a adquirir cierta firmeza. Zaragoza, la ciudad a la que tanto tiempo había querido regresar, ya no era mi lugar; la ciudad que una vez consideré mi amiga y confidente ya no existía. Nada me retenía. Mi padre llevaba años enterrado, Adelaida estaba casada y yo no había hecho más que perder el tiempo pensando que ella también me podría querer a mí. Había sido un completo estúpido. El modo en que la había tratado de niños, ignorando todo lo que me decía o pedía, y la guerra nos habían separado para siempre. Cuanto más lejos y antes desapareciese de allí, mejor. Además, era en París donde se había publicado mi libro y donde lo apreciaban.

Quienquiera que fuese el que había comprado el gramófono tiempo atrás, sin siquiera conocerlo, conseguía ponerme los pelos de punta. No alcanzaba a pensar cómo me había encontrado después de tantos años y qué querría de mí. Salí de la bañera y me enfundé el albornoz. Me dirigí a la cocina y encendí el fuego para prepararme algo de comer. Unos pasos se aproximaron a la puerta antes de que se produjera la llamada. Los nudillos chocaron contra la puerta. Miré el reloj que pendía de la pared. Nadie que quisiera hacer una visita de cortesía lo haría a esas horas. En ese instante pasó por mi mente la imagen de Adelaida tras la puerta. Aparté la sartén del fuego, encendí la lámpara que quedaba al lado del sofá y abrí. Estaba temblando y me dio la sensación de que le costaba respirar.

—¿Qué haces aquí, madre?

La acomodé en el sofá y le ofrecí algo de cenar, que rechazó. Me dirigí a la cocina, corté algo de pan, cogí el queso que quedaba en el armario y se lo llevé a la mesa.

—¡Hijo!

—Cuando acabe de preparar la cena estoy contigo.

Me metí en la cocina. El hambre había desaparecido, pero necesitaba pensar. Habían pasado meses desde que Hugo me echó de casa y no había vuelto a tener noticias de ninguno de los dos. Por la hora de la visita, supuse que Hugo no sabía que ella había venido. No pude evitar reírme al pensar que tal vez también la hubiese echado. Freí una cebolla cortada en rodajas y la mezclé con jamón. Cogí dos platos y lo repartí. Salí de la cocina, dejé los platos sobre la mesa y me senté frente a mi madre en la butaca.

—¿Cómo me has encontrado?

—Fui a ver a Bruno —dijo temblorosa—. Sé más cosas de ti de las que crees.

—Ya veo.

Tomé mi plato y comí mientras me miraba.

—Puedes comer. No es un plato de lujo elaborado en la cocina de los Montoya, pero llena la tripa.

Sonrió débilmente y tomó el tenedor para revolver la comida.

—¿Cómo te va?

—Bien —respondí sin apartar la mirada del plato.

—¿De qué vives?

—Escribo.

—Ah. Es una sorpresa.

—Para ti, seguro. ¿A qué has venido, madre? ¿Hugo te ha echado?

—No —respondió dejando el plato sobre la mesa—. Él no sabe que he venido. He intentado convencerle de que te deje regresar, pero...

—¿Qué te hace pensar que quiero volver allí, a la sombra del gran tirano Hugo Montoya? Estaría loco si lo hiciera. Es más, voy a marcharme a París.

Me miró sin comprender, con la frente surcada de arrugas y los ojos abiertos. Estaba más anciana que nunca.

—¿A París? ¿Por qué?

—Es allí donde se publican mis libros. Y aquí no me queda nada.

Aquellas palabras la herían. No me arrepentí de decirlas. Astaroth se sentó a mi lado y se acurrucó.

—Ese gato siempre te sigue —dijo.

—Menuda novedad. Por última vez, madre, ¿a qué demonios has venido a verme?

Respiró hondo y se llevó la mano a los labios temblorosos mientras las lágrimas llenaban sus ojos.

—Hay muchas cosas que no sabes, Miguel. Cosas que se quedaron en el pasado y me recomen por dentro. No debí permitirlo. Debí pararlo cuando estuve a tiempo.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿De qué hablas?

—No sé cómo decírtelo sin hacerte daño.

—Cuando escribo un libro, suelo hacerlo desde el principio.

Tomó aire de nuevo y respiró más tranquila. Alargué la mano y cogí un cigarrillo del bolsillo de mi chaqueta. El calor que había hecho durante el día no parecía querer abandonar las paredes tampoco por la noche. Me levanté para abrir la ventana y regresé a mi sitio. Cogí a Astaroth y lo puse sobre mí, acariciándole el lomo.

—Qué tontería. No puedo decirlo sin hacerte daño. Aunque tampoco tengo derecho a pedir que me perdones.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué tienes que pedirme perdón?

—En cierto modo, lo hice por tu bien. Pensé que viviendo con Hugo te iría bien, que recibirías una educación y, con suerte, él mismo te ofrecería trabajar en su empresa e incluso la pondría a tu nombre con los años, cuando te viese como su propio hijo.

—¿Estás intentando pedirme perdón por casarte con Hugo? Creo que es tarde para eso. Ya no sé ni qué pensar sobre el tema, me da igual.

—No, estoy intentando explicarte. Después de tanto tiempo reconocí perfectamente a Hugo en el cementerio, en el entierro de tu abuela. Después de enterrarla se acercó a mí.

—Lo sé. Os vi. A lo mejor yo también te conozco mejor de lo que te crees.

—Se mostró muy amable conmigo. No era así como lo recordaba. Después de aquello, empezamos a vernos. Venía a recogerme a casa cuando tú y tu padre estabais en la tienda. Me traía rosas, bombones, me invitaba a comer en restaurantes a los que nunca me habían dejado entrar. Después surgió el problema de la tienda, nos quedábamos sin dinero y le pedí trabajar en su casa. Se negó a hacerlo. Me dijo que me daría todo el dinero que necesitase para que pudiese vivir. Las horas en las que se suponía que estaba trabajando en la casa, las pasaba con él. Algunas veces en la suya, y otras, en la nuestra.

—Aquel día —corté—, cuando me dijiste que estabas enferma y que te habían enviado a casa...

—Sí. Lo siento, hijo.

Algo estaba haciendo arder mi sangre lentamente. Escuchaba su historia sin poder mirarla a los ojos. Llevaba años engañando a mi padre. Quise pensar que no era cierto.

—No lo creo. No encaja. Ambos estuvimos trabajando sirviendo en la casa. No te creo.

—Debíamos fingir contigo, Miguel. No eras un niño de tres años para que no recordases las cosas. Debíamos fingir que no nos conocíamos.

—Pues lo hicisteis de miedo. Dos años trabajando en la casa y lo único que tenía eran los rumores. ¿Cuánto tiempo estuviste engañándonos? Desde que murió la abuela, supongo.

—Sí, fue desde entonces.

Me reí mientras me tapaba la cara con las manos, sintiéndome el mayor estúpido del mundo.

—Me das asco.

—Déjame terminar.

—¡Ah! Todavía hay más. Señoras y señores —dije extendiendo los brazos y las manos—, bienvenidos al circo, pasen y vean, o, mejor dicho, escuchen las historias de la bruja del circo.

—Por favor, déjame terminar, necesito sacármelo de dentro.

—Por supuesto, madre, no tengas reparos, desahógate hasta sacar las vísceras.

—Antes de irnos a vivir a su casa como sirvientes, insistió en que me marchase con él a su casa, que os abandonase a Germán y a ti. Me decía que quería comenzar su vida con una mujer, y también que quería darme una nueva vida, pero yo siempre me negué. No podía abandonaros.

—No podías abandonarnos, pero sí podías reírte de mi padre a sus espaldas y, de paso, de mí también.

—Hacía mucho tiempo que no sentía nada por tu padre. No le quería, y Hugo conseguía que me sintiese bien. La gente me respetaba y me saludaba cuando paseaba a su lado o comíamos en algún restaurante. Cuando estaba en su casa, los sirvientes me trataban como a él. Me gustaba. No me sentía como una miserable pordiosera que necesita la ropa de prestado.

—Pues es lo que eres, y por mucho que te vistas de gala y comas manjares, siempre lo vas a ser. Vas a ser eso, con el añadido de una rastrera embustera y mezquina.

Dejó de hablar, aceptando mis palabras, y la vi temblar más que nunca. Se puso en pie y se acercó a la ventana para continuar hablando.

—Hugo no acepta una negativa por respuesta. Cuando quiere algo, lo quiere, igual que cuando quiere a alguien. Entonces a quien quería era a mí. Destrozó la tienda de tu padre, o, mejor dicho, encargó a alguien que lo hiciese. Fue una advertencia para mí, para demostrarme su poder y que debía acabar haciendo lo que él me pedía. Nunca pensé que llegase tan lejos. Nunca pensé que llegase a hacerlo realmente. Me contó su plan, pero no creí una sola palabra, hasta que ocurrió de verdad, unas noches después. Hugo encargó a alguien que acabase con la vida de tu padre. Le dio mucho dinero para hacerlo y el arma. Le aseguró que después del asesinato un coche lo esperaría en la esquina de la calle y lo conduciría a la estación para que se marchase lejos, pero no fue así. Hugo lo preparó todo para que fuera encarcelado. Él fue uno de los testigos del crimen. Se había sentado en un banco oculto cerca de la tienda y lo vio todo. Fue él mismo quien gritó llamando a la Guardia Civil. Él les dio la descripción del pistolero y después se marchó. No tardaron en atraparlo. No había coche que lo esperase ni billete de tren para él. Simplemente, era la excusa de Hugo. La misma noche que lo encerraron se ahorcó en su celda, o eso contó Hugo. Yo creo que él mismo encargó a alguien de la cárcel que acabase con su vida para evitar que hablase. Después de lo sucedido me negué a verlo y a dirigirle la palabra, pero él sabía que el único ingreso que teníamos para sobrevivir era el dinero que él me daba. Me dijo que, si no me iba con él, dejaría de mantenernos y se encargaría de que no encontrase trabajo en ningún lugar. Nos hubiera convertido en mendigos si no hubiera cedido a sus palabras. Al fin y al cabo, es un Montoya.

—Es escoria —interrumpí.

—Con tu padre enterrado y la tienda cerrada, no teníamos otra salida. Le pidió a su madre que nos dejase trabajar allí, en agradecimiento a los servicios de mi madre. Como te he dicho, debíamos disimular ante ti y ante el mundo para que nadie sospechase nada.

Se volvió y se quedó mirándome, pero fui incapaz de levantar la cabeza. La sangre hervía en mis venas. Oí sus pasos acercarse lentamente a mí. Cuando alargó su mano para apoyarla en mi hombro, me puse en pie y la empujé. Dos lágrimas marcaron un camino en mi cara. Cayó al suelo por el impacto. Sentí el impulso de apalearla, pero algo me detuvo. La levanté del brazo y la saqué al rellano.

—Si vuelves a aparecer por aquí, te mataré de la misma forma en la que mataste a mi padre, bruja.

Cerré la puerta y me apoyé contra ella. Le di un puñetazo con ambas manos. Mis ojos se posaron sobre el gramófono. No pude evitar reírme de mí mismo, de mi ingenuidad o de mi estupidez. Hugo lo había enviado. Él lo había comprado tiempo atrás, siendo atendido por mi padre. Y ahora el recuerdo de mi padre al ver el gramófono se había transformado en el de Hugo inevitablemente. Sentí un mareo y me acerqué a la ventana abierta en busca de algo de aire fresco, inútilmente. Me tumbé en la cama. Intenté conciliar el sueño, sin conseguirlo. Me levanté y fui al estudio. Me senté ante la máquina. Quise escribir algo que no llegaba. Abrí la última botella de vino y bebí un vaso de un trago. Definitivamente, me marcharía de Zaragoza. Avisaría a Bruno, Emilio y Susana en cuanto tuviese el billete. Se me pasó por la cabeza la idea de decírselo a Adelaida, pero lo consideré inútil.

Sin apenas haber dormido, me dirigí al banco a primera hora de la mañana para sacar el dinero y cerrar mi cuenta. Lo que no preví fue que los bancos no abren a las seis de la mañana. Un cartel indicaba que se abría a las ocho. Busqué la cafetería más cercana, pedí el desayuno que se anunciaba en una pizarra de la entrada y me senté. Tras media hora de espera, el camarero se dispuso a colocar un mantel sobre la mesa, los cubiertos y una botella de agua para pasar los huevos, que pedí que cambiase por una de clarete. Se alejó hacia la barra. Oí abrirse la puerta. El camarero se volvió a saludar.

—Hola, amigo, ¿qué noticias traes hoy?

—No te cansarás nunca de esa estúpida broma, ¿eh? Llevas tantos años repitiéndola que ya no tiene sentido, y menos todavía gracia. Ahí te dejo los periódicos.

—Mañana te los pagaré, acuérdate de traer la cuenta.

—Sabes que de eso nunca me olvido. Hasta mañana.

—Adiós.

Desapareció en la cocina y poco después trajo la botella abierta.

—¿Quiere que le traiga un periódico mientras espera?

—Se lo agradeceré.

—¿Cuál quiere?

—Me da igual uno que otro.

—Muy bien.

Los desplegó y finalmente se decidió por uno. Plantó el ejemplar del *Heraldo de Aragón*, el periódico por excelencia, ante mis ojos.

—Gracias.

Lo extendí y empecé a ojearlo sin ganas. Venían noticias sobre el régimen instaurado y los cambios que iba a haber en el país. Poco me importaba ya. En unos días estaría en París. Pasé las páginas hasta la sección que siempre me había gustado leer: la de crímenes y muertes. De ahí había sacado alguna idea para mis historias. Apenas era un minúsculo recuadro a la derecha de la página. Se anunciaba la muerte por accidente de un nombre conocido, Aurora Montoya. Me quedé en blanco. La noticia únicamente decía que Hugo Montoya

había encontrado muerta a su mujer, tumbada en la cama. Me levanté y abrí todos los periódicos para leer las noticias relacionadas. Todas decían lo mismo.

—Ya tiene listo el desayuno.

Le pagué y me marché sin probar bocado. Me dirigí a la casa de Hugo. La verja del jardín estaba abierta a todo el mundo. Entré en la casa y encontré a Úrsula en el salón comedor junto a Hugo. Cuando me vieron entrar, él se levantó. Ignoraba si había ido para saber cómo había muerto mi madre o para verlo después de enterarme de que él había acabado con mi padre.

—Supongo que ya te habrás enterado.

—¿Por qué si no iba a venir?

Úrsula se marchó y nos dejó a solas. Hugo me ofreció un asiento que decliné.

—Yo quería a tu madre.

—No lo dudo, llegaste a asesinar a mi padre para tenerla.

Alzó la vista.

—Ella misma me lo contó.

—No debió hacerlo.

—No te preocupes, no voy a decírselo a nadie, no me creerían. Me marchó de Zaragoza, puedes estar tranquilo, no volverás a verme. Por cierto, me encanta tu sentido del humor, fue un gran golpe enviarme el gramófono. Nadie lo habría hecho mejor que el gran Hugo Montoya.

—Tu padre era un muerto de hambre y un orgulloso. Yo os he dado una buena vida.

—Eres un cerdo, sin ánimo de ofender al animal de ese nombre: no se puede comparar contigo.

—Anoche oí un ruido en la planta de abajo, comprobé que ella no estaba en la cama conmigo y bajé a ver lo que había pasado. La encontré en la cocina. Se había cortado las venas y se había sentado en una silla a esperar su muerte. Cuando llegué, ya era tarde. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos extendidos hacia el suelo.

Cuando salí de casa, me encontré con Bruno y Claudia. Iban a darle el pésame a Hugo.

—Miguel —dijo Bruno—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Debes de estar pasándolo mal. Ven con nosotros a casa unos días, hasta que se pase todo —ofreció Claudia.

—Os lo agradezco, pero me marcho a París. Aquí no tengo nada.

—Te comprendo —asintió Bruno—. Puedo encargarme del viaje y de buscarte un sitio, si quieres.

—Has hecho por mí más que nadie. No puedo estarte más agradecido, pero prefiero emprender este viaje de mi vida yo solo.

—¿Nos escribirás?

—A vosotros, siempre.

Decidí dar un largo paseo por las calles e ir pensando en mi marcha. Debía escribir una carta a Arthur Kleim y otra a Sébastien. Les anunciaría mi viaje a París en los próximos días y mi definitiva instalación en esa ciudad. Mi estómago empezaba a quejarse. Decidí regresar al bar donde había dejado el desayuno intacto. Pedí un bocadillo y el hombre me lo envolvió.

—¿Está seguro de que no quiere desayunar?

—Completamente. Gracias.

Con el bocadillo en la mano me dirigí a mi piso, dispuesto a empezar a confeccionar la lista de cosas que debía llevar conmigo. Cuando llegué a la puerta del edificio, encontré a Catalina escobando el último tramo de la escalera.

—Buenos días —dije mientras subía.

—Buenos días. ¿No es muy temprano para un vampiro?

—He decidido que hoy no era un buen día para serlo.

Dejó de barrer y se apoyó sobre la escoba.

—No hay quien le entienda.

—No es mi trabajo que nadie me entienda, sino hacer buenos libros.

—¿Se ha pensado lo del circo?

—No.

—¿Lo pensará?

—No.

—Madre mía —dijo mientras escobaba de nuevo—, qué paciencia tengo que tener.

—¿Tú?

—No, si le parece, usted.

Miré al techo y respiré hondo.

—¿Qué hace?

—Nada que puedas entender.

—Ni yo, ni la providencia, seguro. Por cierto, no sé si he hecho bien, pero...

—... Pero...

—No quiero que se enfade conmigo.

—¿Has roto algo?

—No.

—¿Por qué iba a enfadarme entonces?

Dejó de barrer y volvió a apoyarse sin abrir la boca.

—Habla.

—He dejado entrar a alguien en su casa.

—¿Qué?

—¿Lo ve?, se ha enfadado.

—¿Por qué has dejado entrar a nadie? —dije subiendo las escaleras.

—Me dijo que lo conocía, que usted le había dado la dirección —explicó siguiéndome—. Me dio pena; parecía que había llorado. Estaba limpiando la terraza cuando oí que llamaban a la puerta. Me asomé por las escaleras para ver quién era. Me insistió y le abrí.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. No había nadie. Oí pasos que venían del estudio. La vi descender lentamente. Estaba más pálida que nunca y tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿La conoce? —preguntó Catalina.

—Sí.

—Entonces me voy.

Cerró la puerta y yo eché la llave. Se acercó a mí lentamente. Parecía a punto de llorar. Se abrazó a mí y la estreché. Cerré mis ojos y me dejé envolver por su presencia.

—No creí que volvería a verte —dijo— después de tanto tiempo, de la guerra...

—Cálmate.

—No le quiero.

—Lo sé.

Acaricié su pelo hasta que se calmó. Levantó la cabeza y me miró de la misma forma en que lo hacía cada vez que venía a la tienda de mi padre, acompañada por su abuelo. Sentí una presión en la garganta.

—Lo siento —dije—, siento todo lo que te hice, la forma en la que te trataba e ignoraba cuanto decías. Lo siento, no me di cuenta de que te quería hasta que fue tarde.

—Está en la naturaleza de los hombres ser orgullosos. Lo he aprendido con los años. Y también está en la naturaleza de algunos ser cobardes. Eso no

lo digo por ti. Sé que no lo hacías con mala intención. Te quiero, Miguel.

La tormenta predecible por el agobiante calor de los días anteriores se desató con furia, cubriendo el cielo de un gris oscuro. Los truenos retumbaban fuertemente en el aire y la lluvia pesada se desahogó contra los cristales. Acercó sus labios a los míos y sentí su aliento sobre mi piel. La conduje hasta el dormitorio y la desnudé lentamente, disfrutando de cada instante y de cada centímetro de piel que besaba y acariciaba cuando lo descubría bajo la ropa, en la oscuridad de la habitación. Por una vez, no necesitaba fingir que era ella la mujer tendida sobre mi cama. Me desabrochó los botones lentamente y recorrió mi cuerpo con sus dedos. Yo me dejé llevar lentamente a un lugar del que no quería regresar jamás. Se abrazó a mi cuerpo con fuerza, clavándome las uñas en la espalda. Me dejó hacerla mía. Acabamos tendidos en la cama, con las sábanas caídas en el suelo, nuestros cuerpos sudados, el uno frente al otro. Se quedó dormida entre mis brazos, abrazada a mí, como si no quisiese que me separase de ella durante el resto de sus días. Fuera, la tormenta era la única compañía. No me dormí a su lado. Me daba miedo despertarme solo en la cama sin saber si volvería a verla. Un rato después se movió lentamente y abrió los ojos. Me besó.

—Voy al servicio.

La escasa luz que la tormenta dejaba filtrar por las ventanas me dejó ver unas manchas oscuras en su piel desnuda mientras salía por la puerta. Me quedé tendido en la cama y oí el agua correr al otro lado de la pared. Sus pasos se aproximaron de nuevo.

—Deja la puerta abierta —pedí.

Se tumbó a mi lado y se cubrió con la sábana. La eché a un lado y observé los moratones que el ángulo de luz de la puerta me permitía ver.

—¿Te lo ha hecho él?

—Sí. Dice que no soy una buena esposa. Y tampoco le gusta que lea. Me encontró leyendo tu novela.

—¿Dónde está?

—Ha salido de viaje, a visitar a una tía que está enferma, o eso ha dicho. Estará fuera una semana.

—¿No pensarás regresar con él, verdad?

—Es mi marido.

—Sí, y tú su mujer, y parece que no le importa.

—Me sacó de la calle.

—Cuéntamelo.

—Fue cuando la guerra estaba a punto de acabar. Yo me había convertido en una muerta de hambre y nadie me daba trabajo. Su padre, coronel, me vio entrar en una casa abandonada. Buscaba comida. Me siguió. Cuando lo vi pensé que iba a matarme, pero, en lugar de eso, me cogió de la mano y me llevó a su casa. Ordenó que una criada me lavase y me vistiese bien. Cuando estuve preparada, me llevó a una habitación en la que me esperaban el coronel, su mujer y su hijo soltero, Diego. Era el único hijo que habían tenido, y el coronel quería nietos. No vio en mí más que a una chica joven y fértil. Le preguntó a su hijo qué le parecía y asintió. Sin decir más, me sentaron con ellos a la mesa. Había más comida en un metro cuadrado que la que había visto nunca junta. Me acogieron en su casa. Una semana después me dijo que si me casaba con él y me convertía en una buena esposa, no me faltaría de nada. Acepté sin pensármelo dos veces. Lo que no sabía entonces eran los extraños apetitos que tiene en la cama ni la idea que tenía de cómo se debe ser una buena esposa.

Nos quedamos en silencio. La tormenta se alejaba.

—Quédate conmigo.

—No puedo, nos encontraría. A ti te mataría y a mí..., bueno...

—No hace falta que lo digas en voz alta, lo imagino. Me marchó a París.

Ven conmigo.

—¿A París?

—Sí. Ven conmigo y olvida todo esto.

Me sonrió y se levantó. Se enroscó la sábana y subió al estudio. Me puse los pantalones y la seguí. Estaba sentada frente a mi mesa, con la cartera que había dejado en su casa días atrás. Tenía su libro en la mano.

—No he podido acabarlo.

—No importa, son solo tonterías.

—Dudo mucho que pienses eso.

La levanté de la silla, me senté y la puse sobre mis rodillas. Introdujo la mano en la cartera y sacó un puñado de sobres amarillentos.

—¿Qué es eso?

—Las cartas de Adriana. Nunca te dije que seguía recibiendo cartas en el cementerio. Ella se las hacía llegar.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Nunca te gustó esa historia, siempre decías que era peligrosa.

Hundí la mirada.

—¿Quién llevaba las cartas?

—Una mujer, siempre vestida de negro. La misma a la que vi aquella noche. Las dejaba allí y luego se marchaba. Yo iba a buscarlas y las leía. Todas demuestran amor y cariño.

Recordé a la mujer que había visto días atrás en el cementerio.

—Vi a esa mujer. Hace días fui al cementerio. Me encontró frente a la tumba de Adriana y me dijo que me marchase de allí.

—¿Recuerdas lo que Bruno me contó: que la había matado Samuel, pero que la familia quería encubrirlo y por eso la noticia del ladrón?

—Eso también es mentira. No digo que Bruno te mintiera, solo que él tampoco conoce la verdad. Creo que lo conocí. Durante la guerra. Una de las noches que me escondí en el cementerio. Nunca olvidaré esa noche. Se oyeron más disparos que nunca. Estaba escondida en el mausoleo de los Cristo. Oí sus pasos retumbar en el mármol. Después, una cerilla iluminó el lugar. Cuando me vio me preguntó quién era y me dijo que me marchase. Le pedí que me dejase esconderme allí. Fue leyendo las lápidas lentamente hasta que encontró la de Adriana. Vi como su respiración se aceleraba.

»—No puede ser, no puedes estar muerta, Adriana. ¡No!

»Se derrumbó en el suelo con la cerilla ya apagada. Me acerqué a él y lo abracé.

»—¿Quién es Adriana? —le pregunté.

»—Nos íbamos a casar. En unos años nos casaríamos. Lo teníamos todo pensado, y ahora está muerta. ¿Por qué no me lo dijeron? Malditos, ¡malditos todos!

»Se levantó y salió de allí. Nunca he vuelto a verlo. Y desde ese día dejé de recibir las cartas que él llevaba años escribiéndole en vano.

—Menuda historia.

—Escríbela para mí. La siento como si fuera mía. He pasado tantas noches al lado de Adriana y recordando las palabras de ese hombre que es como si hubieran sido parte de mi vida. ¿Lo harás?

—Por ti, lo que sea.

No podía decirle que no. Ahora que por fin la tenía conmigo, no quería volver a perderla. La historia de Adriana seguía persiguiéndome después de tanto tiempo. Por una parte, no quería hacerlo, pero, por otro lado, Adelaida siempre había querido saber lo que le había pasado a aquella chica, y además se lo debía. Podía sospechar que la historia que Bruno me había contado sobre la muerte de Adriana era seguramente falsa. No podía ser otro sino Samuel Sandoval quien Adelaida se había encontrado aquella noche descubriendo la

tumba de su difunta futura mujer. Adelaida sacó la vieja noticia sobre la muerte de Adriana de un sobre. Iba firmada por el periodista Ángel Tomás. Por lo que yo sabía de la familia Cristo, estaban todos muertos y enterrados. Solo podía empezar mis averiguaciones encontrando al periodista para intentar sonsacarle alguna verdad sobre el tema, lo que no creía que fuese fácil.

Aquella semana, en ausencia de su marido, Adelaida y yo nos convertimos en amantes cada noche y cada día. Dejé de escribir durante siete días para estar con ella y poder recuperar una fracción del tiempo perdido aquellos años, que se me antojaban más tristes y más lejanos que nunca. Descubría nuevamente su piel, hora tras hora, bajo las sábanas y la mirada de Astaroth. Los minutos pasaban despacio. Parecía que estábamos aprovechando un tiempo regalado que en realidad no nos pertenecía. Apenas comíamos o dormíamos. Durante siete días, en el mundo no existió nada aparte de nosotros y la luna. El día en que debía regresar a su casa, Astaroth se sentó sobre ella. Él tampoco quería que se marchase.

Adelaida sacó la vieja noticia sobre la muerte de Adriana de un sobre.

—Le gustas —dije.

—Es gracioso.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. ¿Descubrirás la historia de Adriana?

—La escribiré para ti. ¿Regresarás aquí?

—¿Vas a irte a París?

—Cuando te decidas a venir conmigo.

—¿Y si no lo hago?

—No tienes nada que perder.

Se quedó en silencio.

—¿Vendrás a verme?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando pueda, pero no vengas tú a mi casa.

—Ya. No te preocupes.

Me dio un beso. Cuando me incliné para devolvérselo, ya se había marchado. Al quedarme solo en mi piso, me sentí más triste y más abandonado que nunca. Aquella semana apenas había durado unas horas. Y la sensación de que no iba a verla en mucho tiempo acabó calando hondo. Pero tenía por delante descubrir una historia, su historia, la nuestra, la que nos mantendría

unidos en la lejanía, mientras ella estuviese en los brazos de Diego, alejada de los míos. La imagen que me vino a la cabeza, viéndolos juntos en su cama, hizo que se me revolviere el estómago.

Fui a visitar a Bruno, que se llevó una sorpresa cuando le dije que aún tardaría tiempo en marcharme.

—¿Y ese cambio repentino?

—Bueno, tampoco tengo tanta prisa...

—Sí, claro. Con los años que tengo, esa mirada no me engaña. Hay una mujer por medio, ¿a que sí? —preguntó Claudia con una taza en la mano.

—Tal vez.

—Vaya, se nos ha enamorado. Ya no eres tan joven, ¿eh? —se apresuró a decir Bruno.

—Creo que hace ya unos cuantos años que no lo soy.

—¿Y cómo es? Supongo que guapa, tú no tienes mala planta.

—Gracias por el cumplido. Sí, la verdad es que es guapa, al menos a mí me lo parece.

—Noto cierto aire de melancolía. ¿Qué ocurre?

—Nada, no creo que tenga importancia.

—¿Por qué no la traes un día y nos la presentas?

—No lo veo posible.

—Vamos, hombre —dijo Claudia—. Será bonito veros a los dos juntos, y creo que es justo eso, una mujer, lo que te hace falta.

—A todos nos hace falta una mujer, Claudia —apuntó Bruno—. Gracias a Dios, yo te tengo a ti.

—Qué cosas dice, Bruno —dijo ruborizada.

—Regresando a ti, Miguel: tráela, está invitada cuando os apetezca.

—Lo siento, Bruno, pero no puede venir.

Su insistencia me ponía nervioso.

—¿Y tampoco puedes decirnos su nombre? A ver si va a ser una chica de tus libros y resulta que no existe.

—Se llama Adelaida, es amiga mía desde que éramos niños.

Cruzaron una mirada. Claudia hundió los ojos en su café.

—¿Adelaida? No es un nombre muy corriente precisamente. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete.

—¿Estás hablando de la señora de Uribe?

—¿Cómo lo sabe?

—Son los nuevos ricos de la ciudad; su vida, el pan nuestro de cada día. Alcé la vista. Claudia se santiguó.

—¿Qué ocurre? —pregunté encogiendo las cejas.

—No creo que sea buena idea que te veas con ella.

—Ya sé que está casada.

—No se trata solo de eso, Miguel. Uribe no es conocido por su fama de hacer amistades precisamente.

—¿Y de qué tiene fama, pues?

—De quitar de en medio a todo aquel que se pone en su camino. Su padre es coronel y tiene muchos amigos; demasiados, diría yo. No deja que nadie se meta en sus asuntos, y dudo mucho que le permita a nadie tocar a su mujer.

—Eso ya me lo ha dicho ella. Lo que no entiendo es por qué se ha negado a venir conmigo a París.

—Porque lo conoce bien. Es su mujer.

—No voy a abandonarla; ya lo hice, y casi la pierdo por ello.

—No te la vas a quitar de la cabeza, ¿verdad? Si en algún momento tienes problemas, sabes que puedes contar conmigo.

—Siempre lo he sabido... Cambiando de tema. Os invito a cenar en mi casa. No es que se presente una maravilla de comida, pero tampoco estará mal. ¿Qué me decís?

Me dirigí al mercado central con sus palabras cabalgando en mi mente. No dudaba de que fuese capaz de quitar de en medio a quien lo molestara, pero Adelaida, tarde o temprano, sería mía. No permitiría que muriese en sus garras. La idea de que le pegara me enloquecía, y seguía sin comprender por qué no lo abandonaba. En París no podría encontrarnos.

Paseé por los puestos abarrotados de gente, intentando pensar qué podía comprar para la cena. Al ver una pila de patatas, recordé un guiso que hacía mi madre cuando era niño. Así que compré patatas, cebollas, zanahoria y una lubina. Cargado de bolsas, tomé el tranvía para evitarme la caminata cargado. Quince minutos después de pisotones y frenazos bajé y me encaminé a casa. Frente al café Levante, saludé al dueño con la cabeza. Mientras pasaba por delante del cristal me pareció ver un rostro familiar: Ana. Estaba sentada en una mesa con un café en la mano. Levanté la cabeza y me devolvió tímidamente el saludo. Entré y me senté junto a ella.

—Hola.

—Hay que ver cómo has crecido.

—Sí, los años pasan para todos. ¿Cómo te va?

—Bien. No está mal.

Vi un anillo en su dedo.

—Estás casada.

—Sí.

—Pensaba que solo estabas casada con tus libros.

—Ojalá siguiese siendo así. Para poder trabajar necesitas el permiso de tu marido. O estar en un convento. Si vives sola, te acusan de que te gustan las mujeres y te tratan como una apestada, cuando no te encierran por estar cometiendo un delito.

Se puso en pie.

—Tengo que irme ya. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo.

Para cuando terminé la frase ya había salido por la puerta. No quedaba nada de Ana en ella.

Cuando cerré la puerta del piso, vi que había una carta en el suelo. Dejé las bolsas en la cocina y regresé a por ella. En el remite se podía leer una dirección de París y el nombre de Arthur Kleim.

Amigo escritor:

Me pongo en contacto con usted para decirle que su libro se sigue vendiendo con fluidez, pero tiene muchos seguidores aquí en París que desean tener en sus manos el próximo título de Miguel Campos. Por ese mismo motivo le agradecería enormemente que tuviese su nuevo manuscrito pronto. Voy a ir a Zaragoza y, si lo tiene acabado, lo traería conmigo. La editorial me ha dicho que el libro ya publicado quiere comercializarlo en el extranjero, pero para ello necesitamos la firma del autor. Así que, como le decía, realizaré una visita a Zaragoza y, aprovechando la ocasión, llevaré los papeles del contrato para que los firme. Así, todo será legal y se podrá vender su novela traducida, lo que incrementará sus ingresos notablemente. Estaré en Zaragoza el mes próximo. Le envío la carta con antelación. Me pasaré por su casa para dejar los papeles en regla. Me encantará charlar con usted. Llegaré el día 14 del mes próximo.

Atentamente,
Arthur Kleim

Después de tres horas metido en la cocina, lo único parecido que tenía aquel plato con el que preparaba mi madre eran los ingredientes. No sabía mal del todo, pero poco tenía que ver con un guiso bien elaborado. Dispuse la mesa. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en la casa, no me había dado cuenta de que no tenía un solo plato a juego con ningún vaso o con otro plato. Dejé la sopera con el guiso humeante en el centro de la mesa de la cocina, justo a tiempo de que llamasen al timbre.

—Buenas noches y bienvenidos a la mansión Campos.

—No sea tan peliculero, señorito —sentenció Claudia.

Bruno y ella pasaron y los conduje a la cocina. Se sentaron y les serví.

—Me gusta tu casa, Miguel; acogedora, esa es la palabra.

—Sí, para un vampiro; un poco más de luz no le iría mal —apuntó Claudia.

—Tengo una vecina que me dice lo mismo que tú, os llevaríais de muerte.

—Me temo que mi corazón no soportaría a dos Claudias.

—¿Cómo puede decir eso, señor Sanpedro? ¿Qué iba a hacer usted sin mí?

—Lo digo en broma, no te enfades —dijo él posando su mano sobre la suya.

—¡Ay!, pajarillo, pajarillo.

La cena transcurrió entre risas y recuerdos. Las miradas que cruzaban mis invitados no escapaban a la vista de cualquier espectador. Aproveché la ocasión para sacar una botella de vino gran reserva que guardaba en el fondo del armario. Tras dos copas, dejaron de disimular entre ellos y empezaron las carantoñas. Me divertía verlos. Desconocía que a Claudia le gustasen los vinos de alta graduación y que su sangre no asimilara del todo bien el alcohol. Tres vasos más tarde, le entró un hipo que, en el caso de haber ratas en el techo, las haría brincar por los aires. Pidió disculpas y se retiró al baño.

—Gran mujer.

—No lo sabes bien, Miguel.

Encendí un cigarrillo y le ofrecí otro, que rechazó.

—He recibido una carta de Arthur Kleim. Dice que mi novela se va a comercializar en el extranjero y necesita mi firma.

—Arthur Kleim, gran hombre también, sin duda. No puedes imaginarte lo que ha tenido que soportar en su vida. Supongo que vendrá de visita. La verdad es que tengo ganas de verlo.

—No sabe la labor que ha hecho por mí, junto con usted. Si no fuera por ustedes dos, a saber dónde estaría y a qué me dedicaría ahora mismo.

—No nos alabes tanto. Si no tuvieses talento, tus libros no se venderían.

Escuchamos un ruido que venía del baño. Nos incorporamos de un salto y abrimos la puerta. Encontramos a Claudia caída en el suelo y riéndose a causa de la cogorza que había cogido sin darse cuenta. Los acompañé hasta la puerta. Me ofrecí a ir con ellos hasta su casa, pero Bruno se negó rotundamente.

Las semanas siguientes las pasé encerrado en mi estudio. Tenía un texto pendiente de acabar. La ambición por el dinero y el reconocimiento de mis libros por parte de mis lectores eran un fuerte combustible para acabarlo a tiempo. Y luego dedicaría todo mi esfuerzo a la historia de Adriana. La escribiría y se la entregaría a Adelaida. No pensé que tardaría tanto en volver a verla, pero me dejó más que claro que yo no debía regresar a su casa. Repitiéndome estas palabras a mí mismo, y con mi mente ocupada en el relato, pasaron las horas y los días sin darme cuenta. La única compañía que tenía era mi gato, y Catalina, dos veces a la semana.

—Se va a quedar tonto de tanto escribir.

—Una persona con alma de escritor se vuelve loco de no hacerlo.

—¡Qué cosas tan extrañas dice! A propósito, ¿tiene usted novia? ¿Esa chica a la que abrí un día?

—¿Qué tal la relación con tu padre?

—¡Y a usted qué narices le importa!

—Exactamente lo mismo que a ti las novias que yo tenga o deje de tener.

—¿Novias? ¿En plural? Está usted enfermo.

En realidad, agradecía su compañía más de lo que me gustaba admitir. Era gracioso ver como se molestaba y saltaba con cualquier tontería. Era igual que Adelaida de niña.

Llevaba un día y medio calibrando el final del relato, sin saber muy bien con quién acabar de los dos personajes que quedaban vivos. Cambié de idea y decidí escribir un final un tanto surrealista y murieron los dos.

—Bueno, ¡ya he parido! —grité.

Catalina subió un puñado de escaleras, las justas para asomar la cabeza.

—¿Cómo va a parir usted si es hombre? ¿No será que se hace de vientre?

—No, quiero decir que ya he acabado el libro.

—¿Y por qué no lo dice así y ya está?

—¡Catalina!...

—Sí, sí. Yo a lo mío y usted a lo suyo, ya.

Acabé la novela el día 12, lo que me daba un margen de dos días hasta que llegase Arthur Kleim. Pedí ayuda a Catalina y fuimos al mercado a comprar. Ella tomó el mando y se encargó de llenar las bolsas. Noté que, cada vez que pasábamos frente a un puesto de pasteles, se quedaba mirándolos de la misma forma que yo hacía cuando era pequeño y luego seguía hacia delante. Le encargué que comprase el pastel que más le gustara y que pidiera que lo envolvieran. Por supuesto, ella creía que también era para la cena. Cuando entramos en casa le ordené que se sentara en el sofá. Llevé las bolsas rebosantes a la cocina, partí la tarta en dos enormes trozos y los puse en dos platos. Le entregué uno a Catalina. Lo devoró con ansia. Yo no probé mi trozo y se lo envolví para que se lo llevase.

—No te lo comas ahora o te dará un empacho.

Me dio un beso en la mejilla y desapareció por las escaleras. Cuando me di la vuelta, encontré a Astaroth lamiendo el plato de Catalina. Una inquietud estaba instalándose en mí, lentamente. Llevaba demasiadas semanas sin saber nada de Adelaida. En ocasiones me sorprendía mirando por la ventana, esperando verla acercarse. Otras, al oír pasos por las escaleras, corría a la puerta para adelantarme a ella. Nunca era ella.

Aquella mañana decidí pasarme por el paseo Ruiseñores. Paseé tranquilo hasta llegar a la calle. Eché un vistazo desde lejos, asegurándome de que no

hubiese nadie en la calle. Me acerqué observando de refilón las ventanas de la segunda planta del número catorce. Vi que se abría una ventana y bajé la vista mientras pasaba sin detenerme. Lentamente, alcé los ojos para poder ver algo. Reconocí la silueta de Adelaida, que, al verme, se asomó a la ventana. Le sonreí. Como respuesta obtuve una negación con la cabeza y un gesto para que me fuese. Continué mi camino hasta llegar de nuevo a casa. Cuando llegué estaba enfadado. Vi que había algo atravesado bajo la puerta, una carta. Cerré la puerta y tomé el sobre. En el remitente ponía simplemente «Adelaida». La carta había llegado mientras yo estaba fuera. Suspiré derrotado. Me senté en el sofá. Astaroth acudió a mi lado. Parecía que conocía mis pensamientos. Abrí la carta y leí.

Miguel:

No sé en qué estaría pensando el día que fui a tu casa. Nunca debí hacerlo. Supongo que fue por verte tanto tiempo después y despertar los años de nuestra amistad. No quiero verte más. Es lo mejor para los dos. Estoy casada y soy feliz al lado de mi esposo. No pasa un día sin que me arrepienta de la semana que pasamos juntos. Me avergüenzo solo con mirarlo a la cara. Olvídate de mí. Yo ya lo he hecho de ti.

Adelaida

Leí la carta más de cien veces seguidas. No podía creerlo. Otra vez estaba solo, igual que al principio y que la mayor parte de los años de mi vida. Tal vez por cobardía, o por derrota, intenté convencerme de que era lo mejor. Pero no quería dejar otra vez una cuenta pendiente con ella.

Ahora, más que nunca, deseaba descubrir a Adriana, lo que había sido de su vida. A falta de un día de la llegada de Kleim, decidí empezar las investigaciones. Lo primero que debía hacer era descubrir la residencia de Ángel Tomás, el periodista que publicó la noticia falsa del ladrón y que, al parecer, no dejaba vivir tranquilos a los que conocieron a Adriana en vida, como pude comprobar yo mismo en el cementerio. Salí de casa con el traje más presentable que tenía y me dirigí a la sede del *Heraldo de Aragón* en el paseo de la Independencia. Las puertas estaban abiertas. Podía verse a la gente yendo de un lado para otro. Me acerqué a un hombre bigotudo que estaba sentado tras un mostrador y le dije que estaba buscando a un periodista. Me indicó que subiese a la planta tercera y que preguntase allí. Hice lo que me indicó y subí. Había una joven recepcionista con cara de tener más ganas de trabajar que años. Me dirigí a ella y le pregunté por Ángel Tomás. Me dijo que

esperase y se marchó. Poco después apareció acompañada de un hombre con expresión extraña y engominado con absoluto exceso.

—¿En qué puedo servirle?

—Estoy buscando a Ángel Tomás. ¿Podría decirme cuál es su despacho?

—¿Despacho? Está de broma, ¿no?

Me quedé callado.

—¿Para qué quiere verlo?

Ya tenía la excusa preparada.

—Me envían de Madrid, de la Asociación Nacional de Periodistas. La Asociación quiere darle un premio en reconocimiento de la labor que ha realizado en sus años de periodismo.

Me miró incrédulo.

—Pues a buen sitio ha ido a tocar el premio. Está claro que ahora se premia todo, menos lo que verdaderamente merece la pena.

—Bueno, yo soy el recadero, yo no decido a quién se le da el premio.

—Tomás ya no trabaja aquí. Mantuvo su puesto, de dudosa reputación, gracias a que un colega suyo que forma parte de la dirección movió algunos hilos para que se quedase. Ahora lo único que tiene, y no sé cómo se lo permiten, es un reportaje trimestral sobre las apariciones marianas. No cobra nada por ello, pero ese fanfarrón arrogante sería capaz de cualquier cosa por seguir viendo su nombre escrito en un periódico. El subdirector del diario le permite publicarlo más por pena que por cualquier otra cosa.

—¿Podría darme su dirección?

—Espere un segundo.

Me dejó esperando. Poco después me entregó un papel mal cortado con una dirección anotada en él.

—Cuando lo vea, no hace falta que le dé recuerdos.

—No pensaba hacerlo.

—Buenas tardes.

Ya en la calle, leí el papel.

Calle Teobaldo, 5, primero

No quedaba excesivamente lejos de allí, por lo que decidí acercarme, aunque solo fuese para echar un vistazo e ir tanteando el terreno. En ese momento, los vi paseando juntos. Adelaida y su esposo, Diego Uribe, caminaban por la calle el uno al lado del otro y se introdujeron en el mismo

restaurante donde los había visto la noche que invité a cenar a Bruno y Claudia. Me acerqué hasta el lugar y finalmente me decidí a entrar. Los vi sentados en la zona de mesas. Yo me quedé en la barra. Estuve una hora y media espiándolos como una rata escondida en una esquina mientras me bebía la bodega del bar. Diego se deshacía en gestos cariñosos con ella y creí ver que a ella le costaba aceptarlos, aunque tal vez solo fuese lo que quería ver. Cuando se levantaron de la mesa tras la comida, salí del local antes que ellos con la mente turbia. Entré en el siguiente bar que encontré y me quedé allí dentro hasta que el sol comenzó a desaparecer, estando al borde del coma etílico a unas horas del encuentro con Kleim. ¡Menuda imagen le iba a ofrecer de mi persona! Cuando empecé a hablar solo en la barra del bar, sentí que alguien me cogía por detrás y me levantaba de mi asiento. Alargué la mano y cogí la botella de anisete que estaba casi acabada. El hombre me dejó a tres portales del bar y desapareció. Cuando me soltó caí redondo al suelo.

—Gracias por el paseo —dije alzando la botella para, a continuación, beber lo que quedaba de ella. Con la botella vacía en la mano, inclinándola sobre mi boca para escurrir el contenido que ya no había, mis pies caminaban siguiendo a mi cabeza. Cuando me di cuenta, me encontraba apoyado en la verja de la casa de Hugo Montoya. En un momento efímero en el que recobré un mínimo de consciencia, me alejé de la puerta y lancé hacia la casa la botella, que se rompió en mil cristales de diamante. Me abalancé sobre la verja y comencé a patearla y empujarla.

—¡Hugo Montoya es un asesino! —grité—. ¡Asesino! ¡Mató a mi padre para poder beneficiarse a mi madre! ¡Asesino! ¡Asesino de mierda!

Sin darme cuenta, mis ojos estaban cubiertos de lágrimas y me costaba respirar. No dejé de patear la verja y de gritar hacia la casa envuelta en penumbra hasta que sentí un golpe en la cabeza y caí al suelo. Atontado por el golpe y el alcohol en vena, tardé en distinguir a los dos guardias civiles que me aporreaban en mitad de la calle hasta que se quedaron sin fuerzas. Por suerte, estaba anestesiado. No recuerdo el trayecto hasta el calabozo. Solo recuerdo oscuridad y el suelo frío y húmedo, acompañado de un olor a orina. Me desperté tendido en el suelo. Nunca había sentido tanto dolor en cada centímetro de mi cuerpo. Me encontraba solo en mi celda. Me toqué la cara y descubrí que la tenía hinchada. De la forma menos dolorosa en que me fue posible, me incorporé y me acerqué a los barrotes. Vi a un guardia civil aproximarse y me eché hacia atrás. Se quedó observándome apoyado en los barrotes.

—Sí, estás vivo —afirmó—. Aunque cualquiera que te viese lo dudaría. La próxima vez que el señor Montoya nos avise, me encargaré de matarte a palos, ¿entendido?

Asentí lentamente, sintiendo crujir mi cuello. Abrió la celda y me indicó que saliese. Me empujó y me dirigió a la salida. La luz del sol me quemaba los ojos más que nunca. Por la cara que se le quedaba a la gente a mi paso, debía de tener peor aspecto del que creí. No había parte de mi cuerpo que no me doliese a cada paso, y a eso debía añadirle la resaca que ya empezaba a sufrir. En ese momento deseé estar muerto.

Subí las escaleras de mi casa y abrí la puerta. Lo primero que hice fue bajar todas las persianas a cal y canto, excepto la del baño. Dejé una escasa rendija para poder examinarme. Me desnudé y me coloqué frente al espejo. Yo mismo me asusté de mi rostro. Tenía los ojos y los labios hinchados, y restos de sangre por toda la cara que descendían hasta el cuello. El pecho no presentaba mejor aspecto, la espalda tampoco. Las piernas parecían estar en mejores condiciones, pero dolían como si las hubiesen metido en una trituradora. Me toqué la cabeza y descubrí una herida en lo alto del cráneo. Abrí el grifo del agua fría y llené la bañera. Tomé el alcohol en una mano y me introduje en el agua. Al principio, el agua fría me pareció como cuchillos. Poco a poco enfrió los golpes, hasta que dejaron de dolerme tanto. Abrí el bote de alcohol y me lo eché a chorro. Un escozor punzante me recorrió desde la herida hasta el final de la espalda. Lentamente, el dolor desapareció. Tomé la pastilla de jabón y limpié la sangre seca. Cuando el agua adquirió un tono rosado, quité el tapón, me puse en pie y abrí el grifo para aclararme. Me sequé y fui a mi dormitorio a por una muda limpia. Encontré a Astaroth durmiendo sobre mi cama. Ese gato dormía más que los lirones, pensé. Me puse la ropa despacio y me dirigí a la cocina, preparé un café y, sentado en la penumbra, en el sofá, encendí la radio. Entonces recordé que era jueves, día 14. Maldije el momento y comencé a ordenar los papeles que se extendían por la mesa, junto al sofá. Abrí las ventanas para ventilar y cogí el libro que debía llevarse Kleim. A las cinco de la tarde llamaron a la puerta. Ante mí apareció un hombre que no tendría los treinta años. Llevaba un sombrero y un abrigo a juego. Tenía los rasgos finos y el pelo claro.

—¿Miguel Campos?

—En persona, pase.

—¿Qué le ha pasado?

Su voz era tranquilizadora.

—Una mala noche.

—Será mejor que regrese en otro momento.

—No, por favor. Siéntese. ¿Puedo ofrecerle un café?

—No, gracias, no me sienta bien.

—¿Le apetece alguna otra cosa?

—Con un vaso de agua servirá.

Se lo serví y me senté frente a él.

—Bueno, tenía ganas de conocer a Miguel Campos. Es increíble el éxito que su relato de un padre y un hijo está teniendo. Como le dije, la editorial desea publicarlo en otros idiomas. A muchos autores no les gusta la idea, a veces las obras no se traducen exactamente como se debería, y pierden.

—¿Dónde tengo que firmar?

Sonrió y sacó un puñado de papeles. Firmé en los lugares que me indicó y le di el nuevo manuscrito.

—*Entre el cielo y la tierra*. No está mal el título. Es una pena, pero mucha gente valora los libros según el título que se les pone. Nunca debería hacerse.

—Alguien me dijo eso mismo hace mucho tiempo. ¿Dónde se aloja? Puede quedarse aquí.

—Se lo agradezco, créame, pero Bruno se molestaría si no me quedase en su casa mientras esté en Zaragoza.

—¿No me dirá que ha venido solo por mi contrato y el nuevo libro?

—No, he venido por asuntos particulares. Así aprovecho para llevarme los papeles firmados y la novela.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—No mucho, una semana a lo sumo. Lo único que me une a esta ciudad es Bruno y los recuerdos, que sería mejor olvidar. Al menos no dolerían.

—Eso me suena de algo... Dentro de poco me marcharé a vivir a París —anuncié—. Estoy recopilando información para un nuevo manuscrito. En cuanto lo haya escrito me marcharé.

Asintió.

—No dude en avisarme cuando lo haga. Le ayudaré a buscar alojamiento allí. Me ha gustado conocerle —dijo ofreciéndome su mano y poniéndose en pie.

—Lo mismo le digo. Si no fuera por usted y por Bruno...

—Es un gran hombre, el mejor que he conocido nunca. Yo también le debo mucho.

—¿Lo conoce desde hace tiempo?

—Desde que era un niño.

Arthur Kleim parecía estar cubierto por una sombra. Una sombra del pasado. Me recordó a mí mismo. Con sus ojos sombríos y su voz serena y firme, parecía que todo le daba igual. Parecía que vivía como un fantasma viendo pasar los días de su existencia, esperando el fin para descansar.

Pasé cuatro días encerrado en casa, esperando a que la hinchazón de mi cara desapareciese. Todavía tenía el ojo derecho algo amoratado cuando salí a la calle en dirección a la casa del periodista. Era un edificio que se caía a pedazos. Agujeros en los que cabía mi puño llenaban el muro de huecos vacíos. La pared ennegrecida y las diminutas ventanas, casi inexistentes, le daban al edificio un aire siniestro y de otro siglo, escenario perfecto para relatar una historia de fantasmas y crímenes de camas. No había puerta que protegiera el edificio de las ratas o los intrusos. La planta baja estaba formada por dos viviendas abandonadas con las puertas caídas. La primera planta y la indicada en la dirección también estaban formadas por dos viviendas; una de ellas tenía la puerta cerrada y la otra, entornada, y a través de ella se podían observar muebles tirados por el suelo y carcomidos por la humedad reinante en el lugar. Eché un vistazo al tramo de escaleras que conducía hasta la segunda planta: los escalones estaban podridos y se veía una inmensa luz solar en el piso superior. No me dio tiempo a llamar a la puerta. Se abrió lentamente. Un fino hilo de luz salió del interior, proyectando una sombra alargada en el suelo. Bajé la mirada hasta la mitad de la puerta y vi el ojo de un hombre sentado en una silla de ruedas.

—¿Quién es usted?

—Necesito hablar con usted de un asunto que trató hace tiempo.

Me observó atentamente antes de preguntarme de nuevo.

—¿Sobre qué asunto?

—Adriana Cristo Montenegro, ¿le suena?

—¿Quién es usted?

—Un escritor. Estoy escribiendo la historia de la familia y sé que usted investigó la muerte de Adriana.

—¿Qué más sabe?

—Que el reportaje que escribió para el periódico no es cierto, sino una tapadera de tres al cuarto, muy lejos de su nivel —añadí en un intento de que su orgullo se viese engrandecido por mis palabras y me contase algo.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Porque sé que usted no hubiese perdido el tiempo con una historia con tan poca fuerza y tan simple.

Es increíble lo fácil que resulta convencer a alguien con un ego tan grande con adulaciones falsas. Me invitó a entrar. Se alejó de la puerta y la abrí. El olor a cerrado lo advertí antes de llegar a entrar. El piso tenía un agujero en el suelo en la parte izquierda. Se componía de una habitación principal con las paredes adornadas con recortes de periódico; todos firmados por él. Había una butaca desgastada en un lado de la sala y una radio que, según me dijo, solo captaba una emisora francesa. Me ofreció un café que rechacé. Mientras esperaba a que regresara de la cocina, me entretuve leyendo las noticias colgadas en la pared. Todas eran estúpidas y de escaso interés.

—¿Qué le parece? Creo que no hay mejor forma de vivir que rodeado de los logros que uno mismo ha conseguido. ¿Cómo ha dado con mi dirección?

—En la sede del *Heraldo*.

—¡Panda de gilipollas! Me echaron de mi despacho sin ninguna razón. Cuando me quedé en silla de ruedas, me dijeron que así ya no podría investigar nada y que no les servía. Al menos, cobro pensión.

—Pero ¿sigue trabajando para el periódico?

—No trabajo para ellos, lo hago por amor al arte, tal como suena. Me gusta escribir sobre las apariciones de la Virgen. Mi madre decía que la veía.

—¿Y cómo consigue su información? La silla de ruedas no puede permitirle, como usted ha dicho, investigar.

—¿Quién ha dicho que las historias que les envío sean ciertas? ¿No ha oído hablar de la imaginación?

Pensé en responderle que eso no era imaginación, sino mentira, pero preferí callarme y mostrarme lo más amable posible para que me contase lo que quería.

—¿Qué me dice de Adriana Cristo?

—Turbio asunto, ya lo creo. Estuve investigando durante años, y cuanto pude sacar fueron los restos de un naufragio vacío de verdad.

»Tenía un contacto en el Cuerpo de Vigilancia. Me mantenía informado de cuanto pasaba en el momento en el que pasaba. Aquella noche me llamó con la que creí sería la noticia que me haría saltar a la fama entre los periodistas. Recibí su llamada a las once de la noche del 25 de julio de 1930. Me encontraba echado en la cama, repasando un reportaje recién escrito. Descolgué el auricular y oí su voz al otro lado del teléfono. Me dijo que alguien, un ricachón, había avisado a la Guardia Civil y al inspector del

Cuerpo. Me vestí y me acerqué en taxi a la dirección que me facilitó. Cuando llegué, había luz en el interior de la casa y la puerta estaba abierta de par en par. Vi como metían a alguien en el coche del Cuerpo de Vigilancia y se lo llevaban de allí. Entré en la casa. El inspector estaba tomando declaración al que parecía el patriarca de la familia.

»La que supuse sería su esposa estaba deshecha en lágrimas. Desde el momento en el que entré en esa casa, supe que sería difícil averiguar la verdad de lo que había ocurrido. Por la casa que tenían, era una de las familias más ricas de la ciudad, y, por lo tanto, de las más poderosas, y las familias poderosas no suelen querer que sus asuntos salgan a la luz pública. Y estaba claro que ahí se cocía algo muy gordo. El guardia civil le agradeció la declaración y se marchó. Ni siquiera habían advertido mi presencia.

Hizo una pausa, sacó un cigarrillo de la pitillera que reposaba sobre una diminuta mesa y lo encendió. Saboreó el humo de la primera bocanada lentamente y continuó con su relato.

—El patriarca me miró desde una posición altiva y se acercó lentamente.

»—¿Quién es usted? —me preguntó.

»—Ángel Tomás, periodista.

»—¡Lárguese de esta casa!

»—No lo haré, no va a conseguir que me marche de aquí hasta que me cuente lo sucedido.

»—No. Si no se marcha de aquí ahora mismo, haré que lo detengan por allanamiento y me encargará personalmente de hacerlo desaparecer. ¡Fuera de mi casa!

»Fue lo suficientemente estúpido como para meterse en la sala donde su mujer estaba llorando y cerrar la puerta tras de sí, lo que me dejó una total libertad para recorrer la casa y buscar a alguien que me contase lo que quería saber. Me decidí por subir al piso superior a ver si encontraba algo o a alguien. Ascendí por las escaleras, grabando en mi mente el lujo en el que aquella familia vivía, seguramente a costa de mano de obra con un sueldo miserable. A la vez, mi mente se envenenaba lentamente con la idea de descubrir la trama que se estaba tejiendo a la sombra de los Cristo, vender la historia y convertirme en más rico que ellos. La segunda planta estaba iluminada por una enorme lámpara de araña que pendía en lo alto del techo. Me acerqué a una de las puertas y llamé.

»—¿Padre?

»—No, soy un amigo suyo. ¿Puedes abrirme la puerta?

»—Está cerrada con llave.

»—¿Puedes contarme algo de lo que ha sucedido hoy aquí?

»—No. A mi padre no le gustaría. Márchese.

»Antes de poder seguir insistiendo, oí unos pasos dirigirse al fondo del dormitorio. Me acerqué a la segunda puerta. Llamé, pero no obtuve respuesta. Pasó lo mismo con la siguiente. Solo quedaba una puerta en aquel piso. A medida que me acercaba, podía escuchar un débil llanto de mujer en el interior, un lamento ahogado. Llamé suavemente y oí un grito en el interior.

»—¿Se encuentra bien?

»—Déjeme.

»Aquel grito estaba lleno de terror. Oí una voz tras de mí.

»—Déjela en paz.

»Me volví y vi a una joven a mitad de las escaleras que daban al piso superior. Estaba pálida y parecía haber llorado.

»—¿Cómo te llamas?

»—Tatiana —respondió dudando.

»—¿Quién está ahí dentro?

»—Mi hermana —dijo con voz destrozada y a punto de volver a llorar—.

¿Quién es usted?

»—Soy amigo de tu padre, he venido a ayudarlos.

»—Eso es mentira. ¿Qué quiere?

»—Ayudarlos, es cierto. Quiero ayudarlos a descubrir la verdad. ¿Puedes decirme el nombre de tu padre?

»—Enrique Cristo.

»—¿Qué puedes contarme de lo ocurrido?

»Su rostro se estremeció.

»—No lo sé. Mi padre se ha vuelto loco. No nos deja estar fuera de los dormitorios después de las nueve. Le molestan los ruidos. Pero yo estaba arriba, en una habitación vacía que hay en el último piso, donde viven los sirvientes. Me escondo ahí a leer. Mi padre me mataría si me descubriese haciéndolo. Pasaba media hora de las nueve cuando he escuchado sus gritos en el pasillo. He visto como cerraba las puertas de nuestras habitaciones. Nunca lo hace. Excepto la de Adriana.

»—¿De quiénes? —pregunté poniéndole una mano sobre el hombro para intentar calmarla. Le temblaba la voz.

»—De nosotras, de sus hijas. Pero yo no estaba en mi dormitorio, y tampoco lo comprobó. Lo único que he podido ver, escondida en la escalera,

era como abría de golpe el dormitorio de Adriana y empezaba a gritarle. No he podido entender lo que le decía. Mientras le gritaba, le ha propinado una bofetada y he visto como caía al suelo. Su amiga estaba con ella. Ha intentado apartarlo de ella, pero también le ha pegado. Las encerró a las dos y después bajó por las escaleras. Yo estaba asustada y volví a esconderme.

»—¿Quién es esa amiga con la que estaba?

»—Una chica, no sé cómo se llama. Es una de las sirvientas, siempre están juntas.

»—¿Están ahora las dos ahí dentro?

»—No lo sé. Me he escondido. Al rato he escuchado ruidos de nuevo, pero no he salido de la habitación hasta ahora.

»—¿Estás segura de que me has contado todo lo que sabes?

»—Creo que sí.

»—«Creo» no me sirve, necesito estar seguro.

»—Sí, estoy segura —me gritó—. ¿Quién es usted? No le diré a mi padre lo que le he contado, ¿verdad?

»—No, no te preocupes por eso. ¿Tienes la llave del dormitorio de tu hermana?

»—No, no la tengo. No he debido contárselo. Mi padre tiene razón, soy una estúpida.

»Le di dos golpecitos amistosos en la espalda.

»—¿Y tu madre? ¿Cómo se llama?

»—Verónica Montenegro. ¿Para qué quiere saberlo?

»—¿Sabe ella algo de todo esto?

»—No lo sé. Márchese de aquí y déjeme en paz, déjenos en paz. Por favor.

»La dejé temblando en las escaleras. No me creí que no supiese nada más sobre la historia. Sabiendo que sería imposible poder hablar con Verónica Montenegro, debía averiguar quién era esa amiga suya. Me asomé por las escaleras antes de descenderlas completamente para asegurarme de no toparme con Enrique Cristo. Tenía vía libre. Abrí la puerta con cuidado de no hacer ruido y desaparecí de allí. Mientras caminaba pensando en todo aquello, decidí que sería mejor permanecer un rato por los alrededores de la casa. Me quedé al otro lado de la calle y encendí un cigarrillo. Bajo el manto de la noche, no se veía ni un alma por la calle. Llevaba tres horas esperando cuando vi que la puerta de la casa se abría. En ese instante, vi la silueta de una mujer

que se aferraba a la verja. Había aparecido de repente. Enrique Cristo salió de su casa y ella le cortó el paso.

»—¿Qué ha hecho con ella? —dijo cogiéndole el brazo.

»Él la empujó y le dijo que se marchase de allí, que no regresase a la casa, que ya no había trabajo para ella.

»—¿Qué ha hecho, señor Cristo? ¿Qué ha hecho? ¿Cómo ha podido?

»Cristo se marchó calle abajo. Me acerqué a la joven e intenté calmarla. Le pregunté quién era y me respondió que era amiga de Adriana. Ella era la joven a la que habían encerrado en la habitación junto a Adriana. Le dije que yo iba a descubrir lo que había sucedido y que para ello necesitaba su ayuda. Le pedí que esperase allí, que iba a seguir a Cristo y que cuando regresara la ayudaría a averiguar lo que había ocurrido. La dejé allí y corrí tras los pasos de Cristo hasta que lo vi a lo lejos. Lo seguí durante un largo rato por las calles hasta que llegamos al final de Fernando el Católico. Se introdujo en una casa con dos diablos custodiando la puerta.

»Vi como cerraba la verja con llave después de entrar. Tenía la llave, por lo que supuse que era amigo de los dueños de la casa. Traté de entrar, pero me fue imposible. Cuando intentaba trepar por la pared no hacía más que caer al suelo de golpe, por lo que decidí aguardar a que saliese. Estuve esperando una media hora hasta que lo vi aparecer por la puerta acompañado de otro hombre. Vi que se estrechaban la mano. Salió de la casa y se encaminó a la suya. La verdad es que siempre he sido bastante torpe y, por supuesto, me descubrió siguiéndolo. Un perro callejero se enganchó a mi pierna y empecé a moverme de un lado para otro hasta que me lo quité de encima sin mucha delicadeza. Cuando me di cuenta, Cristo estaba a menos de un metro de mí y me propinó el puñetazo más gordo que me habían dado en mi vida, para seguir con otro y con otro. Me susurró al oído que si volvía a verme me rompería el cuello. No dudé de su palabra. Pero ahora ya no necesitaba su ayuda, necesitaba la de aquella joven. La encontré escondida bajo un árbol, cerca de la casa. Estaba llorando. La invité a mi casa y accedió. La traje aquí, aunque entonces el edificio no había sobrevivido a una guerra y no estaba en estas condiciones. Le serví un café y dejé que se calmase poco a poco.

»—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

»—Carolina.

»—¿Eres amiga de Adriana?

»Asintió con la cabeza. La siguiente pregunta la hizo ella.

»—¿Quién es usted? ¿Por qué dice que va a ayudarme?

»—Soy periodista y quiero sacar a la luz todo esto.

»Se quedó observándome de la misma forma en la que mira un perro enjaulado a quien tiene delante.

»—No he debido venir aquí.

»Se puso en pie y se dirigió a la puerta. La agarré del brazo.

»—No vas a irte a ninguna parte. Vas a contarme todo lo que has visto esta noche, y lo vas a hacer ahora.

»No vi venir la patada que me dio en los testículos. Ni la segunda tampoco. Salió corriendo. Al día siguiente me dirigí a hacer una visita a mi colega en jefatura. Le pedí información sobre el caso, pero se negó a dármele. Me dijo que demasiado hacía avisándome de lo que me avisaba, pero que si me daba la información que le estaba pidiendo y lo descubrían se jugaría el puesto, y a eso ya no se arriesgaba. Salí de allí con las manos vacías.

—¿Fue a visitar la casa a la que se dirigió cuando lo vio salir de la suya?

—¿Por quién me toma? Claro que fui, pero el muy cabrón no soltó prenda alguna. Ni siquiera me dejó entrar. Me atendió desde la puerta y me despachó con viento fresco. No saqué nada de él tampoco. Y si he aprendido una cosa en mis años de periodista, es que cuanto más gente está deseando que el asunto se olvide, más peligroso es. La verdad es que tenía muchas ganas de sacar todo a la luz. Si lo hubiese podido descubrir, no estaría metido en este zulo.

Repasé mentalmente la historia que acababa de contarme. En mi visita al cementerio había encontrado las tumbas del señor Cristo, de la señora Montenegro y de las dos hermanas de Adriana. Había supuesto que toda la familia estaba enterrada, pero no era así. Quedaba una hermana viva, Tatiana. Seguramente, la mujer que vi en el cementerio, la que llevaba las cartas. La idea de que Bruno estuviese metido en medio de todo aquello me producía escalofríos. Lo que fuese que ocurriera aquella noche había acabado con Adriana en el cementerio. Y también estaba esa chica que decía ser la amiga de Adriana, Carolina. Debía encontrarlas y hablar con ellas si quería saber algo más.

—¿Puede decirme la dirección de la casa?

—¿Qué casa? ¿La de los Cristo?

—La misma.

—¿Para qué? Nadie vive allí.

—Oiga, no me tome por estúpido, no me gusta. Sé que ha seguido metiendo las narices en todo esto. Alguien me lo dejó más que claro. ¿Dónde puedo encontrar a Tatiana?

—¿Quién se lo dejó tan claro?

—Ella misma, Tatiana, y no se haga el loco. Me dijo que dejase todo esto quieto. En realidad, pensaba que era cosa suya, que usted me enviaba.

Se rio para sí mismo.

—Creo que está usted equivocado. Tatiana no quiere olvidar la historia. Ella vino a mí, preguntándome qué había averiguado. El problema es que no he podido descubrir nunca nada más de lo que le he contado.

—¿Puede decirme dónde encontrar a Tatiana?

Me observó detenidamente y encendió otro cigarrillo.

—Vive en un piso del paseo de la Independencia, en el número veintiocho. La planta no la recuerdo. Supongo que lo pondrá en los buzones. Dele recuerdos. Y déjeme en paz.

—¿Y tiene idea de dónde está Carolina?

—Ya le he dicho que lo último que supe de ella fue que salió corriendo de mi piso.

El calor que se concentraba en la casa era más agobiante que el que hacía en la calle, por lo que cuando salí del edificio en ruinas, la calle me pareció el Polo Norte.

De vuelta a casa, decidí tomar el camino que me llevase hasta el paseo de la Independencia. Me acerqué al número veintiocho y comprobé que en un piso de la última planta vivía alguien llamado Tatiana Pelayo. Decidí hacer la visita otro día, cuando hubiese ordenado bien todos los datos que poseía hasta entonces. Ahora tenía otra vez la duda sobre quién era la mujer del cementerio. Se me ocurrió que tal vez Carolina fuese la que hacía llegar las cartas. Pero a ella, ¿cómo encontrarla sin pista alguna?

Al llegar a mi casa comprobé que Catalina había estado allí. El inconfundible olor a lejía la delataba. Abrí todas las ventanas y dejé que se ventilase. Subí al estudio e introduje una hoja en el tambor de la máquina de escribir, más por inercia que con la intención de escribir algo. La historia que Bruno me había relatado años atrás, la que Adelaida nunca creyó y que yo me empeñé en aceptar, empezó a perder sentido también para mí. Lo que el periodista me había contado hacía pensar que el patriarca, Enrique Cristo, tenía más que ver con la muerte de su hija de lo que estaba dispuesto a admitir por alguna razón que se me escapaba. Y le había contado a Bruno aquella historia, la de que ese chico había acabado con ella, para librarse de la culpa. Decidí que otra de las opciones era visitar a Bruno y decirle que no creía lo que me contó. Pero debía pensar bien el modo de proceder. Y estaban las

cartas que Adelaida había ido recogiendo durante años del cementerio, las que estaban firmadas por Samuel, el supuesto asesino. Recordé que las había traído consigo y que las había dejado en mi escritorio. Abrí el cajón y allí las encontré. Repasé las firmas de todas ellas. En todas ponía SS al final de la página. Ella, nuevamente, tenía razón. Él no podía haber sido el culpable. También recordé que Adelaida me dijo que, desde que vio a aquel individuo en el mausoleo de los Cristo, las cartas dejaron de llegar. Ese hombre al que vio aquella noche en el cementerio no podía ser otro que Samuel Sandoval. Pero no tenía sentido. Leí las cartas mil veces aquel día. Todas demostraban que Samuel quería a Adriana, que la adoraba, sin lugar a dudas, y que no sabía dónde estaba. En sus cartas siempre se lo preguntaba y le rogaba que le respondiese. Lo que daba a entender que no sabía nada de su muerte. Decidí que haría una visita a Bruno y le pediría que me contase de nuevo la historia. Quería encontrar a Samuel y decirle que estaba dispuesto a liberar su historia, a limpiar su nombre. Quería encontrarlo: únicamente él podía saber lo ocurrido.

Tardé lo que quedaba de día, parte de la noche y parte de la mañana en decidir a quién visitar en primer lugar, si a Bruno o a Tatiana. No me gustaba la idea de asaltar la casa de Bruno y decirle que había descubierto que era un mentiroso. Gracias a él podía vivir de mi sueño, y sin su ayuda nunca lo hubiera podido hacer. Me dio la oportunidad que tanta gente busca en su vida y nunca aparece. Él me la entregó sin más, sin pedir explicaciones, sin pedir nada a cambio. Simplemente, me la tendió. Y, respecto a la única hermana viva del clan Cristo-Montenegro, no tenía del todo claro el modo de presentarme en su casa. Cómo podía explicarle que estaba metiéndome en un asunto que no tenía nada que ver conmigo. Pero, por otro lado, ella misma había ido en busca del periodista, en busca de las mismas respuestas que ahora quería yo. Tal vez eso, intentar averiguar lo que sucedió aquella noche y poder decírselo a ella, me abriera una puerta a su casa y me confirmara lo que Tomás me había contado. Pero debía ser cuidadoso, debía analizar bien el modo de proceder. Necesitaba tiempo para pensar, lo que me dejaba como única opción de visita a Bruno Sanpedro.

Me puse un traje limpio y me dirigí a la casa de Bruno. Recuerdo aquel día como el primero del verano en el que el calor cedió al cierzo frío del norte y despejó las calles y mi mente. Con el viento, las hojas de los árboles secas por culpa del bochornoso calor extendieron una alfombra marrón a lo largo de la Gran Vía y de Fernando el Católico. Paré a unos veinte metros de la casa y

la contemplé lentamente mientras recordaba aquel día perdido en el eco del tiempo, cuando una niña de apenas seis años me llevó a la verja de aquella casa y compartió conmigo sus secretos. Aquella niña a la que aprendí a querer con los años, a enamorarme de ella, y a la que ahora, cuando apenas había empezado a tenerla, había vuelto a perder. Pero esa historia que siempre llevó en su alma y que yo me empeñé en olvidar se la debía, sería siempre para los dos, para recordarnos el uno al otro que en algún momento de nuestras miserables y vendidas vidas nos quisimos, primero como hermanos y luego como amantes.

Atravesé la verja oxidada y lo que antes había sido un jardín. Llamé a la puerta y esperé. Tardé unos segundos en oír los pasos que me abrirían la puerta. No fue el rostro de Claudia el que me recibió, ni el de Bruno. Arthur Kleim me dedicó una sonrisa y me indicó que pasara. Bruno estaba sentado en la butaca de siempre y me explicó que Claudia estaba en su dormitorio algo indispuesta. Arthur Kleim se sentó en una de las sillas que quedaban frente a la butaca de Bruno y al asiento que yo tomé en el sofá. Se estaba tomando lo que me pareció aguardiente.

—Arthur me ha enseñado tu nuevo libro. Me parece interesante, al menos las páginas que he leído.

—Ya lo creo, es sensacional, Miguel. Será un éxito, te lo garantizo.

—Les agradezco el apoyo a los dos.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó Bruno.

—Verá —comencé—, es un asunto que, sin ser personal, me gustaría tratar con usted a solas, Bruno.

—Me retiraré.

—No, Arthur, no te retires. Miguel —dijo mirándome—, Arthur es amigo mío, un gran amigo mío, y tú mismo me has dicho que no es personal, así que preferiría que se quedase; no me parecería de buena educación hacerle salir.

—No importa —dijo Kleim.

—No, tiene razón. Supongo que no importa en absoluto que se quede. De todas formas, se trata de un nuevo libro que estoy escribiendo...

—Estupendo, pues todavía mejor que esté él presente.

—No, este no lo quiero publicar, es para alguien que me pidió que lo escribiera.

Para cuando acabé la frase, tenía un hilo de voz.

—Interesante —comentó Arthur desde su asiento con el vaso en la mano.

—Bueno, ¿y qué querías contarme?

—No creo que le guste, Bruno.

Me miró encogiendo las cejas. Tomé aire y apreté las manos.

—¿Recuerda aquella historia que me contó hace tiempo, cuando le pregunté por Adriana Cristo? —dije titubeando.

La expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas. Sí que lo recordaba, seguramente mejor que yo. Echó una mirada a Kleim, que nos observaba en silencio, como quien asiste a una película de cinematógrafo. Sonrió interesado, dejó el vaso sobre la mesa que lo separaba de nosotros, se recostó y entrelazó los dedos detrás de su cabeza.

—Continúe, parece interesante.

—¿Qué quieres saber sobre eso?

—Verá, creo que lo que me contó no es del todo cierto. —Me sentí como un miserable; solo quería borrar esos últimos segundos y salir de allí—. No digo que fuese mentira, solo que, tal vez, hubo algo más de lo que me contó entonces.

No podía mirarlo a la cara.

—¿Para quién estás escribiendo eso?

—Para una mujer que desde niña se negó a creer lo que usted me contó. No lo publicaré, como he dicho, es solo para ella.

—Humm... Esa es una mujer con genio —intervino Kleim.

—Todo lo que te conté, Miguel, fue lo que Enrique Cristo me dijo.

—Pues mentía.

—Lo sé, ahora lo sé. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué puede contarme? ¿Qué ocurrió verdaderamente con Adriana?

—Eso no lo sé. No creo que nadie, a excepción de Enrique Cristo, lo supiera, y está muerto.

—Si sabe que lo que Cristo le contó no era cierto, debe saber la verdad.

—No. Sé que lo que contó no era cierto porque vi a Samuel tiempo después. Él no tuvo nada que ver con la muerte de Adriana.

—¿Dónde está Samuel?

—Muerto, Miguel. Samuel Sandoval está muerto, desde hace años. Deja todo esto de una vez. Dile a tu amiga que no vas a escribir la historia, y dile que se olvide ella también.

—No tan rápido —cortó Kleim—. A mí, personalmente, me parece una historia muy interesante.

—No quiero publicarla, Arthur.

—Eso ya se verá. Averígualo. Como puedas, tienes todo el tiempo del mundo, pero quiero esa historia.

Salí de casa de Bruno sintiéndome un parásito. El viento que se había levantado había traído nubes grises consigo y ahora cubrían el cielo como un manto de terciopelo. La alfombra de hojas muertas se había desparramado y bailaban en el aire, en una danza hipnótica. Unos pasos apresurados iban tras de mí, pero no me paré cuando oí mi nombre. Me alcanzó apoyando su mano sobre mi hombro y me detuvo entre las primeras gotas de agua que comenzaban a caer sobre la tierra ardiente y se evaporaban antes incluso de rozar el suelo. Arthur Kleim estaba ante mí.

—Vamos, lo invito a comer. Tenemos que hablar de todo esto.

Había traído dos paraguas. Me tendió uno y anduvimos en silencio por las calles. No pude evitar alzar la vista hasta el último piso del número veintiocho del paseo de la Independencia cuando pasamos frente a él. Me condujo hasta la calle Alfonso. Entramos en un local que no recordaba haber visto nunca y que estaba medio lleno. Nos acomodaron en una de las mesas centrales. Le dije que pidiera por mí mientras me dirigía al baño. Entré, abrí el grifo del agua fría y dejé que recorriera mi nuca. Cuando regresé, Kleim comía un panecillo. Desde la mesa se podía ver perfectamente la lluvia que caía con fuerza. Sentí que Kleim me miraba con sus azules ojos penetrantes y dirigí la vista hacia él. Me sirvió un vaso de vino y me invitó a que lo bebiera.

—¿Se encuentra mejor? Parecía un muerto cuando ha salido de casa de Bruno.

—Sí, me encuentro mejor, gracias.

Nos quedamos un largo rato en silencio y nos sirvieron la comida.

—Bruno me dijo que son amigos desde hace mucho —comenté.

—Sí, lo somos. Gracias a él, soy quien soy ahora; sin él no sé adónde hubiera ido.

—Ya somos dos.

—Sé su historia. Bruno mismo me la contó. Espero que no le importe.

Negué y aproveché la ocasión.

—¿Qué hizo Bruno por usted?

—Muchas cosas. Él me envió a Francia y me consiguió un empleo en la empresa de un conocido suyo. Ahora, la mitad es mía.

—Se le dan bien los negocios.

—No especialmente. El trabajo que Bruno me consiguió no fue exactamente en la empresa, fue para el dueño de la empresa, para hacerle compañía, para ser su guía en su casa. Se quedó ciego, le saltó una sustancia tóxica a los ojos y se los quemó en la fábrica. Había tenido otros ayudantes, pero siempre los echaba porque decía que le robaban. Y no dudó en que yo no lo haría si era Bruno quien me enviaba. Estaba soltero y nunca tuvo hijos, solo un sobrino al que yo creo que nunca ha querido. Así que, antes de morir, dividió la empresa en dos: una parte se la cedió a su sobrino, todavía no entiendo por qué, y la otra a mí.

—Entonces su trabajo no tiene nada que ver con la edición de libros.

—En absoluto. Pero Bruno siempre será Bruno. Parece que le gusta ayudar a las almas sin rumbo. Me envió su libro y, debido a que poseo la mitad de una empresa internacional que da de comer a muchas bocas, la editorial no se negó a hacerme el favor de publicar el trabajo de un amigo.

—Gracias de nuevo.

—No me las dé.

Nos miramos en silencio sin haber tocado todavía los platos.

—Cuénteme, Miguel. Esa historia..., ¿qué tiene sobre ella?

Cogí los cubiertos y comencé a despedazar lo que me pareció pato.

—En realidad, muy poco. Hace tiempo fui con una amiga al cementerio y vimos que enterraban a una persona llamada Adriana Cristo, a la una de la noche. Días después, en una de mis visitas a casa de Bruno, vi a uno de los hombres que habían transportado el ataúd: era el jardinero mudo de Bruno. Le conté lo que había visto y me explicó que, unos días antes, un viejo amigo suyo había ido a pedirle ayuda, que Samuel Sandoval había matado a su hija y lo había encontrado al lado de su cuerpo lleno de sangre. Después fui a ver al periodista que escribió una noticia falsa sobre la muerte en el periódico, pero de poco me sirvió. Iré a ver a una tal Tatiana Pelayo, que supongo será la hermana de Adriana. El periodista me dio su dirección.

—De acuerdo.

Tomó sus cubiertos y comenzó a partir la carne.

—Y esa chica para la que escribe la historia, ¿quién es?

Dejó el tenedor y respiré hondo. Me recosté en la silla.

—Ella es la niña con la que estuve en el cementerio. Siempre quiso saber lo que ocurrió, y nunca le hice caso.

—Debe de quererla mucho —apuntó.

—He tardado en darme cuenta demasiado tiempo. Está casada.

Arqueó las cejas y se llevó el tenedor a la boca.

—Me da que ella también ha tardado en darse cuenta de lo que siente hacia usted.

—No, me lo dejó claro en una carta.

—Las cartas no muestran la expresión en el rostro de quien las escribe.

—En realidad, no sé por qué me molestó en hacerlo.

—Ahora lo hace porque yo se lo pido; al menos, en parte.

No volvimos a cruzar palabra durante toda la comida. Pagó una cifra astronómica, salimos del local y me pidió que lo tuviese informado. Se empeñó en acompañarme hasta mi casa. Cerré la puerta y abrí todas las ventanas, excepto la del estudio. El aire frío despejó el ambiente cerrado. Cogí a Astaroth y lo llevé conmigo arriba. Todavía estaba la hoja en blanco esperando la primera letra de la nueva historia. Me senté frente a la máquina y comencé a escribir. Las gotas de lluvia golpeaban las ventanas con fuerza. Las nubes apenas dejaban entrar luz en la habitación. Tomé dos velas y continué escribiendo. A veces pensaba que el humor me cambiaba según el tiempo que hiciese, pero ahora creía que era mi humor el que hacía cambiar el tiempo. Hasta que no aporreé la última tecla para acabar con el primer capítulo, al alba, no dejó de llover.

Decidí dejar una nota colgada del pomo de la puerta para Catalina, pidiéndole que ese día no viniera, que regresase al siguiente. Me ardía la cabeza cuando me tumbé sobre la cama. No me molesté en abrirla. Me sentía bien en la oscuridad, la perfecta oscuridad, sin ruidos, sin caras, sin nada, tan solo el silencio, al que cada vez estaba más acostumbrado. Sin haberme dado cuenta, me había transformado en un ser solitario que no quería más compañía que los libros que le habían ayudado a crecer. Esa compañía, y la de una mujer que no le quería. En ese instante, la imagen de Adelaida vino a mi cabeza como un martillazo junto con las palabras de Arthur. Cansado de dar vueltas en la cama sin conseguir conciliar el sueño, me levanté y tomé la carta que me había enviado diciéndome que me olvidase de ella. Encendí de nuevo una de las velas y la leí varias veces. Arthur tenía razón: no se ve la cara de una persona cuando escribe una carta. Quería que ella misma me lo dijese. Necesitaba ver que era cierto. Me vestí y salí a la calle empapada. Caminé lo

más rápido que pude sin llegar a correr y atravesé las calles solitarias y tristes mientras el viento se levantaba de nuevo. Llegué a la casa de los señores de Uribe. Llamé a la puerta cerrada. Poco después, el conserje, uno diferente al que había asaltado en mi visita anterior, me abrió la puerta con mala cara.

—¿Qué desea usted? —preguntó sin dejarme pasar.

Saqué parte del dinero que había encontrado por casa y se lo tendí. Abrió la puerta del todo y me dejó pasar.

—¿Puede decirme a qué hora el señor Uribe se marcha a trabajar?

Me observó de arriba abajo y finalmente me preguntó para qué quería saberlo. Le di el resto del dinero que llevaba encima y me informó de que Uribe salía a las nueve en punto de la mañana y regresaba sobre las dos y media.

Le di las gracias y me marché.

Cuando llegué a casa, di cuerda al reloj y solté el gancho que sujetaba la alarma. Me tumbé en la cama y quedé profundamente dormido.

Contra todo pronóstico, Catalina entró en casa y, por supuesto, me despertó a las seis en punto de la mañana.

—Creo haber dejado una nota en la puerta.

—Ah, ¿esa cosa que colgaba del pomo era para mí? Pues la he tirado. ¿Qué decía?

—Que hoy no vinieras. Pero ahora ya no importa, puedes quedarte.

—Si quiere que me vaya...

—No, es igual.

Noté como escondía su cara mientras ordenaba los papeles que había dejado sobre la mesa. Me pareció oír una respiración entrecortada.

—¿Qué te pasa? —inquirí.

—Nada, no importa —dijo secándose las lágrimas.

En ese instante me di cuenta de lo poco que sabía de la chica a la que veía desde hacía tiempo dos veces a la semana. Me estaba convirtiendo en un ermitaño.

—Escucha, iba a desayunar algo en el café Levante. Preparan unos desayunos de muerte. ¿Te apetece compartir uno conmigo?

Sonrió y asintió mientras me miraba de refilón. Bajamos al bar y pedimos. Nos sentamos el uno frente al otro, bajo la tenue luz de la lámpara que colgaba en el centro del local y los antiguos retratos, que parecían tener más años que el mismo bar. No cruzamos palabra hasta que nos trajeron el desayuno. Al parecer, Catalina llevaba poca intención de conversar, pues escondió la cabeza en la taza de café. Encendí un cigarrillo y le pregunté por un tema del que no estaba seguro si estaría dispuesta a hablar.

—¿Por qué te marchaste de casa de tu padre?

Levantó los ojos sin mover la cabeza y dejó la taza sobre la mesa, que cojeaba. Encendí uno de los cigarrillos que llevaba en el bolsillo y me dispuse a escucharla.

Me contó entrecortada que sus padres se casaron cuando ya eran demasiado mayores y, según ella, nunca se habían querido. La habían tenido por error. Su madre no se olvidaba ni un solo día de recordárselo. Su padre

simplemente la ignoraba. Cuando murió su madre, sintió un alivio del que se sentía culpable, pues, según ella, una madre, por mala que sea, es siempre una madre.

—La familia no la hace la sangre, sino el comportamiento que tiene hacia ti la gente que te rodea —le dije. Yo mismo lo había comprobado durante años.

Cuando murió su madre, su padre la obligó a trabajar en lugares donde ni las ratas ni la muerte querían estar, así que un día se marchó de casa y se refugió en el piso que había sin habitar en el mismo edificio. Salió en busca de un trabajo y descubrió que podía ganarse las pesetas poco a poco, trabajando de criada en casas ajenas. Con lo que ganaba tenía suficiente para vivir sola, y no tenía que ver la cara a nadie que no quisiera, en su caso, a su padre. Intenté desviar aquella amarga conversación y le pregunté si tenía algún novio. Sonrió y enrojeció. Le di algo de propina y le dije que se fuera a pasar la tarde con él por ahí, que hicieran lo que fuera que hacen los novios, cosa que yo, a mis veintidós años, no había podido descubrir todavía. Fue entonces cuando me preguntó por esa chica a la que había dejado entrar en mi casa y se había pasado allí una semana entera. Cuanto pude responderle fue que desde esa semana no había vuelto a verla.

Tras el desayuno volvimos a casa. Ella empezó con su trabajo y yo con el mío. Releí las páginas que había escrito el día anterior tantas veces como pude. Quería encontrar una trampa oculta para que aquellas líneas me diesen alguna idea nueva. No lo conseguí. A las nueve en punto salí de casa en busca de Adelaida con las páginas escritas en la mano. Cuando llegué al portal, me encontré con el mismo personaje al que había asaltado en mi primera visita. No debió de reconocerme en un primer momento porque abrió la puerta sonriente. Le dije que me esperaban y me cedió el paso. Subí las escaleras hasta el segundo piso y llamé a la puerta. La sirvienta sí me reconoció. Llamé a Adelaida desde la entrada y apareció segundos después. Negó con la cabeza al verme.

—Déjale entrar —dijo.

La seguí hasta una salita pequeña y enmoquetada.

—Estás loco.

—Dímelo tú. Repítame lo que escribiste en la carta que me enviaste.

—Creo que quedó bastante claro.

—Quiero verte decírmelo. Vamos.

Tomé su barbilla e hice que me mirara. Sus ojos apuntaban hacia un lado.

—Vete, márchate y no vuelvas.

—Ven conmigo. Olvídate de todo esto y ven conmigo.

—No puedo.

—Sí puedes, lo sabes.

—Nos encontraría.

—No, si estamos en París.

—Vete, Miguel. Es demasiado tarde para esto, para todo.

—No, no voy a dejarte aquí.

—¿Por qué no me escuchas? No sé de qué me extraño. Todos los escritores sois egoístas, lo queréis todo, y lo queréis cuando os apetece. Déjame. Y no regreses jamás. Es lo mejor.

Di un paso atrás y me disponía a marcharme cuando recordé que llevaba la historia, su historia, en el bolsillo. Se la entregué y le dije que cuando la terminase me marcharía y no la molestaría más. Vi como le temblaban los labios mientras cerraba la puerta tras de mí. Salí del edificio y me dirigí al paseo de la Independencia número veintiocho.

Después de darle al portero una falsa explicación para justificar la visita a Tatiana Pelayo, subí los pisos y me planté en su puerta. Llamé con los nudillos y esperé. Oí los pasos acercarse hasta la puerta y desenganchar lo que me parecieron unos siete cerrojos y pestillos. Con parsimonia abrió la puerta. Ante mí vi a una mujer ajada por los años y tal vez por la culpa. Llevaba un fino vestido de manga larga negro, a juego con su pelo, recogido en un moño. Aparentaba poco más de mi edad, pero tenía el alma destrozada. No era la mujer del cementerio.

—¿Quién es usted?

—Miguel Campos, escritor.

—¿Escritor? ¿Para qué ha venido aquí?

—¿Es usted Tatiana Cristo Montenegro?

Su expresión se mantuvo exactamente igual. Me observó durante unos segundos como se mira a un perro callejero y finalmente me invitó a pasar. El piso estaba más que bien acomodado. Las alfombras minaban el suelo y las lámparas de aceite apagadas adornaban varios taquillones. Las puertas de las innumerables habitaciones estaban acristaladas con dibujos de santos y vírgenes. Me llevó a una sala con paredes enteladas. Una enorme lámpara de araña llenaba la habitación. Los ventanales daban una visión del paseo y sus gentes. Me acerqué a una vieja fotografía que pendía de la pared. Parecía que eran el clan entero: los padres y las cuatro hijas.

—Eran mi familia, aunque supongo que ya lo habrá pensado. Siéntese conmigo.

Tomé asiento en una butaca acolchada frente al sofá en el que se había sentado. Sirvió dos cafés en una vajilla de plata tallada con rosas. Me tendió una de las tazas y la acepté de buena gana.

—El café lo traen de Kenia. Es exquisito.

—No lo pongo en duda —dije sorbiendo mientras me miraba.

—¿Quién es usted? Aparte de Miguel Campos, el escritor, ¿cómo sabe mi apellido?

Me aclaré la voz y dejé reposar la taza sobre la mesa.

—Me han encargado una novela, una historia sobre su familia.

—¿Quién?

—Alguien a quien le debo un favor —dije—. Hablé con Ángel Tomás. Él me dio su dirección y me indicó que usted estaba interesada en descubrir lo que le ocurrió a su hermana. Me pidió que le diera recuerdos.

—Si vuelve a verlo, agradézcaselos de mi parte. ¿Qué le contó?

—Supongo que no más de lo que le explicaría a usted. —Intenté pausar y calmar todo lo posible mi voz—. Tatiana, ¿qué puede contarme de Adriana, de su familia?

—¿Aclarará usted lo que le sucedió a mi hermana?

—En ello estoy.

—Enrique Cristo tenía treinta años y, al parecer, ninguna intención de matrimonio e hijos a los ojos de sus padres, que cada vez ansiaban más una esposa para su hijo, y nietos para asegurarse de que el apellido Cristo perdurara y siguiera siendo uno de los más importantes de la escasa alta sociedad de Zaragoza. Cuanto más tiempo pasaban sus padres intentando encontrar una mujer que él no rechazase, más crecía su angustia y más lejos veían la posibilidad de que su hijo formase una familia. En vista del problema, cuando recibieron una oferta de Íñigo Montenegro, familiar lejano, no dudaron un segundo en que la proposición era perfecta. Al parecer, ese familiar tenía una hija, Verónica Montenegro, que no hacía sino fantasear todos los días de su vida con lo que, según su padre, no era más que una estúpida pérdida de tiempo. La lectura de novelas románticas, según él, no hacía más que enturbiar su mente, y además pasaba las horas con el hijo del lechero, que les llevaba la leche fresca cada mañana. Cuando su padre se enteró de tan despreciable noticia, la encerró en su dormitorio, amenazándola con no dejarla salir de allí hasta que no se comportara como una Montenegro, hasta que no fuese digna de llevar ese apellido... Él jamás consentiría que su hija acabase malviviendo con un miserable lechero. Ellos sabían de la intención de los padres de Enrique de encontrarle una esposa urgentemente y, con suerte, su hija sería lo bastante buena para él. Ni Enrique Cristo ni Verónica Montenegro deseaban casarse, pero a sus padres sí les importaba la fusión de dos buenos apellidos y la gran suma de dinero que la unión de las dos empresas les reportaría.

»Los padres de ambos se encargaron de organizar todo a espaldas de sus hijos, por lo que la noticia les llegó por sorpresa. Se reunieron todos en casa de los Cristo y comunicaron a Enrique y a Verónica la necesidad indiscutible de su próximo matrimonio. Enrique Cristo quedó callado. Verónica, por el

contrario, se puso en pie y los amenazó diciéndoles que aquella unión nunca tendría lugar. Por supuesto, su padre se encargaría de hacerla entrar en razón por el método que fuese necesario, que resultó ser uno que su esposa conocía bien: golpe a golpe, y gota a gota de sangre. Mientras su madre veía como pegaba a su hija desde el umbral de la puerta, a la sombra de las velas, se quedaba inmóvil. A pesar del maltrato, continuaba diciendo que no se casaría con él. Aquello lo repitió día tras día. Después de tantos golpes, tras tantas heridas en el alma, llegó la paliza que la llevó a ver cerca la muerte durante una semana. Al séptimo día recobró la conciencia y sintió un dolor en el cuerpo que la desgarraba. Sintió que las ganas de luchar por su vida, por una vida lejos de un matrimonio indeseable, se alejaban. Su madre se limitaba a limpiarle el sudor frío de la frente y le susurraba al oído:

»—Haz lo que te pide, antes de que sea demasiado tarde.

»Verónica asintió finalmente, temblorosa, con lágrimas que resbalaban por su rostro. Madre e hija no volverían a mediar palabra.

»Enrique, a pesar de no desear el encuentro, no puso obstáculo alguno. Desde hacía tiempo se había encaprichado de una señorita de buena familia que nunca mostró interés alguno por él. Por esa misma razón, se convenció a sí mismo de que, si él no podía tener a la mujer que deseaba, no estaba tan mal tener a alguien a su lado, alguien que le obedeciera por encima de todo para hacerla suya cada noche o cuando se le antojara, le deseara ella o no.

»Verónica Montenegro fue casada con su primo tercero cuando ella contaba veinte años y él treinta y cinco. La boda se celebró invitando a todos los socios de las dos empresas, de, al parecer, un valor incalculable, y a los amigos de ambas partes. Los padres de ambos, como regalo de bodas, les compraron una pequeña mansión en el paseo de Sagasta. Tras la boda tenían programado un viaje que los llevó a recorrer África y parte de Asia durante dos meses.

»Cuando regresaron a su casa, Verónica Montenegro tenía las ganas de vivir rotas y un descendiente creciendo en ella. La hermana mayor de las Cristo se llamó Eva, por ser la primera. Nadie, ningún médico, supo ver cuándo nació la enfermedad que con el tiempo, a los pocos años, acabaría dejándola inválida, después inmóvil y, finalmente, postrada de por vida en una cama, con los ojos abiertos y la respiración entrecortada, esperando la muerte, una muerte que no se decidía a aparecer.

»La segunda en nacer fue Tatiana, una niña pequeña y reservada, que no daba problemas y parecía no necesitar a nadie en este mundo, y menos a sus

padres. Fue una bendición tener una niña sana, pero lo que Enrique quería era un varón. Habían transcurrido cuatro años de matrimonio y Verónica solo había sido capaz de darle tres hijas, y una de ellas estaba enferma. Selene había sido la última en nacer. Enrique había decidido que no volvería a intentar tener un hijo con una mujer que solo era capaz de fabricar niñas.

»Tatiana nunca logró llevarse bien con su hermana Selene. Incluso el aya que las cuidó de niñas creía que su alma pertenecía al demonio. Andaba inventándose historias macabras y se había hecho amiga de una niña negra, la hija de una criada que le enseñó a hacer lo que ella llamaba «magia negra». Tatiana tenía cuatro años cuando vio a su padre tirar escaleras abajo a su madre, sin entender el porqué de aquello. Se quedó tendida a los pies de la escalera, hecha un ovillo y llorando, por llevar dentro de sí al hijo del pecado y la vergüenza: el hijo del lechero. Enrique Montenegro, albergando la esperanza de que, aun sin ser suyo, fuera varón, comunicó a todo el mundo la noticia del nuevo embarazo de su mujer. A ella la encerró para que no pudiera volver a salir y engañarlo como a un perro con el lechero. Entretanto, él caía en las manos de las señoritas de compañía de la ciudad, que se llevaban el dinero de los Cristo a cambio de unas horas, que nunca eran suficientes.

»Cuando Verónica Montenegro sintió los primeros pinchazos del parto y se caía al suelo, avisó a su marido, que llamó al médico. Tumbada en la cama, dio a luz entre gemidos de dolor y rabia a una niña. El doctor la tomó en brazos y se la mostró a Enrique, diciéndole que tenía otra hija. Enrique, sin llegar a mirarla a la cara, salió de la habitación y estuvo fuera durante diez días. Cuando regresó, encontró a su mujer dándole de comer a su nueva hija. Ella le sonrió, pero lo único que obtuvo por respuesta fue:

»—Me das asco.

»Estuvo seis meses rehuyendo a su mujer y a todas sus hijas, hasta que una mañana se acercó a Verónica y le preguntó el nombre de la pequeña.

»—Adriana. Adriana Cristo Montenegro.

Tatiana acabó su relato en ese punto mientras miraba la hora en el reloj y me pidió que me marchase, que regresara en otro momento, entre las diez y las doce de la mañana.

—¿De quién me esconde?

—A mi ayudante no le gusta oírme hablar de esta historia, dice que solo me hace daño, que nunca descubriré realmente lo que pasó, y tal vez sea cierto.

Estuve una semana entera encerrado en mi estudio, sin ver a nadie, tan solo a mi gato, escribiendo y reescribiendo aquella historia, buscando las palabras adecuadas, las palabras perfectas. Si el destino había puesto ante mí aquella historia, hubiese venido a mí por ese camino o por cualquier otro, no pensaba quedarme sin saber lo que había sido de la vida que seguramente había tenido que soportar Adriana por no ser una Cristo, aunque sí lo fuera para el resto del mundo. No podía dejar de imaginar la extraña rabia acumulada por Enrique durante años al saber que Adriana no era suya y que al final había estallado y acabado con su vida. ¿Qué podía haberle hecho? Creí que era el momento de hacer una visita a Arthur y hablar de la nueva información que me había llegado. Y tenía ganas de visitar a Bruno. Caminé lento durante el tramo que separaba mi casa de la de Bruno. En algún momento creí recordar ciertas imágenes de mi infancia cuando hacía parte de ese recorrido con mi padre, cogido de la mano, los sábados por la mañana.

Abrí la verja y la entorné. Me dirigí a la entrada. Antes de llegar, Arthur, que me había visto aproximarme por la ventana, se apresuró a abrirme. Me invitó a pasar y me explicó que Bruno había salido a dar un paseo con Claudia. Me sirvió un vaso de un licor que no supe lo que era, aunque el olor que despedía mostraba el poderío de la enorme resaca que con seguridad le había provocado su consumo en exceso.

—Supongo que has venido para contarme cómo va el asunto.

—Sí, he averiguado alguna cosa. He dado con la única hermana viva de Adriana. Me ha contado algo sobre sus padres; está todo escrito.

—¿Has traído las páginas?

—No, cuando esté acabada.

Asintió.

—Bien. Por cierto, le pedí a tu editor que durante mi ausencia fuese él el encargado de ingresar el dinero en tu cuenta bancaria. Espero que no tengas ningún problema por ello.

—En absoluto.

Tras una hora de conversación aburrida, Bruno y Claudia llegaron.

—Miguel, me alegro de que estés aquí —dijo sonriente Bruno.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba enfadado conmigo. Claudia me sonrió y me dijo que, si no me importaba, se retiraba a descansar. Me ofrecí para acompañarla a su dormitorio y aceptó de buena gana. Subía los peldaños uno por uno y lentamente, con un sobrealiento más que pesado. Estaba anciana y cansada. Apenas una sombra de la mujer llena de energía y ganas de vivir que había sido.

—Bruno me ha dicho que sería mejor instalarnos en la segunda planta. Pero a mí no me gusta la idea.

—¿Por qué no? Sería bueno para usted.

—A mí lo que me pasa, hijo, son los años, y para eso no hay cura que sirva. Y a todo esto —dijo parándose a mitad de la escalera—. ¿Y esa señorita Adelaida? ¿Ha conseguido verla?

—Anda, ¿y esta novedad? Pensaba que ni usted ni Bruno creían que fuera buena idea.

—Y lo sigo pensando, pero...

—... Pero... —se encogió de hombros— no se preocupe por eso; el tema está zanjado.

Creí perder diez años de mi vida de golpe mientras lo decía en voz alta. Claudia me sonrió y alargó su mano hasta mi cara. La tumbé sobre la cama y me marché. Me despedí de Bruno y de Arthur, que brindó a mi salud antes de marcharme. Hice el camino de vuelta sin más pensamiento que Adriana. Adriana. Ahora la historia ya no la escribía tan solo para Adelaida, sino para mí. Quería saber qué le había ocurrido realmente, aunque ahora ya sabía por qué el padre de Adriana lo había hecho: no era una Cristo, a pesar de que la cuidó como tal para guardar el secreto al mundo. Quería saber qué había sido de Samuel y por qué estaba muerto. Quizás también era también por culpa del padre de Adriana. Quería saber más, y quería saberlo ya. Quería conocer su vida y que me acompañara el resto de la mía. Quería saberlo todo sobre ellos. Aunque no tenía derecho a desearlo, en cierto modo, veía una nueva Adriana en Adelaida y un amigo en Samuel. No tenía mucho sentido, pero supongo que la vida tampoco lo tiene.

Llegué a mi casa y subí los peldaños de dos en dos, cogí las páginas que había escrito durante una semana y, con ellas en la cartera, me dirigí a casa de Adelaida. Cuando llegué, eran las once. Saludé al portero, que no se molestó en levantarse cuando me vio, por suerte. Cuando llegué al segundo piso,

descansé durante un momento y calmé mi respiración. Llamé a la puerta. Me abrió la criada, que me miró de refilón, desaprobatoria.

—Ahora llamo a la señora.

—No, no hace falta.

Extraje las páginas y se las tendí.

—Dele esto.

Desaparecí de allí tan rápido como había llegado. Llegué a casa de Tatiana dentro de la hora que me había indicado. Necesitaba saber cómo continuaba la historia. Me dijo que pasara y que la esperara en la sala en la que habíamos conversado la semana anterior. Me senté en el sofá, nervioso, y observé una vez más los adornos de la habitación. Las cortinas la hacían parecer más grande de lo que era en realidad. Después de quince minutos, me acerqué a la estantería pegada a la pared y repleta de libros. A diferencia de los libros y papeles que se acumulaban en mi casa a modo de torre de Babel, aquellos estaban perfectamente cuidados, sin una sola mota de polvo y, lo que me resultó más sorprendente, en orden alfabético. Comencé a leer los títulos de los lomos y vi que dentro de su gran colección no faltaban grandes obras pasadas y novedades literarias. Mientras desplazaba mis ojos por aquella estantería, mi mirada se posó por casualidad en un tomo encuadernado en tapa dura coloreada de un azul oscuro. Si no hubiese sido por el color dorado brillante de las letras, hubiera sido otro más del montón. Lo saqué de su lugar y comprobé el título en la portada:

La tormenta

Tristan Panisse

Abrí las páginas y comprobé que era una edición en francés. Mi libro. Instintivamente, busqué el que se había publicado con mi nombre. No pude evitar sentir un escalofrío cuando lo encontré perfectamente colocado en el lugar que le correspondía. Abrí las páginas y comprobé que se trataba de la primera edición en español, lo que no tenía mucho sentido, puesto que se había publicado en Francia. La sensación de que Tatiana me conocía mejor de lo que yo imaginaba me hizo sentirme como en una jaula en su casa. Oí sus pasos aproximarse por el pasillo, cerré el volumen y lo dejé en su sitio, justo antes de que abriera la puerta.

—Disculpe el retraso —dijo enfundándose unos guantes blancos.

—No importa.

Se adentró unos pasos en la habitación y se asomó a la ventana.

—Parece que hace buen día.

—Buen calor, diría yo.

Se volvió hacia mí y me sonrió con la dulzura que desprenden las damas que no han pasado necesidades en la vida.

—Creo que lo que voy a mostrarle le gustará.

La miré inquieto. Se dirigió a la puerta y la seguí. Caminamos sin cruzar palabra durante todo el trayecto. No le pregunté adónde nos dirigíamos ni me detuve a examinar el camino que seguíamos. En mi mente tan solo tenía los dos ejemplares de mis novelas, que creía que solo se publicaban en Francia. Además estaban también en francés. La miraba de reojo y me preguntaba cómo podía tener esos libros. Llegados al número veintidós del paseo de Sagasta, me dijo que habíamos llegado. Una enorme casa de tres plantas y jardín trasero estaba sumergida entre dos grandes bloques de viviendas. Parecía no encajar en aquel lugar, en aquella calle que yo no recordaba haber pisado nunca y que estaba plagada de escaparates de reconocidos establecimientos, como Tatiana me dijo, de los que yo nunca había oído hablar.

—¿Qué sitio es este? —pregunté mirando más detenidamente.

Había unas enormes manchas oscuras que salían de las ventanas tapiadas con maderas y de la puerta, que parecían querer atrapar el cielo. Estaba quemada.

—¿Dónde estamos? —pregunté de nuevo.

—En la que fue mi casa. Estoy segura de que te gustará verla.

Sacó una llave maestra del bolsillo y me la tendió.

—Le concedo el honor.

La tomé como si tuviera un tesoro entre mis manos.

—¿No será peligroso?

—No. No hay peligro, los cimientos son sólidos. El arquitecto dijo que se podría vivir en ella si se habilitara, pero no he querido hacerme cargo de eso.

Introduje la llave en la cerradura y la hice girar suavemente. Después de varios intentos, la puerta cedió. La abrí lentamente, temiendo que los recuerdos encerrados entre las paredes de aquel lugar se escaparan. En el suelo se dibujó una estrecha línea de luz que llegaba de la calle. Del techo pendía una lámpara que parecía estar a punto de caer y hacer temblar toda la casa. Todo, el suelo, las paredes y el techo estaban ennegrecidos por el humo. Tatiana se introdujo en la oscuridad de la casa y me dejó en el umbral de la

puerta. Oí unos ruidos y a continuación vi una cerilla encenderse en su mano y alcanzar el interior de un quinqué de aceite sobre un mueble bajo clavado en la pared y carcomido. Tatiana se volvió hacia mí.

—Muy buen invento la electricidad, pero el aceite no se funde. Vamos.

Me acerqué a ella sintiendo la madera crujir bajo mis pies. Parecía que no era bien recibido. Se volvió y caminó lentamente hasta que la llama mostró unas escaleras.

—Aquí fue donde encontré a mi madre hecha un ovillo y a mi padre mirándola desde lo alto.

Eché un vistazo a la habitación sin puertas que quedaba a mano izquierda, lo que debió de ser un lujoso salón.

Subimos las escaleras oscurecidas llenas de los restos de cristal y madera que un día habían albergado las fotografías de la familia Cristo. Cuando llegamos a la primera planta, se podían ver pequeñas líneas de luz que atravesaban las maderas que tapaban las ventanas. Nos acercamos hasta el fondo del pasillo y, arrancando las improvisadas contraventanas, la luz de la calle mostró más paredes y puertas negras. Tatiana dejó el quinqué en el suelo y se dirigió a una de las puertas.

—Este era mi dormitorio.

Introdujo la llave. Las ventanas de aquella habitación también estaban cubiertas. Arranqué la madera y se iluminó una habitación mucho más limpia que lo que habíamos visto hasta ahora. Tatiana sonreía y repasaba lentamente el dormitorio. Se acercó al armario y abrió sus puertas para mostrar los restos de una acomodada vida que ahora parecía alejarse cada día más. Vestidos con agujeros de polillas colgaban de las perchas. Cerró las puertas y se sentó en la cama. Me senté a su lado y esperé a que sintiese las fuerzas que le hacían falta para seguir contándome su historia. Vi como cerraba los ojos e intentaba buscar buenos recuerdos de aquel lugar. No sé si llegó a encontrarlos. Después de un largo rato, con mirada nostálgica, se decidió a proseguir su relato.

—Enrique Cristo había decidido que si iba a tener una hija bastarda en su familia, nadie debía enterarse, aunque él nunca podría ignorarlo. Organizó un bautizo e invitó a todo el mundo que conocía a la ceremonia de presentación oficial de su hija. Cuando Adriana contaba con poco más de un año, hablaba perfectamente y sin trabarse. Y cuando cumplió cuatro años pasaba horas encerrada en la biblioteca. Su padre apenas mantenía conversación con ella, a diferencia de las palabras que desparramaba, especialmente con Selene. Tal

vez por el hecho de que Selene fue la segunda hija de la familia, y, por lo tanto, la primera sana, a pesar de no ser varón, siempre mostró una clara preferencia por ella. También mostraba cariño hacia Tatiana, pero en mucha menor medida. Y, respecto a Adriana, no hacía falta decir que la trataba como a una hija de puertas hacia fuera, pero dentro de la casa no era más que algo insignificante, algo que había caído en la vida de Enrique como una maldición.

»Con el tiempo, Adriana destacó en todo lo que se le ponía por delante, en las clases, en los idiomas y en algo que a ningún miembro de la familia se le había dado nunca bien: la música. Pasaba horas en la habitación principal tocando el piano. Pero aquel capricho no podía durar mucho para Adriana. Cuando su padre se cansó de escucharla, ordenó que tirasen el piano.

»Por lo que Tatiana pudo ver, Selene no soportaba la idea de que su hermana pequeña fuese mejor que ella en algo, aunque sabía que Adriana era mejor que ella en todo cuanto hacía. Fue ella quien le pidió a Enrique que se deshiciera del piano. La envidiaba y odiaba en secreto. Deseaba que perdiese su talento y que fuera a parar a ella, a sus manos. Realizaba extraños rituales con la ayuda de su pequeña amiga. Dejaba gatos o palomas muertas bajo su cama. Adriana no se daba cuenta hasta que el olor no la dejaba dormir y descubría un desagradable regalo bajo la cama. Durante años repetía cuanto su amiga le decía, sin resultado alguno, hasta que un día le pidió ver a Adriana muerta. La niña le contó a su madre lo que Selene le pedía. Le dijo que no volviera a jugar con ella ni a enseñarle nada. «La magia negra es para gente que la sabe manejar a la perfección, y no para dos niñas.»

»A pesar de esto, Selene sabía que ella tenía algo que Adriana nunca podría sentir ni conocer: el cariño de un padre. Pero a Adriana todo aquello no parecía importarle demasiado. Además de ser amiga de su hermana Tatiana, había conocido a la hija de otra criada. Tatiana creía que su hermana la quería tanto como ella misma adoraba a Adriana, pero con el tiempo descubrió que eso no podía estar más lejos de la realidad. Tatiana intentaba mostrarle el cariño de una madre que estaba cada vez más ausente, para así intentar paliar los desprecios de su padre. Pero a Adriana eso no le importaba en absoluto. Poco a poco había comenzado a tejer su propia vida fuera de las paredes de la casa, aprovechando que ya nada importaba a su madre y que su padre nunca la quiso.

»La hija de la criada, que se llamaba Carolina, comenzó a servir en la casa de niña. Tiempo después, la unía una fuerte amistad con Adriana. Cada minuto que podían estaban juntas.

»Enrique Cristo organizaba fiestas cada aniversario de boda y cada cumpleaños de sus hijas, a excepción de Eva, incluido el de Adriana. Por supuesto, él mismo se encargaba de hacer llegar las invitaciones a los socios y amistades para que vieran el esplendor que había supuesto para los Cristo y los Montenegro el enlace. Cuando llegaba tal ocasión, Adriana no dudaba en prestarle uno de sus vestidos a Carolina y hacerla pasar por la sobrina de alguna familia invitada. Enrique Cristo, por su parte, aprovechaba aquellas celebraciones para sacar partido a algún negocio. Y ahora el tesoro máspreciado para él, y codiciado por los jóvenes herederos de las acaudaladas familias invitadas, eran sus propias hijas. Observaba como los jóvenes se acercaban a sus hijas. Podía ver como Tatiana y Selene cedían a la invitación de un baile mientras Adriana ni siquiera los miraba a la cara. Y era precisamente a Adriana a quien antes quería hacer desaparecer de su vida, a pesar de ser la menor. Mientras Tatiana y Selene dejaban que su padre eligiera a los pretendientes, Adriana parecía no encontrar nada en los que su padre le enviaba para que le dieran conversación.

»—Todos son unos estúpidos —pensaba.

»Enrique Cristo, sin ver explicación alguna en ello, y bajo la mirada desagradecida del patriarca con el que había pactado, pensó que no podía ser más que por culpa de alguna afectación de la mente; tal vez, por la caída de su madre cuando estaba embarazada de ella. No habían sido escasas las ocasiones que había aprovechado para que conociera a jóvenes y así poder sacarla de casa, pero ella los ignoraba. De las cuatro hijas que tenía, parecía que solo dos eran aprovechables. Pero Cristo no desistió, y siguió intentando cuanto estaba en su mano para deshacerse de Adriana.

»Aunque Adriana no fuera su hija, mi padre nunca debió tratarla como lo hizo, nadie se lo merece.

—¿Qué ocurrió después? ¿Encontró a alguien para Adriana?

Negó.

—Nunca lo consiguió. Tal vez si mi hermana hubiese vivido más tiempo... —dijo con voz débil.

—¿Qué más puede contarme para descubrir lo que le ocurrió?

—No sé si lo recuerdo bien.

—¿Qué? —pregunté suavemente.

—Lo que Selene me contó, tiempo después de que ella muriese. Me dijo que ella había tenido la culpa, que desde que era niña había lanzado extraños conjuros sobre Adriana para hacerla desgraciada y que al final lo que

consiguió fue llevarla a la tumba; que en alguna ocasión lo pensó, pero que en realidad no quería hacerlo.

—¿Solo eso? No creo que se mate a nadie por una serie de hechizos o como los quiera llamar.

—Y dudo que ella lo creyese. Pero le contó a mi padre algo que había visto. Y me dijo que si ella hubiese guardado silencio, aquella noche no habría muerto.

—¿Qué le contó? ¿Qué vio?

—Vio algo que pensó que alegraría a mi padre, pero, al contrario de lo que ella creía, reaccionó de otro modo. Justo al contrario.

Se oyó el chirriar de la puerta principal.

—¿Hay alguien más que tenga la llave de este lugar?

—Sí, no se preocupe. Es el administrador de la finca. Están intentando vender la casa y, como nadie se atreve a enseñarla por miedo a que se derrumbe, él mismo lo hace.

Salimos de la habitación y me apresuré a coger el quinqué que habíamos dejado al pie de la ventana. Bajamos las escaleras y nos encontramos en la planta principal al administrador, solo.

—¿No enseña hoy la casa?

—No, al parecer no hay nadie interesado en ella. Mucho me temo que va a acabar derruida para dar paso a los avances de la época. Si la vendiera a una constructora, le darían mucho dinero.

—No, quiero que siga en pie.

—¿Es él un posible comprador? —preguntó mirándome.

—No, es un amigo de la familia. Si no ha venido a enseñar la casa, ¿para qué ha venido?

—A echar un vistazo, para asegurarme de que todo sigue en orden.

—Ya, claro. Pues me alegro de haberle ahorrado el trabajo. Yo misma me he asegurado, con la ayuda del señor Campos.

Asintió levemente. Tras decir que, si el trabajo estaba hecho, él ya no hacía nada allí, se marchó.

—Viene a robar —explicó Tatiana—. Lo poco que queda, viene y se lo lleva.

—¿Por qué no cambia de administrador?

—¿Para qué? ¿Para que sea otro el que se lleve mis recuerdos?

—Entonces lléveselos a su casa.

—No, es aquí donde tienen que estar los objetos. Llámeme melancólica o lo que guste.

—No soy yo quién para juzgarla.

Sonrió.

—Me cae usted bien.

Sacó la llave del bolsillo y me la tendió.

—Tal vez quiera regresar aquí para averiguar algo de mi hermana. Ya busqué por todos los sitios que se me ocurrieron cuando murió, pero quizá a usted le sirva de algo más que a mí.

Miré la llave brillando en mi mano.

—Gracias.

La acompañé hasta su casa y me despedí de ella prometiendo que regresaría a verla para que me contara lo que faltaba de la historia. Con la llave en el bolsillo, me dirigí a mi casa, a avanzar otro puñado de páginas, pero antes decidí pasar por el restaurante de Emilio. Hacía demasiadas semanas que no iba a verlos. Puso rumbo a la avenida de Madrid, pensando que debía preguntarle a Arthur si mi libro o el de Tristan se comercializaban en España. Llegué a la puerta del bar y me la encontré cerrada. No recordaba haber visto cerrado el bar en ninguna ocasión. Subí las escaleras hasta el piso de Emilio. Cuando llamé a la puerta se abrió. Me encontré a Emilio en la salita de estar, sentado en el sofá, mirando a ninguna parte. Lo llamé. Lentamente, pareció que mi voz llegaba hasta él.

—Miguel —dijo.

—¿Qué ocurre?

Arrugó su rostro y no pudo evitar llorar mientras se tapaba la cara para que yo no lo viese.

—Es Susana. Mi Susana. Se va a ir y me voy a quedar solo. No quiero. No quiero que se marche.

Sentí un cuchillo en mi estómago.

—¿Qué le ocurre a Susana? ¿Dónde está?

—En la cama.

Se sumió en la tristeza.

—El médico dice que no se puede hacer nada por ella —añadió con lágrimas amargas, cubriéndose la cara con las manos.

Lo dejé en el sofá y fui hasta la que creí era su habitación. Llamé suavemente con los nudillos sin obtener respuesta. Hice girar el pomo. Con solo diez centímetros de apertura olía a enfermedad y medicinas.

—¿Emilio?

—Soy Miguel.

Entré mostrando una sonrisa que ocultase el miedo que me recorría las venas. Me senté a su lado y apreté su mano. Sonreía.

—Me alegro de verte, Susana.

—Y yo. A veces creo que eres mi hijo, mi niño.

—Si te sirve de alivio, creo que eres mi madre, la de verdad.

Contemplé su débil cuerpo sobre la cama, esperando una muerte que no podía andar muy lejos de esa habitación.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, cosas de la vida, que a todos se nos acaba. ¿Sabes? Por extraño que parezca, llevo días recordando todos los años de mi vida y, quitando la maldita guerra, he tenido una buena vida. He tenido a Emilio, y a ti. No te preocupes por mí, Miguel. Es ley de vida, y mi cuerpo está cansado.

—Nunca he conocido a nadie tan optimista como tú, capaz de ver el lado bueno de todo.

—El que me preocupa es Emilio. Él tiene cuerda para rato, pero no quiero que esté triste por mí. Recuerdo que mi madre murió de pena cuando mi padre se marchó.

—¿Se puede morir de pena?

—Ya lo creo que se puede. Es más, estoy segura de que es la causa de muerte más común entre los enamorados.

Al oír esas palabras, la sonrisa que estaba forzando para ella se desvaneció.

—Ella me pregunta por ti, Miguel.

—¿Quién?

—Ya lo sabes, Adelaida. Viene a vernos. Cada vez que lo hace, me pregunta por ti.

—¿Para qué? —inquirí sin poder definir ciertamente mi tono de voz.

—Yo preguntaría por qué. Me contó que fuiste a verla, pero que ella no puede corresponderte, que tú quieres algo que ella ya le ha confiado a su marido hasta que la muerte los separe.

Hundí la mirada, intentando encontrar un agujero en el suelo por el que desaparecer.

—Miguel, esa chica te quiere. Aunque no pueda decírtelo, te quiere. Y creo que tú también lo sabes.

—Lo que sé es que me envió una carta diciéndome que me olvidase de ella.

—¿Y qué esperabas? Está aterrada con ese marido suyo. Cuando no la obedece le pega.

—Lo sé, vi sus marcas. Le dije que quería marcharme de aquí con ella, que viniera conmigo, pero se negó.

—El miedo puede cerrar muchas puertas, y Adelaida lo ha pasado mal, ha tenido una vida dura. Huérfana desde que nació, prácticamente, y cuando su abuelo murió, se quedó completamente sola. Está cansada. Y ya sabes lo que dicen: «Más vale malo conocido...».

—Ese dicho es una estupidez.

—Lo sé, pero ella no. Y, como te he dicho, está cansada de todo de lo que se puede estar cansado... Bueno, cambiando de tema, ¿cómo van tus libros?

—Bien, van bien.

—Espero que me dediques alguno.

—¿Alguno? Todos, Susana, todos son para ti, y para Emilio, y para mi padre.

—Y para ella.

—Sí —dije hundiendo la voz de nuevo—, también.

Me despedí de Susana pensando que tal vez no volvería a verla y le dije a Emilio que viniera a buscarme si necesitaba cualquier cosa. Subí las escaleras hasta el cuarto piso de mi edificio y cerré la puerta con llave. Me apoyé en ella y contemplé una vez más el gramófono a un lado de la habitación. Tomé uno de los discos, un cuento infantil que tantas veces había escuchado de niño al lado de mi padre y de Adelaida, coloqué la aguja sobre él y comenzó el relato. Me tumbé en el sofá con Astaroth sobre mi pecho, escuchando el sonido, y, sin darme cuenta, algo me oprimió el pecho y me eché a llorar como un niño. Poco a poco me calmé y me quedé dormido. Cuando me desperté había comenzado a anochecer. Entré en la cocina y cogí un trozo de pan. Le puse algo de queso encima y, junto con un cigarrillo, se convirtió en mi cena. Llamé a Astaroth, que era el único amigo que me quedaba, y con él sobre mis rodillas introduje una nueva hoja en el tambor y comencé a transcribir los nuevos datos que tenía.

Dos horas, una cafetera y cinco cigarrillos más tarde, alguien llamó a la puerta. Sin intención de abrir, continué escribiendo. Los nudillos golpeaban la puerta y mis dedos las teclas. Entonces recordé que le había dicho a Emilio que si necesitaba cualquier cosa me avisase. De un brinco me puse en pie y bajé las escaleras. Abrí la puerta cuando ya se marchaba.

—Si no quiere abrir la puerta, al menos no haga ruido con la máquina de escribir.

—Lo siento, Arthur. Adelante.

A su paso pude notar el olor a aguardiente que lo acompañaba. Por suerte, aterrizó en el sofá en lugar de en el suelo.

—En realidad solo he venido para saber cómo va el libro —dijo balbuceante.

—Se lo he dicho esta mañana —dije sentándome a su lado.

—Ya lo sé, pero me gustaría leerlo.

—En realidad, no tengo aquí las páginas, se las he prestado a alguien. Cuando el texto esté completo, se lo daré, pero no es para que se publique.

—¿Por qué tanto miedo a que se publique?

—Porque esa historia se la he robado a sus protagonistas, y tan solo lo he hecho para y por alguien, no para lucrarme. Si quiere, puedo escribir otra novela mientras hago esta, si lo que le preocupa es que me entretenga.

—No se trata de eso, Miguel. Me gusta la historia, me parece interesante, y podría transformarse en una magnífica novela.

Se puso en pie y llegó hasta la cocina, donde no le costó encontrar una botella de clarete mediada. Tomó dos vasos y regresó. Se sentó de nuevo y llenó los vasos hasta el borde.

—Brindemos —dijo levantando el vaso mientras se derramaba la mitad del contenido encima.

—No sé si es buena idea que beba más esta noche.

—Bah, usted qué sabrá para decirme tal cosa.

Se lo bebió de un trago y dejó el vaso sobre la mesa de golpe.

—No quería resultar maleducado.

—No importa.

Tomó mi vaso intacto y se lo bebió.

Su respiración era dura y profunda. Me dedicó una leve mirada y cogió la botella.

—¿Sabe? En ocasiones es esto lo único bueno que veo en el mundo — dijo sosteniendo la botella en alto para a continuación llevársela a la boca—. El alcohol consigue llevarte lejos de donde estás, te eleva como si te montases en una nube y te subiera al cielo. ¿Sabe? —repitió—, yo antes no era así. Antes llevaba una vida normal y corriente, tan normal y corriente como la suya. Pero un día, sin más ni más, desapareció. Todo desapareció. De un plumazo, todo se derrumbó. Nacer es lo peor que le puede ocurrir a alguien. Se podría decir que es la primera de las enfermedades que hay que aguantar.

—Eso lo dice porque está demasiado borracho. Mañana lo verá todo de otro modo.

—¿Usted no ha escuchado nunca eso que dicen de que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad?

—Sí, lo he escuchado demasiadas veces.

—Pues eso. Y lo único que he conseguido emborrachándome ha sido encontrar por ahí a una mujer igual de solitaria que yo y convertirla en la mujer con la que quiero estar. En otras palabras, lo único que he conseguido es engañarme a mí mismo.

—Ya somos dos. Vale, pues entonces tal vez sea este el momento de decirme el porqué de su interés en esta historia.

—Creo que se lo he dicho muchas veces: puede ser una gran novela, y comercial. ¡Dinero!, esa cosa sobrevalorada por la mayoría, lo que la hace imprescindible. No tenga prisa en acabarlo, no meta prisa a algo tan infinito e inagotable como el tiempo.

—El tiempo se agota. Para cada uno, y a su ritmo.

—Sí, pero no para ciertas cosas como la literatura. Un libro, una historia, puede hacerse inmortal. No lo olvide. Y respecto a lo que ha dicho de que mañana verá todo de otro modo, siento llevarle la contraria, pero este es el pan mío de cada día. Y ni siquiera tengo el valor suficiente para acabar con todo. —Meditó un segundo, antes de continuar desahogándose—. ¿Por qué me lo quitaron? ¿Por qué me arrebataron todo?

—A todos nos quitan algo.

Se quedó en silencio. Quise pensar que estaba reflexionando en lo que acababa de decirle, para así ser capaz de encontrar un pequeño consuelo en el

fondo de todo.

—Me marcho.

—No creo que llegue a ninguna parte tal como está ahora mismo. Será mejor que duerma aquí.

—De eso nada —dijo levantándose para volver a caer al sofá—. Bueno, pensándolo mejor, tal vez tenga razón.

Lo ayudé a tumbarse y le indiqué dónde estaba el baño por si sentía necesidad de ir, aunque dudaba de que pudiera llegar a tiempo.

—Gracias, Miguel. Creo que Bruno está cansado de verme llegar así a su casa y de que logre este estado saqueando su bodega.

—No me las dé —pedí.

—No crea que usted y yo somos tan diferentes.

—Oiga, Arthur. Mis libros, el que lleva mi nombre y el que está firmado por Tristan, ¿sabe si se comercializan también aquí?

—Sabe que no. Todavía tengo yo aquí los papeles de la editorial en los que da su permiso para que se traduzca.

Asentí.

—¿Ocurre algo?

—No, no es nada, una tontería, en realidad.

—Si tiene algún problema...

—Lo sé, lo sé. Gracias, Arthur.

—No se merecen.

Lo dejé hablando solo, mientras el alcohol terminaba de anestesiar su cabeza y lo llevaba a un sueño profundo. Subí las escaleras y me encerré en el estudio.

A la mañana siguiente me desperté antes que Kleim y me dirigí a la tienda de comestibles que habían abierto en el paseo María Agustín. Compré un cuarto de kilo de café y pan recién horneado. Cuando llegué a casa, Arthur se había encerrado en el baño y oí como corría el agua. Me metí en la cocina, encendí el hornillo y coloqué la cafetera encima. Corté unas rodajas de pan. La puerta del baño se abrió. Sentí la presencia de Kleim tras de mí, en el umbral de la cocina.

—Buenos días —dije.

—Siento el espectáculo.

—Todos tenemos malos días.

Le serví una taza de café solo con azúcar y coloqué sobre las rodajas de pan carne de membrillo. Si algo había aprendido de mis resacas era que ese

desayuno sienta de miedo. Nos sentamos alrededor de la mesa y apenas mediamos palabra. En un par de ocasiones estuve a punto de invitarle a ir a casa de los Cristo, pero algo me decía que no era buena idea. Tal vez otro día. Me preguntó de nuevo si le permitía leer la novela y le volví a repetir que no estaba en mis manos, que en el instante en que me fuera devuelta se la entregaría. Disfruté de su sincera compañía. Hablamos de cosas medianamente importantes y de otras de las que hablas con alguien en la cola del pan. Resultó ser un hombre agradable, con el peso del alma en los ojos y en la mente acompañándolo siempre, sin dejarle seguir adelante, como le gustaría a cualquiera. Tal vez él mismo hubiese elegido esa penitencia por algún motivo que se me escapaba de la vista y del resto de los sentidos. Estaba parado, eternamente, en algún momento de su pasado. Dándome las gracias de nuevo, salió del piso. Me asomé a la ventana y lo vi alejarse por el paseo.

Estuve cuatro días viviendo en el estudio y durmiendo sobre la silla. Cerraba las persianas en las horas de luz para que el sol no me molestase y escribía con velas. Oía llegar a Catalina y marcharse unas horas después. Había decidido por su cuenta que si yo iba a ser un vampiro, al menos comería bien, y me dejaba preparado algún guiso con carne, verduras o patatas. Cuando se marchaba, llenaba un plato, lo subía al estudio y me lo comía mientras escribía. De esta forma conseguí tener mi mente ocupada durante cuatro días con Adriana y olvidarme hasta cierto punto de Adelaida y de mis libros en casa de Tatiana.

En las páginas había regresado a la antigua casa de los Cristo para revivir la vida de aquella familia. Había recorrido las habitaciones y me las había imaginado en su máximo esplendor, con cristales transparentes, suelos enmoquetados y paredes perfectamente pintadas y adornadas con cuadros y retratos de la familia. Quise ignorar los pinchazos en la nuca y los dolores de cabeza que acudían a mí cada atardecer, después de llevar horas escribiendo una historia que le pertenecía a Adelaida. En los momentos en que no escribía, es decir, cuando iba al baño o cuando me recostaba en la silla para intentar conciliar un sueño que tardaba en llegar, pensé en salir corriendo y arrastrar a Adelaida conmigo, marcharnos de allí sin dejar rastro y conseguir que cuantos se debían olvidar de nosotros lo hicieran. Pero algo me detenía cada vez que ese pensamiento me abordaba. Me había convertido en un ermitaño y en un cobarde.

Una tarde, a las cinco en punto, alguien llamó a mi puerta. Dudé unos segundos en abrir. Al final, apartando a Astaroth, me levanté y bajé sin ganas. Ante mí apareció una cara vagamente familiar que acabó presentándose como el chófer de Hugo Montoya.

—¿Es usted Miguel Montoya?

—Campos, no Montoya.

—El señor Montoya me dijo que seguramente diría eso. Me envía para que le dé un mensaje. Le cita a usted dentro de tres días en su casa, a las doce de la mañana.

—¿Para qué?

—No lo sé, señor Campos.

—Pues dígale al grandioso Hugo Montoya que el invisible Miguel Campos no irá a la cita.

—También me dijo que diría eso, bueno, algo parecido: el señor no utilizó la palabra «grandioso».

Se marchó de allí y cerré la puerta dando un golpe. ¿Qué querría ahora el asesino de mi padre? Con suerte, tendría ganas de quitarme a mí también de en medio y por una vez mi mente descansaría. Estuve dos días debatiéndome entre si debía ir o no. Cuando me decidía a ir, cambiaba de idea dos minutos después, y cuando me decidía a no ir, me ocurría exactamente lo mismo. Al fin, al tercer día salí de casa dispuesto a enfrentarme a lo que Hugo me echase encima y me dirigí a su casa, no sin antes calibrar qué atizador de fuego me quedaría más cerca si se abalanzaba sobre mí.

Encontré la verja abierta y la puerta principal entornada. El viento sopló leve y levantó unas cuantas hojas del suelo descuidado y de césped amarillento. Parecía que no había un alma. Llamé a Hugo varias veces mientras me adentraba en la casa. Cuando llegué al pie de las escaleras, oí una débil voz que me decía que subiera. No sabía si la había oído realmente o solo la había imaginado. Ascendí mientras miraba las viejas fotografías que poblaban la pared de la escalera. Reparé en una en la que se veía a mi madre y a Hugo el día de su boda. Continué subiendo. Cuando llegué a la planta de arriba, oí de nuevo la voz que venía de una habitación con la puerta a medio abrir. Entré y vi a un Hugo de color enfermizo tumbado en la cama, con su madre al lado cogiéndole la mano.

—Madre, déjenos solos.

Pasó a mi lado y me dijo que se alegraba de verme. Respondí que lo dudaba. Cerró la puerta y nos quedamos solos. Todo el esplendor de Hugo Montoya había desaparecido con su salud.

—Pensé que no vendrías —dijo débilmente.

—Yo también.

—Acércate.

Obedecí con pasos lentos y pesados y ocupé la silla de Úrsula. Sentí como le costaba respirar.

—No pretendo que me perdones, Miguel.

—Solo faltaría eso —corté—. ¿Qué es lo que quieres?

—Hacerte mi heredero.

No pude evitar reírme.

—¿No puedes con tus deudas y me las pasas a mí?

—No. Puedes preguntárselo al abogado. Le pedí que preparase un informe para ti, de la fábrica, de las ganancias, y un testamento. Te lo dejo todo.

—No lo quiero.

—Pues dónalo o haz lo que te venga en gana con ello. Todo es tuyo. A mi muerte, claro.

—¿Por qué?

—Por tu madre. Nunca me perdonó que te echara de aquí.

—Claro, y, ahora que tienes un pie en la tumba, quieres hacer eso para librarte de culpa y así entrar en el cielo y que san Pedro te abra las puertas mientras te reciben un montón de vírgenes que llevan años esperándote. ¿A que sí?

—Siempre me ha gustado el sarcasmo. A propósito, la única persona con la que quiero encontrarme en el cielo es con tu madre.

—A mí también se me da bien. Cada día mejor —dije ignorando el último comentario.

—Abre el cajón de la mesilla.

Alargué la mano con desgana e hice lo que me pedía. Saqué unos papeles y dirigí la mirada a Hugo.

—Ese es mi testamento con mi firma y el sello del bufete, y el informe de la empresa. He dado orden a mi equipo de abogados para que a mi muerte envíen un representante para decirte que ya es todo tuyo.

—Eres venenoso hasta para morirme —dije.

—Puedes desahogarte si quieres. No voy a defenderme ni a decirte que te calles.

—Entonces no tiene gracia.

Me pareció ver que gesticulaba una sonrisa, justo antes de que comenzara a toser.

Me levanté para marcharme y me dirigí a la puerta. Oí su voz ajada una vez más.

—Si te sirve de consuelo, no lo hago por ti, sino por lo que tu madre fue para mí.

—Vete a la mierda, y púdrete a gusto.

Cerré la puerta de golpe, bajé las escaleras y pude ver que Úrsula esperaba al pie.

—Todavía no alcanzo a entender como mi hijo escogió a tu madre.

—Ni yo alcanzo a entender como puede seguir viva, ¿es pariente de Matusalén?

La dejé con la palabra en la boca, deseando que le diese un infarto. Salí de allí con los papeles bajo el brazo. Puse rumbo a mi casa, lancé los papeles sobre la mesa y salí de nuevo a la calle para hacer otra visita a Tatiana. Ya en el umbral de la puerta del edificio, decidí llevar conmigo las cartas que Adelaida había robado del cementerio. Las metí en el bolsillo del pantalón, dentro de un sobre, y llegué hasta el número veintiocho de Independencia.

Tatiana me abrió la puerta y me indicó que pasase.

—No se preocupe, hoy no hay salida.

—Si es tan interesante como la del otro día, me apuntaría sin dudarlo.

—¿Ha visitado la casa?

—No.

—Debería hacerlo. Creo que le sería de ayuda visitar el dormitorio de Adriana, tal vez encontrase allí algo.

—Es posible, pero de momento me interesa más lo que usted pueda contarme.

Nos acomodamos en la butaca y el sofá. Eché un vistazo a los libros, a mis libros. Con bendita elegancia, trajo una bandeja con café recién hecho y unos bollitos de leche.

—La semana pasada se quedó en su hermana Selene —apunté.

—Nunca conocí muy bien a Selene. Y lo poco que lo hice, no me gustó.

»Selene era, de las hermanas, la única a la que Enrique demostraba cariño verdadero de padre, y ese amor era correspondido. Cuando Enrique le pedía alguna cosa, ella corría a hacerlo o a conseguirlo. También sabía que Adriana no era hermana suya, pero, a pesar de las ganas que tenía de gritarlo a los cuatro vientos, sabía que no podía hacerlo: humillaría a su familia y, sobre todo, a su padre. La envidia que tenía a su hermana menor cada vez se hacía más grande dentro de ella, y hubo un momento en su vida en el que llegó a obsesionarse de tal manera que entraba en su cuarto cuando ella no estaba presente para registrar sus pertenencias, a fin de encontrar algo que enfadara a su padre verdaderamente y descargase su furia contra ella. Con suerte, le daría en mal lugar. Pero, por mucho que se empeñase, nunca hallaba nada. En ocasiones le contaba a Tatiana lo mucho que la detestaba.

»La noche en que Adriana murió, Selene estaba encerrada en su dormitorio, mientras que Tatiana, escondida en la sombra de la escalera, pudo ver como su padre entraba como una fiera en el cuarto de Adriana y le gritaba algo. Carolina estaba con ella. Tatiana vio como dejaba a su hija en el suelo mientras Carolina corría a su lado, justo antes de que cerrase la puerta con

llave y ella subiera a refugiarse de nuevo en la habitación del último piso. Con las horas y los ruidos calmados, se quedó dormida.

»A la mañana siguiente, los cálidos rayos del sol eligieron sus ojos para posarse y la luz la despertó. Abrió la puerta lentamente y descendió por las escaleras. Se dirigió a la puerta de su dormitorio y comprobó que ya no tenía echada la llave. Entonces decidió ir a ver a Adriana para que le contase lo que había sucedido. Llamó con el puño suavemente y pronunció su nombre, sin obtener respuesta. Giró el pomo y entró. Se encontró que el dormitorio tenía las persianas bajadas y las cortinas corridas. Se acercó a una de ellas y poco a poco alzó la persiana. Descorrió la cortina y lo que se encontró fue una cama desnuda y desierta. Posó sus manos sobre el colchón. Estaba frío. Adriana no había dormido allí. Fue entonces cuando vio unas manchas oscuras en el suelo, a un lado de la cama, y lo que parecían arañazos en la madera rasgada. Se apresuró a dejar la ventana como la había encontrado y salió de allí. Fue a su dormitorio y se metió en la cama temblando.

»A las nueve en punto, la doncella llamó a la puerta y le dijo que el desayuno estaba listo, como cada mañana. Cuando la doncella desapareció, salió de la cama y se cambió de vestido. Se lavó la cara con las manos temblorosas y salió de su dormitorio sin poder evitar echar un vistazo al dormitorio de Adriana. Pensó que quizá ahora estuviese en la cama. Cuando giró el pomo lo encontró atrancado. Bajó las escaleras y se dirigió al salón comedor, donde la esperaban para el desayuno sus padres y Selene. Se sentó a la mesa.

»Enrique leía el periódico como cualquier otra mañana. Su madre tenía la mirada hundida en su plato y Selene, que normalmente continuaba dormida hasta dos horas después de haber salido de la cama, parecía intranquila. Lanzaba miradas esquivas a su padre y a Tatiana. Finalmente, esta preguntó por Adriana. Enrique levantó la vista y, dejando el periódico a un lado, le dijo que había tenido un accidente, que se la habían llevado al hospital y que pronto estaría en casa. Tanto Selene como Tatiana sabían que era mentira. Tras el desayuno, Tatiana regresó a su dormitorio y se escondió, sentándose en el hueco que quedaba entre su armario y la pared. Estaba aterrada. Apenas habían pasado unos minutos cuando alguien llamó a su puerta. Sin esperar respuesta, Selene entró. Tenía la cara hinchada y parecía haber estado llorando. Se sentó sobre la cama y miró a su hermana.

»—Creo que yo tengo la culpa —dijo temblando.

»Tatiana levantó la vista y la miró.

»—¿Qué le ha pasado a Adriana?

»Al oír su nombre, Selene se estremeció y comenzó a temblar. Encogió sus piernas sobre la cama.

»—¿No la escuchaste gritar?

»—No estaba en mi dormitorio.

»Selene respiraba aceleradamente mientras intentaba articular palabra.

»—La encerró en su habitación. Después se marchó. Una hora después regresó con alguien. Se oyeron varios pasos en el pasillo. Madre gritó que parase, pero no le hizo caso. Creo que la tiró al suelo y la llevó a su dormitorio, encerrándola para que no molestase. Después oí sus pasos de nuevo y como abría una puerta. Adriana gritaba y gritaba, pedía ayuda. Volvió a cerrarse la puerta, pero los gritos no cesaron. Cogí mi cajita de música y le di cuerda para intentar no oírla.

»Tatiana veía como Selene se derrumbaba mientras las palabras salían de su boca.

»—¿Por qué has dicho que tú tienes la culpa?

»Selene se santiguó y, uniendo su manos, le pidió al cielo que la perdonase. Tatiana se abalanzó sobre ella y le exigió que le contase por qué decía que ella tenía la culpa.

»—Pensé que padre se alegraría. Siempre dice que no la quiere en casa, que no es su hija, que no es más que una bastarda que ensucia nuestro apellido. Nunca pensé que ocurriría esto, ni siquiera puedo entenderlo.

»Puso su rostro contra sus rodillas y lloró amargamente.

»—Me colé en la habitación de Adriana, no sé por qué. Buscaba algo entre sus cajones y su ropa, algo que hiciera enfadar a padre. Nunca la he querido como hermana, siempre destacando por encima de todo. Quería encontrar algo que le hiciese enfadar, pero no tuve suerte. Me tumbé sobre su cama pensando dónde más podía buscar cuando vi una sombra sobre el dosel. Me puse en pie y alargué la mano. Había un puñado de sobres unidos por un lazo. Los escondí en el bolsillo de mi vestido y me fui a mi dormitorio. Eran cartas de alguien que la quería, y de buena familia. Siempre estaban presentes en las celebraciones, las hiciéramos nosotros u otra familia. Estaban firmadas por S. Sandoval. Pensé que era mi oportunidad y la oportunidad de mi padre de quitarla de en medio y que desapareciera por fin. Cogí las cartas y se las llevé a padre. Cuando me preguntó qué era eso, le respondí triunfante que era la solución que estaba buscando. Tomó las cartas y leyó la primera. Se volvió loco. Me preguntó que dónde las había encontrado y le dije que sobre su

dosel. Comenzó a gritar que ninguna hija suya se casaría con un Sandoval. Empezó a gritar que su hija era una puta y una desagradecida. Después de haberla cuidado como si fuese suya, después de intentar encontrarle un marido decente, ella le pagaba así. Dijo que pagaría por ello. Me envió a mi dormitorio y me dijo que no le contase a nadie que había encontrado aquellas cartas. Mientras me dirigía hacia las escaleras me detuve y eché la vista atrás. Vi como colocaba las cartas en la chimenea, derramaba *whisky* por encima y arrojaba una cerilla.

»Selene tomó aire.

»—Le di las cartas ayer al mediodía, y por la noche... Yo he tenido la culpa, Tatiana. Adriana está muerta y es por mi culpa.

»Tatiana se puso en pie y dio un paso atrás.

»—Adriana no está muerta. No puede estarlo, Selene.

»—¡Está muerta! He visto como las criadas se llevaban esta mañana las sábanas ensangrentadas, y su sangre estaba por todo el suelo. Adriana está muerta, y es por mi culpa. Durante años he querido que desapareciera, y ahora que está muerta no quiero que lo esté.

»Selene lanzó gemidos de rabia y dolor. Tatiana la miraba apoyada en la pared y le ordenó que saliera de su dormitorio. Nadie volvió a preguntar por Adriana. Su padre no se dignó a dar explicación alguna de su ausencia.

»Tatiana no volvió a ver a Carolina prestando sus servicios en la casa.

»Tiempo después de lo ocurrido, Tatiana fue a visitar la casa de los Sandoval. Desconocía si Samuel sabía que su hermana estaba muerta y pensó en ir a averiguarlo y, en caso negativo, decírselo ella misma. Llamó y le abrió un hombre con el pelo cano y bigote abundante. Se apoyaba en un bastón.

»—¿Señor Sandoval?

»La examinó unos segundos.

»—Tú eres una de las Cristo, ¿verdad?

»—Sí, señor.

»—¡Márchate de aquí! No dejaré que tu familia vuelva a acercarse a la mía. La única que valía de toda la familia era Adriana, y ahora está muerta. Márchate de aquí y no regreses jamás.

»—Si me permitiera hablar un momento con Samuel, señor...

»—¡He dicho que te marches! Samuel está lejos de aquí, lejos de donde tu podrida familia pueda encontrarlo.

»Supongo que leería la noticia que se publicó en el periódico.

—¿Habló alguna vez con Samuel?

—Nunca lo vi. Tan solo lo conocía de las ceremonias y las fiestas que se celebraban. Nunca supe nada de él. ¿Sabe algo? —me preguntó Tatiana.

—Alguien de confianza me dijo que murió.

Su rostro se descompuso.

—Lo siento.

Tatiana intentó mostrar una sonrisa que no llegaba. Nos quedamos un rato en silencio hasta que volví a hablar.

—¿Dónde puedo encontrar al padre de Samuel? —pregunté—. Tal vez él sepa algo. O su madre.

—Su madre murió hace mucho tiempo. Y respecto a su padre, regresé a su casa en una ocasión, después de la guerra, y estaba desierta. No quedaba nada allí, tan solo un administrador interesado en vender la casa, que me dijo que Andrés Sandoval había muerto tiempo atrás. Una de las criadas había encontrado su cadáver tumbado en la cama.

Perdía de nuevo la esperanza de encontrar una respuesta.

—¿No me pregunta por la casa? La mía. ¿Por qué está quemada? —Ladeé la cabeza—. Una noche de 1938, en medio de la guerra, como puede ver, yo había salido a llevarle leche a una de las antiguas criadas. Había dado a luz a una niña, pero sus pechos no tenían leche. El único momento en el que se podía salir a la calle era de noche. Recuerdo el sonido de los disparos retumbando. Cuando llegué a su casa me abrió la hija de diez años. Su madre estaba esperando en la cama con el bebé en brazos.

»Estuve dándole de comer al menos durante una hora antes de regresar a mi casa. Se podía sentir el olor a quemado antes de doblar la esquina. Mi casa ardía con las llamas más rojas que he visto nunca. Yo ardía de rabia y dolor. Corrí hacia ella. La gente había llegado y estaba apagando las llamas como podía, con agua en cubos y palanganas.

»A las dos de la mañana el fuego se había extinguido. Me tocaba comprobar si mis padres y mis hermanas habían logrado salir. Las maderas quemadas y ennegrecidas todavía humeaban y el vapor caliente escocía en la piel y en los ojos. Alguien me dijo que no entrase allí, que se podía derrumbar, pero en ese momento lo único que quería era que si la casa se caía lo hiciera conmigo dentro. Me introduje despacio, oyendo los crujidos de la madera. Subí por las escaleras a oscuras. Cuando llegué a la primera planta, me dirigí a la puerta del dormitorio de Selene y comprobé que estaba cerrada. Recorrí la casa para inspeccionar el dormitorio de Eva y el de mis padres. Solo esas

tres habitaciones estaban cerradas con llave. Me metí en mi cama y esperé a que el edificio se derrumbase. Me quedé dormida esperando.

»Una suave voz me llamó y pensé que era Adriana, que había venido a buscarme y llevarme a su lado. Nada más lejos de la realidad. Carolina estaba sentada a mi lado, y era su voz la que me despertaba. Ella guardaba una llave maestra de la casa, y con ella abrimos las habitaciones. Alguien había entrado en la casa, los había encerrado y le había prendido fuego. Quien entró en la casa tenía claros sus objetivos. Lo que no creo que llegue nunca a saber es si, en el caso de haber estado yo en la casa, también la habrían quemado.

»Tras comprobar que ningún miembro de mi familia seguía vivo, le pregunté a Carolina dónde vivía. Me dijo que en ninguna parte. Por suerte, mi padre nos había comprado un piso a Selene y a mí hacía mucho tiempo, antes de la guerra, para cuando nos casáramos. Así que le dije que, si quería, podía ser mi ayudante. Nos refugiamos en este piso. Tras la guerra, alguien vino preguntando por mí, un abogado, y me dijo que al ser la única hija viva y encontrada del imperio Cristo-Montenegro, la empresa de mi padre pasaba a ser mía. Pero yo no tenía la más remota idea de cómo manejar el negocio de mi padre y acabé vendiéndolo a una empresa que la absorbió. Me pagaron una cantidad bastante más reducida de su valor real. Con la excusa de la guerra, me dijeron que nadie me ofrecería más por una empresa situada en España. Finalmente, accedí. Ahora vivo aquí, con Carolina, del dinero que me dieron por la empresa.

—¿Vive con Carolina? ¿La mujer a la que encerraron con Adriana en su dormitorio, y no me lo ha dicho?

—Tranquilícese. Carolina es mi ayudante, de la que he adoptado su apellido, de la que le escondo, porque tiene tan poca idea como yo de lo que ocurrió aquella noche y no me deja apenas nombrarlo. Dice que solo me hago daño a mí misma al recordar a mi hermana.

—He de hablar con ella.

—No. No servirá de nada que lo haga. Le pregunté cientos de veces qué sabía sobre lo que le ocurrió a Adriana, y solo me dijo que Enrique las encerró en el dormitorio y que un rato después regresó y la sacó y la echó a ella de casa.

—Déjeme hablar con ella, por favor.

Negó repetidamente con la cabeza. Llegados a ese punto de la historia, no sabía si debía entregarle las cartas que Samuel le había escrito a Adriana durante años. Dudé durante un rato. Finalmente, se las entregué.

—Samuel Sandoval siguió escribiendo cartas a Adriana hasta el 38... En ellas se puede ver claramente que no tenía la más mínima idea de que estuviese muerta. —Preferí reservarme para mí el hecho de que seguramente él era el que Adelaida había visto en el mausoleo, justo cuando las cartas dejaron de llegar.

Las tomó en sus manos con delicadeza.

—¿Estas son sus cartas?

—Sí.

—¿De dónde las ha sacado?

—Una vieja amiga las encontró en el mausoleo de su familia. Alguien las dejó allí durante años. Están firmadas por él. Ya he mirado si tenían alguna dirección escrita o un matasellos que diera alguna pista sobre su procedencia. No hay nada. Solo su firma.

—¿Puedo quedarme con ellas?

—Por supuesto, yo me las sé de memoria.

—Gracias. Gracias por haberlas traído.

Por el momento, la información que tenía se resumía en que Enrique Cristo odiaba a Adriana por no ser su hija, aunque la cosa seguramente hubiese sido distinta en caso de haber sido hombre. Quería hacerla desaparecer de su vida lo antes posible, pero con cuidado y discreción, sin que nadie descubriese que no era hija suya y que su mujer lo había engañado. Pero ella no prestaba la más mínima atención a quien su padre le ponía delante porque tenía su propia elección. Lo que no tenía sentido era que Enrique hubiera reaccionado de esa forma al descubrir que Adriana se veía con Samuel. Era un Sandoval, un apellido de buena cuna y gran fortuna, según la historia de Tatiana. Entonces, ¿por qué Enrique no quería que Adriana, y seguramente ninguna de sus hijas, tuviesen relación alguna con un Sandoval? Tatiana me había dicho que Carolina era buena amiga de Adriana y que siempre estaban juntas. A pesar de ello, Carolina decía no saber nada de Adriana y Samuel. No lo creía. Debía dar con ella. Debía conseguir que me contase lo que supiese, que era más de lo que le había dicho a Tatiana. Cada vez estaba más convencido de que ella sabía lo que ocurrió aquella noche, ya que la encerraron junto a Adriana en su habitación. Pero, por alguna razón que no alcanzaba a entender, no se lo había dicho nunca a Tatiana. Y estaban las cartas. Nadie más que ella podía ser quien las dejara para Adriana.

Llegué a casa y comencé el ritual de escribir. Las últimas páginas no se las había llevado a Adelaida y estaban en un montón al lado de la máquina. Cuando me senté frente al escritorio con un cigarrillo entre los labios, el agua había comenzado a caer con fuerza y el cielo se oscurecía momentáneamente. Contemplé los nubarrones oscuros y, cerrando los ojos con la compañía del sonido de la lluvia, imaginé encontrarme lejos de allí. Vi a una Adriana y un Samuel felices, en alguna parte del mundo, del cielo o del infierno, en algún lugar en el tiempo. Pulsé la primera tecla y, poco a poco, las palabras fueron desarrollando una triste y melancólica historia. Me había embarcado en un relato que ni siquiera estaba seguro de llegar a descubrir del todo. Samuel estaba muerto y sus padres también. Fue pensando en eso cuando caí en la

cuenta de que, si Bruno sabía que Samuel estaba muerto, debía saber lo que le había ocurrido.

Salí olvidándome de la lluvia y del viento que se había levantado. Llegué a casa de Bruno empapado. Atravesé el jardín encharcado y llamé a la puerta. Él mismo me abrió. Había encendido el fuego y me trajo una manta. Me envolví en ella y lentamente entré en calor.

—Me alegro de verte, Miguel.

—No creo que lo haga cuando le explique el motivo de mi visita. He venido para que me cuente qué le ocurrió a Samuel Sandoval. Me dijo que estaba muerto, ¿qué le ocurrió?

—No sé por qué Arthur se empeña en que sigas escribiendo sobre ello.

—Tal vez vea lo mismo que veo yo. ¿Dónde está?

—No lo sé, me ha dicho que tenía que resolver algunos asuntos.

—¿Qué puede contarme, Bruno? ¿Qué fue lo que le ocurrió a Samuel?

Bajó la mirada al suelo.

—Andrés Sandoval y yo siempre habíamos sido amigos, y su hijo jugaba con mi Margarita. Cuando Enrique vino a mi casa y me contó que Samuel había matado a su hija no podía creerlo, ya lo sabes. A la mañana siguiente fui a ver a Andrés. Le pregunté qué había ocurrido y me dijo que lo único que la Guardia Civil le había dicho era que estaba acusado de haber asesinado a Adriana. Me dijo que no era posible, que se querían, que Samuel y Adriana se querían.

»Andrés tenía el alma por los suelos. No sé si realmente creía que su hijo no lo había hecho. Desde aquello, cada vez que visitaba a Andrés para interesarme por el asunto, no arrojaba luz alguna, solo decía que su hijo estaba a salvo de todo lejos de Zaragoza. Cada día estaba más consumido. Pensé que lo que quería era olvidar todo aquello y poder morir tranquilo y en paz. No regresé a visitarlo más.

»Después de un tiempo me enteré de que lo habían encontrado muerto en su cama, a finales del 37, en plena guerra. No era sino un cadáver más que no importaba nada. Ni su vida ni su alma. Nada.

»Ya en el 38, una noche, de madrugada, y con el sonido de la guerra en la ciudad, alguien llamó a la puerta de mi casa. No pensaba bajar a abrir, pero la insistencia de los golpes me hizo cambiar de idea. En la penumbra de la noche me encontré con Samuel Sandoval, un hombre joven y fuerte envejecido prematuramente, deshecho en lágrimas, con las ropas rotas y desgastadas. Apenas podía sostenerse en pie. Lo sostuve hasta que lo senté en el mismo

sillón donde te encuentras tú e intenté calmarlo sin éxito. Nunca en mi vida había visto llorar a un hombre de tal manera, recomido por la culpa y por la rabia.

»—Adriana está muerta —me dijo—. Acabo de ver su tumba. No puede ser, no puede estar muerta. Mi Adriana no.

»Esa frase derrumbó toda la versión que Enrique Cristo me había dado tiempo atrás. Intenté calmarlo mientras lo abrazaba, pero todo esfuerzo fue en vano. Le dije que lo mejor era que descansase, que a la mañana siguiente me contaría lo ocurrido y dónde había estado todos aquellos años, que lo ayudaría en lo que hiciese falta, que se quedara conmigo. Asintió y lo acompañé a una de las habitaciones. Se metió en la cama y cerré la puerta para evitar que se marchase. A la mañana siguiente me desperté temprano y después de preparar algo insignificante para comer fui a su habitación. Cuando entré, sus pies estaban suspendidos en el aire. La noche anterior se había ahorcado usando su propio cinturón. Se había colgado de la lámpara. Intenté ocultar todo aquello antes de que Claudia se despertase. Lo descolgué y dejé su cadáver entre los que se acumulaban en cada esquina. No creo que fuera la mejor opción, pero en ese instante fue lo único que se me ocurrió.

»Ahora Samuel Sandoval descansa en una fosa común entre cientos de esqueletos más. Es por eso, Miguel, por lo que no entiendo la insistencia de Arthur en que tú descubras la historia de lo que fueron Adriana y Samuel. Él conoce la historia. Cuando tú te marchaste de aquí, cuando te dije que estaba muerto, Arthur me preguntó lo mismo que tú acabas de preguntarme y se lo conté. Samuel y Adriana están muertos; no merece la pena que pierdas el tiempo en descubrir qué fue lo que ocurrió realmente. Ya no son más que polvo, o puede que ni eso.

—Enrique Cristo no quería ver a sus hijas entre los Sandoval, y eso no tiene sentido, Bruno. Eran de buena familia, a su medida. Samuel y Adriana se conocían desde hacía tiempo, y Enrique Cristo deseaba deshacerse de Adriana. ¿Por qué no con un Sandoval?

—Nunca se llevaron bien. Supongo que sería por celos de negocios. A Cristo le gustaba estar en la cima, por encima de todos, y su familia siempre había estado a la sombra del apellido Sandoval, hasta que los Cristo y los Montenegro se unieron. Cristo odiaba tener que ir a las celebraciones de los Sandoval, pero sabía que debía hacerlo. De lo contrario, hubiera puesto de manifiesto su envidia y no hubiera sido bueno para él. Cuando él se casó y se puso por encima de todos, disfrutaba viéndolos en sus fiestas, más lujosas y

más espectaculares, regodeándose ante la familia Sandoval. Supongo que por eso culpó a Samuel de lo que fuese que le ocurrió a Adriana. Lo que no sé es cómo Enrique descubrió que Samuel y Adriana se querían. Nadie lo sabía, tan solo ellos dos y Andrés Sandoval. Yo mismo me enteré de la noticia solo cuando Andrés me lo dijo.

—Enrique Cristo encontró unas cartas que Samuel había escrito a Adriana.

Suspiró.

—Pues ahí lo tienes.

—Entonces, Cristo odiaba a los Sandoval porque eran más poderosos que él.

—Eso es. Pero luego cambiaron las cosas. Supongo que no pudo asimilar que su hija estuviese con Samuel; seguramente era lo último que esperaba. Recuerdo que siempre me decía que Adriana no era normal, que no estaba completa, que había algo que fallaba dentro de su cabeza. Me dijo que su esposa había caído por las escaleras cuando estaba embarazada de ella, que seguramente por eso Adriana no había nacido normal. Pero, sinceramente, hablé con Adriana más de una vez, y creo que, en realidad, era la más cuerda de la familia: amable, simpática, educada y, sobre todo, lista. A pesar de lo que su padre opinara, Adriana era la mejor de sus hijas.

Preferí no contarle a Bruno la información que tenía sobre que Adriana no era hija de Enrique. Yo mismo había pensado que, tal vez, el hecho de que Verónica y Enrique fueran primos terceros dio como resultado que Eva naciese enferma, que Selene estuviese medio loca y que Tatiana, la única a la que yo había podido conocer en persona, en ocasiones pareciera que su mente se quedaba trabada y le costaba explicar lo que quería decir. Adriana, al no ser la hija de un matrimonio forzado entre primos, era la única cuyos padres no compartían sangre. Por lo tanto, era la más normal de todas las hermanas y, como Bruno dijo, la más inteligente. Tal vez ese había sido su plan: dejar que su padre creyese que era una estúpida, que no servía para nada, y así conseguir que la dejase tranquila y que no sintiera el más mínimo interés por su vida, para poder hacer lo que quisiera, sin necesidad de la aprobación de Enrique.

Cuando salí a la calle continuaba lloviendo con fuerza. De poco me sirvió haberme secado al lado del fuego. Llegué a casa empapado, me quité la ropa y me puse una muda seca. Corrí a encender la estufa, que todavía no había usado. Cogí unos pequeños trozos de madera y la hoja de un periódico.

Le prendí fuego con una cerilla y eché la madera encima. Cuando prendió, eché un pequeño tronco que olía a pino y dejé que el calor inundase la casa. Me acomodé en el sofá mientras veía la lluvia caer a través de los cristales y me quedé dormido.

Me desperté con el sonido de unos golpes en la puerta y Astaroth arañándola y maullando. Continuaba lloviendo. Se repitió el sonido de unos nudillos chocando contra la madera. Vi como un hilo de agua se colaba bajo la puerta hacia el interior del piso. Abrí. Adelaida estaba empapada y temblaba bajo sus ropas mojadas. Tenía los ojos enrojecidos y los brazos encogidos. Llevaba una bolsa en una mano, y los folios de la historia mojados en la otra. Los dos meses que llevábamos sin vernos no habían pasado sin dejar su huella en ella, y en mí.

—Me he marchado —dijo temblando—. No quiero aguantarlo más. Estoy cansada de sus golpes. Estoy cansada de que se desahogue conmigo.

Me acerqué a ella y la abracé. Sentí su cuerpo frío y débil tiritando, y su pelo negro y empapado. Dejó caer lo que llevaba en las manos y me devolvió el gesto con fuerza.

—Shhhh. No hables. No hace falta que digas nada.

—Lo siento. Nunca debí marcharme de aquí, pero tenía miedo.

—Cálmate.

La metí en casa y la puse frente a la estufa, que avivé. Estaba encogida en el suelo mientras me miraba. Pensé que lo mejor para ella sería un baño de agua caliente. Fui al baño y dejé el agua correr. Tomé una toalla y la puse al lado de la bañera. Mientras se llenaba, volví con ella. Me senté a su lado y la abracé. No pudo evitar volver a llorar. No podía creer que estuviese conmigo de nuevo, pero tampoco podía evitar que volviese a cambiar de opinión. Se levantó y recogió las cosas del suelo. Me tendió las páginas mojadas y las extendí por el piso. Mientras, ella buscaba algo en la bolsa que había traído. Sacó una cajita de música, la puso boca abajo y le dio cuerda. La abrió y dejó que un hada vestida de bailarina iniciara su danza.

—Nunca me he separado de ella. Ni del colgante.

Me mostró su cuello y vi que lo llevaba colgado. Me miró.

—Nunca me he separado de ti, Miguel. Siento haberte escrito esa carta, pero pensé que lo mejor era que te alejaras de mí.

—¿Por qué creíste eso?

—No lo sé, porque estoy casada con Diego Uribe. Porque soy la señora de Uribe. No creo que todavía sepa que me he marchado. Ha salido y, después de esperar un rato, me he marchado. Pero me encontrará, Miguel, nos encontrará a los dos y nos matará si no nos marchamos de aquí, como me dijiste.

Agachó la mirada.

—¿Todavía quieres marcharte conmigo lejos de aquí?

—Hubiera esperado toda la vida si hubiese hecho falta.

—Soy egoísta, Miguel.

—¿Tú, egoísta?

—Sí. Te dejé aquí solo. Me marché y te dije que no te acercaras a mí. Y seguramente, de no ser por él, no hubiese regresado contigo.

—¿De no ser por quién?

Me miró temblorosa y con expresión de inseguridad me lo dijo.

—Por nuestro hijo.

La miré sin saber qué decir.

—Si quieres que me marche, lo entenderé.

—No —corté.

Todavía no había asimilado la noticia.

—Si piensas que puede ser de Diego, puedes estar tranquilo. Hace mucho que no me pone la mano encima, al menos para intentar tener un hijo. Prefiere otro tipo de compañía. Le gusta pagar a mujeres para que hagan lo que él les pida. Él me quiere tan poco como yo a él. Cuando nos casamos, su padre me dejó claro que si me sacaba de la calle era para que le diese nietos, y rápido. Pero yo no quería tener un hijo de los Uribe. Una gitana me vendió una mezcla de hierbas y con eso conseguí no quedarme encinta. Cuando dejó de intentarlo, dejé de tomarlas. No me enteré hasta hace unas tres semanas. Él no lo sabe. Y no quiero que lo sepa. Es tuyo, Miguel.

—Nuestro —dije.

Sonrió.

—Nuestro —repitió—. No quiero que ese malnacido críe a un niño que no es suyo. No quiero que tenga que soportar sus amenazas ni sus patadas. No quiero. No quiero.

Su voz se perdió en la oscuridad que había cubierto casi por completo el piso. La cogí del brazo y la acompañé al baño. Cerré el grifo. La desnudé con cuidado, descubriendo las marcas de los puños de Uribe sobre su cuerpo

blanco y débil. Mientras, la rabia crecía dentro de mí. No pude evitar pasar la mano sobre su vientre.

—No se nota.

La ayudé a sumergirse en la bañera y me quedé a su lado, sujetando su mano. Se encogió y apretó las rodillas contra su cuerpo. Pude ver las heridas cicatrizadas en su espalda. Metí la mano en el agua y dejé que escurriera por su espalda. Astaroth había decidido hacernos compañía y miraba desde una esquina.

—Te ha echado de menos —dije.

—Yo también a él. No sabía que te gustasen los gatos.

—Ni yo tampoco. Me lo regaló una bruja en París.

—¿Una bruja?

—Sí. Ya sé que parece una tontería, pero me dijo que me ayudaría a encontrarte.

—Pues parece que el gato ha cumplido su misión.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos el uno al otro. Parecía que estábamos analizándonos.

—¿Nos marcharemos de aquí? —preguntó.

—Por supuesto. En cuanto descubra qué les sucedió a Adriana y Samuel.

—No creo que sea buena idea. Deberíamos marcharnos lo antes posible, antes de que nos encuentre.

—No nos encontrará. Te lo prometo.

—Descubrió las páginas y me preguntó de dónde las había sacado. Como no quise responderle, me lanzó al suelo y, bueno, el resto puedes imaginarlo. La doncella entró al oír los gritos y le dijo que había sido mi primo. No creo que siga creyéndose que seas mi primo.

—Lo puedo imaginar.

—Debemos marcharnos.

—En cuanto acabe la historia. Falta poco. No tengas miedo, no dejaré que te haga nada.

Cuando entró en calor, la ayudé a salir de la bañera y se enroscó en la toalla. Nos metimos en el dormitorio y, bajo la espesa capa de nubes, nos tendimos sobre la cama y puse una manta sobre los dos. Se quedó dormida mientras la abrazaba por detrás.

Cuando me desperté, Adelaida seguía dormida. Pensé que mi sueldo de escritor me daba para algo más que para desayunar un café y pan rancio, así que fui al banco, comprobé que la cuenta había vuelto a aumentar, y saqué

dinero suficiente como para pagar veinte desayunos en el mejor hotel de Zaragoza y dar propina. Me dirigí a la tienda de comestibles y compré un arsenal de mermeladas de frutas, un pan redondo y humeante, el mejor café que tuviesen y una botella de leche recién ordeñada. Subí las escaleras cargado y abrí la puerta torpemente. La habitación estaba abierta. No se veía a Adelaida en la cama. Temí que mis pensamientos se hubiesen hecho realidad y que hubiese vuelto con Diego, pero oí su voz desde el estudio.

—Estoy aquí.

Dejé lo comprado en la cocina y subí. Se había puesto un vestido largo y estaba sentada, leyendo. Vi que había recogido del suelo las hojas que se habían secado y las había puesto en un montón.

—Baja a comer algo —ofrecí.

Nos sentamos a la mesa y le tendí una rodaja de pan. Le expuse los botes de mermelada para que escogiese. Aparté la cafetera del fuego y repartí el café entre dos tazas.

—Tengo un amigo que me dijo que me ayudaría a instalarme cuando me fuese a París. Te lo hubiera dicho antes de irme.

—No hubieras tenido por qué.

Llamaron a la puerta. Adelaida se asustó y le dije que no se preocupara, que no podía ser Diego. Cerró la puerta de la cocina. Abrí. Un extraño personaje de traje y corbata, con gafas, reloj de oro y una cartera en la mano, se presentó como el representante de Hugo Montoya. Tenía encargada la misión de hacerme llegar la noticia de su muerte y, por lo tanto, la de ser el heredero de su fortuna. Le invité a pasar con desgana. Cuando se hubo sentado, me ofreció un cigarrillo, que acepté. Fui a la cocina y le dije a Adelaida que podía salir cuando quisiera. Regresé junto al abogado, que se había ocupado de esparcir un sinfín de papeles sobre los míos que ocupaban la mesa. Tomó uno y empezó a leerlo en voz alta. Cuando terminó le pregunté si lo que acababa de decirme era que yo era el heredero de Hugo Montoya, de su casa y de la parte correspondiente que su padre en vida le había legado a él sobre sus empresas, a lo que me respondió con un asentimiento rotundo. Me pidió que firmara unos cinco documentos. Cuando tuvo todo recogido de nuevo, se puso en pie y me dio la mano.

—Enhorabuena. Es usted millonario. Hugo también nos pidió que le preguntásemos si necesita usted hacer alguna tramitación. Nos dio una gran suma de dinero para asegurarse de que, si usted necesita algo, nosotros se lo solucionemos. Dispone de nuestros servicios durante dos años.

—Pues ahora que lo dice, sí necesito sus servicios. Verá, teniendo en cuenta que Hugo Montoya mató a mi padre, me gustaría quitarme todo lo que he heredado de él cuanto antes de encima.

—¿Qué está diciendo? —dijo con tono severo y pose de general.

—Bueno, ahora soy el dueño absoluto de todo lo que le correspondía a Montoya. Quiero dárselo a una persona y, puesto que tengo sus servicios pagados, quiero que usted haga el papeleo necesario.

—Está de broma. Hugo me dijo que era usted muy gracioso.

—No, no estoy de broma, y dejo de ser muy gracioso cuando me tocan las narices, se lo aseguro. —La sonrisa desapareció de su rostro—. ¿Cuándo tendrá listos los papeles?

—La semana próxima.

—Bien, venga aquí mismo.

—Ambas partes deben estar presentes y firmar.

—Eso déjemelo a mí.

Lo acompañé hasta la puerta y regresé a la cocina.

—¿Hugo Montoya mató a Germán?

Asentí. Su rostro me pedía más explicaciones y le conté lo sucedido.

—Yo también lo habría abofeteado.

—Escucha, el sueldo de escritor nos permitirá vivir con todo lo que necesitemos, no nos faltará de nada; y a él —dije mirando su vientre— tampoco.

Sonrió.

—No quiero tener nada que ver con Montoya ni quiero nada de lo que me ha dejado.

—Te entiendo.

—Quiero dárselo a Catalina.

—¿La chica que limpia el piso?

—Sí, si no fuese por ella, seguramente hubiese caído enfermo; además, no ha tenido una vida fácil. Es buena, se lo merece.

—Supongo que no son tiempos buenos para llevar una vida fácil.

—No lo haré si tú no quieres. Es mucho dinero.

—Hazlo, yo tampoco quiero nada de Montoya.

Pensé en dárselo a Emilio y Susana, pero sabía que nunca lo aceptarían. Nunca. La pobre Susana, una de las mejores mujeres que he conocido, tenía un pie en la tumba y no podía hacerse nada por ella, como había dicho el médico.

Y Emilio se negaría en redondo a abandonar su casa, donde había vivido siempre con su mujer.

Pasamos el día entero sentados en el sofá, escuchando los seriales de la radio, sin hacer nada más que disfrutar el uno de la compañía del otro. Cuando el día llegó a su fin, Adelaida se desahogó contándome lo que Diego hacía con ella cuando llegaba a casa después de haber estado emborrachándose en compañía de prostitutas. Me contó, abrazada a mí, como la sacaba a rastras de la cama y la dejaba caer de golpe al suelo, como se quitaba el cinturón y lo afilaba sobre su espalda mientras le gritaba que no servía para nada, que nunca debió casarse con ella y que cualquier día acabaría matándola para librarse de ella. Cuando se despertaba a la mañana siguiente, corría a su lado y le pedía perdón, jurándole que nunca volvería a hacerlo. Después le pedía que la acompañara al Pilar para rogarle al Altísimo que lo perdonara. Pero siempre se volvía a repetir la misma historia.

—Hubiera dejado que me matase si no fuera por nuestro hijo.

—No digas eso.

Cayó la noche y le dije que quería enseñarle algo. Primero se negó; no se atrevía a salir a la calle por miedo a encontrarse con Diego o con su padre. Al final accedió. Caminamos en silencio por las solitarias calles vigiladas por la Guardia Civil. Llegamos al paseo Sagasta número veintidós.

—¿Dónde estamos?

—En la casa de Adriana Cristo.

Entramos en la penumbra y rescaté el quinqué y la caja de cerillas del lugar en que los había dejado Tatiana. Recorrimos las enormes y ennegrecidas habitaciones y subimos a la planta superior. Abrí el que creí era el dormitorio de Adriana. El colchón raído estaba desprovisto de sábanas. Acerqué el quinqué al suelo y pudimos ver unas casi invisibles manchas.

—Esa es la sangre de Adriana.

Recorrimos la casa repasando cada una de las habitaciones e imaginando el esplendor que alguna vez residió allí. Chimeneas con adornos de oro, cuadros a medio quemar clavados en la pared... Las ropas todavía estaban colgadas en los armarios. Las lámparas pendían del techo y se balanceaban, a punto de caer al suelo.

—No me gusta este sitio —dijo Adelaida.

—Vámonos.

La cogí de la mano y abandonamos el edificio. Regresamos a casa. Por segunda noche, dormimos juntos hasta que amaneció. No pude apartar la mano

de su vientre en toda la noche. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía feliz. Durante siete días me decidí a dejar a un lado la historia de Adriana y Samuel y dedicarme a ella. Cada mañana bajaba a la tienda y compraba la leche más cara, por lo tanto, la más fresca. Mi dieta, que se basaba, a excepción de los dos días de la semana en que Catalina me preparaba la comida, en pan duro, café y cigarrillos, cambió al más amplio panorama de degustaciones. Desde carne sazónada y pescados ahumados hasta frutas en conserva, pasando por todo tipo de legumbres. Fuimos a visitar a Susana y Emilio, que por orden de Susana abría el bar durante cinco horas al día. Ella seguía débil, pero el de allí arriba no se decidía a llevársela. Se alegró de vernos juntos, pero no dijo palabra sobre ello. Me dijo que cogiese un bote que tenía en el baño y que le pusiera el ungüento que había dentro de él a Adelaida sobre los golpes, que así se le curarían antes. Cada noche se metía en la bañera y, con la piel húmeda, esparcía aquella cosa que olía a clavo sobre su cuerpo.

El abogado apareció a las nueve en punto de la mañana, cuando acababa de escribir el último de los capítulos que traía entre manos. Adelaida continuaba dormida. Lo invité a pasar y le pedí que esperase mientras iba a buscar a Catalina. Esta me abrió la puerta en bata y me preguntó, medio dormida, si era una aparición. Tiré de su mano y subimos las escaleras. No dejó de preguntarme adónde demonios íbamos.

—Hacia tu futuro.

Entramos en mi casa. El abogado se quedó con esa cara que solo saben mostrar los abogados cuando ven a alguien que no les gusta. La senté a su lado y le expliqué la situación. Le dio un ataque de risa cuando se lo solté. Me preguntó que si solo la había sacado de la cama para eso. Cuando se levantó dispuesta a irse, el abogado le dijo que se sentara, que lo que yo le había contado era cierto y que solo necesitaba mi firma y la suya. A Catalina se le puso una cara entre susto y miedo que le duró hasta que el abogado se marchó, no sin antes indicarnos que tenía a su chófer esperando en la puerta para llevar a Catalina a su nueva casa. Me pidió que la acompañase. Después de decir a Adelaida que regresaría pronto, salí con ella y nos montamos en el coche. Cuando Catalina vio la casa creí que se iba a desmayar. Le dio un ataque de histeria y risa, y comenzó a subir y bajar escaleras sin creérselo del todo.

—Pero yo no sé nada de negocios.

—Ni falta que te hace. Puedes pagar a alguien para que lo controle todo.

La dejé pegando alaridos y probándose los vestidos y joyas que un día habían sido de mi madre. Antes de regresar a casa decidí que era hora de continuar con el libro. Fui a casa de Tatiana, pero, en lugar de llamar, me escondí un piso más arriba y esperé a que Carolina llegase.

Poco después de las doce, oí unos pasos que subían. Me escondí lo justo para poder ver quién era. Iba cargada con paquetes. Los dejó caer al suelo. Cuando estaba frente a la puerta, bajé las escaleras y la llamé por su nombre. No esperaba que fuese ella la mujer con la que me había topado en el cementerio. Me miró un instante y me reconoció.

—Lárguese de aquí, le dije que nos dejara en paz.

Se enfrentó a mí clavándome el dedo en el pecho.

—Escúcheme, por favor...

—No, márchese de aquí. Y dígame a Tomás que si vuelve a molestarnos lo mataré yo misma.

—No es Tomás quien me envía.

—Ni siquiera sabe mentir. Nadie, de no ser él, podría enviarle.

—Una amiga mía, de niña, encontró las cartas de Samuel en el cementerio. Las que usted dejaba allí. Usted conoce la verdad, ¿no es cierto? Usted sabe lo que ocurrió. Por favor.

Abrió la puerta y cogió los paquetes del suelo.

Cuando me dispuse a hablar me escupió.

—Márchese, déjenos en paz. Ya no se puede hacer nada por ella. ¿No se da cuenta de que solo abre viejas heridas? ¿No se da cuenta del daño que puede hacer? —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Déjelo tal como está.

Se metió en el piso. Estuve a punto de llamar, pero no me atreví. Bajé las escaleras y me fui a casa. Adelaida estaba en la cocina tomándose un café y leyendo las últimas páginas. Le di un beso. Cuando terminó de leer, cogí las hojas y me dirigí a casa de Bruno. Parecía que un invierno frío había llegado de pronto, cargado de nubes y lluvia. Miré de reojo la antigua tienda de mi padre, sin atreverme a mirarla de frente. Atravesé el jardín. Había luces en una de las ventanas. Arthur me abrió y me invitó a pasar. Bruno y Claudia estaban en el salón. Bruno le leía a Claudia. Me senté a su lado y le di un beso en la mejilla.

—¿Cómo se encuentra?

—Un poco más vieja que ayer, pero no tanto como lo estaré mañana.

Ví a Bruno sonreír amargo. Me acerqué a Arthur y le pedí hablar a solas. Me llevó hasta la húmeda cocina, donde sirvió dos copas de tinto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Encendí un cigarrillo y le ofrecí otro, que rechazó. Le tendí las páginas que le había llevado.

—No puedo seguir con la historia. He dado con la persona que creo sabe lo que ocurrió, pero me ha dicho que me aleje del asunto, que las deje en paz, a ella y a la hermana de Adriana.

—¿Por qué le ha pedido eso?

—Ha dicho que se abrirían viejas heridas. No lo sé. Tal vez esté equivocado. Creo que nunca debí empezar con esto. Quiero coger a Adelaida y marcharnos de aquí cuanto antes. ¿Sigue en pie su oferta de ayudarnos a instalarnos allí?

—Por supuesto. Yo mismo regresaré a Francia en unos días. Si quiere, puedo arreglarlo todo y nos marcharemos los tres. Si le parece bien.

—Me parece perfecto.

—Deme solo unos días.

Le di las gracias de nuevo, antes de volver junto a Adelaida.

En el camino de regreso a casa, pasé junto a un puesto de flores y plantas. No sabía qué flores le gustaban a Adelaida, así que le compré un ramo de rosas rojas y pedí que lo adornasen con celofán. Subí las escaleras dispuesto a darle a Adelaida la noticia de que nos marcharíamos con Kleim tan pronto nos avisara. Algo no iba bien. La puerta del piso estaba entreabierta. Entré y vi a Emilio sentado junto a Adelaida. Ambos me miraron.

—Miguel, Susana ha muerto —dijo Emilio.

Nunca hubiese imaginado que una persona tan fuerte como Emilio pudiera derrumbarse así. Llevaba más de treinta y cinco años casado, y no podía contemplar una vida sin ella. La mujer por la que se levantaba cada mañana y abría el bar. Sin ella, nada tenía ningún sentido, me dijo. Había muerto durante la noche, mientras dormía. Emilio sostenía su mano cuando se marchó de su lado. Fuimos a su piso, donde la gente ya había comenzado a llegar para ofrecerle su última despedida. Dos personajes que se identificaron como personal de la funeraria comenzaron a acribillar a Emilio con preguntas molestas. Los despaché diciendo que el único servicio que queríamos de ellos era el ataúd y el transporte hasta el cementerio. Le dije a Emilio que no se preocupase por nada, que yo lo haría, que podía quedarse a dormir aquella noche en mi casa mientras me ocupaba de todo, pero se negó en redondo.

—Mi lugar en este mundo está junto a ella.

Cuando la gente se marchó de allí, Emilio se quedó tumbado junto a Susana. Al día siguiente se la llevarían. Pasamos la noche en su casa, viendo como las saetas del reloj daban la vuelta. Eran inquietantes los lamentos de un Emilio destrozado. Enterraron a Susana la tarde siguiente. Acompañamos a Emilio a la misa que se le dio en la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, pero se negó a que nadie fuese al entierro en el cementerio. Tan solo él y los encargados de la funeraria para trasladar el ataúd. Nos fuimos a su casa a esperar que regresara. Cuando lo hizo, nos dijo que para él ya nada tenía sentido y nos pidió que nos marchásemos de allí. Dos días después del entierro de Susana y de varias visitas sin abrirnos la puerta, una de las vecinas

encontró a Emilio muerto en la cama, igual que Susana. Nos ocupamos de su entierro y de que descansara junto a ella para siempre.

—Ha muerto de pena —dijo en su entierro la vecina que lo encontró—. Después de toda la vida juntos, no me extraña.

Las muertes de Susana y Emilio me dolieron del mismo modo que la de mi padre. Odiaba la ciudad del infierno en que se había convertido Zaragoza y quería marcharme de allí. Por otro lado, en cierto modo, me alegraba de haber regresado para poder ver de nuevo a Susana y a Emilio, aunque fuera del modo tan desgastado y cansado en el que me los encontré. Y, por supuesto, Adelaida. Al fin algo en mi vida salía bien.

Fue una semana extraña y gris en la que el frío y el agua se colaban en el piso por cualquier rendija que encontraran en la puerta o en las ventanas. Adelaida estaba impaciente porque nos marchásemos a París. Insistía en que nos fuésemos ya, sin Arthur, pero yo le decía que todo iría mejor si nos marchábamos con él.

Una mañana se despertó con un intenso dolor en el abdomen que no la dejaba levantarse de la cama. Intenté ayudarla a ponerse en pie, pero se quejaba de pinchazos. Salí a buscar a un médico que sabía que vivía dos calles más abajo de la mía. Cuando regresamos, nos encontramos a Adelaida sentada en el sofá y nos dijo que ya se le había pasado, que no le ocurría nada. El médico le ordenó que se echara en la cama y la examinó. Su veredicto fue que debía guardar reposo todo el tiempo que le fuese posible si no quería perder al bebé que esperaba, y se marchó.

—¡Qué sabrá ese de nada! —sentenció.

—Te quedarás en la cama. Sin protestar.

—Lo llevas claro. No puedo estar todo el día aquí tumbada durmiendo y aburriéndome.

—Tienes libros que leer.

—Ya los he leído todos —dijo levantándose.

Por más que le insistí, no hubo forma de que se quedase en la cama. Se empeñó en quedarse conmigo en el estudio mientras comenzaba un nuevo relato: los hechos ocurrían en una vivienda con enorme parecido a la de los Cristo, en la que una familia se instalaba y poco después comenzaban a ocurrir cosas extrañas, como la desaparición de objetos personales y la aparición de otros objetos venidos de otra época que la nueva familia no había visto nunca. A eso había que añadir la sombra de un gato que se veía reflejada en las paredes de los pasillos y se colaba bajo la ranura de la puerta en las

habitaciones de la casa, pero sin gato de carne y pelo capaz de proyectar la sombra.

—Voy a preparar algo de comer.

—De eso nada, voy yo, tú quédate aquí y léete esto, seguro que te gusta.

—¡Pesado!

—Mira quién fue a hablar...

Le di un beso en los labios y le tendí las hojas. Puso su silla frente a la ventana. Bajé a preparar algo para comer. Sentí algo a mi espalda. Me dio la impresión de que había alguien tras la puerta. Oí unos leves pasos desaparecer escaleras abajo. Cuando me dirigí a la puerta, vi que alguien había colado una nota bajo la misma. La abrí, pero no pude ver a nadie. Tomé el papel del suelo.

Casa Cristo

12:00

Salí dejando la puerta abierta y bajé a la calle intentando dar con quien había depositado la nota. Llegué hasta la esquina, pero quien fuera que la hubiese dejado había desaparecido entre la gente. Regresé y encontré a Adelaida metida en la cocina.

—¿Adónde has ido?

Le tendí la nota.

—Iré contigo.

—Ni de broma.

Preparamos la comida y dejamos que el silencio fuera el acompañante del almuerzo, de la tarde y de la cena. La dejé durmiendo mientras iba al misterioso encuentro.

La noche cerrada y fría había conseguido que nadie quedase por las calles y que todos los bares que acostumbraban a cerrar a altas horas ya lo hubiesen hecho. No se escuchaba un solo ruido, solo mis propios pasos y las hojas de los matorrales susurrándole algo al tiempo. Oí un chasquido a mi espalda y me paré en seco a mirar. Un perro negro me miraba con ojos tristes y cansados, ojos humanos. No sabía si se iba a abalanzar sobre mí, y me quedé quieto. A continuación, salió corriendo tras un gato o una rata. A medida que me acercaba al lugar indicado, pensé que habría debido avisar a alguien de adónde me dirigía, a Bruno o a Arthur, y así asegurarme de que, si me ocurría algo, Adelaida quedara a salvo. Cuando llegué a la casa, saqué la llave

maestra que Tatiana me había cedido, pero no hizo falta: tan solo con apoyar mi mano, la puerta cedió. Alguien había dejado una vela en lo alto de la escalera. Tuve el impulso de darme media vuelta y salir corriendo de allí, pero, en lugar de eso, cerré la puerta con el suficiente ruido para asegurarme de que quien estuviera allí se percatase de que ya no estaba solo. Avancé por el pasillo hasta llegar al pie de la escalera.

—¿Hay alguien? —pregunté.

Unos pasos se deslizaron. Vi una sombra proyectada en la pared de la escalera. Era Carolina.

—Será mejor que subas.

Comencé a ascender sin quitarle los ojos de encima. Tal vez fuera por las historias que solía relatar en mis libros, pero la idea de que sacase un machete de detrás de su vestido y me dejase rodar por las escaleras me daba miedo. Cuando estuve a su lado, caminó por el pasillo. Yo la seguí de cerca. Me llevó hasta el dormitorio de Adriana y cerró la puerta. Había dispuesto una serie de velas extendidas por todo el suelo y sobre la mesilla de noche, que había resistido el fuego y el tiempo. Acercó una silla a la cama y me dijo que me sentara. Ella se acomodó en la cama, apoyándose sobre el cabecero.

Tercera parte
Reflejos

1

—Nunca pensé que después de tanto tiempo alguien vendría a interesarse por lo que ocurrió aquí. Creí que nadie se acordaría de esto, aparte de nosotros, pero, una vez más, vuelvo a equivocarme. Toda mi vida no ha sido más que una equivocación tras otra. Cuanto más tiempo pasa, creo que yo misma fui una equivocación. Nací en esta casa cuatro años antes de que Adriana viniera al mundo. Mi madre siempre me decía que la escoria no éramos nosotros, sino ellos, los Cristo. Recuerdo que una tarde estaba con ella en la cocina y oímos unos gritos en la casa. Mi madre me dijo que no me moviese. Ella fue a ver qué sucedía. Asomada desde las escaleras que bajaban a las cocinas, vio a Verónica tendida en el suelo. Tatiana la abrazaba. Como solía ocurrir con los problemas de las familias a las que se sirve, era mejor no meterse por medio.

»Dos días después, otra de las doncellas le dijo a mi madre que la señora estaba en cama por la caída y temía por la vida del hijo que estaba esperando. Al parecer, Verónica había engañado a Enrique Cristo con el hijo del lechero, el que repartía la leche por encargo. Después de tirar a Verónica por las escaleras, Enrique desapareció diez días y nadie supo dónde estaba. El día que regresó, el periódico traía una noticia que no pasó desapercibida para nadie. La noche anterior habían asesinado a un joven cuando se encontraba solo en la vaquería, el padre de Adriana. Supongo que Verónica no dudó un instante, al igual que todos, de quién había sido el culpable. Y, por eso mismo, el castigo de su marido de tenerla encerrada en la casa, sin dejarla ir a ninguna parte excepto al jardín, le pareció un regalo.

»En el invierno de 1912, Verónica Montenegro dio a luz a una niña entre sudor y dolor. Mi madre me dijo que nunca había visto a una mujer sufrir tanto durante un parto. Enrique Cristo esperaba expectante. El médico le anunció que tenía otra niña más en la casa y se la tendió para que la abrazara. Él salió del dormitorio sin siquiera mirarla. A partir de ese nacimiento, y maldiciendo a su mujer cada día por ser incapaz de crear un niño, se centró en Selene.

»Los años pasaban. Adriana crecía demostrando su gran talento en prácticamente todas las artes que se han creado en este mundo, pero

especialmente en la música. Podía pasarse horas sentada al piano sin necesidad de comer nada ni de ver a nadie.

»Cuando cumplió diez años, yo tenía catorce y ya llevaba tiempo prestando mis servicios en la casa. Una mañana, Enrique Cristo nos informó de que su madre iba a pasar los últimos días de su vida en la casa y que debíamos preparar una de las habitaciones reservadas para los invitados fortuitos que de vez en cuando pasaban allí la noche. Nadie se ofreció a hacerlo y me lo encargó a mí. Me dio un sinfín de instrucciones para que todo estuviese perfecto a la llegada de la señora de Cristo. No me dijo qué fue lo que hice mal. Solo recuerdo estar esperando en el pasillo al lado de la puerta. De pronto, algo chocó contra mi cara y me lanzó al suelo mientras él me decía que no servía para nada. Me quedé temblando en el suelo, sin comprender qué ocurría. Una puerta se abrió y vi a Adriana asomando la cabeza. Me puse de pie y ella se acercó a mí.

»—No te preocupes, dentro de un rato no se acordará de nada.

»Me tomó de la mano y me llevó a su dormitorio. Cerró la puerta y cogió un bote que olía a alcohol. Tomó un pedazo de algodón y derramó líquido sobre él.

»—Te va a escocer.

»Apretó suavemente contra la herida, que yo ni siquiera sabía que tenía. La cara se me había dormido con el golpe. Impregnó con alcohol varios trozos de algodón hasta que la herida se cerró y dejó de gotear la sangre. En esos momentos me pareció que tenía un ángel ante mí. Ni mi madre ni nadie se habían preocupado nunca por mí. Y ella, sin más, había salido de su dormitorio y me había curado. Creí que era la mejor persona que podía existir bajo el cielo y que no se merecía vivir bajo el poder de Enrique Cristo. Se merecía mucho más.

»No sabía qué podía pasar por su cabeza para mostrarse tan amable conmigo, una simple criada que ni siquiera era capaz de hacer bien su trabajo. Le di las gracias y me disponía a salir de la habitación cuando me preguntó cuál era mi nombre.

»—Carolina.

»Me sonrió y me marché. Bajé a las cocinas a continuar mi trabajo sin poder olvidar lo que acababa de suceder. Ninguno de los sirvientes estábamos acostumbrados a un trato así.

»Al día siguiente, la señora de Cristo llegó a la casa. Todos nos habíamos dispuesto a recibirla en la entrada. Selene y Tatiana besaron su

mejilla y le desearon que tuviese una agradable estancia, pero cuando Adriana se acercó la empujó por la frente y la alejó de ella.

»—Aléjate de mí, engendro —le dijo.

»Adriana ni se inmutó. Había nacido con un talante serio y frío para algunas cosas y parecía que nada de cuanto le pasase podía hacerle daño.

»Enrique Cristo estuvo una semana sin salir del dormitorio en el que su madre moriría. Cuando por fin llegó ese momento, avisó a su esposa e hijas. Todos se situaron alrededor de la cama y contemplaron el cuerpo inerte de la vieja. Mientras todos lloraban su pérdida, aunque dudo que alguno de ellos, a excepción de Enrique, sintiera sus lágrimas, Adriana dijo en voz alta:

»—Suerte, abuela.

»Y se marchó de allí.

»Adriana Cristo nació en una familia que no le correspondía. Cada día que pasaba, Enrique estaba más convencido de que su hija no había nacido completa, pensaba que tenía algún problema mental, y así se lo hacía saber constantemente, pero ella no hacía el menor caso. Se encerraba en su dormitorio, salía y regresaba a cualquier hora sin que nadie se preocupase por ella. Por suerte para Adriana.

»Yo sabía que Adriana llevaba años escapándose por las noches y que regresaba al alba, cuando todavía faltaban unas horas para que la familia se despertase. Donde Enrique veía a una hija sin cerebro, yo veía a alguien interesante que ocultaba muchos secretos y una vida paralela lejos de las paredes entre las que vivía.

»Una noche de verano me armé de un valor que no sabía que tenía y la seguí. La vi doblar la esquina de la calle y aceleré el paso para no perderla. Notó que alguien andaba detrás de ella y se quedó escondida en una esquina. No creía que me esperase a mí.

»—Carolina —recordaba mi nombre.

»Asentí.

»—¿Por qué me sigues?

»Solo atiné a decir que no lo sabía.

»—¿Te envía alguien?

»—No.

»—¿Seguro?

»—Te lo prometo.

»Me miró dudando, sin saber si debía mandarme a casa y no dejar que descubriera su secreto o si, por el contrario, dejarme que la acompañara.

»—Dime que no le vas a decir a nadie adónde voy.

»—No voy a decirle a nadie adónde vas.

»—Vamos.

»Verdaderamente, Adriana no era una Cristo. Creo que, en el fondo, Tatiana también la envidiaba, aunque no lo mostrase tal como hacía Selene. Me llevó por calles sin iluminación en las que ni siquiera yo me hubiera sentido segura. Atravesamos el puente de piedra gótico que conducía al otro lado del Ebro. Desde lo alto se podían ver unas luces lejanas en la orilla del río. Cuanto más nos acercábamos, más alta se oía la música. Cuando los vi de cerca no pude evitar frenar en seco y sujetar a Adriana de la mano. Había una barriada gitana viviendo en casas viejas y abandonadas al lado del río.

»—¿Estás loca? Son peligrosos; todo el mundo lo sabe.

»—Lo único peligroso de este mundo, Carolina, son la ignorancia y los prejuicios. Aquí he conocido a la mejor gente de mi vida.

»Me cogió del brazo y tiró de mí. Cuando la vieron aparecer, una cuadrilla de niños corrió hacia ella. Las gitanas le besaban la frente. Vi como sacaba relojes y pulseras de oro del bolsillo de su vestido y se los daba.

»—Creo que será suficiente para un par de meses —dijo.

»Yo me había quedado atrás. Cuando la mujer gitana me vio me hizo señas para que me acercase. Adriana me sonreía, invitándome. La gitana me tomó la mano y comenzó a leer las líneas. Aparté la mano de golpe y se quedó mirándome.

»—No seas maleducada —me dijo Adriana.

»Cogió mi mano y se la tendió a la gitana. A continuación esta tomó la de Adriana y nos dijo que estaríamos siempre juntas.

»Los gitanos estaban sentados en el suelo mientras tocaban una música que a mí me pareció griega. Los niños daban palmadas en el aire.

»—Aquí hay una fiesta cada noche —me susurró Adriana al oído.

»Tomó mis manos y comenzamos a bailar. Me daba la sensación de estar en otro mundo. Los niños y las gitanas nos cogieron de las manos y comenzamos a danzar en círculos. Nunca había estado en una fiesta, y esa era perfecta. Los instrumentos no dejaron de sonar hasta las cuatro de la mañana, y el aguardiente corría como el agua. Acabamos medio borrachas, con los pies metidos en el agua del río, riéndonos por nada, sin motivo, simplemente por estar allí. Un niño que no tendría más de tres años se acurrucó abrazado a Adriana y poco a poco se quedó dormido.

»—Esta gente son mi familia, Carolina. Yo no soy una Cristo y nunca lo voy a ser, por mucho que lleve su apellido, por mucho que viva bajo su imperio.

»Nunca me había sentido tan feliz como en aquel momento, cuando Adriana me mostró su corazón y su pensamiento. Desde ese día nada nos separaría. Regresamos a casa minutos antes de que el sol apareciese como cada mañana. Repetimos aquel mismo recorrido un sinfín de veces, varias noches cada semana. Hasta que una noche fuimos y ya no quedaba nadie allí. Seguramente los habían obligado a marcharse. Entramos en las chabolas y pudimos ver que habían recogido alguna cosa, dejando casi todo allí. Alguien había pintado una enorme cruz en la pared y había escrito una plegaria al cielo. Adriana se derrumbó.

»—¡No! Son mi familia, no pueden no estar aquí.

»La cogí de la mano y regresamos a casa. La dejé en la cama. Habríamos de volver durante varias semanas. Se negaba a creer que habían desaparecido para siempre, hasta que finalmente acabó por asumirlo.

»El día semanal que yo libraba lo pasábamos juntas. Salíamos a la calle y paseábamos. Todo era perfecto. Me trataba como si fuésemos hermanas. Nadie había conseguido que me sintiese tan querida como ella. Nunca he comprendido por qué me escogió a mí. Por qué apareció tras su puerta el día que su padre me abofeteó y me ayudó, o por qué me había permitido ir con ella y descubrir su mundo oculto. Cuando le confesaba mis pensamientos, siempre me respondía que era el destino. Ella creía en esas cosas del destino y que todo ocurre por algo. A veces me decía que, si vivía bajo el techo de los Cristo, era porque debía ser así, porque algo la esperaba. A mí me gustaba pensar que yo era lo que estaba esperando, pero estaba equivocada. Completamente equivocada.

»Adriana odiaba tener que acudir a las celebraciones que su padre organizaba o a las que eran invitados. Decía que su padre no hacía más que enviarle pretendientes estúpidos y que, estaba segura, no serían capaces de escribir su propio nombre en un pedazo de papel si alguien no guiaba su mano. El plan había funcionado con sus hermanas Selene y Tatiana, que ya se veían por las tardes con el que seguramente se convertiría en su futuro marido, pero no con ella. Adriana nunca mostró el menor interés por cuantos pretendientes su padre le envió.

»Ni siquiera lo pensé en serio cuando le dije:

»—Llévame a una de esas fiestas, a ver si uno de esos se casa conmigo y no tengo que servir más.

»Adriana abrió su armario. Comenzó a sacar vestidos y los tendió sobre la cama. A mí todos me parecían de cuento.

»—Escoge el que quieras, esta noche vienes conmigo a la fiesta.

»—¿Estás loca? No puedo, soy una criada. Me reconocerán enseguida.

»—Si de verdad crees que mi padre conoce el nombre o la cara de alguno de los sirvientes, la loca eres tú.

»Me probé los vestidos y finalmente nos decidimos por uno de gasa rosa. Adriana me retiró el pelo de la cara y lo recogió en un moño que se encargó de adornar con perlas. Cuando me miré en el espejo, no me reconocí.

»La celebración del dieciséis cumpleaños del hijo de los Sandoval comenzaría a las nueve en punto de la noche. Adriana me contó que su padre odiaba a los Sandoval y no entendía por qué iba a la fiesta. Según le había oído decir, era por educación y cortesía, pues faltar a una invitación de un buen apellido mostraba una falta de educación y respeto imperdonable. Pero Adriana me dijo que, si su padre no iba a la fiesta, ellos no acudirían a las futuras celebraciones de los Cristo y no podría demostrarles que su capital estaba muy por encima del suyo.

»A las ocho y treinta minutos exactamente, Adriana le dijo a su padre que iría andando hasta la casa de los Sandoval, que debía pasar por el domicilio de una amiga que también estaba invitada a la fiesta.

»—No sabía que tuvieses ninguna amiga —dijo Cristo.

»—¿Le parece bien, padre?

»—Haz lo que te dé la gana. No me importa.

»La familia subió al coche mientras Adriana los observaba desde la puerta. Cuando se marcharon, vino a buscarme a su habitación y salimos. Nunca había estado en una fiesta como invitada, tan solo como sirvienta, y no sabía cómo proceder.

»—Tú no te preocupes de nada, te sentarás a mi lado y cuando algún idiota te pida bailar, saldrás a bailar con él.

»Caminamos cogidas de la mano un buen trecho. Llegamos a la casa de los Sandoval poco antes de las nueve. Adriana preguntó a uno de los sirvientes por la mesa de los Cristo y este nos acompañó hasta ella. A pesar de las palabras de Adriana, yo tenía miedo de que alguien me reconociese, su madre o sus hermanas, pero nadie se percató de la acompañante de su hija. La forma en la que iba vestida y peinada eran una buena fachada. Los músicos

acompañaron la cena con una suave melodía. Y cuando la cena tocó a su fin, nos hicieron pasar a todos al salón de baile, donde nos recibieron con una música más animada. Los hombres se colocaron a un lado del salón y las mujeres al otro. Poco a poco, los maridos sacaban a bailar a sus mujeres, y el centro del salón se llenó de parejas. Mientras los miraba en silencio, soñaba con que alguno de ellos se me acercara y me pidiera un baile. Selene y Tatiana se hallaban en el centro bailando. Enrique estaba conversando con alguien, un joven algo mayor que Adriana; tendría mi edad. Su padre señaló a Adriana con el dedo, y el joven se dirigió hacia nosotras.

»—Ahí está —me dijo.

»Aquel joven se presentó y pidió un baile a Adriana. Ella le ofreció bailar conmigo primero. Acepté su baile, aunque yo ya me había fijado en otro. Era un chico alto y con buena planta. Conversaba con alguien que debía de ser su padre. Sentí que me sonreía. Con cada giro, mis ojos no podían apartarse de los suyos. Y él tampoco se molestaba en apartarlos o disimular. Tenía unos rasgos felinos y dulces al mismo tiempo. Creí que era el chico más guapo que había visto en mi vida y, además, parecía haberse fijado en mí. No pude evitar sonreírle, mientras el otro joven creía que me reía por estar feliz de bailar con él. Acabaron de tocar y anunciaron un breve descanso. Eché otro vistazo hacia el joven, pero ya no estaba allí. Así que decidí regresar con Adriana. Tampoco la encontré. Me senté en una de las sillas dispuestas pegadas a la pared y apareció a mi lado.

»—Hola —me saludó.

»Sentí que mi cara enrojecía. No podía creerme que él se hubiera fijado en mí. Aunque, claro, en ese momento no parecía ser yo, con el vestido y las joyas de Adriana.

»—Eres una Cristo, ¿cierto?

»Dudé unos segundos de la respuesta que debía darle. Si le decía que sí, estaba mintiendo, y si le decía que no, seguramente desaparecería.

»—Sí, soy una Cristo.

»Asintió.

»—¿Y hay un nombre oculto que preceda al apellido?

»No sé por qué lo hice.

»—Adriana.

»—Bien, Adriana Cristo, ¿querrás compartir el próximo baile conmigo?

»No podía creer la suerte que estaba teniendo y acepté sin pensármelo. Me daba miedo que Adriana regresase en ese momento, pero la música

comenzó a sonar y, tomando mi mano, me sacó a bailar.

»—¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?

»—Samuel Sandoval.

»—Vaya, felicidades.

»—¿Te gustaría hacerme un regalo? —preguntó.

»Por supuesto, asentí. Pensé que me pediría que lo acompañase a dar un paseo por el jardín o algo parecido. Para entonces yo ya me había enamorado de él. Pero él no me pertenecía.

»—Esa chica que ha estado toda la noche contigo, ¿es tu hermana? —preguntó.

»Aquello me hizo darme cuenta de lo estúpida que había sido y de lo torpe de mi mentira. Paré en seco de bailar y me aparté un paso de él.

»—¿Qué ocurre? —preguntó.

»—Nada —mentí—. No ocurre nada, olvida que has bailado conmigo, olvida mi cara y olvida mi nombre.

»Cuando me di la vuelta vi como Adriana caminaba hacia mí. Me rodeó con su brazo, me sacó del salón y me llevó a la enorme terraza desde la que se podía ver el jardín. Le conté lo que había sucedido y le pedí perdón por haberme hecho pasar por ella. No se molestó. No se enfadó conmigo, y eso hacía que yo me sintiese peor. Ninguna de las dos vio llegar a Samuel Sandoval. Llevaba en la mano una botella de champán y tres copas altas.

»—No quería molestarte, Adriana —se disculpó.

»—Yo no soy Adriana, ni Cristo, es ella —dije señalándola.

»Vi como le sonreía.

»—¿Así que tú eres la Adriana Cristo de la que todo el mundo dice que volverá loco a su padre?

»—¿Y tú eres uno de los Sandoval a los que tanto odia mi padre?

»Ambos sonrieron cómplices. Estaba claro que yo sobraba allí. Nos sentamos en el suelo. Samuel abrió la botella. Cuando se disponía a verter el contenido en las copas, Adriana se apresuró a coger la botella por el cuello.

»—No seas botarate como ellos —dijo señalando con una mirada rápida a las personas que seguían en la fiesta.

»Se acercó la botella a los labios y bebió directamente de ella. Me la pasó y la imité. Samuel hizo lo mismo. Sobraban las palabras para las miradas y las sonrisas con las que se deshicieron aquella noche bajo la luna y en mi molesta compañía. Parecía que se estaban esperando. Comprendí que estaba escrito: ellos se pertenecían, para siempre. Pero no quería dejarlos solos;

sabía lo que pasaría, y me negaba a dejarles vía libre para que Samuel la tomara entre sus brazos. Simplemente, era inevitable que ocurriese, y si no era en ese instante, sería en otro.

»Por un lado, me aferré a creer que Adriana lo había empezado como un juego para fastidiar a su padre, y que tal vez solo fuese eso, pero pronto descubrí que no lo era. Aquella noche, cuando regresé a mi dormitorio en la tercera planta, reservada a los criados, mi mente imaginó a Samuel y Adriana escondiéndose en alguna esquina de la casa mientras rozaban sus labios y sus manos bajo las sombras.

»Nunca debí haber ido a esa maldita fiesta. A la mañana siguiente me refugié en la cocina para evitar ver a Adriana, pero ella se encargó de venir a buscarme y de pedirme que la acompañase a su habitación. Nos echamos sobre la cama y yo la oí hablar. Me decía que nunca pensó que pudiera querer a alguien como quería a Samuel Sandoval, pero que así era. Me dijo que quería volver a verlo, pero que no sabía cómo hacerlo sin que su padre se enterase. Yo misma me ofrecí a hacerlo. Pero no por ella, sino por poder robar unos minutos de la vida de Samuel y guardarlos para mí. Al fin y al cabo, era lo máximo que podía sacar de él. Le expliqué que cada martes a las ocho de la mañana me dirigía al mercado a encargarme de la compra de esa semana y daba orden de parte de Enrique Cristo de que la llevasen a la casa. Le dije que podía aprovechar aquel momento para desviarme hasta la casa de los Sandoval y dejar una nota a Samuel, de su parte. Sentí que me clavaba un puñal a mí misma, pero Adriana había sido buena conmigo y, a pesar del daño que me hacía, se merecía aquello.

»Adriana esperaba impaciente la llegada del martes mientras escribía y reescribía una nota que según ella nunca estaba perfecta. Finalmente, tomé su pluma, la introduje en la tinta y la escribí por ella. En ella citaba a Samuel Sandoval a las doce de la noche en la plaza del Pilar, un lugar oscuro, en la espalda del mundo. No se mostró muy convencida del sitio ni de la hora, pero al final la convencí. El lugar donde los había citado me permitiría espiarles y ver lo que ocurría.

»El martes amaneció nublado y chispeante de lluvia. Me dirigí al mercado como marcaba el ritual, con la nota escondida en mi vestido sucio de sirvienta. Cuando terminé de decir en cada puesto lo que debían llevar a casa de los Cristo, salí del mercado y puse rumbo a casa de los Sandoval. Cuando llegué a la puerta, saqué la nota del bolsillo y la leí de nuevo. El deseo de romperla y tirarla al suelo trepaba por mis venas, pero no lo hice. Se lo debía

a Adriana, pese a mis propios anhelos. Llamé a la puerta. Una doncella abrió. Pregunté por Samuel Sandoval y me dijo que esperase. Me senté en una de las sillas que había en la entrada y poco después vi aparecer a la doncella bajando las escaleras seguida de Samuel. Cuando me vio sonrió. La doncella desapareció.

»—Hola —saludó mientras tomaba mi mano y la besaba.

»—Puedes ahorrártelo —dije mientras sentía su piel rozándome.

»—Tal vez no quiera ahorrármelo.

»Saqué la nota del bolsillo y se la tendí.

»—Adriana me ha dicho que te traiga esto.

»La leyó.

»—Dile que iré.

»Asentí y me dirigí a la puerta. Volvió a cogerme la mano y me detuvo.

»—Gracias.

»No respondí. Salí a la calle y agradecí que el aire frío secase mis ojos. Cuando llegué a casa, me encerré en la cocina y no salí hasta las diez de la noche. Me dirigí a la habitación de Adriana.

»—¿Se la has dado?

»—Sí.

»—¿Lo has visto, pues?

»—Sí.

»—¿Qué ha dicho?

»—Que allí estará.

»Me dio un beso y las gracias. Observé como su nerviosismo iba creciendo según se acercaba la hora. Le dije que estaba cansada y que me retiraba a dormir. Salí de la casa y, entre las sombras, me dirigí con media hora de tiempo al lugar donde yo misma los había citado. Me escondí entre los arcos de la plaza. Poco después, oí unos pasos y vi llegar la silueta de Samuel. Fumó un cigarrillo sentado en uno de los bancos. Deseé que Dios me diese las fuerzas necesarias para ir con él, pero no llegaron.

»Cuando las campanas dieron las doce, Adriana apareció caminando lentamente hacia él. Cuando Samuel se dio cuenta de su presencia, se puso en pie y se dirigió hacia ella. Me sentí como una ladrona que les estaba robando aquel momento que solo les pertenecía a ellos y a la noche. Samuel tomó sus manos entre las suyas, acercó su rostro al de Adriana y ella le miró sin apartar los ojos, hasta que sus labios se unieron mientras Samuel acariciaba su rostro y su vida, como si hubiesen estado esperando ese momento incluso antes de

nacer. Samuel la cogió de las manos y la llevó bajo los arcos, demasiado cerca de donde yo me escondía. Sostuvo su rostro y le dijo algo al oído, unas palabras que no llegué a escuchar, palabras que yo creía merecer más que ella. Samuel retiró el pelo de su cuello y besó lentamente su garganta. Adriana se dejaba llevar y se aferraba a él, temiendo que se escapase. Entre abrazos y besos perdidos en el tiempo, permanecieron casi una hora hasta que las campanas del Pilar retumbaron de nuevo señalando la una, aunque parecían no haber pasado más de cinco minutos. Aquel momento perturbado por las campanas ya se les había escapado de las manos cuando apenas lo habían sentido y disfrutado, cuando ni su propio aliento helado se había llegado a desvanecer en el aire. Me quedé esperando hasta que sus sombras desaparecieron. Unos minutos después me dirigí a casa. Todo estaba en penumbra cuando llegué.

»Poco tiempo tardaron en darse cuenta de que aquellos encuentros no eran suficientes, aunque era lo único que poseían. Recuerdo haber encontrado a una Adriana metida en su cama contando los minutos que la separaban de su próximo encuentro mientras me decía llorando que lo quería, que lo quería más que a nada y a nadie en este mundo, y que no aguantaría mucho más tiempo disfrutando apenas un escaso espacio de la noche la cercanía de su piel y su boca para regresar sola a casa y volver a esperar, siempre esperar.

»Habrían de pasar muchos meses viéndose en encuentros furtivos a medianoche, de los que yo era un testigo invisible. Pasaban más días separados que horas juntos. Adriana me pedía que le hiciese llegar cartas que escribía para él cuando pasaban semanas sin verse. Samuel hacía lo mismo. No dejé de leer una sola carta, saltándome la intimidad de la que deben disfrutar todos los amantes. Llegué a aprender de memoria alguna de las cartas que Samuel le escribía mientras me engañaba pensando que aquellas palabras estaban escritas para mí. No sé por qué perdía el tiempo de esa manera.

»Adriana me confesaba cada vez más a menudo y entristecida sus anhelos y los deseos que habitaban dentro de ella de convertirse en su esposa y pasar con él el resto de su vida, y también me confesaba que él quería lo mismo. Me relataba sus encuentros, los encuentros que yo me aprendía de memoria cada vez que los espiaba, mientras creían encontrarse en la más absoluta clandestinidad.

»Cuando iba a casa de Samuel a darle la carta que Adriana había escrito para él y me entregaba la suya, siempre me preguntaba por ella y me pedía que la cuidase. Él deseaba lo mismo que ella. Ese silencio de sus encuentros se

desvanecía de vez en cuando, en las celebraciones a las que ambas familias eran invitadas. Adriana no dejó de pedirme que la acompañara como amiga.

»Ante Enrique Cristo debían disimular. Para él ni siquiera se conocían. Era cuando empezaba la hora del baile, después de miradas esquivas y torpes, cuando Adriana me pedía que la acompañase fuera de la sala a esperar que Samuel apareciese. Se escondían en alguna habitación hasta que la fiesta llegaba a su fin y se despedían hasta su próximo encuentro. Una de aquellas veces, cuando sabía que Adriana me pediría que la acompañase fuera de la sala a esperarle, no lo pude resistir y le dije que necesitaba ir al servicio. No quería ver otra vez a Samuel llevándose de la mano a Adriana a una de las habitaciones. Me refugié en una para invitados. De todas las habitaciones de la casa, tuvieron que escoger aquella misma. Destino maldito. Cuando oí ruidos, corrí a esconderme tras una puerta de aquella misma habitación que conectaba con otra. No cerré del todo mientras me quedaba escondida en la oscuridad.

»No pude evitarlo. Sabía que no debía hacerlo, pero lo hice. Pude ver como Samuel la apretaba contra la pared mientras bajaba su vestido, descubría sus hombros y lo dejaba caer al suelo. La recorría entera con los labios. Ella se aferraba a él mientras su respiración se aceleraba más al sentir sus labios y sus dedos. Adriana desabrochó los botones de su camisa y lo acariciaba con rabia. Cayeron abrazados al suelo. Samuel estaba sobre el cuerpo de Adriana. Ella cruzó sus piernas sobre su espalda y dejó que la clavase en el suelo con furia, embistiéndola fuerte, mientras devoraban sus miradas, sus labios y su vida, para acabar rendidos en el suelo envueltos en sudor, el uno al lado del otro, a la espera de otro de esos encuentros.

»Pero Samuel estaba cansado de aquello y quería ponerle fin cuanto antes. Las horas que le habían robado a la noche, entre las campanadas de las doce y la una, como en un cuento de hadas, apenas era nada para ellos. No tenían suficiente con verse a espaldas del mundo una hora que cada vez parecía más furtiva y escasa. No era bastante. Samuel sabía que su padre no podía soportar la presencia de los Cristo y que sus encuentros e invitaciones, en las que se veían ambas familias, no eran más que simple escaparate. Sabía que no aceptaría que su hijo se viera con una Cristo, al menos, en un principio, pero eso a él poco le importaba; hubiera hecho cualquier cosa con tal de poder estar con ella.

—Un martes por la mañana, como cualquier otro, Samuel abrió la puerta de su casa y me hizo entrar. Le había contado a su padre que estaba enamorado de Adriana Cristo y que quería dejar de verla en secreto para estar siempre con ella. Me contó que en primer lugar su padre le dijo que se había vuelto loco si pensaba que podía hacer lo que pretendía, que los Cristo eran malos, de mala sangre, y Adriana, por lo tanto, también. Era una más de aquella asquerosa y diabólica familia que malpagaba a sus empleados y los explotaba a cambio de una mísera limosna por jornadas diarias que podían llegar a las veinte horas. Le dijo que su hijo no se casaría ni tendría jamás relación alguna con una Cristo. Pero, por supuesto, Samuel no iba a dejarla escapar. Me pidió que saliera a buscarla y la llevara a su casa. Así que, apuñalando una vez más mis propios sentimientos, corrí a buscar a mi amiga y, sin decirle adónde nos dirigíamos, la saqué de su casa tirando de un brazo. La hice correr. Llegó exhausta a los escalones de los Sandoval. Cuando Samuel abrió la puerta y la vio tirada en las escaleras, corrió a levantarla. Con mi ayuda la metimos en casa. Una fuerte tos se había apoderado de su garganta y respiraba trabajosamente. Samuel la sentó frente al fuego y fue a llamar a su padre.

»—¿Qué ocurre? —me preguntó cuando nos quedamos a solas.

»Andrés Sandoval entró apoyándose en su bastón y, cuando vio a Adriana Cristo sentada en su sillón, la miró con asco y le preguntó qué hacía allí.

»—Padre, por favor, escúcheme —pidió Samuel.

»—¡No! No tengo nada que escuchar, ¡sácala de aquí!

»—Si la saco de esta casa, me iré con ella, padre. No olvide que a usted le ocurrió lo mismo con mi madre.

»—No la metas en esto, no tiene nada que ver.

»—Sabe que sí: sus padres nunca aceptaron que se casara con usted.

»Por lo que Samuel recordó a su padre, los Sandoval no tenían más que una pequeña guantería en la calle de San Vicente de Paúl. Y su hijo menor, Andrés, era el único que mostraba interés por el oficio que su familia había ido heredando de padre a hijo durante años. Su guantería tenía fama de ser la

más perfeccionista y meticulosa en su trabajo de toda Zaragoza, y eso hacía que fuese el lugar preferido de todos los pudientes de la ciudad.

»Aquella tienda tampoco era desconocida para los Abascal. Pedro Abascal tenía una hija de quince años, de cuya espectacular belleza se hablaba en todos los rincones de la ciudad. Y esa belleza no pasó desapercibida para Andrés Sandoval. Fue una tarde en la que la señorita Elvira Abascal se aproximó sola a la tienda a recoger un pedido que su madre había hecho mientras ella se quedaba ojeando la floristería de al lado. Algo pasó por la mente de ambos y supieron que su destino era estar juntos. En aquellos tiempos, no eran necesarias las palabras. Cuando tiempo después Elvira le confesó a su padre que se casaría con el heredero de una guantería, le partió los labios de un bofetón. Estando su hija tirada en el suelo y sangrando, le pidió perdón por lo que había hecho, pero le dijo que, si iba a casarse con él, no vería ni una peseta de la herencia que iba a ser repartida entre ella y su hermano Néstor, cinco años mayor. Con la esperanza de que su hija dejase de ver a Andrés, intentó asustarla con aquellas palabras que cayeron en el vacío.

»Finalmente, una mañana de agosto, Andrés Sandoval y Elvira Abascal se casaron en el Pilar; vivirían con los padres de él hasta que pudiesen comprarse una casa para ellos dos. Herido, y viendo que perdía a su niña, Pedro Abascal decidió poner el treinta por ciento de la herencia que recibiría su hijo a su nombre. El padre de Elvira no podía soportar ver a su hija en los brazos de alguien que era prácticamente un mendigo, en lugar de alguno de los hijos de familias pudientes con los que el resto de sus amistades habían conseguido casar a las suyas. No tardó en morir. Con lo que recibieron de la fábrica, cerraron la guantería y se embarcaron en una vida bastante parecida a la que Elvira estaba acostumbrada. Tiempo después nació Samuel.

»—Deja que tu madre descanse en paz y no la metas en esto —ordenó el señor Sandoval a su hijo.

»—Si le sirve de consuelo, señor Sandoval —intervino Adriana—, yo no soy una Cristo, sino la hija de Verónica Montenegro y de un lechero, del que desconozco hasta su nombre. Pero Enrique no ha querido que nadie se entere de que su mujer ha conseguido engañarlo como a un estúpido.

»Andrés Sandoval pensó durante unos minutos antes de continuar hablando.

»—¿Lo que dices es cierto?

»—Y agradecida de que sea así.

»Sandoval negó con la cabeza.

»—Aun así, vives bajo su techo desde que naciste, eres una de ellos, otra más.

»—Padre, siempre ha dicho que le recuerdo a mi madre, y no crea que dudaré un instante en marcharme con ella si no nos permite estar juntos. Lo único que le pido es que podamos estar aquí los dos, en su casa, que podamos vernos aquí. Sé que con el tiempo acabará queriéndola.

»Andrés Sandoval se sentó. Con la cabeza apoyada en su bastón, meditó sobre la situación que se le venía encima mientras miraba el retrato de su difunta esposa colgado sobre la chimenea.

»—Aquí ya no somos ricos, Adriana, no tenemos ni la mitad de las posesiones que tiene tu familia, y la vida de lujos que mi hijo ha podido saborear se deshace lenta e inevitablemente. Nunca tuve mano para los negocios: era su madre la que se ocupaba de todo. Cuando murió, todo se fue a pique. Ahora sobrevivimos con la ayuda de su tío Néstor.

»—No es eso lo que busco.

»Andrés dirigió una mirada a su hijo y, finalmente, mientras se levantaba apoyándose en su bastón, le dijo que hiciese lo que le viniera en gana, que siempre lo había hecho. Salió y cerró la puerta principal. Lo vimos pasar junto a la ventana. Samuel se aproximó a Adriana y tomó su rostro entre las manos.

»—Ya está.

»Salí de allí y los dejé a solas. No sé si se dieron cuenta de que me había marchado.

»¡Cómo deseaba yo ser ella! ¡Cómo deseaba que Samuel olvidase a Adriana y se fijase por una vez en mí! Las escasas palabras que había cruzado con él solo habían sido para hablar de Adriana. Quizá si se hubiese molestado en conocerme, si en alguna ocasión hubiese malgastado algún minuto conmigo, si yo hubiese tenido el valor suficiente para acercarme a él..., tal vez hubiese sido yo la que estuviera sentada a su lado.

»Solía acompañar a Adriana a casa de los Sandoval. Ella siempre me lo pedía. La mayoría de las veces Andrés estaba presente, vigilando. Íbamos a su casa y nos quedábamos en el salón principal. Al principio rehusó dirigirle la palabra a Adriana, creo que incluso la odió, pero viendo que su hijo se deshacía en deseos de estar con ella, acabó aceptándola y comenzó a mantener conversaciones con Adriana. Verdaderamente, ella no era una Cristo, no tenía nada que ver con la familia portadora de ese apellido. En ocasiones, Adriana le confesaba que odiaba a Enrique, que por su culpa su madre era infeliz y que ella misma estaba condenada a esconder cuanto hacía.

»Con los meses, Andrés aprendió a quererla, y finalmente a aceptarla como una posible esposa para su hijo. Parecía que a Adriana no le importaba en absoluto la escasa fortuna que parecía quedarles, tan solo las migajas de lo que alguna vez habían sido.

»Néstor, el tío de Samuel, había tomado la costumbre de pasar largas temporadas en casa de los Sandoval desde que Elvira había muerto. Él también había enviudado joven y no tenía hijos, así que, cuando no estaba dirigiendo la empresa que su padre le había dejado en herencia, estaba con ellos; a fin de cuentas, la única familia que le quedaba. Siempre había tenido buena relación con Andrés y, al mismo tiempo, veía en su sobrino a su propio hijo. Néstor, al igual que Andrés, no vio con buenos ojos aquella extraña relación que su sobrino mantenía en secreto con la hija del negrero de Cristo. Pero, a su pesar, Adriana se hacía querer y no tardó en quererla a ella también. No veía en Adriana a una niña rica y estúpida, como eran las otras hijas de los Cristo o de cualquier otra familia acaudalada. Ella no tenía nada que ver con los otros. Hasta que llegó el momento en que ni Andrés ni Néstor eran capaces de imaginarse a Samuel sin tener a esa mujer a su lado. Samuel siempre había sido un chico solitario y encerrado en sí mismo, sobre todo tras la muerte de su madre. Ahora, con Adriana a su lado, padre y tío podían ver a un Samuel más animado y distinto. Entre los dos jóvenes había un futuro de complicidad.

»—Cuando era un crío, lo llevamos a un especialista pensando que era autista —solía bromear Andrés.

»En lugar de tener profesores privados que lo instruyesen en casa, para intentar que se relacionase con otros chicos lo habían llevado al colegio, pero todos los intentos habían sido en vano. Samuel no mostraba interés alguno en tener amigos; era feliz rodeado de libros. Le gustaba estudiar cuanto le ponían por delante. Su profesora visitó a sus padres en alguna ocasión para decirles que su hijo perdía el tiempo en un colegio como ese, que sería mejor para él tener profesores en casa que siguieran su ritmo en lugar de ser al revés, pero sus padres dejaron que siguiese yendo al colegio para ver si hacía amigos. Nunca lo consiguió ni lo intentó.

»Samuel solía pasar los veranos en una granja que poseía su tío en la provincia de Teruel. Había aprendido a ordeñar vacas, a cepillarlas y a montar y cuidar de los caballos. Parecía que disfrutaba más en el campo que en ningún otro lugar. Y cada verano regresaba allí para volver a Zaragoza el uno de septiembre, día de inicio de las clases.

»—Cuando volvía de la granja, siempre decía que cuando tuviera dieciséis años le pediría a su tío trabajar allí —dijo Andrés.

»—Sí, pero cuando cumplió los dieciséis no lo hizo —apuntó su tío.

»Elvira Abascal murió cuando Samuel tenía once años. Una meningitis la obligó a permanecer durante un mes encerrada en su dormitorio, al que solo accedía su marido para cambiarle la ropa y darle de comer. Samuel quería estar con su madre, pero la enfermedad que sufría lo mantuvo alejado de ella durante sus últimos días. Solo la vio en una ocasión, cuando, desde detrás de la puerta, oyó al doctor decir que no se podía hacer nada por ella y que sus órganos habían comenzado a apagarse. Entró en la habitación y vio el cuerpo de su madre tendido sobre la cama, teñido de un color blanco fantasmal. Le gritó que no se fuese a ninguna parte, que se quedara con él. Mientras pataleaba, su padre se apresuró a sacarlo de allí para que no contrajese la enfermedad. Perder a su madre fue lo que hizo que un niño ya de por sí solitario se convirtiese en alguien todavía más encerrado dentro de su mente y de los libros de la escuela. Hasta que la encontró a ella.

»Sentía que aquellas personas eran mi familia. Los meses pasaban. Adriana no dejó de pedirme ni un solo día que fuese con ella. Una tarde en la que el frío era especialmente espeso y el silencio reinaba en cada rincón y en cada esquina, padre y tío entraron a calentarse cerca del fuego junto a nosotros, con una media sonrisa que intentaban ocultar. Adriana y Samuel llevaban dos años escondiéndose del mundo y, sobre todo, de Enrique Cristo. Adriana siempre repetía lo mucho que odiaba a su padre y el hecho de tener que vivir bajo su techo. A Samuel le gustaban las vacas. Se daba la coincidencia de que el padre biológico de Adriana trabajaba en una vaquería. No pudieron evitar reírse cuando lo tuvieron todo claro y perfectamente planeado en su mente. Néstor les ofreció su granja para vivir. La granja que tanto le gustaba a Samuel. Les dijo que podían casarse en la iglesia del pueblo y vivir allí, alejados de todo y, sobre todo, de Enrique Cristo. Adriana tardó unos días en asimilar aquella noticia que parecía su salvación y la respuesta a todos sus problemas. Era sencillamente perfecto. Nadie lo hubiese podido planear mejor. Ni Adriana ni Samuel se esperaban aquel regalo.

»—Carolina vendrá con nosotros, si ella quiere —dijo Adriana.

»Cuando estaba convencida de que Adriana ya no me necesitaba, dijo que quería que me marchase con ellos. No podía creerlo. No pude evitar echarme a llorar por su oferta. Adriana siempre me había visto como una amiga, incluso en los momentos en los que yo la había odiado por conseguir tener

entre sus brazos al hombre que yo quería. Incluso en aquel momento, en el momento en que veía próximo su futuro al lado de Samuel, se había acordado de mí. Néstor lo prepararía todo. Haría llegar a su granja la noticia de que su sobrino se casaba y se instalaba allí con su esposa. Debían tener todo preparado para su llegada, la casa limpia y las habitaciones dispuestas para ser ocupadas. Néstor se encargaría de que no les faltase de nada, igual que ya hacía en Zaragoza.

»Lo único que debía hacer Adriana era escribirles una carta cuando llegasen a Teruel, a la dirección de Sandoval, y él mismo se encargaría de hacerla llegar a la casa de los Cristo. En esa carta explicaría que se había marchado de España y que no volverían a verla. Todo ello tendría lugar en pocas semanas. Aquella tarde, Adriana y Samuel se despidieron con un beso en los labios que ni el mejor pintor hubiera sido capaz de reproducir. Un beso como el de cualquier otra tarde, a la espera del día siguiente. Tenían el perfecto futuro en sus manos con la ayuda de Andrés y Néstor. Pero aquella noche nadie sospechaba lo que Adriana se encontraría al regreso a su casa.

»Entramos en casa de los Cristo y pudimos ver a Selene en lo alto de las escaleras. Parecía que nos estaba esperando, más concretamente, esperando a Adriana con una sonrisa lobuna estampada en su cara. Adriana la vio. Cuando se cruzaron en lo alto, Selene alzó la cabeza, sosteniendo aquella sonrisa, y bajó las escaleras.

»Nos metimos en el dormitorio. Adriana comenzó a hablar de lo perfecto que sería todo. Estaba feliz. No creo que todavía fuese verdaderamente consciente de lo que estaba pasando. La visión de vivir junto con Samuel lejos de Cristo la llenaba de vida. Yo quería ir con ella, pero, por otro lado, no seguiría siendo más que una doncella. Por mucho que Adriana me viese como su amiga, para Samuel no sería más que esa doncella que un día se hizo amiga de Adriana, la que los mantuvo en contacto durante un año y la acompañante de Adriana hasta su casa durante otro. Sabía que nunca podría verme como yo quería que lo hiciese, pero acabé convenciéndome de que era mejor que nada. Estábamos las dos en su dormitorio, pensando cómo sería nuestra nueva vida lejos de esa casa, cuando se oyeron unos gritos desde el piso de abajo. Tampoco era nada fuera de lo normal. Enrique parecía disfrutar gritando a su mujer. Adriana simplemente se limitó a decir:

»—Ya está otra vez. Qué ganas tengo de irme, de que nos marchemos los tres.

»Oímos unos pasos rápidos por el pasillo. Enrique Cristo abrió la puerta del dormitorio de golpe. Tenía los ojos enrojecidos y los dientes afilados.

»—¡Eres una puta! ¿Cómo te has atrevido? ¡Igual que tu madre, igual que tu padre!

»Mientras le gritaba rabioso aquellas palabras, la cogió por las muñecas para evitar que se defendiese y la abofeteó. Ella gritaba. Me abalancé sobre él para evitar que siguiera golpeándola, pero no se puede luchar contra una bestia hambrienta. Me derribó al suelo y la arrastró por la habitación sin soltarle las muñecas mientras le pateaba la espalda. Se le rasgó el vestido, que se enganchaba en el suelo de madera, y se le clavaron astillas por todas partes. Cuando descargó su ira contra ella, la soltó y la dejó en el suelo, rota, envuelta en dolor y llanto. Su vestido blanco estaba manchado con su sangre. Se cubría la cabeza con las manos.

»—Si vas a ser una puta, te enseñaré con quién debes serlo.

»Dicho esto, desapareció y cerró la puerta dejándonos dentro, atrapadas. Fui a su lado sin comprender lo que pasaba. Adriana lloraba y temblaba de miedo. La abracé y le dije que aquella era la última vez que iba a ponerle la mano encima, que se escondiese en casa de los Sandoval hasta que se marchasen.

»Asintió.

»Le quité el vestido y, humedeciendo una sábana en el agua de un jarrón, le limpié las heridas y saqué lo más delicadamente que pude las astillas. Saqué el camisón del armario y la ayudé a ponérselo. Apagué la luz y nos metimos en la cama. Todo se había calmado. Empezó a quedarse adormilada. Oímos la puerta principal y lo que parecía el ruido de varias personas al caminar. Adriana pegó un salto y salimos de la cama.

»—Está aquí otra vez —dijo temblando.

»La puerta se abrió. Cristo entró y encendió la luz. Alguien venía con él. Me resultaban familiares. Tal vez de las celebraciones, tal vez los babosos que Enrique enviaba a Adriana en las fiestas. Aquellos que él creía podrían convertirse en un buen marido para su hija y a quienes obligaba a obedecer. No mostraron escrúpulos ninguno de ellos. Fue entonces cuando entendí lo que Cristo quiso decir cuando se marchó y nos encerró, «si vas a ser una puta, te enseñaré con quién debes serlo». Solo de pensar lo que la esperaba me estremecí. Los tres se acercaron a Adriana. Ella temblaba y caminó hacia atrás hasta chocar con la cama.

»—No, padre, no. Por favor.

»Apenas le quedaba un hilo de voz para decirle aquello.

»—Enseñadle que siempre se debe obedecer a un padre y nunca engañarle.

»En medio de sus gritos, dos de ellos la tomaron de los brazos mientras el tercero le arrancaba el camisón y la dejaba desnuda. Yo estaba inmóvil.

»—¡Dejadme! —gritaba Adriana con fuerza mientras sentía sus garras sobre su cuerpo. Su mirada se cruzó con la mía. Le pedí a Dios que la ayudara.

»—¡Ayúdame! ¡Ve a buscarlo! Dile que me saque de aquí.

»Salí corriendo mientras Enrique se quedaba contemplando la escena. Adriana, tumbada sobre la cama, era devorada en vida entre arañazos y gemidos de dolor, y obligada por la fuerza a satisfacer las ansias de mujer de tres bestias, una tras otra. Según Enrique, eso era lo que Adriana se merecía. Así aprendería.

»Salí y corrí por las oscuras calles descalza. Las piedras frías de las aceras helaban mi piel. No podía quitarme esa imagen de la cabeza. Incluso ahora, después de tanto tiempo, se sigue repitiendo aquella noche en mis sueños. Corrí tan rápido como me fue posible hasta llegar a casa de los Sandoval. Golpeé la puerta con fuerza y llamé a gritos a Samuel. No tardaron en encenderse las luces. Samuel abrió la puerta.

»—¿Qué ocurre?

»—Es Adriana —logré balbucear.

»—¿Qué le pasa? —Apretó mis manos.

»—La están matando.

»—¿Dónde? —gritó.

»—En su casa.

»Salió corriendo. Andrés y Néstor ya bajaban las escaleras, pero no me esperé y seguí a Samuel. Cuando llegué a la casa me encontré con la puerta abierta y luz en el interior. No había ruido. Subí las escaleras. La habitación de Adriana estaba abierta. Enrique miraba desde el pasillo. Adriana estaba tumbada en el suelo, había cubierto su cuerpo desnudo con una sábana y trataba de contener la hemorragia. La sangre brotaba de entre sus muslos tiñendo el blanco de rojo. No había rastro de ninguno de los tres violadores. Samuel sostenía su cabeza mientras ella intentaba aferrarse a él con una fuerza que ya no llegaba. Apenas podía abrir los ojos para mirarlo. Samuel tenía la cara arrugada por el llanto, intentaba tranquilizar a Adriana y acariciaba su rostro.

»—No tengas miedo, nos iremos lejos, no te preocupes. Ahora vendrá el doctor y te curará.

»Adriana sonrió mientras su último aliento le permitía un último deseo.

»—Dame un beso —pidió.

»Samuel se acercó a ella y rozó sus labios, que estaban fríos.

»Oí pasos por el pasillo: eran guardias civiles que subían por la escalera. Alguien se identificó como miembro de la Brigada Criminal. Entonces comprendí el plan que Enrique Cristo había tejido.

»Había descubierto que su hija se veía con Samuel Sandoval; aunque de esto me enteré más tarde, cuando Tatiana me lo contó. Enrique no podía aceptar que su hija, al igual que su esposa hacía dieciocho años, lo hubiera engañado en algo como eso. Su hija estaba viéndose con Samuel Sandoval, el hijo de su mayor enemigo, a sus espaldas, desde hacía tiempo. Debía enseñarle la lección, igual que se la había enseñado a Verónica. Debía mostrarle que nunca sería libre, que, a pesar de no ser su hija, siempre estaría bajo su dominio y nunca podría tener lo que ella quisiera, tan solo lo que él le permitiese tener. Y qué mejor forma de hacerle aprender que con quien él había elegido para ella. Fue a buscarlos mientras nos tuvo encerradas en el dormitorio, y sabía que cuando yo viese lo que estaba a punto de ocurrir iría en busca de ayuda, en busca de Samuel. No podía ser de otra manera. Por eso, cuando Adriana me dijo que fuera a buscarlo, Cristo no me lo impidió. Cuando Samuel llegase a la casa, aquellas bestias ya habrían acabado y se habrían marchado. Llamó a la Guardia Civil y los avisó de que algo ocurría en su casa, que alguien había entrado en ella y se había encerrado en el dormitorio de su hija: Samuel. Él pagaría por todos, y su hija jamás volvería a verlo. No opuso resistencia cuando lo levantaron del suelo y le pusieron las esposas. Dejó que se lo llevaran. Adriana todavía estaba viva cuando se llevaron a Samuel. Lo miraba desde el suelo, intentando extender la mano. Él le sonrió amargo.

»El de la Brigada Criminal se acercó hasta Adriana y le tomó el pulso. Ella intentó decirle algo, pero ya no salió aliento de su boca.

»Adriana tenía los ojos entreabiertos. Yacía inerte. Su piel blanca, pálida, estaba manchada de rojo, de su propia sangre. La habían desgarrado, y ningún médico hubiera podido hacer nada por ella. Enrique entró en la habitación y la miró.

»Contempló el cadáver de su hija, que parecía mirarlo, mientras negaba con la cabeza.

»—No, esto no. No debía ser así. Solo era una lección —dijo mirándome—. Solo era una lección.

»Aquel hombre se puso en pie y le dijo que su hija acababa de morir.

»Lo que Enrique no había previsto era que un ataque así pudiera acabar con ella. No imaginó que aquello pudiera llegar tan lejos y que Adriana muriera. Pero así fue. El de la Brigada Criminal ya estaba tomando declaración a Enrique. Le decía que ese chico se había llevado a su niña. Me dirigí hacia él, dispuesta a contarles lo ocurrido, pero la mirada de Enrique me lo dijo todo. Cuando terminó de hablar me cogió del brazo y me sacó a rastras.

»—Como regreses por aquí, te mataré de la misma forma que a Adriana.

»Se llevaron a Samuel en un coche.

»Me quedé oculta entre las sombras. Un rato después, no sé cuánto, Cristo salió de su casa y me abalancé sobre él. Me empujó y caí al suelo. Fue entonces cuando ese periodista me pidió que le esperase. Obedecí. Vi regresar a Cristo a su casa, y poco después al periodista. Nunca debí ir a su casa; creí que serviría de algo. Cuando me amenazó le di dos patadas y pude escapar. Al único sitio donde podía dirigirme era la casa de los Sandoval. Llamé. No había nadie para abrir. Esperé sentada en las escaleras. Al alba, Andrés y Néstor regresaron. Les pregunté por Samuel y me dijeron que estaba en uno de los calabozos de la Guardia Civil. No les habían dicho por qué lo habían llevado allí y les conté lo sucedido.

»—¿Adriana está muerta? —preguntó Andrés.

»Asentí.

»—Nadie creerá que eso ocurrió así. Estamos hablando de Cristo —dijo Néstor.

»—No puede saberlo. Si Samuel descubre que Adriana está muerta, se hundirá y se dejará morir.

»Andrés y Néstor se quedaron pensando en lo que podían hacer. Salí de allí y me dirigí al cuartel de la Guardia Civil. Pregunté por Samuel Sandoval y me abrieron una verja que cerraron tras de mí. Vi a los presos en las celdas. Busqué a Samuel. Lo encontré tirado en el suelo, acurrucado sobre sí mismo.

»—¡Samuel! —llamé.

»Reconoció mi voz. Esbocé una sonrisa, pero se desvaneció cuando se acercó a la luz. Tenía el rostro hinchado y el ojo izquierdo prácticamente enterrado en su misma carne. Quedaban restos de sangre en su cara, bajo la

nariz y la boca. Se agarró a los barrotes de hierro que nos separaban. Tenía las uñas negras de la sangre apelmazada. Le habían pisado la manos.

»—¿Cómo está? —preguntó.

»Quise decirle que ya no estaba con nosotros, pero obedecí a Andrés contra mi voluntad.

»—Se la han llevado. A Madrid, allí la curarán.

»Sonrió. Me dijo que esperase y desapareció en el fondo de aquellos escasos metros, donde la luz no llegaba. Cuando regresó me tendió una carta que había escrito con el papel que le habían dado los guardias.

»—Házsela llegar.

»Tomé la carta y la metí en el bolsillo. Justo a tiempo para que el guardia que venía a buscarme no la viese. Salí de allí. Hablaban entre ellos, decían que Cristo había dado orden de que no le permitieran recibir visitas.

»Una vez en la calle, no sabía qué hacer con la carta. Esa no la leí, ni el resto de las cartas que le siguió escribiendo durante años, pensando que las recibía. Dos días después la llevé al cementerio. Se la entregué, tal como me pidió.

»Durante diez días no nos dejaron ver a Samuel. Andrés y Néstor iban cada día y preguntaban por qué no podían verlo. No les dije lo que había escuchado. Se habían puesto en contacto con un abogado que residía en la plaza Aragón y les aseguró que no había denuncia puesta contra ningún Samuel Sandoval y que tampoco constaba que estuviese encerrado en los calabozos de la Guardia Civil. Cuando le contamos lo sucedido, nos dijo que nos ayudaría, pero, cuando oyó el nombre de Enrique Cristo, no volvimos a saber de él. No abría la puerta ni respondía a las llamadas. Estuvimos diez días metidos en casa, dando un brinco cada vez que sonaban unos nudillos contra la puerta.

»Se convirtió en una tortura. En más de una ocasión pensé que Andrés acabaría perdiendo la cabeza. Se encerraba en su habitación y golpeaba las paredes con su bastón. Once días después de no poder estar seguros ni siquiera de dónde estaba Samuel, alguien, de madrugada, lo dejó en las escaleras de la casa y llamó a la puerta. Andrés encontró su cuerpo frío, semidesnudo y amoratado. Apenas quedaba algo de él en ese cuerpo. Llamó a Néstor a gritos. Yo también me desperté. Los vi intentando levantar su cuerpo, que se les resbalaba de las manos porque caía aguanieve del cielo. Bajé las escaleras y los ayudé como pude. Lo llevamos a rastras hasta la habitación principal. Néstor comenzó a prender el fuego en la chimenea. Puse sobre él la manta que llevaba sobre los hombros y lo froté suavemente con ella,

intentando que entrase en calor. Todo su cuerpo estaba hinchado y amoratado. Aquellos diez días no había hecho otra cosa que recibir una paliza tras otra. Corrí a la cocina y llené un balde de metal con agua, cogí un trapo y regresé. Samuel había agarrado la manta con los puños mientras continuaba temblando. Coloqué el balde sobre los troncos y dejé que se calentara el agua. Andrés intentaba calmarlo.

»—Hijo mío —decía sujetándole el brazo—, estás en casa. Estás en casa. Lo mataré, acabaré con Cristo.

»—No acabarás con nadie, ¿quieres que te pase a ti lo mismo que a él? —dijo Néstor.

»—He dicho que lo mataré.

»Néstor lo arrastró fuera de la habitación para intentar calmarlo. Cuando el agua se calentó, humedecí el trapo y comencé a limpiar los restos de sangre que cubrían a Samuel. Se asustó cuando la tela rozó su piel, pero el agua tibia lo calmó.

»—Tranquilo —susurré.

»—¿Adriana? —preguntó intentando tocarme.

»Sentí que algo se rompía dentro de mí.

»—Sí, soy yo —respondí. Se volvió unos centímetros. Continuaba temblando. Estaba tan aturdido que cuando me miró a través del único ojo que le permitía ver algo, vio en mí a Adriana y me sonrió mientras apoyaba su mano sobre mi rostro. Me acerqué a sus labios amoratados y por una vez los probé. Cuando terminé de limpiar sus heridas y la sangre seca, el agua estaba negra. Dejó de temblar por el frío. Antes de que se quedase dormido, entre todos conseguimos llevarlo a su habitación y tapanlo en la cama.

»Con las primeras luces del amanecer, Néstor acudió en busca de un doctor que pudiera examinarlo. Cuando llegó nos pidió que saliésemos de la habitación. Él no salió hasta más de media hora después. Se dirigió a Andrés y le explicó que parecía haber recibido una paliza tras otra durante varios días. Que, por suerte, no tenía nada roto, que la fiebre por las infecciones de las heridas acabaría remitiendo en unos días y que los delirios se irían con ella. Durante cinco días lo limpié, curé sus heridas, le di de comer y le hice beberse los medicamentos. Cuando la fiebre le subía y sentía que había alguien a su lado, llamaba a Adriana. Le dije a Andrés que debíamos decirle que estaba muerta cuando mejorase, pero se negó en redondo. El quinto día se despertó sin fiebre y parecía haber recobrado el color. Yo fui la que estuvo cinco días al lado de su cama, secándole el sudor de la frente y limpiando sus

heridas. Yo fui la que consiguió que sobreviviese. Cuando se despertó y me vio, lo único que me preguntó fue dónde estaba Adriana.

»—Está en Madrid —dije.

»—No, ha estado aquí. Estuvo conmigo.

»—Delirabas por la fiebre. Se llevaron a Adriana a Madrid para curarla, no he vuelto a verla.

»Entre su tío, su padre y yo conseguimos mantenerlo en cama una semana más. Cuando Andrés le preguntó sobre lo ocurrido aquellos diez días, dijo que apenas recordaba nada, tan solo un golpe en la nuca y después oscuridad y frío, hasta que se despertó en su casa. Era mejor así.

»Lo que quedaba de la fortuna de los Sandoval, o, mejor dicho, de Néstor Abascal, no tardó en resentirse. Néstor decía que estaba cansado, que ya no quería ser un empresario vigilando todo el día papeles y negocios. No sé si eso era verdad o simplemente una excusa para no ver como se derrumbaba el imperio que su padre había levantado con trabajo y sudor para dar a sus hijos una vida alejada del trabajo físico y de la pobreza.

»Samuel quería regresar a la casa de Adriana y dar con ella, pero no le dejábamos salir de su dormitorio. No se puede dejar a un perro encerrado en una jaula. Una madrugada oí la puerta principal cerrarse de un portazo. Durante un segundo no le di importancia, pero enseguida me di cuenta de que seguramente se había marchado. Salí de la habitación en la que me habían acomodado y fui a la de Samuel. Su cama estaba vacía. Bajé las escaleras y salí a la calle. No había rastro de él. Caminé en dirección a la casa de los Cristo con el aliento congelándose a mi paso por las heladas calles.

»Cuando llegué era tarde. Samuel había trepado por la verja y estaba en la puerta de entrada, comprobando si estaba abierta o cerrada. Una luz se encendió y pude ver la silueta de Cristo que lo observaba desde lo alto. Él no se daba cuenta. Cuando Cristo se retiró de la ventana, intenté llamarlo en un susurro, pero no pudo o no quiso oírme. De pronto, mientras Samuel merodeaba por las ventanas de la casa intentando ver algo, la puerta principal se abrió y pude ver como Cristo, en pijama y con un bastón en la mano, se lanzaba contra él. Samuel pudo parar el primer golpe, pero todavía estaba débil y cayó al suelo. Contra el segundo golpe no pudo hacer nada, ni contra el siguiente.

»—Te mataré —gritaba ansioso Enrique mientras lo golpeaba.

»Cuando se cansó de apalearlo, se dirigió a la verja. Intenté esconderme, pero me vio. Me cogió de las muñecas, al igual que a Adriana.

»—Pensaba sacarlo yo mismo de mi jardín, pero me vas a hacer tú ese trabajo. Y, de paso —dijo acercando su cara a la mía—, le adviertes que acabaré con él, aunque antes quiero divertirme.

»No dudé de que sería capaz de hacerlo; ya lo había conseguido con Adriana. Me soltó. Antes de meterse en la casa, le dio una patada en la espalda mientras Samuel se arrastraba. Luego desapareció. Pasé su brazo sobre mis hombros, lo saqué de allí como pude y llegamos a su casa. Lo subí a su habitación y lo tendí en la cama. Cuando fui a desabrocharle la camisa para ver si tenía nuevas heridas, me dijo que me apartase.

»—Tú sabes dónde está y no quieres decírmelo.

»—Te lo dije, en Madrid.

»—Dime la dirección, iré a por ella.

»—No la sé.

»—Me dijiste que le entregaste la carta que le escribí.

»—Claro que lo hice.

»—Entonces sabes dónde está. Si no vas a decírmelo, déjame en paz.

»Pude ver en los ojos de Samuel que haría cualquier cosa por volver a estar con Adriana. Parecía que no le importaba que su vida corriese peligro, que las palabras de Cristo y sus golpes no habían sido suficientes. Yo no iba a permitir que me lo quitara a él también; ya me había robado a Adriana. Mientras Samuel dormía, les conté a Néstor y a Andrés lo que había sucedido. También comprendieron que Enrique no pararía hasta destruirlo, pero quería hacerlo él y disfrutar con ello, por eso no le había puesto denuncia alguna, por eso había hecho que no recibiese ninguna visita cuando estuvo encerrado, y por eso había ordenado que lo soltasen y lo dejaran en las escaleras de la casa: quería destruirlo en vida, lentamente. Ninguno de nosotros podía creer que el odio hacia los Sandoval pudiese ser tan grande. No se entendía. Cuando terminé de contarles lo sucedido, Néstor respiró hondo, se sentó en una silla y comenzó a relatarnos lo que haríamos.

»—El plan continuará igual. Sin ella, pero continuará igual. Samuel se marchará a Teruel y se quedará allí, lejos de Enrique y de Adriana. Lejos del peligro. Yo me marcharé con él y lo dejaré todo listo. Después regresaré, y cuando Cristo o alguien venga a por él, le diremos que una noche se marchó y no volvimos a verle.

»—¿No es mejor que sepa que Adriana...?

»—No —intervino tajante Andrés—. Eso no debe saberlo. Júranos que no se lo dirás, Carolina, hazlo por él, porque le quieres.

»Me sorprendió que Andrés lo supiera. Asentí. Prefería tenerlo lejos que muerto.

»Encerramos a Samuel en la habitación para asegurarnos de que no volviera a marcharse. Cuando intentaba abrir la puerta golpeándola, arañándola, llamando a Adriana, Andrés le decía que podría salir cuando se recuperara. Nunca lo hizo. Nunca se recuperó de su ausencia.

»Un atardecer, Néstor entró en su habitación y le explicó el plan: se marcharían aquella noche, en el tren de las doce en punto. Se limitó a asentir mientras miraba por la ventana. Le hice la maleta y la dejé al lado de su cama. Permanecía inmóvil, mirando al cielo. Me acerqué a él y apoyé la mano sobre su hombro. La apartó de golpe. Yo sola había conseguido que me odiase. Resignada, oí su voz por última vez en mucho tiempo.

»—Si le escribo, ¿te encargarás de que le lleguen las cartas?

»No se molestó en mirarme.

»—Sí.

»Por supuesto que sí, no podía negarme. Salí de allí y me encerré en mi habitación. Eché la llave, cosa que nunca hacía, me tumbé en la cama y cerré los ojos. Intenté soñar que con el tiempo se le pasaría y dejaría de odiarme. Pensé que parte de mí se iría con él en el tren. A las once de la noche se marcharon. Me apresuré a asomarme a la ventana. No se veía nada. Solo se oía el eco de sus pisadas. Me senté en la mecedora junto a la ventana y me quedé allí, acunándome un par de horas, incapaz de pensar en nada. Bajé a la cocina a tomar un vaso de agua. Andrés, en la sala principal, había encendido el fuego y, sentado en el suelo, repasaba un álbum de fotografías. Cuando me vio asomar le pedí disculpas. No me pidió que me marchara, sino que me sentara a su lado. Me enseñó las fotografías de la familia. Se veía a una joven Elvira Abascal con unos guantes cubriendo sus manos, y a su lado, con la ropa sucia de barro, a un Samuel de cinco o seis años. En otra fotografía se podía ver a Samuel abrazado a su padre y dormido. La mayoría de las fotos estaban hechas en el campo, en la casa de campo de Teruel. Se veía a Samuel crecer a lo largo del álbum. Andrés me lo cedió y me dijo que se quedaría en su habitación hasta que amaneciese. Me quedé sentada, al calor de las suaves llamas, viendo las fotos color sepia. Disfruté con aquella parte de la vida de Samuel plasmada para siempre, hasta que llegué a la última fotografía, fechada el día de su dieciséis cumpleaños. Era una fotografía captada de lejos, como desde el fondo de la sala. En ella se lo veía en la mesa más alejada al lado de su padre. En una mesa más cercana, estábamos Adriana y yo. Parecía que ellos

se miraban. Cogí la foto, la lancé al fuego y miré como se consumía y el rostro de Adriana desaparecía.

»Nunca vino nadie preguntando por Samuel Sandoval. Ni desconocidos ni Cristo. Andrés estaba tranquilo por ello y pensaba que todo se había olvidado, pero yo sabía que Cristo merodeaba por las noches y se quedaba observando las ventanas, esperando verlo aparecer. Una de aquellas noches esperé a que llegara para salir a la calle y enfrentarme a él. Tomé aire y salí. Se volvió cuando oyó la puerta. Por la expresión que puso, debía de ser la última persona a la que esperaba ver allí. Me acerqué a él. Sonreía altivo, tal como Selene sonrió aquella noche.

»—Está muerto —dije—, deje en paz la casa. Déjenos en paz. Ya ha conseguido lo que quería.

»No sé si llegó a creérselo, pero no regresó nunca más.

»Dos semanas después, Néstor regresó y nos dijo que todo había salido bien. Que Samuel estaba bien escondido allí.

»—Ese pueblo tiene la población con la edad más avanzada del mundo; ni la muerte irá a buscarlo allí.

»Un mes después de que regresara, llegaron dos cartas, una a nombre de su padre y otra al mío. Sin remitente. Tomé la carta y la llevé a mi habitación. Pensé que quería disculparse, que quería pedirme perdón por cómo me había tratado los últimos días que había estado allí, pero una vez más me equivoqué. Me tumbé en la cama dispuesta a leer la carta que me había enviado. Cuando abrí el sobre, vi que había dentro otro sobre cerrado en el que ponía «Adriana».

»Cómo deseaba decirle que estaba muerta, que se olvidase de ella de una maldita vez y que continuase viviendo. En contra de mi voluntad, llevé la carta al cementerio. Pensé que el viento se había ocupado de hacer desaparecer la que había dejado allí, o que tal vez Cristo la hubiese encontrado. No cesó de escribir cartas y enviármelas todo el tiempo que estuvo en Teruel.

»Néstor hacía visitas a Samuel al menos tres veces al año. A su regreso, siempre decía que estaba bien. Yo vivía con ellos mientras cumplía con los servicios de una doncella, aunque siempre me repetían que no hacía falta, que no estaba allí como empleada. Nunca sabré por qué me permitieron entrar a vivir en su casa y convertirme en una más. Tal vez también fuese por Adriana.

»Adriana, Adriana, ¡siempre era Adriana y siempre se hablaba de la pobre Adriana! Llegué a no poder soportarlo.

»Las piernas de Andrés habían empeorado en poco tiempo y apenas podía valerse por sí mismo ni caminar por la casa. Néstor habilitó la parte de arriba como si fuese una vivienda independiente. Hizo instalar una cocina y una de las habitaciones se convirtió en el salón de estar. Yo me encargué de mover todo lo que estaba en el piso de abajo a la primera planta. Cuando la guerra estalló, Néstor no dejó de visitar a Samuel, pero en uno de esos viajes, el tren explotó. La radio decía que habían lanzado una bomba desde el cielo y había caído sobre el tren. Nunca volvimos a verlo.

»Con la muerte de Néstor y la guerra llegaron el hambre y el miedo a todos los rincones. Cuando no se escuchaban disparos en las calles revueltas, llenas de cadáveres que se acumulaban por todas partes y fachadas salpicadas de sangre, salía a buscar comida, la escasa comida que se podía conseguir.

»A finales del 36, Andrés ya no podía caminar y se había confinado en su dormitorio. Yo lo cuidaba. Cambiaba las sábanas, le lavaba, le daba de comer, le mostraba el álbum de fotografías y le leía las cartas que Samuel le escribía, con el sonido de la guerra al otro lado de las paredes. Nunca preguntaba por mí y, sin embargo, yo continué siéndole fiel, llevando al cementerio sus cartas.

»Una mañana oscura y gélida me desperté temblando de frío y con el estómago vacío. Fui a la habitación de Andrés y le eché mi manta por encima mientras dormía. Salí a la calle en busca de carbón o madera para el fuego y a pedir comida a alguna parte. Regresé dos horas después con las manos heladas y enrojecidas. Encendí el fuego y puse agua a calentar. Entré en el dormitorio de Andrés. No respiraba. Tenía los ojos abiertos y una nota entre las manos: «Hay dinero en el armario, compra un pasaje de tren y márchate con él».

»De todas formas, lo habría hecho igualmente. Hacía tiempo que la idea de marcharme de una Zaragoza llena de cadáveres, sangre, ratas, suciedad, miseria, hambre y ruido de armas en medio de la noche me llegaba hondo. Además, quería ver a Samuel. Saber cómo se encontraba. Abrí el armario y busqué entre las ropas dobladas, donde yo misma había colocado el sobre. Tomé el dinero y me dirigí a la estación. Regresé con el billete de tren escondido en el bolsillo y me encerré en casa. No sabía qué hacer con el cuerpo de Andrés, así que, sencillamente, lo dejé allí. Tan solo entré en su dormitorio para asegurarme de que la ventana quedase bien cerrada, tomar la manta con la que lo había tapado y, por última vez, darle las gracias por haberme acogido cuando no tenía nada. Retuve su mano entre las mías antes de recoger mis escasas pertenencias. Envolví en una sábana recia la comida que había conseguido esa mañana: un trozo de pan y un cuarto de queso. No sabía

si debía cogerlo o no. Finalmente, lo hice: tomé el álbum de fotografías y lo llevé conmigo.

»Caminando por las heladas calles, la casa de los Sandoval me parecía un triste reflejo de lo que una vez había sido, un reflejo de todo lo que se había vivido en ella, incluido el reflejo del recuerdo de Adriana y Samuel juntos, compartiendo lo que quedaba en sus almas. Un reflejo muerto.

»Llegué a la estación y me senté a esperar. Había gente hacinada en el andén, buscando una huida, como yo. Había niños descalzos aferrándose a las faldas de sus madres y pidiéndoles una comida que no tenían mientras la escarcha colgaba de su pelo. Tres horas después de la prevista, el tren que debía llegar desde alguna parte de España para recogernos no aparecía. Seguíamos esperando. Eran las cinco y media de la mañana de la noche más fría e interminable del invierno. Fui a la ventanilla a preguntar cuándo llegaría el tren. Un hombre ajado me respondió que tal vez no llegase nunca. Cuando regresé a mi sitio en el suelo, creí ver que un bebé estaba muerto en los brazos de su madre, envuelto en una manta. No quise volver a mirar. Una luz en la lejanía emergió entre la oscuridad y el vaho. Todo el mundo se aproximó lo más posible a la vía. Abrieron las puertas del tren y entramos todos. Lo primero que sentí cuando entré en el vagón fue el calor. Ya no recordaba esa sensación de tranquilidad y paz que da el calor en el invierno. Poco a poco nos fuimos sentando en los asientos vacíos que quedaban. El tren comenzó a deslizarse por las vías.

»Cuando bajé del tren y llegué al campo, parecía que la guerra estaba muy lejos. No se escuchaban los sonidos de las balas ni de los fusiles, no había sangre en las calles ni en las fachadas, tan solo un sol que brillaba en el cielo y parecía alejar el invierno. Me quedé un largo rato sentada al lado de la fuente helada de la plaza central del pueblo, simplemente disfrutando del silencio. Había una calle principal, llena de casas de una planta, y varias calles secundarias. Una panadería con el horno encendido lanzaba un humo negro y olor a bollos recién hechos. Por el camino comenzaron a aparecer vacas blancas con manchas negras que caminaban solas hacia los prados. Corría un ligero viento frío. Era como estar en el paraíso después de más de dos años de guerra. Era renacer. Un gato atravesó la calle y corrió a meterse por un hueco en la parte baja de una puerta falsa. Estuve allí durante casi dos horas, sintiendo la paz, el silencio que se respiraba en ese lugar apartado del mundo, hasta que alguien me llamó por la espalda.

»—Señorita, ¿se encuentra bien?

»Asentí.

»—¿Por qué no entra? En el bar se está caliente.

»Asentí de nuevo y le di las gracias.

»Aquel local era un lugar verdaderamente acogedor. Suelo, techo y paredes eran de madera. También las mesas y las sillas lo eran. Un pequeño gato blanco lamía la leche de un cuenco, junto a un niño de unos tres años sentado en el suelo. En el centro, frente a la barra, había una estufa.

»—¿Le sirvo un café con leche?

»Nunca me habían tratado de usted.

»—Sí, gracias.

»—Siéntese en una mesa, ahora mismo se lo pongo.

»Me senté en una de las mesas frente a la ventana y contemplé la calle húmeda. Sin darme cuenta, se hizo de noche.

»—Disculpe —dije aproximándome a la barra—, ¿hay alguna pensión por aquí?

»—La tiene encima de su cabeza. Alquilamos habitaciones por días, semanas y meses, con su propio baño y servicio de comedor, si lo requiere.

»—De momento le alquilaré una por una noche.

»—Muy bien. Acompañeme.

»Subimos por unas escaleras estrechas y llegamos a un rellano con una puerta. La abrió y corrió a levantar la persiana. El cuarto era de madera y estaba caliente.

»—El tubo de la estufa del bar trepa por todas las habitaciones. Hay una por planta. Ahora están todas desocupadas. Si quiere una más arriba, se la daré, pero esta es más cálida.

»—Esta es perfecta.

»Todo era perfecto. Me quedé sola, con la luz encendida. La habitación era pequeña, tenía una cama grande en el centro, una mesa de escritorio con una pequeña lámpara sobre ella y un baño. Estaba cansada por el viaje. Tomé un baño y me metí entre las sábanas, suaves y cálidas. No tardé en quedarme dormida. Ni en despertar. Tenía la garganta seca. Me levanté a por un vaso de agua y vi que estaba nevando. Nunca había visto la nieve, solo me habían hablado de ella. Me habían dicho que era un manto blanco que lo cubría todo, como el azúcar en polvo que solía echar en las tartas que preparaba para los Cristo. Era cierto, y era preciosa. Cogí la silla y me acerqué a la ventana a ver caer la nieve. No podía pensar en nada. No me acordaba de Samuel, ni de

Andrés ni de Adriana. Ni siquiera me acordaba ya de la guerra. Después de un rato, regresé a la cama y dormí como hacía años.

»A las ocho de la mañana, alguien llamó. Distinguí una voz de mujer al otro lado de la puerta. Abrí y la mujer del dueño me preguntó si bajaría a desayunar. Me peiné, me vestí y bajé. La mujer, que se llamaba Isabel, era verdaderamente hermosa. Tenía el pelo largo y suelto, completamente negro y ondulado. Era alta y de buen talle. Cualquiera hombre habría deseado tenerla en su cama. Me enseñó la carta y me recomendó el desayuno de café con panecillos de leche y mantequilla. Me senté en una mesa a esperar y pude ver que aquel lugar era el centro social del pueblo. La gente entraba sin cesar. El local se llenó poco después. La gente, la mayoría ancianos y algún nieto, hablaba de su vida en el campo, del tiempo y de la matanza del cerdo. Daba la sensación de que ni siquiera eran conscientes de la guerra en el resto de España. Un hombre con hábito y Biblia en mano pasó frente a la ventana y abrió la puerta del bar.

»—No, si a este lugar no llegará la guerra, pero el cura que no falte. ¿Por qué no te vas a enterrar muertos? —dijo uno de los ancianos, provocando un coro sinfónico de risas.

»—Será porque en el día de hoy el Señor no se ha llevado a nadie.

»—He visto un perro muerto a un kilómetro de aquí, por el camino de la colina; no estaría mal que fueses a buscarlo y lo enterrases, así estarás entretenido.

»—La muerte no es motivo de broma. Esos comentarios tuyos tan extraños te llevarán al infierno.

»—Pues si he de ir al infierno, al diablo con Dios.

»—Ay, Señor, perdona a este siervo.

»—Eh, eh, eh, si tengo que pedir perdón a alguien, lo haré yo; tú a callar, como yo en mi casa con mi señora: ¡a callar se ha dicho!

»—Señores, haya paz, que tenemos a una forastera.

»El dueño del bar extendió los brazos señalándome. Todos se volvieron. El primero en hablar fue el cura.

»—Me alegro de tenerla entre nosotros —dijo inclinándose.

»—No hay de qué. —Los curas me daban mala espina, siempre lo habían hecho. No me gustaba verlos con sotana, hablando por Dios como si fuesen él mismo.

»—La misa se celebra cada día a las doce.

»—Sí, y no va nadie —adujo alguien—. Aquí la única religión que tenemos es la única que los curas no pueden disfrutar.

»Las risas estallaron de nuevo y el hombrecillo desapareció. Sentía que me miraban y decidí hundir la mirada en los panecillos. Las conversaciones regresaban a su cauce. Alguien se acercó a mí, cogió una silla y se sentó sonriente.

»—¿Quién eres tú?

»—¿Y usted?

»—El que tala árboles y vende leña. Repito: ¿quién eres tú? No suele parar mucha gente en este lugar.

»—Solo estoy de paso. Necesito encontrar la casa de Néstor Abascal.

»—¿Para qué?

»—Creo que eso no le importa.

»—Era buen hombre, pagaba bien, hasta que dejó de venir. ¿Sabe usted dónde está?

»—Sí, murió en un tren, viniendo hacia aquí.

»— Era una de las teorías que teníamos.

»—¿Puede decirme dónde está la casa?

»—¿Es usted abogada? Porque no tiene aspecto.

»Negué.

»—¿Por qué iba a venir aquí una abogada?

»—Bueno, como la casa está abandonada, creí que alguien, o el banco, querría venderla.

»—¿Cómo ha dicho? La casa no está abandonada.

»—Ya lo creo.

»Me eché hacia atrás en la silla. Tomé aquello por un embuste. No quería creer lo que afirmaba.

»—¿Cómo se va a la casa?

»Me miró antes de hablar.

»—¿Qué cree que va a encontrar allí?

»—Estoy buscando a su sobrino, Samuel Sandoval.

»—Ese chaval no viene por aquí desde hace tiempo. Roberto, ven aquí —llamó a alguien.

»Un hombre medianamente joven, con el pelo más rubio que había visto nunca y de pies zancudos, se acercó a nosotros de buena gana.

»—Buenos días, señorita —me saludó levantándose la boina.

»Asentí con la cabeza como respuesta.

»—Esta hermosura no cree que la casa de Néstor esté abandonada.

»—Pues debería —dijo mirándose y sentándose.

»—No les creo. Su sobrino está aquí desde hace ocho años.

»—Ya le he dicho que no es cierto. No me cree.

»—Lo siento, pero no hay nadie en la casa, jovencita. Si ha venido buscando a Samuel, puede volver a marcharse.

»—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el dueño—. Me la espantaréis y no regresará.

»—Pues lo siento mucho —dijo Roberto—, pero creo que se marchará pronto.

»Ambos me sonrieron y se fueron.

»—No se preocupe, les gusta hablar demasiado, pero son buena gente, todo el mundo aquí es buena gente.

»—La casa de Néstor Abascal, ¿está abandonada?

»—Sí. Bueno, Néstor no vive allí, si es lo que pregunta.

»—No, estoy buscando a su sobrino, Samuel.

»—Me temo que pierde el tiempo. Allí solo vive un extranjero que no se marchó cuando ya no llegaban las pagas. Un ermitaño. Se sigue ocupando de los caballos y las vacas. Supongo que no tiene adónde marcharse y por eso se quedó... Isabel, ven un segundo.

»Su mujer salió de la cocina y se acercó.

»—Pregunta por la casa de los Abascal.

»Él la sustituyó en la cocina y nos dejó a solas.

»—¿Qué pregunta?

»—¿Es cierto que está vacía? Su sobrino tiene que estar allí. Él mismo lo trajo hace tiempo.

»—Ahí no vive más que un extranjero. Todos le tienen miedo, menos yo, claro.

»Incrédula, me retiré a mi habitación. ¿Néstor llevaba ocho años engañándonos a Andrés y a mí? Tal vez nos equivocamos al pensar que estaba muerto y se había marchado con Samuel a algún lugar, pero no tenía sentido que no nos lo contase; aunque, llegados a ese punto, nada parecía tener sentido. Debía regresar a la casa de su padre, por si acaso aparecía por allí. Me marcharía, a ser posible, al día siguiente. Indignada, comencé a recoger lo poco que había llevado. Cuando acabé, me quedé sentada en la silla, mirando por la ventana el pueblo nevado. Quizá Samuel ya estuviese en casa de su

padre en Zaragoza y no había hecho más que perder el tiempo. Llamaron y fui a abrir. Era Isabel.

»—Cada semana llevo allí pan y verduras al extranjero. Él nos da carne. La de las vacas que mata para poder sobrevivir. Si quiere, puede venir. Tal vez sepa algo, no estoy muy segura, pero quién sabe; aunque a ese hombre no le gustan las visitas. Llevo casi once años viviendo aquí y yendo a la casa. Antes llevaba un carro lleno de víveres para todos los trabajadores, ahora solo se lo llevo a él. Cuando comencé a llevar el carro, no me atrevía a acercarme a él. Y el resto, tampoco. Ni siquiera sabían qué aspecto tenía. Siempre lo veían solo, lejos de la casa y de la gente. Parecía que no quería estar con nadie y le cogieron miedo. Siempre ha vivido en el cobertizo, en lugar de tener una vivienda aquí en el pueblo, como todos. No ocupaba ninguna habitación en la casa, como el resto de los trabajadores. Cuidaba de las vacas y los caballos. Cuando la gente se marchó, me dijeron que no regresara, que no llevase comida, pero a mí me daba pena y le llevaba algo. Se lo dejaba en la puerta de la casa, no se crea que me atrevía a dárselo en mano. Lo veía desde lejos, cepillando a los caballos. Un día estaba sentado en el camino, creo que me esperaba. Me dio carne y desde entonces hacemos el trueque. Vi en sus ojos a la persona más triste y amarga del mundo. Iba sin afeitarse, con el pelo por las orejas, y tenía las manos cortadas por el frío.

»—Tengo que hablar con él sobre Samuel.

»—No creo que le sirva de nada. Aparte de mí, nunca le he visto hablar con nadie. Pero, si quiere, puede venir conmigo.

»Me explicó cómo ir a la casa de Néstor Abascal. Había que seguir un camino de tierra y piedras. Estaba a unos ocho kilómetros, cerca de la ladera de una montaña. Dimos juntas un paseo por el pueblo y me mostró la casa. Se veía diminuta. Un cobertizo alejado de ella, del que brotaba un humo gris del tubo de la chimenea, estaba cubierto por la nieve. Le pagué el hospedaje por adelantado.

»Si Samuel Sandoval no había ido allí, no tenía la más remota idea de dónde buscarlo. Aquel extranjero era la única esperanza que me quedaba, y dudaba de que pudiese decirme algo. Además, nadie del pueblo había visto regresar a Samuel desde hacía diez años, y se marchó de Zaragoza hacía ocho. No llegaba a alcanzar las razones que Néstor pudo tener para engañarnos a Andrés y a mí.

»Por otro lado, no quería marcharme de allí. No quería regresar a Zaragoza: tampoco quedaba nadie que me esperase. Empezó a rondarme la

cabeza la idea de quedarme allí, de alquilar una casa, o incluso comprarme una si conseguía trabajo. No me importaba de qué: en aquel lugar solo se respiraba tranquilidad. Pasé los días ayudando a Isabel en la cocina. Le expliqué que había trabajado de criada en las cocinas de una casa en Zaragoza y me preguntó si le echaría una mano. Fueron unos buenos días. Me sentía útil y unida a Isabel. Hablábamos del tiempo, de las gentes, de cualquier cosa, y nunca salió la guerra a relucir. Nevaba casi todos los días. Los pocos niños que habitaban allí, ajenos a todo, iban a la escuela, en la misma casa de la profesora, que había habilitado una habitación para ello. Isabel y Damián, su marido, no tenían hijos. Habían llegado al pueblo hacía unos once años, después de que ella cayese enferma en la ciudad.

»—No se respira el mismo aire aquí en el campo —me decía.

»Tenía razón. Nada era igual en la ciudad que en el campo.

»Los días pasaban. Intentaba ordenar mis pensamientos. No podía. No entendía por qué Néstor nos había engañado. Por qué nos dijo que se lo llevaba allí, si no era cierto, o adónde viajaba él cuando decía ir a visitarle. Esas preguntas llenaron mi mente.

»Isabel me dijo que bajase al bar a las ocho de la mañana, que sería entonces cuando nos marcharíamos. Había nevado durante toda la noche, por lo que me puse toda la ropa de abrigo que había traído conmigo y una bufanda que me prestó Isabel. Subimos a un carro bien cargado, tirado por una mula, y nos pusimos en camino. Entre los baches y la nieve creí que no llegaríamos. Isabel me miraba amarrarme con fuerza y se reía.

»—No va a caerse.

»—Yo no lo veo tan claro.

»Dirigió la vista al camino. Tras un rato, comenzó a hablar, tal vez para distraerme o desahogarse.

»—Mi marido no es mal hombre —dijo Isabel—, pero, en realidad, hace tiempo que no me pone la mano encima: le dan miedo los niños, demasiado miedo, como puede ver. Antes me gustaba creer que era eso, pero ahora ya no me preocupo demasiado. Trabajamos juntos, comemos en la misma mesa y dormimos en la misma cama. Nada más. Desde el día que vine aquí y subí la primera carga, sentí interés por ese hombre, el ermitaño del que todos hablaban, siempre solo, siempre en compañía de los animales y de nadie. Tenía un cierto atractivo, por decirlo de alguna manera. Parecía tan inocente... Ese fue el motivo por el que continué regresando y dejando la comida. Un día, hace tres inviernos, vi la luz encendida en el cobertizo y decidí acercarme.

Caminé por la nieve y me asomé a la ventana. Estaba removiendo la leña dentro de la estufa. Dejó el gancho a un lado, se metió en la cama y se cubrió con una manta. A pesar de la barba que llevaba y el pelo que le cubría medio rostro, se podían intuir sus suaves facciones. Se quedó dormido y comenzó a respirar profundamente. Parecía un niño.

»—Desde ese día —continuó Isabel—, durante todo el invierno me acerqué hasta la ventana solo para observarlo. Un día, el fuego estaba encendido y la cama abierta, con restos de sangre. Pude ver más sangre, haciendo un camino hasta la puerta abierta. Vi su sombra reflejada en la pared del lavabo. Estaba sentado y parecía que estaba limpiándose una herida, así que me decidí a entrar. Lo encontré en el baño, con los pantalones quitados y envuelto en sudor. Tenía dos agujeros en el muslo. Me acerqué a él y examiné las heridas. No parecían profundas, pero sangraban bastante. Le pregunté cómo se lo había hecho y me dijo que una de las horcas, que se colgaban de clavos en lo alto, se había caído. Había intentado vendarse la pierna, pero la tela se empapó de sangre. Le pregunté si tenía una llave de la casa principal y me indicó dónde estaba. La tomé y salí de nuevo al frío. Entré en la casa y busqué alcohol y vendas. Encontré un bote mediado y vendas enrolladas. Lo ayudé a echarse en la cama y coloqué una sábana bajo la herida.

»”—Te va a doler —le dije al hombre.

»”No me dio respuesta alguna. Agarró las sábanas y esperó el dolor. Dejé caer un hilo de alcohol sobre la herida y se retorció. Presioné hasta que dejó de sangrar. Le coloqué el vendaje y comprobé si tenía fiebre. Tenía la frente caliente, pero no demasiado. Pensé en quedarme con él un rato, o toda la noche si hacía falta, pero me dijo que me marchara. Me levanté y me fui. Al día siguiente regresé. Temí encontrarlo muerto, pero estaba despierto, echado sobre la cama; no se podía levantar. Sin mediar palabra, le cambié las sábanas ensangrentadas y le limpié la herida de nuevo. Le ofrecí llamar al médico, pero se negó.

»”Estuve yendo a cuidar de su pierna durante una semana. Le llevaba comida y agua. Lo ayudaba a sentarse a la mesa y a echarse en la cama. Me daba pena: tanto tiempo ahí solo, sin hablar con nadie, rodeado de vacas y caballos. Mi mente no alcanzaba a entender por qué se había confinado allí, así que creí que se estaba escondiendo. El día que le dije que su pierna ya estaba bastante bien y que podía valerse por sí mismo, me preguntó que si era yo quien dejaba la comida en la puerta. Asentí, sentada al lado de su cama. Sin mostrar una expresión diferente a la que ya me había aprendido, me acarició el

brazo y subió hasta mi cuello. Me puse encima de él y le di algo que seguramente llevaba años sin probar, tal vez más que yo. Cuando acabamos, me eché a un lado y le pregunté por qué estaba allí arriba solo. Lo que obtuve por respuesta fue su llanto y un ‘no merezco otra cosa’. Desde ese día, cada vez que vengo, me quedo con él unas horas. Ya sabes, la necesidad es la necesidad, y la carne es la carne. Supongo que podrás entenderlo, tú también eres mujer”.

»—Sí, te entiendo, no te preocupes.

»Asintió y continuamos el camino en silencio. Vi la casa aparecer tras unos árboles nevados, y humo saliendo de una chimenea del cobertizo, que estaba bastante alejado. Cogió una caja que había guardado en el asiento y me tendió una llave.

»—Es de la casa. Espérame aquí, ya te avisaré. Puedes encender el fuego si tienes frío.

»Se dirigió colina arriba. Me puse a resguardo y me senté en una silla a esperar. Un rato después subí a buscar una manta, que encontré en el último armario que miré, y regresé a la silla. Debieron de pasar como dos horas hasta que volvió.

»—Puedes ir. Pero no le he dicho que estás aquí.

»Comencé a subir por el sendero que sus pisadas habían dejado. Me colé en el cobertizo maloliente y busqué la puerta que me llevara a la casa de aquel extraño. La encontré tras una pila de pacas. Pensé en llamar, pero me decidí a abrir sin más. Lo primero que sentí fue el calor, y un olor a limpio. No había nadie allí. Entré. La cama estaba deshecha y las llamas ardían con fuerza. En una pequeña mesa con una vela encendida había unos folios y un tintero. Vi algo escrito en una página y me acerqué a leer. Conocía perfectamente aquella caligrafía. La de Samuel. Había una línea escrita: «No sé si merece la pena que te siga escribiendo, ni siquiera sé si mis palabras te llegan».

»Oí abrirse la puerta del baño. Lo reconocí al instante. Era Samuel.

—Muchas preguntas acudieron a mi mente en un instante. Antes de hablar, él también me reconoció. Tenía una barba de al menos tres o cuatro centímetros, pero era él.

»—¿Carolina?

»No pude responder. Nos quedamos mirándonos.

»—¿Qué haces aquí? —preguntó.

»—He venido a buscarte.

»—¿Dónde está mi tío?

»Le conté lo que seguramente le había sucedido y que desde entonces no habíamos vuelto a verlo. Se sentó frente a la mesa y me ofreció otra silla, que acerqué hasta él.

»—¿Por qué nadie sabe que estás aquí? —pregunté—. ¿Por qué todo el mundo cree que eres un extranjero?

»—¿Qué hora es?

»—Tarde —dije intentando que me contestase.

»—Pues te lo explicaré mañana, estoy cansado. Si no te importa.

»—Claro, como quieras, supongo que después de ocho años no importan unas horas más. ¿Te importa que pase aquí la noche?

»Tardó unos segundos en responder.

»—No.

»Salí y fui a buscar a Isabel para decirle que me quedaba. Se sorprendió y me dijo si quería que viniese a por mí al día siguiente. Le dije que no hacía falta, que cuando regresara en una semana. No quería marcharme de allí, de Samuel, ahora que lo había encontrado. Se fue en el carro y regresé al cobertizo. Había dispuesto dos platos en una mesa más grande, en una habitación que no había visto, que hacía de cocina.

»—¿Tienes hambre?

»—Sí —mentí.

»Cenamos en silencio, mirando por la ventana. Pensé que me preguntaría por Adriana, pero no lo hizo. Después de cenar, eché un vistazo por la casa.

Había algún libro, una radio rota y poco más. Salió sin decir nada y volvió poco después arrastrando un catre y un colchón.

»—Tendrás que dormir en algún sitio.

»Entre los dos dispusimos mi improvisada cama al otro lado de la habitación. Me dejó unas sábanas. A las nueve en punto se quitó la camisa y se metió en la cama. Pude ver en su espalda las marcas de las heridas que yo misma había curado hacía ocho años. Apagué la luz y me eché a descansar. Serían las dos o las tres de la mañana cuando se despertó y se sentó sobre la cama. Creí que me observaba. Estuvo así un largo rato, indeciso, clavándome los ojos. Finalmente, vino a mi cama y, abrazándome por detrás, se quedó dormido a mi lado. Sentí su respiración tranquila en la nuca y su mano rodeando mi cintura. Sabía que lo hacía por sentir a alguien a su lado, no porque fuese yo. Así nos quedamos dormidos.

»Cuando me desperté, continuaba dormido. La mañana estaba teñida de un gris oscuro intenso y el sol no se veía. Lo cubrí con la manta y fui a ordeñar una de las vacas. Tras tres intentos, conseguí llenar medio cubo. Busqué en el armario algo de comida y corté unas rodajas de pan. Encendí el fuego. Cuando se movió en la cama, la casa entera estaba caliente y el desayuno esperaba. Se levantó y se sentó a la mesa. No gastamos demasiada conversación mientras comíamos, pero hubo demasiadas miradas que hablaban por sí solas. No entendía por qué estaba allí, pero quería que me lo preguntase él mismo. No lo hizo. Cuando terminó su comida, cogió el plato y el vaso y los dejó en el fregadero. Cuando se disponía a salir, hablé.

»—¿No quieres saber por qué he venido a buscarte?

»—No estoy seguro de querer saberlo.

»—Tu padre ha muerto.

»No respondió.

»—Me dejó una nota, pidiéndome que viniese contigo.

»Se la tendí, la leyó y se sentó.

»—¿Qué ocurrió?

»—Salí a buscar algo para comer y para quemar. Cuando regresé estaba muerto en su cama, con la nota entre sus manos. Y tu tío un día salió para venir aquí y no regresó. Después oímos en la radio que había ocurrido un accidente en un tren que se dirigía a Teruel.

»—¿Y Adriana?

»Tras dudar, le respondí que seguía enviándole las cartas que me llegaban, pero que no había vuelto a verla.

»—¿Por qué nadie sabe que estás aquí, Samuel? ¿Por qué todo el mundo me dice que eres un extranjero que lleva aquí más de quince años? Necesito tener una respuesta para eso.

»—¿Dejarás de mentir sobre Adriana y me dirás de una vez dónde puedo encontrarla si te lo explico?

»Le dije que sí, sabiendo que me odiaría. Se recostó en la silla y sirvió dos tazas de café.

»—Bien, cogimos un tren en Barcelona que nos trajo aquí. Llegamos cuando oscurecía y tomamos un camino secundario. Nadie nos vio llegar. Néstor me explicó que era mejor que nadie supiese que estaba aquí, por si alguien venía preguntando, cosa que nunca sucedió. Subimos por el sendero que hay desde la casa principal hasta aquí. Me contó que hacía algunos años vivía un hombre en el cobertizo, un inglés que escapaba de la justicia británica. No me explicó demasiadas cosas, pero sí las suficientes como para que me diese miedo compartir techo con él. Me contó que lo vio caminar una noche nevada y fría por un sendero y desaparecer en el bosque. Parecía herido. Néstor salió para socorrerlo, pero cuando lo encontró sentado sobre una roca, sacó un cuchillo y le dijo que se marchase. Por supuesto, no lo hizo. Le dijo que se tranquilizase, que tan solo quería ayudarlo, que no le importaba de qué huía o por qué lo hacía. Lo ayudó a levantarse y lo llevó a rastras hasta la casa. Le limpió la herida que llevaba en las costillas y lo vendó. Le puso algo para comer y lo engulló. Finalmente, cuando se calmó, le preguntó de qué estaba huyendo.

»"En el Reino Unido lo buscaban por haber asesinado a su mujer y a su hija, pero él le contó que no era cierto, que alguien había entrado a robar en su casa, las mató y se marchó sin dejar rastro y sin que nadie lo viese, pero la gente necesitaba culpar a alguien de lo que había sucedido, y la historia de un marido enfermo de celos era la perfecta explicación para todo el mundo, aunque no hubo ningún testigo ni se encontró prueba alguna que lo inculpara. Mi tío no supo si creérselo o no, pero encontró algo en él, en sus ojos, que le decía que quería a su mujer y a su hija y que las echaba de menos. Algo en Néstor hizo que no creyese que él fuera el asesino. Así que se convenció a sí mismo de que lo que le contaba era cierto y decidió ayudarlo. Dejó que se quedase en el cobertizo y lo ayudó a construir allí una casa, en la parte trasera. Estaría caliente en invierno, tendría comida y, sobre todo, estaría oculto del mundo. La condición que le puso mi tío fue que no se dejase ver demasiado por el pueblo y que únicamente hablase con quien fuera imprescindible. Aquel

hombre no quería saber nada de nadie, y fue lo que hizo. Se ocupaba de los animales, limpiaba las cuadras, ponía paja y agua limpia a los caballos, los lavaba y cepillaba. Nadie pareció sentir demasiado interés en el nuevo inquilino que no vivía en la casa.

»Néstor, para mantenerlos alejados de él, se inventó la historia de que se trataba de un viejo ermitaño que lo había ayudado cuando era joven: estuvo tres días con una pierna rota en el bosque, y él lo ayudó y le salvó la vida. Ahora él le devolvía el favor. Les avisó de que no le gustaba la gente y que solo quería que lo dejaran en paz. Todos obedecieron.

»Cuando llegamos aquí esa noche, entramos en la casa y vimos un rastro de sangre en el suelo. Al parecer una vaca, a la que le vimos el cuerno derecho con sangre seca, le había dado una cornada en el estómago. Se había arrastrado hasta la casa y había muerto desangrado en el suelo. Yo limpié la sangre para que no quedase el más mínimo resto. Néstor cavó un agujero en medio del bosque para enterrarlo.

»Entonces se le ocurrió el plan. Nadie sabía que yo estaba allí, y nadie del pueblo sabía que ese hombre estaba muerto. Cogió su documentación, que tal vez fuese falsa, lo enterramos y regresamos a casa. Encendimos el fuego y nos sentamos a la mesa. Abrió el pasaporte y leyó su nombre para sí. Me miró y me dijo que, a partir de ese momento, Samuel Sandoval ya no existía. Ahora era Arthur Kleim. Ahora yo sería el ermitaño a quien nadie conocía. Si alguien preguntaba por Samuel Sandoval, nadie sabría que estaba allí. Así que, a los ojos de todo el mundo, yo soy el extranjero del que ni siquiera conocen su nombre.

»Tomó el pasaporte que guardaba en un cajón y me lo mostró. Allí estaba escrito el nombre que me había dicho. Ahora Samuel ya no existía para nadie, tan solo quedaba un rastro de lo que él había sido en lo más profundo de sus ojos y el recuerdo de Adriana. El plan que Néstor había maquinado era perfecto. Se había asegurado de hacer desaparecer a Samuel.

»—Ahora te toca a ti —me dijo.

»Tenía las palabras en la boca, pero no pude decirle que estaba muerta, así que nuevamente lo engañé, sabiendo que cuando descubriera la verdad, si lo hacía, me odiaría como a nadie.

»—Recibí una carta de Adriana, hace algún tiempo ya. En ella...

»Me quedé callada.

»—En ella... ¿qué?

»—Me decía que te pidiera que dejases de enviarle cartas, que te olvidases de ella, que ya nada era como había sido.

»—Mientes.

»—No.

»—Enséñame esa carta.

»—La arrojé al fuego.

»—Mientes —repitió.

»Pero me di cuenta de que la duda había llegado a su mente. Tal vez acabase creyéndome. Tal vez tuviera esa suerte.

»—Créete lo que quieras.

»Tal vez no fuese tan malo que pensase que Adriana ya no le quería.

»Me levanté y salí a las cuadras. Me di cuenta de que no tenía adónde ir y regresé a la casa. Nos quedamos todo el día en silencio. Le entregué el álbum de fotos y lo miramos juntos. De vez en cuando me explicaba cuándo se había hecho una foto o quiénes eran los que aparecían en ella.

»Nevó durante toda la noche. Samuel volvió a meterse en mi cama de madrugada. Echaba de menos el calor de alguien a su lado. En aquella semana pareció que nos habíamos convertido en amigos. No me preguntó por Adriana ni una sola vez. Pensé que se había olvidado de ella, por fin y para siempre. Preparábamos las comidas y limpiábamos a los animales. Era duro, pero no tanto como la guerra. Le conté algunas de las cosas que habían ocurrido en la casa de su padre, como cuando entraron hombres armados, me obligaron a prepararles comida y después se marcharon, sin más; los disparos que se oían a cualquier hora del día, o cuando te asomabas por la ventana y veías como entraban en una vivienda y se llevaban al padre y a los hijos, los subían a una furgoneta y no volvías a verlos. Le dije que no quería regresar a la ciudad, que quería quedarme allí. Nunca me contestó. Él tenía sus propios planes. Aquello era perfecto para mí, me gustaba pensar que duraría siempre. Nos despertábamos y pasábamos todo el día juntos. ¡Tonta de mí!

»Oímos llegar el carro de Isabel y me pidió que me fuese a la casa mientras ella se quedaba con él. Me crucé con ella por el sendero. Llevaba una caja con verduras.

»—¿Te vienes conmigo?

»—No. Me quedaré un tiempo aquí.

»Subió hasta el cobertizo y la vi desaparecer dentro. Subí por el sendero y me acerqué a la ventana. Cuando llegué, Isabel se había ocupado de quitarle la ropa a Samuel. Dejó caer su vestido al suelo y lo empujó contra la cama.

Samuel podría haberme desnudado cada noche, pero no lo hizo. No podía entender por qué yo le repugnaba tanto y no me quería ni siquiera para aquello. Me metí en la casa y esperé a que ella se marchase. Encontré a Samuel sentado junto a la ventana. Me preguntó si preparábamos ya algo para cenar. Cuando se metió en mi cama, salí y me metí en la suya.

»Tres días después, una mañana, se afeitó, se cortó el pelo y metió sus cosas en una bolsa.

»—¿Qué haces?

»—Si tú no vas a ayudarme, la buscaré yo solo.

»—¿Estás loco? No vas a encontrarla.

»—Sería más fácil con tu ayuda, pero está claro que no quieres que la encuentre. ¿Por qué, Carolina? ¿Crees que algún día llegaré a sentir por ti lo que siento por ella?

»Me quedé en silencio.

»—No puedo. Seguramente sería lo mejor y lo más sencillo, pero no puedo. Una vez mi tío me dijo que uno no elige a quien quiere, simplemente lo hace sin más.

»Se puso el abrigo.

»—Si quieres, puedes venir conmigo, o puedes quedarte aquí.

»—Estás loco. No sabes lo que hay fuera de este pueblo.

»—Como quieras.

»Tomó su bolsa y se dispuso a salir. Lo cogí del brazo.

»—No te marches.

»—Suéltame.

»—Por favor —supliqué—, no te marches. Fuera de aquí no tenemos nada, ni tú ni yo.

»—Tal vez tú no tengas nada, pero a mí me queda Adriana, y pienso dar con ella, ya he esperado suficiente.

»—Adriana está muerta —dije sin pensar, con la única esperanza de retenerlo.

»Me miró feroz.

»—¿Es otra de tus mentiras? Solo sabes inventarte cosas.

»—No es mentira. Adriana murió aquella noche, segundos después de que a ti te detuviesen. Desangrada. Desgarrada.

»Negó con la cabeza. Me miraba rogando que me callase o que le dijese que era otra de mis mentiras.

»—Siéntate —le pedí—. Te lo explicaré. Pero por poco que te guste lo que escuches, debes creer que es cierto.

»Me miró con recelo. Se sentó sin dejar de mirarme. Tomé la silla que quedaba frente a él y comencé a explicarle lo que había sucedido aquella noche. Apenas pude encontrar palabras, pero tampoco le conté absolutamente toda la verdad. Le dije que Cristo había matado a su hija, lo que, en cierto modo, era verdad, que la había golpeado hasta dejarla tal como él la vio cuando llegó, que lo tenía todo preparado, que sabía que yo iría a buscarlo para que la ayudase y que cargaría con las culpas de todo. Adriana llevaba años enterrada y él basaba su vida en una mentira que Néstor y su padre pensaron que sería lo mejor para él. Me guardé para mí la esperanza que tenía de que se olvidase de ella y poder convencerlo de que lo mejor sería que nos quedásemos allí, pero no sirvió de nada. Comenzó a decirme que era una embustera, que no entendía por qué odiaba tanto a Adriana, pero que con ello no conseguiría nada, que regresaba a Zaragoza a por ella.

»Salió de la casa. Yo le seguí. No nevaba, pero hacía un frío insoportable. Lo llamé para intentar hacerle entrar en razón. No sirvió de nada, tan solo pensaba en caminar y llegar al tren. Corrí tras él. Solo pude alcanzarlo cuando llegó al andén y se sentó a esperar. Me senté a su lado, sin saber si sabía que estaba allí. Horas después, vino un operario con las manos enrojecidas por el frío y nos dijo que no sabía si el tren llegaría ese día o el siguiente, que con la guerra ya no se sabía nunca si llegaría a aparecer. Samuel compró dos billetes y me tendió uno.

»—Cuando lleguemos a Zaragoza, quiero que me dejes en paz.

»Nos quedamos allí hasta que oscureció. No hubo señal alguna del tren. No sé cuándo me quedé dormida. Recuerdo que me despertó acariciándome la mejilla y me dijo que el tren estaba llegando. Subimos y se disculpó: sentía lo que me había dicho. Yo sabía que en el fondo lo que quería era que lo dejase tranquilo, pero solamente porque mantenía la esperanza de que ella continuase viva.

»Cuando llegamos a Zaragoza, estaba más oscura que nunca. Recuerdo la expresión en su cara al ver los edificios caídos, las paredes agrietadas y los muertos por las esquinas. Nos refugiamos en la casa de su padre y esperamos a que se hiciese de día. Fue entonces cuando me di verdadera cuenta del error que había sido regresar allí. Pensé que Andrés estaría todavía sobre su cama, pero no fue así. Se lo habían llevado junto con la mayoría de las cosas de la casa. Vi como los recuerdos acudían a él nada más entrar en su cuarto. Nos

tumbamos en la cama y nos tapamos con una manta, seguramente la única que quedaba en la casa. Solo recuerdo que me desperté todavía de noche, a punto de amanecer, cuando oí la puerta principal cerrarse de golpe. Desde lo alto de la escalera pude ver a un Samuel derrotado, como un perro al que acaban de dar una paliza, sentado en el suelo, con un llanto entrecortado. Poco a poco me acerqué, apoyé la mano sobre su hombro y me senté a su lado. Tenía los ojos perdidos y lágrimas en el rostro. No hacía falta mucha imaginación para saber que había ido al cementerio y había visto su tumba.

»—Está muerta —dijo ahogando las palabras—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

»Se dejó caer sobre mis rodillas mientras se cubría la cara con las manos.

»—Lo siento, quería hacerlo, pero no me dejaron.

»Adriana llevaba ocho años enterrada y él había estado engañado todo ese tiempo. Nos quedamos allí, yo, apoyada contra la pared, y él desahogándose tras ocho años de falsas esperanzas. El sol se abrió paso a través de la ventana y nos iluminó.

»Horas después se calmó y me sonrió.

»—Está todo acabado aquí. Deberías regresar a casa de Néstor.

»—¿Y tú?

»—Tengo cosas que hacer aquí. Cuando acabe, iré contigo.

»Asentí sabiendo que era mentira y que si me marchaba no volvería a saber de él. Por supuesto, no pensé un instante en marcharme de allí. Salí hacia el mercado con la esperanza de encontrar algo para comer. Había mendigos mutilados por todas partes. Pude comprar algo de carne y verdura y regresé a casa. Como esperaba, él no estaba allí. Entré en la cocina y me puse a preparar algo de comida con lo que había traído. Cinco horas después regresó. Cuando le pregunté dónde había estado, me dijo que por ahí. Supongo que se acercaría a casa de los Cristo. No sé si llamó a la puerta o llegó a ver a alguno de ellos. Comimos en silencio y pasamos la tarde en la que había sido la sala principal, en la que solo quedaba un sofá sin cojines. Encendimos el fuego y así nos quedamos. Debía de estar esperando a que me quedase dormida, pero no lo hice. Cuando el reloj que se habían dejado olvidado en el fondo de un cajón los que habían saqueado la vivienda señaló la una de la mañana, me dijo que debía irse. Salió de la casa. Sentí algo a mi espalda. Me di la vuelta y solo vi la escalera. Algo me impulsó a subir. Llegué al que había sido mi dormitorio, que estaba sumido en la penumbra de la noche, y me senté

en los hierros descubiertos que quedaban del somier. No sé por qué pensé en ello. Abrí el cajón de la mesilla y vi que la llave maestra de la casa de los Cristo, la que había llevado conmigo a Teruel y después había devuelto al cajón, había desaparecido. Samuel sabía que yo había tenido en mi poder la llave de los Cristo, y dio con ella cuando la buscó. No supe lo que pretendía hacer, pero tampoco pensé en intentar evitarlo ni meterme en medio de sus ideas. Regresó un rato después, como si viniera de dar un paseo. Subió las escaleras. No sabía si quedaba algo de Samuel en Arthur Kleim. En ese momento fui yo la que decidió salir a la calle y dirigirme a casa de los Cristo. A medida que me acercaba, pude ver el humo hacerse más intenso. La fachada estaba ennegrecida y las gentes que habían ayudado a extinguir el fuego abandonaban el lugar. La puerta estaba abierta. No sabía si el edificio resistiría, pero entré. La primera planta parecía estar bien, así que subí las escaleras. El segundo piso estaba bastante peor. Los dormitorios tenían las paredes negras. Los muebles estaban carbonizados, con unos bultos sobre las camas que preferí no mirar. Encontré a Tatiana tumbada en la cama de Adriana. Creí que estaba dormida. Me acerqué a ella y apoyé la mano sobre su hombro.

»Me miró y nos quedamos un largo rato la una junto a la otra. Finalmente, me explicó que tenía un piso a su nombre en el paseo de la Independencia, que si quería podía quedarme con ella. Le dije que no podía responderle en ese momento, que tenía que ir adonde vivía ahora y aclarar las cosas. La llevé a su piso. Después me dirigí al de Andrés. Encontré a Samuel sentado frente a un fuego que había encendido. No sé de dónde habría sacado la botella de jerez. Nos la bebimos a medias y acabamos hablando de tonterías. En un momento en el que los dos rozábamos el límite de la consciencia, aproveché para enterarme de los planes que tenía entonces.

»—¿Y ahora, qué? —pregunté intentando mantener su mirada.

»—¿Qué quieres decir?

»—¿Qué vamos a hacer ahora?

»—Yo tengo que irme de aquí, lejos.

»—¿Por qué?

»—Lo sabes —dijo clavándome los ojos—. Tengo que marcharme: si alguien me vio en la casa, vendrán a por mí.

»—¿Regresarás a Teruel? Podemos ir los dos.

»—No, allí no volveré. Tengo a alguien que me puede ayudar. Y tú, ¿qué harás?

»Ni siquiera me había tenido en cuenta. Agaché la cabeza y contemplé un suelo movedizo bajo mis rodillas.

»—Si quieres, puedes regresar a Teruel o quedarte aquí —me ofreció.

»—No, tengo una oferta mejor, me quedo aquí.

»—¿En serio? ¿De quién?

»—Dicen que la guerra va a acabar pronto. Me quedo aquí a servir para una casa.

»—¿Estás segura de que es lo que quieres? En Teruel solo trabajarías para mantenerte a ti.

»—Ya lo creo.

»En ese instante, aunque tan solo fue por aquel momento, lo odié con toda mi alma. Después de llegar hasta él, de haber sido fiel a la promesa que hice a su padre y a su tío y de ser yo misma la que le desvelara el secreto que ambos se empeñaron en preservar, lo máximo que me ofrecía era la posibilidad de quedarme en su casa o regresar a la de Néstor en Teruel. No era eso lo que yo quería. Más que nunca me di cuenta por fin de que no podría conseguir que fuese mío, ni por un minuto, ni por un momento. Pero esa sensación, que hizo que me hirviese la sangre de odio hacia él, y quizás también hacia Adriana, se desvaneció, y una vez más me resigné. Me quedé en silencio a su lado, sin confesarle que lo único que deseaba ya de este asqueroso y podrido mundo era poder estar con él el resto de mis días, aunque no me quisiera. Estar a su lado era lo único que yo quería, y estaba segura de que Samuel, o mejor debería decir Arthur Kleim, la persona en la que se había transformado, pues poco quedaba del Samuel que yo había conocido al lado de Adriana, también lo sabía, pero se negaba a dármelo.

»Ahora es cuando puedo ver que fue lo mejor que él siguiese su vida por un lado, y yo la mía por otro, sin saber de él, aunque eso no duró mucho. Se quedó observando las llamas del fuego que ascendían hasta desaparecer y dibujaban sombras en el suelo. Cayó una lágrima de su ojo y se deslizó por su rostro mientras permanecía inerte observando el fuego. Me puse a su lado y apoyé la mano en su espalda. Por el modo en que reaccionó, juraría que pensaba que estaba solo en la habitación; tal vez tuviese razón. Busqué sus labios y le robé un beso. Todavía no estoy segura de si él sintió que me aproximaba a su cara. Se dejó caer sobre mis piernas extendidas y se aferró a ellas mientras ahogaba sus lágrimas. Creo que fue en ese momento cuando verdaderamente se dio cuenta de que Adriana ya no estaba y no la tendría jamás, y fue en ese momento cuando yo me di cuenta de que nunca, por mucho

tiempo que pasase y muchas mujeres que conociese, sería capaz de olvidarse de la mujer con la que un día quiso casarse, por la que estuvo ocho años encerrado en una improvisada vivienda tras unas cuerdas, y por la que había sido capaz de matar a Enrique Cristo. Lentamente, nos quedamos dormidos o inconscientes en el suelo de madera mientras el fuego se apagaba.

»Se arrodilló a mi lado. El aliento ya no le olía a alcohol. Sentí como acariciaba con sus dedos mi mejilla y entreabrí los ojos. Se había puesto un viejo abrigo y me dijo que se marchaba, que él sería quien se pondría en contacto si alguna vez regresaba, que ya encontraría el modo de dar conmigo. Cerré los ojos y oí sus pasos alejarse de mí. Me quedé dormida de nuevo. Cuando desperté, el reloj señalaba las cinco de la tarde. Cogí lo poco que tenía, la llave de la casa de los Cristo, que Samuel se había asegurado de dejar en su lugar, y la de Andrés Sandoval. Desde el umbral de la entrada principal y cargada con una bolsa, lancé una última mirada al que había sido mi hogar durante años y me despedí de él para empezar de nuevo una vida con otra Cristo.

»Por el camino hacia el paseo, intenté no alzar la vista y pasar desapercibida. Llegué al portal y subí las pesadas escaleras. Llamé, y ella misma me abrió. Me enseñó una habitación perfecta y me dijo que a partir de entonces sería mía. Dejé lo que había llevado en el armario y me dispuse a preparar la comida. Nunca me ha tratado como a una sirvienta, sino como a una amiga. Y todavía no sé si quiero. Nunca me ha indicado las tareas que debo hacer, simplemente las hago, y si no las hago, no me dice nada. Me contó cosas sobre Adriana, y en general de toda la familia Cristo. Me explicó que su padre había dispuesto su boda con un joven rico de la ciudad, pero que la guerra impidió la unión. Enrique había comprado un piso para ella y su futuro marido en el paseo de la Independencia, y le había encargado a alguien que se ocupase de decorarlo. Todo ello antes de la guerra. Y cuando finalmente estalló, ella tenía un piso y estaba libre, aunque fuera de momento, de casarse con alguien a quien no quería. No ha sabido nada de él tras la guerra, ni durante ella. Tatiana solía refugiarse siempre que podía en la casa que Enrique le había regalado. La otra, la de los Cristo, le recordaba demasiado a Adriana, no porque se hablase de ella en casa, sino más bien por lo contrario. Nunca hablaron de ella y nadie les dijo nunca lo que había sucedido. Tatiana se atrevió a preguntar un par de veces. La segunda recibió por respuesta un bofetón y un «no vuelvas a preguntar por esa furcia, está donde tiene que estar».

»Con los meses, Tatiana fue abriéndose poco a poco a mí, contándome cosas que a veces no quería saber y otras que no me importaba conocer y que me servían para recordarme a mí misma la bestia que vivía tras el nombre de Enrique Cristo. Llegó a confesarme que en realidad ella nunca había querido al que iba a ser su marido y que no lamentó no saber nada de él desde poco después del comienzo de la guerra. Nadie sabía nada de él. Era, simplemente, un desaparecido más. No sabía si lo habían subido a una furgoneta, si lo habían fusilado o si seguía vivo lejos de España, aunque eso era lo de menos: simplemente, no estaba allí para casarse con ella, y eso era estupendo. También me dijo que cuando llegó a su casa y vio que había sido quemada, le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, y que cuando entró y vio que toda su familia estaba muerta deseó haber estado allí cuando comenzó el fuego y haberse consumido con ellos, que se tumbó en la cama de su hermana, esperando que fuese a buscarla, pero que en lugar de eso aparecí yo para salvarla y sacarla de allí. Me confesó que, cuando me vio a su lado, le pareció ver un ángel enviado por el Altísimo y se alegró de no haber estado en medio del fuego.

»No sé por qué esperaba recibir alguna noticia de Samuel. Me había dicho que él sabría cómo encontrarme, pero yo tenía mis dudas. Quizá no fuese más que una excusa para que no le diera mi dirección y así verse libre de volver a verme o saber de mí. Cuando pasaron algunos meses, me decidí a ir a visitar a Adriana. Lo que nunca me hubiese esperado era encontrarme a los Cristo enterrados a su lado. Por lo que sabía, Tatiana no se hizo cargo del entierro. Tal vez, algún amigo. Desde que fui a vivir con Tatiana, mi vida se basaba en la rutina del ama de casa. Cuando acabó la guerra, intenté encontrar algún trabajo alternativo para tener mis propias perras y poder alquilar una pensión, pero lo único que conseguí fue un empleo de limpiadora en un piso habilitado como academia de estudios. No sé exactamente de qué estudios: yo iba al acabar las clases y lo limpiaba todo. El dueño del establecimiento era un hombre de cerca de sesenta años que creo que era un viejo maestro de escuela con no bajos ingresos, que la guerra se lo había quitado todo y no había podido ejercer de nuevo su profesión, por lo que abrió aquella academia. Poco a poco noté que me miraba el trasero cuando limpiaba los suelos arrodillada. No tardó en decirme cosas desagradables y ofrecerme invitaciones que nunca acepté.

»—Carolina mía, con lo bien que viviría usted conmigo en mi casa. Le ofrezco un dormitorio y todo lo que necesite para vivir a cambio de que me

haga compañía, que un viejo viudo y sin hijos como yo lo único que necesita es la presencia de una fémica por las mañanas que le prepare el desayuno.

»—Tendrá que disculparme, don Gustavo, pero casa ya tengo, y pretendiente —solía repetirle.

»—Sí, eso me dice usted desde que empezó a trabajar aquí, y todavía no le he visto anillo en el dedo.

»Después de muchas semanas aguantando lo mismo y sin poder encontrar otro empleo en ningún lugar de ninguna cosa, decidí dejar mi sueño de vivir en mi propia casa, aunque fuese de alquiler, y desligarme de los Cristo. Una mañana no regresé a limpiar. La idea de volver a Teruel tampoco me disgustaba, pero había algo dentro de mí que no me permitía regresar allí: seguramente, la lejana posibilidad de que Samuel volviese a Zaragoza, cosa que veía prácticamente imposible. Algo me decía que me quedase allí por si acaso.

»Ese por si acaso se cumplió una tarde, no hace mucho tiempo. No sé si ese era su plan de dar conmigo, pero le funcionó. Fui a visitar a Adriana al cementerio y le llevé unas flores de parte de su hermana. Estuve un rato frente a ella, contemplando absorta el nombre de Enrique Cristo en una lápida y dándome cuenta de que nunca volvería a hacer daño a nadie; aunque, viéndolo de otro modo, ya no quedaba nadie a quien le importase que él le hiciese daño. Estando allí, bajo el apellido Cristo grabado en piedra y guareciéndome de la lluvia que se había despertado, oí el eco de unos pasos acercarse a mí. Sentí una mano sobre mi hombro.

»—Te dije que te encontraría.

»Reconocí su voz, pero tenía un tono más amargo y débil. No había pasado demasiado tiempo desde que lo vi alejarse, y no creí que tardase tan poco tiempo en volver a verlo, pero ahí estaba, frente a mí, una vez más.

»—¿Qué haces aquí? —fue lo único que atiné a decirle.

»—He venido por un asunto personal, y de paso...

»—Ya, de paso me ves a mí.

»—No te enfades —pidió.

»Su voz entonces no me sonó amarga, sino triste y melancólica.

»—No lo hago, no puedo enfadarme contigo.

»Me sonrió débilmente y le dije que le esperaba fuera. Salí bajo el agua que ya flojeaba y esperé un rato, no sé cuanto. Creí oírle hablar. Cuando salió tenía el rostro abatido.

»—¿Dónde vives? —preguntó.

»—No creo que te guste saberlo.

»—La vida no está hecha para recibir noticias agradables, y ya voy teniendo mis años, no creo que sea tan malo.

»—Con Tatiana Cristo.

»—¿Su hermana?

»—La misma, ya te dije...

»—No me importa —cortó—. Aunque no me lo esperaba.

»—¿Este era tu plan de dar conmigo? ¿Hacer guardia en el cementerio hasta que viniese?

»—No. En realidad, no esperaba verte en este viaje, pero ha surgido algo y quiero que estés al corriente. Aunque cada cosa a su tiempo.

»Fue entonces cuando me tendió dos libros: uno en francés, escrito por un tal Tristan, del que nunca había oído hablar y era imposible que lo leyera, por el idioma en que estaba, y el otro escrito por ti, por Miguel Campos. Me dijo que me leyese el que estaba firmado con tu nombre y así lo hice. Me gustó mucho. Me contó esa pequeña historia sobre que los dos libros eran tuyos, pero que te habían engañado como a un monaguillo. No es que me alegre, ni mucho menos, pero me hace gracia, no puedo evitarlo. También me dijo que estabas escribiendo uno nuevo, que era un favor personal que tú te habías ofrecido a hacerle, y que tendría noticias tuyas pronto. Pero, claro, yo no te conocía ni me dijo de qué favor se trataba. Lo último que se me ocurrió pensar era que te hubiera pedido que escribieses lo que le ocurrió a Adriana. Además, tampoco entiendo por qué te dijo que me encontrases a mí y que yo te relatara la historia; él ya la sabía.

Arthur Kleim, al que había aprendido a apreciar como a un amigo por todo lo que me había conseguido, resultaba ser Samuel Sandoval, una persona a la que creía muerta por boca de Bruno Sanpedro, a quien a la vez consideraba como a un padre. Resultaba que la mitad de lo que me había dicho era falso. Ya no sabía qué creer y qué no. Al enigma de la falsa muerte de Samuel se me unían unos cuantos más. Arthur había mentido en casi todo, y lo hubiese entendido si su secreto hubiese seguido a salvo de mí o de cualquier persona que no fuese Bruno o Carolina, pero aquella noche, en casa de Sanpedro, mientras le contaba mi intención de escribir la historia de Adriana y Samuel, Bruno intentó por todos los medios que me olvidase de ella. Y Arthur puso cara de intriga y de no tener ni idea de todo el asunto, lo que yo no entendía, porque él sabía la historia, él mismo era la historia. Carolina me lo había contado, pero él simplemente me dejó que investigara por mi cuenta, trabajo inútil, dado que él me lo podía haber resumido. Estaba desconcertado.

Pocos segundos después caí en la cuenta de que lo que había sucedido en casa de Adriana aquella noche, en realidad, no era lo que Arthur creía que había pasado. Carolina le contó que fue Cristo quien la mató, pero él no era el culpable directamente, sino tres bestias que la convirtieron en su muñeca de trapo durante unos minutos mientras la devoraban por dentro y la asesinaban. Cristo había sido la mente perversa y retorcida capaz de maquinarse todo para culpar a Arthur de lo que no había hecho y dejar que su hija muriese prácticamente entre sus brazos. ¿Por qué Carolina no le había contado a Arthur lo que realmente sucedió aquella noche? ¿Por qué Bruno se empeñó en decirme que Samuel estaba muerto? ¿Por qué nadie le dijo a Arthur lo que había pasado hasta ocho años después? ¿Por qué Cristo lo odiaba tanto? ¿Por qué? Cientos de porqués aparecieron en mi mente uno tras otro. Cuanto más repasaba lo que Carolina acababa de contarme, más incompleta me parecía su historia.

No podía dejar de imaginar la escena en mi mente: Samuel corriendo por el pasillo, guiado por los gritos de dolor de una Adriana herida de muerte. Y no podía llegar a imaginar a esos tres desalmados atacándola, obligándola a

tumbarse mientras le arrancaban la ropa y el aliento. No quería imaginarme lo que Arthur había tenido que aguantar mientras estuvo encerrado, y tampoco quería imaginar los ocho años que estuvo viviendo de una esperanza inexistente desde aquella misma noche.

Me sentía apaleado y cansado, muy cansado. Las velas que nos habían estado iluminando durante las dos horas de su relato estaban ya casi consumidas. Nos habíamos quedado sumergidos en un silencio que asustaba y te hundía en tus propios pensamientos cuando oímos un ruido. El crujido de una puerta.

Ambos dirigimos la vista a la puerta de la habitación, que había quedado entreabierta. Oímos unos pasos no muy ruidosos en el pasillo del piso en el que nos encontrábamos. Cerré con cuidado.

—¿Alguien más tiene llave de esta casa?

—No, solo yo, y Tatiana, y dudo que venga a estas horas.

«Y el administrador», pensé.

La llave de Tatiana estaba en mi poder. Me di cuenta de que yo mismo había dejado la puerta principal entornada, por si tenía que salir corriendo. Con suerte, sería algún vagabundo buscando refugio para dormir. Nos quedamos en silencio. Se oyó algo de cristal caer contra el suelo, seguido de una risa oscura. Una risa un tanto familiar. Los pasos volvieron a oírse y cesaron justo detrás de la puerta. Carolina, asustada, se había puesto al otro lado de la cama. Debido a la oscuridad, no podía verse la sombra de dos pies tras la puerta, pero su presencia se intuía fuertemente.

El pomo giró. Un aire frío y húmedo entró en el dormitorio, que estaba a oscuras, ya que Carolina había apagado las últimas velas. Se pudo ver el contorno de una silueta que se apoyaba en la pared para no perder el equilibrio. Dio un paso al frente. En ese momento pensé que no había sido buena idea apagar la luz. Caminé hacia atrás para quedarme al lado de Carolina, a la que podía sentir temblar. Tomé su mano y me disponía a salir corriendo cuando aquel sujeto encendió una cerilla y su rostro se iluminó.

Las incógnitas sobre quién era Arthur Kleim o Samuel Sandoval y por qué había preferido no contarme su versión de la historia y dejar que yo la fuese descubriendo poco a poco, no sin su ayuda, pues la primera vez que vi a Carolina no estaba dispuesta a hablar, se borraron de golpe de mi mente al oír los pasos en el pasillo, a apenas unos metros de nosotros. Cuando la luz iluminó el dormitorio, sentí un cosquilleo en el vientre y, tras él, noté como se encogía y una náusea me subía por el estómago. Arthur había estado escuchando todo el relato. Me lo imagino escuchando la voz de Carolina relatando su propia historia de nuevo, contada desde otro punto de vista, y descubriendo a un nuevo culpable de la muerte de Adriana. Los segundos durante los cuales la luz dejó que su rostro se mostrase ante nosotros revelaron a un hombre muerto y borracho. Entonces me di cuenta de que Arthur siempre tenía una copa de lo que fuese en la mano, con tal de que tuviese alcohol, seguramente para olvidar, para escapar de sus recuerdos, de él mismo y de quién era. Había pasado tanto tiempo siendo Arthur Kleim que era incapaz de recordar cómo era cuando su nombre era Samuel y tenía el futuro perfecto planeado. Seguramente para olvidar que había sido condenado a vivir en su propio cementerio de los recuerdos rotos antes de tiempo, antes de lo que normalmente se comienza a vivir en el cementerio de los recuerdos rotos al que todos estamos condenados. Vi el rastro de un hombre herido y borracho una noche más. La cerilla se apagó y me acerqué a él para intentar sentarlo en la cama. Cuando sintió mi mano sobre su hombro la apartó de golpe. Sentí en la oscuridad que estuvo a punto de caerse. Carolina se había apresurado a encender de nuevo algunas velas y una débil luz iluminó la habitación. Arthur se estaba riendo, no sé si de sí mismo o de Carolina y de mí. Tras tambalearse y acabar apoyándose en la cama, miró fijamente a Carolina. Pude ver como sentía sus ojos clavándose en ella y el miedo se hacía más profundo.

—Mentirosa —dijo.

A Arthur le costaba respirar, además de mantenerse en pie.

—Hice bien en que él fuera descubriendo la historia, así yo también la conozco tal como es. ¿Quiénes eran esos tres a los que fue a buscar Cristo?

Su tono de voz era más amenazante a medida que hablaba.

—No lo sé.

—¡Embustera! —gritó. Se dirigió hacia ella y la cogió por los brazos—. Dímelo.

—Solo los había visto alguna vez en las fiestas, pero no sé quiénes eran. Carolina temblaba. Me acerqué a Arthur e intenté quitárselo de encima.

—Suéltame —amenazó.

—¿No se da cuenta de que lo hizo para que se olvidase de todo? —En ese momento dirigió su mirada hacia mí—. No le ha mentado porque sí; lo hizo porque ni ella misma supo decirle quiénes fueron, y porque si se enteraba alguna vez, nunca podría vivir en paz. Lo hizo por usted, lo sabe. Ya mató a Cristo y no va a poder acabar con ellos tres. No sabe nada de ellos, ni siquiera su nombre, y seguramente estarán muertos o fuera de España.

Se quedó pensativo y cayó abatido, con la mirada perdida en el tiempo que una vez pudo compartir con Adriana. Carolina se mantuvo firme y se agachó a su lado para abrazarlo. Nunca había visto llorar a un hombre de aquella forma mientras Carolina lo rodeaba con los brazos, y nunca volví a verlo en nadie, pero yo seguía teniendo las mismas dudas que antes y alguna más.

Cuando era niño y le pregunté a Bruno por el entierro de Adriana, me contó que Samuel la había matado. No sabía si realmente creyó la versión de Cristo entonces o simplemente quiso lavarse las manos. Y, por otra parte, estaba el hecho de que Bruno quiso hacerme creer que estaba muerto para alejarme de él, lo que me llevaba a pensar que se arrepentía de haber creído la mentira de Cristo y posteriormente lo ayudó a salir de España. ¿Por qué me dijo que se había ahorcado en su casa? Pensé que esa parte la descubriría otro día, si es que me quedaban fuerzas para seguir con todo.

Arthur intentó incorporarse, pero fue inútil. Carolina y yo lo levantamos hasta dejarlo tumbado en la cama. Poco después se quedó dormido. Yo pensaba dejarlo allí hasta que se despertase al día siguiente. Carolina se negó en redondo. Me dijo que podía marcharme a casa. No quise hacerlo. Tenía ganas de volver junto a Adelaida, pero preferí esperar un rato.

Mientras esperábamos en silencio que se le pasara la cogorza, la casa pareció adquirir vida propia. Las maderas negras crujían y parecía que alguna ventana del último piso estaba abierta. Recordé que estaban tapiadas con madera. Ambos nos inquietamos al oír los molestos ruidos. Carolina comenzó a hablar sin apartar la mirada de Arthur.

—No sé por qué esta casa sigue en pie. Deberían tirarla.

—A mí me gusta —inventé.

Me miró poniendo una expresión entre la desaprobación y la desgana.

—Eso es porque no ha vivido aquí, porque no sabe cómo pesa la sombra de Enrique Cristo, aunque lleve tiempo muerto. —Guardó silencio mientras tomaba la mano de Arthur. Continuó hablando—: Y yo, por siempre, bajo la sombra de Adriana. A veces la echo de menos y me odio a mí misma, y otras la odio a ella. Pudo elegir a cualquiera, pero tuvo que escogerlo a él.

—Y él a ella —apunté.

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué no te marchas con él a Francia? Díselo, no creo que se niegue.

—¿Y de qué serviría?

—Seguro que es mejor que estar aquí.

Me miró con duda y no respondió hasta un rato después.

—Debería haber muerto en el incendio que provocó, así descansaría y no estaría siempre ella en su mente. Y yo también debí morir allí.

—No debería decir algo así.

—¿Eso cree? Él se ha convertido en un borracho y yo he seguido siendo lo que siempre he sido: nada. Esto no es vida, esto es morir en vida. A veces la muerte no es tan mala salida.

—No sé si podré compartir algún día sus pensamientos.

Me arrepentí de decir eso nada más acabar la frase. Yo tenía a Adelaida, estábamos esperando un hijo y nos íbamos a vivir a París. No tenía motivos para pensar como ella, pero tampoco sabía lo que podía pasar por una mente cuando se sufre de la manera a la que ambos estaban acostumbrados desde hacía tiempo.

La noche se hacía más profunda y el frío hacía crujir cada rincón de la casa. Se me antojó cada vez más grande y más triste. Comencé a pensar en la historia que estaba escribiendo, la de Adriana y Samuel, aunque ahora ya no parecía tan simple como dos nombres anónimos perdidos y escondidos en el tiempo. Repasaba mentalmente la parte de la historia que llevaba entre manos y lo que ella me acababa de relatar, y me di cuenta de que había empezado a ver todo el relato desde otro ángulo. Ya no lo hacía solo por Adelaida y por Arthur, lo hacía por mí también, por Carolina, por Tatiana, por Néstor y Andrés, y tal vez incluso por Enrique. Y mientras pensaba en todo esto, fui consciente de que debía comenzar a relatar la historia de nuevo, escribirla con

las palabras exactas, los detalles concretos y los personajes íntegros que todos ellos y la misma historia se merecían, en lugar de hacerla fría y ajena. Dejaría escrito el final de la novela cuando llegase a casa, y en Francia la escribiría de nuevo, desde el fondo del cementerio de los recuerdos rotos de Samuel, lo más real posible. Era la forma que tenía de conseguir que la vida de dos personas dejase de perseguirme y liberarlas a ellas también, y, sobre todo, de ayudar a Samuel a vivir en paz el tiempo que le quedase sobre la tierra.

No sé por qué un escalofrío recorrió mi espalda y me despertó de mi sueño recostado en una silla. No recordaba cuándo me había quedado dormido, pero seguía siendo de noche. Carolina se había recostado al lado de Arthur y le había pasado el brazo por encima. Tenía los ojos abiertos. La llamé y le dije que debíamos intentar despertarlo. Se incorporó y lo intentó. Negó con la cabeza. Lo intenté yo. Careciendo de suavidad y dulzura, conseguí que abriera un ojo y después el otro. Nos miró sin saber muy bien qué hacíamos allí o dónde estábamos. Le ayudamos a sentarse en el borde de la cama mientras me daba la sensación de que me iba a vomitar encima, cosa que para mi fortuna no ocurrió, aunque estaba seguro de que era lo que le hacía falta después del sueño que se había echado. Todavía medio dormido y algo más consciente, logramos que bajase las escaleras sin caerse. Cerré la puerta de la casa de los Cristo. Arthur se volvió a mirarla; tal vez supiera que aquella sería la última vez. El aire frío le sentó bien, y su mente pronto quedó despejada por el camino. Cuando llegamos al cruce con el paseo de la Independencia, preferí insistir en que Carolina regresara a casa de Tatiana, ya que le quedaba muy cerca, y que no hiciera así un viaje innecesario hasta el domicilio de Bruno. Además, Arthur ya caminaba sin nuestra ayuda.

—¿Cuándo te marcharás de nuevo? —le preguntó inquieta.

—Pronto.

—¿Regresarás?

—No.

En ese momento no creo que fuera capaz de recordar con seguridad el nombre de la calle en la que se encontraba como para poder responder con la seriedad necesaria. Carolina temblaba, pero no se atrevió a decirle que prefería marcharse con él y olvidarse de una ciudad que nunca la había tratado bien. Cuando nos dio la espalda, Arthur la sostuvo del brazo y se acercó a su cara para darle un beso, que ella rechazó ladeando la cabeza. Se quedó observando su caminar severo y rápido mientras se alejaba de nosotros.

Las calles heladas y las ventanas tapiadas le daban la sensación de haberse convertido en una ciudad extraña y poco amiga de nadie. Caminamos lentamente disfrutando del silencio, al menos yo. A Arthur parecía atormentarle por dentro. Con la mirada fija en el suelo y la cara enrojecida por el frío, no me dirigió la mirada ni una sola vez, seguramente avergonzado del modo en que había aparecido en nuestra reunión, que había sido preparada por él.

—¿Por qué le pidió que me contase lo que ocurrió? —pregunté sin más.

—¿No lo he dicho? Quería saber si me ocultaba algo más. Y así era. En realidad, habiendo preparado yo el encuentro, creí que si había algo oculto no lo contaría después de tantos años. Supongo que al final ha acabado cansada y todo le da igual.

—Tal vez lo haya hecho aposta. Si ella sabía que usted me había pedido que siguiese escribiendo el libro, también sabía que se enteraría de todo.

—Es cierto. Lo que no sé es por qué no me lo contó.

—¿Ha servido de algo que sepa la verdad? —pregunté deteniendo la caminata.

Se quedó pensativo y me miró durante un segundo para volver a ocultar sus ojos en el suelo.

—No.

—Y sabe que, si lo hubiese hecho antes, se hubiera vuelto loco, Arthur, buscando a los que hicieron aquello, y nunca los hubiese encontrado. Ni siquiera ella sabe quiénes fueron. Seguramente hubiese sido mejor si continuase sin saber la historia completa.

Me adelanté unos pasos. Luego se apresuró a alcanzarme.

—Tal vez —reconoció—. Por otro lado, quizá usted pueda ayudarme, Miguel. Tal vez, cuando acabe la novela y la lea, vea las cosas de otro modo.

—¿De qué modo cree que van a cambiar las cosas, Kleim? Adriana no va a resucitar. Nada se la va a devolver.

—Lo sé. Pero cada vez que lea la novela, será como estar con ella de nuevo, y aunque nadie sepa que todo lo que se relata en el libro es cierto, todo el mundo sabrá la verdad.

Repitiendo esas palabras muy lentamente en mi cabeza, me di cuenta de que tenía razón y le sonreí.

—Puede pensar que soy un romántico de esos que ya no existen, pero no lo puedo evitar. Solo he sido capaz de querer a una mujer en mi vida, y me la quitaron demasiado pronto. Su recuerdo, su libro, será lo único que me quede

de ella cuando ya no la pueda recordar, cuando mi memoria falle, y de ese modo siempre podré regresar aquí, a Zaragoza, a mi casa, a la de los Cristo, a Teruel; podré ver a Carolina de nuevo, y a todas las personas que me han importado. Esa novela, Miguel, es mi memoria.

—Se equivoca en una cosa —dije—. Ese libro no es mío, es suyo, debería llevar su nombre.

—Entiendo, entonces, que me permitirá publicarlo.

—Cómo no dejarle, Arthur.

—Llámeme Samuel, ¿quiere?, pero solo cuando estemos en privado.

—Claro.

En ese momento sentí una complicidad entre ambos únicamente comparable con esa amistad que sientes hacia un amigo a los doce años. Aunque yo nunca tuve amigos, aparte de los libros, ni a los doce ni a ninguna edad. Pero estaba convencido de que aquella calidez y tranquilidad debían ser igual que aquello. Lo dejé en la puerta de la casa de Bruno. Me dijo que cuando hubiese acabado la novela fuese allí y nos marcharíamos lejos de la ciudad fantasma. Me alejé unos metros de la entrada. Samuel me llamó y me volví.

—¿Cómo lo va a llamar?

No dudé demasiado en la respuesta.

—*El cementerio de los recuerdos rotos* —respondí.

Asintió con la cabeza y desapareció en el interior de la casa.

En realidad, lo que podía escribir hasta marcharnos a Francia era lo que Carolina me había contado aquella noche, pero todavía me faltaban cosas por saber para que la historia estuviera completa, además de mi intención de reescribirla de nuevo, de la forma en que se merecía.

Imaginaba cómo podría ser nuestra vida en Francia. No sabía exactamente dónde viviríamos, pero prefería que fuese cerca de Samuel. En ese momento, mientras daba un paso tras otro y me acercaba a Adelaida, comencé a sentirme prácticamente eufórico por tener un nuevo libro casi acabado y por la vida que nos esperaba junto a nuestro hijo. Cuando era niño nunca pensé en un futuro junto a Adelaida. En realidad, entonces solo pensaba en la literatura y en ser escritor. Recordé como me molestaba su presencia en la tienda de mi padre mientras leía. No sé por qué la traté así. ¡Cómo había cambiado todo! Me acordé de mi padre y de los días que pasábamos en la tienda antes de que Montoya lo matase una noche. También recordé a Emilio y su fantástica historia sobre Alekséi, y los guisos que Susana me hacía comer cada vez que me encontraba subiendo las escaleras y me secuestraba cariñosamente durante media hora y se sentaba a mi lado para asegurarse de que me lo comía todo, casi hasta los huesos; había sido más madre que la mía. Recordé a Vicente y sus intentos por llevarse, todavía no sé si al catre o al altar, a Ana, la listísima bibliotecaria que me pilló mirándole las piernas por si divisaba lo que quedaba más arriba, y a Daniela, la chiquilla a la que enseñé a leer. Me pregunté dónde estaría ahora. Subía las escaleras hacia el piso y fui consciente de que de quien no me había acordado era de mi madre. Quizás nunca la quise realmente. O tal vez había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la pude querer y ya era incapaz de acordarme. Ya en la entrada de casa, pensé que había comenzado a extraer de mi propio cementerio los recuerdos que apenas habían tenido tiempo de transformarse en eso, en recuerdos. Antes de introducir la llave en la cerraja, Astaroth, presintiendo mi presencia, se acercó a la puerta y maulló. Algo no iba bien. Abrí y vi todo en la penumbra. Astaroth desapareció. Llamé a Adelaida con un hilo de voz y le di al interruptor. No había luz. Avancé por la salita de estar. El suelo crujía. El

leve viento golpeaba una de las ventanas. Pisé lo que me parecieron los cristales de una bombilla. La llamé de nuevo, sin obtener respuesta. Las piernas me comenzaron a temblar y mi estómago dio un brinco hasta la garganta. Lentamente, el oído se afinó y pude escuchar un pequeño sonido, sin llegar a saber de dónde procedía ni qué era; apenas era perceptible. Me pegué a la pared, intentado acallar mis pasos lo más posible. Me desplacé sin separarme de la misma y alargué la mano hasta el interruptor de la cocina. Tampoco había luz. Me adentré en la cocina e intenté tomar el cuchillo que guardaba en uno de los cajones para cortar el pan. Estaba vacío. Algo me rozó la pernera del pantalón. Se me cortó la respiración. En ese instante, Astaroth maulló a mis pies. Pensé que era un cobarde. Salí de la cocina y volví a oír ese tenue sonido. Venía del baño. Abrí e intenté de nuevo dar la luz. Nada. El sonido era más fuerte. Di un paso y volví a pisar los restos de otra bombilla.

—¿Adelaida?

Algo se movía en la oscuridad. Retrocedí unos pasos. Sentí su mano fría sobre mi cara. Estaba temblando. La abracé y noté lágrimas en su rostro. En la otra mano llevaba el cuchillo que había desaparecido de la cocina.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Quise mostrar una voz calmada, sin éxito.

—El. Lo he visto —dijo entrecortada.

—¿Quién? ¿A quién has visto? ¿Quién ha entrado aquí?

No me di cuenta de que le apretaba los brazos con fuerza y le hacía daño.

—Suéltame.

Dejé de apretar y le solté los brazos.

—Lo siento. No quería hacerlo.

—Lo sé.

—¿Quién ha estado aquí?

—No. No ha entrado. Lo he visto desde la ventana. No debí venir aquí.

No debí hacerlo. Soy una estúpida.

—¿Quién? —grité mientras ella se dirigía a la habitación.

—¡Nadie!

Cerró la puerta de golpe. Oí de nuevo su llanto. Me dirigí al único armario que había en la salita principal y encontré una bombilla que enrosqué en el techo. Me dio un calambre y la luz se encendió. Me asomé a la ventana para comprobar que no había nadie en la calle. En ese instante me di cuenta de lo estúpido que había sido dejándola sola. ¿Cómo había podido hacerlo?

La llamé.

—¿Adelaida?

No respondió. Pensé que estaba asustada por haberla dejado sola durante la noche más tiempo de lo que le había dicho. Un rato después subí a mi lugar de trabajo y comencé a escribir lo que me habían contado aquella noche. Astaroth se había acomodado en un rincón y dormido sobre un viejo jersey. Apenas llevaba escritas las cinco primeras páginas del nuevo capítulo, creí oír que me llamaba. Bajé las escaleras dispuesto a pedirle perdón otra vez. Pude ver su perfil gracias a la luz de la salita que entraba por la puerta. Estaba sentada en la cama con una bolsa en la mano.

—Creo que lo mejor será que me marche.

—¿Qué dices?

—Fue una estupidez pensar que podría engañarlo. Si me marcho ahora, tal vez lo olvide todo y no haga nada.

—¿Qué dices, de qué estás hablando? —grité.

Me di cuenta de lo que había ocurrido: Diego. Diego la había encontrado, nos había encontrado. Ella lo vio por la ventana cuando la dejé sola, rompió las bombillas y se metió en el baño con el cuchillo en la mano.

—No ha entrado en casa, pero lo hará. Y no falta mucho para que lo haga. ¡Qué estúpida, qué estúpida!

—No digas eso.

Me senté a su lado, cogí la bolsa que tenía en las manos y la aparté.

—No te vas a ninguna parte.

—No se me ocurre otra cosa.

Tenía la cara enrojecida y cansada.

—Nos iremos los dos. De todas formas, pensábamos marcharnos pronto.

—No lo lograremos. Vendrá antes de que lo hagamos.

—No, si lo hacemos ahora.

Quería ir a casa del gran Diego Uribe, que me recordaba a Montoya, y pegarle un tiro en medio de la cabeza, a ser posible con su propia arma, la que estaba seguro que ocultaba en algún lugar de su casa. Era lo único que se merecía.

En la misma bolsa que ella había preparado, metí la poca ropa que tenía, el libro y algún apunte suelto escrito sobre las noticias de un viejo periódico. Antes de que Adelaida saliese al pasillo y a la calle, me aseguré de que no había nadie.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro donde no te encontrará.

Como no podía ser de otro modo, recurrí a Bruno de nuevo. Adelaida no había estado de niña en su casa; aunque tantas veces me pidió que la dejara acompañarme, nunca lo permití. Prácticamente la empujaba por la calle para llegar lo antes posible a la casa de Sanpedro. Miré en todas direcciones para comprobar que no había nadie a nuestro alrededor. Cuando la empujé a través de la verja oxidada y sin cerrar, me miró curiosa. Llamé con fuerza e insistentemente. Pronto se encendió una luz en el interior. No dejé de mirar a nuestro alrededor. Bruno abrió. La empujé al interior del cálido hogar sin dar explicaciones y cerré.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruno alarmado.

Nos acompañó al salón principal. Una vez acomodados, y asegurándome de que Adelaida ocupase el lugar más cercano al fuego, que Bruno insistió en encender, le relaté lo que sucedía y le dije que debíamos marcharnos. Ambos vimos el cansancio de Adelaida. Bruno insistió en que eligiéramos donde dormir y que no nos preocupásemos de nada, que él se encargaría de todo. Cuando se quedó dormida, salí del dormitorio con cuidado de no despertarla y regresé al encuentro de Bruno. Lo encontré asomado a la ventana.

—Mañana saldréis de aquí, os lo prometo, Miguel.

—No, no tan deprisa.

—¿A qué viene eso? —preguntó tomando asiento y alzando las cejas.

Me senté a su lado y tomé aire.

—Diego no sabía adónde se había ido Adelaida, pero nos encontró. —Asintió—. Si quiere encontrarla, lo hará donde sea —añadí. Nos miramos en silencio un largo rato. Todavía no estaba seguro de cuál era el mejor modo de proceder—. Si ha habido suerte esta noche, no nos habrá seguido y, por el momento, no sabrá que nos encontramos en tu casa. Regresaré a la mía y le esperaré.

No sabía cuál podía ser la reacción de Bruno, aunque lo que me pasaba por la cabeza era que estaba a punto de decirme que estaba loco, que si huíamos a Francia no podría encontrarnos y que dejara las cosas como estaban. En lugar de ello, se puso en pie con ayuda de su inseparable bastón y me pidió que lo acompañase. Me condujo hasta una puerta medio escondida que quedaba detrás de la inmensa escalera. Nunca había reparado en ella. La abrió sin necesidad de llave y entramos en un pequeño cuarto que olía a cerrado y a polvo. Los muebles estaban desordenados y no guardaban similitud en material, color ni edad entre ellos mismos. Se dirigió a uno de

madera oscura y abrió la puertecita que quedaba en el centro. De ahí sacó una caja y me la tendió. La abrí y extraje un revólver de su interior.

—Una de las veces que nos escondimos en el sótano durante la guerra, se oyeron disparos en el interior de la casa. Cuando se marcharon, salimos y encontramos esto tirado en el suelo. Tiene dos balas. Espero que tengas puntería. Nunca me han gustado las armas. Esta es la única que tengo porque la encontré. Acaba con ese cerdo, pero recuerda que ella te está esperando: sé más rápido que él.

—Regresaré cuando haya acabado con él.

—No te preocupes; si tardas, me inventaré alguna cosa, pero regresa.

Recordé que me quedaba algo pendiente con Bruno. Tenía miedo de no regresar, pero debía marcharme, aunque antes quería saber la verdad de su historia, y, aunque no fuera precisamente el mejor momento para preguntárselo, tal vez fuera la única oportunidad que me quedaba de conocer la verdad y poner fin a esa novela.

—Bruno...

—¿Sí?

—Antes de marcharme, necesito hablar con usted de algo. Y necesito que me cuente la verdad.

—¿Algo relacionado con Arthur Kleim?

—O Samuel Sandoval.

Eché la cabeza hacia atrás y mostró una sonrisa burlona.

—Al final no sirvieron de nada mis intentos por mantenerte al margen, aunque creí que a quien ayudaba era a mi Samuel. No quería que volviese a vivir todo lo que ocurrió, pero él mismo te acabó pidiendo que lo escribieras.

—Necesito saber la verdad antes de marcharme.

—¿Por qué? ¿Crees que no regresarás, verdad? —Me encogí de hombros, queriendo quitarle importancia—. Antes de hacerlo, prométeme que no le dirás nada a Samuel.

—¿Sobre que me dijo que estaba muerto? Creo que eso ya lo sabe.

—No, sobre eso no. Tiene que ver con su madre. Es algo que solo sé yo, y creo que tiene bastante que ver con todo lo que le ocurrió a él.

Viendo que en todo aquello parecía venir otro giro inesperado de la situación y que seguramente no sería corto y tampoco fácil de entender, le pedí que fuéramos al salón, junto al fuego. Nos acomodamos en el sofá frente al calor y me dispuse a recibir nueva información, esperando que ya no hubiese ninguna otra persona implicada y se desvelara toda la historia por completo.

—Hace tiempo tuve que explicarte lo que ocurrió en esta casa la noche en que Adriana murió. Como has comprobado tú mismo, lo que te conté no era cierto, pero sí era lo que yo creía entonces que ocurrió. No tenía motivo alguno para dudar de Enrique Cristo. Recuerdo aquella noche como una de las más frías de aquel invierno, y una de las más oscuras. No había una sola estrella en el cielo, y tampoco había rastro de la luna. Todo parecía un presagio de lo que iba a ocurrir poco antes de que Cristo apareciera en mi casa. Estaba dormido cuando unos fuertes golpes llegaron desde la puerta de entrada. Bajé las escaleras todo lo deprisa que pude. Estuve a punto de hacerlo rodando. Abrí y no encontré más que a un hombre derrotado con los ojos perdidos. Tenía la cara descompuesta, aunque por algo diferente a lo que me contó aquella noche. Lo tomé del brazo y lo metí en casa. No quedaba leña. Le tendí una manta para que se tapase con ella. Estaba temblando, pero no puedo decirte si de miedo o de frío.

»Enrique Cristo y yo habíamos sido amigos desde niños y no tenía motivos para dudar de él. Siempre había estado a mi lado cuando necesité a alguien, y todo el tiempo que me hizo falta. Pero yo, como el resto de las personas que lo conocían, no sabía el imperio del miedo que había sembrado en su propia casa. Solo me enteré cuando una noche, en el 38, Samuel Sandoval me pidió ayuda. No podía creer lo que me contaba, pero estaba claro que no mentía: su relato no tenía puntos muertos ni cabos sueltos.

»Recuerdo cómo solía hablarme Enrique de Adriana. Me decía que no era normal, que estaba siempre metida en su dormitorio sin hacer nada más que estar allí, y que cuando intentaban hablar con ella apenas decía palabra. Él creía que tenía un retraso mental. En las pocas ocasiones que la vi, me pareció una chica callada, nada más, pero, por otra parte, yo no era su padre ni estaba todo el día a su lado; por ello, siempre le creí. También me contó que había encontrado entre los hijos de algún conocido a unos posibles pretendientes para que se la llevaran de casa y la espabilaran como más convenientemente vieran, pero ella no les hacía el menor caso. Eso me decía Cristo, y yo le creía. Mi hija Margarita había muerto hacía tiempo, pero fue gracias a su

ayuda por lo que pudo vivir durante casi cuatro años más de lo que los médicos habían pronosticado. Cristo conocía a mucha gente importante fuera de España, y cuando le conté el problema de mi niña no perdió el tiempo ni un segundo y se puso en contacto con un conocido suyo en Alemania, con estudios médicos y empresario de profesión. Le explicó lo que pasaba sin llegar a desvelar la identidad de mi hija ni la mía para evitar rumores. Pocos días después, ese médico, junto con Enrique, estaban en mi casa. Había traído consigo una caja de madera llena de medicinas que un médico amigo suyo, ejerciente en Alemania, le había dado, basándose en lo que Cristo les explicó en su carta. Examinó a Margarita y finalmente me tendió uno de los botes que traía consigo.

»—No hay cura para lo que tiene —me dijo—. Pero esto le aliviará el dolor y hará más lenta la llegada de su fin. Es un medicamento que está en los laboratorios. Todavía no es legal, pero puedo conseguirle cuanto necesite.

»No supe cómo darle las gracias. Pude disfrutar de mi hija durante cuatro años más. La vi mejorar, y pudo vivir sin tanto sufrimiento, hasta que ya no se pudo hacer nada. Enrique estuvo a mi lado cuando Margarita murió, y también cuando perdí a mi esposa, aunque he de decir que Claudia nunca se fio de él. Solía decirme que tenía algo oscuro en su alma y que se reflejaba en sus ojos, que lo podía ver en él. Cada vez que venía, ella lo llamaba un «hombre oscuro». Aquella noche, cuando se tranquilizó y le pregunté qué había ocurrido, me miró fijamente y rompió en lágrimas.

»—Me la ha quitado —dijo—. Ese Sandoval se ha llevado a Adriana. Le ha arrancado la vida desde dentro y la ha matado.

»—¿Cómo que te la ha quitado? Tranquilízate y cuéntame qué ha sucedido.

Respiró profundamente dos veces seguidas.

»—Estaba en casa, leyendo frente al fuego, cuando he escuchado un grito que venía de la planta de arriba. He salido corriendo y he subido las escaleras, incluso he tropezado. Los gritos provenían del dormitorio de Adriana. Cuando lo he abierto, lo he visto sobre ella: la sujetaba por el cuello. Ni siquiera se ha molestado en parar cuando me ha visto. Se lo he quitado de encima, pero era tarde, ella ya no respiraba.

»A medida que avanzaban sus palabras, sus manos temblaban cada vez más y su voz también.

»—Se ha quedado ahí de pie, viendo como intentaba que volviese a respirar y como gritaba pidiendo ayuda con todas mis fuerzas. Unos guardias

civiles debían de pasar por allí en ese momento, porque han entrado en casa y se lo han llevado detenido. Ese hijo de puta la ha matado.

»—¿Cómo ha entrado en tu casa?

»—Con cualquier excusa las doncellas le habrán dejado pasar. ¡Maldito, me la ha quitado!

»Intenté consolarlo como pude, pero no creo que eso sea posible, lo sé en carne propia. Estaba envuelto en lágrimas. Qué gran farsante fue, Miguel, pero yo no tenía motivo alguno para sospechar que fuese mentira. Él había conseguido alargar la vida de Margarita durante cuatro años y estuvo a mi lado siempre, siempre. Por otro lado, me costaba pensar que Samuel, el niño que había jugado con mi hija hasta el último momento, hubiese sido capaz de hacer algo así, pero Cristo no podía mentir. En realidad ni siquiera me planteé que mintiese, simplemente le creí. Nunca debí hacerlo. Dos días después fui a ver a Andrés Sandoval, a interesarme por Samuel, pero lo único que me dijo fue que todo era un bulo y me cerró la puerta.

»Aquella noche fue cuando Enrique me pidió ayuda para enterrar a Adriana. No quería que se convirtiese en noticia. Quería hacer el entierro sin que nadie lo supiese, pero necesitaba la ayuda de alguien de confianza. Me pidió que fuese con él al cementerio, pero no hubiera servido de ayuda: necesito el bastón para moverme con facilidad. Así que envié al jardinero. Tú presenciaste el entierro y lo viste allí.

»No supe nada de Samuel durante años. Una noche, cuando no faltaba mucho para que la guerra acabase, llamó a mi puerta. Vi a un chiquillo acabado y hundido envuelto en un cuerpo de hombre, sin esperanza alguna en los ojos. Estaba muy nervioso.

»—Está muerta —dijo—. Adriana lleva ocho años muerta y acabo de saberlo. ¿Por qué no me lo dijo nadie?

»Cuando oí sus palabras, me di cuenta de que lo que Cristo me contó de él era una gran mentira. Solo entonces me di cuenta, ocho años tarde. Cayó abatido al suelo. Apenas podía tenerse en pie, de cansancio, de agotamiento y de falta de ganas de vivir.

»—La mató su padre. Me tendió una trampa. —Alzó la cabeza, intentando encontrar mis ojos, que yo trataba de esconder por la vergüenza de haber creído a Cristo—. Me acusó a mí; lo tenía todo planeado. Y la mató, acabó con su hija, con Adriana. ¿Por qué nadie me dijo que murió aquella misma noche?

»No encontraba palabras para consolarlo. Un rato después me dijo que había matado a Cristo y que tenía que salir de España, que si creía que él no la había matado, lo ayudase. Por supuesto, lo hice. Le di dinero y lo saqué de España. Creí que me costaría mucho más trabajo por la guerra, pero tenía pasaporte con nombre extranjero y eso facilitó las cosas, gracias a Dios. Le di la dirección de un viejo amigo mío y escribí una carta para que se la diera a su llegada.

»Poco tiempo después tuve noticias de él. Me decía que estaba bien y que todo marchaba como habíamos planeado. Fue a él a quien pedí ayuda para que pudieses ser novelista, a Samuel, y no a Kleim. Tardé meses en darme cuenta del motivo que había llevado a Cristo a cometer aquella atrocidad con su hija y por qué había elegido a Samuel para ello. Samuel me contó que llevaba mucho tiempo viéndose con Adriana, por lo que sospeché que, en algún momento, Enrique se enteró. Enrique se había casado con su prima segunda porque la mujer en la que él se había fijado siempre lo rechazó. Ella acabó casándose con otra persona: un hombre insignificante, trabajador, sin dinero, alguien que no era de su clase. Nunca entendió por qué prefirió a aquel pobre. Esa mujer, a la que siempre pretendió, no era sino la madre de Samuel. Y su hijo, el hijo que debía haber sido suyo, el hijo varón que él tanto deseaba y que nunca llegó, se veía con su hija desde hacía tiempo, y él no se había enterado de nada.

»Imagino que se volvió loco pensando que sus conocidos podrían saberlo y que él era el único ignorante. No podía consentirlo. Debía de sentirse engañado, traicionado y estúpido. Enrique no era un hombre al que le gustase quedar como un idiota ante nadie, y menos ante una de sus hijas. Además de considerarse su dueño, eran mujeres, por lo tanto, muy inferiores a él en inteligencia. En especial, Adriana. Quiso hacerla pagar por haberlo engañado, y a la madre de Samuel por no haberlo escogido a él, y qué mejor forma de conseguirlo que acusar a Samuel de su crimen y hacérselo pagar durante el resto de su vida.

»Por todo ello, y por otras cosas que tú sabes y yo no, es por lo que no quería que recordaras esto, pero fue él mismo quien te lo pidió. Tal vez así, con un libro en el que se cuente la auténtica historia de lo que ocurrió, pueda vivir más o menos en paz los años que le queden. No sabes cómo me cuesta verlo llegar a casa borracho y con los ojos rojos de haber estado llorando en el cementerio o en una esquina. Y me duele verlo tomándose una copa de vino para desayunar y poder borrarla de su cabeza. No quiero imaginar lo que tiene

que ser estar escondido durante años por algo que no has hecho, y saber, ocho años después, que toda la esperanza de una vida con la persona a la que amas no ha sido más que una fantasía dentro de tu propia imaginación, y que ella no estuvo en ningún lugar del mundo mientras tú no pensabas más que en regresar a su lado.

Salí de la casa de Sanpedro prometiéndole una vez más que no le revelaría a Arthur que toda la rabia de Cristo se basaba en su propia madre, y en el hecho de que él mismo podría haber sido su hijo si lo hubiese escogido a él. En unos momentos me parecía una excusa estúpida, pero en otros, y teniendo en cuenta el temperamento de Cristo, encajaba a la perfección en la historia. Todo tenía sentido. Era la historia más triste que había escuchado nunca. Hoy en día, me gusta pensar que es tan solo otro más de mis libros.

Llegué a mi casa con el revólver de Bruno escondido en el bolsillo del abrigo y subí a mi piso. No tenía muy claro cómo proceder. En mi vida había tenido un arma en las manos, lo más cerca que las había visto había sido en el cinematógrafo, e incluso allí siempre me habían dado miedo, pero una bala certera me aseguraría la muerte de Diego. Coloqué una silla frente a la puerta, a unos cuatro o cinco metros de ella, y me senté en la penumbra a esperar que viniese.

Mientras esperaba sentado, pensé que era un plan más que estúpido. Mientras las horas pasaban, el cansancio resentía mi cuerpo y mi capacidad de vigilancia, pero no podía permitirme el lujo de dormir. Fui a la cocina y preparé suficiente café como para todos los inquilinos del edificio, tomé mi puesto de vigilancia de nuevo con la cafetera a mi lado y bebí directamente de ella. Con las primeras luces de la mañana, había acabado la cafetera entera. Como había conseguido no dormir, mi nerviosismo se había multiplicado por diez y cada vez estaba más cansado. Durante el día, me dediqué a mirar por la ventana y recoger alguna cosa que habíamos dejado olvidada con las prisas. Vi mi máquina de escribir. La tentación de terminar el borrador de *El cementerio de los recuerdos rotos* fue grande, pero no podía. Si había regresado al piso era para esperar a Diego y librarme de él.

Comí lo poco que quedaba de un pan de hogaza y bebí más café. A las diez de la noche, la cafeína que recorría mis venas era tanta que no podía dejar de mover las piernas y los brazos. Debía seguir despierto. Me pregunté qué excusa le habría puesto Bruno a Adelaida y si le habría contado a Arthur donde estaba. Con el cansancio y el sueño acechando, consideré la estupidez

que había sido regresar allí y limitarme a esperar. Tal vez no apareciera, o quizá estaba maquinando algún plan que le impediría ir a por nosotros hasta pasados unos cuantos días, aunque algo me decía que no faltaba mucho para el encuentro.

Debían de ser las dos de la mañana cuando oí el motor de un coche y me asomé a la ventana. No había rastro de coche ni de nadie, pero estaba seguro de haber oído el característico ruido de un motor. Aparté la silla y me quedé a un lado de la puerta de entrada, apretando el revólver contra mi pecho. No tardé en oír pasos por las escaleras.

—Ahí está —pensé.

Alguien se quedó al otro lado de la puerta. Pude escuchar su respiración acelerada. El pomo se movió. Un tintineo y, a continuación, introdujo algo en la cerradura. Forcejeó durante unos minutos interminables, pero sabía que debía mantener la calma si quería que todo saliese bien. La cerradura cedió. Pegué mi cuerpo contra la pared todo lo que me fue posible y contuve la respiración. Abrió la puerta lentamente hasta que me quedé oculto tras ella, sin respirar. Dio dos pasos. Vi sus zapatos negros y una capa que le colgaba de los hombros. En la mano llevaba algo metálico, una pistola o un revólver. Nunca me habían temblado tanto las piernas. Diego dio otro paso al frente y miró en la oscuridad. Cuando tuve su silueta frente a la mía, yo también di un paso al frente y le apunté a la nuca. Se quedó quieto e intentó girar la cabeza.

—No te muevas, hijo de puta. No vas a volver a tocarla.

Lo tenía frente a mí, podía dejarlo allí muerto, pero antes de hacerlo quería verle la cara. Sin dejar de apuntarle, me coloqué frente a él y alargué la mano para encender la luz. No era Diego quien estaba ante mí. Nos miramos durante unos segundos, ambos impacientes, nerviosos y, sobre todo, asustados. Aquel hombre no quería estar allí.

—¿Quién eres?

—Yo no tengo nada en contra de vosotros.

—¿Quién eres? —repetí más serio.

—Su chófer. El chófer de Diego. Su bufón, su lameculos. No tengo nada en contra de ti ni de ella, pero mi hijo tiene que comer y crecer con un padre y una madre.

—Lárgate de aquí —dije.

Negó.

—No puedo hacerlo. —Levantó su arma y me la clavó en la frente—. Márchate, le diré que no había nadie en la casa.

—Sabes mejor que yo que no servirá de nada. ¿Cómo la encontraste?

—Es Diego Uribe. Siempre encuentra lo que busca, y si no lo hace él, contrata a chivatos que vigilen cada esquina. Lo siento.

Sentí como tensaba el arma y me agaché. Si no lo hubiese hecho, estaría muerto. Me lancé a su estómago y lo derribé al suelo. Alzó su pistola y se dispuso a disparar de nuevo, pero esa vez fui más rápido que él y disparé primero. No apunté a ninguna parte de su cuerpo y cerré los ojos al oír el ruido. Cuando los abrí de nuevo, vi que le había atravesado la garganta y se desangraba mientras me miraba. Me puse de pie. La vida se escapaba de su cuerpo. No tardó mucho en morir. Cerré y salí a la calle.

Todavía sentía el temblor del arma en mi mano al dispararse. Hacía demasiado frío en la calle y no sabía qué hacer. Llegué al paseo María Agustín y miré a ambos lados, esperando encontrar el coche. No lo vi. Comencé a caminar en dirección a casa de Bruno cuando oí un motor encenderse. Miré al otro lado de la calle. El coche giró. Vi que se dirigiría hacia mí. Comencé a correr, buscando algún sitio lo suficientemente pequeño para que no pudiera embestirme. Cuando estuvo a unos metros de mí, pude ver que era Diego el que conducía. Se había quedado esperando en el coche a que el chófer hiciera el trabajo sucio, pero ahora debía mancharse las manos si quería verme muerto. Me metí por la calle contigua, un callejón estrecho por donde no podría entrar con el vehículo, y tomé una calle paralela al paseo, en dirección a la casa de Bruno. La sombra de Diego entró en el callejón. Me disparó. La bala rebotó en una pared. Repitió el intento, pero yo ya había salido del callejón y corría. Lo oí maldecir y siguió corriendo hasta la esquina en mi persecución. Mientras corría a casa de Sanpedro, me volví para mirar atrás. No vi nada. Llegué exhausto y sin aliento. Tan pronto la puerta se abrió, entré y cerré. Caí al suelo y comencé a toser. Arthur me había abierto. Vi a Adelaida aparecer asustada desde el salón principal.

—Trae agua de la cocina —le pidió Arthur.

Adelaida desapareció, y Kleim me ayudó a ponerme en pie y me llevó a la cocina. Encontramos a Adelaida a punto de salir de allí. Tomé el vaso de agua y entonces apareció Bruno.

—¿Qué ha pasado? —preguntó apresurado.

Negué.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adelaida.

—Ha enviado a su chófer —respondí a Bruno—. Seguramente me habrá seguido.

—¿Su chófer? —insistió Sanpedro.

—No, él está muerto. Diego.

La cara de Adelaida se llenó de terror al oír el nombre de su marido.

—No te preocupes por nada —intenté tranquilizarla.

—Debéis marcharos de aquí —ordenó Bruno.

—No me iré hasta que lo vea muerto —amenacé.

—¿Por qué no piensas en ella? —cortó Kleim señalando a Adelaida.

—Lo hago por ella precisamente, para que no nos encuentre —grité.

—Marchaos de aquí. Yo me ocupo de él, pero marchaos, ¡vamos!

Oímos un ruido fuera de la casa. Había alguien merodeando.

—Llévatela de aquí —intervino Bruno—. Nosotros nos ocupamos.

Salimos todos de la cocina y llevé a Adelaida a la habitación más alejada del último piso. Le dije que se tranquilizara, que no nos ocurriría nada y que en unas horas estaríamos rumbo a Francia.

Bajé las escaleras mientras veía la sombra de Diego moverse tras los ventanales. Me reuní con Arthur y Bruno en el salón. La puerta estaba entreabierta y así la dejé. Arthur me indicó silencio acercándose el dedo a los labios. Estábamos los tres escondidos tras los muebles en la habitación a oscuras. Saqué el revólver. Esperamos. Minutos después oímos un cristal romperse, seguido de crujidos. Se había colado por la ventana. Arthur se aproximó a la puerta y la movió ligeramente, esperando que el crujido atrajera a Diego hasta allí. Sus pasos dejaron de retumbar en el pasillo. Podía sentirlo en medio de la oscuridad. Segundos después, sus pasos se aproximaron a nosotros. Arthur volvió a su escondite. Diego abrió la puerta del todo, empuñando la que me pareció la misma pistola que había usado el chófer. Intentó dar la luz, pero Bruno se había encargado de cortarla. Se adentró en la habitación cubierta de sombras, sin posibilidad de que nos viese con la débil luz que entraba por las ventanas. Cuando llegó al centro del lugar, Arthur se deslizó como una culebra hasta la puerta y la cerró de golpe. Diego se asustó, se volvió y lo apuntó con el arma.

—¿Y tú quién eres?

—¿En serio quieres saber el nombre de alguien al que vas a matar?

Sin bajar el arma, esbozó una débil sonrisa sin entender quién era.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡No me tomes por un estúpido! —gritó acercándose a él y colocando la pistola bajo su boca. —Arthur comenzó a reírse—. ¿Dónde está? —gritó

perdiendo los nervios.

Bruno tenía entre las manos el atizador de la chimenea. Diego no lo oyó acercarse a él y no pudo prevenir el golpe que le dio en la cabeza. Cayó al suelo y perdió el arma.

—Todo tuyo —invitó Arthur.

Salí de detrás del armario y me agaché a su lado. Lo cogí del pelo y le levanté la cabeza. Dejé que la escasa luz iluminara mi rostro para que me viese.

—¿Dónde está esa puta?

—Lejos de ti, cobarde. ¿Disfrutabas mientras la pateabas? Vamos, respóndeme.

—Ya lo creo.

No me dio tiempo a reaccionar. Me dio un cabezazo y me arrebató el revólver de las manos. El golpe me había dejado aturdido en el suelo. Arthur se abalanzó sobre él y se oyó un disparo. La sangre empezó a salir del brazo de Arthur.

—Maldito —exclamó Bruno mientras se acercaba a él.

—¿Quieres ser el siguiente? —dijo Diego mientras le apuntaba, obligándole a dejar de acercarse—. No, el turno es de él —añadió.

Giró el arma hacia mí.

—¡No acabarás con ninguno de mis hijos! —gritó Bruno acercándose de nuevo a él.

Arthur, que se había puesto en pie, con el atizador en la única mano que podía usar, gritó a Bruno.

—¡Aléjate, por favor, Bruno! ¡Bruno!

Diego disparó. Bruno aguantó unos segundos de pie y se desplomó. Fue en ese momento en el que la rabia de Arthur se desató más fuerte que nunca al ver el cuerpo de Bruno en el suelo. Se acercó a Diego rápidamente. Lo golpeó con el gancho y lo derrumbó al suelo. La sangre brotaba de alguna parte de su cabeza y le cubría la cara de un color negro. Arthur lo arrastró tirándole del pelo y gritando rabioso, lleno de ira. Lo sujetó con fuerza mientras lo arrastraba por el pasillo y después por las escaleras. Diego se intentaba liberar de las manos que lo conducían a la muerte. En el piso superior lo embistió hacia el interior de una habitación. El cuerpo agonizante de un Diego desesperado cayó desde lo alto hasta el jardín. Se oyó el sonido de cien huesos al romperse bajo los músculos ya muertos. Se había estampado contra el duro y frío suelo. Me alejé de Bruno unos instantes para ver el cuerpo inerte

de Diego, con el gancho de atizar el fuego todavía incrustado en la nuca. Arthur regresó a la habitación y se puso al lado de Bruno. Todavía respiraba. Me reuní con ellos. Pude ver con el rabillo del ojo el reguero de sangre que trepaba por las escaleras.

—¿Por qué lo has hecho, Bruno? —preguntó Arthur mientras le sostenía la mano.

El rostro de Bruno no reflejaba miedo ni dolor, sino paz. Nos deleitó con una última sonrisa.

—Porque vosotros sois mis hijos, siempre lo habéis sido, y el deber de un padre es cuidar de ellos. A Miguel lo cuidé siempre, pero a ti te abandoné por culpa de una mentira, y lo único que he podido sentir desde entonces, cada vez que te he mirado, ha sido mi propia vergüenza. Estaba seguro de que si me disparaba no os lo pensaríais dos veces. Miguel —llamó con voz ronca y débil—: Samuel sabe lo que tenéis que hacer para salir de aquí, está todo preparado.

—No has debido hacerlo.

Fue lo único que fui capaz de articular. Arthur lloraba y yo también.

—No os preocupéis por mí. Yo ya he cumplido en la tierra, ahora os toca vivir a vosotros.

Sus últimas palabras también fueron para nosotros.

Adelaida curó el brazo de Arthur, extrajo la bala y lo vendó con cuidado tras vaciar medio bote de alcohol en su brazo mientras él mordía un trozo de madera.

—¿Qué vamos a decirle a Claudia? —pregunté.

—Murió hace tres días, Miguel. Está enterrada.

Agaché la cabeza.

—¿Y con él?

—A Bruno lo dejaremos aquí. No te preocupes, no tardarán en encontrarlo. Respecto al chófer y a Diego, se me ocurre una cosa.

Pedimos a Adelaida que se quedase en la casa hasta que regresáramos. Estaba cansada y pálida. La metí en la cama y le dije que no se preocupara, que no tardaríamos en volver. Diego había dejado su coche aparcado frente al domicilio de Bruno. Entre los dos lo cogimos y metimos el cuerpo en la parte de atrás. Arthur arrancó el vehículo y fuimos hasta la calle Almagro. Aparcó frente al edificio y subimos. Cubrimos el cuerpo del chófer con una manta y lo bajamos, rezando para que no saliera ningún vecino. Lo metimos en el coche y, a continuación, Kleim condujo hasta la casa de los Cristo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

No obtuve respuesta. Bajó del coche y yo le imité. Me tendió la llave y me pidió que abriera. Metimos los cuerpos en la casa de los Cristo y me pidió que esperase en el coche. Vi como se iluminaba el interior del edificio en una llama. Él salió segundos después.

—Espero que la casa se hunda de una maldita vez.

Regresamos a por Adelaida cuando amanecía. Fuimos a la estación. Con el dinero que Bruno había preparado para nosotros, Arthur se encargó de sacar los billetes que nos permitirían dejar todo atrás y empezar otra vida los tres juntos. Adelaida no tardó en adormilarse en el tren. Kleim, frente a nosotros, la observaba.

—Es guapa —dijo cuando se dio cuenta de que le había visto.

Sonreí.

—Quiérela y cuídala cada día.

—Fue ella la que se empeñó en descubrir quién era Adriana —comenté.

—Se parece a ella. Demasiado.

Arthur nos instaló, tal como le había prometido a Bruno, en un piso muy cerca de donde él vivía. Todo un lujo que yo no sabía que me pudiera permitir con mi sueldo de novelista, pero así fue.

* * *

El cementerio de los recuerdos rotos, que reescribí desde el principio como si fuese mi propia historia, fue un éxito. Se editó varias veces, con grandes tiradas. A la gente le encantó la historia de amor entre los protagonistas y el modo en que se vio envuelto en el asesinato la persona que más quería. No he vuelto a escribir nada parecido a *El cementerio de los recuerdos rotos*, pero los libros que llevan mi nombre se siguen vendiendo y se han sacado a la venta colecciones de todos ellos. A día de hoy, sigo sin entender el porqué de tanto éxito.

Arthur Kleim, al que nunca me acostumbré a llamar Samuel, dejó de beber tanto, pero yo sabía que de vez en cuando se pillaba una buena cogorza, especialmente, después de leer su historia, lo que hacía unas cuantas veces al año.

Adelaida dio a luz a nuestra hija una mañana en nuestro piso. Como no podía ser de otro modo, la llamó Adriana. Yo no quería, pero no pude hacerle cambiar de idea. Creo que a Arthur también le gustó. Nos casamos un tiempo después y tuvimos otro hijo, al que puse el nombre de Bruno, en honor a quien me había salvado la vida, y no solo aquella noche.

Arthur pasaba mucho tiempo en nuestra casa. Le gustaba jugar con Adriana y Bruno. A veces me daba la sensación de que quería pensar que eran sus hijos en vez de los míos, aunque por pensarlo y ejercer de tío no hacía daño a nadie. A Adelaida le gustaba su compañía y se convirtieron en buenos amigos. En ocasiones pensé que Arthur sentía por Adelaida algo más que amistad, pero recordaba sus palabras en el tren y me daba cuenta de que simplemente se parecía a la mujer a la que había querido y seguía queriendo.

El médico que trató a Arthur nos dijo que podía haber vivido al menos quince años más en perfecto estado de no ser porque tenía el hígado demasiado débil y fue el primer órgano al que atacó la infección. Ni Adelaida ni yo nos separamos de él un solo día cuando ya no podía levantarse de la

cama. Recuerdo la noche anterior a su muerte. Me despertó a las cinco de la mañana y sonrió.

—La he visto. Ha estado aquí, conmigo, sentada en el borde de la cama. Me ha dicho que no tenga miedo, que me espera desde hace tiempo, y que ahora estaremos juntos al fin.

Le sostuve la mano y se quedó dormido con una sonrisa en la cara. Un rato después dejó de respirar. No sabía si la visión de Adriana al borde de la cama había sido culpa de la medicación o realmente había estado allí.

Mi esposa falleció una mañana de otoño en su cama. Antes de que se marchase de mi lado, me pidió que escribiese nuestra historia, que dejase que la conociese todo el mundo, que así no moriríamos nunca del todo, porque siempre habría alguien que nos recordaría cuando nos leyese.

Hoy es el día en el que termino de cumplir mi promesa y tengo la sensación de que he cumplido en la tierra, como dijo Bruno. Escribiendo estas últimas líneas me siento en paz. Ahora, cuando tengo la sensación de que la muerte me ronda en cada esquina, bien en forma de cristal roto o de escalera, me gusta pensar que verdaderamente Adriana fue al lado de Arthur, y así puedo pensar que Adelaida vendrá a por mí.

Nunca volví a tener noticias de Tatiana, pero sí escribí a Carolina. Me respondió con el aire melancólico que la acompañaba a todas partes. En mi carta le pregunté por Bruno Sanpedro y me dijo que lo habían encontrado en su casa tiroteado y que lo habían enterrado junto a su mujer y su hija. Me dijo que un incendio, del que nadie se dio cuenta hasta que era demasiado tarde para salvar la casa, había acabado por deshacer en humo y cenizas lo único que quedaba de los Cristo. Nadie se acordaba de ellos desde hacía tiempo. En el solar se hizo un parque. Tiempo después, un arquitecto quiso hacer una réplica de la antigua casa, pero era mucho más pequeña y no demasiado parecida.

Carolina también me dijo que había ido a ver a Ángel Tomás, sin saber muy bien por qué. Cuando entró en el piso y le dijo quién era, se limitó a decir una y otra vez que le daban pequeños infartos cerebrales y que no se acordaba de nada mientras se reía al hacerlo. No recordaba ni cómo se llamaba. Tiempo después decidí escribirle de nuevo interesándome por ella. No respondió. Tampoco volví a tener noticias de Catalina, aunque estaba seguro de que seguía viviendo bien; ni de Úrsula, que quizá siguiera viva, quién sabe.

He tardado un año en escribir este relato. Cuando lo inicié me dije que, una vez acabado, regresaría a Zaragoza para ver cómo se encontraba mi ciudad, pero ahora no tengo interés en hacerlo, no tengo nada allí. A veces voy

a la cafetería panadería que frecuenté durante mi estancia aquí, cuando vivía con Montoya. Ahora es el nieto de los antiguos dueños quien regenta el local, pero el pan y los pasteles ya no son lo que eran. En una ocasión me pasé por la calle del Edén y lo encontré cerrado a cal y canto. En el otro lado de la calle vi que la bruja seguía ejerciendo su oficio. El cartel seguía intacto y en el interior se veían luces.

Solo pienso en regresar con ella, en que mis días terminen y poder estar con la gente a la que quise en vida. Me acuesto solo cada noche en mi cama y me despierto igual de solo. La compañía que tengo, aparte de mis hijos, que no vienen mucho a verme, es la de mis libros y la de Astaroth, un gato que cada vez estoy más convencido de que es más viejo que el mismo tiempo y que nunca morirá. Sigue igual de fiel que el primer día, a mi lado, allá donde vaya. Siempre conmigo, acompañándome en mi viaje por mi propio cementerio de los recuerdos rotos.

Agradezco a Emilio Lacambra Manzano,
dueño del restaurante Casa Emilio,
que me brinde su gran amistad.



Silvia Ibáñez Cambra nació en Zaragoza el 14 de febrero de 1986 y es una escritora que domina la narrativa con una soltura digna de admiración. Hace y deshace, crea y destruye historias, personajes y escenarios con una maestría ante la que no queda más remedio que caer rendido. Amante de Charles Dickens, Charlotte Brontë y Victor Hugo. Con algunas obras aún inéditas (joyas que darán mucho que hablar en el momento de su publicación), se inicia oficialmente en las letras con la novela *El cementerio de los reflejos*. A esta primera gran obra le sigue *El cementerio de la miseria* (ambas novelas con los mismos escenarios y algunos personajes, pero independientes entre sí) y, posteriormente, *El hada de azúcar*.

En todas sus novelas crea un ambiente extraordinariamente estructurado, donde no falta ni sobra ningún elemento y donde la multitud de cabos sueltos acaba uniéndose en un desenlace apoteósico y perfecto, nada queda al azar. Sobre sus obras habría que decir que no tienen nada que envidiar a las de los autores mejor considerados en el panorama literario actual. Silvia es, sin lugar a dudas, una de las mejores autoras dentro del subgénero de drama y misterio, todo rodeado de tintes góticos, haciendo magia con las palabras. Consigue que quieras ser un personaje más y vivir en los lugares donde se desarrolla la historia. Maestra entre maestras.

El cementerio de los recuerdos rotos

Silvia Ibáñez Cambra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, RossHelen / Shutterstock

© Silvia Ibáñez Cambra, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18246-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

La historia soñada

Silvia Ibáñez Cambra

Los dados del Señor

Carlos de la Fuente

Una obstinada impronta

Juan Burgos Baruel

El misterio de tu caligrafía

Víctor García Barquero

generación tch!

Benjamín Escalonilla

Regreso a ninguna parte

Isabel Sierra

Tinta corrida

Mariano Negri

Palabras fugaces

Valerio Cruciani

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

